

J. B. LOBRY

CURSO

DE

INSTRUCCIONES

POPULARES

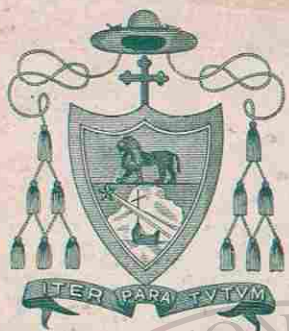
4

BX1751

L6

v. 4

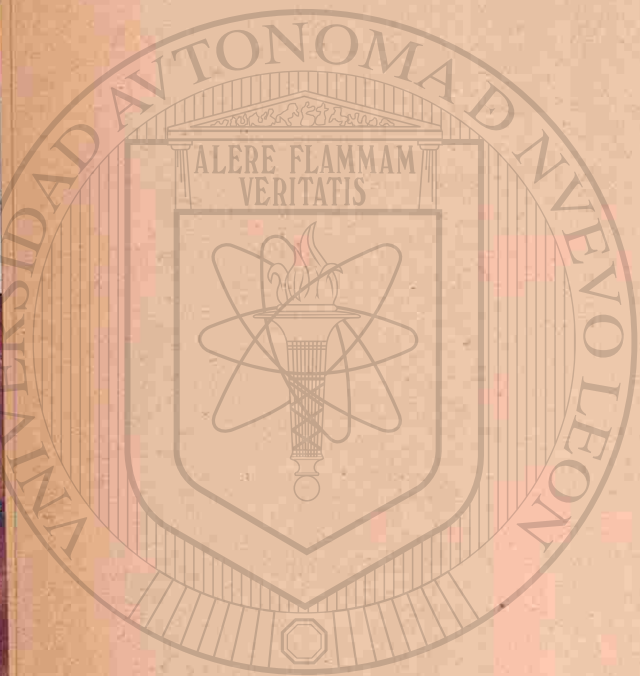
009581



EX LIBRIS
HEMETHERII VALVERDE TELLEZ
Episcopi Leonensis



1080015943



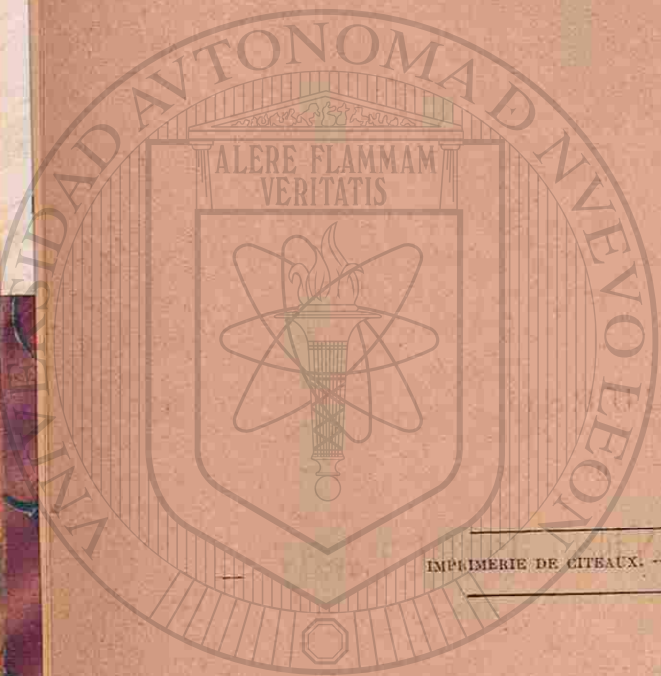
CURSO
DE
INSTRUCCIONES POPULARES

UANL

UNIVERSIDAD AUTÓNOMA DE NUEVO LEÓN

DIRECCIÓN GENERAL DE BIBLIOTECAS





IMPRIMERIE DE CITEAUX. — COTE D'OR

CURSO

DE

INSTRUCCIONES POPULARES

POR

EL ABATE J. B. LOBRY

PARROCO DE VAUCHASSIS, ANTIGUO PROFESOR DE TEOLOGIA
EN EL SEMINARIO DE TROYES

TOMO CUARTO

INSTRUCCIONES SOBRE LOS SACRAMENTOS.

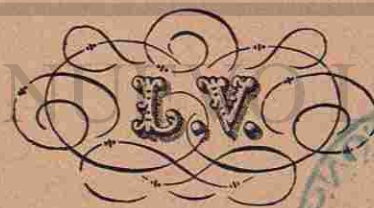
Traducción española

DE

D. F. LUIS OBIOLS

UNIVERSIDAD AUTÓNOMA DE NAVARRA

DIRECCIÓN GENERAL DE BIBLIOTECAS



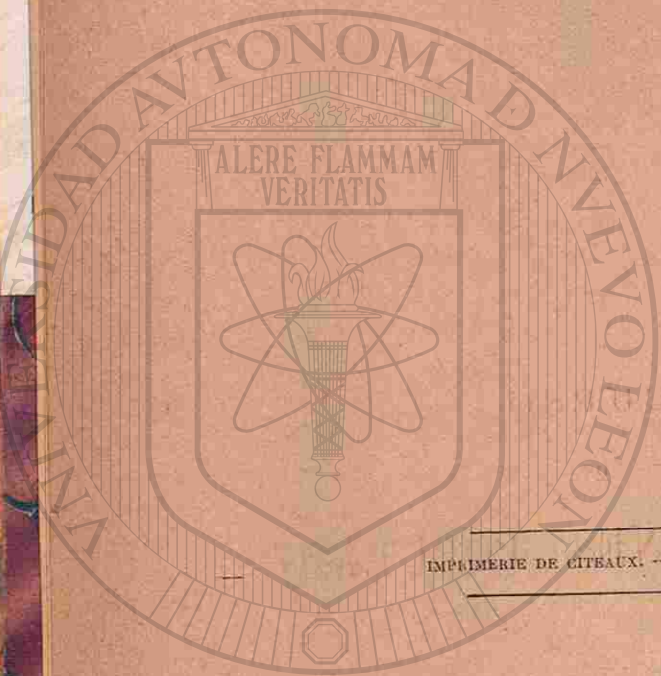
UNIVERSIDAD DE NAVARRA
Biblioteca Universitaria

PARIS
LUIS VIVÉS, LIBRERO-EDITOR

13, CALLE DELAMBRE, 13

1892

46060



IMPRIMERIE DE CITEAUX. — COTE D'OR

CURSO

DE

INSTRUCCIONES POPULARES

POR

EL ABATE J. B. LOBRY

PARRÓCO DE VAUCHASSIS, ANTIGUO PROFESOR DE TEOLOGÍA
EN EL SEMINARIO DE TROYES

TOMO CUARTO

INSTRUCCIONES SOBRE LOS SACRAMENTOS.

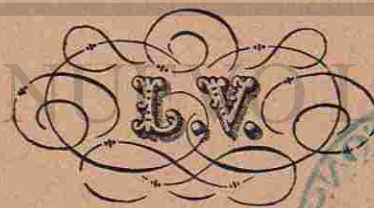
Traducción española

DE

D. F. LUIS OBIOLS

UNIVERSIDAD AUTÓNOMA DE NAVARRA

DIRECCIÓN GENERAL DE BIBLIOTECAS



UNIVERSIDAD DE NAVARRA
Biblioteca Universitaria

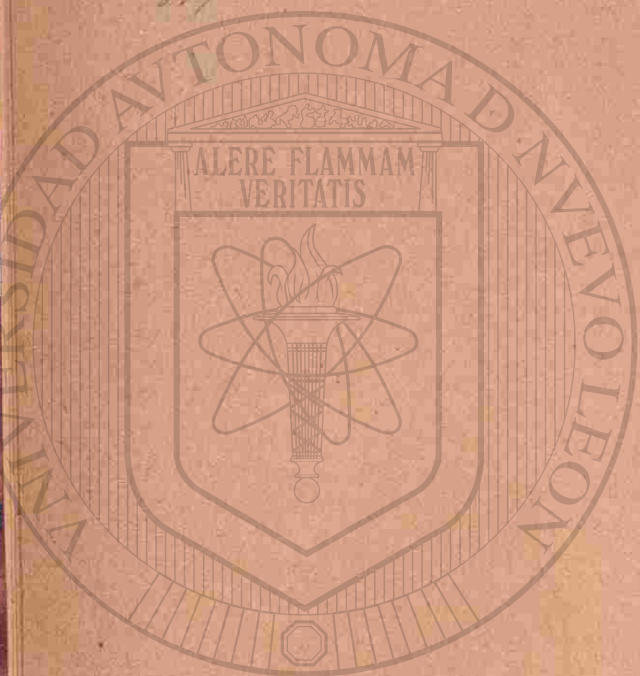
PARIS
LUIS VIVÉS, LIBRERO-EDITOR

13, CALLE DELAMBRE, 13

1892

46060

B21751
L6
4.4



FONDO EMETERIO
VALVERDE Y TELLEZ

INSTRUCCIONES POPULARES

SOBRE

LOS SACRAMENTOS.

INSTRUCCION PRIMERA PRELIMINAR

¿ QUÉ ES LA GRACIA ? SU NECESIDAD.

TEXTO. — *Sine me nihil potestis facere...* Sin mí, dice el Señor, nada meritorio para el cielo podeis hacer.

(S. JUAN, P. XV, VERS. 5.)

EXORDIO. — Carísimos hermanos, terminaba la última instrucción que os dí con las siguientes palabras de nuestro divino Salvador : « Si quereis llegar á la vida eterna, guardad los mandamientos (1). » Y este adorable Maestro añadía además : « Observadlos todos y poseereis la vida. » *Hoc fac et vives* (2).

Pero desde el pecado de nuestro primer padre Adán, la naturaleza humana ha llegado á un grado tal de debilidad para el bien, que, por sí sola, nada podría hacer que fuese meritorio para el cielo... El pecado original la ha degradado de tal manera que, cuando tenemos la desgracia de estar en pecado, no podríamos, por nosotros mismos, hacer un esfuerzo capaz de sacarnos de tal estado...

(1) S. Mateo, c. XIX, v. 17. Véase la última de las *Instrucciones sobre los mandamientos de la ley de Dios y los de la Iglesia*.

(2) S. Lucas, c. X, v. 28.

Tom. IV.

000581

¿ Es realmente cierto?... ¿ Existen en nosotros esta funesta inclinación al mal y esta terrible impotencia para el bien?... Contesta tú, admirable san Pablo, tú, el doctor de las naciones, instruido por Jesucristo mismo; tú, firme columna en que se apoya la Verdad católica, dínos si es realmente verdad que la falta de nuestros primeros padres ha tenido tan desastrosas consecuencias... Escuchemos con atención, hermanos míos muy amados, lo que nos va á contestar. — « Ah! exclama (1), quién me librará de este cuerpo de muerte! » — ¿ Porqué, oh santo apóstol, este grito tan melancólico y tan triste? — « Ay! dice, veo el bien, lo conozco, y no encuentro fuerza en mí para cumplirlo... Conozco el mal, lo odio, y mi pobre naturaleza debilitada me fuerza, como á pesar mío, á cometerlo! » — Santo doctor, á la verdad nos desanimas. — « No, amigos míos, nos dice en sus Epístolas, no os desaniméis; con- tad, no con vosotros mismos, sino con el auxilio y la ayuda del Salvador Jesús... Yo mismo, añade, he trabajado mucho; nó yo solo, sino la gracia de Dios conmigo (2), y espero con confianza aquella corona que, allá arriba, me está reservada... »

Proposición. — Esta mañana, hermanos míos muy amados, voy á hablaros de la gracia y de su necesidad; puedo mostraros, por la historia de san Pablo y por la vida de todos los santos, de todas las almas que se han salvado, quenj una, —ni una, fijaos bien, —ni siquiera vos, oh dulce Virgen María, sublime Madre de Jesús, —ni una, digo, ha podido llegar al cielo sin la gracia... Este asunto es muy sério: merece toda vuestra atención....

División. — Veamos pues, *en primer lugar*, qué es la gracia y *en segundo lugar*, su necesidad: tales son los dos pensamientos sobre que insistiré en esta instrucción....

Primera parte. — ¿ Qué es la gracia? Difícil pregunta: ; oh! para que se me comprenda bien, necesito que se me escuche bien... ¿ Qué es la sangre?... Es un líquido que, circulando por nuestras arterias y por nuestras venas, conserva en nosotros la vida del cuerpo... Si, á consecuencia de un accidente, de una herida, se derramase toda nuestra

(1) *Epist. á los Romanos. c. VII. v. 24.*

(2) *Epist. I á los Corintios, c. XV, v. 10.*

sangre, nuestras ideas se cuajarían en nuestro cerebro, nuestro corazón dejaría de latir, dejarían de moverse nuestros miembros, y luego, ya lo sabéis, vendría la muerte... Pues bien, la gracia de Dios es para nuestras almas lo que es la sangre para la vida de nuestros cuerpos... En cuanto se retira, en cuanto se derrama de una pobre alma, inmediatamente queda esta alma muerta para Dios... Dicen que á veces se ven nacer niños tan débiles que parece que ni respiran cuando han abandonado el seno de su madre... Una comadrona hábil ó un médico instruido, por medio de friegas, ó por otros medios que yo ignoro, hacen circular la vida con la sangre por aquel pobrecito sér... Tal vez vosotros ó yo mismo debemos la vida del cuerpo á estos cuidados....

Pues bien, hermanos míos, lo que sólo raras veces pasa con el cuerpo acontece siempre con el alma... Sí, al nacer, nuestra alma está sofocada, entumecida á consecuencia del pecado original; está muerta para el cielo... El Bautismo, — más adelante lo diremos, — viene, como una fricción divina á calentarla, á reanimarla, la da la vida ante Dios y ante sus ángeles; hace circular en ella esta sangre espiritual, que llamamos la gracia...

El catecismo nos dice que la gracia es un don sobrenatural y puramente gratuito que Dios nos hace para la santificación de nuestras almas... Fijaos bien en cada palabra. La gracia es un don, un don puramente gratuito, que por ningún concepto hemos merecido y que nos es imposible merecer; á la inefable misericordia de Dios es únicamente á quien lo debemos... Representaos á un pobre paralítico que no puede mover ni los brazos ni las piernas; desde niño está tendido en una cama donde su buena madre le cuida con infatigable ternura... ; Cosa admirable! Pasa un príncipe por su pueblo; le visita y le da una honrosa condecoración... Podrá ser que la deseara; pero, ¿ la ha merecido, la ha podido merecer?... Nó, mil veces nó... Tampoco nosotros podemos merecer la gracia; es menester que nuestro divino Salvador se digne, en su generosidad, visitar nuestra alma, y depositar en ella este precioso don. ¿ Me habeis comprendido bien?... La gracia es pues un don sobrenatural y puramente gratuito.

Digamos ahora que hay dos clases de gracia: la gracia habitual y la gracia actual... La gracia habitual y la gracia actual... La gracia

habitual es algo permanente, algo que reside en nuestras almas, que las hace hermosas, justas, santas y agradables á los ojos de Dios; es su salud, es su vida; y cuando poseemos este don es cuando nos hallamos en estado de gracia. El pecado mortal es como una puñalada que destruye en nosotros esta vida bienaventurada... La segunda clase de gracia se llama gracia *actual*. Es una luz, una buena inspiración, un socorro que nos da Dios en diversas circunstancias para resistir á las tentaciones, practicar el bien, evitar el mal y hacer crecer nuestra alma en justicia y santidad.

Voy á hacer os otra comparación que os hará tocar con el dedo, por decirlo así, el papel que desempeñan estas dos clases de gracia en la obra de nuestra santificación... Los sábios, los que han estudiado la constitución de los árboles, distinguen en ellos dos clases de sávia... La una, que procede de las raíces, subsiste hasta en los días de invierno, y conserva vivo el árbol durante esta triste estación: la llaman sávia *ascendente*. Esta no hace crecer el árbol, pero le conserva el vigor y la vida; le dispone para espaciarse en hojas, flores y frutos, cuando lleguen días más templados... La otra sávia, que llaman *descendente*, penetra el árbol por los poros de su corteza, de sus botones y de sus hojas. Esta no más obra en determinadas estaciones; pero, gracias á ella, el árbol se hermosea, crece y se cubre de frutos... Apliquemos ahora esta comparación... En mi opinión, la gracia habitual es como la sávia ascendente; permanece en nuestra alma y hasta cuando nos entregamos á nuestras ocupaciones habituales, hasta durante nuestro sueño, conserva en ella la vida, hace que Dios lije sobre nosotros con amor sus ojos... La gracia actual es como la sávia descendente... Si somos fieles en seguir los buenos impulsos, las santas inspiraciones que nos apartan del mal y nos llevan al bien, nuestra alma crece en santidad á la presencia de Dios; nosotros producimos buenas obras; y ya sabemos que á Dios le gusta esta clase de frutos, y que los pagará generosamente allá arriba en el cielo...

Noble santa Inés, ese vestido blanco de que estabas constantemente revestida, era la imagen de la gracia santificante que tu alma poseía... Tu generosidad con los pobres, la fidelidad con que conservabas casto tu

corazón, el valor con que sufriste el martirio, eran otras tantas gracias actuales, á las cuales te mostraste fiel (1)...

Segunda parte. — Veamos ahora, carísimos hermanos, cuán necesaria nos es esta gracia, este auxilio de Dios... Un día Nuestro Señor Jesucristo, hablando á sus Apóstoles, se comparaba con la vid: « Yo soy la cepa, les decía, y vosotros las ramas. A la manera que el sarmiento se vuelve estéril y no puede vivir si está separado de su tronco, así vosotros nada podeis sin mí; dejais de vivir si estais separados de mí (2). »

Y bien, sí, hermanos míos; sin Jesucristo, sin su gracia, nada podemos; — tanto es así, que no podríamos ni siquiera concebir un buen pensamiento, que pudiera ser meritorio para el cielo (3); — la gracia nos es pues indispensable...

Dejadme emplear aquí algunas comparaciones familiares, para presentaros bien clara y bien evidente la verdad que os explico... Cuando queremos levantar ó remover un bulto que sobrepuja á nuestras fuerzas, nos valemos de cierto instrumento que se llama una *palanca*. Gracias á este utensilio somos diez veces, veinte veces más fuertes... El ingenio del hombre ha inventado también otros recursos para acrecentar la tan limitada fuerza de nuestros cuerpos... ¿ Se trata de colocar una pesada campana en nuestros campanarios? Un mecanismo llamado *garrucha* viene en nuestro auxilio... ¿ Os hablaré del vapor? Todos sabeis de qué manera, aprisionado en calderas de bronce, arrastra en pos de sí, con la rapidez del viento, pesos que millares de hombres no podrían manejar. Lo que el vapor, lo que la garrucha, la palanca y los diversos instrumentos que sirven de auxiliares á nuestro cuerpo, producen respecto á él, lo produce la gracia todavía con mayor energía con nuestras almas... Es necesaria, pero necesaria de una manera absoluta, para que estas pobres almas puedan poner en práctica los mandamientos de la ley de Dios y elevarse hácia el cielo... Sin la gracia, hermanos míos, no hay salvación posible....

(1) Véanse las actas del martirio de esta santa.

(2) *S. Juan*, c. V, v. 5.

(3) Véase *santo Tomás*, *Prima secundæ quest. cix, art. 2 et passim...* Para esta parte de nuestras instrucciones este santo doctor será nuestro guía, como lo ha sido para las precedentes.

¿ Veis á esa pobre mujer que acaba de sacar agua con una ancha cántara de barro?... La llamamos la Samaritana... Vivió largo tiempo en el desorden... Mas, de codos en el borde del pozo hácia donde se dirige, Jesús, el dulce Jesús la aguarda... Pobre pecadora, no conoce su estado; no sospecha que camina á grandes pasos hácia el infierno... « Detente, desgraciada, » le dice el Señor. Y con sus divinas enseñanzas ilumina su conciencia y convierte su corazón (1)... Ahí teneis la gracia... Es la palabra de Jesús, es su influencia bien sentida y acogida con dócil corazón, la que convierte á aquella pecadora y la transforma en apóstol...

Otro ejemplo todavía de la necesidad de la gracia y de su eficacia, cuando se la recibe bien, es san Agustin. Jóven profesor de gran talento, y llevando en la frente aquel sello sagrado que se llama el génio, numerosos alumnos acuden á escuchar sus lecciones... El mundo le sonrío: la vanidad, la ambición, el orgullo, los deleites, todas las pasiones más seductoras se disputan su corazón...; Gran Dios, qué desgracia!; Cuán digno de lástima eres, pobre jóven!... Pero su madre, la piadosa Mónica está allí; ella llora y reza... La gracia, cual vapor divino, coje á aquella alma, la subyuga, la domina, la arrastra hácia regiones desconocidas, y desde aquel momento la modestia, la humildad, un invencible amor á la Iglesia y á las verdades que ella enseña reemplazarán, en el corazón de aquel santo admirable, á todo lo que había formado hasta entonces sus goces... Convertido por la gracia, Agustin se transformará en su más ferviente predicador. « Sin vos, exclamará, sin vos, oh Dios mio, el hombre nada es, nada puede hacer por su salvación; si se extravía, ni siquiera tiene la idea de volver al redil: es preciso que vos le inspireis esta idea; que, por medio de vuestra gracia, vayais en su busca y que traigais sobre vuestros propios hombros á esta oveja extraviada (2). » Y decía verdad, hermanos míos muy amados; su lenguaje es el de todos los santos... ¿ Qué he dicho, de todos los santos?... Su lenguaje es el que el Maestro de

(1) *S. Juan*, c. iv, v. 9 y siguientes.

(2) Véanse sus *Confesiones*, sus *Soliloquios* y sus *Obras*, *passim*... Realmente es el doctor de la verdadera gracia, y no de la gracia jansenista.

todos los santos emplea en su Evangelio cuando dice: « Sin mí, nada podeis hacer para salvaros.. *Sine me, nihil potestis facere*... »

PERORACIÓN. — Hermoso es este asunto, carísimos hermanos; pero es poco conocido y con frecuencia se le comprende mal... Reasumamos pues en pocas palabras lo que debemos creer y saber respecto á esta gracia del Dios de bondad, de que tan amenudo se nos habla... Me limito á este punto; en las instrucciones siguientes, veremos como podemos adquirir este don indispensable y tan precioso. Debemos creer que hay dos clases de gracia: la gracia habitual ó santificante, que exime nuestra alma del pecado mortal. Cuando la poseemos, estamos vivos delante de Dios, somos agradables á sus ojos... Cuando nos hallamos en este dichoso estado que se llama estado de gracia, podemos dormir con confianza, y si nos viniese á herir la muerte, aún durante nuestro sueño, hasta sin preparación, podríamos presentarnos confiados ante el soberano Juez...

La otra clase de gracia se llama gracia actual. Es, como decía, una luz interior, una buena inspiración, un buen impulso que nos lleva al bien y nos aparta del mal. Aquellos tormentos, aquel miedo de condenarnos que experimentamos cuando nos hallamos en estado de culpa; aquel deseo de confesarnos lo más pronto posible, y otros muchos buenos pensamientos que nos acuden, son otras tantas gracias actuales... Aquella firmeza de los mártires ante los verdugos, aquella energía con que despreciaban los tormentos, eran gracias actuales, es decir, una luz, una fuerza que Dios les daba...

Carísimos hermanos, Dios quiere salvarnos á todos y permitidme que concluya con un pensamiento que debe ser nuestro consuelo. Es que todos nosotros podemos contar con la asistencia de nuestro Salvador, con las gracias que necesitamos para llegar á aquella patria bienaventurada donde Jesucristo nos aguarda. Una sola condición se reclama de nosotros: Seamos fieles en seguir las buenas inspiraciones que Dios nos envíe, y todos llegaremos á ser escogidos... Así sea.

INSTRUCCION SEGUNDA PRELIMINAR.

DE DONDE NOS VIENE LA GRACIA: SUS EFECTOS.

TEXTO. — *Sine me, nihil potestis facere...* Sin la gracia, nada podemos hacer que sea meritorio para el cielo.

(S. JUAN, CAP. XV, VERS. 5.)

EXORDIO. — Carísimos hermanos, he leído, no recuerdo donde, la historia ó parábola siguiente (1)... Os la voy á referir; ella servirá para confirmar lo que el domingo pasado os decía sobre la gracia y sobre la necesidad de la gracia...

Un hijo, jóven aún, había heredado de su padre una gran fortuna; se le había puesto en posesion de aquella rica herencia... Pero, tan jóven é inexperto, ¿cómo podría conservarla?... Aduladores acuden á rodearle y á abusar de su debilidad; unos bribones, unos ladrones tal vez trabajarán para arruinarle; en poco tiempo quedará disipada su fortuna, y él se verá reducido á la miserable condición del Hijo pródigo... ¿Qué medio habrá para evitar tal desventura?... La ley lo ha prevenido; ella da á este hijo un tutor encargado de guiar su debilidad y suplir su inexperiencia... Este protector inteligente y desinteresado aleja de aquel jóven á los vagos que trataban de sorprender su confianza; contiene á los servidores infieles que querían abusar de su juventud; separa de él á todos los que habrían podido amenazar su fortuna... No basta esto todavía; este celoso tutor, no solamente conserva los bienes de aquel jóven sinó que, administrándolos con inteligencia, los mejora, los acrecienta cada año.

La historia de este jóven, amados hermanos míos, es nuestra propia historia, la de todos nosotros... Dios, en su infinita misericordia, por medio del Bautismo, como más adelante veremos, ó por medio de la Penitencia, nos ha dado la gracia santificante, magnífico pre-

(1) Véase á d'Hauterive, *Grand Catéchisme de la Persévérance chrétienne*, t. IX, pág. 82.

sente, espléndida herencia que hace á nuestra alma viva á sus ojos y digna del cielo... Mas; ay! mientras vivimos sobre este miserable suelo, somos débiles é inexpertos como niños... Las pasiones, cual pérfidos aduladores, tratan de seducirnos; ocasiones, tentaciones imprevistas no tardarían en quitar á nuestra alma este precioso bien de la gracia santificante ó habitual... Pues bien la bondad del Señor nos ha dado, en la gracia actual, un tutor encargado, no solamente de conservar las buenas disposiciones de nuestra alma, sinó de mejorarlas y aumentarlas. Esta voz de la conciencia que, en ciertas ocasiones, nos ilumina y nos guía, diciéndonos: «Esto es malo, se ha de evitar; esto es bueno, esfuérzate en hacerlo;» es la gracia actual que vela, por decirlo así, á nuestro lado... ¡Bendito seáis, Dios mío! ¡dignaos darnos á todos semejante tutor, y haced que sigamos sus consejos, que seamos dóciles á sus inspiraciones!...

PROPOSICIÓN Y DIVISIÓN. — Antes de mostraros cómo se nos da la gracia deseada, hermanos míos, deciros: *en primer lugar*, de qué fuente nos viene, y *en segundo lugar*, qué efectos debe producir en nuestras almas...

Parte primera. — Veamos, Dios me hará á mí mismo la gracia de hacerlos comprender bien de qué fuente dimana este divino don al penetrar en nuestras almas... Así lo espero... Jesús, dulce Redentor nuestro, cuando habremos comprendido bien esta verdad, sabremos cuán digno sois de ser amado, y si os amamos ya, os amaremos todavía más... El tesoro de los méritos de este adorable Salvador: ésta, cristianos, es la fuente, — digo mal, — el vasto receptáculo, el océano inmenso que encierra todas las gracias... Ningun alma se salvó, ninguna se ha santificado sin haberse bañado en este divino receptáculo. Y los justos de la antigua ley, y los que desde el Evangelio han vivido no se han salvado más que de este modo... Y hasta la misma Virgen santísima, si es tan grande, sublime y santa es porque le han sido más ampliamente aplicados los méritos de su divino Hijo...

¿Y qué son pues los méritos de Jesucristo?... Escuchad: voy á deciroslo... No es menester referiros aquí la lamentable caída de nuestros primeros padres: todos la conoceis, y tampoco ignorais sus terribles consecuencias... Todo el género humano hecho esclavo de Satanás; el pecado

reinando sobre el mundo; las iniquidades multiplicándose como esos siniestros insectos que devoran las mieses; los adulterios, los asesinatos, la idolatría, las profanaciones de toda especie inundando la tierra; y, sobre este fúnebre cuadro cerniéndose la muerte como repugnante buitre.... Luego, por añadidura, el infierno entreabriendo sus abismos para engullir á esta posteridad de Adán, á esas almas inmortales á quienes el Criador había arrojado de su presencia... Sí; pero, hermanos míos, desde el principio de los tiempos, la misericordia divina luchó contra su justicia y salió victoriosa... El Hijo del Padre eterno se ofreció á su Padre: « La pobre naturaleza humana, dijo, es harto culpable y desgraciada con haberse rebelado contra nuestra santa Magestad; mas hay que salvarla; el hombre nos ha ofendido...; Pues bien! yo me haré hombre, y como hombre, os ofreceré á vos, Padre eterno, á toda la Augusta Trinidad, la expiación á que tenemos derecho (1). »

Jesucristo pues tomó la naturaleza humana en vuestro casto seno, oh dulce Virgen María... Hermanos míos muy amados, una sola de las lágrimas que vertió en el pesebre de Belén habría bastado para redimir millares de mundos... Mas esto no era bastante para su amor..... Quiso ofrecer á la augusta Trinidad una satisfacción superabundante... Vosotros conocéis su historia: el destierro á Egipto, la pobreza, el trabajo en Nazareth en la humilde tienda de san José... Vosotros sabéis que durante su vida pública fueron desconocidos sus beneficios, discutidos sus milagros, calumniada su santidad... ¿ He de hablaros de su sangrienta agonía, y de su flagelación, de los inauditos tormentos que se dignó padecer por nosotros?... Sí, todo, en este sagrado recinto, nos trae á la memoria su recuerdo: este *Via Crucis*, este crucifijo en el altar, la misma sagrada Eucaristía encerrada en el tabernáculo, ¿ no nos dicen lo que quiso hacer y sufrir para la salvación de nuestras almas?... Después de haber pagado nuestra deuda á la justicia, dejaba un vasto tesoro á la misericordia; y á esto es á lo que llamamos los méritos de Nuestro Señor Jesucristo.

De ahí, hermanos míos, pero solamente de ahí es de donde nos viene la gracia... Si comparamos estos méritos del Salvador á un vasto

(1) *Epist. á los Hebreos*, c. X, v. 6.

océano, nuestra alma cuando estará bañada y penetrada de estas saludables aguas, tendrá lo que llamamos la gracia santificante... Si los comparamos á un tesoro, toda gracia actual, todo buen impulso que nos lleve al bien y nos aleje del mal, es como una moneda sacada de este tesoro; si sabemos hacerla producir, esta moneja nos hará ricos; es decir, nos hará más justos, más santos, más agradables á Dios... Ved ahí pues, hermanos míos muy amados, de donde nos viene la gracia; ved ahí su fuente, su origen: los méritos infinitos de nuestro adorable Salvador...

Segunda parte. — Veamos ahora los efectos que la gracia debe producir en nosotros... Indicaré tres... En primer lugar, nos hace justos y agradables á los ojos de Dios. En segundo lugar nos hace fuertes para evitar el mal, y por último nos da, como á los santos, la energía necesaria para practicar el bien...

Nos hace justos y agradables á los ojos de Dios. ¿ Habéis considerado alguna vez, carísimos hermanos, el triste espectáculo que presentaba una casa que hubiese sido pasto de las llamas?... ¿ Veis aquellos restos de vigas, aquella cubierta desplomada, aquellas paredes ennegrecidas y calcinadas por el fuego? Es la imagen imperfecta de una alma que no posee la gracia... Tanto en el estado de culpa original como en el del pecado actual, esta pobre alma no es más que una ruina: nada ó casi nada queda en pie en ella. La fé ha desaparecido, la esperanza se ha desplomado, y las demás virtudes, hasta las humanas, ya sólo aparecen como restos desfigurados... ¿ Quién reparará aquellas ruinas? ¿ Quién devolverá á aquella pobre morada del alma la hermosura que debía poseer?... ¿ Quién hará de ella un palacio digno del rey Jesús?... Será la gracia, hermanos míos, la gracia santificante... Por ella serán reparadas todas esas ruinas; por ella se convertirá esa alma en un templo sobre el cual reposarán cariñosamente las miradas de Dios....

Considerad á esa mujer joven aún, con un niño cojido de la mano, sentada en uno de los mojones del camino... Se llama Margarita: nació en la ciudad de Cortona.. Los transeuntes se apartan desdeñosamente de ella, su padre no la ha querido admitir en el hogar de la familia.... Ni vosotros, ángeles de Dios, os atreveis á mirarla; tan manchada está

de crímenes su alma!... En efecto, ha vivido largos años en el libertinaje... Sí, pero aguardad; Dios se apiada de esta pobre mujer: la gracia descende á esta alma; ¡qué cambio!... Toda una ciudad se recomienda á sus oraciones; los ángeles la sirven en su celda. ¡Oh Jesús! muy hermosa debéis encontrar esta alma, pues oigo que la llamáis amorosamente hija vuestra (1)!... Hermanos míos, este efecto producido en la santa Margarita de Cortona, la gracia santificante lo produce en toda alma, ya borrando en ella el pecado original, ya librándola de los pecados que la manchaban... Ella reedifica en cierto modo aquella casa incendiada, ella la convierte en morada del Espíritu Santo, ella la vuelve hermosa y agradable á sus ojos..

La gracia nos hace fuertes para evitar el mal. El santo patriarca Job decía que la vida del hombre sobre la tierra es un combate... ¡Cuán cierto es, amados hermanos míos!... Y si queremos estudiar nuestro pobre corazón, encontraremos en él no sé qué tendencia funesta que lo inclina, que le hace decantarse casi siempre hácia el mal... Nos es mucho más fácil seguir nuestras pasiones que resistirlas... El orgullo, la avaricia, la sensualidad brotan en nuestra pobre alma, cual se ve crecer espontáneamente en los terrenos estériles la grama y otras yerbas, que el arado y el rastrillo tienen que destruir... Pues bien, nosotros, por nosotros solos, no somos bastante fuertes para luchar contra esta fatal inclinación, es menester que la gracia de Dios venga á ayudarnos; sin ella seríamos vencidos infaliblemente... Pero valor; Dios nos da siempre este precioso socorro de la gracia; si somos fieles en servirnos de ella, salimos siempre triunfantes de estos combates...

Ved á ese jóven en la flor de su edad: se llama José. Sus envidiosos hermanos le han vendido como esclavo; ha llegado á ser el intendente de un hombre rico llamado Putifar... La mujer de este último trata de seducirle. — Jóven hebreo, cede á los deseos de tu ama, y crecerán tu crédito y tu poder en esta casa... Si por el contrario te resistes, te esperan la calumnia, el deshonor y un oscuro calabozo. — Nó, dice él, sería hacerme culpable para con mi amo y criminal delante de Dios. — Ved ahí, hermanos míos, la gracia actual; es esa voz de la conciencia que nos dice: ten cuidado; esto es malo y ¡Dios te ve!... Si seguimos

(1) Véase la vida de esta santa.

fielmente esta luz, si escuchamos fielmente esta voz interior, ¡cuántas caídas evitaremos y cuán fuertes seremos contra esta seducción de las pasiones que nos invitan al mal!

Finalmente he añadido que la gracia nos hacía enérgicos y animosos para el bien... También es verdad... ¿Creeríais, por ejemplo, que una madre, y una de las madres más tiernas, pudiese abandonar á sus hijos, á quienes empero amaba más que su vida, para ir léjos de ellos, y apesar de sus lágrimas, á cumplir los designios que Dios tenía sobre ella?... Pues bien, esto se ha visto; la gracia dió esta fuerza á santa Juana de Chantal... « — Hija mia, la dijo san Francisco de Sales, su piadoso director, Dios tiene miras sobre vos: sereis la fundadora de la órden de la Visitación. Pero decidme ¿podreis dejar este castillo, este lujo que os rodea, y todas estas comodidades de la vida, para abrazar la santa pobreza? — Con la gracia de Dios, sí, Padre. — Pero el venerable anciano que os llama su hija, derramará lágrimas, se echará á vuestro cuello, ¿podreis abandonarle si Dios lo manda? — Con la gracia de Dios, sí, Padre. — Y esos hijos que tanto amais, á quienes tan cuidadosamente habeis educado, hija mia, ¿los podreis abandonar? — Aquí, no sé lo que pasó en el corazón de aquella madre; lanzó una mirada empañada de lágrimas sobre el crucifijo: hizo la luz en su alma, y volvió á contestar: « — Con la gracia de Dios, sí, Padre (1) » — Y pocos dias después, la heroica Juana de Chantal, desprendiéndose de los brazos de su padre y pasando por encima del cuerpo de su hijo, abrazaba la vida religiosa...

Ved ahí, hermanos míos, la gracia; ved ahí la fuerza, ved ahí la energía que nos da para el bien, cuando sabemos corresponder á ella... Dios no pide de nosotros tales sacrificios; sin embargo, como tiene miras muy especiales sobre cada uno de nosotros, quiere que practiquemos el bien... Al uno le inspirará la idea de ser bueno para los pobres, de hacer abundantes limosnas... ¡Ojala pueda seguir esta inspiración! A otros el deseo de ser más piadosos, de comulgar más amenudo. No puedo entrar en todos los detalles; pero ya me habeis comprendido... Dios quiere la perfección de todos nosotros, y la gracia dócilmente recibida nos da los medios de alcanzarla...

(1) Véase la vida de esta santa, tomo I.

PERORACIÓN. — Sí, pero, hermanos míos muy amados, para que la gracia produzca en nosotros estos felices efectos, es preciso que seamos fieles á sus inspiraciones. En vano nos hablará ella, si nosotros cerramos los oídos. En vano os esforzaríais en apartar del abismo á quien se obstinase en rechazar la mano que le ofreceis... Asimismo, la gracia de Dios, para obrar en nosotros, necesita del concurso de nuestra voluntad. Es una voz que habla á nuestro corazón, hay que escucharla; es una mano que nos tiende Dios para dirigirnos y guiarnos, hay que cojerla con reconocimiento; pongamos cuidado en no abusar de este precioso don...

Dice san Buenaventura (1) que había un hombre rico llamado Gedeón que tenía una conducta ligera y cuya vida distaba mucho de ser la de un buen cristiano. Este hombre cae gravemente enfermo; llámase á san Francisco de Asís, que á la sazón era célebre por sus milagros. «¿Qué queréis de mí? le preguntó el santo.— Que me devolváis la salud, contestó el enfermo.— Pero, amigo mío, yo no soy Dios, y sólo él os la puede devolver.— No sois Dios, pero yo sé que vuestras oraciones tienen tanto poder sobre su corazón, que siempre os atiende: suplicadle pues por mí.» Púsose de rodillas el santo y obtuvo para aquel pobre enfermo la salud del cuerpo y la del alma... Después, al dejarle: «Poned cuidado, le dijo, amigo mío; la misericordia de Dios tiene sus límites, el número de las gracias que Él nos ha destinado no es infinito: mudad de vida, ú os aconteceran mayores males...»

Esta saludable amonestación, prosigue san Buenaventura, aquella enfermedad enviada para convertirle, aquella salud milagrosamente devuelta, eran tres vueltas que la gracia daba alrededor de su corazón para hacerse dueña de él. El desgraciado abusó de ella. Apenas hubo recobrado sus fuerzas, se entregó de nuevo á una vida de desórdenes... Habíase llenado la medida; una noche, el techo de la casa se hundió sobre aquel desventurado y, añade el santo, sólo despertó entre las llamas del infierno (2)...

Carísimos hermanos, seamos fieles en seguir las luces, las buenas

(1) En la vida de S. Francisco de Asís.

(2) V. saint Jure, *Connaissance et amour de Jésus-Christ*, t. IV, pág. 32, edic. Vivès.

inspiraciones que Dios nos da, y en vez de participar de la suerte de aquel infeliz, podremos abrigar la dulce esperanza de ir al cielo, á alabar y bendecir al autor de la gracia, Nuestro Señor Jesucristo, á quien sean dados gloria y amor por los siglos de los siglos. Así sea.

INSTRUCCION TERCERA PRELIMINAR

¿QUÉ ES LA ORACIÓN? OBLIGACIÓN QUE TENEMOS DE ORAR.

TEXTO. — *Subditus esto Domino, et ora eum...* Sé sumiso al Señor, sé fiel en invocarle.

(SALMO XXXVI, VERS. 7.)

EXORDIO. — Amados hermanos míos, al empezar esta instrucción, tengo aún que daros una ó dos explicaciones sobre la gracia, á fin de que sepáis, sobre este importante asunto, todo lo que un cristiano instruído puede y debe saber.

Ha habido unos herejes llamados Pelagianos, los cuales enseñaban que la gracia no era necesaria, ó que la podíamos merecer por nosotros mismos. San Agustín, con todo su talento, aplastaba á aquellos miserables orgullosos: «Insensatos, les decía (1), si nosotros podemos merecer la gracia, ya no es una gracia, ya no es un don gratuito; se convierte en un salario que Dios nos debe... Si podemos prescindir de la gracia, ¿para qué bautizar á los niños?... Entonces no serían verdad aquellas palabras de nuestro Salvador Jesús: «Sin mí, nada podeis hacer meritorio para el cielo.» Y la Iglesia con su soberana autoridad, arrojaba de su seno á aquellos herejes que, negando la necesidad de la gracia, discutían y aminoraban los méritos de nuestro divino Salvador, y el amor infinito con qué sufrió la muerte por nosotros...

(1) V. *Ouvrage inachevé contre Julien*, passim.

PERORACIÓN. — Sí, pero, hermanos míos muy amados, para que la gracia produzca en nosotros estos felices efectos, es preciso que seamos fieles á sus inspiraciones. En vano nos hablará ella, si nosotros cerramos los oídos. En vano os esforzaríais en apartar del abismo á quien se obstinase en rechazar la mano que le ofreceis... Asimismo, la gracia de Dios, para obrar en nosotros, necesita del concurso de nuestra voluntad. Es una voz que habla á nuestro corazón, hay que escucharla; es una mano que nos tiende Dios para dirigirnos y guiarnos, hay que cojerla con reconocimiento; pongamos cuidado en no abusar de este precioso don...

Dice san Buenaventura (1) que había un hombre rico llamado Gedeón que tenía una conducta ligera y cuya vida distaba mucho de ser la de un buen cristiano. Este hombre cae gravemente enfermo; llámase á san Francisco de Asís, que á la sazón era célebre por sus milagros. «¿Qué queréis de mí? le preguntó el santo.— Que me devolváis la salud, contestó el enfermo.— Pero, amigo mío, yo no soy Dios, y sólo él os la puede devolver.— No sois Dios, pero yo sé que vuestras oraciones tienen tanto poder sobre su corazón, que siempre os atiende: suplicadle pues por mí.» Púsose de rodillas el santo y obtuvo para aquel pobre enfermo la salud del cuerpo y la del alma... Después, al dejarle: «Poned cuidado, le dijo, amigo mío; la misericordia de Dios tiene sus límites, el número de las gracias que Él nos ha destinado no es infinito: mudad de vida, ú os aconteceran mayores males...»

Esta saludable amonestación, prosigue san Buenaventura, aquella enfermedad enviada para convertirle, aquella salud milagrosamente devuelta, eran tres vueltas que la gracia daba alrededor de su corazón para hacerse dueña de él. El desgraciado abusó de ella. Apenas hubo recobrado sus fuerzas, se entregó de nuevo á una vida de desórdenes... Habíase llenado la medida; una noche, el techo de la casa se hundió sobre aquel desventurado y, añade el santo, sólo despertó entre las llamas del infierno (2)...

Carísimos hermanos, seamos fieles en seguir las luces, las buenas

(1) En la vida de S. Francisco de Asís.

(2) V. saint Jure, *Connaissance et amour de Jésus-Christ*, t. IV, pág. 32, edic. Vivès.

inspiraciones que Dios nos da, y en vez de participar de la suerte de aquel infeliz, podremos abrigar la dulce esperanza de ir al cielo, á alabar y bendecir al autor de la gracia, Nuestro Señor Jesucristo, á quien sean dados gloria y amor por los siglos de los siglos. Así sea.

INSTRUCCION TERCERA PRELIMINAR

¿QUÉ ES LA ORACIÓN? OBLIGACIÓN QUE TENEMOS DE ORAR.

TEXTO. — *Subditus esto Domino, et ora eum...* Sé sumiso al Señor, sé fiel en invocarle.

(SALMO XXXVI, VERS. 7.)

EXORDIO. — Amados hermanos míos, al empezar esta instrucción, tengo aún que daros una ó dos explicaciones sobre la gracia, á fin de que sepáis, sobre este importante asunto, todo lo que un cristiano instruído puede y debe saber.

Ha habido unos herejes llamados Pelagianos, los cuales enseñaban que la gracia no era necesaria, ó que la podíamos merecer por nosotros mismos. San Agustín, con todo su talento, aplastaba á aquellos miserables orgullosos: «Insensatos, les decía (1), si nosotros podemos merecer la gracia, ya no es una gracia, ya no es un don gratuito; se convierte en un salario que Dios nos debe... Si podemos prescindir de la gracia, ¿para qué bautizar á los niños?... Entonces no serían verdad aquellas palabras de nuestro Salvador Jesús: «Sin mí, nada podeis hacer meritorio para el cielo.» Y la Iglesia con su soberana autoridad, arrojaba de su seno á aquellos herejes que, negando la necesidad de la gracia, discutían y aminoraban los méritos de nuestro divino Salvador, y el amor infinito con qué sufrió la muerte por nosotros...

(1) V. *Ouvrage inachevé contre Julien*, passim.

Otros sectarios vinieron más tarde : eran Lutero y Calvino : estos pretendían que la gracia lo hacia todo en la obra de nuestra santificación, que ninguna necesidad tenía ella del concurso de nuestra voluntad... Otros pretendían que nuestra suerte estaba fijada de antemano : « Obre bien ó obre mal, decían ellos, Dios sabe si tengo que estar á la derecha ó á la izquierda durante la eternidad : mis esfuerzos en nada alterarán su decreto ; » y se entregaban á todos los vicios... ¡ Cuán absurdo razonamiento !... Un rey cuyo nombre no recuerdo, había abrazado este error (1), y se complacía en repetir con frecuencia, para justificar sus desórdenes : « Mi suerte está fijada en los decretos de Dios, me condenaré ó me salvaré ; de consiguiente no tengo por qué ocuparme de mi porvenir en la eternidad. » Cayó enfermo é inmediatamente mandó venir á su lado á un médico tan hábil en su arte como fervoroso cristiano. — « Señor, le dijo el doctor, ¿ para qué me habeis llamado ? — Mirad, contestó el príncipe, tengo una fuerte calentura ; es menester que con el auxilio de vuestro arte, me alivie y me cure. — Pero, insistió el médico, Dios ya sabe si habeis de recobrar la salud ó si esta enfermedad os ha de producir la muerte : mis esfuerzos pues serán inútiles, porque en nada alterarán su decisión. — ¡ Ah ! dijo el príncipe, no importa, haced la prueba : veo claramente que, si no se me aplican cuidados inteligentes, esta enfermedad me llevará á la tumba. — Está bien, señor, repuso el doctor, voy á emprender vuestra curación : mas esto os enseñará cuán falso es el razonamiento que haceis, cuando decís que no teneis necesidad de ocuparos de vuestra alma, porque Dios ya sabe si debeis salvaros ó condenaros... Haced pues por vuestra alma, lo que yo voy á hacer por vuestro cuerpo... Tened una buena voluntad, recurrid á la oración y á esos remedios divinos que se llaman los sacramentos : ellos curarán vuestra alma que está todavía más enferma que vuestro cuerpo. » Dicen que el príncipe comprendió el argumento y trabajó desde entonces en reformar su conducta... Sí, amados hermanos, Dios, en su ciencia infinita, sabe cuál será nuestra morada durante toda la eternidad ; pero nosotros también sabemos, y la fé nos lo enseña, que quiere salvarnos á todos y que á todos nos da las gracias suficientes para ir al cielo...

(1) Creo, sin que haya tenido tiempo de comprobarlo, que era Luis V, emperador de Alemania, quien, por lo demás, no fué un gran monarca.

PROPOSICIÓN. — Pero ¿ cómo podemos obtener la gracia ? El catecismo contesta : por medio de la oración y de los sacramentos... Trataremos de los sacramentos en las instrucciones siguientes ; más adelante, entraré en largos detalles sobre la oración : esta mañana me limitaré únicamente á deciros algunas palabras sobre este importante asunto.

División. — *En primer lugar*, qué es la oración ; *en segundo lugar*, obligación que tenemos todos de orar : tales son los dos pensamientos sobre que voy á detenerme por algunos momentos.

Primera parte. — ¿ Qué es la oración ?... Es una elevación de nuestra alma hácia Dios para adorarle, para pedirle sus gracias y para agradecerle sus favores... Es un diálogo, una conversación de nuestra alma con Dios... ; Qué gloria para nosotros, hermanos míos muy amados, qué dicha ! El omnipotente, el soberano Señor de cielo y tierra nos permite que le hablemos, se inclina, en cierto modo, hácia nosotros, para escucharnos : su gracia nos engrandece, nos eleva para que podamos llegar hasta sus oídos, y ved ahí cómo y porqué de la oración se dice que es una elevación del alma hácia Dios...

Leemos en la vida de san Francisco de Sales un rasgo sencillo y sumamente conmovedor (1)... Este buen santo, haciendo un día el catecismo, refería á los niños los placeres que nuestros primeros padres gozaban en el paraíso. — « Una de sus más dulces alegrías, decía, era la de conversar con Dios, con el mismo Dios, y hablarle como á un padre amantísimo. » — Levántase uno de sus jóvenes oyentes y exclama : « ¡ Ay ! ; qué lastima que ya no sea así ahora ! ¡ me gustaría tanto hablar á Dios y conversar con él !. » Alegróse el santo obispo de esta interrupción y del deseo expresado por el niño ; sonrióse y le dijo : « Consuélate, amiguito mio, si perdimos el paraíso terrenal, no hemos perdido á Dios : Dios está siempre cerca de nosotros ; en todo lugar y á cada momento podemos hablarle y conversar con él por medio de la oración. Cuando le decimos : *Padre Nuestro*, contesta cariñosamente : « Sí, lo soy, y vosotros sois mis hijos. » — Realmente, carísimos hermanos míos, la oración es verdaderamente un diálogo, como os decía, una conver-

(1) V. su *Vida* y el *Catechisme de Persévérance*, por M. d'Hauterive, t. XII, pág. 100.

sación del alma con Dios.... En todo tiempo y en todo lugar está dispuesto á escucharos. Si en medio de vuestros trabajos, vuestra alma le dice : Yo os adoro, me someto á vuestra voluntad, os ofrezco mis fatigas y sudores ; en verdad os aseguro que Él os oye y os bendice..... Si, infelices pecadores, le decimos : Apiadáos de mí, perdonadme mis faltas ; Él nos perdona, si estas palabras salen del fondo de nuestro corazón... Y ahora mismo, antes de la santa Misa, cuando, disponiéndome para este acto augusto, le decía yo: *Cor mundum crea in me, Deus, et spiritum rectum in visceribus meis* ; Dios mio, dadme un corazón puro y una intención recta para subir dignamente al altar, » tengo la confianza, sí, Dios mio, de que me habeis atendido... Y cuando en el *Memento* de los vivos, rogaré, en nombre de la Iglesia, por vosotros, y cuando, en el *Memento* de los muertos, encomendaré á la misericordia del Señor á nuestros parientes difuntos, ¡ ah! por mi alma os digo que Dios me oirá y me concederá la gracia de atenderme. ¡ Esto es la oración!.. Tanto si se hace en público, como si se hace privadamente ; tanto si brota del corazón de un niño, como si se escapa del hombre más instruído, es siempre una elevación de nuestra alma que conversa con Dios....

¡ La oración ! Sí, según los santos, es la llave del cielo, la mano del alma. (1) ; La llave del cielo ! ; La mano del alma ! ; Qué expresiones!.. ; Y cuán exactas son !.. Figuráos un espléndido palacio : vosotros deseais visitarlo y contemplar las curiosidades que encierra. Es imposible : estan cerradas las puertas... Pero, con el auxilio de ese débil y mezquino instrumento que se llama una llave, podeis penetrar en el interior : ya no habrá secretos para vosotros. En vano, pobres almas fatigadas, experimentaréis deseos de ir un día al cielo, inútilmente dareis vueltas alrededor de aquel lugar de delicias.... Si no orais, permanecerá cerrado... La oración, la oración exhalándose, Dios mio, de nuestros corazones es cosa en verdad muy ténue, muy imperfecta ; y sin embargo, hermanos míos muy amados, es la llave que nos abre el cielo y que debe descubrirnos sus splendores....

He dicho que la oración es la mano del alma... Recordad, hermanos

(1) V. Lange, *Polyanthea*.

mios, aquellos inmensos tesoros de los méritos de Jesucristo, de que os he hablado... Estan aquí ; la Iglesia santa los ha puesto á vuestra disposición y á la mía.... ¿ Cómo podemos saborearlos, apropiármolos, enriquecer con ellos nuestras almas?... Oremos, hermanos míos, oremos mucho ; y por medio de la oración saborearemos por decirlo así plenamente aquellos inagotables tesoros de la divina gracia, y nuestra alma será rica y hermosa delante de Dios....

Segunda parte. — He añadido, hermanos míos muy amados, que teníamos la obligación, el deber de orar... Esta es una verdad que se impone : pocas palabras necesitaré para hacéroslo comprender... Nosotros debemos adorar á Dios, á nuestro soberano Maestro, al Criador de nuestras almas y de nuestros cuerpos : ahora bien, la oración del alma hacia Dios para adorarle, para decirle : « Padre Nuestro que reináis en los cielos, llegue vuestro reino, vuestra voluntad, siempre respetada, sea la suprema ley que gobierne las almas ; » éste es un acto de oración.... La oración es también un acto de reconocimiento, de acción de gracias por los beneficios que de Dios hemos recibido... ¡ Augusta Trinidad, nosotros os debemos la vida, la inteligencia, la salud ; vos sois quien nos las habeis dado : queremos demostraros nuestro reconocimiento!... ¡ Oh Jesús, dulce Jesús, Salvador tan bueno y digno de nuestro amor, vos habeis redimido nuestras almas : vos nos habeis alcanzado el perdón de nuestras faltas, la esperanza de poder ir un día al cielo ; sed para siempre bendito, recibid nuestra gratitud por vuestros beneficios!... Esto, hermanos míos muy amados, es también orar, porque la oración es una elevación de nuestra alma hacia Dios para darle gracias por sus beneficios....

Sin embargo hay otro efecto de la oración, sobre el cual quiero insistir, y que os hará comprender, mejor aún tal vez, cuán necesaria nos es, y con cuánta verdad decimos que tenemos obligación de orar... La oración, como hemos dicho, es igualmente una elevación de nuestra alma hacia Dios para pedirle sus gracias y los auxilios de que necesitamos para obrar bien, resistir á las tentaciones y tener pesar de nuestras faltas de una manera eficaz... Es imposible, hermanos míos muy amados, alcanzar las gracias de Dios sin la oración... La divina Providencia, la misericordia de nuestro soberano Señor nos ha dado este medio ; quiere, exige que nos sirvamos de él....

Refiérase que un mendigo polaco (1) que era cojo, estropeaba á sus hijos inmediatamente después de haber nacido. les rompía una pierna, al objeto de imposibilitarles para el trabajo. — « ¿Porqué procedéis así? le preguntó un vecino. — Para que mis hijos se vean obligados como yo á pedir limosna. — ¡Magnífico estado! dijo con sorpresa el vecino; en efecto, el pedir limosna es una profesión muy respetable.. — Es humilde, si quereis, repuso el mendigo; pero, por experiencia propia, sé que es fácil y que produce mucho. » — Carísimos hermanos, nuestra alma fué, por decirlo así, mutilada por el pecado de nuestros primeros padres; se encuentra imposibilitada de dar ni un paso hácia el cielo; pero sí, reconociendo nuestra miseria y la necesidad que tenemos de la ayuda y socorro de Dios, imploramos humildemente su gracia, él vendrá á auxiliarnos. Sin embargo, no lo olvidemos, necesitamos humildad, necesitamos, cuando oramos, la íntima persuasión de que somos pobres, de que tenemos precisión de que Dios nos venga á socorrer... Mirad á ese hombre que os pide limosna; ¡qué elocuencia! Expone sus males, os muestra sus llagas para enterneceros; vuestro corazón se conmueve y le socorreis según vuestras posibilidades... Si no se hubiese humillado, si os hubiese hablado con indiferencia ó con un tono altanero y distraído, ¿le habríais auxiliado? Nó... Así, hermanos míos, os lo repito, nosotros, que nada podemos para salvar nuestra alma, debemos recurrir á Dios, es para nosotros una obligación; pero se le tiene que orar con humildad...

El mendigo, de que os hablaba, decía que su profesión era fácil y lucrativa... La oración por cuyo medio pedimos á Dios las gracias que necesitamos, es asimismo una cosa fácil... ¿Quién hay de entre nosotros que no pueda decir, golpeándose el pecho, con el pobre publicano del Evangelio: « Apiedad de mí, Dios mío, sed misericordioso conmigo, porque soy un pobre pecador »?. La oración nos proporciona al mismo tiempo considerable provecho. Aquel publicano, con todo y no haber dicho más que esas sencillas palabras, volvióse justificado, según nos lo dice nuestro divino Salvador. Volverse justificado después de una tan breve oración, ¡qué favor para tí, oh pobre publicano! Te son perdonados

(1) *Apud Lohner pal. Oratio. Conceptus prædicabiles.*

tus pecados, tu alma ha recobrado la gracia de Dios; ¡desde hoy eres un predestinado!... ¡Oh! cuán bueno es Dios, y cuán fácil y ventajosa á un mismo tiempo es, para nuestras almas, esta mendicidad espiritual, que se llama la oración, y por la cual nos dirigimos á él!...

Que tenemos nosotros la obligación de orar, si queremos obtener las gracias de Dios y serle agradable, es una verdad de experiencia; nadie de nosotros la puede impugnar... ¿Sabeis porqué ciertas jóvenes se conservan piadosas y modestas, muchos años después de su primera comunión?... Porque rezan... Y esas otras; porqué tan pronto han sacudido el yugo de la decencia? porqué contestan con insolencia á sus padres? ¿porqué este aturdimiento en sus palabras, esta ligereza en su conducta?... ¡Ah! os lo garantizo, es que no se ponen de rodillas ni por la mañana ni por la noche, y hasta cuando vienen á esta iglesia, ya no rezan, y la gracia divina se ha retirado de ellas... Y si entre los que me escuchan hay algunos en quienes esté embotada la fé y ahogados los remordimientos; si hay infelices pecadores que puedan pensar en el infierno sin creer en el y sin estremecerse, os diré también, hermanos míos muy amados, que el olvido de la oración es lo que ahí les ha llevado... Convenid pues conmigo que todo cristiano está en la obligación de orar...

PERORACIÓN. — Concluyo; pero al terminar este importante asunto de la oración, quisiera haceros oír otra voz que no fuese la mía... Oigo á los santos; todos han hablado elocuentemente de la oración; ¿á cuál de estos ilustres doctores voy á evocar?... ¿Cuál de ellos va á ocupar mi sitio en este púlpito, y á inspiraros algunos piadosos pensamientos, que conservaréis religiosamente en vuestros corazones?... Citaremos á san Lorenzo Justiniano... Representáos pues á este santo patriarca, con su noble presencia, su elevada frente, su cabeza coronada por una aureola de santidad, que más de una vez brilló durante su vida; ¡pues bien, él, este gran santo es quien os va á hablar!... Escuchad. — « Nada es tan fuerte, dice, para alcanzarnos las gracias de Dios, para resistir las tentaciones y vencer los esfuerzos del demonio: nó, nada es tan fuerte como la oración, hecha con perseverancia. » — Pero nosotros, oh gran santo, somos unos pobres obreros, necesitamos trabajar para ganar este pan de cada día que ha de subvenir á nuestras necesidades y á las de nuestros hijos. — « Podeis, dice, unir la oración al tra-

bajo, ofreciendo vuestras ocupaciones á Dios... Así como un soldado no se lanza al combate sin estar protegido por sus armas; de igual manera un cristiano no debe principiar su jornada sin haber hecho su oración. Antes de sus ocupaciones, eleve su corazón hácia el Padre que tenemos en los cielos, ofrézcale sus fatigas; y su mismo trabajo se convertirá en una oración. A un cristiano no le está permitido principiar un trabajo, cualquiera que sea, sin haber orado. » Y luego añadía el santo: « ¡Sea vuestra arma la oración cuando dejéis vuestras moradas; séalo también cuando volváis á entrar en ellas; ella os acompañe en vuestros trabajos; jamás descanséis en vuestra cama este cuerpo tan frágil, que la muerte puede matar en un instante, sin haber fortalecido también vuestra alma con la oración (1)!... » Tales son, hermanos míos muy amados, las lecciones de este santo doctor: ¡ojalá las hayamos escuchado con atención!... ¡El Dios de misericordia nos otorgue la gracia de que las sigamos con fidelidad!... Así sea.

INSTRUCCION CUARTA PRELIMINAR

¿ QUÉ ES UN SACRAMENTO ? ¿ CUANTOS SACRAMENTOS HAY ?

TEXTO. — *Data est mihi omnis potestas in caelo et in terra: Eunt ergo, etc.* Todo poder me ha sido dado en el cielo y en la tierra: Id pues á instruir á todas las naciones, bautizando, etc..

(SAN MATEO, CAP. XXVIII, VERS. 18.)

EXORDIO. — Hemos dicho, hermanos míos, en las instrucciones precedentes, que la gracia, este don de Dios sobrenatural y puramente gratuito, era indispensable para nuestra santificación, y que, sin

(1) *Egredientem igitur de hospitio armet oratio. Regredientem de platea comiletur, cum ambulante ambulet, cum operante collaboret, nec prius corpuseculum requiescat in strato quam anima precibus reficiatur.* San Lorenzo Justiniano, *de Oratione*, c. VI, y *de Ligno vitæ, passim.*

la gracia, nada podemos hacer que sirva para la salvación, que sea meritorio para el cielo... Jesucristo, os decía yo, es quien, por su Pasión y muerte nos mereció este precioso don; y añadía, con el catecismo, que por medio de la oración y sobre todo por medio de los sacramentos, es como se nos comunica esta sávia divina. — Dije mal... Para emitir bien mi pensamiento, debía decir que por medio de la oración y sobre todo por medio de los sacramentos es como se viene como á filtrar en nuestras almas, como las baña, las riega, las penetra, ne una palabra, las da la belleza, la fecundidad y la vida delante de Dios...

En las instrucciones siguientes, y hasta en la actual, os hablaré de los sacramentos... Pero antes de empezar este importante asunto, preséntase á mi imaginación una consideración tan triste como verdadera... Cuanto más frecuentes y múltiples son las maravillas de Dios, menos pensamos en ellas... La naturaleza, amodorrada durante el invierno, despiértase en la primavera; las secas praderas se cubren de verdor y no tardan en venir mil flores, de los más variados colores, á adornarlas como con un rico tapiz; cada año vemos esta maravilla, y no hacemos caso de ella... Los árboles han reverdecido, sus flores se han abierto, las ramas de nuestros verjeles se doblegan bajo su preciosa carga; nosotros contemplamos este espectáculo, y no hacemos caso de él... Nó, no le hacemos caso; porque, hermanos míos, si nuestro corazón no se eleva hácia Dios para dar gracias á su Providencia por todas estas maravillas, que dan vueltas en beneficio nuestro, ¡ la verdad! es que no hacemos caso de ellas, ó cuando menos que no las comprendemos como las deberíamos comprender...

¡ Oh maravillas espirituales realizadas en las almas por los sacramentos, mucho más desconocidas sois aún!... Pocos hay que piensen en dar gracias, en adorar á la inmensa misericordia de Jesús que os instituyó... ¡ Dios mío, dignaos perdonarnos, porque realmente somos muy ingratos!...

PROPOSICIÓN. — Carísimos hermanos, mi intención, mi objeto principal, al explicaros los sacramentos, será no solamente inspiraros veneración por estas invenciones de la bondad del Señor, sino y principalmente hacer brotar de vuestros corazones un himno de recono i-

bajo, ofreciendo vuestras ocupaciones á Dios... Así como un soldado no se lanza al combate sin estar protegido por sus armas; de igual manera un cristiano no debe principiar su jornada sin haber hecho su oración. Antes de sus ocupaciones, eleve su corazón hácia el Padre que tenemos en los cielos, ofrézcale sus fatigas; y su mismo trabajo se convertirá en una oración. A un cristiano no le está permitido principiar un trabajo, cualquiera que sea, sin haber orado. » Y luego añadía el santo: « ¡Sea vuestra arma la oración cuando dejéis vuestras moradas; séalo también cuando volváis á entrar en ellas; ella os acompañe en vuestros trabajos; jamás descanséis en vuestra cama este cuerpo tan frágil, que la muerte puede matar en un instante, sin haber fortalecido también vuestra alma con la oración (1)!... » Tales son, hermanos míos muy amados, las lecciones de este santo doctor: ¡ojalá las hayamos escuchado con atención!... ¡El Dios de misericordia nos otorgue la gracia de que las sigamos con fidelidad!... Así sea.

INSTRUCCION CUARTA PRELIMINAR

¿ QUÉ ES UN SACRAMENTO ? ¿ CUANTOS SACRAMENTOS HAY ?

TEXTO. — *Data est mihi omnis potestas in caelo et in terra: Eunt ergo, etc.* Todo poder me ha sido dado en el cielo y en la tierra: Id pues á instruir á todas las naciones, bautizando, etc..

(SAN MATEO, CAP. XXVIII, VERS. 18.)

EXORDIO. — Hemos dicho, hermanos míos, en las instrucciones precedentes, que la gracia, este don de Dios sobrenatural y puramente gratuito, era indispensable para nuestra santificación, y que, sin

(1) *Egredientem igitur de hospitio armet oratio. Regredientem de platea comiletur, cum ambulante ambulet, cum operante collaboret, nec prius corpuseculum requiescat in strato quam anima precibus reficiatur.* San Lorenzo Justiniano, *de Oratione*, c. VI, y *de Ligno vitæ, passim.*

la gracia, nada podemos hacer que sirva para la salvación, que sea meritorio para el cielo... Jesucristo, os decía yo, es quien, por su Pasión y muerte nos mereció este precioso don; y añadía, con el catecismo, que por medio de la oración y sobre todo por medio de los sacramentos, es como se nos comunica esta sávia divina. — Dije mal... Para emitir bien mi pensamiento, debía decir que por medio de la oración y sobre todo por medio de los sacramentos es como se viene como á filtrar en nuestras almas, como las baña, las riega, las penetra, ne una palabra, las da la belleza, la fecundidad y la vida delante de Dios...

En las instrucciones siguientes, y hasta en la actual, os hablaré de los sacramentos... Pero antes de empezar este importante asunto, preséntase á mi imaginación una consideración tan triste como verdadera... Cuanto más frecuentes y múltiples son las maravillas de Dios, menos pensamos en ellas... La naturaleza, amodorrada durante el invierno, despiértase en la primavera; las secas praderas se cubren de verdor y no tardan en venir mil flores, de los más variados colores, á adornarlas como con un rico tapiz; cada año vemos esta maravilla, y no hacemos caso de ella... Los árboles han reverdecido, sus flores se han abierto, las ramas de nuestros verjeles se doblegan bajo su preciosa carga; nosotros contemplamos este espectáculo, y no hacemos caso de él... Nó, no le hacemos caso; porque, hermanos míos, si nuestro corazón no se eleva hácia Dios para dar gracias á su Providencia por todas estas maravillas, que dan vueltas en beneficio nuestro, ¡ la verdad! es que no hacemos caso de ellas, ó cuando menos que no las comprendemos como las deberíamos comprender...

¡ Oh maravillas espirituales realizadas en las almas por los sacramentos, mucho más desconocidas sois aún!... Pocos hay que piensen en dar gracias, en adorar á la inmensa misericordia de Jesús que os instituyó... ¡ Dios mío, dignaos perdonarnos, porque realmente somos muy ingratos!...

PROPOSICIÓN. — Carísimos hermanos, mi intención, mi objeto principal, al explicaros los sacramentos, será no solamente inspiraros veneración por estas invenciones de la bondad del Señor, sino y principalmente hacer brotar de vuestros corazones un himno de recono-

miento para el Jesús de la cruz, para el Jesús del Bautismo, para el Jesús de la sagrada Eucaristía. Preciso será que, á la vista de tanto amor, repitamos todos en coro : ¡ Jesús, cuán bueno sois, y cuánto nos habeis amado !...

División. — Esta mañana contestaré sencillamente á dos preguntas del catecismo: *en primer lugar*, qué es un sacramento, y *en segundo lugar*, cuántos sacramentos hay...

Primera parte. — ¿ Qué es un sacramento ? Todos vosotros, adelantándoos á mi pensamiento, contestáis de antemano : Un sacramento, es una señal sensible instituida por nuestro Señor Jesucristo, para darnos la gracia y santificar nuestras almas. — Esta es en efecto, hermanos míos, la definición que el catecismo da de los sacramentos de la ley nueva... Un sacramento es una señal sensible, es decir, algo exterior que afecta á uno ó á varios de nuestros sentidos... En el Bautismo, se derrama agua sobre la cabeza del niño ; en la Confirmación, el obispo unge la frente del cristiano á quien confirma, y así con los demás sacramentos ; todos son signos exteriores á los cuales Nuestro Señor Jesucristo, en su bondad y omnipotencia, ha aplicado una gracia infalible...

He dicho que los sacramentos estaban instituidos por Nuestro Señor Jesucristo. — ¿ Podrían los ángeles establecer sacramentos ? Nó, hermanos míos... Y vos, dulce Virgen María, tan misericordiosa, tan buena y tan poderosa, decidme, ¿ tendríais el poder de establecer un sacramento ? — Nó, hijos míos. — ¿ Y porqué pues, Reina del cielo, no lo podríais hacer ? Y sin embargo la fé y la experiencia nos enseñan que vuestro Hijo nada os puede negar. — ¡ Ah ! amigos míos, nos dice ella, la gracia es un tesoro que pertenece á mi Hijo : únicamente él tiene el derecho de disponer de ella, de prescribir las condiciones bajo las cuales se dignará derramarla sobre vuestras almas. — ¿ Habeis comprendido bien, hermanos míos ? Jesucristo es el único dueño de la gracia, el único que posee la llave de este inmenso tesoro, el único que ha podido establecer los sacramentos que nos hacen participar de este precioso don...

Me direis tal vez : — ¿ Cómo puede ser que un signo exterior produzca un efecto espiritual ? ¿ Cómo puede ser que el agua derramada

sobre la cabeza del niño obre sobre su alma borrando la mancha original ?... ¡ Qué ! el obispo traza sobre mi frente la señal de la cruz, diciéndome : « Yo te confirmo » y esta unción bien recibida me hace soldado de Jesucristo, comunica á mi alma la energía necesaria para confesar mi fé y padecer el martirio si es preciso ? ¡ Esto es un misterio !... — Sí, carísimos hermanos, nuestros sacramentos son misterios... Pero, una simple comparación os hará comprender tal vez la posibilidad de estos misterios...

Imagináos á un hombre rico, que posee una fortuna inmensa ; este hombre hace un billete en favor vuestro, coje un pedazo de papel y en él escribe estas sencillas palabras : « Reconozco deber á fulano de tal la cantidad de cuatro mil duros reembolsables á la presentación de este billete. » Firma, y luego ; ya está listo !... Este papel, poco antes sin valor, representa desde este momento una suma importante... Carísimos hermanos, Nuestro Señor Jesucristo posee, como hemos dicho, un inmenso tesoro de gracias y méritos adquiridos por medio de sus humillaciones, sufrimientos y dolorosa Pasión. Él ha dicho bajo qué condiciones os los quería comunicar : los signos exteriores de los sacramentos son como otros tantos billetes que se ha encargado de llenar. El agua derramada sobre la cabeza de un niño, por sí sola, ningún valor tendría ; pero Jesucristo ha dicho : « Cuando hagais este acto invocando al Padre, al Hijo y al Espíritu Santo, yo purificaré el alma de ese niño, yo la colmaré de mi gracia. » Sabemos que tiene poder bastante para hacerlo. Ved ahí, hermanos míos, la manera como estos signos exteriores que se llaman sacramentos, santifican nuestras almas, borran nuestros pecados y nos hacen justos y agradables á los ojos de Dios...

Segunda parte. — Veamos ahora cuántos sacramentos hay... La Iglesia católica enseña que hay siete sacramentos : el Bautismo, la Confirmación, la Eucaristía, la Penitencia, la Extrema-unción, el Orden y el Matrimonio... Pocas verdades hay que hayan sido tan controvertidas por los herejes ; pero, desde el siglo segundo, san Ireneo, obispo de Lyon, refutaba, en un sábio libro, á los sectarios de su tiempo... Los protestantes mismos conservaron en un principio cinco sacramentos, después cuatro, luego tres, más adelante dos... Y como una vez en

esta fatal pendiente del error, se va rodando, como piedra que descien- de de una montaña hácia el abismo, muchos de ellos han acabado hoy por negar hasta la necesidad del Bautismo...

La Iglesia católica congregó á sus obispos de todos los ángulos del mundo, para confundir á Lutero, á Calvino y á los discípulos de estos iherarcas. Espectáculo solemne fué el ver aquella venerable asamblea de muchos centenares de obispos, casi todos encanecidos por los trabajos del apostolado, afirmar la creencia de la Iglesia universal. «Sí, dijeron, Jesucristo estableció siete sacramentos: el Bautismo, la Confirmación, la Eucaristía, la Penitencia, la Extremaunción, el Orden y el Matrimonio: si alguno niega esta verdad, sea arrojado de la comunión de los fieles y sea anatema (1).» En vano habeis intentado, discípulos de Calvino y de Lutero, rebelaros contra esta sentencia; el anatema ha traído sus frutos: rama siempre más árida y seca, habeis sido cercenados de esta Iglesia universal que, cual árbol majestuoso, cubre el universo entero con sus ramas... Astros siempre más sin brújula y sin guía, se ve, en efecto, al infame Lutero y al repugnante Calvino extraviarse cada vez más por los vastos espacios del error, y morir como réprobos, sin recibir los consuelos que proporcionan los dossacramentos que fortalecen á todo buen cristiano en la hora de su muerte...

Carísimos hermanos, un piadoso autor refiere á propósito de los siete sacramentos la parábola siguiente (2): «Vivía, dice, en cierto país un médico tan célebre por su talento como por su caridad para con el prójimo. El país donde habitaba tenía una vasta extensión: multitud de enfermos llenaba las ciudades y los pueblos. Los otros médicos no podían con ellos: mas el hábil doctor de que hablamos había descubierto siete plantas mavarillosas, que curaban todas las enfermedades. Lleno de bondad y humanidad para con aquellos pobres enfermos, cuyos sufrimientos lastimaban su corazón, prescribía á cada uno de aquellas siete plantas, según la naturaleza del mal que le atormentaba, y los que seguían fielmente sus prescrip-

(1) V. *Concilio de Trento*.

(2) Filoteo, año 5º. En el *Grand Catéchisme* de M. d'Hauterive, t. IX, pág. 201.

ciones recobraban una perfecta salud...» ¿Cuál es, hermanos míos muy amados, este hábil doctor? ¿Cuáles son esas siete plantas maravillosas?... El doctor es nuestro divino Salvador, tan humanitario ante las miserias de nuestra naturaleza, y siempre dispuesto á curarnos, si nosotros queremos recurrir á él... Las siete plantas destinadas á hacer desaparecer los males y enfermedades de nuestras almas son los siete Sacramentos... Pobrecito niño que acabas de nacer, ¿cuán enferma está tu alma!... El pecado original la cubre á manera de inmundia lepra; mas esta divina planta que se llama el Bautismo va á limpiar tu lepra y á darte la salud y la vida... ¿Os sentís débiles, desfallecidos? Ahí el médico divino os ha preparado, en la Confirmación y en la sagrada Eucaristía, una especie de poción divina y cordial, que ha de devolveros la fuerza y hacer desaparecer en vosotros este estado de desfallecimiento... ¿Os devora la fiebre?... ¡Ah! muy malos estais, vuestra enfermedad os llevará tal vez á la muerte... Ahí teneis una planta maravillosa que se llama la Penitencia... Sus jugos pueden ser amargos; pero, tenedlo por seguro, sus efectos son infalibles; hacel uso de ella y os curaréis.. Y así, hermanos míos, de los demás Sacramentos... Sí, son unas plantas saludables, unos remedios divinos, que Jesucristo ha puesto á nuestra disposición, y que, trayén-donos la gracia, deben curar todas las enfermedades de nuestras almas...

Mas ¿porqué hay siete Sacramentos?.. Voy á probar, hermanos míos, de explicároslo en lo posible. «Dios, dice santo Tomás (1), que todo lo dispone con orden y medida, ha establecido cierta semejanza entre la vida de nuestros cuerpos y la de nuestras almas. Para que el hombre pueda llenar su misión de hombre privado y de ciudadano formando parte de una sociedad, son necesarias siete cosas... Es menester, primeramente, que nazca; en segundo lugar, que crezca y se haga fuerte; necesita alimento; si está enfermo, hay necesidad de remedio para curarle; hay más, se requieren ciertos cuidados para hacer desaparecer las consecuencias de la enfermedad; además, como el hombre ha nacido para la sociedad, se necesitan je-

(1) *Apud Biltuart*.

ses para regirle y gobernarle. Finalmente, para que la sociedad no perezca, se requiere la unión legítima del hombre y de la mujer al objeto de conservar el género humano... Es la imagen de los siete Sacramentos: los unos indispensables, los otros muy útiles para la vida de nuestras almas... El Bautismo nos hace nacer á la gracia; la Confirmación nos fortalece; la sagrada Eucaristía nos alimenta; encontramos en la Penitencia un remedio que nos cura, y la Extremaunción borra en nosotros los restos del pecado; el sacramento del Orden consagra, en cierto modo, á los sacerdotes y obispos que deben regir las almas y gobernar la Iglesia; por último, la propagación de los hijos de Dios y su educación cristiana son los frutos del sacramento del Matrimonio. »

Ved ahí, hermanos míos muy amados, cómo y por qué Jesucristo quiso instituir los Sacramentos en número de siete y no más que siete... Debo deciros que este número misterioso estaba figurado en la ley antigua. Siete trompetas anunciaban á los Judíos el año santo del Jubileo, y les recordaban el regreso á la patria de donde habían sido desterrados. De igual manera los Sacramentos anuncian á los fieles el tiempo de gracia que Jesucristo nos trajo, tiempo en el cual podemos obtener el título de hijos de Dios, y el derecho de entrar en la patria celestial... Siete sellos cerraban el libro de vida, que san Juan divisó á la diestra del eterno Dios; únicamente el Cordero, es decir Jesucristo, podía romperlos é inscribir luego los nombres en aquel divino libro... Así los siete Sacramentos, que Jesucristo nos ofrece, son como siete sellos, que él rompe en nuestro favor, y por cuyo medio nos abre los tesoros de su gracia y el acceso cerca de aquel Padre omnipotente, que tenemos en el cielo (1)...

PERORACIÓN. — Pero hemos de concluir... Carísimos hermanos, una palabra todavía... Mas que sea un acto de reconocimiento y de amor hacia nuestro adorable Salvador... ¡Dulce Jesús, vos os hicisteis niño para arrancarnos de la esclavitud de Satanás; vivisteis en la pobreza, sufristeis persecuciones, habeis suportado el suplicio de la flagelación, y las torturas del Calvario!... ¡Oh! más que suficiente era para nuestras al-

(1) V. d'Hauterive, *Grand Catéchisme*, t. IX, pág. 131 y siguientes.

mas; era hasta demostrar demasiado amor á miserables pecadores!... Y sin embargo no era suficiente para vuestro corazón; buscasteis, y vuestra ingeniosa ternura encontró en los Sacramentos medios infalibles de proporcionarnos los auxilios que nos son necesarios. ¡Ah! sed para siempre bendecido!... Y nosotros, hermanos míos, tomemos la resolución, no solamente de estimar los Sacramentos, sino también de recibirlos con fe, con piedad y con amor... Así sea.

INSTRUCCION QUINTA PRELIMINAR.

NATURALEZA DE LOS SACRAMENTOS: MATERIA, FORMA, MINISTRO.

TEXTO. — *Dato est mihi omnis potestas in celo et in terra, etc...*
 Todo poder me ha sido dado en el cielo y en la tierra; id pues, instruíd á todas las gentes, bautizándoles, etc...

(S. MATEO, CAP. XXVIII, VERS. 18.)

EXORDIO. — Hermanos míos, un fenómeno, ó para explicarme con mayor claridad, una causa sorprendente y digna de admiración, que todos los días tenemos delante de los ojos, y sobre la cual no reflexionamos bastante, es la educación, la formación, por decirlo así, de la inteligencia de un niño... Padres que me oís, vais á escucharme, á comprenderme, de seguro... y después de las explicaciones que voy á daros, direis: Es mucha verdad...

¡Pobres pequeñuelos, cuán débiles nacemos!... « ¿ Vivirá? ¿ no vivirá? » se ha dicho de cada uno de nosotros en la hora de nuestro nacimiento... Después aquella cariñosa mujer, que Dios nos había dado por madre, nos cojió en sus brazos, nos estrechó contra su corazón y nos alimentó con su leche... Un año tal vez había transcurrido en que nuestra buena madre cada día nos hablaba sin que nosotros la comprendiésemos... Por último, cierta noche, un hombre muy fatigado venía á sentarse junto al hogar, nos miraba con amor, nuestra

ses para regirle y gobernarle. Finalmente, para que la sociedad no perezca, se requiere la unión legítima del hombre y de la mujer al objeto de conservar el género humano... Es la imagen de los siete Sacramentos: los unos indispensables, los otros muy útiles para la vida de nuestras almas... El Bautismo nos hace nacer á la gracia; la Confirmación nos fortalece; la sagrada Eucaristía nos alimenta; encontramos en la Penitencia un remedio que nos cura, y la Extremaunción borra en nosotros los restos del pecado; el sacramento del Orden consagra, en cierto modo, á los sacerdotes y obispos que deben regir las almas y gobernar la Iglesia; por último, la propagación de los hijos de Dios y su educación cristiana son los frutos del sacramento del Matrimonio. »

Ved ahí, hermanos míos muy amados, cómo y por qué Jesucristo quiso instituir los Sacramentos en número de siete y no más que siete... Debo deciros que este número misterioso estaba figurado en la ley antigua. Siete trompetas anunciaban á los Judíos el año santo del Jubileo, y les recordaban el regreso á la patria de donde habían sido desterrados. De igual manera los Sacramentos anuncian á los fieles el tiempo de gracia que Jesucristo nos trajo, tiempo en el cual podemos obtener el título de hijos de Dios, y el derecho de entrar en la patria celestial... Siete sellos cerraban el libro de vida, que san Juan divisó á la diestra del eterno Dios; únicamente el Cordero, es decir Jesucristo, podía romperlos é inscribir luego los nombres en aquel divino libro... Así los siete Sacramentos, que Jesucristo nos ofrece, son como siete sellos, que él rompe en nuestro favor, y por cuyo medio nos abre los tesoros de su gracia y el acceso cerca de aquel Padre omnipotente, que tenemos en el cielo (1)...

PERORACIÓN. — Pero hemos de concluir... Carísimos hermanos, una palabra todavía... Mas que sea un acto de reconocimiento y de amor hacia nuestro adorable Salvador... ¡Dulce Jesús, vos os hicisteis niño para arrancarnos de la esclavitud de Satanás; vivisteis en la pobreza, sufristeis persecuciones, habeis suportado el suplicio de la flagelación, y las torturas del Calvario!... ¡Oh! más que suficiente era para nuestras al-

(1) V. d'Hauterive, *Grand Catéchisme*, t. IX, pág. 131 y siguientes.

mas; era hasta demostrar demasiado amor á miserables pecadores!... Y sin embargo no era suficiente para vuestro corazón; buscasteis, y vuestra ingeniosa ternura encontró en los Sacramentos medios infalibles de proporcionarnos los auxilios que nos son necesarios. ¡Ah! sed para siempre bendecido!... Y nosotros, hermanos míos, tomemos la resolución, no solamente de estimar los Sacramentos, sino también de recibirlos con fe, con piedad y con amor... Así sea.

INSTRUCCION QUINTA PRELIMINAR.

NATURALEZA DE LOS SACRAMENTOS: MATERIA, FORMA, MINISTRO.

TEXTO. — *Dato est mihi omnis potestas in cælo et in terra, etc...*
 Todo poder me ha sido dado en el cielo y en la tierra; id pues, instruíd á todas las gentes, bautizándoles, etc...

(S. MATEO, CAP. XXVIII, VERS. 18.)

EXORDIO. — Hermanos míos, un fenómeno, ó para explicarme con mayor claridad, una causa sorprendente y digna de admiración, que todos los días tenemos delante de los ojos, y sobre la cual no reflexionamos bastante, es la educación, la formación, por decirlo así, de la inteligencia de un niño... Padres que me oís, vais á escucharme, á comprenderme, de seguro... y después de las explicaciones que voy á daros, direis: Es mucha verdad...

¡Pobres pequeñuelos, cuán débiles nacemos!... « ¿ Vivirá? ¿ no vivirá? » se ha dicho de cada uno de nosotros en la hora de nuestro nacimiento... Después aquella cariñosa mujer, que Dios nos había dado por madre, nos cojió en sus brazos, nos estrechó contra su corazón y nos alimentó con su leche... Un año tal vez había transcurrido en que nuestra buena madre cada día nos hablaba sin que nosotros la comprendiésemos... Por último, cierta noche, un hombre muy fatigado venía á sentarse junto al hogar, nos miraba con amor, nuestra

vista parecía aliviarle... Nuestra madre nos colocó sobre sus rodillas, mientras preparaba la cena para la familia: nos había nombrado a aquel hombre tan amenuado, que, en medio de sus besos, se desató nuestra lengua y dijimos: *papa...* ¡Cuánto regocijó su corazón esta primera palabra!... Al día siguiente, aumentaba nuestra inteligencia, nombrábamos a nuestra madre... Algunos días más tarde, cuando se nos mostraba el crucifijo, lo besábamos balbuceando estas palabras: *Es el buen Jesús...* ¿Y vos, divina Madre del Redentor? Vuestra imagen es una de las primeras que una madre cristiana muestra a su hijo: y él, señalándoos con el dedo, dice: *Es la Madre de Dios, es la Virgen...* Después, poco a poco, con el auxilio de signos y palabras repetidas muchas veces, se desarrolla nuestra inteligencia... Conocemos ya a las personas que nos rodean, los animales domésticos que nos acarician... Nuestra madre nos ha dicho su nombre, este nombre se ha grabado en nuestra memoria...

¿No es así, hermanos míos?... ¿No es con el auxilio de estos signos sensibles como se han desarrollado nuestras facultades?... Pues bien, nuestro amado Salvador ha querido que pasase lo mismo con la vida espiritual de nuestras almas... Con el auxilio de estos signos sensibles que se llaman los Sacramentos, es como hace penetrar en ellas la gracia, una luz divina y la inteligencia de las cosas de la fe... Esa agua, derramada sobre nuestra cabeza, no solamente purifica el alma del niño, sino que además le dispone para que, cuando sea llegada la edad, comprenda mejor las lecciones que una madre piadosa le habrá de dar. Verifícase en su alma una transformación, que casi me atreveré a comparar al misterio de la Eucaristía... Aquí, en este Sacramento, el pan y el vino se convierten realmente por medio de la consagración en el cuerpo y sangre del Salvador... Allí, en el niño que acaba de nacer, el esclavo de Satanás se convierte, en virtud del Sacramento, en amigo de Dios, en hermano de los ángeles: su alma, como una tierra bien preparada, se abre para absorber la verdad... ¡Sí, adorable Jesús, vos desarrolláis en nosotros la vida de la gracia por medio de los Sacramentos, cual forman nuestras madres y desarrollan en nosotros la vida de la inteligencia con el auxilio de signos sensibles y exteriores.

PROPOSICIÓN. — Antes de explicaros separadamente cada uno de los Sacramentos, me propongo, en esta instrucción y en la siguiente, deciros algunas palabras sobre la naturaleza y esencia de los Sacramentos, sobre lo que los constituye, y sobre los efectos que ellos producen en nuestras almas.

División. — Esta mañana vamos á ver: *en primer lugar*, la materia de un sacramento, *en segundo lugar*, la forma, y *en tercer lugar*, el ministro que debe administrarlo (1).

Primera parte. — ¿Qué es la materia de un sacramento?... Llámase materia de un sacramento el objeto material ó el acto moral que sirve para formarlo... Hablo así, hermanos míos, porque, en ciertos sacramentos, se emplean diferentes sustancias materiales: el agua para el Bautismo, el aceite y el bálsamo para la Confirmación, el pan y el vino para la sagrada Eucaristía. Se hacen igualmente unciones de bálsamo ó de aceite consagrados, cuando se administran los sacramentos del orden y de la Extremaunción. Para la Penitencia, como para el Matrimonio, se verifica un acto moral: los pecados del penitente, la confesión que de ellos hace con sinceridad, el pesar que experimenta de haberlos cometido, la firme resolución que toma de evitarlos en lo sucesivo, ved ahí lo que constituye la materia del sacramento de la Penitencia... Para el Matrimonio, la presencia de los dos esposos, la voluntad que tienen y manifiestan de unirse ante Dios, forman lo que se llama la materia del sacramento... Mas ¿porqué se emplean estas sustancias, estos elementos exteriores para los Sacramentos?... Y para concretarnos al Bautismo, ¿no podía el Espíritu Santo purificar el alma del niño sin el auxilio de esta agua que vierte sobre su cabeza?... Esta pregunta es antigua, muy antigua... Ved ahí como contestaba á ella, hace más de mil cuatrocientos años, un ilustre Doctor, san Gregorio de Niza (2): «Indudablemente, dice, el Espíritu Santo es quien purifica el alma del recién bautizado, librándola de la mancha original, derramando en ella, cual licor precioso, la gracia y las virtudes infu-

(1) V. santo Tomás, *Summa theol.*, parte 3, cuest. LX, art. 6, y P. d'Hauterive, *Grand Catéchisme de la Persévérance chrétienne*, t. X, pág. 140 y sig.

(2) *Orat. in diem lumin.* V. Boucarut. *Instruct. historiques et théologiques sur les sacrements*, vol. I, pág. 63.

sas ; pero Jesucristo ha querido que el agua fuese el signo, el símbolo, la imagen de este efecto producido... Nosotros nos servimos del agua para limpiar nuestros cuerpos cuando estan manchados de lodo; así, en el Bautismo, esta agua representa la purificación, la limpieza del alma, porque nuestro mismo Salvador ha dicho : «El que no renazca del agua y del Espíritu Santo, no podrá entrar en el reino de los cielos.»

Idéntico razonamiento aplica el santo doctor al pan y vino que se convierten en la sagrada Eucaristía; á ese crisma, santificado por la bendición del obispo, que, por medio del sacramento del orden, hace de un simple fiel un sacerdote, un jefe encargado de enseñar y gobernar á las almas. «Ningún cambio, dice, se efectúa en su cuerpo ni en su persona; es exactamente el mismo en el exterior; sin embargo su alma experimenta una transformación admirable por el efecto de una virtud y de una gracia invisibles.»

Segunda parte. — Habeis debido comprender, hermanos míos muy amados, que la materia de la mayor parte de los sacramentos era en sí misma algo sumamente común y sencillo : agua, pan, vino, aceite de oliva bendito y consagrado... ¿Hay algo más vulgar?... Pero si á ellos se les agrega la forma, estas cosas se transforman en fecundo manantial de gracias y bendiciones... ¿Qué digo, Dios mio!... Estos elementos tan vulgares pueden, como en la sagrada Eucaristía, convertirse en el mismo Jesucristo, en el autor de la gracia... ¿Qué es pues la forma?... Son las palabras que el sacerdote pronuncia sobre la materia y que hacen que exista el sacramento... En este momento, sobre este altar, no hay más que pan y vino; es, como acabo de deciroslo, la materia de la sagrada Eucaristía... ; Pues bien ! cuando yo, pobre sacerdote, pronunciaré, en el momento de la consagración, las palabras de Jesucristo; cuando poniéndome en su lugar, por muy indigno que sea de ocuparlo, diré: *Este es mi cuerpo, esta es mi sangre*, será tan grande la eficacia de estas palabras sagradas, que en este altar ya no habrá más que el cuerpo y la sangre de mi Salvador!... Vosotros, ya al salir de misa, ya en otra ocasión cualquiera, me traéis un niño : este niño entra en la iglesia esclavo de Satanás... Yo, sacerdote, derramo sobre su frente el agua santa, diciendo : *Yo te bautizo en nombre del Padre, y del*

Hijo y del Espíritu Santo, y es tal el poder de estas palabras, que ese niño, esclavo hasta entonces de Satanás, saldrá miembro de la Iglesia, hijo de la misericordia de Jesús; cuando se le vuelve á llevar á casa, su madre estrecha contra su corazón á un ángel del Señor... Cuando ireis á confesar vuestras faltas, por enormes que ellas fueren, aun cuando fueren tan numerosas como las estrellas del cielo, si las confesais con verdadero dolor, el sacerdote dirá: *Yo te absuelvo en el nombre del Padre, y del Hijo y del Espíritu Santo*; y luego seréis bendecidos y perdonados... ; Ah! ¿comprendéis bien la eficacia de estas palabras que llamamos la forma de los sacramentos?

Una comparación, hermanos míos muy amados, hará tal vez todavía más claras estas explicaciones. Refiérese que en 1815, en ocasión en que Francia estaba invadida por el enemigo, Alejandro, emperador de Rusia, al pasar por una ciudad (1), ofreció por un crucifijo de bronce la enorme cantidad de cien mil francos... El bronce, sin embargo, es una materia muy vulgar, y con la cantidad de que os hablo, se podrían adquirir muchísimos crucifijos... Sí, pero aquel Cristo lo había esculpido un artista famoso llamado Girardon; había impreso en él el sello de su talento, y aquella materia, vulgar en sí, merced á la forma que él la había dado, había adquirido un valor inmenso... El agua, el aceite, el pan y el vino son también cosas vulgares; pero cuando Jesucristo pone en ellas el sello de su poder y de su misericordia, entonces esos objetos se convierten en nuestros Sacramentos, es decir tienen un valor infinito...

Tercera parte. — Digamos ahora, hermanos míos muy amados, que cada sacramento requiere un ministro, es decir una persona para administrarlo... Os sorprenderá tal vez que yo no haya dicho un sacerdote ó un obispo... Voy á deciros el porqué: es que el ministro de un sacramento puede ser diferente, según la necesidad ó la naturaleza del sacramento que se trata de administrar... ¿Se trata del Bautismo, ese sacramento absolutamente indispensable para salvarse? ; Admirable misericordia de nuestro dulcísimo Jesús! ; Vos habeis querido que cual-

(1) La ciudad de Troyes, una de cuyas iglesias (Saint Remy) posee la obra maestra de Girardon.

quier persona, hombre ó mujer, seglar ó sacerdote, pudiese, en caso de necesidad, conferir este sacramento! El señor obispo y los demás pontífices que han recibido la unción episcopal, la plenitud del sacerdocio, son los ministros de los sacramentos del Orden y de la Confirmación. Más adelante citaremos las razones de conveniencia; pero desde ahora podéis comprender que únicamente a los jefes es á quienes corresponde fortalecer á sus soldados, y escojer á los que deben ayudarle en el gobierno del ejército cristiano.

La parte que á nosotros, simples sacerdotes, nos corresponde es todavía muy hermosa... Bien comprendida, es grande, noble, sublime, y si, desde el seno de esa gloria eterna que es su patrimonio, los ángeles fuesen capaces de concebir la envidia, la tendrían de la dignidad del sacerdote... Él es quien, fuera de los casos de necesidad, confiere el Bautismo, administra los sacramentos de la Eucaristía, de la Penitencia y de la Extremaunción; él es quien, en nombre de la Iglesia, bendice la unión de los esposos... Sí, hermosa es su parte en esta difusión de las gracias que deben proporcionar á los fieles los Sacramentos... Todos vosotros sabéis que, para ejercer legítimamente estas funciones se requiere no solamente que hayamos recibido el sacramento del Orden, sino que además es preciso que nuestro obispo nos haya confiado, ya el gobierno de una parroquia, ya el derecho de ejercer en su diócesis, poderes, cuyo germen es depositado en nuestras almas en el día en que se nos ordena.

Vais á comprender todavía mejor este pensamiento... Vedme en medio de vosotros, yo soy el ministro de los Sacramentos que se os tengan que administrar... Vosotros me traéis vuestros hijos á este sagrado recinto é yo los bautizo: yo subo al sagrado altar, y vos, Dios de la Eucaristía, descendéis á mi voz, y el pan y el vino se convierten en vuestro Cuerpo y en vuestra Sangre... Acercáos, almas fieles, yo tengo el derecho, hay más, es para mí un deber de daros á Jesús, este buen Jesús, velado bajo la forma de la sagrada hostia, siempre y cuando lo vengais á reclamar... Yo soy, entre vosotros, el ministro de la sagrada Eucaristía... Pobres pecadores, venid con confianza al tribunal de la penitencia; nosotros tenemos el poder de absolveros... Con tal que sean buenas vuestras disposiciones, cuando nosotros os diremos: «Vuestros pecados os estan per-

donados», la augusta Trinidad, desde lo alto del cielo, ratificará nuestra sentencia... Nosotros somos los ministros del sacramento de la Penitencia.

Inútil es, hermanos míos, hablaros de la Extremaunción y del Matrimonio: por estas sencillas explicaciones podéis comprender lo que debe entenderse por ministro de un sacramento; es, lo repito, la persona que tiene el poder y el derecho de administrarlo. Reasumiendo mi pensamiento, debo deciros que: cualquier persona puede, en caso de necesidad, administrar el Bautismo; el obispo es el único que confiere los sacramentos de la Confirmación y del Orden; los sacerdotes y los párrocos autorizados por sus obispos son los únicos ministros de los demás sacramentos... Supongo que me habéis comprendido bien... En todo caso, amados hermanos míos, me habría sido difícil emplear más claridad y llaneza en las explicaciones que os acabo de dar...

PERORACIÓN. — Al hablar del sacramento del Orden, volveremos á tratar este punto... Mas al terminar, preséntase una pregunta á mi imaginación... Si el ministro no es santo, ¿es bueno el sacramento? Si el sacerdote con quien cada quince días me confieso, no está en gracia de Dios, ¿podrá realmente darme la absolución?... Duda terrible, porque al fin nadie puede leer en el fondo de los corazones... Sí, carísimos hermanos míos, el sacramento sería bueno, la absolución sería válida: así lo ha querido nuestro divino Salvador para paz y tranquilidad de nuestras almas. San Pablo me dice: «No es el que planta, sino Dios quien hace crecer el árbol plantado!...» — «Tanto si está echada la simiente por una mano pura como si lo está por un mano manchada, añade san Agustín, ella germinará siempre si el terreno está bien preparado...» Así, sea cual fuere la santidad interior del ministro que os administra un sacramento, este sacramento producirá siempre su efecto... ¿Es bien cierto esto? Decidnos vuestra opinión, ilustre san Gregorio Nazianceno, vos, uno de los más sábios doctores de la Iglesia santa. — «Amigos míos, contesta este santo obispo, tanto si es de hierro como si es de oro, el sello de un rey dejará siempre la misma marca. Tanto si está servido en vaso de barro como si lo está en copa de cristal, un licor precioso tendrá siempre el mismo sabor. Lo mismo digo de la gracia de

los Sacramentos; es siempre la misma, eficaz siempre, sea cual fuere el mérito del ministro encargado de comunicárnosla.»

Carísimos hermanos, roguemos al Señor, á fin de que, en su misericordia infinita, haga verdaderamente santos á aquellos á quienes ha confiado la administración de sus augustos Sacramentos, á aquellos á quienes ha hecho dispensadores de sus gracias.... Admirémos también esta bondad con que ha querido tranquilizarnos y desvanecer nuestras dudas... ; Oh Jesús, cuán bueno habeis sido y cuán bueno sois cada día para nuestras pobres almas!... A vos pues os sean dados gloria, amor y reconocimiento por los siglos de los siglos... Así sea...

INSTRUCCION SEXTA PRELIMINAR

SUJETO DE LOS SACRAMENTOS: EFECTOS QUE PRODUCEN.

TEXTO. — *Data est mihi omnis potestas in celo et in terra, etc...*
Todo poder me ha sido dado en el cielo y en la tierra: id pues etc...

(SAN MATEO, CAP. XXVIII, VERS. 18.)

EXORDIO. — No debeis haber olvidado, hermanos míos, el pensamiento con que terminaba nuestra última instrucción... Decíamos que los Sacramentos reciben su valor únicamente de Jesucristo... Aun cuando sea muy de desear que los que los administran sean santos, sin embargo, su mayor ó menor virtud ni aumenta el valor del sacramento, ni disminuye su *eficacia esencial* (1). Si Judas hubiese bautizado, ofrecido el santo sacrificio de la Misa y confesado, el Bautismo habría sido igual que el administrado por san Pedro; Jesucristo habría descendido sobre el altar á la voz del traidor, lo mismo que á la del discípulo amado, y la absolución concedida por aquel miserable habría sido ratificada en el cielo, como las que concedían los más santos de los apóstoles... Insisto

(1) V. Santo Tomás, *Summa theol.* parte 3, cuest. LXIV, art. 5 y siguientes.

sobre este punto, porque necesitamos comprender bien la inefable misericordia con que nuestro dulce Salvador ha atendido á la seguridad de nuestras almas...

Los sacerdotes y los obispos son los ministros *ordinarios* de los sacramentos, y digo *ordinarios*, porque algunas veces Dios, para recomendar el fervor de ciertas almas, ha permitido que estas recibiesen la comunión de manos de los Angeles... Santa Inés de Montepulciano, santa Catalina de Sena y aún otras han gozado de este favor... Un jóven, que después fué san Estanislao de Kostka, cae peligrosamente enfermo. ¿Qué va á hacer?... La casa donde se encuentra está habitada por herejes, que no dejarán entrar ni un sacerdote... ; Su vida! de esta hace gustoso el sacrificio. Pero, oh buen Jesús, él quisiera unirse á vos, recibir el santo Viático, antes de comparecer ante vuestro tribunal... ¿Se verá pues privado de esta dicha?... ; Regocíjate, piadoso jóven, tus deseos serán atendidos!.. Y ved ahí que dos ángeles traen al piadoso jóven la sagrada comunión, y con ella una bendición, que le devuelve la salud (1)...

PROPOSICIÓN. — Volveremos á ocuparnos del ministro de los Sacramentos, cuando hablaremos del Orden; esta mañana mi intención es daros algunas explicaciones más, que completarán lo que deseaba decir os sobre los Sacramentos en general...

DIVISIÓN. — Diré pues, *en primer lugar*, algunas palabras sobre el sujeto de los Sacramentos; después, *en segundo lugar*, indicaremos los principales efectos que estan destinados á producir.

Primera parte. — Y ante todo, ¿qué se debe entender por sujeto de los Sacramentos?... Designamos con este término á aquellos que pueden lícitamente recibirlos. Hubo una época en que en ciertos países se había generalizado un abuso, contra el cual varios Concilios protestaren: se daba la sagrada comunión á los muertos. Una piedad ignorante se figuraba que la sagrada forma, puesta en la boca del difunto, podía ser aún

(1) Puedense ver otros hechos de este género: Ordenación conferida, Extremaunción dada, en Drouin: *de Re sacramentaria, de Ministris sacramentorum*, cuest. VII, y principalmente en el *Candélabre mystique*, de J. Marchant, trat. I, lecc. 7.

los Sacramentos; es siempre la misma, eficaz siempre, sea cual fuere el mérito del ministro encargado de comunicárnosla.»

Carísimos hermanos, roguemos al Señor, á fin de que, en su misericordia infinita, haga verdaderamente santos á aquellos á quienes ha confiado la administración de sus augustos Sacramentos, á aquellos á quienes ha hecho dispensadores de sus gracias.... Admirémos también esta bondad con que ha querido tranquilizarnos y desvanecer nuestras dudas... ; Oh Jesús, cuán bueno habeis sido y cuán bueno sois cada día para nuestras pobres almas!... A vos pues os sean dados gloria, amor y reconocimiento por los siglos de los siglos... Así sea...

INSTRUCCION SEXTA PRELIMINAR

SUJETO DE LOS SACRAMENTOS: EFECTOS QUE PRODUCEN.

TEXTO. — *Data est mihi omnis potestas in celo et in terra, etc...*
 Todo poder me ha sido dado en el cielo y en la tierra: id pues etc...

(SAN MATEO, CAP. XXVIII, VERS. 18.)

EXORDIO. — No debeis haber olvidado, hermanos míos, el pensamiento con que terminaba nuestra última instrucción... Decíamos que los Sacramentos reciben su valor únicamente de Jesucristo... Aun cuando sea muy de desear que los que los administran sean santos, sin embargo, su mayor ó menor virtud ni aumenta el valor del sacramento, ni disminuye su *eficacia esencial* (1). Si Judas hubiese bautizado, ofrecido el santo sacrificio de la Misa y confesado, el Bautismo habría sido igual que el administrado por san Pedro; Jesucristo habría descendido sobre el altar á la voz del traidor, lo mismo que á la del discípulo amado, y la absolución concedida por aquel miserable habría sido ratificada en el cielo, como las que concedían los más santos de los apóstoles... Insisto

(1) V. Santo Tomás, *Summa theol.* parte 3, cuest. LXIV, art. 5 y siguientes.

sobre este punto, porque necesitamos comprender bien la inefable misericordia con que nuestro dulce Salvador ha atendido á la seguridad de nuestras almas...

Los sacerdotes y los obispos son los ministros *ordinarios* de los sacramentos, y digo *ordinarios*, porque algunas veces Dios, para recomendar el fervor de ciertas almas, ha permitido que estas recibiesen la comunión de manos de los Angeles... Santa Inés de Montepulciano, santa Catalina de Sena y aún otras han gozado de este favor... Un jóven, que después fué san Estanislao de Kostka, cae peligrosamente enfermo. ¿Qué va á hacer?... La casa donde se encuentra está habitada por herejes, que no dejarán entrar ni un sacerdote... ; Su vida! de esta hace gustoso el sacrificio. Pero, oh buen Jesús, él quisiera unirse á vos, recibir el santo Viático, antes de comparecer ante vuestro tribunal... ¿Se verá pues privado de esta dicha?... ; Regocíjate, piadoso jóven, tus deseos serán atendidos!.. Y ved ahí que dos ángeles traen al piadoso jóven la sagrada comunión, y con ella una bendición, que le devuelve la salud (1)...

PROPOSICIÓN. — Volveremos á ocuparnos del ministro de los Sacramentos, cuando hablaremos del Orden; esta mañana mi intención es daros algunas explicaciones más, que completarán lo que deseaba decir os sobre los Sacramentos en general...

DIVISIÓN. — Diré pues, *en primer lugar*, algunas palabras sobre el sujeto de los Sacramentos; después, *en segundo lugar*, indicaremos los principales efectos que estan destinados á producir.

Primera parte. — Y ante todo, ¿qué se debe entender por sujeto de los Sacramentos?... Designamos con este término á aquellos que pueden lícitamente recibirlos. Hubo una época en que en ciertos países se había generalizado un abuso, contra el cual varios Concilios protestaren: se daba la sagrada comunión á los muertos. Una piedad ignorante se figuraba que la sagrada forma, puesta en la boca del difunto, podía ser aún

(1) Puedense ver otros hechos de este género: Ordenación conferida, Excomunión dada, en Drouin: *de Re sacramentaria, de Ministris sacramentorum*, cuest. VII, y principalmente en el *Candélabre mystique*, de J. Marchant, trat. I, lecc. 7.

provechosa para su alma... Era un error grosero (1)... Solamente los hombres vivos pueden recibir los Sacramentos... Pero ¿pueden recibirlos todos indistintamente?... Aquí, hay que establecer una distinción... El Bautismo lo pueden recibir todos... No ignorais, hermanos míos, que ningún otro sacramento se puede recibir si no se está ya bautizado... Es evidente: hasta los niños pueden comprender el motivo. ¿Qué somos cuando venimos á este miserable suelo?... Esclavos de Satanás, enemigos de Dios, nuestras almas estan manchadas de la lepra original... El Bautismo nos hace hijos de Dios, miembros de la Iglesia... Y los demás Sacramentos fueron instituidos únicamente para los hijos de la Iglesia santa. Por esto al Bautismo se le llama la puerta que nos los abre, el sello que nos da derecho á ellos (2).

Sin embargo, hermanos míos, aún los que han recibido el Bautismo no pueden recibir todos los otros Sacramentos... No se pueden administrar ni la Penitencia, ni la Excomunión, ni el Orden, ni el Matrimonio, á los niños que no han llegado al uso de razón... Hoy, la disciplina observada por la Iglesia no nos permite distribuirles la sagrada Eucaristía, antes de habernos asegurado de que tienen la instrucción necesaria y suficiente inteligencia... Asimismo las mujeres en ningún caso pueden recibir el sacramento del Orden... Por último, los que gozan de buena salud no pueden, mientras esten buenos, ser sujetos de la Excomunión... Mas antes de terminar esta explicación sobre el sujeto de los Sacramentos, quiero mostraros, tomándolo de la historia, que, en los primeros siglos, se daba á veces la sagrada Comunión á los niños que habían conservado la inocencia de su Bautismo; después, por justos motivos, la Iglesia suprimió esta costumbre...

Cierto día en la ciudad de Constantinopla, entre los niños á quienes se había distribuido el resto de las especies consagradas, se hallaba el hijo de un judío... Este último, habiendo sabido que su hijo había ido con los otros á la Iglesia de los cristianos, y que había recibido la sagrada Eucaristía, entró en gran furor...; Padre desnaturalizado, el

(1) V. *De Liturgia*, por el cardenal Bona, lib. II, cap. XVII, *ad calcem*. En este profundo libro se encuentran detalles muy curiosos sobre los ritos antiguos referentes al santo Sacrificio de la Misa.

(2) V. d'Hauterive, *Grand Catéchisme*, t. X, pág. 192.

odio que siente por nuestro dulce Salvador se sobrepone en su corazón á amor paternal!... Cojiendo á su hijo, le sumerge en un horno ardiente donde hacía cocer su vidrio, porque era vidriero de profesión... El niño permaneció milagrosamente conservado en él durante tres días... Al cabo de este tiempo su madre le sacó sano y salvo... El emperador Justiniano y el patriarca Mennas quisieron interrogar á aquel niño, y quedó comprobado el milagro: se bautizó al niño, su madre se convirtió, y su padre, como persistiese en su endurecimiento, fué condenado al suplicio del fuego(1).. Esta historia, además de probar la presencia real de Nuestro Señor Jesucristo en la sagrada Eucaristía, nos hace saber, como decía, que hubo un tiempo en que la Iglesia santa admitía á los niños inocentes como sujetos capaces de recibir este sacramento...

Segunda parte.—Diremos más adelante qué disposiciones se requieren para recibir cada uno de los Sacramentos... Ahora voy á hablar de los efectos que ellos producen en el alma... Cuéntanse dos principales: 1º todos nos dan la gracia; 2º algunos imprimen además un caracter indeleble.

1º No debeis haber olvidado que la gracia es esta sávia divina que da y conserva la vida á nuestras almas, las hace justas, agradables á los ojos de Dios y capaces de hacer el bien... Pero ¿todos los Sacramentos nos dan la gracia de la misma manera?... Nó, contesta el Catecismo, los unos estan establecidos para darla, si no la poseemos, y los otros tienen por objeto aumentarla... El niño al nacer ¿es agradable á Dios? ¿vive de la vida de la gracia?... Nadie, como no sea un impío ó un hereje, se atreverá á afirmarlo.. Después de su bautismo ¿qué es delante de Dios, de la Iglesia y de los Angeles?... ¿Qué es?... pues es un elegido, un predestinado; su alma purificada, resplandece como el sol... Vive con la vida de la gracia... El Bautismo le ha dado esta vida... Ved ahora á un pecador cubierto de faltas y muerto en gracia... Sea, si os parece, el ilustre san Agustín. —Nó, hablamos con demasiada frecuencia de este gran doctor; escojamos otro ejemplo. — Sea el glorioso san Hilario, obispo de Arles... Oigámosle: « Mi juventud, dice, se deslizó entre placeres y disipación, el mundo me retenía con sus encantos y de-

(1) Rossignoli: *Les Merveilles de la sainte Eucharistie*, XI^e merveille.

licias : flotante é indecisa, mi voluntad no tenía valor para abrazar el bien (1). — ¿ Qué os sacó pues ese cenagal, oh gran doctor? ¿ Qué sacramento resucitó vuestra alma devolviéndola aquella vida de la gracia que había perdido!... — ; La Penitencia!... Sí, hermanos míos muy amados, el Bautismo y la Penitencia están instituidos para dar la vida á nuestra alma... Ved ahí porque á veces se les llama : *Sacramentos de muertos*...

La Confirmación, la Eucaristía, la Extremaunción, el Orden y el Matrimonio están instituidos para aumentar en nosotros la vida de la gracia, es decir que, para recibirlos cual conviene, es menester que nuestra alma esté exenta de pecado mortal. Y por esta razón se les llama ; *Sacramentos de vivos*... Suponed á una persona caída en un letargo para hablar con más exactitud debería decir herida por la muerte ; un hombre hábil le administra un remedio bastante poderoso y eficaz para lograr que su corazón vuelva á latir y para hacer circular de nuevo la sangre coagulada en sus venas : en una palabra, este remedio le devuelve la sensibilidad y la vida... Este remedio es la imágen del Bautismo para los niños, de la Penitencia para nosotros, cuando nos hallamos en pecado mortal... ; Sí, poderosos Sacramentos, vosotros devolveis la vida á nuestra alma!... Pero esta vida hay que sostenerla ; nuestras fuerzas necesitan ser conservadas, reparadas, aumentadas ; sin esto nuestra naturaleza languidecería y estaría siempre amenazada... Para lograr este fin es para lo que nuestro misericordioso Salvador instituyó los sacramentos de vivos que, dando á nuestra alma un aumento de gracias, la conservan y sostienen la vida, y, si se me permite expresarme así, hacen que sea floreciente su salud delante de Dios.

Quisiera también deciros, mis muy amados hermanos, que cada sacramento, cuando se le recibe con las debidas disposiciones, nos confiere, á más del aumento de gracias, un don especial, que se llama *gracia sacramental* (2)... Una comparación os hará comprender esta palabra. Para construir esta Iglesia, para hacerla completa, se han necesitado obreros que tenían diferentes conocimientos. Unos levantaron las pare-

(1) V. Darras, *Histoire de l'Eglise*, t. XIII, pág. 189.

(2) V. Santo Tomás. *Summa theol.* parte 3, cuest. LXII, art. 2.

des, otros cortaron el maderaje, intervinieron los lampistas, los carpinteros y escultores, para las vidrieras, los bancos y los altares. La reunión de estos diversos conocimientos es la que ha dado á este edificio su armonía... Pues bien, nuestra santificación, es como un edificio que se trata de construir... Necesitamos diferentes dones para cumplir todos los deberes, cuyo cumplimiento debe conducir este edificio á su perfección... Os veis expuestos á las sátiras, al respeto humano : la Confirmación es el sacramento que da la fuerza ; vuestra alma está débil, languideciente, mirad el tabernáculo ; allí está el alimento que le está preparado... El Matrimonio bien recibido os da la gracia especial para educar cristianamente á vuestros hijos, para conservar la paz y la unión en vuestras familias... Y así de los demás Sacramentos ; cada uno, lo repito, tiene una virtud especial, es la *gracia sacramental*...

Una palabra ahora sobre el *carácter*, segundo efecto producido por algunos sacramentos... ¿ Qué es el carácter ? Es una marca, un sello, un signo especial que se imprime en nuestras almas, y que no se borrará ni en el tiempo, ni en la eternidad. Tres sacramentos hay que imprimen un carácter, y son : el Bautismo, la Confirmación y el Orden. El Bautismo nos consagra cristianos ; la Confirmación nos marca soldados de Jesús y el Orden nos consagra sacerdotes. Siendo indeleble este carácter, no es lícito recibir más de una vez estos sacramentos...

A este propósito agitábase en tiempo de san Agustin una cuestión importante... Los herejes y hasta algunas personas ignorantes pretendían que era lícito repetir el Bautismo. — ; Cómo ! decían ellos : un cristiano se habrá entregado á toda suerte de crímenes, habrá renegado de su fé, habrá abrazado la herejía, habrá llevado una vida de verdadero infiel, y si vuelve á entrar en el seno de la Iglesia ¿ pretendéis que no se le ha de administrar nuevamente este Bautismo á que renunció ? — Nó, no se le debe administrar, contestaba el santo doctor apoyado en la autoridad de la Iglesia. — ; Pero si es un apóstata!... — No importa... Está marcado con el sello de Jesucristo y esta señal, esta marca es indeleble. — Y el santo añadía esta comparación ; « Ya sabéis, decía, que los Romanos imprimen una marca en el cuerpo de cada soldado : pues bien, si uno de dichos soldados es hecho prisionero, ó se pasa al enemigo,

no se le vuelve á marcar, hay bastante con la primera señal (1).. Asimismo, el carácter del sacramento subsiste, y sea cual fuere la conducta del que lo ha recibido, su alma lo conserva y lo conservará por toda la eternidad.

PERORACIÓN. — Carísimos hermanos, un hecho histórico para concluir: lo tomo de la historia de la Iglesia.. Un emperador, llamado Juliano, había apostatado la religión cristiana desde la edad de doce años... Quería restablecer el paganismo; consultaba á los demonios y se entregaba á los ejercicios de la magia... Como era crédulo y supersticioso, se le hizo entender que los dioses le oirían más favorablemente si borraba en él el carácter de su Bautismo... En su furor, se hizo rociar la cabeza y todo el cuerpo con la sangre de un toro que acababa de sacrificar á los ídolos, esperando que con esto destruiría aquel sagrado sello con que su alma había sido marcada en el día de su Bautismo (2)... ¡Vanos esfuerzos! Aquellos medios culpables y diabólicos, aquellas invenciones del infierno no pudieron hacer desaparecer ese carácter indeleble... Juliano el Apóstata, que murió herido por la mano de Dios, se llevó al infierno aquella señal sagrada, que aumenta su suplicio y clama venganza contra él...

Sí, hermanos míos, es una verdad de fe, el carácter impreso por los sacramentos queda grabado en el alma eternamente; queda en ella para vergüenza y confusión de los infelices que van al infierno; queda en ella para glorificación de las almas fieles, cuyo patrimonio es el cielo... Acordémosnos de que todos nosotros estamos marcados con esta sagrada señal; que, con nuestro Bautismo, ha sido en cierto modo impresa sobre nuestra alma la cruz de Jesucristo... ¡Ojalá que este recuerdo nos induzca á servir fielmente en este suelo al Dios de quien somos discípulos, á fin de que un día nos acoja él allá en el cielo, en la patria, como á sus buenos y fieles servidores!.. Así sea.

(1) V. Jacob. Marchant, *Candel. mystique*, trat. 1, lecc. 6.

(2) V. Baronio, *ad Annum*, 361, t. V, pág. 37 de la edición de Bar-le-Duc.

INSTRUCCIÓN SEPTIMA.

SACRAMENTO DEL BAUTISMO.

INSTRUCCION PRIMERA

LO QUE CONSTITUYE EL BAUTISMO; NECESIDAD DE ESTE SACRAMENTO.

TEXTO. — *Evangel. docete omnes gentes, baptizantes eos in nomine Patris, etc...* Id, enseñad á todas las naciones, bautizándoles en el nombre del Padre, etc.

(S. MATEO. CAP. XXVIII, VERS. 18.)

EXORDIO. — Hermanos míos, antes de empezar esta primera instrucción sobre el Bautismo, quiero aún hacer una breve consideración que nos mostrará de nuevo la adorable bondad de nuestro Salvador en la institución de los siete Sacramentos... Es relativa á la ternura maternal con que nos los aplica la Iglesia... Esta dulce madre, en el decurso de nuestra peregrinación sobre la tierra, no nos abandona jamás...

Apenas acabamos de nacer, no se han abierto todavía nuestros ojos á la luz, ya acude ella y nos reclama; quiere que seamos hijos suyos; nos da, por medio del *Bautismo*, una vida más noble, más elevada que la que hemos recibido de nuestros padres... Llegados á la edad en que se forma la razón, á esta edad crítica en que empiezan á presentarse las pasiones, la Iglesia acude en nuestro auxilio... Madre, adorna á tu joven hijo con su más rico traje; jovencitas, cubrid os con vuestros blancos vestidos, cojed esos largos velos tan modestos, y embellecidas con este tocado angelical, venid todas y todos, hijos míos, á la santa mesa. Jesús os llama... ¡Es la *Eucaristia*!... Para hacer os más fuertes contra las luchas que os aguardan, ved venir al primer pastor de la diócesis, en medio de una parroquia que está de fiesta... En presencia de vuestros conmovidos padres, ha hecho sobre vuestras frentes una un-

no se le vuelve á marcar, hay bastante con la primera señal (1).. Asimismo, el carácter del sacramento subsiste, y sea cual fuere la conducta del que lo ha recibido, su alma lo conserva y lo conservará por toda la eternidad.

PERORACIÓN. — Carísimos hermanos, un hecho histórico para concluir: lo tomo de la historia de la Iglesia.. Un emperador, llamado Juliano, había apostatado la religión cristiana desde la edad de doce años... Quería restablecer el paganismo; consultaba á los demonios y se entregaba á los ejercicios de la magia... Como era crédulo y supersticioso, se le hizo entender que los dioses le oirían más favorablemente si borraba en él el carácter de su Bautismo... En su furor, se hizo rociar la cabeza y todo el cuerpo con la sangre de un toro que acababa de sacrificar á los ídolos, esperando que con esto destruiría aquel sagrado sello con que su alma había sido marcada en el día de su Bautismo (2)... ¡Vanos esfuerzos! Aquellos medios culpables y diabólicos, aquellas invenciones del infierno no pudieron hacer desaparecer ese carácter indeleble... Juliano el Apóstata, que murió herido por la mano de Dios, se llevó al infierno aquella señal sagrada, que aumenta su suplicio y clama venganza contra él...

Sí, hermanos míos, es una verdad de fe, el carácter impreso por los sacramentos queda grabado en el alma eternamente; queda en ella para vergüenza y confusión de los infelices que van al infierno; queda en ella para glorificación de las almas fieles, cuyo patrimonio es el cielo... Acordémosnos de que todos nosotros estamos marcados con esta sagrada señal; que, con nuestro Bautismo, ha sido en cierto modo impresa sobre nuestra alma la cruz de Jesucristo... ¡Ojalá que este recuerdo nos induzca á servir fielmente en este suelo al Dios de quien somos discípulos, á fin de que un día nos acoja él allá en el cielo, en la patria, como á sus buenos y fieles servidores!.. Así sea.

(1) V. Jacob. Marchant, *Candel. mystique*, trat. 1, lecc. 6.

(2) V. Baronio, *ad Annum*, 361, t. V, pág. 37 de la edición de Bar-le-Duc.

INSTRUCCIÓN SEPTIMA.

SACRAMENTO DEL BAUTISMO.

INSTRUCCION PRIMERA

LO QUE CONSTITUYE EL BAUTISMO; NECESIDAD DE ESTE SACRAMENTO.

TEXTO. — *Evangel. docete omnes gentes, baptizantes eos in nomine Patris, etc...* Id, enseñad á todas las naciones, bautizándoles en el nombre del Padre, etc.

(S. MATEO. CAP. XXVIII, VERS. 18.)

EXORDIO. — Hermanos míos, antes de empezar esta primera instrucción sobre el Bautismo, quiero aún hacer una breve consideración que nos mostrará de nuevo la adorable bondad de nuestro Salvador en la institución de los siete Sacramentos... Es relativa á la ternura maternal con que nos los aplica la Iglesia... Esta dulce madre, en el decurso de nuestra peregrinación sobre la tierra, no nos abandona jamás...

Apenas acabamos de nacer, no se han abierto todavía nuestros ojos á la luz, ya acude ella y nos reclama; quiere que seamos hijos suyos; nos da, por medio del *Bautismo*, una vida más noble, más elevada que la que hemos recibido de nuestros padres... Llegados á la edad en que se forma la razón, á esta edad crítica en que empiezan á presentarse las pasiones, la Iglesia acude en nuestro auxilio... Madre, adorna á tu joven hijo con su más rico traje; jovencitas, cubrid os con vuestros blancos vestidos, cojed esos largos velos tan modestos, y embellecidas con este tocado angelical, venid todas y todos, hijos míos, á la santa mesa. Jesús os llama... ¡Es la *Eucaristia*!... Para hacer os más fuertes contra las luchas que os aguardan, ved venir al primer pastor de la diócesis, en medio de una parroquia que está de fiesta... En presencia de vuestros conmovidos padres, ha hecho sobre vuestras frentes una un-

ción sagrada, que debe dar, hasta al más débil de vosotros, el valor y la energía de un soldado... Sí, pero de un soldado de Cristo, dispuesto á morir por su Dios, antes que serle infiel... ¡Es la *Confirmación*!... Pero, me ha faltado el valor, he sido herido en esta lucha que debí sostener contra el mundo y contra las pasiones... Ved ahí el sacramento de la *Penitencia* que curará mis heridas y me devolverá mis fuerzas...

Finalmente, llega el cristiano á aquella hora suprema, á aquel último combate que debe decidir de su suerte eterna; acude la Iglesia á la cabecera de su cama, y en la *Extremaunción* le ofrece las gracias que deben darle la victoria... Ella recibe al pié de los altares los juramentos de los esposos; estos encuentran en el *Matrimonio* la gracia de la fidelidad, del apoyo mútuo y la de ser padres cristianos... El *Orden* consagra á unos hombres que, como sacerdotes, serán nuestros mediadores entre el cielo y la tierra; ellos deben rogar y sacrificarse por nosotros. Ya veis, hermanos míos muy amados, que, en la institución de los Sacramentos, nada olvidó nuestro dulce Salvador. Y sabéis con qué fidelidad aplica la Iglesia á nuestras almas estas adorables invenciones del amor divino...

Proposición. — Pero ya hemos tratado bastante este punto... En esta instrucción y en las sucesivas, me propongo hablaros del sacramento del Bautismo... y hasta necesario es, que todos los fieles estén bien instruidos respecto á este indispensable sacramento...

División. — Hoy me fijaré en estos dos pensamientos: *primero*, lo que constituye el Bautismo; *segundo*, necesidad de este sacramento.

Primera parte. — Carísimos hermanos, ¿necesito recordaros la contestación que nos dan vuestros hijos en el catecismo, cuando les preguntamos: ¿qué es el Bautismo?... Es, dicen, un sacramento que borra en nosotros el pecado original, nos hace cristianos, hijos de Dios y miembros de su Iglesia... Estos son los efectos que produce el sacramento. Más adelante hablaremos de ellos... Por de pronto os preguntaré: ¿qué se necesita para bautizar? ¿cómo se bautiza?... Esta pregunta es inútil... Todos vosotros, en caso de necesidad, podeis ser llamados á administrar este sacramento, y por lo tanto es menester que sepais bien lo que lo forma, lo que lo constituye... Escuchad:

Para bautizar, se debe derramar agua natural sobre la cabeza del niño, y pronunciar al mismo tiempo estas palabras: « *Yo te bautizo en nombre del Padre, del Hijo y del Espíritu Santo...* » No necesito deciros, hermanos míos, que estas palabras deben ser pronunciadas por la persona que echa el agua. Tampoco añadiré que, si no se puede echar el agua en la cabeza, se deberá echar sobre otra parte principal del cuerpo, como un brazo, una pierna, la espalda, el pecho... Todas estas cosas las sabeis ya, pues se os han enseñado en el catecismo... Fijaos bien en estas palabras: *Se ha de echar agua...* Un médico me refería que, cuando un niño le parecía que estaba en peligro, mojaba un dedo en el agua y dejaba caer una ó dos gotas sobre aquel niño, pronunciando la fórmula: *Yo te bautizo...* Este bautismo, carísimos hermanos, no valía nada; es menester que el agua corra (1)... No es necesario que sea abundante, pero se requiere que haya ablución.

La materia del sacramento del Bautismo es, como llevo dicho, el agua natural... Que ésta haya sido recojida durante la lluvia, que haya sido sacada de un río, de una fuente ó de un pozo, poco importa, siempre es la materia legítima y válida del sacramento... ¿Es necesario que sea bendita?... Nó... Verdad es que la Iglesia, por respeto al Bautismo, bendice dos veces al año, en la víspera de las dos Pascuas, el agua destinada á la administración de este sacramento... Verdad es también que esta agua se conserva con religioso cuidado en las fuentes bautismales; pero la bendición del agua, lo repito, no es necesaria para la validez del sacramento... Observemos sin embargo, hermanos míos, que en el caso en que se tuviese agua bendita y agua ordinaria, por respeto se debería emplear la primera.

Pero ¿es realmente cierto que el agua sea la única materia del sacramento del Bautismo, y que no pueda ser reemplazada por ningún otro líquido?... Sí, hermanos míos, y en más de una circunstancia Dios ha obrado milagros para atestiguar esta verdad... San Pedro, poco tiempo antes de su martirio, había sido hundido en un calabozo, que se ve todavía en Roma, y que se llama la cárcel Mamertina... Dos soldados,

(1) *Certo non sufficit una vel altera gutta, si non fluat. Si vero fluat et decurrat, controvertitur, etc.* V. Gury, *Casus conscientiae*, t. II, pág. 118.

Proceso y Martiniano, estaban encargados de custodiarle; conquistados por la paciencia del Apóstol e iluminados por sus instrucciones, se declaran cristianos... Pero ¿cómo bautizarles? No hay agua en aquel calabozo, y antes de poco á estos dos recién convertidos se les va á reducir también á prisión y á llevar al suplicio... San Pedro se pone á orar, y de repente, de una de las paredes del calabozo brota una fuente milagrosa, que se visita aún en nuestros días... Coje el Apóstol el agua de ésta, y bautiza á los dos soldados que, pocas horas después, derramaban su sangre para dar testimonio de su fé (1). El agua es pues la materia indispensable del sacramento del Bautismo.

Es preciso, hermanos míos, como al empezar os decía, que al mismo tiempo que se echa el agua, se pronuncien bien distintamente estas palabras: *Yo te bautizo en nombre del Padre, del Hijo y del Espíritu Santo...* Sea cual fuere el idioma en que se digan, tienen siempre el mismo valor; pero no se ha de cambiar nada. Estas palabras nos vienen del mismo Jesucristo... ¿No es, efectivamente, él quien dijo: « Id, instruíd á todos los pueblos, bautizándoles en nombre del Padre, del Hijo y del Espíritu Santo?... » Una sola palabra cambiada á esta fórmula sacramental podría hacer nulo el bautismo.

Sabéis, finalmente, todo lo que debéis saber para administrar bien este sacramento, en caso de necesidad, cuando os habré dicho que, al derramar el agua y pronunciar la fórmula, se ha de tener intención de bautizar á la criatura, es decir, intención de hacer lo que el sacerdote haría si estuviese en vuestro lugar.

Segunda parte. — Pasemos ahora á la necesidad del Bautismo... Oíd lo que el catecismo dice: — ¿ El Bautismo es absolutamente necesario? — Respuesta: Sí, el Bautismo es de tal modo necesario, que ni los mismos niños se pueden salvar, si no están bautizados. — Tal es, hermanos míos, la enseñanza de la Iglesia santa, de acuerdo como siempre con la de Jesucristo, su divino fundador... Nos refiere el Evangelio que, una tarde, un hombre llamado Nicodemus fué á encontrar al Señor, que por aquel entonces atraía la atención tanto por sus enseñanzas como por los numerosos milagros que obraba... Aquel hom-

(1) Baronio, *ad Annum*, 68, ed. de Bar-le-Duc, t. I, pág. 579. ¶ Encuérense más detalles en *Surius*.

bre era un doctor tan distinguido por su ciencia como por su posición social, porque era uno de los miembros del Gran Consejo de los Judíos. « — Maestro, dijo encarándose con el Salvador, vengo para oír tus lecciones, porque tú eres el enviado de Dios: á no ser así ¿ cómo obrarías tantos prodigios? — Tú deseas sin duda, contestó Jesús, llegar al reino de Dios; pues bien, en verdad te digo que, para esto, hay que volver á nacer.. — ¿ Cómo! hizo sorprendido el doctor: ¿ un hombre viejo ya puede adquirir nueva vida? » — Queriendo hacerle entender que se trataba de esa segunda vida que el Bautismo da á nuestra alma, el divino Maestro añadió: « — Sí, te lo repito: si el hombre no renace por el Bautismo del agua y de la gracia del Espíritu Santo, no tendrá parte en el reino de los cielos (1). » — Por medio de estas palabras tan claras, hermanos míos muy amados, nuestro adorable Salvador enseñaba la necesidad absoluta del Bautismo para salvarse... Por esto una de las primeras recomendaciones que hace á sus Apóstoles es la de bautizar en nombre del Padre, del Hijo y del Espíritu Santo, á aquellos que crean en Él.. Veo á los Apóstoles, fieles á este encargo, administrar este sacramento á todos los que se convierten... San Felipe se apresura á bautizar al servidor de la reina Candace á quien acaba de instruir; y en los mismos días que siguen á Pentecostés, san Pedro bautizaba á aquellos á quienes su primer discurso había convertido (2).

Podría, hermanos míos muy amados, apoyar esta necesidad del Bautismo en el testimonio de todos los doctores antiguos... Mas ¿ para qué?... La palabra de Jesucristo os basta, como me basta á mí... Y todos nosotros creemos que el Bautismo es un sacramento absolutamente necesario para la salvación del alma de los niños... Pero si estas pobres criaturitas no han podido hacerse culpables de pecado alguno... No importa, son hijos de Adán, y como tales nacen esclavos de Satanás y contaminados con la mancha original... De ahí la frase de la sagrada Escritura: « Nadie hay exento de pecado, ni siquiera el niño que no

(1) V. *S. Juan*, cap. III, y el comentario de Cornelio á Lapide sobre este pasaje.

(2) V. Mons. Besson, *Les Sacrements*, t. I, pág. 118.

ha vivido más que un día (1)... » ¿Cómo es esto?... ¿Y porqué?... En vez de contestar á estas preguntas, prefiero citaros un apólogo, una historia referida por san Agustín... Había escrito él á san Jerónimo, doctor sábio y muy versado en la ciencia de las sagradas Escrituras, á propósito del *origen del alma* (2), preguntándole cómo nos había sido transmitido el pecado original... En otra carta que siguió á la anterior, comprendiendo que en esto había un misterio que san Jerónimo mismo no podía explicar, decía: La pregunta que os he dirigido es tal vez ociosa y difícil... Ved ahí tal vez la mejor manera de contestar á ella: Un hombre cae en un pozo; el agua que este pozo contiene es bastante considerable para sostenerle y conservar le la facultad de hablar... Un transeunte se acerca y le dice. «; Pero amigo mío, estás en una situación peligrosa!.. ¿Cómo has caído en este pozo?... ¿Qué accidente te ha acaecido? — Amigo, contesta el desventurado, déjate de palabras inútiles, si te interesas por mí, ocúpate ante todo en librarme del peligro; esto es mucho más urgente que el saber cómo he caído en este pozo... » De igual manera, añade el santo doctor, importa mucho más curar enseguida de la mancha original á los niños por medio del Bautismo, que tratar de profundizar el porqué y el cómo lo han contraído (3)..

PERORACIÓN. — En la instrucción siguiente os diré en pocas palabras cómo puede el Bautismo ser reemplazado por el martirio, ó por un ardiente deseo de recibirlo... No quiero ser demasiado extenso. Sin embargo deseo, al terminar, insistir sobre una conclusión práctica de suma importancia... Primeramente os referiré una historia... ¡Ay! una historia que desgraciadamente se reproduce más de una vez... ¡Ojalá que ella os pueda hacer comprender bien á todos la sabiduría de la

(1) Job. c. XIV.

(2) Carta CXLVI, edición Vivès, t. V, pág. 450.

(3) *Eleganter autem dictum esse narratur, quod huic rei satis apte convenit. Cum quidam ruisset in puteum, ubi aqua tanta erat ut eum magis exciperet ne moreretur, quam suffocaret ne loqueretur; accessit alius et eo viso admirans, ait: Quomodo huc cecidisti? At ille: Obsecro, inquit, cogita quomodo hinc meliberes, non quomodo huc ceciderim queras. (Epist. CLXVII, edic. Vivès, pág. 469.)*

Iglesia santa que manda hacer bautizar á los niños lo más pronto posible...

Un párroco, al regresar de un viaje bastante largo distinguió, á eso de las once de la noche, á dos personas que hablaban en voz baja en el cementerio de su parroquia y que procuraban ocultar su presencia... Detúvose sorprendido... ¿Eran profanadores que iban á sustraer las coronas ó los demás adornos depositados en las tumbas de los muertos?... ¡Pero quiá!.. De fijo eran unos ladrones que buscaban el medio de introducirse en la iglesia para saquearla... El párroco se adelanta: no eran ni ladrones ni profanadores... Era una pobre madre, acompañada de una vecina, que acababa de enterrar á escondidas un hijo suyo, de un mes de edad, que había fallecido de repente sin haber recibido el Bautismo... El niño parecía fuerte: so pretexto de que el padrino no se hallaba en el pueblo, se había diferido la administración de este indispensable sacramento. Mas; ay! aquel pobre niño había tenido un ataque repentino... Y como la Iglesia en nuestros cementerios únicamente admite á los que son cristianos, tratábase de darle fortivamente sepultura en tierra santa... ¡Figuráos, hermanos míos muy amados, qué pena para una madre que tiene fé, y que puede con razón hacerse este reproche: — ¡Mi hijo ha muerto sin Bautismo, y es mia la culpa! (1)...

No ignoráis que todos nosotros nacemos muy débiles, que nuestra vida pende tan solo, por decirlo así, de un hilo... Sed pues fieles, padres cristianos, en hacer bautizar á vuestros hijos inmediatamente después de nacidos... Si Dios les conserva la vida, les besaréis con más ternura, porque se habrán hecho hijos de Dios... Si la muerte viene á arrebatarnos á vuestro cariño, serán ángeles en el Paraíso... Ellos rogarán por sus padres y por sus madres... Dios atenderá sus ruegos, y tal vez un día debais á su intercesión la dicha celestial que ellos poseerán... Así sea.

(1) Sobre la suerte de los infantes fallecidos sin haber recibido el Bautismo, Mons. Besson dice cosas verdaderas... tal vez... pero demasiado consoladoras, para que podamos repetir las en nuestras pobres parroquias, donde está tan debilitada la fé, que serviría, en cierto modo, para acrecentar la negligencia que los padres muestran en hacer bautizar sus hijos... (Véase, t. I, pág. 120, el elocuente párrafo: *Consolez-vous donc*, etc.

ha vivido más que un día (1)... » ¿Cómo es esto?... ¿Y porqué?... En vez de contestar á estas preguntas, prefiero citaros un apólogo, una historia referida por san Agustín... Había escrito él á san Jerónimo, doctor sábio y muy versado en la ciencia de las sagradas Escrituras, á propósito del *origen del alma* (2), preguntándole cómo nos había sido transmitido el pecado original... En otra carta que siguió á la anterior, comprendiendo que en esto había un misterio que san Jerónimo mismo no podía explicar, decía: La pregunta que os he dirigido es tal vez ociosa y difícil... Ved ahí tal vez la mejor manera de contestar á ella: Un hombre cae en un pozo; el agua que este pozo contiene es bastante considerable para sostenerle y conservar le la facultad de hablar... Un transeunte se acerca y le dice. «; Pero amigo mío, estás en una situación peligrosa!.. ¿Cómo has caído en este pozo?... ¿Qué accidente te ha acaecido? — Amigo, contesta el desventurado, déjate de palabras inútiles, si te interesas por mí, ocúpate ante todo en librarme del peligro; esto es mucho más urgente que el saber cómo he caído en este pozo... » De igual manera, añade el santo doctor, importa mucho más curar enseguida de la mancha original á los niños por medio del Bautismo, que tratar de profundizar el porqué y el cómo lo han contraído (3)..

PERORACIÓN. — En la instrucción siguiente os diré en pocas palabras cómo puede el Bautismo ser reemplazado por el martirio, ó por un ardiente deseo de recibirlo... No quiero ser demasiado extenso. Sin embargo deseo, al terminar, insistir sobre una conclusión práctica de suma importancia... Primeramente os referiré una historia... ¡Ay! una historia que desgraciadamente se reproduce más de una vez... ¡Ojalá que ella os pueda hacer comprender bien á todos la sabiduría de la

(1) Job. c. XIV.

(2) Carta CXLVI, edición Vivès, t. V, pág. 450.

(3) *Eleganter autem dictum esse narratur, quod huic rei satis apte convenit. Cum quidam ruisset in puteum, ubi aqua tanta erat ut eum magis exciperet ne moreretur, quam suffocaret ne loqueretur; accessit alius et eo viso admirans, ait: Quomodo huc cecidisti? At ille: Obsecro, inquit, cogita quomodo hinc meliberes, non quomodo huc ceciderim queras. (Epist. CLXVII, edic. Vivès, pág. 469.)*

Iglesia santa que manda hacer bautizar á los niños lo más pronto posible...

Un párroco, al regresar de un viaje bastante largo distinguió, á eso de las once de la noche, á dos personas que hablaban en voz baja en el cementerio de su parroquia y que procuraban ocultar su presencia... Detúvose sorprendido... ¿Eran profanadores que iban á sustraer las coronas ó los demás adornos depositados en las tumbas de los muertos?... ¡Pero quiá!.. De fijo eran unos ladrones que buscaban el medio de introducirse en la iglesia para saquearla... El párroco se adelanta: no eran ni ladrones ni profanadores... Era una pobre madre, acompañada de una vecina, que acababa de enterrar á escondidas un hijo suyo, de un mes de edad, que había fallecido de repente sin haber recibido el Bautismo... El niño parecía fuerte: so pretexto de que el padrino no se hallaba en el pueblo, se había diferido la administración de este indispensable sacramento. Mas; ay! aquel pobre niño había tenido un ataque repentino... Y como la Iglesia en nuestros cementerios únicamente admite á los que son cristianos, tratábase de darle fortivamente sepultura en tierra santa... ¡Figuráos, hermanos míos muy amados, qué pena para una madre que tiene fé, y que puede con razón hacerse este reproche: — ¡Mi hijo ha muerto sin Bautismo, y es mia la culpa! (1)...

No ignoráis que todos nosotros nacemos muy débiles, que nuestra vida pende tan solo, por decirlo así, de un hilo... Sed pues fieles, padres cristianos, en hacer bautizar á vuestros hijos inmediatamente después de nacidos... Si Dios les conserva la vida, les besaréis con más ternura, porque se habrán hecho hijos de Dios... Si la muerte viene á arrebatarnos á vuestro cariño, serán ángeles en el Paraíso... Ellos rogarán por sus padres y por sus madres... Dios atenderá sus ruegos, y tal vez un día debais á su intercesión la dicha celestial que ellos poseerán... Así sea.

(1) Sobre la suerte de los infantes fallecidos sin haber recibido el Bautismo, Mons. Besson dice cosas verdaderas... tal vez... pero demasiado consoladoras, para que podamos repetir las en nuestras pobres parroquias, donde está tan debilitada la fé, que serviría, en cierto modo, para acrecentar la negligencia que los padres muestran en hacer bautizar sus hijos... (Véase, t. I, pág. 120, el elocuente párrafo: *Consolez-vous donc*, etc.

INSTRUCCION OCTAVA

SACRAMENTO DEL BAUTISMO

INSTRUCCION SEGUNDA

EFFECTOS DEL BAUTISMO : ÉL DA A NUESTRA ALMA LA GRACIA SANTIFICANTE; ÉL LA IMPRIME UN CARACTER INDELEBLE.

TEXTO. — *Euntes, docete omnes gentes, baptizantes eos in nomine Patris et Filii et Spiritus Sancti.* Id, enseñad á todos los pueblos, bautizándoles en nombre del Padre, del Hijo y del Espíritu Santo.

(S. MATEO, CAP. XXVIII, VERS. 18)

EXORDIO. — Hermanos míos, terminaba mi última instrucción con una enseñanza muy importante... Siendo el Bautismo un sacramento de una necesidad tal, que ni los mismos niños se pueden salvar si no están bautizados, os exhortaba á no diferir el bautismo de vuestros hijos... Bien miralo, decidme; ¿tienen verdaderamente fé esos padres que, por un frívolo pretexto, arriesgan durante semanas ó tal vez meses, la suerte eterna de aquellas pobrecitas almas?... ¿Por Dios os pido que no seáis de este número!

Para ser completo, debo deciros que el Bautismo puede ser reemplazado, no como sacramento, sinó como efectos producidos en el alma (1), ya por el martirio, ya por el deseo sincero de ser bautizado... Dos ejemplos os harán comprender mi idea... Santa Catalina, la ilustre patrona de las jóvenes, había convertido á la fé á los doctores infieles, que se habían hecho venir para disputar con ella... El emperador, furioso, ordena que sean quemados inmediatamente... Pero no están bautizados; dirijen hácia la jóven vírgen una mirada triste é interrogadora. —

(1) V. santo Tomás, parte III, cuest. LXVI, art. 11.

« Nada temais, les dice la noble doncella; vuestra sangre os servirá de Bautismo. » Y fiados en esta aseveración, morían llenos de confianza en la misericordia del Salvador... Su sangre vertida por Jesucristo y el fuego que les había consumido reemplazaban para ellos al agua del Bautismo (1).

Ved el segundo ejemplo... Un jóven príncipe, llamado Valentiniano, al partir para una expedición, escribía á san Ambrosio : « Dáos prisa, venid á bautizarme... » ; Mas ved ahí que mientras el santo obispo se trasladaba á Arlés, el príncipe fué asesinado!.. « No importa, decía san Ambrosio, yo ruego por Valentiniano con entera confianza, porque, indudablemente Dios le ha tenido en cuenta el ardiente deseo que tenía de recibir el Bautismo(2)... »

PROPOSICIÓN. — Queda pues sentado y comprendido que el Bautismo es absolutamente necesario para nuestra salvación... De ahí la obligación, para los padres cristianos, bajo pena de grave pecado, de hacer bautizar á sus hijos lo más pronto posible; porque, en estas pobres criaturas, este sacramento no puede ser reemplazado ni por el martirio, ni por el deseo de ser bautizados... Mi intento es explicar en esta instrucción los efectos producidos por el sacramento del Bautismo...

DIVISIÓN. — *En primer lugar*, el Bautismo da á nuestra alma la gracia santificante; *en segundo lugar*, imprime en ella el carácter de cristiano.

Parte primera. — Inútil es, hermanos míos muy amados, recordaros que todos nosotros nacemos contaminados con la mancha original, esclavos del demonio y enemigos de Dios; todos sabéis que este triste patrimonio nos viene de la desobediencia de nuestros primeros padres... El Bautismo tiene por primer efecto el borrar en nosotros estas lamentables consecuencias de la caída de Adán; él purifica nuestra alma; él la arranca de la esclavitud de Satanás; él la hace agradable á los ojos de Dios, que la adopta como á su hija muy amada; él, por último, deposita en ella un don, una fuerza interior para resistir á las

(1) Rivadeneira, *Vida de los Santos*, 25 noviembre... Algun sábio cristiano debería hacer por las *Actas* de santa Catalina, lo que Gueranger hizo por las de santa Cecilia.

(2) Véanse las *Obras* de san Ambrosio : *De obitu Valentiniáni*.

pasiones y obrar bien... Veamos ante todo, como se verifican estos efectos en los adultos, es decir en aquellos que reciben el Bautismo, teniendo uso de razón.

San Cipriano había sido educado en el seno del paganismo; era un distinguido profesor de la ciudad de Cartago... El sacerdote Cecilio le explica la religión cristiana; Cipriano es hombre de corazón recto y de inteligencia desarrollada, y en cuanto conoce la verdad, la abrazará... Él mismo, en una célebre carta dirigida á uno de sus amigos, nos refiere sus luchas, sus combates y el efecto que produjo en él la recepción del Bautismo, « Me parecía, dice, que era muy dura cosa renacer para una vida nueva, y llegar á ser otro hombre en el mismo cuerpo... ¿Es posible, decía yo, suprimir de repente costumbres endurecidas y arraigadas, que han nacido con nosotros y que un largo uso ha sostenido?... Esto me lo repetía en mi interior... Encontrábame engolfado en una multitud de malos hábitos y me parecía imposible poderlos vencer.. Mas cuando el agua vivificante del Bautismo hubo lavado las manchas de mi vida pasada, y cuando un segundo nacimiento me hubo convertido en un nuevo hombre, todo cambió de aspecto... Lo que me había parecido dudoso se hizo claro y evidente; lo que antes yo creía imposible me pareció fácil... Ya veis, proseguía, cómo nos transforma este sacramento; hace morir en nosotros los crímenes y da vida á las virtudes (1). » El Bautismo, hermanos míos muy amados, produce cada día idénticos efectos en los adultos que lo reciben con buenas disposiciones; los *Anales de la Propagación de la Fé* están llenos de estas maravillas...

Quisiera mostraros yo ahora como el Sacramento del Bautismo produce estos mismos efectos en los niños; es decir como hace su alma santa, y deposita en ella el gérmen de las virtudes... Para que me comprendáis bien, voy á hacer aquí una comparación que tomaré de la agricultura... En varios países, — diré casi que en todas partes — el trigo está sujeto á una especie de enfermedad que se llama *cáries*... La espiga tiene igual apariencia que las espigas fecundas, pero los granos que contiene

(1) Don Cellier, *Histoire génér. des auteurs ecclésiast.*, t. II, p. 259 y Darra, *Hist. ecclésiast.*, t. VIII, p. 460. — Mejor aún puede verse esta admirable carta en las *Obras* de este santo mártir (Edición Froben, in folio con notas marginales... pág. 44)

son negros y están podridos... Esta corrupción ¿procede de la humedad ó la origina una especie de gusano invisible? Cuestión es ésta que se debate entre los hombres de ciencia (1)... Lo que hay de cierto es que la semilla que ha tocado el trigo cariado, producirá también con frecuencia espigas enfermas... Para remediar este inconveniente, antes de confiar la semilla á la tierra se la hace sufrir una operación que todos vosotros conocéis y que se llama *encaladura*... Se desprende un ácido ya sea de la cal, ya del vitriolo ó de otra sustancia cualquiera que se emplee en su lugar, y este ácido mata la *cáries* en su gérmen y dispone á la semilla á producir granos sanos y abundantes...

Apliquemos esta comparación... El niño al nacer lleva consigo un gérmen de corrupción y debilidad... Fuerte para el mal, es impotente para el bien; me refiero á este bien más perfecto que nos hace acreedores á la amistad y complacencia de Dios y á las eternas recompensas. Por sí propio no producirá obra alguna fecunda, ni podrá practicar virtud alguna sobrenatural...; Iglesia santa, acudid, sumerjed esta alma en las vivificadoras aguas del Bautismo, haced que su virtud saludable destruya en ella el pecado original, los gérmenes de corrupción; que la haga capaz de producir frutos para el cielo!... Ved ahí, hermanos míos muy amados, los efectos del Bautismo: destruido el pecado original, dada la gracia santificante, depositado en el alma del niño el gérmen de las virtudes, es decir la disposición á practicarlas (2)...

Pero, ya que de semilla hemos hablado, dejadme hacer aplicación aquí de una hermosa parábola del Evangelio... La semilla puede caer en un camino, en cuyo caso es pisoteada; si cae entre abrojos, éstos la ahogan... Si ha encontrado una tierra pedregosa y árida, quedará estéril; pero si cae en una tierra bien preparada, producirá, dice nuestro divino Salvador, frutos centuplicados (3)...; Pues bien! vosotros, padres, sois los que teneis á vuestra disposición, en cierto modo, estas gracias que el Bautismo deposita en el alma de vuestros hijos... Si sois impíos; ay! esta divina semilla será pisoteada, vuestras palabras y sobre

(1) V. *Dictionnaire pittoresque d'histoire naturelle*, art. *Froment*.

(2) V. santo Tomás, *Summa theol.*, parte III, cuést. LXIX, art. 6.

(3) San Lucas, c. VIII, vers. 5 y siguientes.

todo vuestros ejemplos la aplastarán... Si, sin ser impíos, sois indiferentes, no viendo más que la tierra y haciendo caso omiso del cielo, compadeceo á vuestro pobre hijo; la semilla ha caído entre abrojos; apenas germine en su corazón, quedará ahogada por falta de cuidados. Pero nó, vosotros quereis que sea buena su niñez, que frecuente el catecismo y haga bien su primera comunión... Luego después, dejaréis de velar por él, no le acompañaréis á los divinos oficios, él no os verá rezar jamás ni por la mañana, ni por la noche; trabajaréis el domingo... ¡Pobre hijo! la semilla depositada en su alma ha caído en un terreno pedregoso y estéril; no dará frutos, carecerá de estímulo.. *Non habebat humorem*. En cambio vosotros, padres cristianos, cultivaréis con fé y sin debilidad aquellos gérmenes preciosos, depositados por el Bautismo en el alma de vuestros hijos... entonces la divina semilla habrá caído en una tierra buena, y, con gran satisfacción vuestra, producirá para vosotros y para ellos frutos centuplicados.

Segunda parte.— Digamos ahora algunas palabras sobre el segundo efecto del Bautismo: este sacramento imprime en el alma del que lo recibe un carácter indeleble... Hemos dicho ya que el carácter era un signo, una señal, una especie de marca espiritual que ciertos sacramentos comunicaban al alma... ¿Es cierto esto?... Sí, hermanos míos; la autoridad infalible de la Iglesia nos lo enseña... Escucha! este decreto del Concilio de Trento... « Si alguno enseña que los tres sacramentos del Bautismo, Confirmación y Orden no imprimen en el alma un carácter indeleble, es decir una señal espiritual é inextinguible, lo cual hace que estos sacramentos no se deben recibir más que una sola vez, anatematizado sea (1)... » Mucho tiempo antes, san Cirilo de Jerusalén decía á los neófitos á quienes preparaba para que recibieran el Bautismo: « Amigos míos, grande es el sacramento que se os va á conferir. Ved ahí los efectos que producirá en vosotros: os librárá de la esclavitud de Satanás; os perdonará vuestros pecados; será para vuestras almas un renacimiento, un blanco atavío, y las marcará con una señal sagrada é indestructible (2)... »

Para hacer comprender bien mi pensamiento, iba á hacer aún otra

(1) *Præfatium ad Catecheses, apud Billuart.*

(2) Concilio de Trento, sesión VII, cánón 9.

comparación... Mas nó, sería demasiado común, demasiado vulgar, y no correspondería bastante á la dignidad de nuestras almas... Iba á decir que, en los apriscos, cada cordero lleva la marca de su propietario... No obstante nada habría aquí de injurioso para nosotros, puesto que á Jesucristo se le llama *Cordero de Dios*, y que durante el santo sacrificio nosotros le damos tres veces este título, símbolo de la inocencia y de la dulzura, diciéndole: *Agnus Dei, qui tollis peccata mundi, miserere nobis*, Cordero de Dios, que borras los pecados del mundo, ten misericordia de nosotros...

Sin embargo prefiero considerar nuestras almas, después de recibido el Bautismo, como vasos de oro ó de plata pertenecientes á un gran príncipe, y marcados con su efigie real... Mezclad estos vasos con otros y el noble sello que llevan los distinguirá, los separará siempre de los demás... De igual manera el Bautismo imprime en nosotros la real marca de Jesús; somos suyos, le pertenecemos, él ha estampado por decirlo así su nombre en nuestras almas, y nada en el mundo, —ni aún nuestros crímenes, ni la apostasía misma— nada puede hacer desaparecer esta divina é indeleble firma!

¿Qué significa pues esta firma?... Indica que desde aquel momento debemos pertenecer á nuestro Salvador Jesús, quien nos ha marcado con su cruz; que, en su incomparable amor, nos ha aplicado los méritos de su Pasión y adoptado por hermanos suyos... Honrosa señal que nos hará más resplandecientes, más gloriosos en el paraíso, si nos salvamos; sello divino que atestiguará nuestra ingratitud y nuestra vergüenza, si tenemos la desgracia de ser réprobos... Un pintor, en un cuadro donde representaba el infierno, había pintado á Judas en medio de los demás condenados... Sobre el corazón del traidor se distinguía una hostia ardiente... En vano pretendía él rechazarla; la hostia permanecía allí, pegada á su alma, añadiendo á sus tormentos, á sus suplicios, un suplicio más cruel, más insoportable que todos los demás suplicios... Carísimos hermanos, me parece que aquella señal, aquel carácter divino indeleble, impreso en el alma de todo aquel que ha recibido el sacramento del Bautismo, debe producir algo semejante... Esta cruz, esta firma de Jesucristo pesa sobre el alma del cristiano réprobo; en vano trataría de rechazarlas, de borrarlas; aquellas señales de

misericordia, convertidas en señales de justicia, quedarán grabadas para siempre jamás en ella, para atormentarla con su ardiente y eterna impresión...

PERORACIÓN. — Recuerdo, á propósito del carácter del cristiano, una historia de un célebre mártir; os la quiero contar para concluir (1). Un noble cristiano, soldado valeroso, había merecido por su bravura ser elevado al grado de capitán. Se le iba á proclamar, cuando de repente se adelanta un pagano, diciendo: — « A mí es á quien se debe nombrar, porque Marino es un enemigo de los dioses. — ¿ Es verdad que eres cristiano? dice el general dirigiéndose á Marino. — Sí, lo soy, contesta este último. — En este caso, prosiguió el jefe, te doy tres horas para reflexionar; después ó se te cortará la cabeza, ó se te entregarán las insignias de capitán: escoje. » Al salir Marino del pretorio se encontró con el obispo de Cesarea: éste le condujo al altar que estaba á corta distancia de los lugares sagrados. Allí, con una mano le mostró el Evangelio, y con la otra la espada que recibiera del emperador. — « Escoje, le dijo, entre el carácter de cristiano, condecoración de Jesucristo, y las insignias de capitán que el soberano te ofrece... » No vaciló san Marino, y pocas horas después su ensangrentada cabeza rodaba á los pies del verdugo...

Carísimos hermanos, acordémosnos también nosotros de nuestro Bautismo... Cuando las pasiones, cuando hasta las más seductoras ocasiones nos lleven á olvidar que pertenecemos á Jesucristo, que estamos marcados con su sello, prefiramos, como san Marino, nuestro título de cristiano á todo lo demás, y participaremos un día de la recompensa obtenida por aquel glorioso mártir... Así sea.

(1) V. Darras, *Hist. de l'Eglise*, t. VIII, pág. 395.

INSTRUCCION NOVENA.

SACRAMENTO DEL BAUTISMO.

INSTRUCCION TERCERA.

PROMESAS DEL BAUTISMO: TENEMOS EL DEBER DE MOSTRARNOS FIELES A ELLAS.

TEXTO. — *Si quid vovisti Deo, ne moreris reddere...* Si habeis hecho promesas á Dios, no retardeis el cumplirlas.

(ECLÉS., VERS. 3.)

EXORDIO. — Hermanos míos, en nuestra última instrucción os hablabamos de los efectos producidos por el sacramento del Bautismo... El pecado original borrado; el alma arrancada de la esclavitud de Satanás; la gracia cayendo sobre esta jóven alma, al mismo tiempo que el agua del Bautismo rocía la cabeza del niño... De esclavo de Satanás convertirse en hijo de Dios, en hermano de Jesucristo, en miembro de la santa Iglesia católica, estar marcado con el divino é indeleble sello de nuestro Salvador Jesús... ¡Cuán bello es!... ¡Cuán grande y augusto es el sacramento que produce en nosotros estos efectos, y nos reviste de este incomparable honor!...

Sin embargo, no he dicho aún lo bastante... No os he hablado de la dichosa suerte preparada á los niños que mueren después de haber recibido este sacramento... Madres, vosotras podeis llorar á este fruto de vuestras entrañas, Dios no os lo prohíbe... Pero la Iglesia, al celebrar sus funerales, no vestirá sus ornamentos de luto... En vez de cantos lúgubres, entonará himnos de alegría, porque aquella tiernecita alma, santificada por el Bautismo, se ha convertido en un Angel del cielo... ¡Oh misericordia de Dios! ¡oh poder del Bautismo!... ¿ Qué ha hecho esta criatura para llegar á ser un escojido, un predestinado?... Ha naci-

do; el agua santa ha caído sobre su frente, le han sido aplicados los méritos de Jesucristo... Quizás sólo breves instantes ha vivido en este suelo y ha sonreído por algunos días á su madre; después el Angel custodio, inclinado sobre su cuna, ha recojido aquella querida alma santificada por el Bautismo, y la ha transportado al paraíso (1). Allí alabará á Dios por toda la eternidad...

¡Ay! hermanos míos muy amados, no lloremos tanto la muerte de los niños, nosotros á quienes Dios ha dejado sobre la tierra para sostener en ella las luchas de la vida... Su salvación está asegurada... En cambio, ¿qué pensamos de la nuestra?... Quién habrá entre nosotros que no pueda repetir con cierto pesar estas palabras de un cántico:

¡Cuán feliz yo, cielo santo,
Si hubiese muerto en la cuna,
Y si, desde el baptisterio,
Pasado hubiese á la tumba! (2)

PROPOSICIÓN. — Es que, hermanos míos, al recibir el Bautismo, contraemos compromisos, hacemos promesas... Muchos, tal vez, de entre nosotros no siempre han sido fieles en cumplir estos compromisos, en observar estas promesas... Voy pues á llamar vuestra atención sobre las obligaciones que nuestro bautismo nos impone...

DIVISIÓN. — Veamos, *en primer lugar*, cuáles son las promesas que hacemos al recibir el Bautismo, y *en segundo lugar*, cómo las hemos de cumplir.

Parte primera. — Todos vosotros sabeis, hermanos míos, con qué solemnidad y con qué ceremonias administra la santa Iglesia católica

(1) « Charmant enfant qui me ressemble, »
Disait-il, « oh! viens avec moi;
Viens, nous serons heureux ensemble;
La terre est indigne de toi. »

REBOUL.

(2) Mon Dieu quel bonheur extrême!
Si j'étais mort au berceau,
Et si, des fonts du Baptême
On m'eut conduit au tombeau!...

el sacramento del Bautismo á los que quieren hacerse hijos suyos... No me refiero al bautismo de los adultos, de las personas entradas en años, porque esta circunstancia es rara, muy rara, sobre todo en nuestras aldeas... Quiero llamar vuestra atención sobre el Bautismo de los niños, tal como vosotros é yo lo hemos recibido... Léjos de quejarnos de él, debemos bendecir al Señor y dar las gracias á nuestros padres... Una comparación va á hacérslo comprender con facilidad... Si, en la hora de nuestro nacimiento, un hombre rico y poderoso hubiese venido á encontrar á nuestros padres, y les hubiese dicho: «Adopto á este niño; lo tomo bajo mi tutela, le lego una herencia inmensa, con la sola condición de que, cuando tenga uso de razón, cuando pueda comprender lo que por él he hecho, me ame, y me demuestre su reconocimiento...» ¡Qué padre y qué madre rechazarían semejante negocio!...

Pues bien, queridos hermanos, ésta es la historia de vuestro bautismo, del mio... No es ya un poderoso de la tierra, es Jesucristo, el Salvador de los hombres, el Rey del cielo, quien dice á nuestros padres: Quiero salvar esta tiernecita alma que, al nacer, era esclava de Satanás; le reservo en el paraíso una fortuna inmensa, una felicidad que no acabará jamás... ¿Quereis que yo sea el padre, el amigo, el más poderoso protector de vuestro hijo?... Que me haga ciertas promesas fáciles de cumplir... y aun cuando deba morir mañana, seré fiel á mi palabra... — ¡Señor, exclaman los padres cristianos, aceptamos esta promesa: tenemos fé en ella; hoy mismo os pe tenecerá!... Cuando su razón esté desarrollada, nosotros sabremos recordarle las promesas hechas en su nombre; esperamos que las cumplirá...» Y así es como pasan las cosas.

Solemne compromiso contraído entre Jesucristo y los padres de aquel pequeño sér á quien se va á bautizar... Porque, notadlo bien, los padres estan aún más obligados que los padrinos á velar para que sus hijos cumplan las promesas del Bautismo.

Tenemos pues que, recién nacidos, nos llevan á la Iglesia. — Amiguito mio, pregunta el sacerdote. ¿qué quieres, qué vienes á buscar en este sagrado recinto? — Deseamos la fé, contestan los padrinos en nombre del niño; pero esta fé sobrenatural, enérgica que salva las almas. Y el sacerdote añade: — «Para obtener esta gracia debes observar los

mandamientos de la ley de Dios... » Esto mismo le decía nuestro divino Salvador al jóven que le preguntaba qué era lo que se tenía que hacer para alcanzar la vida eterna (1), y sobre todo lo que de cada enfermo se exigía antes de curarle...

Después de otras ceremonias, que explicaremos en la instrucción siguiente, el niño es admitido en las sagradas fuentes... El sacerdote le interroga: — « ¿ Crees en Dios, Padre todopoderoso... y en todas las verdades que nos enseña la santa Iglesia católica, apostólica y romana? — Sí, creo todas estas verdades, contestan, en nombre del niño, los padrinos que le presentan al Bautismo. — ¡ Ángel custodio de este niño, este primer acto os ha hecho sonreír ya !.. ¡ Qué, Satanás ! ¿ tiemblas ?... En efecto, esta alma se te va á escapar... Jesucristo ha puesto encima de ella su omnipotente mano... ¡ Atrás, maldito !... Pero nó; quédate un instante todavía... vas á oír lo que sigue... Y el sacerdote, ministro del sacramento, volviéndose hácia el niño: — « ¿ Renuncias á Satanás? le dice. — Sí, renuncio á él. »... ¡ Retírate Satánas ! Ya nada tienes que ver aquí; esta alma ya no te pertenece... Un día pretenderás tal vez reconquistarla; pero si ella se mantiene fiel á los compromisos de este santo día, serán inútiles tus esfuerzos (2)...

¡ Cuán bellos, carísimos hermanos, cuán dulces y consoladores son los efectos producidos por el sacramento del Bautismo !... Pero también, ¡ cuán santas, solemnes y sagradas son las promesas de aquel gran día !.. ¿ Hemos pensado en ellas ?... ¿ Pensamos en ellas ?... « — ¿ Creerás, querido niño, las verdades enseñadas por la fe? — Sí, las creeré y con toda mi alma... — ¿ Renuncias al demonio y al pecado, y á esas perversas máximas que aquel extiende por el mundo? — Sí, y de todo mi corazón... ¡ Atrás para siempre este monstruo maldito, y todas las obras malas que él me pudiera inspirar !... — Ven, querido niño, ven, á que Jesucristo te abraze, te

(1) *Si vis ad vitam ingredi, serva mandata...* Y como ya en otra parte llevamos dicho, exigía siempre la fe de los enfermos á quienes quería curar.

(2) Hay en la *Histoire ecclésiastique* del abate Darras, t. XIII, un bello cuadro de la administración del Bautismo en los primeros siglos. Véase *Sacramentaire de Saint Gélase*, pág. 584.

estreche contra su corazón: tú vas á ser un escojido, un predestinado... Tú pides verdaderamente el Bautismo; ¿ no es eso?.. ¿ lo deseas?... Veamos, vosotros que sois sus padrinos, contestad una vez más por él... ¿ Quieres ser bautizado? — Lo quiero. — Ven, pues, hijo mio... *Yo te bautizo en nombre del Padre, del Hijo y del Espíritu Santo...* » Y el agua santa cae sobre la cabeza del niño, su sonrisa se convierte en la de un escojido; el ángel custodio, mirándose en aquella alma, reconoce sus facciones; desde aquel instante es una hermanita suya... ¡ Dios mio, lo repito, cuán augusto, cuán bello es el sacramento del Bautismo !.. Pero también, ¡ cuán solemnes y sagradas son las promesas que hemos hecho al recibir aquel sacramento !...

Segunda parte. — Veamos ahora, hermanos míos muy amados, á qué nos obligan estas promesas... No os hablaré del compromiso que contrajimos de creer todas las verdades enseñadas por la Iglesia... Aquí no me dirijo ni á impíos, ni á miserables renegados... Es á vosotros, cristianos, á quienes hablo, y tengo la íntima convicción de que todos, como yo mismo, habeis conservado, si no la inocencia, á lo menos la fe de vuestro Bautismo y de vuestra primera comunión... Mi intención es pues explicaros, lo más claramente que me sea posible, esa fórmula que resume las promesas de nuestro Bautismo y que deberíamos recitar cada día en nuestras oraciones de la mañana y de la noche: « Dios mio, renuncio de todo mi corazón á Satanás, á sus obras y á sus pompas; por Jesucristo solamente es por quien quiero vivir y morir. »

Por el Bautismo pues hemos renunciado á Satanás... ¿ Hay que repetiros aquí lo que os hemos dicho ya más de una vez, que Satanás es el jefe de los demonios, de aquellos ángeles malditos que se rebelaron contra Dios ?... ¿ Añadiré que él fué el autor de la caída de nuestros primeros padres?.. que, arrojado del cielo y teniendo desde entonces el infierno por morada, trata de arrastrarnos en su perdición, y de hacernos participar de los eternos suplicios á que la justicia de Dios le condenó?.. Manchados desde nuestro nacimiento con la mancha original, le pertenecemos, estamos marcados con su sello. Pero, gracias al sacramento del Bautismo, los méritos de nues-

tro omnipotente Redentor, al caer, por decirlo así, sobre nuestra alma al mismo tiempo que el agua de las sagradas fuentes, borraron esta huella maldecida; el señal de la cruz la ha remplazado... Se acabó; pasamos á ser sus amigos, sus hermanos. Tenemos, como él, un Padre allá arriba, en los cielos... Por lo tanto, lo hemos prometido en el día de nuestro bautismo: ódio á Satanás; amor, adhesión inviolable al dulce Salvador Jesús...

Una historia que tengo la seguridad de que os interesará, va á mostrarnos cómo debemos estar unidos á este adorable Salvador (1)...

Una pobre niña, nacida en Génova, había sido sustraída cuando aún estaba en la cuna por unos corsarios, ladrones del mar, que se la habían llevado á Argel y la habían vendido por esclava... La niña se había hecho grande; pero había caído bajo el yugo de un amo bárbaro y cruel que la pegaba con frecuencia... Cierta día huyó... Hacía algunos años que Argel había pasado á ser posesión francesa, y Monseñor Dupuch, entonces obispo de aquella ciudad, hacía la visita de su diócesis... La pobre jóven viene á echarse á sus piés llorando: — « ¡ Sé mi padre, le dice, é yo seré tu hija! » El obispo, conmovido, recoge á aquella esclava y la confía á unas religiosas que la instruyen... Al cabo de algunos meses, ella pide el Bautismo; quiere ser cristiana. — « Hija, la dice el piadoso prelado, ¿ sereis bien fiel á Jesucristo? » Cojiendo entonces un crucifijo que estrecha contra su corazón: « ¡ Sí, sí! exclama, siempre suya! » Y luego, tocando el anillo que el obispo llevaba en la mano, añadió: — « Cual tú llevas siempre esta sortija que no te deja jamás, así, cuando estaré bautizada, quiero estar, como una sortija, pegada siempre al dedo de Dios... » También nosotros, carísimos hermanos, deberíamos, como esta pobre esclava, estar siempre unidos á nuestro divino Salvador...

Pero, no solamente hemos renunciado á Satanás; hemos renunciado también á sus obras... ¿ Cuáles son pues estas obras que se llaman obras de Satanás?... El pecado, que es una rebelión contra Dios... Es Satanás quien dice á la primera mujer: « Come de la fruta de este árbol ». Y

(1) Esta historia, referida por vez primera en los *Anales de la Propagación de la Fé*, se halla citada en casi todas las colecciones destinadas á los catequistas.

Eva obedece á aquella tentación; ya sabemos cuáles fueron las consecuencias de esta desobediencia... Es él, el maldito, quien cada día nos excita al mal... Cuando pronunciamos las promesas de nuestro Bautismo, es como si dijéramos á Dios: Prometo obedeceros, evitar toda clase de pecados... Es tan evidente esto, que no veo la necesidad de insistir más...

Y por pompas de Satanás ¿ qué se debe entender? La contestación que el catecismo da á esta pregunta no siempre se comprende bien... Requiere una explicación... En efecto, ¿ qué se debe entender por las máximas y vanidades del mundo?... Las máximas del mundo son estos aforismos, estas palabras necias é impías con que diariamente es atacada nuestra fé de cristiano... *Cuando uno muere, todo muere*, dicen ciertas personas... *Jóvenes sois, divertíos... Gocemos cuanto podamos, mientras en este mundo estemos, que en el otro no sabemos lo que será de nosotros*. Y otras cien necedades que sería largo enumerar... ¡ Palabras infernales, vosotras sois realmente las máximas del mundo, la expresión de los deseos de Satanás!... ¡ Cuántas almas han extraviado y perdido estas falsas máximas!...

Renunciar á las pompas de Satanás es también renunciar á esas culpables diversiones, á esos peligrosos espectáculos que, casi siempre, causan la ruina de las almas. Escuchad, á este propósito, una historia referida por un ilustre doctor de la Iglesia (1). Una mujer, que había asistido á un espectáculo, salió de él furiosa y poseída del demonio. Se la sometió á los exorcismos; y como el sacerdote preguntase á Satanás: « ¿ Cómo te has atrevido á invadir el alma de una cristiana? », Satanás le contestó: « Ella estaba en un paraje que me pertenece y me he apoderado de ella. » Por este hecho y por otros, que es inútil citarlos, comprendéis perfectamente que los bailes, las danzas y los espectáculos son parajes y asambleas donde Satanás preside... Allí recobra sobre nuestras almas lo que había perdido por nuestro Bautismo... Sepamos pues, hermanos míos, recordar nuestras promesas y observarlas con fidelidad...

PERORACIÓN. — Terminemos, carísimos hermanos, esta importante

(1) Tertuliano, *Sobre los espectáculos*.

instrucción con una conclusión práctica... Repitamos juntos las promesas de nuestro bautismo... El día en que recibimos este sacramento debería ser para nosotros un día solemne y bendecido... ; Ah! no nos acordamos de él; y muchos de nosotros ni sabemos en qué fecha cae este santo aniversario!... ; Oh, cuánto mejor comprendían los santos la gracia de su bautismo!... Ahí teneis á un obispo, ó mejor á un arzobispo, un cardenal. Gobierna el obispado de Milán; más tarde se le llamará san Carlos Borromeo... Cada año, en el día de su bautismo, dicese que iba á la iglesia donde había sido bautizado... Allí, arrodillado ante las sagradas fuentes, renovaba, como en el día de su primera comunión, las promesas que por él habían hecho sus padrinos (1)...

Carísimos hermanos, en este momento en que llamo vuestra atención sobre aquellos sagrados compromisos, repitamos desde el fondo de nuestra alma: Dios mio, renuncio de todo mi corazón á Satanás, á sus obras y á sus pompas; únicamente para Jesucristo es para quien quiero vivir y morir, mediante su santa gracia... ; Oh!... Así sea.

INSTRUCCION DECIMA.

SACRAMENTO DEL BAUTISMO

INSTRUCCION CUARTA

CEREMONIAS PRINCIPALES DEL BAUTISMO: PADRINOS Y MADRINAS, OBLIGACIONES QUE CONTRAEN.

TEXTO. — *Euntes, docete omnes gentes, baptizantes eos in nomine Patris, etc...* Id, enseñad á todos los pueblos, bautizándoles en nombre del Padre, etc...

(MATEO, CAP. XVIII, VERS. 18.)

EXORCIO. — Hermanos míos, en nuestra última instrucción hemos hablado de las promesas del Bautismo; hemos dicho á qué nos obliga-

(1) Véase la vida de este santo cardenal.

ban... Hasta he añadido lo que, por otra parte, todos vosotros sabíais, esto es que estamos estrictamente obligados á observarlas.

¿Quereis saber cómo comprenden estas promesas tan solemnes y tan santas los pobres salvajes convertidos por nuestros misioneros?... Escuchad una historia... Léjos, muy léjos, en el seno de las inmensas selvas de América, un misionero francés visitaba las tribus salvajes que habitan aquellos casi desiertos países... Los ancianos, los hombres en el vigor de su edad, los jóvenes y los niños se agrupaban á su alrededor: « Vestido negro, le decían, háblanos del Gran Espíritu, repítenos lo que su hijo Jesús hizo para salvar á los hombres. » Y el piadoso misionero explicaba el catecismo á aquellos Indios, como se lo explicamos nosotros á vuestros hijos... Cuando les creía suficientemente instruídos, les administraba el sacramento del Bautismo; á varios hasta se les admitía á recibir el sacramento de la Eucaristía; pero esto era un favor muy señalado. — Retened bien estas palabras, queridos niños, que os preparais para la primera comunión. — Más de un año después, el misionero de que os hablo visitaba por segunda vez una de las tribus salvajes, donde había administrado el Bautismo y la sagrada Eucaristía á algunos neófitos... Su llegada fué para todos una fiesta; se le acogió con transportes de alegría. — « Padre, le dijo uno de ellos; tú eres bueno, y me proporcionarás la misma dicha de que gocé el año pasado. — ¿Qué dicha reclamas? le preguntó el misionero; ya sabes que el sacramento del Bautismo no se recibe dos veces. — Lo sé; pero yo te pido el favor de volver á recibir el cuerpo de mi Dios. — Con mucho gusto, amigo mio... pero antes te has de confesar. ¿Has examinado bien tu conciencia? — Padre, la examino cada noche: tú me dijiste, el año pasado, que cada día se había de examinar. — En este caso, ponte de rodillas, y declara las faltas que desde el Bautismo has cometido. — ¿Faltas? dice el salvaje con admiración; pero ¿qué faltas, Padre mio? — Sí, prosiguió benévolamente el misionero, las faltas graves que has podido cometer sobre los mandamientos de la ley de Dios y los de la Iglesia. — ¿Faltas graves? repuso más sorprendido aún el Indio: ¿acaso se puede ofender á Dios después de las promesas hechas en el Bautismo, y sobre todo cuando se ha tenido la dicha de comul-

gar?...» Diciendo esto, prosiguió el misionero, derramaba lágrimas, y lloraba también yo viendo que Dios, hasta en el fondo de las más agrestes selvas, se había preparado tales adoradores...

¿Tenemos nosotros, carísimos hermanos, una idea tan sublime y tan santa de las promesas de nuestro Bautismo?... Os dejo contestar.

PROPOSICIÓN Y DIVISIÓN. — Esta mañana vamos á exponer *en primer lugar* y en pocas palabras las principales ceremonias del Bautismo, y *en segundo lugar* hablaremos de los padrinos y madrinan, y de las obligaciones que contraen.

Primera parte. — No lo olvideis, carísimos hermanos... es preciso que lo sepamos todos... hasta los niños. Lo que hay de esencial en el sacramento del Bautismo es el agua derramada sobre el niño, al mismo tiempo que se pronuncian estas palabras: *Yo te bautizo en nombre del Padre, del Hijo y del Espíritu Santo...* Pero al objeto de inspirarnos mayor veneración y respeto hácia este sacramento, la Iglesia santa ha querido que su administración estuviese acompañada de varias ceremonias...

El Sábado Santo y el sábado que precede á la Pascua de Pentecostes es cuando se bendice solemnemente, como sabeis, el agua que en aquellas sagradas fuentes se ha depositado y que debe servir para el Bautismo de vuestros hijos... Leed, en vuestros devocionarios, las hermosas oraciones que preceden y acompañan á esta consagración del agua del Bautismo... Si las comprendéis bien, estoy seguro de que ellas os mostrarán la alta, respetuosa y santa idea que debéis tener de este admirable sacramento... «Haced Señor, dice el sacerdote al bendecir las sagradas fuentes, haced que esta agua, preparada para la regeneración de las almas, sea fecunda, y que de su seno salga toda una raza de escogidos... Atrás, Satanás, aléjate de aquí... Ésta es el agua regeneradora, ésta es el agua purificadora; todos aquellos que serán lavados en este saludable baño alcanzarán la gracia de una perfecta purificación (1)...»

Pero hablemos de las ceremonias que, en cierto modo, tocan más de

(1) Véase el Prefacio que canta el sacerdote durante la bendición de las fuentes.

cerca al Bautismo... Cuando se os pregunta: «Qué nombre dais á este niño ó niña?», es como si se os dijese: ¿Bajo la protección de qué santo le colocáis?... Porque el santo cuyo nombre llevamos es nuestro patrón y protector... No pongáis, pues, jamás á vuestros hijos nombres de esos paganos, extraños ó desconocidos... Vale más á una jóven llamarse simplemente María, que tener por nombre: Dorea, Célia ó cualquier otra de esas palabras que en ninguna parte del calendario de los santos se encuentran... María es la Virgen santísima, es la Madre de Jesús, es la Reina del Cielo... ¡Oh! cuán generosa abogada, cuán poderosa protectora es!... Si podeis citarme qué santo ó qué santa han llevado ciertos nombres raros, dados á algunos de vuestros hijos... ¡vaya! me enseñaréis una cosa que no sé...

Pasemos á los exorcismos... El niño que se presenta es esclavo de Satanás... ¿Necesito repetir lo que ya más de una vez he explicado, á saber, que á consecuencia del pecado original, Satanás se había apoderado del hombre, y que estando sometida al hombre toda criatura, este ángel maldito había, por decirlo así, reemplazado á nuestros primeros padres en los derechos que Dios les había dado?... De ahí la necesidad de los exorcismos para todos los lugares, para toda criatura inteligente ó no inteligente, que se quiere sustraer á su poder infernal (1)... Los antiguos nos hablan de ciertos mónstruos llamados Harpías, que manchaban todo lo que tocaban (2)... Ésta es realmente tu imágen, Satanás; desde la caída del primer hombre, tu funesta garra ha tocado á todas las criaturas y ha dejado impresa en cada una de ellas tu siniestra huella (3)... «Yo te exorcizo, criatura de sal... Yo te exorcizo, criatura de agua...» Esto decimos nosotros, cada domingo, cuando bendecimos el agua... ¡Ah! bien comprendéis, hermanos míos muy amados, que han tenido que ser mayores los estragos en el alma del hombre, y que la garra de Satanás debe dejar en ella señales más profundas. «¡Atrás pues, maldito, le dice el sacerdote antes de bautizar al niño, aléjate de esta alma; Jesucristo la reclama, y sus padres quieren que sea para Dios!»

(1) Es la enseñanza de la Iglesia... Leed las preces y bendiciones insertas en el Ritual.

(2) Véase lo que de ellas dice Virgilio.

(3) San Márcos, c. VII, v. 32.

Tal es el sentido de los exorcismos que preceden á la administración del Bautismo.

Mucho me extendería, hermanos míos, si os quisiera explicar todas las ceremonias del Bautismo y el sentido profundo que ellas encierran... Un día se presentó á Nuestro Señor Jesucristo un pobre sordo-mudo... El que, con una simple palabra, arrancaba sus víctimas á la muerte y realizaba los mayores prodigios... pareció vacilar y concentrarse en presencia de aquel pobre enfermo... Tocó con sus divinos dedos los oídos y la boca del sordo-mudo con ciertas ceremonias que refiere el Evangelio. «*Effeta*, dijo, abríos, orejas; lengua, deslígate.» Inmediatamente el sordo oyó: habló...; y añade el Evangelio, que habló bien! Escena misteriosa, que la Iglesia ha renovado con nosotros en el día de nuestro Bautismo... El sacerdote, consagrando en cierto modo con estas palabras todos nuestros sentidos al Dios de quien íbamos á hacernos hijos: *Effeta*, abríos oídos, abríos para oír las saludables enseñanzas de la Iglesia: boca, ábrete: lengua, desatada seas para que alabes para siempre al Dios de quien este pequeño sér va á hacerse hijo...

¿Os hablaré del cirio encendido, emblema de la fé que en el alma del niño deposita Dios; de las unciones, símbolo de la presencia del Espíritu Santo?... Nó, pero al terminar os recordaré aquel vestidito que se coloca sobre nuestra cabeza, signo conmovedor de la inocencia de que estan revestidas nuestras almas.

Segunda parte. — Tal vez, hermanos míos, os enteraréis con interés del origen de la costumbre de escojer padrinos y madrinas para el Bautismo, cuando éste se administra con solemnidad... En los primeros siglos de la Iglesia, y siempre, se ha procurado que hubiese personas respetables, que respondiesen de que la persona que iba á ser admitida á la gracia de este sacramento cumpliría sus promesas y sus compromisos... Esto, por otra parte, es lo que se verifica en todo contrato, en todo convenio formal... Cuando se os llama á casa de un notario ó de otro funcionario público cualquiera, ¿qué significa vuestra firma puesta al pié de un documento, sea cual fuere? Aquella firma dice: «Yo atestiguo y realmente afirmo que se ha verificado tal venta, que se ha tomado tal acuerdo.» — Veamos, en conciencia ¿qué nombre se debería dar al que negase su firma?... ¿Cobarde? nó, esta palabra no sería bas-

tante fuerte; hay expresiones más enérgicas: vosotros las conoceis... y no necesito por tanto decíros las.

Ahora bien, hermanos míos, los padrinos no son solamente unos testigos, sinó que son garantías. La Iglesia les podrá decir... nosotros, los sacerdotes, podríamos decirles: «Padrinos y madrinas, nosotros bautizámos este niño; le hicimos cristiano. Pero vosotros ¿qué prometisteis en su nombre?... Vinisteis aquí; os pusisteis uno á la derecha y otro á la izquierda de esta criatura; os interrogué, y contestasteis en su nombre... Si habeis olvidado estos sagrados compromisos, os los voy á recordar... Pero nó, es imposible que los hayais olvidado... Sabeis perfectamente que, en nombre de vuestro ahijado ó ahijada, hicisteis unas promesas solemnes. Renunciasteis á Satanás, á sus obras y á sus pompas... ¿Hay que recordaros que vuestra mano derecha tocaba al niño en señal de la responsabilidad tres veces santa que ibais á contraer?... Sí, vuestra mano derecha tocaba al niño cuando nosotros derramábamos el agua, diciendo: *Yo te bautizo*. Lo que entonces prometíais, ó que prometen los padrinos es velar por la educación cristiana de sus ahijados, de aquellos de quienes son responsables ante Dios.» Pensemos pues y reflexionemos algunas veces sobre estos deberes contraídos para con Dios, con motivo de aquellos ó aquellas que son nuestros ahijados ó ahijadas...

Si estos deberes, carísimos hermanos, se comprendiesen, los padres no procederían con tanta ligereza en la elección de aquellos que responden por sus hijos.

En los primeros siglos de la Iglesia, y mucho tiempo después, veo á los personajes más piadosos y más ilustres escojer ya á obispos, ya á venerables sacerdotes para padrinos de sus hijos. Ellos se decían: «Si yo llegase á morir, si este pequeñuelo quedase huérfano, estoy seguro de que encontraría en su padrino otro padre, que velaría sobre su alma y le recordaría las promesas de su bautismo...»

Decidme, cristianos, si es siempre éste el pensamiento que os guía en la elección de los padrinos de vuestros hijos... ¡Ay!.. Hacedme también el obsequio de decirme si todos los que hemos respondido por esos pequeñuelos en las fuentes bautismales, hemos hecho ó nó todos los esfuerzos para salvar nuestra responsabilidad, y hacer verdaderamente

cristianos a aquellos de quienes, como al empezar os decía, nos hicimos garantes y responsables...

Mas al propio tiempo, todos nosotros que hemos crecido ya, acordémosnos de que en el día de nuestra primera comunión desligámos de su juramento á nuestros padrinos... No responden ya por nosotros; pero en el día del juicio final serán testigos que declararán contra nosotros... Ved un hecho histórico, que nos explicará una ceremonia del Bautismo, y nos dará á conocer cuán serios son los compromisos que, al recibir este sacramento, contraemos...

Cuando se bautiza á un niño ó niña se le pone en la cabeza una especie de tocado blanco, que llamamos la capilla, diciendo: « Recibe este vestido blanco y procura conservarlo sin mancha. » Es que, en los primeros siglos de la Iglesia, á los recién bautizados se les revestía con una túnica blanca que debían llevar durante ocho días, después de los cuales se entregaba á los padrinos, quienes la guardaban cuidadosamente... Durante la persecución de los Vandalos, cierto apóstata llamado Elpidoforo recibió del rey Genserico el encargo de dar tormento á los cristianos... Pues bien, entre los prisioneros se encontraba san Murita, venerable anciano, que en su día había sido el padrino de aquel apóstata. Cuando le tocó el turno de interrogar á aquel anciano, Elpidoforo se empeñó en querer hacerle apostatar. Murita se contentó con enseñar á su indigno ahijado la túnica blanca que este último había llevado en el día de su bautismo. « Vil esclavo de la mentira, le dijo con energía, ahí tienes el traje con que fuiste bautizado. Él te debe recordar las promesas que hiciste á Dios. Él declarará contra tí en el gran día del juicio... Entonces, ¡desgraciado! te arrepentirás de tu infidelidad; pero será demasiado tarde... » Esta fué su única defensa. Elpidoforo palideció; pero, añade el autor de quien tomamos este relato (1), estaba demasiado endurecido para arrepentirse...

PERORACIÓN. — Al terminar estas instrucciones sobre el Bautismo, una idea se presenta á mi imaginación... Me la sugiere un hecho que leí en la vida del piadoso cardenal de Cheverus... Se le había llamado para que bautizase al hijo de una familia noble. El padrino era un du-

(1) Victor de Utica, de *Persecutione Vandalica*.

que, la madrina una condesa... ¡Qué sé yo!... Cuando el vástago de aquella noble familia hubo sido bautizado, el cardenal distinguió, en un rincón del templo, á una pobre familia, que iba igualmente á pedir la gracia del Bautismo para su hijo... « Acercáos, amigos míos, les dijo bondadosamente, yo mismo quiero bautizar á vuestro hijo... » Y aprovechándose de la ocasión, demostró que, ricos y pobres, somos todos iguales ante Dios... « Todos, decía, recibimos el mismo Bautismo; todos la misma Eucaristía; todos somos llamados á gozar del mismo paraíso... » Organizóse una cuestación, y la noble familia hizo una espléndida ofrenda al hijo del pobre artesano...

Ésta es, hermanos míos muy amados, la única y verdadera igualdad...

La igualdad únicamente existe ante Dios: todos tenemos iguales derechos á su misericordia... Y cuando se abrirá la eternidad, los más grandes delante de él serán los que con más fidelidad habrán observado las promesas de su Bautismo.

¡Ojalá que todos nosotros podamos ser de este número! Así sea.

INSTRUCCION UNDECIMA.

SACRAMENTO DE LA CONFIRMACION.

INSTRUCCION PRIMERA.

LA CONFIRMACION; CUALES SON LA MATERIA Y LA FORMA DE ESTE SACRAMENTO; IMPORTANCIA QUE SE DEBE DAR A SU RECEPCION

TEXTO. — *Tunc imponebant eis manus et accipiebant Spiritum Sanctum*. Entonces los Apóstoles imponían sus manos sobre ellos, y éstos recibían el Espíritu Santo.

(ACTAS DE LOS APOST., CAP. VIII, VERS. 17.)

EXORDIO. — Hermanos míos, al hablaros del sacramento del Bautismo, olvidé una historia que creo habríais escuchado con interés.. Es la relación del bautismo de san Agustín.... Pero este hecho puede igual-

mente entrar en una plática sobre la Confirmación, porque en los primeros siglos de la Iglesia, sobre todo cuando eran adultos los que se bautizaban, el Bautismo iba casi siempre seguido de la Confirmación (1).

Era el Sábado Santo, 24 de abril del año 387, y la catedral de Milán estaba de fiesta. Un hombre de treinta y tres años acababa de subir á una especie de estrado, llamado *Ambon*; iba á recitar desde allí en alta voz este símbolo de la fé católica: *Creo en Dios Padre Todopoderoso...* Al ver aparecer á aquel jóven profesor, la multitud de los cristianos, ébria de alegría, gritó entusiasmada: « ¡ Agustín !...; Es Agustín !... » Cuando hubo acabado de recitar el Símbolo, se le condujo á las fuentes bautismales... Rodárale sus amigos... Su madre Mónica, que desde tan largo tiempo le había bautizado con sus lágrimas, mira con una dulce emoción el agua santa preparada para el sacramento... Llega el obispo san Ambrosio, arrodillase un instante, y después empieza la ceremonia... A una seña del santo pontífice, el catecúmeno se adelanta hasta junto á la sagrada pila... Ambrosio pronuncia sobre él estas palabras sacramentales: *Yo te bautizo en nombre del Padre y del Hijo y del Espíritu Santo*. Revístese entonces Agustín con la larga túnica blanca de los recién bautizados, símbolo de la inocencia que se le acaba de devolver...

El obispo, ungiendo con el santo crisma, la frente del nuevo cristiano: *Yo te confirmo*, le dice... Después, llevando en la mano un cirio bendito, iba Agustín á arrodillarse por vez primera ante la sagrada Mesa... Grande era la alegría que llenaba el corazón del obispo; grande también la dicha del recién bautizado... Apoderándose de sus corazones un divino entusiasmo, aquellos dos hombres dejaron escapar de sus almas ese canto, ese himno de reconocimiento, que con tanta frecuencia repetimos, y que se llama el *Te Deum*... « ¡ Oh Dios ! ¡ Oh Señor ! exclamaba Ambrosio, os alabamos, os bendecimos. — Sí, eterno Padre, contestaba Agustín, toda la tierra os venera... » Y prosiguieron así aquel sagrado canto, del cual la Iglesia les reconoce como

(1) V. Monseñor Graveran, tomo II, pag. 313; Boucarut, tomo II, y principalmente, Chardon, *Histoire des Sacraments*, libro I, sección 4, cap. XI, y sección 2, cap. III.

autores... Canto bendito, expresión de la fé, del reconocimiento y del amor, y que termina con un prolongado grito de esperanza en la misericordia del Señor (1).

PROPOSICIÓN. — Pero vengamos al sacramento de la Confirmación; es el asunto de que debo hablaros en esta instrucción y en las que seguirán á éste.

DIVISIÓN. — *En primer lugar*: ¿ Qué es el sacramento de la Confirmación? *En segundo lugar*: ¿ Cuáles son la materia y la forma de este sacramento? *En tercer lugar*: Importancia que debemos dar á su recepción... Tales son las preguntas á que, con el auxilio de Dios, voy á probar de contestar.

Primera parte. — ¿ Qué es el sacramento de la Confirmación? Ya os he dicho más de una vez, hermanos míos, que la divina Providencia quiso que la Santísima Trinidad desempeñase un papel importante en la obra de nuestra santificación (2). Por la creación, somos hijos del Padre eterno, y lo venimos á ser todavía más por el Bautismo, que nos hace hermanos de Jesucristo; pero por la Confirmación, nos convertimos, en cierto modo, en templo del Espíritu Santo, que nos toma bajo su protección y nos adorna con sus dones... Jesucristo mismo lo ha querido así... « No os atormentéis, decía á sus Apóstoles, débiles todavía y poco instruídos en la fé, aún después de su Resurrección. — Eran entonces, por decirlo así, como los niños que no han recibido más que el Bautismo. — « Yo os enviaré el Espíritu Santo, él os instruirá, él os hará comprender mejor las verdades que yo os he enseñado, él os hará fuertes contra todas las persecuciones. » Y todos sabéis que, en el día de Pentecostés, se realizaba esta promesa; y que todos los efectos que debe producir el sacramento de la Confirmación se manifestaron en los Apóstoles... El Espíritu Santo había descendido sobre ellos bajo la forma de lenguas de fuego; les había abrasado; les había transformado...

(1) Vida de san Agustín según sus Obras. Tomo I, pag. 91 de la edición Vivès. — Vida de santa Mónica, por Mous. Besson, en su volumen I *sobre los Sacramentos*.

(2) Véase, en este *Curso de Instrucciones*, la instrucción XLIII sobre el Símbolo, y, en el volumen sobre las *primeras Comuniones*, el *Retiro preparatorio para la Confirmación*.

¡Tú, Pedro, habías mandado atrancar las puertas del Cenáculo, y ahora las haces abrir de par en par!... ¡Ten cuidado! No es solamente una simple criada la que te va á interrogar; son millares de hombres que te aguardan... ¡Y qué! ni él, ni los otros tiemblan; se adelantan animosamente por entre aquella muchedumbre que, menos de dos meses atrás, había crucificado á su augusto Maestro... Y tomando la palabra en nombre de todos, Pedro, el primero de los soberanos pontífices, habló con aquella autoridad divina, que jamás abandonó á sus sucesores, cuando fué cuestión de explicar, sostener y defender la verdad... « Sí, la decía á aquella muchedumbre allí congregada, ese Jesús que vosotros habeis colgado de la cruz, era el Mesías prometido á nuestros padres; para él y por él únicamente podeis ser salvos... » Millares de hombres se convierten á estas simples palabras.

¡Tiembra, sinagoga, tiembra! Tú coronaste de espinas, tú mataste á ese Dios que te había sido enviado, y hé aquí que sus discípulos le reemplazan, y van á continuar su obra con igual energía!... ¡Príncipes de los Judíos, prendelless, echadles en vuestros calabozos, azotadles con varas!... ¿Qué les importa? Ellos se alegran de que hayan sido tenidos por dignos de padecer por su Maestro (1).. ¿Quién pues, hermanos míos muy amados, ha obrado este prodigio? Es la tercera persona de la Santísima Trinidad, que se nos da por la Confirmación; es el Espíritu Santo... ¡Atrás pues los herejes é impíos que se atreven á negar no solamente la eficacia, sino hasta la existencia de este sacramento!... La Sagrada Escritura y la tradición constante de la Iglesia católica les dan el más abrumador mentís... Los Actos de los Apóstoles (2), relatados por un evangelista, un testigo ocular, aquel á quien llamamos san Lucas, nos muestran el cuidado con que los Apóstoles emprendían hasta largos viajes para dar la Confirmación á los recién bautizados... Poníase igualmente empeño en proporcionar este auxilio á los mártires, para que el Espíritu Santo les fortaleciese en medio de los tormentos... Y aquel gran san Agustín de quien al principio os hablaba, debe tal vez á este sacramento aquella luz interior, aquella sorprendente ciencia de nues-

(1) Actos de los Apóstoles, *passim*.

(2) *Ibid.*, cap. VIII.

tra santa religión, que hicieron de él uno de los más ilustres doctores de la Iglesia... Ahora comprenderéis, hermanos míos muy amados, lo que es la Confirmación; es, como lo dice el catecismo, un sacramento instituido por Nuestro Señor Jesucristo, para darnos el Espíritu Santo, hacernos perfectos cristianos, y afirmarnos en la fé que hemos recibido en el Bautismo.

Segunda parte. — Pero ¿cuáles son la materia y la forma de este sacramento? Porque ya sabeis que todo sacramento, siendo una señal sensible, está compuesto de una sustancia material ó inmaterial, y de palabras, dictadas en cierto modo, á su Iglesia por Nuestro Señor Jesucristo; materia y palabras á las cuales ha dado el poder de darnos la gracia y de aplicarnos sus méritos.

La materia del sacramento de la Confirmación es el santo crisma, mezcla de aceite de oliva y de bálsamo solemnemente bendecido el Jueves Santo por el señor obispo... A la manera que las palabras sacramentales del sacerdote, en el santo Sacrificio de la Misa, transforman el pan y el vino en el cuerpo y sangre de nuestro divino Salvador; así las largas oraciones y las solemnes bendiciones, pronunciadas por el señor obispo sobre el aceite de oliva y el bálsamo, dan á estas sustancias una virtud espiritual que por sí propias no tenían (1)... El aceite, por este sacramento, no es ya solamente, como en las circunstancias ordinarias, el símbolo de la dulzura y de la fuerza; es por decirlo así, la dulzura cristiana, es la fuerza enérgica de confesar la fé, infiltrándose de una manera sobrenatural, como dos cualidades augustas, en el alma del confirmado... El bálsamo no es ya solamente esta sustancia, cuyo suave olor halaga nuestro olfato; es el suave perfume del buen ejemplo, que deberá dar en lo sucesivo aquel que ha recibido este sacramento...

¿Quereis conocer los efectos significados y realizados por estas dos sustancias en el alma de un recién confirmado?... Oíd lo que produjo este sacramento en el alma de un amable santo, á quien recientemente colocaba la Iglesia entre sus doctores...

(1) Esta comparación, tan justa y enérgica á la vez, es de san Cirilo de Jerusalén. Encuéntrase en la tercera de sus *Catéquisis mistagógicas*, que trata especialmente del sacramento de la Confirmación.

Francisco de Sales era joven todavía... ¿Contaba doce años? ¿contaba quince? La historia no lo dice... Hacía sus estudios en el colegio de Annecy en Saboya, cuando tuvo la dicha de recibir el sacramento de la Confirmación... ¡Piadoso joven! ¡Con qué fervor te habías preparado para recibir esta gracia!... Cual un terreno blando y bien cultivado recibe con avidez la bienhechora lluvia que lo debe hacer fecundo, así el alma del joven estudiante bebió, por decirlo así, con fruición aquel Espíritu Santo, que á él descendía, y que fué no solamente el inspirador de las preciosas obras que ha dejado, sino su guía en todas sus acciones... ¡Ah! ¡cuán perfectamente se realizaron en aquella alma bella los simbólicos significados del aceite!... ¿No fué un ángel de dulzura? ¿No se le llama siempre el *dulce san Francisco*?... Pero al mismo tiempo; cuán invencible fuerza contra los herejes! Diez veces atentaron á su vida, sin que lograran debilitar su valor; y si no fué mártir de su fé, no fueron ni el deseo ni las ocasiones las que le faltaron, fué que la divina Providencia velaba sobre él de un modo muy especial y le reservaba para otras obras... Sabido es como había impregnado su alma el suave perfume del bálsamo... Durante su vida hacía amar la virtud; acudíase al olor de sus perfumes; hoy todavía la lectura de sus escritos hace amable la piedad y hace siempre las mismas delicias de las almas piadosas (1).

Una palabra no más sobre la forma, es decir, sobre las palabras que el obispo pronuncia al administrar el sacramento de la Confirmación: ya volveremos á tratar más adelante este punto. La Confirmación, como el Bautismo y como todos los demás sacramentos, se administra con esta señal sagrada del cristiano, que se llama la señal de la cruz. Cuando hace la unción, el primer pontífice de la diócesis traza esta augusta marca sobre la frente del que confirma, pronunciando estas palabras: « *Yo te marco con la señal de la cruz, y te confirmo por medio de la unción de salvación, en el nombre del Padre y del Hijo y del Espíritu Santo.* » Al imponer las manos sobre los confirmandos, el obispo había pronunciado ya solemnes palabras, necesarias para la inte-

(1) Vida de este santo, *passim*, y *Espíritu de san Francisco de Sales*, por Le Camus, obispo de Belley.

gridad de este sacramento... El confirmando arrodillado debe recibir esta santa unción, no solamente con piedad, sino con la firme resolución de ser fiel á Jesucristo, de quien queda hecho soldado (1)...

Tercera parte. — Veamos ahora, carísimos hermanos, la importancia que debemos dar á la recepción del sacramento de la Confirmación... Este sacramento, ¿es absolutamente necesario para la salvación?... Es ésta una pregunta á la cual el catecismo contesta en estos términos: *Nó*, este sacramento no es absolutamente necesario para la salvación; pero los que por menosprecio ó por negligencia omiten recibirlo, se hacen culpables de un gran pecado...

Esta respuesta tiene tal vez necesidad de ciertas explicaciones... Es indudable que, puesto que los niños, una vez bautizados, si mueren sin haber ofendido á Dios, son admitidos en el paraíso, es una prueba de que ni la Confirmación, ni otro alguno de los sacramentos son necesarios para la salvación... Pero ¿y si se trata de los que han crecido ya, han hecho su primera comunión y han alcanzado la edad de discreción? — Entonces estableceré una diferencia... — Si es imposible, ó demasiado difícil, (como sucede, por ejemplo, en los países de misión, ó en los tiempos de revolución), poder recibir este sacramento, diré que para los fieles que se hallan colocados en tales condiciones, el sacramento no es necesario; pero en cuanto á los cristianos que pueden fácilmente recibirlo, les es indispensable (2), ó cuando menos tienen la obligación de recibirlo. Esta obligación les está impuesta, no sólo por la voluntad de Dios, sino además por las enseñanzas de la Iglesia. Vais á comprenderlo... Decidme, carísimos hermanos: ¿Dios quiere, si

(1) No ignoro las discusiones que han tenido lugar entre los teólogos, con motivo de la materia, forma y hasta ministro de este sacramento. Pero he creído deber limitarme, sin por eso dejar de ser exacto, á exponer lo que los fieles deben conocer y pueden comprender respecto á la Confirmación... Los que deseen ver más allá, podrán consultar á Billuart, á Drouin, *De re sacramentaria*, y á Vitasse, cuyo sábio tratado sobre la Confirmación se publicó en el *Cours complet de Théologie*, de Migne, tomo XXI.

(2) Mons. Gaume se expresa en estos términos: « La teología enseña que el sacramento de la Confirmación es necesario á los adultos de derecho divino y de derecho eclesiástico. » *Catéchisme de Persévérance*, edición de 1854, t. VI, pág. 83. No me he atrevido á adelantar esta opinión sin correctivo... pues no la encuentro suficientemente justificada.

ó nó, que nos proporcionemos, cuando podamos, todos los auxilios espirituales que necesitamos y que ha puesto á nuestra disposición para ir al cielo?.. Decís que sí... En efecto, la cosa es demasiado clara para que respondais de otro modo... Por consiguiente, privarse de un auxilio tan poderoso como lo es el de la Confirmación, que tantas gracias nos ha de dar, es desconocer su voluntad... ¿Necesito decirlos que la Iglesia nos señala también como un deber el recibir este sacramento?... ¿De ahí se sigue pues que se contrae una muy grave culpa cuando por negligencia ó por menosprecio, teniendo ocasión de ser confirmado, no se procura presentarse al obispo... ¡Ay, cristianos! en estos tiempos de indiferencia... ¿qué digo? en estos tiempos en que la impiedad declara una tan encarnizada guerra á nuestra santa religión, es principalmente cuando conviene proveernos de todas las armas que Jesucristo y su santa Iglesia han puesto á nuestra disposición. Una comparación... Ya veis hoy como, á consecuencia de la pertinacia de esos bárbaros del Norte, que constantemente amenazan la Francia con una nueva invasión, este último país quiere que casi todos sus hijos se ejerciten en el manejo de las armas, y que esten provistos de fusiles ó cañones, al objeto de poder oponer á estos salvajes modernos una resistencia más heroica..... Así en estos tiempos que figurarán entre las épocas en que el honor, la fé, la Iglesia, la religión y todo lo que debemos amar más sobre la tierra, han sido más aulazmente calumniados y más friamente perseguidos, es necesario que cada cristiano, por medio de la Confirmación, esté consagrado soldado de Cristo y provisto de gracias sobrenaturales, que son para él armas perfeccionadas...

Una historia va á mostraros cuán débil y poca cosa es el cristiano que no está confirmado... Pertenece á los primeros siglos de la Iglesia... Un hombre, llamado Novaciano, fué bautizado en su lecho; estaba en peligro de muerte, y el sacerdote que le administró el Bautismo no tenía poder para darle la Confirmación... Este enfermo sanó; pero, fuese por desprecio, fuese por dejadez, no se cuidó de hacerse ungir por el obispo con el bendito crisma... Hijo débil en la fé, soldado desprovisto de armas, no tardó en ser juguete del demonio... Impulsado por motivos indignos, se hizo ordenar sacerdote, y llegó á ser el autor de un cisma y de una herejía que por largo tiempo llevaron la desolación á la

Iglesia (1)... Ved á donde puede conducir la negligencia que con sobrada facilidad se nuestra en recibir el sacramento de la Confirmación...

PERORACIÓN. — Mucho más prefiero la historia de aquellos dos campesinos que se refiere en la vida de un santo obispo de Clermont (2). Habiendo sabido que dicho prelado recorría las montañas de Auvernia, nada pudo detenerles, ni la larga distancia que había que recorrer, ni las nieves, ni los precipicios que se encuentran en aquellas escarpadas cimas... Apenas tuvieron la dicha de encontrar al obispo, se arrojaron á sus piés y con instancia le pidieron que les impusiera las manos y les diese la Confirmación. Después de haberse asegurado de sus buenas disposiciones, el santo accedió á sus deseos... ¡Oh poder de la Confirmación!... Apenas, por medio de aquel sacramento, hubo descendido el Espíritu Santo al alma de aquellos dos pobres campesinos, el demonio, que se había apoderado de ellos, se vió precisado á abandonarles bajo una forma visible, con gran admiración de los acompañantes del santo prelado...

Nó, carísimos hermanos, lo repito, Jesucristo no ha establecido ningún sacramento inútil... Si hay entre vosotros quienes no hayan tenido la dicha de ser confirmados, prepárense para recibir la Confirmación á la primera ocasión favorable... En cuanto á nosotros, fieles, á quienes el obispo ha impuesto sus manos y hecho la santa unción, acordémosnos de las gracias adheridas á este sacramento, y hagamos todos nuestros esfuerzos para mostrarnos fieles á ellas... Así sea.

(1) *Histoire ecclésiastique*, de Rohrbacher, tom. V, pág. 436.

(2) Mabillon, *Troisième siècle Bénédictin*: d'Hauterive, *Grand Catechisme*, t. IX, pág. 509.

INSTRUCCION DUODECIMA.

SACRAMENTO DE LA CONFIRMACION.

INSTRUCCION SEGUNDA.

MINISTRO DEL SACRAMENTO DE LA CONFIRMACION; DISPOSICIONES PARA RECIBIR BIEN ESTE SACRAMENTO; CEREMONIAS PRINCIPALES QUE ACOMPAÑAN A SU ADMINISTRACION.

TEXTO. — *Tunc imponebant eis manus, et accipiebant Spiritum Sanctum.* Entonces los Apóstoles imponían sus manos sobre ellos y éstos recibían el Espíritu Santo.

(ACTAS DE LOS APOSTOLES, CAP. VIII, VERS. 17.)

EXORPIO. — Hermanos míos, terminaba mi última instrucción diciéndoles que era muy importante para los fieles, especialmente en nuestros tiempos, hacer todos los esfuerzos posibles para recibir la Confirmación, é insistía en la importancia de este sacramento. Esta importancia, nuestros abuelos la comprendían.

Dejadme referiros, al empezar, lo que en Francia pasaba aún al principio de este siglo, hácia el año 1803... A consecuencia de una revolución funesta... ; Ay! todas lo son de funestas, tanto para los principios como para las costumbres, lo mismo para la patria que para la religión..... A consecuencia pues de esta revolución, que estalló en 1789, los templos habían sido cerrados, la religión proscrita, los obispos asesinados ó forzados á expatriarse..... Durante doce años, no se había administrado el sacramento de la Confirmación... Esto hizo que cuando se devolvió la paz á la Iglesia y los obispos hubieron regresado á sus diócesis, era un espectáculo conmovedor ver como eran acogidos, por poblaciones cristianas todavía, los sucesores de los Apóstoles, los ministros del sacramento de la Confirmación. Verdad era que sus catedrales habían sido saqueadas, empobrecidas y profanadas... Hasta ellos estaban pobres, encorvados bajo el peso de los

años, odiosos siempre para la impiedad que aún trataba de perseguirle y que experimentaba una especie de coraje al verles reaparecer... Pues bien, nuestros padres vieron á aquellos ancianos obispos, con sus mitras desprovistas de diamantes y sus báculos de madera, recorrer nuestras campiñas, desde tan largos años privadas de su presencia, para administrar el sacramento de la Confirmación.

Las más vastas iglesias se llenaban de bote en bote; las capillas, demasiado pequeñas para contener á la multitud, se prolongaban con un toldo de lienzo adornado de ramaje... ; Merced á la presencia de los primeros pastores, las parroquias parecían renacer!... ; Veis esa dilatada columna de confirmados, que van á arrodillarse para recibir la bendición de manos de su obispo?... No son tan solamente esos jovencitos que acaban de hacer su primera comunión, ni esas castas doncellitas vestidas con blancos ropajes, cubiertas con largo velo y adornadas con corona de rosas... Nó, nó; son soldados bronceados por el sol de las Pirámides, y que mañana serán los vencedores de Austerlitz... Son esposos que, durante los días malditos del Terror, hicieron bendecir su unión en el fondo de una selva, en el rincón de un granero ó en una habitación aislada, por algún sacerdote proscrito... ; Tal vez vienen de lejos!... Al fin, han venido con el corazón alegre y el alma henchida de esperanza, á recibir la bendición de su obispo, á reclamar de él aquel sacramento de la Confirmación, que les debe hacer perfectos cristianos y verdaderos soldados de nuestro Salvador Jesús... Ahí teneis, hermanos míos muy amados, la importancia que nuestros mismos abuelos daban á este sacramento (1)...

PROPOSICION Y DIVISION. — Esta mañana tengo intención de explicaros: *en primer lugar*, cuál es el ministro de la Confirmación, *en segundo lugar*, qué disposiciones hay que aportar á este sacramento, y *en tercer lugar*, las ceremonias principales que acompañan á su administración...

Primera parte. — Únicamente el obispo es el ministro ordinario del sacramento de la Confirmación... Un simple sacerdote, aún

(1) Véase: *Les Sacrements ou la Grâce de VHomme-Dieu*, por Mons. Besson, tomo II.

cuando sea deán, canónigo ó prelado de la corte de Roma, no tiene ni el derecho, ni la facultad de administrar de un modo válido este sacramento... Santo Tomás se sirve, á este propósito, de una hermosa comparación. Voy á desarrollarla, para hacérsela comprender del mejor modo que pueda... En los grandes talleres, hay obreros más ó menos hábiles; los inferiores están encargados de dar á las obras que allí se confeccionan su primera forma, pero el dar á ellas el remate, la perfección de que son susceptibles corresponde únicamente á los más hábiles, á los maestros. Así, nosotros, simples sacerdotes, hacemos á vuestros hijos cristianos; una vez les hemos bautizado, pertenecen ya á Jesucristo... Pero la Confirmación que debe imprimir en sus almas ese remate, ese sello indeleble que les ha de hacer perfectos cristianos y soldados de Jesucristo, nosotros no se la podemos dar... Solamente al señor obispo, que, como á obrero más perfecto, ha recibido la plenitud de gracia del sacerdocio, á él solamente es á quien corresponde hacer descender sobre sus almas los preciosos dones de este sacramento... Creo que me habeis comprendido...

Y la sagrada Escritura, hermanos míos muy amados, nos enseña que así se verificaba ya en tiempo de los Apóstoles, de quienes son sucesores los obispos... El diácono san Felipe, discípulo inmediato del Salvador, había bautizado en la ciudad de Samaria á gran número de fieles que sus predicaciones habían convertido... Pero ¿qué hacer?... No tiene ni el derecho ni el poder de imponerles las manos, de hacerles perfectos cristianos, es decir de administrarles el sacramento de la Confirmación... Previene pues á los Apóstoles de lo que ha pasado... Y estos, como obispos que hacen la visita de su diócesis, emprenden un viaje bastante largo, se trasladan á Samaria y, probablemente, á algunos otros parajes, que la Escritura no nombra, al objeto de dar la Confirmación á aquellos á quienes Felipe y otros discípulos habían bautizado (1)... ¿He de citaros otros hechos, sacados de la Escritura, de la vida de los santos ó de la historia de la Iglesia? Se me presentan en tropel... Mas vosotros mismos me direis que nó, que sería inútil, porque todos sabemos que el obispo es el ministro de la Confirmación;

(1) Act. de los Apóst.

todos sabemos que él es el único que tiene el derecho de administrarlo...

Segunda parte. — Veamos ahora qué disposiciones hay que aportar para recibir con fruto la Confirmación. Pero antes digamos algunas palabras sobre el sujeto de este sacramento, es decir sobre las personas que son capaces de participar de las gracias que confiere. En otros tiempos se confirmaba á los niños casi inmediatamente después de bautizados; pero el uso actual de la Iglesia es no dar la Confirmación hasta después de la primera comunión, ó bien, á lo menos, hasta que se ha llegado al uso de razón... Tú, niño, debes comprender cuán bueno ha sido para tí el Salvador... No ha querido solamente, por medio del Bautismo, arrancarte de la esclavitud de Satanás, hacerte hijo de Dios y miembro de la santa Iglesia católica... Escúchame bien, hijo mío, y vosotros todos, hermanos míos, escuchad; por que todos hemos gozado estos favores...

Ved ahí pues que, después de haber sido bautizados, se nos ha instruído en las verdades de nuestra santa religión... Después, ha venido un día en que el sacerdote que nos las había enseñado nos ha dicho: «Hijos míos, ya teneis bastante edad, estais bastante enterados y bastante bien dispuestos para acercaros á la sagrada Mesa... Mañana, queridos amiguitos míos, tendréis la dicha de comulgar por vez primera...»; Ah! ¿lo recordais?... Ante aquella feliz noticia, todos nos estremecimos de alegría... Al día siguiente, el Dios que reside en la sagrada Eucaristía se nos entregó todo entero, aquí mismo, en esta iglesia, junto á este altar, en esta santa mesa...

«Niño bautizado y alimentado con el cuerpo y la sangre de Jesús,» nos ha dicho después la Iglesia santa, «¿quieres amarle? ¿quieres serle fiel para siempre, alistarte resueltamente á su bandera, sean cuales fueren las luchas y combates que en este mundo te esperen, aun cuando, como los mártires, tuvieses que resistir hasta la muerte?... ¿Quieres, en una palabra, ser soldado de nuestro Salvador Jesús?...» Y al prepararnos para recibir el sacramento de la Confirmación, hemos dicho: «Sí, seguiré el estandarte de mi Salvador, y combatiré por él; le seré fiel hasta mi último suspiro!» Entonces el señor obispo hizo la santificación sobre nuestras frentes, y mientras decía estas palabras: *Yo te*

marco con el sello de Cristo, un carácter indeleble se imprimía en nuestra alma, y nos consagraba para siempre soldados de Jesús... ¿Comprendeis pues, hermanos míos muy amados, la sabiduría con que la Iglesia ha querido que, en nuestros revueltos tiempos, el sujeto de la Confirmación hubiese alcanzado la edad del discernimiento para alistarse en esta sagrada milicia?... (1)

Pero he hablado de las disposiciones que se debían aportar á la Confirmación. No hay que decir que es menester estar enterado de este sacramento y saber las principales verdades de nuestra santa religión. Esto cae de su peso; un militar que se alista voluntariamente, ha de conocer la patria que deberá defender, y los deberes que tendrá que cumplir.

La disposición más esencial es la de hallarse en estado de gracia... Por medio de la Confirmación, lo hemos dicho ya, el Espíritu Santo baja á nuestra alma; ésta se convierte en templo suyo... Si un Soberano á quien se aguardase, ó para mejor hacerme comprender, un amigo que os viniese á visitar y á quien hubieseis prometido blanda cama y cómoda habitación, al llegar á vuestra casa sólo encontrase por lecho paja podrida y un establo poblado de inmundos animales, ¿creéis que se quedaría?... No; se apresuraría á huir, descontento de semejante recepción.. Pues bien, esta comparación debe haceros comprender que el Espíritu Santo no puede aceptar para templo, para mansión, un alma manchada y agostada por el pecado mortal... En vano el obispo, por la imposición de las manos, por medio de santas oraciones, por medio de la sagrada unción, invitará á esta tercera persona de la augusta Trinidad á descender sobre vosotros... No, vuestra alma así marchitada le repugna; la contempla con disgusto; en vez de descender, se aleja de ella...

Una palabra ahora sobre las disposiciones del cuerpo. Es menester, cuando se pueda, estar en ayunas... Este ayuno no es rigoroso como el que se requiere para recibir la sagrada Eucaristía. El niño que,

(1) En España se administra el sacramento de la Confirmación antes que el de la sagrada Eucaristía. Conviene que los oradores sagrados españoles tengan presente este detalle para modificar cual corresponde esta parte de esta instrucción. (N. del Tr.)

por descuido, hubiese comido algo el día en que se ha de confirmar, no tendría para que atormentarse, como si se tratase de comulgar... Por respeto hácia este sacramento, la Iglesia desea que para recibirlo se esté en ayunas, si se tiene que administrar por la mañana, cuando á ello no se oponga nuestra salud, y cuando no sea considerable la distancia que nos separe del lugar donde debamos ser confirmados.

Asimismo por respeto hácia la Confirmación se nos manda estar decentemente vestidos y sobre todo haber purificado bien nuestras frentes, sobre las que debe el pontífice hacer la santa unción... Tales son pues las disposiciones del cuerpo: estar en ayunas, si es posible, estar vestido con decencia y tener limpia la frente antes de presentarse al obispo...

Tercera parte. — Y ahora, digamos solamente algunas palabras sobre las principales ceremonias que acompañan al sacramento de la Confirmación... Hay ante todo la imposición de las manos sobre los confirmandos; después una oración magnífica, por medio de la cual llama sobre aquellos que van á recibir este sacramento todos los dones del Espíritu Santo. Hablaremos más extensamente de ella en la instrucción siguiente, al tratar de los efectos de la Confirmación.

Esta primera ceremonia está seguida de una segunda: los confirmandos, colocados en dos filas, llevando cada uno en la mano derecha un billete, que recuerda el nombre del santo bajo cuyo patrocinio fueron colocados en el día de su Bautismo, se mantienen en una postura piadosa, recojida... El Obispo, cubierta la cabeza con la mitra, engalanado con todos los ornamentos que tanta majestad dan á nuestros pontífices, se adelanta rodeado de venerables sacerdotes que forman su cortejo...; Confirmandos, de rodillas! ¡sí, de rodillas todos los que vais á recibir este augusto sacramento!... Prostérnanse ellos, y, llamándole á cada uno por su nombre, cual llama y conoce un padre á sus hijos el obispo pronuncia, sobre el rico como sobre el pobre, la misma fórmula sagrada... Invoca las mismas gracias y las mismas bendiciones sobre el huérfano del hospicio que sobre el hijo del hacendado...; Santa igualdad, en vano los hombres te han ensoñado!; En vano te proclaman!.. nó, no te conocen... Hasta la misma justicia humana ha dejado con frecuencia inclinar su balanza hácia el lado del más rico ó del más po-

deroso... Nó, en verdad, lo repito, tú no existes más que ante la Iglesia y ante Dios...

Pero continuemos : el obispo traza, con su pulgar consagrado, la unción del santo crisma sobre la frente del confirmando. — ¿Porqué sobre la frente?... Es que la frente es en el hombre la parte más noble ; el sitio donde reside, en cierto modo, nuestra inteligencia, mientras está servida por órganos, en este suelo ; es que la frente sabe erguirse en el hombre valeroso ; es que sabe ruborizarse en el jóven y en la doncella, cuando son atacados el pudor ó la virtud, sin que ellos los puedan defender... La frente, con estos ojos colocados tan cerca de ella, es el órgano mudo del pensamiento : puede callar la boca y estar hablando todavía los ojos y la frente...

El obispo pues traza sobre la frente del confirmando, con el crisma bendito, la señal de la cruz, pronunciando estas palabras, que hemos citado ya : *Yo te marco con la señal de la Cruz; y te confirmo en el nombre del Padre, del Hijo y del Espíritu Santo.* Después con tres dedos toca ligeramente la mejilla del recién confirmado, como para darle un bostón... Con esto le quiere enseñar que debe saber en lo sucesivo sufrir todas las humillaciones, todos los oprobios, todas las persecuciones, antes que ser infiel al Dios cuyo soldado queda hecho hoy... ¡Un soldado! éste precisamente ha de ser el tipo del valor y de la fidelidad... Un viejo mariscal de Francia, católico ferviente, condenado á morir en el patíbulo, principalmente por su piedad y por su fidelidad á Dios, decía con la tranquilidad de un predestinado : «A quince años, subí al asalto por mi rey; á ochenta años subiré al patíbulo por mi Dios.» Y al siguiente día, espiraba valerosamente y como un verdadero héroe, cual murieron todos los mártires, verdaderos soldados de Jesucristo...

PERORACIÓN. — Esta muerte del mariscal Mouchy, que así se llamaba el ferviente cristiano de quien os acabo de hablar, me recuerda la historia de un jóven santo... Por ahí voy á terminar... En otro tiempo, otra de las ceremonias de la Confirmación consistía en dar á los que tenían que recibir este sacramento un padrino y una madrina. Un noble jóven, que después fué san Gerulfo, había nacido de padres cristianos que desde niño le habían formado en la práctica de las virtu-

des... Llegado á adolescente, deseó recibir el sacramento que nos da el Espíritu Santo y nos hace soldados de Jesucristo... No se encontraba, dice su historiador, suficientemente armado y preparado para combatir bien á los enemigos de la salvación... Acompañado de un padrino de su país natal, se trasladó al monasterio de Sainte-Blandine, para recibir allí la unción del santo crisma de manos del obispo Eliseo, que se hallaba entonces de paso en aquel monasterio... Después de haber recibido el sacramento de la Confirmación, volvíase completamente embalsamado por la gracia; su alma estaba transformada... El padrino que le había acompañado, celoso de la piedad de aquel jóven, é inspirado por Satanás, tuvo la perfidia de matarle... Dios hizo un prodigio en pro de su servidor ; apesar de sus heridas, Gerulfo vivió lo suficiente para recibir el santo viático; y fortalecido por este celestial alimento, voló su alma á los cielos (1)... Celébrase su fiesta, en varias parroquias de Flandes, en el mes de octubre...

Sí, carísimos hermanos, el sacramento de la Confirmación que hemos recibido debía hacernos fieles servidores é intrépidos soldados de nuestro Salvador Jesús... Pidámosle pues la gracia de que despierte en nuestras almas dones que este sacramento depositó en ellas, y pongámonos hacer todos nuestros esfuerzos para serle fieles hoy, mañana y siempre. Así sea.

(1) V. *Grande vie des Saints*, t. XVIII, pág. 99; Lohner, *Bibliot. concion.* y J. Marchant, *Candélabre mystique*.

INSTRUCCION DECIMOTERCIA.

SACRAMENTO DE LA CONFIRMACION.

INSTRUCCION TERCERA.

EFECTOS DE LA CONFIRMACIÓN ; DONES DEL ESPÍRITU SANTO.

TEXTO. — *Tunc imponebant manus super illos, et recipiebant Spiritum Sanctum.* Entonces los Apóstoles imponían las manos sobre ellos, y éstos recibían el Espíritu Santo.

(ACTOS DE LOS APÓSTOLES. CAP. VIII. VERS. 17.)

EXORDIO. — Carísimos hermanos, al hablaros del sacramento de la Confirmación, me complazco en trasladarme al día en que yo tuve la dicha de recibir este sacramento... Estoy seguro de que vosotros os acordáis tanto como yo de las solemnes circunstancias en que este sacramento os fué administrado... ¿Era en este pueblo ó en algun pueblo inmediato?... Lo ignoro; pero repasad bien vuestros recuerdos; la iglesia estaba engalanada con sus ornamentos de fiesta, el altar centelleaba de luces, el olor del incienso llenaba el sagrado recinto... De pronto se abren las puertas; adelántase el pontífice, con la mitra en la cabeza y el báculo en la mano... La multitud se agolpa en su camino... Inclínabanse nuestras frentes á su paso, y él nos bendecía con los ojos, con los labios y con la mano... Entona aquel hermoso himno, *Veni, Creator Spiritus*, invocación con la cual llama sobre nosotros las gracias del Espíritu Santo... y centenares de voces continúan este sagrado himno. Luego después veo que el prelado sube á la más alta de las gradas del altar, y volviéndose hácia nosotros con las manos extendidas: «Dios omnipotente, dice, haz descender sobre ellos tu Espíritu consolador con todos sus dones; dales el espíritu de sabiduría é inteligencia, el espíritu de consejo y fortaleza, el espíritu de ciencia y pie-

dad; llénales del espíritu de temor de Dios, y haz que sean marcados con la señal de la cruz por la eterna vida...» Y á cada una de estas invocaciones, los sacerdotes que nos habían preparado contestan: Amen... Y luego siguen las demás ceremonias de la Confirmación...

PROPOSICIÓN. — Vamos, hermanos míos, á decir algunas palabras sobre cada uno de estos dones del Espíritu Santo que nos fueron comunicados en el día de nuestra Confirmación, si recibimos este sacramento con buenas disposiciones.

DIVISIÓN. — De estos dones, unos se aplican al *espíritu* para darle la luz; otros parece que se dirigen más especialmente á nuestra *voluntad*, á fin de darle el valor necesario para obrar. *En primer lugar*, pues, dones de Ciencia, Consejo, Inteligencia y Sabiduría para guiar nuestro espíritu; *en segundo lugar*, dones de Temor, Piedad y Fuerza para dirigir nuestra voluntad (1).

Don de Ciencia. — No os vayais á figurar que, bajo este título, debemos entender esa ciencia humana que pone orgulloso al hombre, y que con frecuencia es más funesta que útil á los que la poseen... Nó, la ciencia que el Espíritu Santo nos comunica es un conocimiento, en cierto modo, más neto, más claro, de lo que se necesita para nuestra salvación; ella viene á confirmar, á perfeccionar, á embellecer la fé que recibimos en el Bautismo... Imagináos un árbol al terminar el invierno; está vivo, tiene ramas y tal vez botones; llega la dulce sávia de la primavera, y le vereis engalanarse con hojas, adornarse con flores, cargarse de frutos... Pues bien; el don de Ciencia es esta sávia divina que, infiltrándose en nuestras almas, hace crecer y desarrollarse nuestra fé... Carísimos hermanos, pongámonos frente á nuestro ataúd, y comparemos esta Ciencia divina dada por el Espíritu Santo, con todos los vanos conocimientos de este mundo... Por un lado, ved ahí á un Doctor, á un Académico. — «Maestro, le digo, ¿quién le ha creado? — No lo sé, contesta. — ¿Jesucristo murió para redimir á todos los hombres? ¿Hay un cielo para recompensar á los buenos y un infierno para castigar á los malos?...» No lo sabe, ni me contesta...

(1) V. *Les Sacrements ou la Grâce de l'Homme-Dieu*, por Mons. Besson, tomo II.

¡ Pobres sábios ! ; cuán dignos son de compasión si no son cristianos!.. Por otro lado, interroguemos á esta buena mujer que apenas sabe las oraciones de la misa... ; Ah ! ; cuán claramente contesta á todas estas preguntas, de cuyo conocimiento depende nuestra eternidad !.. « Dios me ha creado; Jesús es quien me ha redimido muriendo por mí en la cruz; sí, tengo un alma inmortal, y espero de la misericordia de Dios que me preservará del infierno y me dará un lugar en su paraíso... » Ahí teneis, hermanos míos muy amados, esta Ciencia tan necesaria y tan indispensable, que en el alma vierte el Espíritu Santo.

Don de Consejo. — El don de Consejo es una luz interior que, en la duda ó en la vacilación, nos inclina á resolver ó á optar por lo mejor. ; Joven, permanece en el seno de tu familia, allí podrás santificarte y añadir aún alguna gloria á la de tus antepasados ! Pero, nó ; parte, corre á evangelizar las Indias y el Japón... Y á vosotras, jóvenes tan queridas de vuestros padres, y las lágrimas ni las caricias os han podido retener junto á aquellos que os amaban tanto : habeis necesitado el silencio y la oscuridad del claustro ; habeis querido escojer lo más perfecto, y daros enteramente á Jesús... El don de Consejo, carísimos hermanos, es el que así inducía á san Francisco Javier, á santa Verónica Giuliani y á santa María Magdalena de Pazzi á escojer la vida más perfecta... Habrían podido tal vez salvarse en el mundo ; allí estaba la plata ; pero entonces entrevieron el oro de una vida retirada, y el don de consejo les hizo preferir el oro... Todos nosotros hemos tenido á veces dudas y vacilaciones, y si entonces hemos escojido lo mejor, tenedlo por seguro, es porque el Espíritu Santo nos asistía y vertía en nuestra alma esa luz á que llamo yo don de Consejo...

Leemos, hermanos míos muy amados, en la vida de algunos santos que, sin haber recibido educación alguna, hablaban de nuestros divinos misterios de la manera más sublime ; ¿ porqué ?... Porque Dios les había dado el don de Inteligencia... Con él el alma se eleva, el horizonte se ensancha. Era justo que el Espíritu Santo vertiese este don en el alma de los recién confirmados ; pues éstos se convierten en soldados de Jesucristo, justo es que puedan dar razón de su fé, y defenderla delante de los incrédulos y de los impíos que la atacan... ¿ Veis á esa joven patricia que sufrirá el martirio y llegará á ser santa Catalina de Ale-

jandria, rodeada de treinta ó cuarenta doctores que vienen á disputar con ella sobre las verdades de nuestra fé ? Ha recibido el don de Inteligencia : no solamente triunfará en esta disputa, sino que además convertirá á los doctores que han venido á discutir con ella... Pues bien, esta luz interior que hace que la verdad brille en nuestro espíritu cual un sol, que lo ilumina con todas sus pruebas, es lo que se llama el don de Inteligencia... Los más sábios doctores, tales como san Agustin, santo Tomás y tantos otros que tan vivas luces arrojaron, con sus explicaciones, sobre los dogmas de nuestra Iglesia santa, poseían este don de Inteligencia...

¿ Qué os diré ahora del don de Sabiduría ?... ¿ Me haré comprender bien si os digo que nos comunica el gusto y el amor de las cosas divinas?... La Inteligencia nos dice que el Señor es bueno, que merece nuestra adoración, nuestros respetos, nuestro amor ; pero decidme : ¿ son muchos los que realmente se esfuerzan en darle su corazón y saborear la dulzura de su amor ? « Una cosa, dice á este propósito san Buenaventura, una cosa es saber que la miel es dulce, otra cosa es comerla y saborear verdaderamente su dulzura... » Nos admiramos, hermanos míos muy amados, cuando en las vidas de los santos encontramos aquellos éxtasis, aquellos movimientos de fervor ; cuando oimos á un san Francisco de Asís decir á alguno que le ofrece sus servicios : « Amigo mio, si quieres aliviarme, lloremos juntos la Pasión del Salvador... » ; cuando vemos á una admirable santa (1), tocar la campana del monasterio, reunir á sus hermanas, y exclamar en los transportes del arrobamiento : « Amemos á Jesús, hermanas mías ; Amor, ¡ oh Amor ! nó, Tú no eres amado... » ; Ah ! todas aquellas almas poseían la Sabiduría ; todas ellas saboreaban en su inteligencia y en su corazón la dulzura de Aquel que ha dicho : « Llevad mi yugo, porque es amable... »

He citado todos estos ejemplos, hermanos míos muy amados, para hacerlos comprender mejor lo que son los dones del Espíritu Santo. En realidad, no tenemos la pretensión de que estos dones produzcan en nosotros los efectos que hemos podido observar en aquellas almas privilegiadas ; pero es no obstante una verdad incontestable que el Espíritu

(1) Santa María Magdalena de Pazzi.

Santo los esparce siempre en el alma de aquellos que reciben bien el sacramento de la Confirmación y que aporta indefectiblemente á ella la inteligencia y la luz.

¿Se me ha comprendido bien?.. Puede ser... Mas ahí va una comparación que reasume todo mi pensamiento. Todos sabéis á qué se llama un miope: es un hombre que no ve distintamente sinó á una distancia muy corta; los objetos algo distantes se le presentan algo confusos; es la imagen del cristiano que no ha recibido más que el Bautismo... Pues bien, los dones del Espíritu Santo, de que os acabo de hablar, nos curan de esta miopía espiritual y producen en nuestra alma ciertas ráfagas de luz sobre las verdades sobrenaturales, que nos las hacen conocer y apreciar mejor.

Segunda parte. — Digamos ahora algunas palabras tocante á los dones de Temor, Piedad y Fortaleza, destinados á sostener nuestra voluntad, á darle la fuerza y energía de que necesita para que seamos verdaderamente soldados de Jesucristo... Os sorprenderá tal vez que el primero de estos dones sea el *Temor*... Pero escuchad: hay dos especies de temor — el temor de los hombres es la flojedad, el miedo, el olvido de los deberes... Tú, cristiano, no te atreves á asistir á la santa Misa y á santificar las fiestas: ¿porqué? — Tengo miedo. — Vosotras, jovencitas, no os atreveis ya á cumplir con vuestros deberes... — ¡Ay! tenemos miedo. — Y vosotros que, apesar de vuestras convicciones, no osais hacer la señal de la cruz, y os sonreís cuando en presencia vuestra se sostienen propósitos impíos, tenéis miedo de los hombres, de sus mofas y de sus nécias burlas... Y sin embargo sabéis perfectamente que Jesucristo en su Evangelio ha dicho: *No les temais*... Ahora bien, el temor de Dios es el principio del valor; él es el que nos hace libres, bravos y generosos para afirmar nuestras convicciones... Representaos aquí frente á este púlpito, á un mártir, á uno de esos héroes cristianos... Venid, verdugos, poned de manifiesto vuestros instrumentos de tortura, soltad vuestras fieras; él no palidecerá; no tiene más que un solo temor, el de conservarse fiel á su Dios.

Ved ahí al admirable san Juan Crisóstomo; celébrase un consejo contra él en el palacio del soberano, que le quisiera aplicar el suplicio más cruel.. El emperador interroga á sus cortesanos. — «¿Debo

privarle de sus bienes? les dice. — Señor, responden los consejeros esto para él no será un castigo; sus bienes pertenecen á los pobres. — ¿Hay que hacerle morir entonces entre atroces suplicios? — Señor, no retrocederá; se tendrá por dichoso con ser mártir. — Decidme pues entonces, prosigue indignado el emperador, ¿cómo podré vengarme de la insolencia de sus reproches?» Un cortesano más fino le contesta: «Hacedle cometer un pecado: este hombre no teme más que á Dios en este mundo...» Y era verdad; aquel ilustre doctor tan animoso, tan enérgico ante los grandes de este mundo, habría podido decir: «Respetuosamente sometido á su santa voluntad, temo á Dios, amigos míos, y no tengo otro temor (1).»

Sí, pero, hermanos míos muy amados, este temor de Dios es un sentimiento enteramente filial; es el hijo que respeta á un padre á quien ama. que quiere someterse á todas sus voluntades, y hasta adelantarse á sus deseos...; Ah! aquí tenemos el don de *Piedad*... Santa y noble virtud que hace que nuestra alma se incline sobre el corazón de Jesús, cual se apoyaba en él el discípulo muy amado en la noche del Jueves Santo... Es el amor, uniéndose al respeto... ¿Qué os diré?... Es el mejor de los hijos echándose en los brazos del mejor de los padres, y durmiéndose sobre su corazón...

Venid pues, impíos, á insultar al que posee este temor de Dios, este respetuoso y confiado amor por él, que se llama la *Piedad*...; Ah! veo al Espíritu Santo acudir en su auxilio y comunicarle el don de *Fuerza*...

Hubo un tiempo, en nuestra nación, en que cuando un hombre se dedicaba resueltamente á sostener por las armas los intereses de la patria, los derechos del honor y los de la virtud, después de ciertas pruebas, se le armaba caballero... Se le revestía solemnemente con sus armas, recordándole sus promesas... Y era uno de esos innumerables y piadosos héroes cuyo recuerdo glorioso ha conservado la historia y que murieron sin miedo y sin reproches...

Así es, hermanos míos, como el don de *Fuerza* nos ha armado sol-

(1) Soumis avec respect à sa volonté sainte,
Je crains Dieu, mes amis, et n'ai pas d'autre crainte.

dados de nuestro Salvador Jesús; y nosotros debemos, según la frase de san Pablo, conservar fielmente esta armadura... « Dios es quien os la ha dado, dice el Apóstol (1), para que podáis resistir á las acechanzas de Satanás... No es únicamente, añade, contra los enemigos habituales contra quienes debe luchar un cristiano; es contra los demonios, es contra esas funestas pasiones que ellos suscitan en nosotros; es contra esas perversas enseñanzas, que imperan en el mundo y cuyos inspiradores ellos son... Levantáos pues, cristianos, nos dice el Espíritu Santo, al concedernos el don de Fortaleza. Levantáos; está empeñada la lucha... Cojed vuestras armas; la piedad os cubra como una coraza; la fé os proteja como un escudo, á fin de que podáis rechazar los dardos de vuestros enemigos: tomad el casco de la salvación, la espada de la verdad, y marchad sin miedo al combate...

Hermanos míos muy amados, este don de Fortaleza es tal vez el que más falta hace en nuestros días... Se teme á los hombres, porque se ha dejado de temer á Dios; se tiembla ante las revoluciones, ante los alaridos de los impíos, porque se ha dejado menguar la fé... Entre los cristianos, los unos, en cierto modo transformados en infieles, son víctimas de las pasiones ó se dejan llevar de no sé qué estúpida indiferencia, olvidando el cielo y los destinos que Dios les tiene preparados; los otros, los mejores, los que han conservado un resto de fé, apenas se atreven á dejarse ver... Lo repito, no es á Dios, nó, á quien temen, es á los hombres: apenas osan hacer, como quien dice á hurtadillas, algunos actos de religión... ¡Gran Dios! ¡Cuánta necesidad tenemos de los dones del Espíritu Santo! ¡Cuán débil es nuestra voluntad! ¡Y cuánto de desear sería que este Espíritu divino descendiese nuevamente sobre nosotros y reavivase en nuestras almas los efectos del sacramento de la Confirmación, olvidados tal vez y anulados desde largo tiempo!

PERORACIÓN. — ¡Hay necesidad, hermanos míos muy amados, de oponer constantemente á nuestra cobardía, á las flaquezas de que somos testigos, el ejemplo del fervor, de la energía de los antiguos cristianos? — Ésta es una pregunta que me la he dirigido más de una vez. Me

(1) *Armatus Dei*. Véase la Epist. de S. Pablo á los Efesios, c. VI, vers, 11 y siguientes.

decía: ¿de qué sirve hojear la vida de los Santos, y la historia de la Iglesia?... ¿Para qué citar rasgos de heroísmo, que unos pocos comprenderán tal vez, pero que nadie tendrá el valor de imitar?... Y vacilaba... Pero acudió á mi espíritu una reflexión: estas historias, me dije, mostrarán cuando menos á los fieles que me escuchen lo que el Espíritu Santo puede producir en las almas, cuando éstas se hallan bien preparadas... Habis oído y oís hablar de las exposiciones universales, donde dicen que se ven los inventos más ingeniosos, los mecanismos más complicados... y ¿qué sé yo cuantas cosas más!... Pues bien, cristianos, las vidas de los Santos me parecen algo más interesantes, sobre todo si se considera la eternidad...

En la vida pues de los Santos, ó, si lo preferís, en esta exposición que debe interesarnos más que cualquier otra exposición, escojo un hecho... Esta vez san Prudencio os lo va á referir (1). Juliano el Apóstata había ido á un templo de ídolos para ofrecer víctimas y consultar á los demonios... Cuando los sacrificadores hubieron inmolado los toros y las terneras que les habían sido presentados, sumergieron sus manos en las palpitantes entrañas de aquellas víctimas, para buscar presagios en ellas, para descubrir en ellas el porvenir... Mas de repente el más célebre de aquellos sacrificadores se extremece y se turba: «Nuestros dioses, dice, no quieren contestar... Debe haber aquí algun discípulo de Cristo, cuya presencia no pueden suportar...» Después, volviéndose hácia el emperador, añade: «César, interroga á los que te rodean, para saber si habría entre ellos un hombre que hubiese recibido, no solamente el Bautismo, sino además la Confirmación (2), y mándale que se aleje...» Juliano, sorprendido, se vuelve á los que le rodean: «¿Cuál es pues, dice, de vosotros que profesa la religión cristiana, cuya frente haya sido marcada con la unción y que venera la cruz?» Y uno de los jóvenes de su guardia, tirando las armas, contesta con energía: «Soy yo, que invocaba á Jesucristo mientras se ofrecía este sacrificio á vuestros demonios; por esto han huído aterrados...» Esto es energía, cris-

(1) V. J. Marchand, *Candèlabre mystique*.

(2) Véase el texto: *Baptizatus et balsamo unctus*. Y más abajo dice Juliano: *Quis hic... religionis Christi sectator, FRONTEM CHRISMATE SIGNATUM GERENS...*

tianos : á esto se llama un soldado de Cristo ; éste no tenía miedo... Sepamos también nosotros, á ejemplo suyo, mostrarnos siempre y por doquier discípulos del Espíritu Santo y soldados de nuestro Salvador Jesús... Así sea.

INSTRUCCION DECIMOCUARTA

SACRAMENTO DE LA SAGRADA EUCARISTIA

INSTRUCCION PRIMERA.

LA SAGRADA EUCARISTIA FIGURADA EN EL ANTIGUO TESTAMENTO : EL MANÁ, EL CORDERO PASCUAL, ETC.

TEXTO. — *Amen, amen, dico vobis.... Ego sum panis vitæ qui de celo descendí.* En verdad, en verdad os lo digo : yo soy el pan de vida que descendí del cielo.

(SAN JUAN, CAP. VI, PASSIM).

EXORDIO. — Hermanos míos muy amados, vamos ahora á hablar de la sagrada Eucaristía... Al ir á tratar este admirable asunto, de buena gana diría, en la imposibilidad en que me encuentro de expresar el inefable amor que nuestro Salvador nos manifiesta en él ; sí, de buena gana repetiría, con un Judío, á quien había convertido una milagrosa aparición de Jesús, en este adorable sacramento : « ; Nô, no puedo decir lo que siento ! »

¿ Quién era ese Judío ?... Escuchad su historia... Hermann Cohen, nacido, creo, en 1821, había dado tempranas muestras de un extraordinario talento por la música... Figuraba en todos los conciertos y en todas las reuniones ; se le admiraba por sus talentos, se le quería por su finura y por su inteligencia... Pobre jóven, arrojado en medio de todas las más seductoras ocasiones, á los veinte y cinco años se había

hecho sectario, impío y libertino. Una noche del mes de María, en 1848, fué llamado para tocar el órgano en una función dedicada al Santísimo Sacramento, en una iglesia de París (1)... Le repugnaba ponerse de rodillas en el acto de la bendición... Pero la gracia de Dios, que es todopoderosa, le derribó, como había derribado en otro tiempo á san Pablo en el camino de Damasco... Jesucristo, desde el fondo de la hostia, se dignó manifestarse á ese pobre Hermann ; mostróse á él glorioso y resplandeciente bajo los velos de la sagrada Eucaristía, y el jóven artista cayendo de rodillas exclamó : « ; Sí, yo os adoro, oh Dios á quien no conozco todavía ; sí, os amo de antemano, y soy vuestro servidor... ! » Levantábase después bañado en llanto que el amor le había hecho derramar... Al cabo de poco tiempo recibía el Bautismo, entraba en una Orden religiosa que se llama de los Carmelitas y llegaba á ser el célebre padre Hermann, de quien tal vez habeis oído hablar... Dejando escapar de su corazón las efusiones de su amor hácia la adorable Eucaristía, exclamaba en uno de los cánticos que ha compuesto : « ¿ Es posible veros, oh sagrada Eucaristía, sin dejar de amaros ?... ; Oh presente del cielo, encanto de la vida, siento mi corazón inflamarse en vuestra presencia ! (2). »

Y este convertido de la sagrada Eucaristía, espiraba, hace apenas algunos años, como espiran los escojidos y los predestinados...

PROPOSICIÓN. — De este admirable sacramento, ó mejor, de este adorable misterio de Dios presente siempre en el santo Tabernáculo, es, hermanos míos muy amados, de lo que os hablaré en esta instrucción y en las siguientes.

DIVISIÓN. — Si la circuncisión era entre los Judíos la imagen del Bautismo, varias figuras representaron también la Eucaristía en el Antiguo Testamento... En la primera parte os hablaré del maná y

(1) La iglesia de Sainte-Valère, rue de Bourgogne... V. *Célèbres conversions contemporaines*, por el R. P. Huguet... La carta de Hermann al P. de Ratisbonne es más explícita.

(2) *Peut-on vous voir, ô sainte Eucharistie,
Peut-on vous voir et ne pas vous aimer !..
Présent du ciel, ô charme de la vie,
Je sens mon cœur devant vous s'enflammer !...*

tianos : á esto se llama un soldado de Cristo ; éste no tenía miedo... Sepamos también nosotros, á ejemplo suyo, mostrarnos siempre y por doquier discípulos del Espíritu Santo y soldados de nuestro Salvador Jesús... Así sea.

INSTRUCCION DECIMOCUARTA

SACRAMENTO DE LA SAGRADA EUCARISTIA

INSTRUCCION PRIMERA.

LA SAGRADA EUCARISTIA FIGURADA EN EL ANTIGUO TESTAMENTO : EL MANÁ, EL CORDERO PASCUAL, ETC.

TEXTO. — *Amen, amen, dico vobis.... Ego sum panis vitæ qui de celo descendí.* En verdad, en verdad os lo digo : yo soy el pan de vida que descendí del cielo.

(SAN JUAN, CAP. VI, PASSIM).

EXORDIO. — Hermanos míos muy amados, vamos ahora á hablar de la sagrada Eucaristía... Al ir á tratar este admirable asunto, de buena gana diría, en la imposibilidad en que me encuentro de expresar el inefable amor que nuestro Salvador nos manifiesta en él ; sí, de buena gana repetiría, con un Judío, á quien había convertido una milagrosa aparición de Jesús, en este adorable sacramento : « ; Nô, no puedo decir lo que siento ! »

¿ Quién era ese Judío ?... Escuchad su historia... Hermann Cohen, nacido, creo, en 1821, había dado tempranas muestras de un extraordinario talento por la música... Figuraba en todos los conciertos y en todas las reuniones ; se le admiraba por sus talentos, se le quería por su finura y por su inteligencia... Pobre jóven, arrojado en medio de todas las más seductoras ocasiones, á los veinte y cinco años se había

hecho sectario, impío y libertino. Una noche del mes de María, en 1848, fué llamado para tocar el órgano en una función dedicada al Santísimo Sacramento, en una iglesia de París (1)... Le repugnaba ponerse de rodillas en el acto de la bendición... Pero la gracia de Dios, que es todopoderosa, le derribó, como había derribado en otro tiempo á san Pablo en el camino de Damasco... Jesucristo, desde el fondo de la hostia, se dignó manifestarse á ese pobre Hermann ; mostróse á él glorioso y resplandeciente bajo los velos de la sagrada Eucaristía, y el jóven artista cayendo de rodillas exclamó : « ; Sí, yo os adoro, oh Dios á quien no conozco todavía ; sí, os amo de antemano, y soy vuestro servidor... ! » Levantábase después bañado en llanto que el amor le había hecho derramar... Al cabo de poco tiempo recibía el Bautismo, entraba en una Orden religiosa que se llama de los Carmelitas y llegaba á ser el célebre padre Hermann, de quien tal vez habeis oído hablar... Dejando escapar de su corazón las efusiones de su amor hácia la adorable Eucaristía, exclamaba en uno de los cánticos que ha compuesto : « ¿ Es posible veros, oh sagrada Eucaristía, sin dejar de amaros ?... ; Oh presente del cielo, encanto de la vida, siento mi corazón inflamarse en vuestra presencia ! (2). »

Y este convertido de la sagrada Eucaristía, espiraba, hace apenas algunos años, como espiran los escojidos y los predestinados...

PROPOSICIÓN. — De este admirable sacramento, ó mejor, de este adorable misterio de Dios presente siempre en el santo Tabernáculo, es, hermanos míos muy amados, de lo que os hablaré en esta instrucción y en las siguientes.

DIVISIÓN. — Si la circuncisión era entre los Judíos la imagen del Bautismo, varias figuras representaron también la Eucaristía en el Antiguo Testamento... En la primera parte os hablaré del maná y

(1) La iglesia de Sainte-Valère, rue de Bourgogne... V. *Célèbres conversions contemporaines*, por el R. P. Huguet... La carta de Hermann al P. de Ratisbonne es más explícita.

(2) Peut-on vous voir, ô sainte Eucharistie,
Peut-on vous voir et ne pas vous aimer !..
Présent du ciel, ô charme de la vie,
Je sens mon cœur devant vous s'enflammer !...

del cordero pascual; en la *segunda* trataré del pan presentado á Elías y de la columna de nube.

Primera parte. — Todos sabeis, oh cristianos, que la sagrada Eucaristía es un sacramento, que contiene en verdad y realmente el cuerpo, la sangre, el alma y la divinidad de nuestro adorable Salvador... ¿Hay que deciros que este santo sacramento había sido figurado y predecido? Mirad al pueblo hebreo errante por el desierto; es la imagen de todos nosotros, errando por este pobre suelo, y aguardando que Dios nos introduzca en aquella tierra prometida, que se llama el cielo ó el paraíso... Pero la Providencia del Señor no quiere que los Hebreos perezcan de miseria en aquellas estériles llanuras; nó, ella hace caer del cielo, para alimentarles, una sustancia deliciosa que se llama el maná... Y más tarde un profeta podrá decir, recordando ese prodigio: « Señor, tú te dignaste alimentar á nuestros padres con un pan caído del cielo, y cuyo sabor superaba á todo lo que de más dulce se puede imaginar (1)... » ¡Profeta, si únicamente quisiste hablar del maná, te equivocaste!... Hay un alimento más suave, más excelente; el cielo nos lo ha enviado desde más arriba; el maná no era sino una figura bastante imperfecta de él, es la sagrada Eucaristía: ¿lo has comprendido bien?

Y no es tan sólo para que, friamente aislado, se conserve en el arca como un signo del amor del Altísimo, para lo que nos ha sido dado este alimento... Nó, abro los tabernáculos de nuestras catedrales, los de nuestras más humildes capillas, y en todos distingo un vaso de oro ó de plata... ¿Qué guardamos pues, carísimos hermanos, en todas estas arcas santas, mil veces más preciosas y dignas de veneración, de lo que lo fue jamás el tabernáculo de Moisés, el arca con su madera de Setím y sus esculpidos de oro?.. ¡Ah! lo que nosotros guardamos en el más humilde cáliz, como en el más rico ciborio, es lo que no vió jamás el templo de Jerusalem!.. ¡Es un alimento verdaderamente divino, del cual el maná y todas las figuras de la antigüedad no eran más que pálidos é impotentes símbolos!.. ¡Es el mismo Jesús!.. Alimento verdaderamente divino de nuestras almas, vos estais aquí, en este santo taber-

(1) *Sabiduría*, c. XVI, v. 20.

náculo, no en figura, sino en realidad; vos nos veis, nos conocéis, y desde ahí nos bendecís. ¡Oh santo rey David, á este Dios era realmente á quien cantabas cuando decías (1): « Cuán amados son tus tabernáculos, oh Dios de las virtudes! » Cual el sediento ciervo desea abrevarse en las fuentes de agua pura, así las almas piadosas, mientras aguardan los eternos goces, aspiran á alimentarse del Dios de la Eucaristía. Ved ahí, hermanos míos muy amados, el maná, el alimento verdaderamente celestial que Jesucristo nos preparó, que la Iglesia santa nos ofrece para sostenernos, durante los días que debemos pasar en este suelo, ó, para expresarme de otro modo, durante las peregrinaciones que hacemos á través del desierto de la vida...

Otra figura de que con frecuencia habla la sagrada Escritura, y que tiene perfectamente su mérito y aplicación, sobre todo en estos agitados tiempos, en que más de una vez nuestras entristecidas almas han gemido, como gemían los Hebreos bajo la dura servidumbre de los Egipcios. Esta figura, este símbolo de la sagrada Eucaristía es el Cordero pascual. La víspera de su libertad, Moisés decía á los hijos de Jacob reunidos (2): « Mataréis un cordero por familia, y comereis juntos; marcaréis con su sangre los dinteles de vuestras casas. Esta noche pasará el Angel exterminador; viendo esta señal respetará vuestras moradas: desgraciados de los que olvidaren mi encargo, porque el Todo Poderoso herirá de muerte á sus primogénitos... Seguid pues fielmente mis consejos; lo que os indico, lo que os encomiendo, es el signo, es la garantía de vuestra libertad. » Y decía la verdad; el Angel exterminador sentía calmar su cólera ante aquellas señales, trazadas con la sangre del cordero pascual; pero en todas las otras casas, hirió desapiadadamente á los primogénitos, y el día siguiente fué día de gran duelo para todo Egipto...

Ahora bien, el Cordero pascual es una de las figuras más conmovedoras, una de las representaciones más exactas de la sagrada Eucaristía. Esta vez, hermanos míos, no es Moisés, es la Iglesia santa la que nos dice: « Recibirás humildemente á tu Criador, á lo menos por Pascua. » Cristiano, nos dice, acuérdate de comer el cordero pascual, es

(1) *Salmo* LXXXII, v. 29 y siguientes.

(2) *Exodo*, c. XII, v. 13.

decir, de recibir la sagrada Eucaristía; éste será para tí el signo de la salvación, el sello de la libertad...

¿Y de qué manera? Ah, carísimos hermanos, os lo voy á decir: el que comulga por Pascua conserva en su alma la fé, se libra ó se preserva de la esclavitud de las pasiones; los que descuidan este deber, ya sabeis lo que les pasa... En la mayor parte de ellos se extingue la fé, y, al igual de aquellos Hebreos que quisieron quedarse en Egipto, olvidan la tierra prometida, es decir el cielo, el paraíso, este fin para el cual Dios nos creó y nos puso en el mundo.

Ten cuidado, hombre ingrato, tú desdeñas el comer el Cordero pascual, tu alma no está marcada con este divino signo que ha de alejar al Angel exterminador... Le estoy viendo.. viene, se adelanta. Sí, tiene por nombre las miserias de la vida, las pruebas de que nadie se halla exento.. esos cristianos que no comulgan le acojen blasfemando... Sí, este ángel exterminador se llama la muerte, nos hiere, y nosotros recibimos sus golpes sin-estar preparados, sin fé, sin esperanza, con una especie de estúpida indiferencia... y luego, se acabó; caemos en el infierno.... y allí hay para nosotros, como para los Egipcios después de haber pasado el Angel, un dolor inmenso, un duelo que será eterno..; Ah! carísimos hermanos! ¿tan difícil nos es, para preservarnos de semejante desventura, recibir á ese divino Cordero por medio de la sagrada Comunión?; Ay! os lo decía, él mismo es quien nos invita, por boca de su Iglesia, á celebrar la Pascua con él: *Recibirás humildemente á tu Criador, á lo menos por Pascua.*

Segunda parte. — Podría, mis muy amados hermanos, citaros muchas otras figuras que simbolizan el misterio de la sagrada Eucaristía; pero como temo ser demasiado extenso, me detendré en otros dos tan sólo, de los cuales no más diré breves palabras.

Un día el profeta Elías, cansado de los crímenes é iniquidades de toda especie, que cometían los reyes y los pueblos de su tiempo, sentóse en el desierto á la sombra de un árbol... Allí, desanimado, como lo están muchas personas honradas de nuestros días, pronunció esta petición: « Señor, he vivido bastante; hacéme la gracia de enviarme la muerte... No valgo más que mis padres... » Y tendiéndose en la sombra se durmió con esos tristes y descorazonados pensamientos... Un án-

gel del cielo le trajo no sé qué celestial alimento. — « Come, le dijo aquel enviado divino, te falta hacer aún mucho camino... » — Y la Escritura santa nos anuncia que aquel misterioso alimento fortaleció al Profeta de tal manera, que pudo viajar cuarenta días y cuarenta noches... También ahí tenemos una imágen de la sagrada Eucaristía....

Os causa tal vez sorpresa el ver, ya en los periódicos, ya en otras partes, que ciertos cristianos enérgicos protestan con su conducta, con sus palabras ó con las obras que emprenden, contra las cobardías y flaquezas de nuestros días... Tal vez pidieron á Dios, como Elías, que les concediese la gracia de hacerles morir.. Pero el Angel del Señor, mientras querían dormirse á la sombra, se les apareció bajo la figura de un sacerdote amigo, ó de un ilustrado director, les mostró el tabernáculo... Levantate y come, debió decirles, aún te quedan luchas que soportar... Y aquel divino alimento, no sólo les ha fortalecido, sinó que les ha hecho capaces para emprender obras mayores todavía... Ahora bien, este milagroso pan que fortalecía al profeta Elías, decidme, hermanos míos, ¿no es el verdadero símbolo del pan eucarístico(1)?...

Finalmente, hermanos míos, otro signo que representa la sagrada Eucaristía y que con frecuencia recuerdan los santos doctores de la Iglesia, es la columna de nubes que dirigía á los Judíos cuando Moisés les arrancó de la esclavitud de los Egipcios. Esta columna, dice la sagrada Escritura (2), les servía de guía; les indicaba los parajes donde se debían detener... Durante el día se interponía entre ellos y el sol, y les defendía de los abrasadores rayos de este astro... De noche se hacía luminosa, y alumbraba á su numerosa caravana, en medio de las tinieblas y de la oscuridad.

¡Oh Eucaristía, misterio adorable, tú quedas entre nosotros para iluminarnos y dirigirnos!... Arrancados á la esclavitud de Satanás por el Bautismo, pero conservando aún las debilidades de nuestra naturaleza, ¡cuánta necesidad tenemos de un guía que nos oriente en medio de es-

(1) *III Reyes*, c. XIX, v. 4. Se podría prolongar esta comparación, exponiendo todo el cap. I, y demostrar sobre todo que después de haber comido aquel pan fué cuando Elías consiguió tener en Eliseo un digno sucesor; como asimismo esta piadosa generación de cristianos enérgicos y activos merecerá tener dignos sucesores. Pero no he querido ser demasiado extenso.

(2) *Exodo*, c. XIII, v. 21.

te desierto que atravesamos!... ; Oh Jesús del tabernáculo, vos sois este celestial conductor de las almas!... A la madre cristiana la enseñais como debe educar á sus hijos, trabajar para su santificación y para la de su esposo... A la jóven y al jóven, y á todos aquellos que os toman por guía, les mostrais el camino de la sabiduría y de la virtud... Vos preservais al alma de los abrasadores rayos del sol; quiero decir que amortiguais en ellos las pasiones, hasta las más furiosas, hasta las que parecen más atractivas é indomables.

Ahí teneis á un poderoso del siglo : es un príncipe, es más de lo que sería un rey de nuestros días : es Guillermo, duque de Aquitania... Hasta ahora ha perseguido á la Iglesia, encarcelado á los obispos, asesinado todo lo que le oponía resistencia... Orgullo, sed de venganza, avaricia, lujuria... ; pobre hombre, qué hornigüeo de pasiones distingo en su alma!... Vé pues, gran san Bernardo, sólo tú puedes convertir á esta especie de salvaje... Preséntase el santo abad de Clairvaux ; dice la santa Misa, abandona el altar en el momento del *Pater Noster*, muestra al monarca arrodillado á Jesucristo presente en la sagrada hostia... y obtiene solemnes promesas de aquella feroz naturaleza.. Gracias al Dios de la Eucaristía, aquellos compromisos se cumplirán ; la sagrada comunión se colocará, cual bienhechora nube, entre el alma del monarca y las abrasadoras pasiones que la querían devorar. Y este hombre de quien os hablo, de bandido que era se convirtió, por la virtud de la Eucaristía, en san Guillermo, duque de Aquitania, modelo de los penitentes (1).

Pero figurémosnos que sea de noche, es decir que un alma se halle sumida en dudas y angustias respecto á su vocación... « Hijo mío muy amado, decía un padre á su hijo mayor, te dejaré toda mi fortuna, tendrás el título de duque y autoridad sobre tus hermanos ; quédate á mi lado : no quiero, entiéndelo bien, no quiero que seas religioso... » Y la madre misma, apesar de ser piadosa, rogaba á su hijo con sus lágrimas, diciéndole : « Tú bien ves que no podras dejarnos, hijo mío de mi alma ; tu padre no lo quiere. » Y el corazón del jóven estaba destrozado,

(1) V. la Vida de este santo y la *Histoire de saint Bernard*, por Teodoro de Ratisbonne, t. I, pág. 390.

su alma conmovida... era tan jóven todavía... aún no tenía veinte años... Y después de aquellas acometidas, venía la duda, hacíale casi la noche en su alma ; pero iba á la capilla del castillo á postrarse de rodillas ante el Dios de la Eucaristía, y la columna presentaba su lado luminoso ; una voz secreta le decía : *Adelante, adelante*. Y él marchaba, guiado por aquella luz tutelar, entraba en el noviciado de la Compañía de Jesús y, gracias á la Eucaristía, llegaba á ser el patrono de la juventud, á quien llamanos san Luís de Gonzaga.

PERORACIÓN. — Ahí teneis, carísimos hermanos, con qué enérgicos y conmovedores signos habíase representado el misterio de la sagrada Eucaristía bajo la antigua ley. Son, como os he dicho, el maná, milagroso alimento que sustenta á los Hebreos en el desierto ; el Cordero pascual, que les preserva de los golpes del Angel exterminador ; aquel pan venido del cielo y traído á Elías, que reanima su valor y le da fuerza para emprender un largo y penoso viaje ; aquella nube misteriosa, que guía al pueblo fiel, y á la vez le preserva de los ardores del sol y le libra de las tinieblas de la noche... Pues bien, todas estas figuras nada son comparadas con la realidad... La Eucaristía, si la comprendemos bien, es Jesús amándonos, entregándose á nosotros ; es Jesús, este buen Jesús diciéndonos : « Venid á mí, os lo ruego ; me abraso en el deseo de unirme á vosotros. Os amo tanto, que he querido quedarme en este tabernáculo á fin de que, ya en este suelo, no formemos más que un corazón y un alma, esperando que se realice una unión más perfecta entre nosotros allá arriba, en el cielo... » ; Oh dulce Salvador Jesús!... Así sea.

INSTRUCCION DECIMOQUINTA.

SACRAMENTO DE LA SAGRADA EUCARISTIA.

INSTRUCCION SEGUNDA.

PROMESA DE LA SAGRADA EUCARISTIA; INSTITUCIÓN DE ESTE SACRAMENTO.

TEXTO. — *Amen, amen dico vobis... Ego sum panis vitæ. qui de cælo descendi. En verdad, en verdad os digo... Yo soy el pan de vida que descendí del cielo...*

(SAN JUAN, CAP. VI, PASSIM.)

EXORDIO. — Hermanos míos, más de una vez se ha presentado á mi espíritu una reflexión á propósito de la sagrada Eucaristía. ¡Oh! dejad que os la comunique... la confío á vuestros corazones, como á vuestra fé de cristianos. ¡Ojalá os pueda consolar á vosotros, como á mí más de una vez me ha consolado!... En cuanto un católico quiere dejar de ser buen cristiano, se rebela en cierto modo contra el misterio de la Eucaristía; ya no cree, ó cuando menos pretende no creer ya que Jesús esté presente aquí en el santo tabernáculo. Infeliz amigo, no digas que no crees ya en el Dios de tu primera comunión; dí solamente que quisieras no creer ya en él: esto será á la vez menos impío y tal vez más cierto...

Por otra parte, al leer la historia de la conversión de los Lieberman, Ratisbonne, Hermann y tantas otras almas rectas, cuyos nombres no es menester que os cite, observo con satisfacción que á casi todos es el misterio de la Eucaristía el que los hace venir hácia nosotros... Si tuviese que reasumir sus pensamientos, sus aspiraciones, sus deseos, me contentaría con esta sola frase: « ¡Oh Dios, vos veis el fondo de nuestros corazones; nosotros amamos la verdad, tenemos sed de vos, nuestras

almas necesitan sentirnos, estrecharos más de cerca (1). Únicamente en la Iglesia católica se os encuentra bajo esta adorable forma que se llama la Eucaristía... ¡Pues bien, allí iremos á buscaros! Es la religión que necesitan nuestras almas, porque nuestros sedientos corazones os desean... » Y en nuestros días hemos visto á Faver, á Newman, y ayer veíamos aún, y hoy vemos tal vez inteligencias privilegiadas que abrazan el catolicismo por causa de la sagrada Eucaristía. (2)...

¡Oh buena, oh dulce Virgen María, encanto de los corazones, Madre para siempre amada, también sé que vuestro culto bendecido y vuestra poderosa intercesión han atraído al dulce yugo de vuestro Hijo á más de una alma extraviada por las sendas del error... ¡Sí, vos sois un elocuente apóstol, Madre mía! ¡Sí, vos sois una poderosa convertidora!... Permítaseme, sin embargo, decir que vuestro Hijo, el Dios de la Eucaristía, es aún más poderoso.

PROPOSICIÓN. — Carísimos hermanos, en la instrucción anterior os mostré este misterio de la sagrada Eucaristía representado bajo la antigua ley, y profetizado de antemano por signos y símbolos: hoy vamos á ver la realidad viniendo en pos de las figuras.

DIVISIÓN. — *En primer lugar*, Jesús anuncia á sus discípulos que instituirá este sacramento. *En segundo lugar*, institución de la sagrada Eucaristía. ¡Oh Dios, que estais presente en este tabernáculo, dignaos otorgarme la gracia de hacer comprender bien á estos fieles que me escuchan este misterio de abnegación y de amor!...

Primera parte. — Esta instrucción, hermanos míos, será en cierto modo una historia, un simple relato tomado del Evangelio. Algun tiempo antes de su muerte, nuestro adorable Jesús, cuya fama, á consecuencia de los prodigios y milagros que obraba, se extendía por toda la Judea y aún más lejos, veía á una inmensa muchedumbre reunida á su alrededor... A los unos, retenidos por la curiosidad, les gustaba considerar las curaciones maravillosas, los numerosos beneficios que señalaban su paso; los otros no se cansaban de oír aquellas suaves lecciones, aquellas verdades divinas, que brotaban de sus labios santos, cual

(1) Vida de los santos, por el P. d'Orléans.

(2) En el momento en que escribo estas líneas, octubre de 1878, es la condesa de Guiche, de la familia Rothschild; mañana será otro.

se derrama la miel de una colmena demasiado llena.. ¡Almas benditas, os comprendo!... Jesús está con vosotras, y para seguirle, os olvidáis de vosotras mismas... Mas él conoce vuestras necesidades... Y para aquella multitud de oyentes atentos, que le habían seguido hasta el desierto, hacía aquel milagro que más de una vez os hemos referido, y que se llama la multiplicación de los panes: es decir, que con dos peces y cinco panecitos de harina de cebada, saciaba á cinco mil personas... Pocos días después, esta misma muchedumbre maravillada de su bondad, entusiasmada por su poder, se agrupaba de nuevo á su alrededor, esperando tal vez un prodigio del mismo género. » Acaso no sea solamente el amor de la verdad lo que os trae, decía Jesús á algunos de ellos, no, es para ver renovarse á vuestros ojos aquel prodigio de la multiplicación de los panes... Pero no conteis más con él; todo esto no es más que una preparación para un milagro más grande todavía... » — « Pero ¿qué has hecho de extraordinario? replicaban los Fariseos... Moisés hizo algo más sorprendente: hizo caer el maná del cielo, y durante muchas semanas nuestros padres se mantuvieron de él... Pero tú!.. »

Y Jesús, con su inefable dulzura, les decía: « No busqueis únicamente el alimento temporal, sino el que ha de aumentar en vosotros la gracia, y daros la vida eterna. Yo soy el pan de vida, el alimento que habrá de fortaleceros. Mi cuerpo es el que os daré á comer: mi sangre es la que debereis beber... Este es el divino alimento que os dispondrá para la vida eterna... » Y los Fariseos, volviéndose hácia la muchedumbre, la decían: « No le hagais caso: nosotros sabemos cómo se llama; es Jesús, hijo de José: nosotros hemos conocido á su padre; su madre, que se llama María, vive aún entre nosotros: ¿cómo se atreve á decir que él es el pan vivo descendido del cielo?... » Y nuestro dulce Salvador, notando estos gérmenes de impiedad y de incredulidad lanzados en medio de la multitud, añadía con majestuoso acento: « No murmureis así, impíos, atreveos á hablar cara á cara... En verdad, os lo digo, la vida eterna será patrimonio únicamente de aquellos que habrán creído en mí... Yo soy el pan de vida: vuestros padres que, en el desierto, comieron el maná, murieron; mas yo seré, para los que me recibirán, una garantía de inmortalidad... Entendedlo bien, continuaba, lo repito, yo soy el pan vivo descendido

del cielo... El que pruebe de este pan vivirá eternamente... Para la vida de las almas permaneceré constantemente entre vosotros; pero este misterio no se comprenderá bien hasta que yo haya vuelto á subir hácia mi Padre (1). »

Así hablaba, hermanos míos, nuestro amable Salvador á la multitud que le rodeaba, predisponiéndola para la divina institución de ese dulce sacramento, que se llama Eucaristía... Y los impíos, los incrédulos y las almas débiles se alejaban de él, diciendo: « Duras son estas palabras; ¿cómo podrá dar á comer su carne y su sangre á beber? »

¡Dios mío! esta historia del Evangelio era, hasta cierto punto, una profecía, una representación de lo que tenemos ante nuestra vista. ¿Cuántos cristianos dicen, al hablar de este augusto misterio: « ¿Cómo puede hacerse esto?... ¿Cómo puede estar Jesucristo todo entero en la hostia?... » ¡Y luego se alejan! ¿Es incredulidad, es cobardía?... ¡Ah! más bien creo que es por falta de valor que por impiedad; ellos saben que el Santo, que está ahí en el tabernáculo, quiere corazones santos para ser bien recibido, y no tienen bastante energía para combatir sus faltas, sus defectos y triunfar de sus pasiones...

Muchos, dice el Evangelio, se alejaron de nuestro Salvador con motivo de estas palabras... Volviéndose entonces hácia sus discípulos, les decía con cierta inefable tristeza: « Y vosotros, amigos míos, cuando yo refiero estas maravillas que mi amor se propone obrar, cuando profetizo mi presencia para siempre jamás en el sagrado tabernáculo, entre los hijos de los hombres, ¿tendríais también el triste valor de abandonarme?... »

Ven, Pedro, ven á contestar en nombre de tus hermanos, en nombre de todas las generaciones cristianas, que saborearán las dulzuras de este sacramento de amor... Ven en nombre de todos los santos y santas que, mientras vivan en este pobre suelo, saborearán el banquete de la Eucaristía; ven, en nombre de todas las almas piadosas que, aún en nuestros días, encuentran en este augusto sacramento su fuerza y su consuelo; dile á Jesús que, lejos de alejarles, este inefable misterio les adhiera más íntimamente á él... ¡Que se vayan los demás!.. ¡Nosotros,

(1) V. todo el cap. vi del Evangelio según san Juan.

oh Jesús de la Eucaristía, no os abandonaremos jamás !.. Y Pedro contestaba con aquella abnegación, con aquella franqueza sincera que tan bello le presenta en el Evangelio : « Maestro, ¿nosotros abandonaros ?.. ; Jamás!.. ¿A quién iríamos ?.. Solo vos teneis las palabras de vida... » Está bien, Pedro, tú has creído en la inmensa bondad de vuestro Maestro; por esto fuiste tú quien tuviste que decir la primera Misa que se celebró en este mundo y el primero en consagrar, después de tu augusto Maestro, el pan y el vino que se convirtieron en su cuerpo y sangre... ; Bendito seas!

Segunda parte. — ; Ay! hermanos míos muy amados, al hablar de este admirable asunto, apodérase de mí la emoción, necesito mirar el augusto Tabernáculo, contemplar á Jesús y repetirle con san Pedro, con el admirable Pío IX, de muy santa memoria, con León XIII, este piadoso sucesor que le reemplaza hoy : « Maestro, abandonéte los demás si quieren; lo que es nosotros, jamás!.. » ; Oh Dios de la Eucaristía, Dios de fuerza, vos que sois el único que podeis dar á la voluntad humana la constancia que necesita para seros para siempre fiel, no permitais que, ni yo, ni estos fieles que me oyen, podamos jamás olvidar que solo vos poseeis las palabras de vida; mejor aún, que sois el Rey venerado por nuestros corazones, el Dios de nuestras almas, nuestro amor, nuestra vida, nuestro todo... Lo digimos en el día de nuestra primera comunión, os lo repetimos hoy y queremos retenerlo en la memoria...

Pero hay otra escena que os quiero relatar también : es la institución, el establecimiento de este adorable sacramento... Escuchad bien... Dentro de algunas horas, nuestro dulce Salvador será detenido en el jardín de los Olivos, después de las angustias de aquella agonía que todos conocéis... Acaba de hacer, con sus discípulos, aquella última comida que se llama la Cena... Se levanta; y como había amado mucho á los suyos, quiso hasta el fin mostrarles su ternura... ; Oh prodigio de humildad!.. Jesús, el Rey de los cielos, el Todo Poderoso, el Criador de los hombres, coje una servilleta y se arrodilla á los piés de aquellos pobres pecadores, convertidos en sus Apóstoles... « Maestro ¿qué vas á hacer? le dice san Pedro; nó, nó, te humillas demasiado... no lo consentiré jamás. — Amigo mio, contestaba Jesús, déjame hacer; eso tiene que ser así : aún verás muchos otros prodigios de mi misericordia y de mi amor hacia las

pobres almas. » Luego, después de haber purificado á sus discípulos lavándoles los piés, signo de esa pureza de alma que se ha de tener para aproximarse á Él en la sagrada Eucaristía, instituía este adorable sacramento...

¡Ah, carísimos hermanos! antes de hablaros de este incomprensible misterio, experimento la necesidad de volver nuevamente los ojos hácia el tabernáculo, de decir á mi Jesús que está allí : » Salvador demasiado poco conocido, sed para siempre alabado y bendecido en el Santísimo Sacramento del altar! »

Una vez purificados sus Apóstoles, á excepción del traidor Judas... ; al miserable, no había podido conmoverle tanto amor! su corazón abrigaba la más vil de las traiciones... Jesús, pues, tomó un pan, elevó sus ojos hácia el cielo, y luego, bendiciendo aquel pan, después de haber dado gracias á su Padre, cambió su sustancia en la de su cuerpo vivo : « *Tomad y comed, éste es mi cuerpo,* » dijo, distribuyéndolo á sus Apóstoles. Enseguida, cojiendo el vaso, el cáliz que contenía el vino, dirigiéronse asimismo sus ojos hácia el cielo, como para decir : ; Oh Padre mio, tú consientes en este amor inmenso, que quiero demostrar á los hombres : sí, tú lo consientes... Una respuesta afirmativa descendió sin duda de aquel augusto santuario donde residen las tres divinas personas ; porque Jesús, distribuyendo á sus Apóstoles aquel cáliz, les dijo : « *Tomad y bebed, ésta es mi sangre.* Sangre tan real, tan verdadera como la que derramaré mañana para la redención de los hombres... »

¡Virgen María! ; oh nuestra dulce y muy amada Madre! Vos estabais allí cuando se realizó aquel misterio de amor!.. ; Os amaba tanto vuestro Hijo!.. Sí, vos debisteis ser la primera en gozar de aquel insigne favor... Augusto Tabernáculo, donde Jesús había querido tomar esa vida humana que debía sacrificarnos en el Calvario, vos fuisteis también, la pielada de vuestros siervos se complace en creerlo, sí, vos fuisteis el primer copón donde depositó Él la sagrada Eucaristía... ; Oh Reina de mi corazón, yo me regocijo por vos, os felicito, y pido para mí y para estos fieles que me escuchan, algunas partículas de aquellas santas disposiciones con que vos la recibisteis!..

¿ Es esto todo?... Nó, hermanos míos muy amados, tratáse de un

sacramento, trátase de una institución, que debe hacer para siempre jamás vivo y tangible, en la santa Iglesia católica, el amor de Jesucristo por los suyos... Él les amó desde el principio, dice san Juan, pero les ha querido amar hasta el fin... — ¡Amigos, parecía decir á sus Apóstoles, viendo á Judas alejarse, dejadle partir!.. ¡Otros muchos veré!.. En cuanto á vosotros, yo os doy mi poder; vosotros renovaréis este misterio en memoria mía... Los Apóstoles se inclinaban ante este augusto mandato, y sobre ellos descendía una gracia inaudita, y les era dado un poder inmenso... Yo les veo, después de la Ascensión, durante los diez días que les separan del de Pentecostés, preparándose por medio del retiro, no sólo para recibir al Espíritu Santo, sino también para celebrar su primera Misa... Les veo, digo, como á nuestros jóvenes levitas, cuando nos disponemos para recibir el sacramento del Orden, recojerse en el silencio... Luego después, cuando recorro los Actos de los Apóstoles, leo que los fieles se reunían para participar juntos de la sagrada Comunión(1).

Vos, dulce Salvador, subisteis al cielo; pero este último mandato es demasiado venerable, demasiado importante para el bien de vuestra Iglesia, para la santificación de las almas fieles; nó, no será olvidado jamás... Se cumplirá este sacramento en memoria vuestra... Por todas partes, así en el norte como en el mediodía, así en las más desiertas playas como en el seno de las ciudades; sí, por todas partes se encenderán cirios, se levantará un altar y se ofrecerá, cual lo ha dicho el profeta, se ofrecerá, sí, al Altísimo una hostia pura y agradable(2). Y las almas piadosas, acercándose á la sagrada mesa, renovarán la cena de los Apóstoles recibiendo la comunión de nuestras manos. Todo esto, oh Salvador mio, no perecerá jamás; este prodigio mismo se renovará en memoria vuestra hasta el fin de los siglos... *Hoc facite in meam commemorationem.*

PERORACIÓN. — Carísimos hermanos, habeis comprendido bien los dos pensamientos que he tratado de desarrollar en esta instrucción. Jesús, nuestro buen Salvador, anunciando que daría á los fieles un

(1) *Actos de los Apóstoles*, c. II, v. 42.

(2) *Malaquias*, c. I, v. 11.

pan más maravilloso que el maná, un alimento que sería para los suyos prenda de vida eterna... Después, este mismo Redentor, siempre adorable, realizando su promesa, y, próximo á la muerte, haciendo á sus Apóstoles, á la Iglesia, á nosotros, que somos los miembros de esta augusta sociedad, un legado divino, otorgando un beneficio supremo, el de la sagrada Eucaristía... ¡Oh! vosotros que no teneis fe, si los hay aquí, os diré que sois dignos de lástima; esta lámpara que arde, este tabernáculo que ella alumbrá; nada os dicen, nada recuerdan á vuestros corazones?... ¡Desgraciados! Nosotros los cristianos sabemos lo que hay; Jesús está ahí, nos vé, nos conoce, y de vez en cuando tenemos la dicha de recibirlo... ¡Ah! para Él sean nuestros corazones y nuestro amor en el tiempo y en la eternidad... Así sea.

INSTRUCCION DECIMOSEXTA

SACRAMENTO DE LA SAGRADA EUCARISTIA.

INSTRUCCION TERCERA

ATAQUES DE LOS HEREJES CONTRA ESTE AUGUSTO SACRAMENTO; SU JUSTIFICACION POR LOS CRISTIANOS QUE LE PERMANECEN FIELES

TEXTO. — *Ecce ego vobiscum sum, usque ad consummationem seculi.* He aquí que yo estoy siempre con vosotros, hasta la consumación de los siglos.

(S. MATEO, CAP. XXVIII, VERS. 20.)

EXORDIO. — Al empezar esta instrucción, hermanos míos, quisiera hacer una reflexión sobre un hecho que me ha llamado siempre la atención: es que el cristiano, el hombre que está bautizado, si es infiel á las promesas que tiene hechas, si olvida los sagrados compromisos que

sacramento, trátase de una institución, que debe hacer para siempre jamás vivo y tangible, en la santa Iglesia católica, el amor de Jesucristo por los suyos... Él les amó desde el principio, dice san Juan, pero les ha querido amar hasta el fin... — ¡Amigos, parecía decir á sus Apóstoles, viendo á Judas alejarse, dejadle partir!.. ¡Otros muchos veré!.. En cuanto á vosotros, yo os doy mi poder; vosotros renovaréis este misterio en memoria mía... Los Apóstoles se inclinaban ante este augusto mandato, y sobre ellos descendía una gracia inaudita, y les era dado un poder inmenso... Yo les veo, después de la Ascensión, durante los diez días que les separan del de Pentecostés, preparándose por medio del retiro, no sólo para recibir al Espíritu Santo, sino también para celebrar su primera Misa... Les veo, digo, como á nuestros jóvenes levitas, cuando nos disponemos para recibir el sacramento del Orden, recojerse en el silencio... Luego después, cuando recorro los Actos de los Apóstoles, leo que los fieles se reunían para participar juntos de la sagrada Comunión(1).

Vos, dulce Salvador, subisteis al cielo; pero este último mandato es demasiado venerable, demasiado importante para el bien de vuestra Iglesia, para la santificación de las almas fieles; nó, no será olvidado jamás... Se cumplirá este sacramento en memoria vuestra... Por todas partes, así en el norte como en el mediodía, así en las más desiertas playas como en el seno de las ciudades; sí, por todas partes se encenderán cirios, se levantará un altar y se ofrecerá, cual lo ha dicho el profeta, se ofrecerá, sí, al Altísimo una hostia pura y agradable(2). Y las almas piadosas, acercándose á la sagrada mesa, renovarán la cena de los Apóstoles recibiendo la comunión de nuestras manos. Todo esto, oh Salvador mio, no perecerá jamás; este prodigio mismo se renovará en memoria vuestra hasta el fin de los siglos... *Hoc facite in meam commemorationem.*

PERORACIÓN. — Carísimos hermanos, habeis comprendido bien los dos pensamientos que he tratado de desarrollar en esta instrucción. Jesús, nuestro buen Salvador, anunciando que daría á los fieles un

(1) *Actos de los Apóstoles*, c. II, v. 42.

(2) *Malaquias*, c. I, v. 11.

pan más maravilloso que el maná, un alimento que sería para los suyos prenda de vida eterna... Después, este mismo Redentor, siempre adorable, realizando su promesa, y, próximo á la muerte, haciendo á sus Apóstoles, á la Iglesia, á nosotros, que somos los miembros de esta augusta sociedad, un legado divino, otorgando un beneficio supremo, el de la sagrada Eucaristía... ¡Oh! vosotros que no teneis fe, si los hay aquí, os diré que sois dignos de lástima; esta lámpara que arde, este tabernáculo que ella alumbrá; nada os dicen, nada recuerdan á vuestros corazones?... ¡Desgraciados! Nosotros los cristianos sabemos lo que hay; Jesús está ahí, nos vé, nos conoce, y de vez en cuando tenemos la dicha de recibirlo... ¡Ah! para Él sean nuestros corazones y nuestro amor en el tiempo y en la eternidad... Así sea.

INSTRUCCION DECIMOSEXTA

SACRAMENTO DE LA SAGRADA EUCARISTIA.

INSTRUCCION TERCERA

ATAQUES DE LOS HEREJES CONTRA ESTE AUGUSTO SACRAMENTO; SU JUSTIFICACION POR LOS CRISTIANOS QUE LE PERMANECEN FIELES

TEXTO. — *Ecce ego vobiscum sum, usque ad consummationem seculi.* He aquí que yo estoy siempre con vosotros, hasta la consumación de los siglos.

(S. MATEO, CAP. XXVIII, VERS. 20.)

EXORDIO. — Al empezar esta instrucción, hermanos míos, quisiera hacer una reflexión sobre un hecho que me ha llamado siempre la atención: es que el cristiano, el hombre que está bautizado, si es infiel á las promesas que tiene hechas, si olvida los sagrados compromisos que

por él fueron contraídos el día de su bautismo, no puede empero, apesar del extravío de sus pasiones, llegar á hacerse completamente idólatra y pagano. Podrá negar las verdades que le fueron enseñadas en el catecismo, podrá desconocer el amor que nuestro divino Salvador le ha demostrado; pero creer en Júpiter ó en otro dios cualquiera del paganismo, jamás... Podrá secretamente, en su corazón, erigir un altar á Satanás; pero jamás se atreverá á rendirle culto público... Entre los Judíos, los que abandonaban el culto de Dios ofrecían incienso á Baal ó á otros ídolos; pero entre los cristianos, los que reniegan de la fé de su bautismo, se convierten casi siempre en una especie de brutos que no creen en nada. Han visto de demasiado cerca, en el día de su primera comunión, á Dios en su misericordia y en su amor, para imaginarse que pueda haber algo mejor, más dulce, más suave, algo que mejor responda á las necesidades de nuestra alma... Y cuando la ignorancia voluntaria, el orgullo ó las pasiones les han hecho perder la fé... entonces para ellos todo se acabó, hay la nada, hay el hombre que ya no tiene alma inmortal, que muere desolado y sin esperanza, como el irracional que espira en la cuadra ó bajo el cuchillo del matarife.

¿ De donde procede esta diferencia?... ¿ Porqué el Judío que abjuraba de su religión podía correr á los templos de los ídolos, mientras que el cristiano que reniega de la suya no puede creer ya en nada?... ¡ Ah! es que Jesucristo ha dicho la última palabra respecto á nuestra alma y á sus destinos inmortales; es que aquel que ha probado y saboreado, aun cuando no haya sido más que por un momento, la sagrada Eucaristía, está fatalmente obligado á permanecer cristiano ó á hacerse impío...

Proposición. — Me propongo, hermanos míos muy amados, antes de explicaros la naturaleza y los efectos de este adorable sacramento, referiros su historia; estoy seguro de que vuestra piedad os la hará escuchar con interés. Todos, hasta aquellos de entre vosotros que no tienen la dicha de practicar, amais á este Jesús del tabernáculo, y se apoderaría de vuestro corazón el frío, si al entrar en esta iglesia, encontrases apagada la lámpara que arde en honor suyo.

División. — Hablaremos pues, *en primer lugar*, de los ataques dirigidos contra este augusto sacramento; *en segundo lugar*, de su justificación por los cristianos que se han conservado fieles: á esto es á lo

que llamo yo la historia de la sagrada Eucaristía; éste será el asunto de la presente instrucción.

Primera parte. — Durante mil años y más, la Iglesia entera se había prosternado al pié de los altares, creyendo en la presencia de Nuestro Salvador Jesucristo en la sagrada Eucaristía. En todos los puntos donde uno de los Apóstoles del Señor había predicado el Evangelio, se habían levantado altares, y en el augusto Sacrificio el pan y el vino se convertían en el cuerpo y la sangre del Salvador... En los días de persecución, los lugares donde se celebraba no eran espléndidos como nuestras hermosas catedrales: ¡ oh, nó! san Pedro, en Roma, celebraba la santa Misa en una humilde habitación; santo Tomás, en las Indias, sólo tenía por capilla un local formado con ramas y follaje. Durante tres siglos fueron con harta frecuencia unos subterráneos llamados catacumbas, y hasta los calabozos donde había cristianos que, al día siguiente, iban á ser pasto de tigres ó leones, los que servían de templos... ¡ Qué importa, qué importaba al amor del Salvador!... Gozoso acudía Él á aquellos lugares donde le aguardaban corazones humildes y animosos.

Habiendo cesado la persecución, los emperadores, convertidos al cristianismo, cifraron su gloria en construir vastas basílicas en honor del Dios tres veces santo, que cada día, á la voz del sacerdote ó del obispo, descendía sobre el altar... La presencia del divino Salvador en la sagrada Eucaristía era una verdad de tal manera reconocida que, durante mil doscientos años, ningún hereje se atrevió á contradecir este divino dogma. Pasado este tiempo, hubo un tal Beranger que osó formular duda sobre este augusto misterio. Los obispos de aquella época, vigilantes centinelas, le obligaron, en más de un concilio, á retractarse de sus errores... ¡ Pero, paz á sus cenizas y piedad para su memoria! Beranger murió contrito y arrepentido y, en su lecho de muerte, una sola cosa le atormentaba, era el escándalo que con sus enseñanzas había podido dar á las almas.

Más tarde vino Lutero, ese monje apóstata, ese padre del protestantismo: él habría querido, decía, negar la Eucaristía; pero la tradición de la Iglesia y la enseñanza tan formal de los Padres se lo impidieron, y, por un resto de pudor, pareció conservar hasta el fin una especie de

fé reducida en la presencia real de Nuestro Señor Jesucristo en el sacramento de la Eucaristía... Calvino, el infame Calvino, cuyo nombre precisamente hasta los mismos protestantes no se atreverían á pronunciar sin menoscabo, y cuyas enseñanzas sin embargo adoptaron, y cuya doctrina siguen hoy; Calvino, ese sacerdote vil y libertino, se mostró más atrevido: afirmó terminante y categóricamente que Jesucristo no estaba en la sagrada hostia, que el pan y el vino no eran más que signos y símbolos... Miserable, le decían los católicos, leed pues el Evangelio; ¿no dijo Jesucristo: « Este es mi cuerpo » y mostrando el cáliz, después de haberlo consagrado, no añadió « Esta es mi sangre? » ¿no había prometido de antemano que daría á comer su carne y á beber su sangre? — Podrá ser, contestaba, como habría contestado un incrédulo de nuestros días; mas para mí estas palabras no tienen el sentido que les dais vosotros; dichas palabras significan simplemente: Esto es la figura de mi cuerpo, esto es la figura de mi sangre. — Pero; cuán insensato y ciego eres! Mira todos los testimonios que nos proporciona la tradición como prueba de este sagrado dogma: ahí tienes á los mártires que comulgan en su prisión; ahí tienes á los papas y obispos que, aún á riesgo de su vida, celebran en los subterráneos el santo Sacrificio; ahí tienes á los santos Juan Crisóstomo, Basilio, Ambrosio, Agustín, en una palabra, á todos los doctores de la Iglesia que afirman la existencia de este augusto sacramento... Y así rechazado hasta sus últimas trincheras, este hereje contestaba: « Los doctores se equivocaron; la Iglesia entera, durante quince siglos, está en un error sobre este punto; los mismos Apóstoles no comprendieron las enseñanzas de su Maestro: yo, únicamente yo, tengo razón. » — ¡Qué orgullo, hermanos míos muy amados, ó por mejor decir, qué locura! Y las enseñanzas de este insensato son las que siguen hoy los protestantes... porque para ellos no hay tal Eucaristía, y su pretendida cena no es más que una parodia ridícula y sacrilega... Ved ahí en qué época, cómo y por quién ha sido atacado este augusto sacramento...

Segunda parte. — Si ahora, hermanos míos muy amados, al lado de estas estúpidas negaciones del protestantismo y de la impiedad, citásemos los rasgos de fé, de amor y de abnegación que afirman la verdad de este augusto sacramento, si quisiéramos seguir su historia, ten-

dríamos que escribir volúmenes enteros... Dejemos á un lado los testimonios que nos proporcionarían los Apóstoles, los mártires sus sucesores y millares de santos cuyos nombres estan inscritos, no solamente en el cielo, sinó también en los anales de la Iglesia católica.

Veamos únicamente la historia de la sagrada Eucaristía en el momento en que este augusto dogma fué contradicho. Dios, que es omnipotente, hace, por medio de su excelsa providencia, que el mal se transforme en fuente de un bien... Berenger, como os tengo dicho, Berenger que murió arrepentido, había dudado, al parecer, de la presencia del Salvador. Su error, estimulando el amor de cierta alma santa, que vivía en un ignorado monasterio, produjo esta bella solemnidad que llamamos la fiesta del Santísimo Sacramento ó del *Corpus Christi*... « Padre, escribía una humilde religiosa al Soberano Pontífice, Jesucristo quiere ser honrado de una manera más solemne en el sacramento de la Eucaristía; reclama una fiesta especial que afirme su presencia en este augusto misterio, una fiesta que sea á la vez un triunfo para él y una alegría para el corazón de sus hijos... » El piadoso Urbano IV, entonces Soberano Pontífice, era digno de comprender aquel lenguaje. Por eso, correspondiendo al deseo de todos los corazones fieles, de todas las almas adictas al Dios de la Eucaristía, instituyó la fiesta tan popular que, como he dicho, llamamos del *Corpus Christi* (1)... ¡Pobre Satanás! tú habías impelido al hereje á que negase este dogma, y catáhi que tus esfuerzos se vuelven contra tí y que el Dios de la Eucaristía se ve honrado de una manera más solemne aún... De ahí, en efecto, viene el origen de estas hermosas procesiones en que Jesucristo, paseándose en cierto modo por nuestras poblaciones, ve esparcidas las flores á su paso; levántanse en honor suyo altares de verde ramaje, sobre los cuales descansa uno instantes, y una multitud recibe de rodillas y respetuosamente su bendición.

Tú, Lutero, vacilas; tú, Calvino, niegas; vosotros, herejes, tantos cuantos sois, ultrajais á la sagrada Eucaristía; ¿no creéis en ella?... Tanto peor para vosotros... Para contestar á vuestros ultrajes y blas-

(1) V la *Hist. ecclés.* de Rohrbacher, y Chardon, *Hist. des Sacraments.*

femias, distingo en una humilde cueva cerca de una ciudad que se llama Manresa, á un noble español : su nombre es Ignacio de Loyola... ¡Oh! conquistador más poderoso y sobre todo más respetable que Lutero, crea una milicia santa, y los soldados de este ejército llevarán el culto de la sagrada Eucaristía á los cuatro extremos de mundo... Hombres que se devoraban unos á otros, se unirán en la mesa de Jesús... Juntos recibirán la sagrada comunión.. Que el tabernáculo sea una caja sacada de un buque, ó alguna cavidad practicada en el tronco de una vieja encina, ¿qué importa? Jesús estará siempre allí... El no pide ni oro ni púrpura, sinó corazones que le amen, que le reciban con fervor; y mientras vosotros, infelices herejes, blasfemaréis, los mismos salvajes se arrodillarán en su presencia... ¡Oh Dios mío, cuán grande, cuán poderoso sois, y cuán pequeños delante de vos los que osan levantarse contra vuestra autoridad, contra la de vuestra Iglesia santa !...

Habría querido hablaros de santa Teresa, de santa Juana de Chantal y de tantas otras almas que con su devoción por la sagrada Eucaristía repararon las profanaciones de que este adorable sacramento era objeto de parte de los herejes; pero me extendería demasiado: este asunto sería inagotable, tanto como el amor que nos demuestra Jesús en este augusto misterio...

PERORACIÓN. — Al concluir, hermanos míos muy amados, quiero referiros un hecho que data casi de ayer: la muerte de Monseñor Bataillon, uno de los misioneros franceses más antiguos y más entusiastas. Había convertido á provincias enteras; al abordar en unas islas salvajes, había encontrado en ellas unos hombres feroces y corrompidos. Con la gracia de Dios, había hecho de ellos unos cristianos humildes, castos y fervientes; durante cuarenta años les había consagrado su vida... Pero bajo aquellos climas, la vida, para los Europeos, se gasta pronto: tenía sesenta y siete años cuando, el 10 de abril de 1877, entregó su alma al Señor... « Hermanos, decía antes de morir á los misioneros que le rodeaban, dadme el santo Viático; yo bien hubiera querido no recibirlo hasta el Jueves Santo; es el aniversario del día más bello de mi vida, del día de mi primera comunión. Jamás ha pasado desapercibido para mí este día; pero como temo no poder llegar hasta

esta fecha, vais á traerme el santo Viático... » Algunos días de convalecencia permitieron al piadoso misionero decir aún más de una vez la santa Misa; pero al fin, rendido de fatiga, y sin duda, Dios mío, maduro para la recompensa, quiso recibir nuevamente el santo Viático, manifestando aquella tierna devoción que siempre había tenido por la sagrada Eucaristía, y luego murió como mueren los amigos de Jesús, los predestinados (1)...

Tales, carísimos hermanos, la historia de la Eucaristía, desde la sala del cenáculo donde Jesús instituyó este adorable sacramento, hasta la choza donde, tal vez en este momento, la recibe un pobre moribundo acostado sobre pajas... El Dios del tabernáculo fué siempre una fuerza, un consuelo, una esperanza para los suyos... He dicho para los suyos... ¡ojalá podamos nosotros, amados hermanos míos, ser de los suyos, y pertenecerle mientras vivamos en este suelo, para que él nos conozca y nos reclame un día en su eternidad !.. Así sea.

INSTRUCCION DECIMOSEPTIMA.

SACRAMENTO DE LA SAGRADA EUCARISTIA.

INSTRUCCION CUARTA.

MATERIA DE LA EUCARISTIA; PORQUÉ NUESTRO SALVADOR EGOMIO EL PAN Y EL VINO COMO MATERIA DE ESTE SACRAMENTO.

TEXTO. — *Panis quem ego dabo, caro mea est pro mundi vita*.
El pan que os daré á comer es mi carne, etc.

(SAN JUAN, CAP. VI, VERS. 52.)

EXORDIO. — Hermanos míos, un piadoso misionero, hoy en día uno de los más santos prelados de la Iglesia de Francia, hablando de la sagrada Eucaristía, decía: « Es un asunto profundo, inmenso, magní-

(1) Véanse los *Anales de la Propagación de la Fé*.

femias, distingo en una humilde cueva cerca de una ciudad que se llama Manresa, á un noble español : su nombre es Ignacio de Loyola... ¡Oh! conquistador más poderoso y sobre todo más respetable que Lutero, crea una milicia santa, y los soldados de este ejército llevarán el culto de la sagrada Eucaristía á los cuatro extremos de mundo... Hombres que se devoraban unos á otros, se unirán en la mesa de Jesús... Juntos recibirán la sagrada comunión.. Que el tabernáculo sea una caja sacada de un buque, ó alguna cavidad practicada en el tronco de una vieja encina, ¿qué importa? Jesús estará siempre allí... El no pide ni oro ni púrpura, sinó corazones que le amen, que le reciban con fervor; y mientras vosotros, infelices herejes, blasfemaréis, los mismos salvajes se arrodillarán en su presencia... ¡Oh Dios mío, cuán grande, cuán poderoso sois, y cuán pequeños delante de vos los que osan levantarse contra vuestra autoridad, contra la de vuestra Iglesia santa !...

Habría querido hablaros de santa Teresa, de santa Juana de Chantal y de tantas otras almas que con su devoción por la sagrada Eucaristía repararon las profanaciones de que este adorable sacramento era objeto de parte de los herejes; pero me extendería demasiado: este asunto sería inagotable, tanto como el amor que nos demuestra Jesús en este augusto misterio...

PERORACIÓN. — Al concluir, hermanos míos muy amados, quiero referiros un hecho que data casi de ayer: la muerte de Monseñor Bataillon, uno de los misioneros franceses más antiguos y más entusiastas. Había convertido á provincias enteras; al abordar en unas islas salvajes, había encontrado en ellas unos hombres feroces y corrompidos. Con la gracia de Dios, había hecho de ellos unos cristianos humildes, castos y fervientes; durante cuarenta años les había consagrado su vida... Pero bajo aquellos climas, la vida, para los Europeos, se gasta pronto: tenía sesenta y siete años cuando, el 10 de abril de 1877, entregó su alma al Señor... « Hermanos, decía antes de morir á los misioneros que le rodeaban, dadme el santo Viático; yo bien hubiera querido no recibirlo hasta el Jueves Santo; es el aniversario del día más bello de mi vida, del día de mi primera comunión. Jamás ha pasado desapercibido para mí este día; pero como temo no poder llegar hasta

esta fecha, vais á traerme el santo Viático... » Algunos días de convalecencia permitieron al piadoso misionero decir aún más de una vez la santa Misa; pero al fin, rendido de fatiga, y sin duda, Dios mío, maduro para la recompensa, quiso recibir nuevamente el santo Viático, manifestando aquella tierna devoción que siempre había tenido por la sagrada Eucaristía, y luego murió como mueren los amigos de Jesús, los predestinados (1)...

Tales, carísimos hermanos, la historia de la Eucaristía, desde la sala del cenáculo donde Jesús instituyó este adorable sacramento, hasta la choza donde, tal vez en este momento, la recibe un pobre moribundo acostado sobre pajas... El Dios del tabernáculo fué siempre una fuerza, un consuelo, una esperanza para los suyos... He dicho para los suyos... ¡ojalá podamos nosotros, amados hermanos míos, ser de los suyos, y pertenecerle mientras vivamos en este suelo, para que él nos conozca y nos reclame un día en su eternidad !.. Así sea.

INSTRUCCION DECIMOSEPTIMA.

SACRAMENTO DE LA SAGRADA EUCARISTIA.

INSTRUCCION CUARTA.

MATERIA DE LA EUCARISTIA; PORQUÉ NUESTRO SALVADOR EGOMIO EL PAN Y EL VINO COMO MATERIA DE ESTE SACRAMENTO.

TEXTO. — *Panis quem ego dabo, caro mea est pro mundi vita*.
El pan que os daré á comer es mi carne, etc.

(SAN JUAN, CAP. VI, VERS. 52.)

EXORDIO. — Hermanos míos, un piadoso misionero, hoy en día uno de los más santos prelados de la Iglesia de Francia, hablando de la sagrada Eucaristía, decía: « Es un asunto profundo, inmenso, magní-

(1) Véanse los *Anales de la Propagación de la Fé*.

fico ; un asunto del cual sólo se pueden trazar las líneas principales é indicar los puntos más culminantes (1). » Y santo Tomás, este príncipe, este rey de los doctores de la Iglesia ; santo Tomás, á quien el mismo Jesucristo decía : « Te doy gracias por haber desarrollado tan bien las verdades que me conciernen », parecía igualmente anonadado por la majestad de este misterio... Y realmente, hermanos míos, Jesucristo, el Hijo de Dios, el rey del cielo, entregándose á nosotros como alimento en la sagrada Eucaristía, residiendo en nuestras pobres iglesias, día y noche ; qué motivo de admiración para los hombres y para los ángeles !... Cuando los Apóstoles anunciaban el Evangelio á los paganos, cuando nuestros misioneros explican este sacramento á los pueblos que están sumidos en las sombras de la muerte, estos pobres salvajes, cual los infieles de aquellos tiempos, difícilmente creen en tanto amor... « ¡ Ah ! cuán bueno es, exclaman, el Dios de los cristianos !... Se entrega á ellos, vive en medio de ellos... »

¡ Dios mío ! Si quisiésemos reflexionar un instante, carísimos hermanos, los que tenemos fe, participaríamos de la sorpresa y admiración de aquellos pobres idólatras á quienes se anuncia, por vez primera, este misterio tan sorprendente como adorable, y diríamos como ellos : ¡ Oh Jesús, qué bueno sois ! ; Cuánto mereceis nuestra veneración y nuestro amor, vos que os dignais permanecer entre nosotros y residir, día y noche, en este augusto tabernáculo !... »

PROPOSICIÓN. — En las instrucciones anteriores os he hablado de las figuras de la sagrada Eucaristía ; he dicho algunas palabras sobre la institución de este sacramento y sobre los ataques de que había sido objeto por parte de los herejes. En ésta y en las siguientes, me esforzaré, en cuanto me sea posible, en explicaros la esencia de este sacramento y los elementos que lo constituyen.

DIVISIÓN. — *En primer lugar*, cuál es la materia del sacramento de la Eucaristía ; *en segundo lugar*, porqué nuestro divino Salvador escogió el pan y el vino como materia de este sacramento : tales son los dos puntos sobre que vamos á fijarnos en esta instrucción.

Primera parte. — Vosotros os acordais, hermanos míos muy ama-

(1) *Les Sacraments*, por el abate Besson. t. I. conferencia 10.

dos, de que los sacramentos son unos signos sensibles á los cuales el Señor ha aplicado una gracia especial y que los instituyó para la santificación de nuestras almas... Os he dicho ya que se llamaba materia de un sacramento á los elementos que lo constituyen. Así, en el Bautismo, la materia es el agua natural ; en la Confirmación, es el bálsamo, el santo crisma, solemnemente bendecido por el obispo el Jueves Santo... Pero ¿ cuál es, decidme, la materia de este adorable sacramento, santo entre todos los demás, y que llamamos la Eucaristía ?... Voy á trasladarme al Cenáculo, en la noche del Jueves Santo... Los Apóstoles están graves y recojidos ; en el rostro de su Maestro está impresa una especie de melancólica tristeza ; acaba de postrarse á los piés de sus discípulos y se los ha lavado... ¡ Ah, Jesús, comprendo vuestra tristeza !... Si yo me atreviese, oh mi adorable Salvador, hasta diría que participo de ella... Judas, el infame Judas, está allí, y vuestra bondad no ha podido hacerle renunciar al infernal proyecto que alberga en su corazón... Además, hermanos míos muy amados, se aproximaban las horas de la agonía y de la dolorosa Pasión... Jesús se concentra... Nó, ni la ingratitude ni la misma traición detendrán las efusiones de su amor... « Como había amado siempre á los suyos, dice el Apóstol, les quiso amar hasta el fin... »

Pero ¿ qué testimonio les va á dar de su amor ?... ¿ No le basta á la ternura de su corazón el que dentro de algunas horas sea entregado á los Judíos, y que derrame su sangre hasta la última gota para redimirnos ?... Nó, carísimos hermanos, nunca se habrá repetido lo bastante, Jesús quiso amarnos hasta más allá de la muerte... Escuchad... Cogió pan en sus divinas manos, dicen los Evangelistas ; levantando sus ojos hácia su Padre, le dió gracias, y después consagró aquel pan ; hizo de él la sagrada Eucaristía, que distribuyó á sus Apóstoles, diciéndoles : Tomad y comed, éste es mi cuerpo... No era completo el misterio todavía : la sangre del Salvador iba á enrojecer en breve, como acabamos de decir, la columna de la flagelación y á correr á lo largo de aquella cruz que se iba á levantar en lo alto del Calvario... Era pues también preciso que aquella divina sangre, precio de la redención de los hombres, estuviese asimismo representada de una manera enérgica en aquel inmortal sacramento, memorial del amor que este dulce Sal-

vador profesaba á los suyos y que á todos nos ha profesado... ¡Ah! decidme, mirad este tabernáculo, ante el cual arde esta humilde luz; ahí está, y apesar de la indiferencia de los malos cristianos y de las blasfemias de los impíos, os aseguro que permanecerá ahí hasta el fin de los tiempos, que permanecerá ahí mientras haya un sacerdote que pueda subir á este modesto altar... ¿Tiene razón el Evangelista cuando dice que Jesucristo amó á los suyos hasta el fin?...

Peró hablemos de la materia de este augusto sacramento... Esta doble materia todos vosotros la conoceis: es el pan y el vino... El pan ha de ser de trigo puro; el vino ha de ser el producto verdadero, no falsificado, de la vid... Ni el pan de cebada, ni el que se amasa con harina de centeno, pueden ser la materia legitima de este sacramento. Ni la cerveza, ni otra clase cualquiera de bebida pueden sustituir al vino en el cáliz. Estas verdades son las que se os enseñaron en el catecismo...

Sin embargo, tal vez escucharéis con interés el cuidado, la piedad y la religiosa atención que presilian en otros tiempos y presiden todavía hoy, en los monasterios, á la preparación del pan y del vino, que debenservir de materia para este adorable sacramento de la Eucaristía... Leemos en la vida de santa Radegunda, antigua reina de Francia, que ella misma preparaba con sus reales manos el pan que debía consagrarse en el altar. San Wenceslao, duque y príncipe de Bohemia, cojía él mismo las espigas y desgranaba el trigo que se debía ofrecer en el santo Sacrificio... Pero oíd lo que á este propósito refiere un piadoso autor (1). « En ningún sitio, dice, se emplearon mayores cuidados para la preparación eucarística, como en los monasterios... Por muy puro que fuese el trigo, se le separaba grano por grano; luego era lavado, puesto en un saco blanco únicamente destinado á este uso, confiado á un sirviente de confianza que lo llevaba al molino... Lavábanse las muelas, y una vez molida la harina retornábase al monasterio... Una vez allí, un sacerdote revestido con el alba la pasaba por un tamiz bien limpio, y por último los monjes, revestidos de los ornamentos sagrados, mezclaban, cantando salmos, aquella harina rociada con agua en una jarra brillante de puro limpia... Hacíanse cocer entonces las hostias en un fuego de madera se-

(1) Cardenal Bona: *De liturgia*, parte 1, cap. XXIII, *Ad calcem*.

ca, preparado al intento... Igual respeto presidía á la preparación del vino, que debía servir para el santo Sacrificio... También hoy, hermanos míos, en piadosos monasterios es donde se preparan las hostias que nosotros consagramos; y nosotros ponemos sumo cuidado en que el vino, que se debe presentar en el altar santo, sea puro y esté exento de toda mezcla extraña... Este tan profundo respeto, observado en todos los tiempos para la elección de la materia que debe servir para el santo Sacrificio nos muestra con evidencia que, en todo tiempo, la santa Iglesia católica ha creído en la presencia real de Jesucristo en el adorable sacramento de la Eucaristía.

Segunda parte. — Pero ¿porqué Nuestro Señor Jesucristo escogió el pan y el vino como materia del sacramento de la Eucaristía?... Ésta me parece que es, hermanos míos muy amados, la segunda pregunta que me he planteado y á la cual quisiera contestar con la mayor claridad posible... Si yo dirigiese esta pregunta á vuestros hijos, éstos me dirían: « Que era para demostrarnos que el augusto sacramento de que os hablo es el verdadero alimento de nuestras almas, como el pan y el vino lo son de nuestros cuerpos. »

A este propósito permitidme, hermanos míos, una reflexión. ¿Cuán bellas, claras y exactas son esas cortas respuestas que el catecismo nos da sobre las más elevadas cuestiones!... Pero al propio tiempo, amigos míos, confesemos, con la mano puesta sobre el corazón, que las olvidamos muy deprisa, dejando de comprender su importancia. Vamos á ver: Dios nos crió para servirle; decidme en conciencia, ¿le servimos como merece serlo?... Cuando en aquel entonces se nos preguntaba si el pecado mortal era un gran mal, contestábamos: Sí, el pecado mortal es el mayor de todos los males, porque nos lleva al infierno; mientras que todas las otras pruebas de la vida, si las sabemos soportar bien, nos podrían conducir al cielo... Nosotros conocemos esto, se nos ha repetido tal vez más de veinte veces... ¿Digo que lo conocemos?... Nó, lo hemos olvidado; ¡si todos los días tenemos la prueba á la vista!... Para muchos cristianos, de esos que tan fácilmente dejan de asistir el domingo á oír Misa, un viaje aplazado, un montón de heno mojado, una carretada de trigo expuesta á recibir algunas gotas de lluvia, la vendimia un poco retrasada, ¡oh! todos estos son males mucho mayores que un pe-

cado mortal... Bien veis que para esos cristianos ignorantes ó avarientos, el pecado mortal no es ya el mayor de todos los males...

De igual manera, hermanos míos, acabamos por olvidar hasta las más elementales verdades que en otro tiempo aprendiéramos; é yo me pregunto, para volver al asunto que nos ocupa, si hay muchos entre vosotros, fieles que me escucháis, que esten convencidos de que la sagrada Eucaristía es tan indispensable para la salud de su alma, como el pan y el vino para la conservación de su cuerpo. Y sin embargo, adorable Jesús, no dejasteis de tener un misterioso propósito al querer ocultar vuestra presencia bajo estos elementos tan comunes...

Hermanos míos muy amados, una comparación os hará tal vez comprender aún mejor la idea, los designios de nuestro dulce Salvador, cuando instituyó este sacramento.... Uno de vosotros, el más fuerte, si queis, porque desgraciadamente tenemos pruebas de que los males no siempre perdonan á las naturalezas más robustas; así pues, el más fuerte de vosotros, después de haber luchado por algun tiempo con ciertos presagios, se ve precisado á dejar el trabajo... Vedle ahí, dominado por ardiente calentura, obligado á guardar cama. — «Corra V., doctor,» se le dice al médico. Éste acude y pregunta: — «¿Qué teneis, amigo? — Siento un malestar general. — ¿Teneis apetito aún? — No, todo alimento me repugna, hasta el pan. — ¿Y el vino? — Lo encuentro amargo, me da náuseas y me inspira una viva repugnancia.» Veo al doctor separarse de la cama y hablar en voz baja. — «La enfermedad es seria, dice, hay que cuidarla...» Y en efecto, hermanos míos, no ignorais que cada vez que el pan y el vino repugnan á un enfermo, es indicio de que la indisposición es grave y con frecuencia mortal.

Angeles custodios de estos mis queridos oyentes, venid en mi ayuda; hacel comprender bien á estos fieles que me escuchan, que también su alma tiene necesidad de alimento... ; Qué! amados hermanos, ¿os repugna este divino pan de la Eucaristía?... ¿Sentís aversión por la sagrada comunión?... ; Pobres almas, muy enfermas estais!... No soy solamente yo quien os lo dice: es la Iglesia santa, es el mismo Jesucristo quien, al escojer, como materia de Eucaristía, el pan y el vino, ha querido mostraros que este alimento celestial era necesario para vuestras almas... ; Ved pues, en efecto, lo que venimos á ser en cuanto

hemos roto con la sagrada Eucaristía!... Reflexionad bien;... y si hay fé en vuestros corazones, os desafío á que me digais que está tranquila vuestra alma y que goza de una salud perfecta... Vuestros ángeles custodios, á quienes hace poco invocaba yo, podrian decirnos si es la avaricia, el orgullo, la impureza, la indiferencia, la pereza ú otra enfermedad cualquiera la que os trabaja, lo que es yo, no sé más que una cosa y es, que vosotros, á quienes no agrada este pan divino, alimento obligado de nuestras almas, estais enfermos, y que esta enfermedad va á llevaros tal vez hasta á la muerte, es decir, que habrá matado la fé en vuestros corazones... Ved y reflexionad...

PERORACIÓN. — Carísimos hermanos, reasumamos en pocas palabras el asunto de esta instrucción. Os he dicho que el pan de trigo puro y el vino producido por la vid, sea cual fuere su color, eran la única materia legitima del sacramento de la Eucaristía.... Ya nuestro divino Salvador había designado más de una vez, en el Evangelio, estos elementos: Yo soy el pan descendido del cielo, había dicho. Y en otra parte: Yo soy el pan de vida... En otras circunstancias se había comparado á la vid; y, la noche misma de la Cena, al presentar á sus Apóstoles el cáliz consagrado, les dijo que él no volvería ya á beber de aquel jugo de la uva antes de haber sufrido su Pasión. He añadido que, al escojer estos elementos, nuestro adorable Redentor nos había querido demostrar que su cuerpo y su sangre son el perfecto alimento de nuestras almas, como el pan y el vino son los alimentos más sanos para nuestros cuerpos. He añadido además que, por desgracia, muchos cristianos experimentaban cierta aversión por este divino alimento... Me tendré por dichoso, hermanos míos muy amados, si por medio de las breves reflexiones que á este propósito he hecho, he podido derramar en vuestro espíritu un conocimiento más perfecto de este sacramento, y sobre todo excitar en el alma de algunos de vosotros, el deseo de recibirlo en breve y con mayor frecuencia... ; Oh! Así sea...

INSTRUCCION DECIMO OCTAVA.

SACRAMENTO DE LA SAGRADA EUCARISTIA.

INSTRUCCION QUINTA.

FORMA DEL SACRAMENTO DE LA EUCARISTIA; MILAGROS QUE PRUEBAN LA PRESENCIA REAL DE NUESTRO SEÑOR JESUCRISTO EN LAS SANTAS ESPECIES.

TEXTO. — *Hoc est corpus meum... Hic est calix sanguinis mei...*
Éste es mi cuerpo... Ésta es mi sangre...

(S. MATEO, CAP. 26; S. LUCAS, CAP. XXII; I A LOS CORINTIOS, XI, VERS. 24.)

EXORDIO. — Hermanos míos, os lo dije ya... Al hablar de la materia de los sacramentos, de los elementos que los constituyen, santo Tomás hace, á este propósito, una reflexión muy acertada: «Dios, dice, el autor de la humana naturaleza, sabía que el hombre está compuesto de un cuerpo y de un alma; al establecer los sacramentos quiso que los efectos espirituales de cada uno de ellos estuviesen significados y representados por los efectos naturales del elemento que escogía... Expliquemos con mayor claridad todavía esta idea... El agua natural borra las manchas: bajo la forma de lluvia fecundiza los campos; hasta cierto punto entra también en nuestra alimentación, pues que con ella se amasa la harina de trigo. Por otra parte, todos sabéis que la penuria de agua es una de las más terribles privaciones que un pueblo ó una ciudad pueden sufrir...»

Decidme, cristianos, ¿no son estos efectos una imagen, y aún una imagen débil, de los efectos espirituales que el agua del Bautismo produce en nuestras almas?... El alma de un pagano, el alma de aquel que no está bautizado... es un árido desierto;... ninguna flor de virtud sobrenatural se desarrolla allí, ni puede producir acto alguno meritorio, fruto alguno que tenga sabor á cielo... Sólo el agua del Bautismo desarrolla la vida y la fecundidad... Sabéis también de qué negra y profunda mancha está mancillada esta alma... Pues bien, el agua del

Bautismo la purifica, á la manera que el agua natural limpia vuestra ropa blanca, vuestros vestidos manchados sea por el sudor, sea por otro accidente cualquiera... «Así pues, concluye santo Tomás, el agua era la materia que convenía para el Bautismo (1)...»

Después, más lejos, hablando de la Eucaristía, muestra con la misma evidencia, que Jesucristo, por una delicada atención y con la más alta conveniencia, escogió el pan y el vino para materia de este adorable sacramento, que debía ser, como decíamos el domingo pasado, el alimento de nuestras almas, á la manera que el pan y el vino son el de nuestros cuerpos...

PROPOSICIÓN. — Hoy vamos á hablar de la forma de la sagrada Eucaristía. No debéis haber olvidado que se llama *forma* de un sacramento, ya á las palabras, ya al signo exterior que, unidos á la materia, constituyen la esencia de este sacramento y le dan su fuerza y eficacia... Estas palabras son, para el Bautismo, esta fórmula que todos conocéis: *Yo te bautizo, etc...* Para la sagrada Eucaristía son las palabras que pronunció el mismo Jesucristo sobre el pan y el vino cuando dijo: *Este es mi cuerpo, ésta es mi sangre...*

DIVISIÓN. — En esta instrucción, amados hermanos míos, deseo en primer lugar, mostrar la fuerza y eficacia de estas palabras del Salvador; en segundo lugar, para animar y fortalecer vuestra fé, os referiré algunos hechos milagrosos, por los cuales el Señor ha manifestado de un modo ostensible su presencia en este augusto misterio.

Primera parte. — Hermanos míos muy amados, no os repetiré que hace poco más de trescientos años, en 1532, les acudió á los protestantes la idea de negar la presencia de Nuestro Señor Jesucristo en la sagrada Eucaristía...

A propósito de esto, refiere la historia una escena bastante curiosa... Apenas me atrevo á repetirla... Sin embargo, bueno es que sepais lo que eran los primeros apóstoles del protestantismo. Érase en la ciudad de Yena. Lutero, después de haber predicado, bebía cerveza y se atracaba, según costumbre, en el mesón del *Oso negro*... Un hombre entrado ya en años pide hablar con él: era Carlstadt, su antiguo pro-

(1) Suma Teológica, parte III, cuest. LXXVII, art. 3.

fesor, que venia á disputar con él. — « Maestro, dijo á Lutero, vuestra doctrina sobre la Eucaristía no me gusta : vos creéis en la presencia real. — Ignorante, respondió el doctor, de buena gana dejaría de creer en esto, sólo para contrariar al papa; pero las palabras : *Éste es mi cuerpo, ésta es mi sangre*, son de tal modo formales, que ni el mismo diablo podría hacerme creer lo contrario. — Doctor, prosiguió Carlstad, veo que no entendéis la cosa; al hablar á sus Apóstoles, Jesucristo ponía la mano sobre su pecho, y hablaba de su propio cuerpo; así es como se deben interpretar estas palabras. — ¡ Insensato è ignorante!... » añadió Lutero mientras seguía engullendo... Y Carlstad irritado, añadía : « — Escribiré contra vuestra opinión. — Hazlo, dice Lutero, y te doy una moneda de oro... » Y los dos herejes se separaban, despidiéndose con estas cariñosas frases : « ¡ Ojalá te vea pronto en el tormento! » decía Carlstad á Lutero. Y este último contestaba : « ¡ Así te desnucases antes de llegar fuera de esta ciudad! » (1)...

Alí teneis, carísimos hermanos, á dos santos del protestantismo, y el mismo tiempo un ejemplo de sus fraternales conversaciones... Y veis en el viejo Carlstad al primero que, entre ellos, se levantó contra la presencia de nuestro divino Salvador en la Eucaristía... Más tarde casi todos los protestantes han negado ó desnaturalizado este dogma de nuestra fé... Y la cena que aún á veces pretenden celebrar en sus templos, no es más que una vana é inútil farsa...

Pero veamos la fuerza y eficacia de las palabras del Salvador... Desde luego confesaréis, hermanos míos, que estas palabras, aunque muy breves, son singularmente claras y enérgicas... Jesús toma pan, lo consagra y lo distribuye á sus Apóstoles diciendo : *Este es mi cuerpo*, y asimismo, al presentarles el cáliz consagrado, les dice : *Esta es mi sangre*... ¡ Qué hay más enérgico! ¡ qué más claro!... Y ahora os pregunto, hermanos míos, ¿ quién era ese que pronunciaba aquellas palabras?... ¿ Tenía poder para dar á ellas energía y eficacia?

¿ Quién era ese que pronunciaba aquellas palabras?... ¡ Si era el Hijo de Dios, la segunda persona de la adorable Trinidad, aquel por quien todo fué criado!... En el origen de las cosas, dijo una de aquellas pode-

(1) Bossuet, *Histoire des Variations*, libro 11, y Audin, *Histoire de Luther*.

rosas palabras, y la tierra se separó de las aguas; plantas y animales de mil especies poblaron su superficie (1)... Dijo una palabra, y esos millares de astros que adornan el firmamento saltaron gozosos á través del inmenso espacio... A una sola palabra pronunciada por aquella voz omnipotente, tú, esplendoroso sol, abandonando la nada, como abandonas un esposo el lecho nupcial, viniste radiante á iluminar este universo... ¡ Ah! ¿ comprendéis cuán poderosa es su palabra?

Vedle pues hasta en el decurso de su vida mortal, hasta cuando, anodado por nosotros, vivía en cierto modo esta vida que nosotros vivimos sobre la tierra... Adorable Jesús, dejó á un lado la pobreza del pesebre, la oscuridad de Nazareth y aquellas humillaciones mayores aún que en breve ibais á sufrir en el Calvario... Hablo de vuestro poder y digo que, hasta cuando estabais revestido de las flaquezas de nuestra naturaleza, en más de una circunstancia aparece aquel maravilloso é incontestable... Esposos de Canadá, él trocó en vino el agua de que habíais llenado las vasijas... Decidme pues, oh santos Apóstoles; no tenía también él poder para trocar en su cuerpo y en su sangre el pan y el vino que vosotros preparasteis?... Un día, dice el Evangelio, se le presenta un parálitico enfermo desde mucho tiempo... Sonriendo con dulzura á aquel pobre enfermo, le decía : « Amigo mío, ten confianza, están perdonados tus pecados. » Unos fariseos, unos Judíos envidiosos murmuraban entre sí contra aquellas palabras que revelaban su misericordia. Volviéndose á ellos con majestuoso ademán, Jesús les dijo : « Parece que dudáis de mi poder : de modo que es más difícil decir á este hombre : estan perdonados tus pecados, que decirle : Levántate, coje tu cama y anda (2)... » Y sabéis ya, que el pobre parálitico se levantaba curado...

Decidme pues, impíos, incrédulos y herejes de toda especie, si le es más difícil á este Dios omnipotente decir : *Éste es mi cuerpo*, que decir á Lázaro, muerto tres dias antes : *Deja tu sepulcro*... En uno y en otro caso, hermanos míos muy amados, la palabra de nuestro divino Salvador producía su efecto... Cuando le decía á Lázaro : *Resucita*,

(1) Salmo XXXII, vers. 9.

(2) S. Juan, c. 11, v. 7.

Lázaro resucitaba (1)... Y cuando, mostrando el pan y el cáliz, decía: *Éste es mi cuerpo; ésta es mi sangre*, el pan y el vino, cambiando de sustancia, pero conservando sus accidentes exteriores, se convertían, real y verdaderamente, en su cuerpo y en su sangre... ¡Atrás pues los herejes y los impíos!.. Nosotros que somos cristianos, nosotros que creemos que Jesucristo, nuestro Salvador, es verdaderamente el Hijo de Dios, sabemos perfectamente que su palabra es poderosa y eficaz, y que el pan y el vino, en la sagrada Eucaristía, están realmente transformados en su cuerpo y en su sangre...

Segunda parte. — Sí, hermanos míos muy amados, para nosotros que tenemos fe, para nosotros que creemos en la eficacia omnipotente de las palabras de nuestro divino Salvador, repetidas por el sacerdote en el santo Sacrificio del altar, ¿hay necesidad de citar algunos de los numerosos milagros que atestiguan, que prueban la presencia real del cuerpo y sangre de este adorable Salvador bajo las especies consagradas del pan y del vino?..

Leemos en la vida de san Antonio de Padua que, mientras estaba predicando una misión en la ciudad de Rimini, un hereje se atrevió á provocarle. El santo, hablando de la divina Eucaristía, había citado seguramente algunos hechos, bastante frecuentes en la historia de la Iglesia, y que muestran que á veces hasta los animales han dado señales de respeto á este augusto misterio... ¡Ah! siempre ha sido y es aún hoy cierta una frase pronunciada por Job: « Interrogad á nuestros animales, decía este santo varón, y ellos os podrán instruir (2)... » Y en efecto, como decía un piadoso cristiano: « Cuando, cada domingo por la mañana, doy la comida á esos pobres animales, me parece verles que me miran con ojos suplicantes, y creo entender que me dicen: hemos trabajado seis días, dejáenos descansar el séptimo (3)... » Decidme ahora; ¿cuántos de nuestros labradores no necesitarían comprender este lenguaje!.. Pero volvamos á nuestra historia... El hereje de que os hablaba va á encontrar á san Antonio: — « Mañana, le dice con aire desdeñoso, traeré mi caballo á la plaza pública en el momento en que dareis la bendición con vuestro sa-

(1) S. Marcos, c. II, v. 9.

(2) Job, c. XII, v. 17.

(3) *Mémoires sur le Décalg.*

cramento... Tendré un saco de avena para presentárselo; y si, dejando á un lado el pasto, se vuelve hácia eso que vos llamais la sagrada Eucaristía, me confieso vencido, y nos hacemos católicos, yo y los míos. » Como se trataba del jefe de los herejes, cuya conversión podía llevar consigo la de muchos, el santo aceptó aquel reto... Pasó la noche en oración, suplicando al Señor que se apiadase de aquellos contumaces. Y al día siguiente, en medio de una inmensa muchedumbre, habriais visto al animal, desdeñando el grano que se le presentaba, adelantarse humildemente y doblar las rodillas ante el adorable sacramento... Benipigio (éste es el nombre del hereje en cuestión) se convirtió y llegó á ser uno de los más fervientes discípulos del santo misionero (1).

Pero un prodigio más célebre todavía es el que tuvo lugar en Paris, el año 1250... Quizas ya os he hablado de él: pero aquí se ofrece la ocasión de referiroslo más extensamente... Una pobre mujer que necesitaba dinero, había tomado prestada á un judío usurero una pequeña cantidad, y le había dado en garantía todo lo mejor que tenía en ropas... Al acercarse la fiesta de Pascua, suplicó á aquel hombre que le entregase á lo menos un vestido que necesitaba. « Os daré, no solamente este vestido, sino además la cantidad que os tengo prestada, contestó aquel usurero, aquel descendiente de Caifás, si quereis traerme la hostia que mañana recibireis. » Fuese ignorancia, ó fuese malicia, ello es que aquella desdichada consintió en este infernal trato... Y al día siguiente, en vez de tragarse la sagrada forma, se apresuró á metérsela en el bolsillo, colocarla en un pañuelo y entregarla á aquel infame judío... Este último se apodera de ella con una especie de rabia; extiende el sagrado pan sobre una mesa y lo acuchilla... ¡Oh prodigio!.. A cada cuchillada brota de la hostia roja sangre: la mujer y los hijos de aquel miserable huyen despavoridos... Él, por el contrario, endureciéndose más, clava la sagrada forma en la pared, la hiere con frenesí y la pincha con una lanza... Nuevamente brota una sangre abundante y milagrosa, para mostrar á aquel desgraciado la verdad de la presencia real.

Pero, como nos lo enseña ya el Evangelio, ni los mayores milagros pue-

(1) Rossignoli, *Merveilles divines de la sainte Eucharistie*, marav. XXX

den convertir á los impíos... Loco de corage, pretende quemar la santa hostia... ; Imposible !.. La sumerge en una caldera de agua hirviendo : esta agua se tiñe de sangre, y aparece Jesucristo como clavado en la cruz. La vista de esta imagen llena talmente de terror al judío deicida, que va á esconderse en la habitación más oscura de su casa... Mas no tardó en descubrirse su crimen... Uno de sus pequeñuelos, al ver los fieles que se dirigían a la iglesia, les decía : « No vayais á buscar más allí á vuestro Dios, porque mi padre lo acaba de hacer morir... » Se quiso saber lo que aquellas palabras significaban. Penetrando en la casa, se encontró la sagrada hostia roja todavía de sangre, y fué recojida y llevada con gran respeto á la iglesia de San Juan en Grèce... La mujer y los hijos de aquel desdichado se convirtieron ; en cuanto á él, apesar del milagro de que había sido testigo, murió en la impenitencia. Su casa fué arrasada, y en su solar se construyó una iglesia donde, hasta el año 1790, se adoraba, dia y noche, la sagrada Eucaristía.

Con motivo de un milagro casi parecido que tuvo lugar durante el reinado de san Luís, este rey de Francia pronunció una frase que atestiguaba su viva fe en el misterio de nuestros altares. — « Venid, le decían, venid á ver una hostia ensangrentada y milagrosa. » Y el piadoso monarca contestó : « Que vayan aquellos que dudan de la verdad de este misterio ; lo que es yo no tengo necesidad de estas pruebas para creer en él. »

PERORACIÓN. — Este santo rey, hermanos míos, tenía razón. Si somos cristianos formales é instruídos, debemos creer tan firmemente en la presencia de Jesús bajo los velos de la sagrada hostia, como creemos en nuestra propia existencia... Nó, las palabras de nuestro adorable Salvador, pronunciadas en el altar por el sacerdote, no son palabras estériles y desprovistas de virtud... Y aquí todo, hermanos míos muy amados, todo, en nuestra santa religión, gira sobre este sagrado misterio ; todo, especialmente en este recinto, nos recuerda esta augusta verdad... ¿ Para qué elevaron nuestros padres, tanto estas catedrales que adornan nuestras ciudades, como estas iglesias más humildes y modestas, sin las cuales nuestras pobres aldeas parecerían tristes y despobladas?... Y la iglesia ha sido construída precisamente para cobijar este altar ante el cual, de dia y de noche, arde esta lámpara solitaria... ¿ Y para qué este altar?... Para que cada dia se pueda ofrecer en él el sacri-

ficio eucarístico, y repetir sobre el pan y el vino estas palabras siempre eficaces : *Éste es mi cuerpo ; Ésta es mi sangre...* ¿ Y para qué más?... Para conservar en medio de ese tabernáculo, allá, en precioso cáliz, á Jesucristo vivo siempre entre nosotros... ¿ Habéis entrado alguna vez en un templo protestante?... ¡ Oh! ; qué frío se apodera de vosotros!... Nada de agua bendita, ni de altar, ni de lámpara, ni de tabernáculo, ni de Jesús en la Eucaristía... ; Cuán dignos de lástima son!... Para nosotros, hermanos míos, que tenemos la dicha de ser católicos, todo nos recuerda aquí, como os decía, su augusta presencia... Adorémosle pues con respeto, y sea por nosotros verdaderamente alabado y bendecido en el augusto Sacramento de nuestros altares... Así sea.

INSTRUCCION DECIMONOVENA.

SACRAMENTO DE LA SAGRADA EUCHARISTIA.

INSTRUCCION SEXTA.

PODER DE CONSAGRAR TRANSMITIDO A LOS SACERDOTES ; CUALES SON EL MINISTRO Y EL SUJETO DE LA EUCHARISTIA.

TEXTO. — *Hoc facite in meam commemorationem.* Haced esto en memoria mia.

SAN LUCAS, CAP. XXI, VERS. 19.)

EXORDIO. — Hermanos míos, al hablaros, el domingo pasado, de la presencia real de nuestro divino Salvador en el sacramento de la Eucaristía, me olvidé de deciros ciertas circunstancias que acompañan esta presencia, y que deben hacer todavía más adorable para nosotros este sacramento...

Supongamos que cuando nuestro amoroso Redentor quería establecer este misterio, hubiese consultado á san Pedro y á san Juan, y les hubiese

den convertir á los impíos... Loco de corage, pretende quemar la santa hostia... ; Imposible !.. La sumerge en una caldera de agua hirviendo : esta agua se tiñe de sangre, y aparece Jesucristo como clavado en la cruz. La vista de esta imagen llena talmente de terror al judío deicida, que va á esconderse en la habitación más oscura de su casa... Mas no tardó en descubrirse su crimen... Uno de sus pequeñuelos, al ver los fieles que se dirigían a la iglesia, les decía : « No vayais á buscar más allí á vuestro Dios, porque mi padre lo acaba de hacer morir... » Se quiso saber lo que aquellas palabras significaban. Penetrando en la casa, se encontró la sagrada hostia roja todavía de sangre, y fué recojida y llevada con gran respeto á la iglesia de San Juan en Grèce... La mujer y los hijos de aquel desdichado se convirtieron ; en cuanto á él, apesar del milagro de que había sido testigo, murió en la impenitencia. Su casa fué arrasada, y en su solar se construyó una iglesia donde, hasta el año 1790, se adoraba, dia y noche, la sagrada Eucaristía.

Con motivo de un milagro casi parecido que tuvo lugar durante el reinado de san Luís, este rey de Francia pronunció una frase que atestiguaba su viva fe en el misterio de nuestros altares. — « Venid, le decían, venid á ver una hostia ensangrentada y milagrosa. » Y el piadoso monarca contestó : « Que vayan aquellos que dudan de la verdad de este misterio ; lo que es yo no tengo necesidad de estas pruebas para creer en él. »

PERORACIÓN. — Este santo rey, hermanos míos, tenía razón. Si somos cristianos formales é instruídos, debemos creer tan firmemente en la presencia de Jesús bajo los velos de la sagrada hostia, como creemos en nuestra propia existencia... Nó, las palabras de nuestro adorable Salvador, pronunciadas en el altar por el sacerdote, no son palabras estériles y desprovistas de virtud... Y aquí todo, hermanos míos muy amados, todo, en nuestra santa religión, gira sobre este sagrado misterio ; todo, especialmente en este recinto, nos recuerda esta augusta verdad... ¿ Para qué elevaron nuestros padres, tanto estas catedrales que adornan nuestras ciudades, como estas iglesias más humildes y modestas, sin las cuales nuestras pobres aldeas parecerían tristes y despobladas?... Y la iglesia ha sido construída precisamente para cobijar este altar ante el cual, de dia y de noche, arde esta lámpara solitaria... ¿ Y para qué este altar?... Para que cada dia se pueda ofrecer en él el sacri-

ficio eucarístico, y repetir sobre el pan y el vino estas palabras siempre eficaces : *Éste es mi cuerpo ; Ésta es mi sangre...* ¿ Y para qué más?... Para conservar en medio de ese tabernáculo, allá, en precioso cáliz, á Jesucristo vivo siempre entre nosotros... ¿ Habeis entrado alguna vez en un templo protestante?... ¡ Oh! ; qué frío se apodera de vosotros!... Nada de agua bendita, ni de altar, ni de lámpara, ni de tabernáculo, ni de Jesús en la Eucaristía... ; Cuán dignos de lástima son!... Para nosotros, hermanos míos, que tenemos la dicha de ser católicos, todo nos recuerda aquí, como os decía, su augusta presencia... Adorémosle pues con respeto, y sea por nosotros verdaderamente alabado y bendecido en el augusto Sacramento de nuestros altares... Así sea.

INSTRUCCION DECIMONOVENA.

SACRAMENTO DE LA SAGRADA EUCHARISTIA.

INSTRUCCION SEXTA.

PODER DE CONSAGRAR TRANSMITIDO A LOS SACERDOTES ; CUALES SON EL MINISTRO Y EL SUJETO DE LA EUCHARISTIA.

TEXTO. — *Hoc facite in meam commemorationem.* Haced esto en memoria mia.

SAN LUCAS, CAP. XXI, VERS. 19.)

EXORDIO. — Hermanos míos, al hablaros, el domingo pasado, de la presencia real de nuestro divino Salvador en el sacramento de la Eucaristía, me olvidé de deciros ciertas circunstancias que acompañan esta presencia, y que deben hacer todavía más adorable para nosotros este sacramento...

Supongamos que cuando nuestro amoroso Redentor quería establecer este misterio, hubiese consultado á san Pedro y á san Juan, y les hubiese

manifestado este designio de misericordia que debía llevarle á permanecer siempre entre los hombres, y esto, oculto bajo las especies de un pan y un vino que conservan todos sus accidentes. — « Mis buenos amigos, les dice, he venido para salvar á los hombres; en breve estamrerte cruel que os he predicho, os hará comprender hasta qué punto les amo. Pero esto no basta á la ternura que experimento por estas pobres almas: quiero estar presente para siempre jamás en medio de ellas. — Indudablemente, contestaba san Pedro, será, como en el templo de Jerusalén, una sombra, un reflejo de tu majestad, que inundará el santuario en el único templo que habrás escogido. — No, amigos míos, replicaba nuestro buen Salvador, no será así... La ley de los Judíos que vosotros me recordais era una ley de miedo: la mía será una ley de amor. » — Y les explicaba entonces el misterio de la Eucaristía; su presencia permanente y real bajo las especies del pan y del vino; su presencia permanente y real, no sólo en un templo único, como en Jerusalén... sino en todos los lugares donde se debía ofrecer el santo Sacrificio... lo mismo bajo la choza cubierta de follaje que en su honor elevarían los pobres salvajes, que bajo las espléndidas bóvedas de nuestras catedrales... — « Y aún no es esto todo, añadía el Salvador, escuchad otra maravilla. Me daré en alimento á todo aquel que me quiera recibir;... si no hay más que una hostia consagrada y se presentan varios fieles á la santa mesa, el sacerdote que deberá hacerles comulgar romperá las apariencias del pan, y en cada fragmento estaré todo entero, como en la hostia más grande y más completa... » — Y los dos Apóstoles contemplaban admirados á su Maestro. — « Rabbi, le decían, te creemos; sabemos que tu amor hacia os hombres iguala á tu omnipotencia: sabemos también que sólo tú tienes palabras de vida... »

Proposición. — Llegó, hermanos míos, el solemne momento en que Jesucristo instituyó este sacramento adorable... ¡oh! ¡cómo amo á los suyos hasta el fin!... Y todos nosotros, los que estamos bautizados, éramos desde entonces del número de los suyos. Pensaba en nosotros al instituir la Eucaristía; cual nos recomendaba á su Padre al espirar en la cima del Calvario...

División. — Esta mañana, hermanos míos muy amados, quisiera,

en primer lugar, explicaros, lo mejor que pueda, estas palabras: « Haced esto en memoria mía », y en segundo lugar, cuáles son los ministros legítimos y el sujeto del sacramento de la Eucaristía.

Primera parte. — Nuestro divino Salvador, al instituir este sacramento que debía ser, como más adelante diremos, á la vez un sacrificio y una enérgica y verdadera representación del sacrificio del Calvario, después de haber dicho: *Éste es mi cuerpo; ésta es mi sangre*, añadió estas otras palabras, que el sacerdote repite cada día, en el altar santo, á continuación de las palabras sacramentales: *Haced esto en memoria mía*.

Si preguntamos á vuestros hijos qué significan estas palabras: *Haced esto en memoria mía*, nos contestarán con el catecismo: « Con estas palabras, Jesucristo daba á sus Apóstoles, á los obispos y sacerdotes sucesores suyos, el poder de consagrar la sagrada Eucaristía, y de ofrecer el augusto sacrificio del altar hasta el fin de los siglos... » ¡Adorable Salvador! No era bastante para vuestro corazón haberos dado á vuestros Apóstoles, é indudablemente también á vuestra dulce Madre, en aquel místico festín; habeis querido que esta maravilla de ternura se prolongase hasta nosotros... ¡Qué digo, hasta nosotros!... hasta la consumación de los siglos...

Carísimos hermanos, admirase á veces á ciertos donadores inteligentes y generosos, que han querido que sus obras benéficas consignadas en su testamento, se prolongasen de uno á otro siglo y que todas las generaciones pudiesen bendecir su memoria... ¡Cuánto más inteligente y generoso es todavía el testamento de nuestro Redentor Jesús! — « Amigos míos, les dijo á sus Apóstoles, me entrego en vuestras manos: yo mismo acabo de daros todo entero á vosotros en la sagrada Eucaristía: vosotros habeis recibido este cuerpo que no tardará en ser suspendido en la cruz; habeis recibido esta sangre de la nueva alianza que, dentro de poco, va á escapar de mis venas para la salvación de los pecadores... Pues bien; este favor, vosotros lo comunicaréis á los demás!... Vosotros renovaréis este prodigio: y de siglo en siglo, así en las mazmorras de los mártires, como en los subterráneos de las catacumbas; así en la capilla más modesta, como en la basílica más suntuosa, vosotros ó vuestros sucesores *haced esto en memoria mía*. »

Y fieles á la recomendación de su Maestro, los Apóstoles y sus discípulos renovaban aquellos misterios en memoria de Jesús : santo Tomás, en las Indias, sobre una simple piedra que le servía de altar, y que en breve debía regar con su propia sangre; san Pedro, en Roma, en casa de un senador á quien había convertido; san Pablo, en Corinto, en una iglesia construída ya para la reunión de los fieles... Confiadas á la santa Iglesia católica, aquellas palabras del testamento del Salvador : *Haced esto en memoria mía*, no debían ser borradas jamás de aquel testamento divino, ni por los perseguidores, ni por los verdugos... La rabia de los herejes de todos los siglos no las ha podido borrar jamás... En cualquier punto donde se encontraba un alma fiel, allí el sacerdote que la visitaba renovaba aquel misterio en memoria del Salvador....

Un obispo ilustre, llamado Teodoredo, visita á un santo recluso. — Padre, le dice este último, yo bien quisiera ver realizarse delante mio aquellas palabras del Salvador : *Haced esto en memoria mía* : consagrad pues la sagrada hostia en memoria suya y para mi mayor utilidad. » Accedió Teodoredo al deseo de san Marino; consagró, dice, á falta de altar, sobre las manos de sus diáconos; y en memoria de lo que Jesucristo había hecho, dió la comunión al piadoso recluso (1).

¿Debo, á este propósito, referiros una historia más conocida y más célebre todavía? Ahí teneis al presbítero san Luciano, encarcelado por la fé, en unión de varios fieles... Estos últimos suplican al sacerdote que renueve el misterio de la Eucaristía en memoria de aquel Jesús por quien, en breve, entregarán su vida... Pero ¿cómo proporcionarse un altar, si están allí los guardias, espionando todos los pasos de los futuros mártires?... Entonces el santo sacerdote se acuesta : » Mi pecho, dice, servirá de altar, y este altar no será menos agradable á Dios que el que estuviera compuesto de una materia inanimada; vosotros mismos, rodeándome por todos lados, sereis el templo.. » Reúnese á su alrededor la asamblea, y le sirve á la par de iglesia y de muralla... Luciano ofrece el santo Sacrificio, comulga primero él y después da la sagrada comunión á aquellos héroes cristianos que, al dia siguiente, iban á luchar contra el furor de los paganos y el de las fieras del anfiteatro...

(1) Teodoredo, *Hist. ecclés.* — *Vida de los Padres del desierto.*

Podría, hermanos míos, referiros hechos casi parecidos que pasan hoy mismo en las regiones donde nuestra santa religión es perseguida... Pero ¿hay necesidad de estos hechos?... No veis cada dia, cada domingo, á un sacerdote que pronuncia en el altar las sagradas palabras, y realiza aquel misterio de la Eucaristía en memoria de Jesús...? Sí, adorable Salvador, el poder que vos disteis á vuestros Apóstoles y á sus sucesores diciendo : *Haced esto en memoria mía*, la Iglesia santa reconocida lo ha piadosamente conservado y lo conservará hasta la consumación de los siglos!..

Segunda parte. — Digamos ahora algunas palabras sobre el ministro que puede válidamente consagrar la santa Eucaristía; y luego hablaremos del sujeto de este sacramento, es decir de los que pueden recibirlo..

En el origen de su herejía, Lutero, el famoso Lutero, como hemos dicho, subyugado por la claridad de aquellas palabras: *Éste es mi cuerpo... Ésta es mi sangre*, no había osado negar la presencia de nuestro adorable Salvador bajo la hostia consagrada. Mas, cual Satanás arrojado del cielo, conservaba tal vez aún algún destello de su pasada gloria, al ir descendiendo hácia el abismo; así tú, Lutero, aun cuando conservabas algunos restos de verdad, los falseas, los desnaturalizas y los transformas en error..; Pobre monje apóstata! también tú, cual el ángel caído, ruedas y descienes hácia el abismo... Por esto, hermanos míos muy amados, entre los errores que enseñaba este miserable, pretendía que todo fiel, con tal que hubiese recibido el Bautismo, era ministro del sacramento de la Eucaristía y podía legítimamente consagrar (1)... Algunos de sus discípulos hasta fueron más allá, y extendieron este poder hasta á las mujeres... Si fuese lícito reirse, hermanos míos, en asunto de tanta gravedad, os diría: Representáos á una mujer en el altar ó meramente en este púlpito, enredada con su mantilla, con su chal y con las demás frivolidades que ordinariamente forman el tocado de las demás...; Ved hasta donde ha podido llevar la locura á los herejes!..

El ministro legítimo del sacramento de la Eucaristía es el obispo, y

(1) Bossuet, *Hist. des variations*, véase *Symboliqu*,

después de él, el presbítero que ha recibido la consagración sacerdotal. Sólo ellos pueden consagrar; ni los santos que están en el cielo, ni los ángeles, ni la misma Virgen Santísima, pueden dar á las palabras: *Éste es mi cuerpo, ésta es mi sangre*, la eficacia necesaria para transformar el pan y el vino en la sagrada Eucaristía. Y el más humilde presbítero, yo mismo, hermanos míos, dentro de poco, cuando, en nombre del Salvador Jesús, pronunciaré en el altar las palabras sagradas, Jesucristo descenderá á mi voz; estará ahí todo entero bajo las especies santas... ¿Por qué?...; Porque, al conferirme el presbiterado, el obispo y la Iglesia santa me dieron este incomprensible poder!...; Angeles de Dios, espíritus bienaventurados que rodeáis el altar mientras se opera este misterio de amor, ¡cuán dichosos seríamos si pudiésemos participar de los sentimientos de fe, respeto, adoración y amor de que vosotros estais penetrados en aquel momento tan solemne!...

Ministro de la consagración, el presbítero es además el ministro de la distribución de este Sacramento, es decir que él, y únicamente él es quien, legítimamente, da la sagrada comunión á los fieles... Es inútil decirnos que en otro tiempo, en los tiempos de persecución, se confiaba la sagrada Eucaristía á seglares piadosos ó á clérigos de un orden inferior, para llevarla á los prisioneros cristianos... Todos vosotros conocéis la historia de san Tarsilio, jóven acólito de quince años, martirizado por los paganos en el momento en que estaba encargado por el Soberano Pontífice de llevar la sagrada comunión á los confesores de la fe... Leemos también en la vida de los Santos que, á veces, los ángeles dieron la sagrada comunión. De manos de un ángel tuvo en efecto la dicha de recibir el santo Viático el jóven san Estanislao de Kostka, moribundo en una casa habitada por herejes (1)... Pero, lo repito, hoy y en épocas normales sólo el presbítero es el ministro que puede legítimamente distribuir la sagrada Eucaristía...

Una palabra ahora, sobre el sujeto de este sacramento. Toda persona bautizada puede recibir la sagrada Eucaristía. En los primeros siglos de la Iglesia se acostumbraba darla á los niños pequeños: la inocencia de que su alma había sido revestida en el Bautismo parecía una

(1) Véase la vida de este santo y la *Hist. ecclésiast.*, de Rohrbacher.

disposición suficiente. ¿No estaban, en efecto, purificados? El agua del sacramento, al correr por su frente, ¿no les había hecho amigos de Jesús y dignos santuarios donde podía él reposar?... San Cipriano nos ha conservado una historia que demuestra que en su tiempo estaba en vigor esta costumbre. « Una niña muy pequeña, dice, había sido confiada por sus padres á una nodriza; en ausencia de aquellos esta mujer hizo tomar á la niña pan y arroz que habían sido ofrecidos á los ídolos. En ocasión en que yo estaba ofreciendo el augusto sacrificio, dice san Cipriano, la nodriza de esta niña la trajo á la iglesia. Después de la celebración de los santos misterios, el diácono distribuía el cáliz á los niños que se hallaban presentes; cuando le tocó el turno á aquella pequeñuela, se la vió, prosigue el santo obispo, como por un movimiento instintivo en presencia de la majestad divina, volver la cabeza, apretar los labios y rechazar el cáliz. El diácono insistió; mas en cuanto ella hubo probado las santas especies, fué atacada de vómitos, y la sangre del Salvador no pudo permanecer en una boca que habían profanado los dones ofrecidos á los ídolos... » Hoy, hermanos míos, la Iglesia, fundada en muy sábias razones, tiene prohibida esta costumbre (1).

Sin embargo quisiera, a este propósito, haceros una pequeña reflexión que podría tener su utilidad y, á veces, su aplicación. Esta reflexión es la de que los padres que tienen hijos enfermos, que hubiesen llegado ya al uso de razón, deben disponerles para que puedan recibir la sagrada comunión... Cuando amenaza peligro de muerte no hay necesidad de que un niño tenga doce ó trece años para comulgar: que sepa los principales misterios de la fe y lo que contiene la sagrada Eucaristía, y esto basta para el caso de que hablamos...

PERORACIÓN. — Pocos misterios hay, hermanos míos, contra los cuales la herejía y la impiedad hayan acumulado más objeciones que contra la sagrada Eucaristía... A Dios gracias, estas dificultades han sido siempre aclaradas de un modo victorioso... Dícese que un día, un ministro protestante se chanceaba, á propósito de esto, con un lugareño católico, hom-

(1) V. Bona, *de Liturgia*, tomo II, donde reasume admirablemente los antiguos ritos de la comunión.

bre de buen sentido y bastante instruido en su religión. — « Buen hombre, le decía con un tono algo burlón, ¿ sabéis que le dais mucho que hacer á vuestro Cristo? Quereis que esté á la vez en vuestra iglesia, en las de las aldeas vecinas y en otros puntos también : hasta pretendéis que está en vuestros altares tantas veces como panecillos hay en lo que llamais vuestros tabernáculos. — Señor, le contestó el campesino, si seguís creyendo que Jesucristo es Dios, debéis creer, como nosotros, que es todo poderoso... Os debería bastar esta respuesta ; pero tengo otra... Figuráos esta aldea rodeada de cien espejos, de mil, si quereis, que estén todos vueltos hácia el sol : ¿ no se reproducirá la imagen de este astro en cada uno de ellos?... Poned también espejos en los barrios y pueblos inmediatos y en todo el universo ; ¿ no reproducirán todos el centelleante disco de este mismo sol?... A mí me basta esta comparación, y me digo : Si Dios ha dado á una de sus criaturas la facultad de reproducir tantas veces y en todo lugar su imagen, ¿ con cuánta mayor razón Él, que es omnipotente, puede reproducirse todo entero y realmente en cada hostia?... » Acertada era la comparación y el hereje nada tuvo que objetar...

En cuanto á nosotros, hermanos míos, creamos con toda sencillez lo que la Iglesia santa nos enseña respecto á este adorable misterio... Amemos y adoremos á nuestro augusto Salvador presente en nuestros tabernáculos de la tierra, para que podamos merecer la gracia de amarle y adorarle un día en los tabernáculos eternos... Así sea.

INSTRUCCION VIGESIMA.

SACRAMENTO DE LA SAGRADA EUCARISTIA.

INSTRUCCION SEPTIMA.

LA SAGRADA COMUNIÓN ES LA INVOCACIÓN MÁS AMOROSA DEL CORAZÓN DE JESUS ; TAMBIEN LA MÁS DESCONOCIDA.

TEXTO. — *Qui manducat meam carnem, et bibit meum sanguinem, in me manet, et ego in illo.* El que come mi carne y bebe mi sangre, vive en mí é yo en él.

(SAN JUAN, CAP. VI, VERS. 57.)

EXORDIO. — Hermanos míos, casi al fin de uno de esos hermosos himnos compuestos por santo Tomás en honor de la sagrada Eucaristía, dirigiéndose á Nuestro Señor Jesucristo, dice estas palabras : « Piadoso Pelicano, dignate purificarme con tu sangre, de cuyas gotas una sola podría redimir el universo. » ¿ Qué es pues esta ave á la cual es así comparado nuestro divino Salvador en la sagrada Eucaristía? Al comenzar, voy á deciros algunas palabras de ella y vereis cuán justa es la comparación empleada por el santo Doctor.

El pelicano, dicen los autores antiguos, profesa tal cariño á sus pequeños que, cuando los ve débiles y desfallecidos, se hiere á sí mismo, los nutre con su carne y les apaga la sed con su sangre. Un poeta (1) nos representa á toda la nidada alegremente agrupada junto á la madre, saboreando con delicia el alimento que les proporciona aquella anchurosa herida que para ellos abrió el amor... Fácil es, hermanos míos muy amados, la aplicación de esta comparación... El sacrificio del ave de que acabo de hablar es tal vez una fábula más ó menos

(1) *Stant olli circum materno sanguine lecti,
Et pectus certatim omnes rimantur apertum. Vida.*

bre de buen sentido y bastante instruído en su religión. — « Buen hombre, le decía con un tono algo burlón, ¿ sabéis que le dais mucho que hacer á vuestro Cristo? Quereis que esté á la vez en vuestra iglesia, en las de las aldeas vecinas y en otros puntos también : hasta pretendéis que está en vuestros altares tantas veces como panecillos hay en lo que llamais vuestros tabernáculos. — Señor, le contestó el campesino, si seguís creyendo que Jesucristo es Dios, debéis creer, como nosotros, que es todo poderoso... Os debería bastar esta respuesta ; pero tengo otra... Figuráos esta aldea rodeada de cien espejos, de mil, si quereis, que estén todos vueltos hácia el sol : ¿ no se reproducirá la imágen de este astro en cada uno de ellos?... Poned también espejos en los barrios y pueblos inmediatos y en todo el universo ; ¿ no reproducirán todos el centelleante disco de este mismo sol?... A mí me basta esta comparación, y me digo : Si Dios ha dado á una de sus criaturas la facultad de reproducir tantas veces y en todo lugar su imágen, ¿ con cuánta mayor razón Él, que es omnipotente, puede reproducirse todo entero y realmente en cada hostia?... » Acertada era la comparación y el hereje nada tuvo que objetar...

En cuanto á nosotros, hermanos míos, creamos con toda sencillez lo que la Iglesia santa nos enseña respecto á este adorable misterio... Amemos y adoremos á nuestro augusto Salvador presente en nuestros tabernáculos de la tierra, para que podamos merecer la gracia de amarle y adorarle un día en los tabernáculos eternos... Así sea.

INSTRUCCION VIGESIMA.

SACRAMENTO DE LA SAGRADA EUCARISTIA.

INSTRUCCION SEPTIMA.

LA SAGRADA COMUNIÓN ES LA INVOCACIÓN MÁS AMOROSA DEL CORAZÓN DE JESUS ; TAMBIEN LA MÁS DESCONOCIDA.

TEXTO. — *Qui manducat meam carnem, et bibit meum sanguinem, in me manet, et ego in illo.* El que come mi carne y bebe mi sangre, vive en mí é yo en él.

(SAN JUAN, CAP. VI, VERS. 57.)

EXORDIO. — Hermanos míos, casi al fin de uno de esos hermosos himnos compuestos por santo Tomás en honor de la sagrada Eucaristía, dirigiéndose á Nuestro Señor Jesucristo, dice estas palabras : « Piadoso Pelicano, dignate purificarme con tu sangre, de cuyas gotas una sola podría redimir el universo. » ¿ Qué es pues esta ave á la cual es así comparado nuestro divino Salvador en la sagrada Eucaristía? Al comenzar, voy á deciros algunas palabras de ella y vereis cuán justa es la comparación empleada por el santo Doctor.

El pelicano, dicen los autores antiguos, profesa tal cariño á sus pequeños que, cuando los ve débiles y desfallecidos, se hiere á sí mismo, los nutre con su carne y les apaga la sed con su sangre. Un poeta (1) nos representa á toda la nidada alegremente agrupada junto á la madre, saboreando con delicia el alimento que les proporciona aquella anchurosa herida que para ellos abrió el amor... Fácil es, hermanos míos muy amados, la aplicación de esta comparación... El sacrificio del ave de que acabo de hablar es tal vez una fábula más ó menos

(1) *Stant olli circum materno sanguine lecti,
Et pectus certatim omnes rimantur apertum. Vida.*

ingeniosa; pero lo que no es una fábula es Jesús, este piadoso Pelicano, como le llama santo Tomás, que nos ofrece á todos, en la sagrada Eucaristía, su sagrada carne, alimenta nuestras almas con su cuerpo, las sacia con su sangre... ¡Ah! ¿porqué, como los pequeñuelos del mundo que os hablaba, no nos agrupamos con delicia alrededor del entrabierto corazón de Jesús, para saborear aquel sagrado alimento que da la alegría, la fuerza y la salud á nuestras almas?...

Proposición. — Más adelante hablaremos de la Eucaristía como Sacrificio; en esta instrucción y en la siguiente me propongo explicársela aún como sacramento: hoy vamos á hablar de la sagrada Comunión.

División. — Dejando para el domingo próximo las disposiciones necesarias para comulgar bien, lo propio que las consecuencias desgraciadas de una mala comunión, os hablaré de la sagrada Comunión en sí misma... Os diré pues, *en primer lugar*, que la sagrada comunión — entiendo por esto la invitación que Jesucristo nos hace á unirse con él, el permiso que nos da de recibirle en la sagrada Eucaristía, — es una de las invenciones más amorosas de su misericordia... Añadiré *en segundo lugar*, que, especialmente en nuestros tiempos, esta invención de su amor es una de las más desconocidas.

Primera parte. — He dicho que la sagrada Comunión es una de las invenciones más amorosas del Corazón de Jesús... ¡Jesucristo dándose á nosotros, queriendo hacerse alimento nuestro!... ¡Cuán increíble prodigio! exclaman los santos Doctores... Y todos, embargados por la admiración, caen de rodillas ante este adorable misterio... Y la verdad, hermanos míos muy amados, ¿qué hombre habría podido ensñar semejante honor para nuestra pobre naturaleza y tal condescendencia por parte de la majestad divina?.. Un día, dicen los Libros sagrados, un poderoso monarca, llamado Asuero, preguntaba á uno de sus cortesanos qué era lo que debía hacer para colmar de honores á uno de sus súbditos, á un hombre á quien quería recompensar... El cortesano, llamado Amán, creyendo que era á él á quien se trataba de honrar, buscó en su imaginación todo lo que pudo encontrar más grande y más deseable. — « Señor, dijo, yo quisiera que este hombre fuese cubierto con suntuosas vestiduras, montado en uno de tus soberbios

corceles, fuese ceñido con una diadema; que el primero de tus vasallos, llevando el caballo de la brida, le pasease por el centro de la ciudad diciendo: Ya veis de qué honores colma el monarca á aquellos á quienes quiere honrar (1)... »

Ahí teneis todo lo que había podido ensoñar la imaginación de un hombre ávido de gloria y de distinciones... Y si Dios, hermanos míos, antes de instituir este adorable misterio se hubiese dirigido asimismo ya á Abrahán, ya á David ó á otro cualquiera de los santos patriarcas de la ley antigua; si se hubiese dignado consultarles y decirles: ¿De qué honores opinais que el Altísimo deba colmar en la tierra á aquel á quien ama y quiere glorificar?... Sin temor de equivocarme afirmo que ni tú, santo patriarca Abrahán, ni tú, ilustre David, ni vosotros, ni los demás habríais imaginado el honor reservado á nuestra pobre naturaleza... »

Mucho era ya, hermanos míos muy amados, que el Hijo de Dios hubiese tomado un cuerpo y una alma semejantes á los nuestros; el pesebre de Belén, el taller de Nazareth, el trabajo, la pobreza, las humillaciones... todo esto sufrido por el Verbo eterno, hecho hermano nuestro é hijo de María... ¡Éste tenía que ser un espectáculo incomprendible hasta para los mismos Angeles del cielo... ¿Y qué debieron pensar aquellos espíritus bienaventurados cuando vieron á Aquel á quien adoran por su rey, molido á golpes, arrastrar sobre sus ensangrentados hombros la pesada cruz donde iba á morir?... Tal vez cubrieron sus rostros durante aquellas dolorosas horas, cual hijo que con su capa se cubriera para no ser testigo de los tormentos de un padre á quien no pudiera socorrer... Pero, consumado el misterio, debieron exclamar con viva admiración: ¡Cuánto ha amado Dios á los hombres!... Y sin embargo, aquello no era todo aún... Dícese que, para llegar á la cima más elevada de los Alpes, hay que trepar por cimas y más cimas; así, hermanos míos muy amados, cuando hablamos del amor de Jesucristo hacia nuestras almas, cuando intentamos comparar su elevación, extensión y profundidad, caminamos de misterios en misterios... Estaba instituída la Eucaristía, el Redentor había dicho: *Yo estaré con vosotros*

(1) Esther, c. 9, VI.

hasta la consumación de los siglos...; Y al cabo de algunas semanas su presencia para siempre jamás en este adorable misterio iba á realizar su promesa!...

¿No era bastante, decidme, hermanos míos muy amados, no era en cierto modo demasiado amor ya hácia nosotros, infelices y miserables criaturas, que después de habernos redimido á costa de su sangre, consintiese aún en permanecer constantemente, día y noche, en nuestros tabernáculos?...; Qué prodigio ya, qué honor para nosotros, cristianos, solamente en esta presencia!.. Háblase de ciudades honradas por la permanencia de los reyes en ellas:; miseria y vanidad!.. La más humilde de nuestras aldeas es una ciudad más honrada aún, puesto que el Criador del cielo reside en ella de un modo permanente...; Y está ahí todo, por fin?...; Nó, bien lo sabeis!... Si permanece aquí, en este tabernáculo, para bendecirnos y proteger nuestras familias y nuestros campos, tiene aún otro fin más respetable para nosotros! Quiere que nuestros corazones se conviertan en templos suyos; quiere ser nuestro alimento, mezclar su cuerpo con nuestro cuerpo, su sangre con nuestra sangre, su vida con nuestra vida, su alma con el alma nuestra... Decid, hermanos míos; ; cuánto amor de su parte, cuán inmenso honor para nosotros!...Aún hay más; nos apremia, nos invita, y, si no fuese porque quiere respetar nuestra libertad, parece que nos haría violencia para unirnos á él, cual en ciertas ocasiones se coje de la mano á un muchacho indócil, para conducirle á un espléndido festín...

Ved ahí, hermanos míos muy amados, ved ahí la sagrada Comunión... Jesucristo dándose á nosotros todo entero; Jesucristo diciéndonos: « Yo soy el pan de vida, venid todos á uniros á mí; si coméis mi carne y bebéis mi sangre, tendréis la vida en vosotros...» Y os preguntó yo; ¿podía hacer más?... Ya veis como tenía razón al decir que la sagrada Comunión es una de las invitaciones del Corazón de Jesús más amorosas y más venerables para nosotros.

Segunda parte — He añadido, hermanos míos, que, especialmente en nuestros días, esta sublime invención de su amor era una de las más desconocidas... Es quizás la que menos comprende la mayor parte de los cristianos... Decidme, sinó, ¿quién en esta parroquia y en muchas roetas, comprende bien lo que es la sagrada Comunión, y el hono-

Jesucristo nos hace al darse á nosotros en la sagrada Eucaristía?... ¿Quién?... Algunos pocos fieles, algunas piadosas mujeres que, en las fiestas de Pascua y de Navidad, se aproximarán á la sagrada mesa...; Ah! lo sé, encuéntranse aún en nuestras ciudades, y hasta á veces en nuestras aldeas, ciertos cristianos enérgicos que aman la sagrada Comunión, y que, en días de persecución, estrecharían, si convenía, el tabernáculo entre sus brazos y contra su corazón... Piadosas comunidades de hombres y de mujeres, nó, tampoco á vosotras os quiero olvidar...; Ah! vosotros y vosotras, cual los santos que fueron vuestros fundadores y antepasados, apreciáis el honor y la dicha que nos proporciona una comunión bien hecha!.. Allí, hermanos míos muy amados, es decir en la sagrada mesa, el hermano de las escuelas cristianas encuentra el valor necesario para llevar á cabo una tarea con frecuencia ingrata... En este hogar es donde vuelve á templar, cual acero que no es posible mellar, esta inquebrantable abnegación tan amenudo calumniada... De allí también, en la sagrada Comunión, es de donde tantas religiosas sacan las virtudes de abnegación, piedad y caridad, que, á los ojos de los ángeles, las rodean como de una corona esplendorosa...

Pero, comparado con la inmensa multitud de los que están bautizados y que no comulgan,; cuán reducido es el número de estas almas fieles!...; Y cuánta verdad es decir que el amoroso misterio de la sagrada Comunión es uno de los más desconocidos!... Vosotros honrais todavía el misterio de la Encarnación y, en el día de Navidad, venís en gran número á este sagrado recinto, á celebrar el nacimiento del divino Niño... Vosotros honrais también el misterio de nuestra Redención; apesar de la flojedad de nuestros tiempos, el día del Viernes Santo, lo afirmo por la fé que os inculcaron vuestras madres, no es para vosotros un día como otro cualquiera, y muchos que no comulgan acuden aquí á contemplar y venerar la imagen de Jesús crucificado... Iré hasta más léjos... La sagrada Eucaristía, como presencia permanente de Jesús en la hostia santa, no repugna á vuestra fé. Os agrada esa hermosa solemnidad del *Corpus*; prestais gustosos, para nuestros altares de la carrera, vuestras más bellas flores y lo que teneis de más rico en vuestras casas; seguís la procesión con piedad y en gran número.. Co

todos estos actos, hermanos míos muy amados, probais que teneis fé, reconocéis y honrais nuestros principales misterios...

Mas, decidme, ¿obrais así con respecto á esta incomprendible efusión de amor que se llama la sagrada Comunión?... Vamos á ver, cristianos, nada de ilusiones aquí : ya no soy yo quien os va á hablar.... es Jesucristo, desde el fondo de este tabernáculo. Prestadme vuestra atención. « Mis buenos amigos, nos dice, para vosotros es para quien estoy en este sagrado vaso... Vuestras almas, cual vuestros cuerpos, tienen necesidad de alimento : pues bien, yo estoy aquí para alimentarlas : mi carne es verdaderamente un pan, mi sangre es verdaderamente una bebida : venid pues para que me una yo á vosotros, para que sea yo vuestra fuerza, vuestro sostén, vuestra luz en medio de las oscuridades de esta vida... En verdad, en verdad, os lo digo, si no coméis mi carne, ni bebéis mi sangre, es decir, si no comulgais, la vida de la gracia no está en vosotros, y no tendreis parte en el reino eterno... » ¿ Habéis oído bien, hermanos míos?... Todas estas palabras estan sacadas del Evangelio.. ¿Cómo contestamos á esta tierna invitación? Este misterio de amor por medio del cual Jesucristo se quiere unir á nosotros en la sagrada Comunión, ¿no es de todos los misterios el más abandonado, el menos comprendido y el más desconocido?... ¿Cuán ingratos somos!... ¡ Sí, ingratos! Y esta ingratitud, ¡ oh! quiero, por decirlo así, hacerosla tocar con el dedo, porque no lo he dicho todo aún...

¿ Acaso no habeis oído la voz de Jesús que os habla desde el fondo de este tabernáculo?... Nó, dulce Salvador, vuestro lenguaje es mudo : vos no hablais sino al corazón, ¡ y aún es menester que este corazón sea digno de comprenderos !... Pues bien, hermanos míos, su misericordia, su amor, su ardiente deseo de unirse á nosotros irá más léjos todavía..... ¡ Ah! ¿ no oís esta bendita voz que, desde el centro de este altar, os dice : *Venid á mí?*... Otra voz fuerte, retumbante y llena de autoridad, la voz de la santa Iglesia católica os repetirá en su nombre : *Recibiris á tu Criador*.... Esta voz, podreis no obedecerla; pero á lo menos, de buena ó de mala gana, habrá que oirla : de buena ó de mala gana, será preciso que sepamos bien que, si somos bastante cobardes y bastante indiferentes — iba á decir bastante impíos — para no corresponder á los deseos del Dios de la Eucaristía, uniéndonos á él por medio de la sagra-

da Comunión, somos, no solamente unos ingratos, sino también unos rebeldes que desconocen á la vez el amor de su Dios y la autoridad de su madre la Iglesia...

Sobradamente sabeis, hermanos míos, cuán pocos son los que corresponden á esta estrecha obligación de comulgar. Y vosotros mismos que me escuchais, veamos, ¿ á cuántas estais?... No necesito decirlo : contestáos á vosotros mismos, y ved si no sois del número de los que desconocen este misterio de amor... Poquito á poco va uno alejándose de la sagrada Comunión, aumenta este alejamiento; la fé disminuye en el corazón; el alma se habitúa á permanecer en un estado de muerte; ya no siente, ya no comprende la necesidad que tendría de reparar sus fuerzas por medio de este sagrado alimento.. Es una especie de cadáver espiritual, que permanece años y años en una especie de sopor, hasta que un despertar siniestro é imprevisto, como con harta frecuencia acontece, la arroja aturdida y temblorosa ante el tribunal del soberano Juez....

PERORACIÓN. — Ved ahí, carísimos hermanos, los dos pensamientos de esta importante instrucción : es que el permiso que Jesucristo nos da, la invitación que nos hace de unirnos á él por medio de la sagrada Comunión, de recibir su cuerpo, su sangre, su alma y su divinidad, es una de las demostraciones más incomprendibles de su amor. El segundo pensamiento consiste en que la indiferencia de los hombres sobre este punto y la negligencia de tantos cristianos en gozar de este favor apenas son concebibles... Un judío convertido, el piadoso Hermann, de quien ya os he hablado, al ver esta apatía que tantos cristianos manifestaban respecto á la sagrada Comunión, volvíase hácia el tabernáculo, exclamando : « ¡ Oh misterio más que incomprendible ! Un Dios se ha consumido de amor por nosotros... ¿ y el mundo es insensible para este Dios ? ¡ Amor, Amor, vos nos sois amado ! (1) ... » Y también yo, volviéndome hácia este altar, repito como él : ¡ Dios de la sa-

(1)

Mystère, hélas ! plus qu'incompréhensible !
Un Dieu pour nous d'amour s'est consumé...
Et pour ce Dieu le monde est insensible ?
Amour, amour, vous pas aimé !...

(V. sus *Cantiques.*)

grada Eucaristía, Jesús de la sagrada Comunión, nó, no sois comprendido!... Haced descender sobre estos fieles que me escuchan un rayo de luz que les haga conocer cuánto les amais en la santa hostia... Que comprendan que sois tan necesario á su alma como á su cuerpo lo son el pan y el vino; inspiradles á todos el pensamiento, el deseo eficaz de disponerse lo más pronto posible para recibirlos dignamente en este Sacramento de amor... Así sea.

INSTRUCCION VIGESIMOPRIMERA.

SACRAMENTO DE LA SAGRADA EUCARISTIA.

INSTRUCCION OCTAVA.

DISPOSICIONES NECESARIAS PARA COMULGAR BIEN; TERRIBLES CONSECUENCIAS DE UNA MALA COMUNIÓN.

TEXTO. — *Qui enim manducat et bibit indigne, iudicium sibi manducat et bibit.* El que comulga indignamente, come y bebe su propia condenación.

(I CORINTIOS, CAP. XI, VERS. 29.)

EXORDIO. — Me apercibo, hermanos míos, de un olvido que quiero reparar, aun cuando estoy seguro de que vuestra piedad habrá suplido esta omisión... Después de haber dicho que Jesucristo está realment presente en la sagrada Eucaristía, el catecismo añade esta pregunta: ¿ Se debe adorar á Jesucristo en este Sacramento?... Y la respuesta es la siguiente: Sí, se debe adorar á Jesucristo en la sagrada Eucaristía, y se pecaría si no se le adorase. — En efecto, hermanos míos, en todo tiempo nuestro divino Salvador ha recibido, en este augusto sacramento, el culto supremo de la adoración... San Juan Crisóstomo nos refiere que los fieles de su época adoraban la santa forma antes de comulgar

(1)... El culto público que se ha tributado siempre á la Eucaristía, las solemnes procesiones instituidas en honor suyo, mil y mil ejemplos consignados en la Vida de los Santos y en la Historia de la Iglesia, son un testimonio de estos honores, de estas adoraciones que los fieles han tributado siempre á nuestro Salvador oculto en el augusto Sacramento.

Citemos un hecho entre todos... Ahí teneis á dos nobles caballeros, que caminan á través de las casi desiertas llanuras de la Alsacia: son Rodolfo, jefe de aquel país, acompañado de uno de sus parientes... Va allá léjos, á visitar por piedad á una santa reclusa que reside en Suiza... De repente, divisan á un sacerdote que va á pié á llevar el santo Viático á un pobre enfermo; sólo le acompaña un sacristán que lleva un cirio y la campanilla... A su vista, Rodolfo baja de su caballo y suplica al ministro de Dios que monte en su lugar; después, cojiendo la brida, sirve de escudero al sacerdote, le conduce hasta la casa del moribundo, y luego vuelve á conducirle á su iglesia... Después de la adoración del Santísimo Sacramento, el sacerdote da las gracias al noble conde y le desea toda suerte de prosperidades... Los dos peregrinos continúan su viaje... Mas á penas hubieron saludado á la piadosa solitaria á quien iban á visitar, ésta, iluminad sin duda por una divina revelación, volviéndose hácia Rodolfo le dijo: «En recompensa del servicio y culto que recientemente prestaste á Dios y á su servidor, el Todo Poderoso te colmará de bienes, á tí y á tus descendientes...» En efecto, poco tiempo después, el conde era nombrado emperador y era el fundador de una dinastía.. Sus descendientes son los que gobiernan aún hoy el imperio de Austria (2).

Como veis, hermanos míos muy amados, siempre y especialmente en los tiempos de fé, tanto los príncipes, como sus vasallos, tributaban á Nuestro Señor Jesucristo, en la sagrada Eucaristía un culto de adoración...

(1) V. Bona, *de Liturgia*, tomo II.

(2) J. Marchant, *Candélabre mystique*, tratado III, lección 6. — Rohrbacher refiere este hecho de una manera algo diferente en el libro 75 de su *Histoire*.

grada Eucaristía, Jesús de la sagrada Comunión, nó, no sois comprendido!... Haced descender sobre estos fieles que me escuchan un rayo de luz que les haga conocer cuánto les amais en la santa hostia... Que comprendan que sois tan necesario á su alma como á su cuerpo lo son el pan y el vino; inspiradles á todos el pensamiento, el deseo eficaz de disponerse lo más pronto posible para recibirlos dignamente en este Sacramento de amor... Así sea.

INSTRUCCION VIGESIMOPRIMERA.

SACRAMENTO DE LA SAGRADA EUCHARISTIA.

INSTRUCCION OCTAVA.

DISPOSICIONES NECESARIAS PARA COMULGAR BIEN; TERRIBLES CONSECUENCIAS DE UNA MALA COMUNIÓN.

TEXTO. — *Qui enim manducat et bibit indigne, iudicium sibi manducat et bibit.* El que comulga indignamente, come y bebe su propia condenación.

(I CORINTIOS, CAP. XI, VERS. 29.)

EXORDIO. — Me apercibo, hermanos míos, de un olvido que quiero reparar, aun cuando estoy seguro de que vuestra piedad habrá suplido esta omisión... Después de haber dicho que Jesucristo está realment presente en la sagrada Eucaristía, el catecismo añade esta pregunta: ¿ Se debe adorar á Jesucristo en este Sacramento?... Y la respuesta es la siguiente: Sí, se debe adorar á Jesucristo en la sagrada Eucaristía, y se pecaría si no se le adorase. — En efecto, hermanos míos, en todo tiempo nuestro divino Salvador ha recibido, en este augusto sacramento, el culto supremo de la adoración... San Juan Crisóstomo nos refiere que los fieles de su época adoraban la santa forma antes de comulgar

(1)... El culto público que se ha tributado siempre á la Eucaristía, las solemnes procesiones instituidas en honor suyo, mil y mil ejemplos consignados en la Vida de los Santos y en la Historia de la Iglesia, son un testimonio de estos honores, de estas adoraciones que los fieles han tributado siempre á nuestro Salvador oculto en el augusto Sacramento.

Citemos un hecho entre todos... Ahí teneis á dos nobles caballeros, que caminan á través de las casi desiertas llanuras de la Alsacia: son Rodolfo, jefe de aquel país, acompañado de uno de sus parientes... Va allá léjos, á visitar por piedad á una santa reclusa que reside en Suiza... De repente, divisan á un sacerdote que va á pié á llevar el santo Viático á un pobre enfermo; sólo le acompaña un sacristán que lleva un cirio y la campanilla... A su vista, Rodolfo baja de su caballo y suplica al ministro de Dios que monte en su lugar; después, cojiendo la brida, sirve de escudero al sacerdote, le conduce hasta la casa del moribundo, y luego vuelve á conducirle á su iglesia... Después de la adoración del Santísimo Sacramento, el sacerdote da las gracias al noble conde y le desea toda suerte de prosperidades... Los dos peregrinos continúan su viaje... Mas á penas hubieron saludado á la piadosa solitaria á quien iban á visitar, ésta, iluminad sin duda por una divina revelación, volviéndose hácia Rodolfo le dijo: «En recompensa del servicio y culto que recientemente prestaste á Dios y á su servidor, el Todo Poderoso te colmará de bienes, á tí y á tus descendientes...» En efecto, poco tiempo después, el conde era nombrado emperador y era el fundador de una dinastía.. Sus descendientes son los que gobiernan aún hoy el imperio de Austria (2).

Como veis, hermanos míos muy amados, siempre y especialmente en los tiempos de fé, tanto los príncipes, como sus vasallos, tributaban á Nuestro Señor Jesucristo, en la sagrada Eucaristía un culto de adoración...

(1) V. Bona, *de Liturgia*, tomo II.

(2) J. Marchant, *Candélabre mystique*, tratado III, lección 6. — Rohrbacher refiere este hecho de una manera algo diferente en el libro 75 de su *Histoire*.

PROPOSICIÓN. — Pero, después de haberos hablado, el domingo pasado, de la sagrada Comunión, me propongo, esta mañana, tratar este mismo asunto de un modo más práctico.

DIVISIÓN. — *En primer lugar*, disposiciones necesarias para comulgar bien; *en segundo lugar*, consecuencias terribles de una mala Comunión.

Primera parte. — Carísimos hermanos, tomemos aún una nueva comparación del alimento habitual... Ya sabéis que, para que el alimento produzca su efecto, es necesario que encuentre bien dispuesto nuestro estómago... Preguntad á los médicos y ellos os dirán que, en determinadas condiciones, el uso del pan y del vino producirían rápidamente la muerte á ciertos enfermos... ¿Porqué?... Porque hay en ellos cierto mal, inflamación ú otro, que convertiría para ellos en una especie de veneno lo que da fuerza y salud á la persona que se encuentra bien... Esto mismo acontece, hermanos míos, con el alimento divino que recibimos en la santa mesa. Oíd sinó á santo Tomás: « Los buenos, dice, lo reciben; los malos lo reciben también, pero; qué diferencia!... Para los unos es la vida, para los otros la muerte... »

Sumunt boni, sumunt mali,
Sorte tamen inæquali:
Vita vel interitus.

Hay pues una comunión buena y otra mala. »

Veamos ahora cuáles son las disposiciones necesarias para comulgar dignamente. En rigor, una sola disposición se exige al que ha de acercarse á la sagrada mesa... Es menester que se halle en estado de gracia, limpio á lo menos de todo pecado mortal: pero esta disposición es necesaria é indispensable. Por eso en otros tiempos, antes de distribuir la sagrada Comunión, el ministro pronunciaba en alta voz estas palabras: *Las cosas santas para los santos*, es decir que únicamente se atrevan á aproximarse á este augusto Sacramento aquellos á quienes nada reproche la conciencia y cuya alma esté limpia de toda mancha... Sin embargo, carísimos hermanos, para comulgar con fruto, conviene que nuestras almas estén poseídas de sentimientos de deseo, de amor, de respeto y sobre todo de humildad.

¿Habeis meditado sobre las ceremonias que acompañan á la administración de este Sacramento?... Tal vez nó... porque, así como los ojos no ven lo que está en contacto con ellos, de igual manera pasan para nosotros desapercibidas estas bellas ceremonias que tan amenado se verifican á nuestra vista... Figuráos pues, cristianos, que asistís por vez primera á la solemne administración de la sagrada Comunión... Un obispo, figuráos, por ejemplo, san Francisco de Sales, es quien la va á distribuir... Los fieles, golpeándose el pecho, han repetido tres veces con él: «;Cordero de Dios que borras los pecados del mundo, compadécete de nosotros!... Se acerca el momento solemne... Los que van á comulgar entran en más profundo recojimiento; experimentan la necesidad de confesar nuevamente sus faltas y de recomendarse á las oraciones de los santos, al objeto de disponerse mejor á recibir aquel Dios de santidad, que hasta en el sol encuentra manchas... Miradles arrodillados, uniéndose desde el fondo de su corazón á aquel que en su nombre recita ese acto de humildad que se llama el *Confiteor*, la Confesión general... «Yo pecador me confieso á Dios, á la augusta Virgen María, á todos los santos, de todos los pecados que he cometido... por mi culpa, por mi grande culpa; por esto ruego á la Virgen María y á todos los santos que rueguen por mí...» Sácase del tabernáculo el santo copón, y el sacerdote que oficia, volviéndose hácia los comulgantes arrodillados cerca del altar: «El Señor tenga misericordia de vosotros, dice... Luego, extendiendo hácia ellos su mano y bendiciéndoles, añade: «Él os conceda el perdón, la absolucion y la remisión de todas vuestras faltas...»

Acercáos, pues, con confianza, piadosos fieles, venid á postraros junto á la santa mesa... Sin embargo, antes de daros á Jesús, se van á reclamar de vosotros actos de fé y de humildad... El sacerdote toma una hostia del sagrado vaso, vuélvese con majestad hácia los fieles que van á comulgar y les dice: «; Ved ahí al Cordero de Dios, ved ahí al que borra los pecados del mundo!...» Cada uno de los comulgantes dice desde el fondo de su corazón: «Lo creo: adoro á este divino Cordero; me humillo en su presencia.» Prosigue después el Celebrante y, sugiriendo á los que van á comulgar los sentimientos de humildad y confianza que en aquel solemne momento deben predominar en ellos, repite

por tres veces consecutivas estas palabras: « Señor, yo no soy digno de que vos entreis en mi interior; pero decid solamente una palabra y mi alma será sana... » Piadosos fieles, tened confianza; el Dios que vais á recibir, conmovido por vuestra humildad, pronunciará sobre vuestras almas aquellas poderosas palabras que os harán cada vez más dignos de recibirle... ; Oh Jesús, dejad el sagrado vaso; ved que ellos os han preparado en su corazón copones dignos de vos !.. Y el sacerdote desciende del altar sosteniendo la sagrada Eucaristía en sus manos temblorosas de respeto... Deposita la sagrada forma sobre la lengua de cada uno de los comulgantes, pronunciando esta sagrada fórmula: « El cuerpo de Nuestro Señor Jesucristo guarde tu alma para la vida eterna... » El fiel se inclina; está consumado el misterio; el Hijo de Dios se ha unido íntimamente á él... Ahora que le adore, que le adore, que le dé gracias y sobre todo, mientras le posee, que no olvide pedirle las gracias que necesite (1)...

Carísimos hermanos, estas hermosas ceremonias, que acompañan á la recepción de la sagrada Eucaristía, nos demuestran que, para comulgar bien, además de estar puros de conciencia, debemos estar penetrados de sentimientos de fé, amor y humildad.

Segunda parte. — Digamos ahora algunas palabras sobre la comunión indigna y sus efectos... Leemos en la *vida de Voltaire*, unode los hombres más impíos y más profundamente perversos que han existido bajo la luz del sol, que, cuando quería destruir la fé y ahogar los remordimientos en el alma de aquellos á quienes trataba de corromper, les aconsejaba que fuesen á comulgar sin haberse confesado... Y esta infernal receta daba casi siempre resultado... Aquel demonio en carne humana había empleado el mismo este medio. Y esto, que se lo había inspirado el infierno, le había llevado á declararse enemigo per-

(1) Manifiesta el P. Lebrun que el rezo del *Confiteor* y ciertos ritos, observados actualmente en la administración de la sagrada Comunión, estaban en uso en el siglo XII: *Explication des cérémonies de la Messe*, t. I. Si me fuera permitido contradecir al sábio oratoriano, no me sería difícil demostrar por las Crónicas de varias Ordenes religiosas que son mucho más antiguos, sólo que no estaban en uso por todas partes... En este sentido el P. Lebrun tiene razón... Algunos de estos ritos se remontan á los tiempos apostólicos... Véanse *Bona*, S. Cirilo y S. Juan Crisóstomo.

sonal del Dios supremo... Inútil es decirnos que murió como había vivido, y que espiró de una manera repugnante entre accesos de rabia y de desesperación... Pero, tanto de su historia, como de los consejos que daba á aquellos á quienes quería seducir, resulta que uno de los efectos frecuentes de una comunión indigna es la pérdida de la fé...

Un segundo efecto es la desesperación. Ved á Judas, — porque siempre hay que volver á ese miserable, cuando se trata de una comunión indigna, — apenas abrió su sacrilega boca para recibir la partícula sagrada, que Jesús le presentaba, y Satanás se apodera ya de su corazón... « Anda, Judas, le dice su buen Maestro, y haz lo más pronto posible lo que meditas... » El traidor sale, corre, vuela á consumir su traición, y á recibir el importe que se le ha prometido. Se endurece en el crimen; avanza con los soldados, da á su divino Maestro el beso que sabeis... Nada pudo conmover á aquel miserable, ni siquiera las dulces palabras de Jesús: « Amigo mio, ¿ porqué has venido aquí ?... ; Cómo, Judas ! ¿ con un beso haces traición al Hijo del hombre ?... » Échate pues á los piés de tu divino Maestro, desgraciado Apóstol; confiesa tu crimen y llora desde hoy y por toda tu vida, cual á no tardar llorará san Pedro una negativa menos culpable... Pero, nó: Satanás le tiene cojido entre sus garras: se aleja con los ojos enjutos, haciendo sonar tal vez en sus bolsillos el importe de su traición... Mañana Satanás le inspirará un arrepentimiento estéril, y unos remordimientos que la desesperación hará más criminales todavía que su traición... Después, á la hora en que Jesús morira en el Calvario para la salvación de todos, podreis ver, en el extremo opuesto de Jerusalem, el repugnante cuerpo de un ahorcado balanceándose en el espacio, y á Satanás llevándose al infierno aquella alma de Apóstol, de que se apoderó después de una comunión indigna.

Si quisiésemos reflexionar bien, hermanos míos, en toda mala comunión existe una imitación del crimen de Judas... Allí está Jesús, el buen Jesús, vendido con un beso en el santuario de su amor... Allí está Jesús, el buen Jesús, diciendo únicamente, al miserable que le ultraja, estas palabras: « Amigo mio ¿ porqué vienes aquí ?... ; Cómo ! ¿ te arrodillas ante esta mesa santa para darme el beso del traidor ?... » Y Satanás vuelve á llevar, como á Judas, á su sitio al comulgante indigno

¿Qué pasa pues en aquel corazón?... ¡Misterio!... Pero al fin, está consumada la iniquidad, queda realizado el crimen, y el comulgante indigno podrá decirle á Judas : «Ven, hermano mio, á que te abraze ; desde hoy estamos unidos...» A veces, hermanos míos muy amados, se ha visto también á miserables que han imitado á Judas hasta en sus estériles remordimientos y en su infernal desesperación...

Pero si no siempre acompaña como un efecto positivo á la comunión indigna esta desesperación brutal que conduce al suicidio, ved ahí á lo menos otros resultados que la acompañan casi infaliblemente... Disminución de la fé, disgusto de las cosas espirituales, pérdida de la protección de la Virgen Santísima...

Más de una vez, hermanos míos, me he preguntado cómo y por qué una jóven, que hasta una edad tal venía comulgando, dejaba de llenar algún tiempo después este deber ; cómo ciertas personas, piadosas en apariencia cuando solteras, se volvían indiferentes y casi impías, cuando eran casadas y madres de familia ; cómo y por qué otras, sin motivo aparente, dejaban bruscamente de cumplir con el precepto pascual y hasta de frecuentar la iglesia... — Pues bien, os lo digo francamente, la experiencia me ha enseñado que, más de una vez, este cambio de conducta tenía por origen una comunión indigna, ó cuando menos hecha con tibieza é indiferencia... Eso es cierto... Sí, sí, es cierto : á vosotros os toca meditarlo... Como castigo, Dios se retira, la fé se debilita, apenas se conserva algún ligero rastro de ella... Si entre vosotros, carísimos hermanos, hay quienes, habiendo sido en un principio piadosos y buenos cristianos, han caído después en este deplorable estado de indiferencia, reflexionen sobre la manera como hicieron su última Comunión...

Esta disminución de la fé, esta profanación del cuerpo de Jesús en la Eucaristía, llevan al alma el disgusto por las cosas espirituales... Ya no se dicen las oraciones de la mañana ni de la noche ; si un resto de costumbre hace que aún de tarde en tarde se reciten, es sin atención y sin fervor... ; Y la santa Misa ! Se asistirá tal vez aún á ella alguna vez ; pero ; cuán largos se encuentran los divinos oficios ! ; y con qué mala gana se escuchan las palabras del predicador !.. y sobre todo palabras como las que yo os dirijo en este momento... Todo lo que á la piedad

se refiere no hace mella alguna en esas almas que una comunión sacrilega ha petrificado...

PERORACIÓN. — Pero á ciertas personas que llevan este cáncer en su corazón las oigo decirme... ¿qué? Vamos á ver, mis buenos hermanos, os escucho... — Yo á lo menos, rezo á la Santísima Virgen, y sabe V. muy bien que ella jamás niega su protección á los que la invocan y la rezan... — Líbreme Dios, amigos míos, de disuadiros de que os encomendeis á esta Madre de misericordia, ni de deciros que no se la tiene que rezar con instancia cada día, á fin de que os alcance la gracia de que podáis reparar el ultraje que inferisteis á su Hijo recibéndole con malas disposiciones... Sin embargo, no os ilusioneis : ella rogó por san Pedro, mas no intercedió por Judas... ; El sacrilegio es uno de los crímenes que más repugnan á su corazón !

Oíd antes lo que refiere santa Brígida en sus revelaciones : « Satanás, dice, reclamaba el alma de un moribundo : la bienaventurada Virgen, hácia quien éste se había mostrado adicto, intercedía vivamente en su favor para con su Hijo... ¿ Creéis tal vez, prosigue la santa, que aquella á quien llaman Refugio y Asilo de los pecadores obtuvo la gracia de aquel moribundo?.. Os equivocais. Jesucristo respondió á la Santísima Virgen : « Dulce Madre mia, vos lo sabeis todo : aun cuando esta alma haya sido fiel en rezaros, ya sabeis con cuán tristes disposiciones recibía mi cuerpo en la sagrada Eucaristía. ; Ya sabeis entre qué asquerosidades he tenido que descender ! Nó, nó, no hay perdón para ella... » Y la dulce María se inclinaba ante la voluntad de su Hijo (1). »

Carísimos hermanos, dispongámonos á comulgar, á lo menos una vez al año, ya que Jesucristo á ello nos invita y nos lo ordena la Iglesia santa ; dispongámonos á recibir este sacramento ; pero hagamos todos nuestros esfuerzos para recibirlo con santas disposiciones... Así sea. ®

(1). Santa Brígida, *Revelaciones*, libro II, c. II. — Apud Lohner, verb. *Communio*.

INSTRUCCION VIGESIMOSEGUNDA.

SACRAMENTO DE LA SAGRADA EUCARISTIA.

INSTRUCCION NOVENA.

LA PROCESIÓN DEL SANTÍSIMO SACRAMENTO; LA COMUNIÓN EN VIÁTICO.

TEXTO. — *Ecce Agnus Dei, ecce qui tollit peccata mundi.* Ved ahí al Cordero de Dios, ved ahí al que borra los pecados del mundo.

(S. JUAN, CAP. I, VERS. 29.)

Exordio. — Hermanos míos, terminaba mi última instrucción hablándoos de los tristes efectos que en el alma produce una comunión sacrilega. Disminución y pérdida de la fé, disgusto por la oración, pérdida de la protección de la excelsa Virgen María; tales son, os decía y no debéis haberlo olvidado, las deplorables consecuencias de una comunión sacrilega... A veces el Dios de la Eucaristía hasta se ha mostrado todavía más severo, y ha castigado de una manera más terrible y repentina á los profanadores de su sagrado cuerpo.

Escuchad un ejemplo célebre en la historia de la Iglesia. Un rey llamado Lotario, biznieto del gran emperador Carlomagno, había repudiado á su mujer legítima para vivir con una adúltera. El papa san Nicolás, celoso guardián de las costumbres y de la santidad del matrimonio, privó á ese rey de la comunión cristiana. Pero Lotario recurrió al artificio y á la hipocresía; creyó poder engañar á Adriano II, sucesor de san Nicolás en la silla de san Pedro... Se traslada pues á Roma y pide con insistencia recibir la sagrada comunión como los demás fieles. El papa celebra el santo Sacrificio; al fin de la Misa, el pontífice se adelanta para dar la comunión al rey y á sus cortesanos que estan allí arrodillados. Tomando en la mano el cuerpo del Salvador, se dirige á Lotario: « Príncipe, le dice, si no sois culpable del crimen de adulterio, si habeis

tomado la sincera resolución de romper unos lazos culpables, acercáos con confianza y recibid el sacramento de la vida eterna; pero si vuestra penitencia no es sincera, no tengais la temeridad de querer recibir el cuerpo y la sangre del Señor, y de adquirir, profanándolos, vuestra propia condenación... »

Tembló sin duda el culpable monarca al oír estas palabras: pero estaba decidida la maldad: la consumó, y, añadiendo el perjurio al sacrilegio, tuvo la osadía de recibir la hostia santa... ; Si, pero oíd la consecuencia!... Un mes más tarde, este príncipe, en el vigor de su edad, veíase atacado de una enfermedad desconocida, que se juzgó un castigo del cielo; los cabellos, las uñas, hasta la piel se desprendían de su cuerpo y caían como víctimas de una muerte anticipada y mil veces repetida... Así murió aquel sacrilego monarca, en medio de atroces dolores, sin haber dado señal alguna de arrepentimiento (1)... Así castiga Dios, hermanos míos, algunas veces de un modo terrible, á los profanadores de su sagrado cuerpo...

Proposición. — Pero en esta instrucción vamos á considerar la sagrada Eucaristía bajo un aspecto más consolador y menos terrible.

División. — *En primer lugar*, hablaremos de la institución de la fiesta del Santísimo Sacramento y de la solemne procesión que la acompaña; *en segundo lugar*, diremos algunas palabras sobre la comunión en Viático. Tales son los dos pensamientos en que vamos á ocuparnos durante unos momentos.

Primera parte. — De seguro habreis oído hablar, hermanos míos muy amados, de la institución de la fiesta del Santísimo Sacramento, y de la manera como se ha propagado por la Iglesia entera la más tierna devoción hácia este adorable Corazón... Una pobre religiosa débil, enfermiza, asociada por el mismo Jesucristo á los sufrimientos de su Pasión, fué el instrumento de que se sirvió nuestro dulce Salvador para dar mejor á conocer las maravillas de su Corazón sagrado... Repetidas veces se dignó aparecerse á ella, mostrándola su inflamado Corazón: » Hé ahí, la decía, este Corazón que tanto ha amado á los hombres; haz todos tus esfuerzos, hija mía, para que sea mejor conocido y

(1) Darras, *Hist. générale de l'Église*, t. XVIII, pág. 537.

más honrado en toda la Iglesia (1)... » La bienaventurada Margarita María correspondía fielmente á los deseos de su Salvador, y, apesar de los esfuerzos del infierno, se hizo popular la devoción al Sagrado Corazón... Y confiamos que á no tardar, uno de los más hermosos edificios del mundo, dominando todas las demás contrucciones de Paris, la orgullosa capital de Francia, mostrará cuán amado es este sagrado Corazón por todos los católicos que han conservado la fé...

En circunstancias casi semejantes fué como tuvo lugar la institución de la fiesta del Santísimo Sacramento... Una santa religiosa, llamada Juliana, fué también el instrumento que escogió Dios para hacer más solemne el culto de la sagrada Eucaristía... En vano se resistía, como el profeta Jeremías, á los deseos del Señor, diciendo como este profeta: «Señor, no me creerán; soy tan niña! (2). — No temas, le contestaba el Señor, yo me complazco en escoger lo más débil para realizar mis designios... » Durante cerca de veinte años, la humilde religiosa guardó silencio; mas al fin, apremiada por las instancias de nuestro dulce Salvador, triunfó de su humildad, declaró á sus superiores eclesiásticos que Jesucristo quería ser honrado en el sacramento de la Eucaristía con una fiesta especial... Y pocos años después, el papa Urbano IV erigió esta hermosa solemnidad que con tanta propiedad se llama la festividad del Cuerpo de Cristo, *Corpus Christi* (3)... Santo Tomás mismo, santo Tomás, el príncipe de los doctores, compuso el oficio de esta festividad y los bellos himnos que cantamos en la procesión.

El celo de los obispos y la piedad de los fieles se complacieron en rodear de magnificencias esta conmovedora solemnidad. No era bastante para el amor que se debía al Dios de la Eucaristía, honrarle en sus templos. Los cristianos, para afirmar su fé, para rendir al Dios del Santísimo Sacramento los honores que merece, á fin de atestiguarle su reconocimiento por un tan grande beneficio, quizás también para reparar los ultrajes que Jesucristo recibió de los Judíos, de los herejes y de los malos cristianos en este adorable misterio, los cristianos, digo, acojie-

(1) Vida de la B. Margarita Maria Alacoque.

(2) *Jeremías*, c. I, v. 6.

(3) V. Chardon, *Hist. des Sacrements*.

ron con entusiasmo una procesión solemne que la piedad de los Pontífices instituyó accediendo á sus deseos... Universal fué entonces este entusiasmo en la Iglesia de Jesucristo: altares de ramaje, adornados de flores y engalanados con la más tierna piedad, se levantaron en las plazas públicas de las ciudades, en las calles de los más humildes caseríos. La sagrada hostia fué sacada del tabernáculo y depositada, radiante, en un sol de oro ó de plata; á su paso, las casas estaban empavesadas y adornadas con las más ricas colgaduras... En nuestras aldeas, demasiado pobres para tributarle aquellas demostraciones de honor, se cubrían á lo menos los caminos con ramaje y se deshojaban por doquier flores á su paso. Los fieles gozosos acompañaban piadosamente al Rey del cielo y le formaban una escolta. Las muchachas, vestidas de blanco, precedidas de la imagen de María, abrian la marcha, y los cantos más solemnes acompañaban aquel triunfo del Dios de la Eucaristía... Dignábase Él detenerse algunos instantes sobre aquellos altares que piadosas manos habían levantado; desde allí bendecía á toda la parroquia... ¡Hermosa y dulce festividad, cuánta alegría, cuán suave entusiasmo llevaba á todos los corazones!...

Este entusiasmo, carísimos hermanos, no ha envejecido: la fiesta del Santísimo Sacramento y la procesión que la acompaña siguen siendo populares entre nosotros. Los que tenemos fé, los que creemos en el Dios de la Eucaristía, nos complacemos en acompañarle en esta marcha triunfal... ¡Ah! que vengan los herejes, los impíos y los incrédulos á decir que Jesús no está allí!... Insensatos, les podríamos contestar, ¿no veis pues, no sentís pues su presencia? Contemplad todos esos corazones que palpitan de alegría acompañándole; escuchad estas mil voces que repiten esos himnos en alabanza suya... ¡Ah miserables! por más que hagais, apesar de vuestra ignorancia y de vuestras blasfemias, Cristo es vencedor, Cristo reina y triunfa y nosotros cantamos este triunfo... ¡*Cristus vincit, Cristus regnat, Cristus imperat!*

En efecto, hermanos míos, á más de muchas otras pruebas, este culto solemne prestado á la sagrada Eucaristía ¿no es una prueba evidente de la creencia de la santa Iglesia católica en la presencia real de Jesús en la adorable Eucaristía?....

Segunda parte. — Pero quisiera también, hermanos míos muy

amados, hablaros de una procesión más frecuente y menos solemne, para la cual Jesucristo deja también su tabernáculo: es cuando se digna ir á visitar á un enfermo ó á fortalecer á un moribundo... En esta circunstancia en que con frecuencia tenemos el dolor de verle casi solo, deberíais, en cuanto vuestras ocupaciones os lo permitieran, ir á acompañarle...; Cosa apenas comprensible, hermanos míos! A veces hemos visto á cristianos que se esconden, que buscan un rincón cualquiera donde ocultarse, cuando llevábamos el santo Viático...; Ocultarse de Jesús cuando pasa!...; Huir ante él como se huiría ante... no me atrevo á decirlo!...; Vamos; es ignorancia, es cobardía, es falta de respeto! Si podeis acompañarle, uníos á los fieles que le siguen; si no podeis, arrodilláos á lo menos cuando pasa, haced la señal de la cruz y recibid su bendición....

Me parece que, cuando Jesús deja así su tabernáculo para ir á ofrecerse á un alma que le desea, demuestra más en cierto modo, por la abnegación que hace de sí propio, el amor que profesa á nuestras almas...; Oh! lo vais á comprender. Mirad á este Hijo de Dios, á este Rey del Cielo, anonadado, humillado en este tabernáculo. Pues bien, escuchad. Ahí teneis á un pobre anciano, acostado en un establo, á un mendigo, si quereis, luchando con las ansias de la muerte encima de un montón de paja en un granero: pero es cristiano y quiere hacer una buena muerte; desea recibir á su Dios antes de ir á su mansión eterna. Vuelvo á este recinto sagrado...; Oh Jesús de la Eucaristía!; quereis dejar este sagrado tabernáculo para ir allá abajo, á aquel establo, á aquel granero, á consolar á un pobre moribundo?... Y me parece ver la santa hostia estremecerse y animarse; mi Salvador extiende sus brazos... «; Sí, sí, enseguida, me dice; date prisa; se me tarda ir á visitar y fortalecer á esta alma que me desea.... »; Y cuando así se olvida de sí mismo.... cuando su amor le lleva á hacer una tal abdicación de su dignidad, es cuando nosotros vacilamos en reconocerle, es cuando vacilamos en darle pruebas de respeto!...; Vamos, hermanos míos, esto no debe volver á suceder!...

Cierto día, una piadosa princesa, hija de un rey de Francia, Isabel, duquesa de Mantua, recorría esta última ciudad, subida en un elegante carruaje.. De pronto divías á un sacerdote, seguido de algunas perso-

nas piadosas, que llevaba el santo Viático á un enfermo. Manda al cocheo que se detenga, deja su coche y se agrega humildemente al acompañamiento del sacerdote... Habríais visto á aquella piadosa princesa acompañar al Santísimo Sacramento hasta la morada del moribundo y, apesar de lo largo del trayecto, volver hasta la iglesia á recibir la bendición de Jesús (1)...; Cuántos otros ejemplos, hermanos míos, os podría citar que mostrarían, hasta de parte de los grandes de la tierra, una tierna piedad en acompañar á este divino Salvador cuando se lleva á los enfermos (a)!...

Al terminar estas instrucciones sobre la Eucaristía considerada como sacramento, quiero reparar una omisión... No os he hablado de la sagrada comunión en Viático, y sin embargo este asunto, hermanos míos, es muy importante...

Para que nuestra muerte sea verdaderamente cristiana, para que ella deje á los que nos lloran en la tierra una seguridad casi cierta de nuestra eterna salvación, es menester que hayamos recibido tres sacramentos: la Penitencia, que nos remite nuestros pecados, la Extremaunción que purifica más y más nuestra alma, y el santo Viático que la debe fortalecer en aquel terrible tránsito del tiempo á la eternidad... Dejádme deciros, con el corazón traspasado del más vivo dolor, que es muy sensible que, en esta parroquia, como en muchas otras, no se dé mayor importancia á la recepción del santo Viático... Podemos confesar á los enfermos; pero más de una vez hemos encontrado por parte de las familias ciertas dificultades cuando se trataba de llevar á los enfermos el santo Viático ó, sobre todo, de administrarles la Extremaunción. Parientes demasiado débiles, gentes de poca fé, vuestra pretendida ternura para con ese padre ó esa madre que van á morir es una crueldad abominable...; Qué!; decís que les amais... y no quereis proporcionarles estos piadosos auxilios que deben conducirles al cielo?...; Qué!; les amais... y con vuestro ciego cariño les exponéis á caer en el infier-

(1) S. Leonardo de Port-Maurice, y Lohner, *Verb. Eucharistie*.

(a) Es piadosa costumbre de los reyes de España, ceder su carruaje al sacerdote que encuentran á su paso llevando el santo Viático, y seguir ellos á pie hasta la casa de los enfermos; costumbre que imita la nobleza y hasta los particulares en las principales poblaciones de esta nación esencialmente católica. (N. del Tr.)

no?... ; Y decís que les amais !... ; Qué haríais pues que más funesto les fuese á esos parientes tan queridos si les odiaseis?... ; Ah, carísimos hermanos ! Profesemos á nuestros parientes un cariño más inteligente y más sensato ; dispóngámosles nosotros mismos á que hagan una muerte cristiana, y, por penoso que sea este deber para la naturaleza, sepamos cumplirlo fielmente.

Recorro la vida de los santos... En esto, hermanos míos, como en todo lo demás, se nos presentan como modelos... Y desde la Santísima Virgen que, si hemos de creer una piadosa tradición, recibía el Viático de manos de su divino Hijo, hasta al augusto Pio IX, cuya santa muerte recordamos aún, todos han deseado recibir la sagrada Eucaristía, como una saludable provisión para el gran viaje de la eternidad... Aquí tenemos á san Jerónimo, cubierto con un saco y acostado en el polvo, recibiendo, con el fervor de un serafín, al Dios que dentro de poco será su recompensa... Allí, tenemos á san Juan Crisóstomo, muriendo en el destierro, pero consolado por la recepción de la hostia santa : después de recibido el santo Viático, ningún otro alimento quiere ya. — « Hermanos, dice á los sacerdotes que le rodean, el cuerpo de Jesús ha dejado un sabor balsámico en mi alma ; quiero llevarme este delicioso gusto á la eternidad. » ¿ Y á vos, oh gran san Agustín, he de poderos olvidar ? Este ilustre pontífice, tendido en un lecho de dolor, donde le retiene una cruel enfermedad, está allí aguardando la muerte, y esperando sin duda, como san Pablo, la recompensa de tantos trabajos como había emprendido para la gloria de la Iglesia santa... Le traen el santo Viático. En cuanto lo ve, su alma se extremece de felicidad. — « ¡ Salve, dice, oh principio de nuestra creación y de nuestra redención ! ; Salve, adorable sacrificio, por el cual hemos sido reconciliados ! ; Salve, divino remedio que cura nuestras heridas ; salve Viático, que en nuestro destierro nos sostiene ! ; Salve, consuelo en nuestros trabajos, nuestro refugio en medio de las penas ! ; Salve, recompensa por la cual mi alma suspira !... » Y poco después de haber recibido la sagrada Eucaristía, el ilustre doctor se dormía en la paz del Señor(1)...

(1) V. Lohner, *Verb. Euchtristia et Communio.*

PERORACIÓN. — Carísimos hermanos, deduzcamos una conclusión práctica de lo que acabamos de decir. — Pidamos con frecuencia á Dios en nuestras oraciones la gracia de no vernos privados del santo Viático en nuestros últimos momentos, y cuando estemos enfermos, no aplacemos para el último extremo el recibir este celestial alimento. Luego, cuando veamos á nuestros parientes y á los que nos son queridos atacados de un mal que ponga en peligro su vida, guardémosnos ; oh ! guardémosnos bien de no tener para ellos más que un cariño pagano... Probemos entonces que tenemos fé y, aun cuando tuviésemos que derramar lágrimas, tengamos el valor de disponer, en lo que de nosotros dependa, á aquellos á quienes amemos á que hagan una muerte cristiana, es decir, á que reciban el santo Viático y los demás sacramentos... Dios permitirá que nuestra fé sea recompensada, concediéndonos la gracia de que también nosotros hagamos un día una muerte cristiana... Así sea.

INSTRUCCION VIGESIMOTERCERA

SACRAMENTO DE LA SAGRADA EUCHARISTIA

INSTRUCCION DECIMA

EXCELENCIA Y NECESIDAD DEL SANTO SACRIFICIO DE LA MISA

TEXTO. — *Salvare in perpetuum potest accedentes per semetipsum ad Deum; semper vivens ad interpellandum pro nobis.* Nuestro pontífice puede salvar siempre á los que se acercan á Dios apoyándose en él : vive siempre para interceder por nosotros...

(HEBR., CAP. VII, VERS. 25.)

EXORDIO. — Hermanos míos, os he dicho ya, y el catecismo os lo había enseñado antes que yo, que la sagrada Eucaristía es á la vez un sa-

no?... ; Y decís que les amais!... ; Qué haríais pues que más funesto les fuese á esos parientes tan queridos si les odiaseis?... ; Ah, carísimos hermanos ! Profesemos á nuestros parientes un cariño más inteligente y más sensato ; dispóngámosles nosotros mismos á que hagan una muerte cristiana, y, por penoso que sea este deber para la naturaleza, sepamos cumplirlo fielmente.

Recorro la vida de los santos... En esto, hermanos míos, como en todo lo demás, se nos presentan como modelos... Y desde la Santísima Virgen que, si hemos de creer una piadosa tradición, recibía el Viático de manos de su divino Hijo, hasta al augusto Pio IX, cuya santa muerte recordamos aún, todos han deseado recibir la sagrada Eucaristía, como una saludable provisión para el gran viaje de la eternidad... Aquí tenemos á san Jerónimo, cubierto con un saco y acostado en el polvo, recibiendo, con el fervor de un serafín, al Dios que dentro de poco será su recompensa... Allí, tenemos á san Juan Crisóstomo, muriendo en el destierro, pero consolado por la recepción de la hostia santa : después de recibido el santo Viático, ningún otro alimento quiere ya. — « Hermanos, dice á los sacerdotes que le rodean, el cuerpo de Jesús ha dejado un sabor balsámico en mi alma ; quiero llevarme este delicioso gusto á la eternidad. » ¿ Y á vos, oh gran san Agustín, he de poderos olvidar ? Este ilustre pontífice, tendido en un lecho de dolor, donde le retiene una cruel enfermedad, está allí aguardando la muerte, y esperando sin duda, como san Pablo, la recompensa de tantos trabajos como había emprendido para la gloria de la Iglesia santa... Le traen el santo Viático. En cuanto lo ve, su alma se extremece de felicidad. — « ¡ Salve, dice, oh principio de nuestra creación y de nuestra redención ! ; Salve, adorable sacrificio, por el cual hemos sido reconciliados ! ; Salve, divino remedio que cura nuestras heridas ; salve Viático, que en nuestro destierro nos sostiene ! ; Salve, consuelo en nuestros trabajos, nuestro refugio en medio de las penas ! ; Salve, recompensa por la cual mi alma suspira !... » Y poco después de haber recibido la sagrada Eucaristía, el ilustre doctor se dormía en la paz del Señor(1)...

(1) V. Lohner, *Verb. Eucharistia et Communio.*

PERORACIÓN. — Carísimos hermanos, deduzcamos una conclusión práctica de lo que acabamos de decir. — Pidamos con frecuencia á Dios en nuestras oraciones la gracia de no vernos privados del santo Viático en nuestros últimos momentos, y cuando estemos enfermos, no aplacemos para el último extremo el recibir este celestial alimento. Luego, cuando veamos á nuestros parientes y á los que nos son queridos atacados de un mal que ponga en peligro su vida, guardémosnos ; oh ! guardémosnos bien de no tener para ellos más que un cariño pagano... Probemos entonces que tenemos fé y, aun cuando tuviésemos que derramar lágrimas, tengamos el valor de disponer, en lo que de nosotros dependa, á aquellos á quienes amemos á que hagan una muerte cristiana, es decir, á que reciban el santo Viático y los demás sacramentos... Dios permitirá que nuestra fé sea recompensada, concediéndonos la gracia de que también nosotros hagamos un día una muerte cristiana... Así sea.

INSTRUCCION VIGESIMOTERCERA

SACRAMENTO DE LA SAGRADA EUCHARISTIA

INSTRUCCION DECIMA

EXCELENCIA Y NECESIDAD DEL SANTO SACRIFICIO DE LA MISA

TEXTO. — *Salvare in perpetuum potest accedentes per semetipsum ad Deum; semper vivens ad interpellandum pro nobis.* Nuestro pontífice puede salvar siempre á los que se acercan á Dios apoyándose en él : vive siempre para interceder por nosotros...

(HEBR., CAP. VII, VERS. 25.)

EXORDIO. — Hermanos míos, os he dicho ya, y el catecismo os lo había enseñado antes que yo, que la sagrada Eucaristía es á la vez un sa-

cramento y un sacrificio. Como sacramento, Jesucristo desciende sobre el altar, y permanece en él para entregarse á nosotros en la sagrada Comunión, para ser el alimento de nuestras almas, para fortalecernos contra las tentaciones y para depositar, al mismo tiempo, en nuestros cuerpos un gérmen de inmortalidad... Como sacrificio, la sagrada Eucaristía es la continuación, la prolongación, por decirlo así, del sacrificio del Calvario...

Una comparación os hará tal vez comprender este pensamiento.... ¿Qué es la Iglesia?... Es Jesucristo que continúa enseñándonos de una manera infalible... Este nuestro dulce Salvador no vivió más que algunos años sobre la tierra; pero nos dejó, en su Iglesia, un Doctor infalible, encargado de conservar y recordarnos sus divinas enseñanzas... ¿La Iglesia?... Sí, ella es el misterio de la *Encarnación* continuado hasta la consumación de los siglos... De suerte que, hermanos míos muy amados, el sacrificio de la cruz no duró más que algunas horas; pero nuestro adorable Redentor había establecido el santo Sacrificio de la Misa, para representar y renovar cada día y hasta el fin de las edades, la inmolación del Calvario; y el augusto Sacrificio de nuestros altares es el misterio de la *Redención* continuado hasta nosotros, y reproducido á cada hora de la manera más enérgica y verdadera.

La venida de Jesucristo á la tierra tenía un doble objeto: salvar á los hombres culpables y proporcionar á la augusta Trinidad el honor y los homenajes que la son debidos... Pues bien, la sagrada Eucaristía continúa entre nosotros del modo más admirable esta doble misión del Salvador... Para nosotros, para los cristianos de buena voluntad, la sagrada Comunión que alimenta nuestras almas y las tiñe con la sangre de Jesús; para el eterno Padre, para la augusta Trinidad, el Sacrificio de nuestros altares, continúa los homenajes y adoraciones que en otro tiempo le fueron tributados por el Sacrificio del Calvario (1).

PROPOSICIÓN. — Carísimos hermanos, del santo Sacrificio de la Misa es de lo que os hablaré en esta instrucción y en las que la deben seguir: « asunto difícil, decía un santo pontífice; cuando queremos hablar de este augusto misterio, la lengua es impotente, falta la palabra,

(1) V. Santo Tomás. *Suma Teológica*, parte III, y *Opúsculos*.

es insuficiente el ingenio y la inteligencia se ve oprimida por lo majestuoso del asunto: *deficit lingua, sermo disparet, superatur ingenium, opprimitur intellectum* (1). »

DIVISIÓN. — Veremos, *en primer lugar*, la excelencia del santo Sacrificio de la Misa, que es lo mismo que el de la Cruz; y *en segundo lugar*, la necesidad de este Sacrificio para aplacar la cólera de Dios: en estos dos pensamientos nos detendremos en esta instrucción.

Primera parte. — Excelencia del santo Sacrificio de la Misa, que es la renovación del sacrificio de la Cruz... Carísimos hermanos, ¿qué es el sacrificio? Es el acto de religión por excelencia. No hay necesidad de decirnos que en todos los pueblos ha existido, y que, lo mismo entre los paganos que entre los judíos, era el distintivo principal de los honores que á la divinidad se tributaban... Pero, veamos, repito, ¿qué es el sacrificio?... ¡Pregunta difícil! Amados fieles que me escucháis: diez veces tal vez se os habrá dado á esta pregunta una contestación que no habeis comprendido... El sacrificio, decíase, es la ofrenda de una cosa buena que se inmola y se destruye en honor del Dios Altísimo, para reconocer su dominio soberano... Acaso no habeis comprendido bien esta definición tan exacta del sacrificio... A ver si damos con una explicación más sencilla, y así os lo hago comprender. Ayer eran los días de mi madre; — pero nó, yo soy viejo ya, mi pobre madre murió, y cada día me toca rezar por ella. — Bien pues; en mi lugar suponed á un jóven ó á una jóven... En el jardín de su casa se abre una flor, la única, la más hermosa de todas: esta flor forma su encanto, pero el cariño que profesan á su buena madre es más vivo aún... Cortan esta flor tan preciosa y la ofrecen á esa madre tan querida en testimonio de su veneración y de su amor... Ahí está, hermanos míos, el sacrificio: ofrecer á Dios lo mejor y más precioso que se tiene, para probarle nuestro reconocimiento, nuestro amor y nuestra veneración.

Ahora bien; por medio del santo Sacrificio de la Misa ofrecemos á la Santísima Trinidad todo lo que tenemos de más precioso: la divina Eucaristía... ¡Dios mio!... Pena me causan los pensamientos interiores de algunos de vosotros: los conozco y me dan lástima... Para ellos que

(1) *Patro.*, t. CCXVII., Inoc. III, *de Altar. myst.*, lib. IV, c. I, pág. 851.

poseen tierras, rentas, oro y dinero en abundancia, ¿qué es la Eucaristía?.. ¡Y bien! Me imagino á la muerte llevando á cabo en este pueblo la obra que realizará de aquí á sesenta años y me represento amontonados en cada casa los ataúdes de todos... Hay dos en una casa, en otra tres, en otra cuatro... ¡contadlos bien, os lo ruego!... Ahí estan el de vuestro padre, el de vuestra madre, los de vuestros hijos... ¡Sobre todo no olvidéis el vuestro!.. Porque, queráis ó no queráis, también estaréis en su número y en la época que me fijo, muchos de nosotros estaremos ya podridos y olvidados... ¡Ah, hermanos míos muy amados! un santo decía : ¡cuán pequeña es la tierra cuando se mira al cielo!.. Nó, el santo Sacrificio de la Misa, no lo comprendéis. No os quepa duda de que es lo que tenemos de más precioso : á su lado, vuestros bienes y tesoros no son más que lodo... ¡El Sacrificio de la Misa!.. Es Jesucristo inmoldándose cada día sobre el altar para alcanzar nuestro perdón, para atraer sobre nosotros y sobre nuestras familias las gracias que necesitamos... ¡El santo Sacrificio de la Misa!.. Es la renovación perpétua del augusto sacrificio del Calvario.. En todo sacrificio se requiere un sacerdote, una víctima y un Dios á quien va dirigida la ofrenda... Allá en el Calvario, ya lo sabéis, Jesucristo fué el sacerdote y la víctima, y á la augusta Trinidad entera fué el Dios á quien se ofreció aquel sacrificio sublime entre todos...

En realidad, no hay necesidad de buscar entre los Padres y la tradición católica testimonios á millares, para decirnos que el santo Sacrificio de la Misa es igual al de la Cruz (1)... Dentro de algunos minutos voy á dejar este púlpito, volveré al altar y entonces podreis estudiar con atención las ceremonias que siguen al Prefacio... En la Consagración, ya no es el sacerdote quien habla, Jesucristo le reemplaza y pronuncia por su boca estas palabras : *Éste es mi cuerpo, ésta es mi sangre*... Jesucristo está pues allí, tendido en el altar, bajo la forma de la sagrada hostia, cual estuvo en otro tiempo tendido sobre la cruz del Calvario.. ¡Sacerdotes, nos dice la Iglesia santa, sed santos como santo es Él y no os convirtais para Él en verdugos!... Nuestras manos lo presentan tem-

(1) V. Boucarut. *Instruccions historiques sur les sacrements*, t. II. Marchant y otros... todos se copian entre sí.

blorosas á vuestras adoraciones... En las hermosas oraciones que vienen después, decimos á Dios que acoja esta víctima santa, que acepte su inmolación, para santificación nuestra y para libertad de las almas del purgatorio... Su cuerpo está allí, sobre el altar, separado en cierto modo de su sangre que está contenida en el cáliz... En el momento de la sagrada Comunión, el sacerdote completa el augusto sacrificio; y en nombre del divino Salvador puede decir : *Consummatum est*, se acabó; acaba de renovarse el sacrificio del Calvario. Aquí, sobre este altar, Jesucristo acaba de inmoldarse para la salvación del mundo entero, y especialmente para la de esta parroquia. Ved ahí, hermanos míos muy amados, el santo Sacrificio de la Misa; el mismo sacerdote, pues que nosotros ocupamos el lugar de Jesucristo, la misma víctima que sobre la Cruz; la única diferencia está en que nuestro divino Salvador no muere realmente, y que no corre su sangre como corrió en el Calvario... Pero lo repito, como sacerdote, como víctima, como eficacia en sus efectos, el santo Sacrificio de la Misa es la verdadera renovación del sacrificio de la Cruz.

Segunda parte. -- Supongo que comprendereis, hermanos míos muy amados, la nobleza y excelencia del santo Sacrificio de la Misa. Quisiera ahora mostraros su utilidad, su necesidad... — Cuando se estudia la historia del pueblo judío, impresiona la terrible severidad con que la justicia de Dios castigaba, no solamente á los culpables, sino á pueblos enteros... Un hombre de la tribu de Benjamin comete un adulterio, é inmediatamente Dios ordena que sean pasados á cuchillo veinte y cinco mil hombres de esta tribu... David, este rey penitente, tan grato al corazón del Altísimo, se deja llevar por un pensamiento de orgullo. Quiere conocer el número de sus súbditos, y manda que se haga el censo de ellos... Pues para castigar este pensamiento de vana complacencia, un terrible azote, la peste, invade el reino de Judá y ocasiona en pocos días setenta mil cadáveres... ¿Queréis aún otro ejemplo de la severidad de la justicia de Dios?... Los Filisteos se habían apoderado del Arca de la alianza. Obligados á restituirla á la tierra de Israel, atravesaban una ciudad llamada Bethsamé. Los habitantes de esta ciudad acogen el Arca del Señor con más curiosidad que respeto. Dios castiga su

irreverencia hiriendo de muerte á muchos millares de ellos... Terribles son estos ejemplos, y fácilmente podría citaros aún muchos otros...

¿Quereis saber porqué, en la ley nueva, está reemplazada la justicia de Dios por la misericordia?... Es porque Jesucristo está ahí, inmolándose sobre el altar, y su sangre tiene el privilegio de aplacar la cólera del Altísimo... Dirigid pues los ojos á vuestro alrededor: no son solamente palabras poco respetuosas dirigidas al Arca del Señor, no es un mero pensamiento de amor propio ni un solo adulterio lo que se trataría de castigar... Mirad sinó esos crímenes que inundan la tierra: adulterios, impiedades, blasfemias de toda especie... Porque en fin, decidme, en estos tiempos de impiedad por qué atravesamos, mirad á derecha é izquierda... Visitad nuestras ciudades, volved al seno de nuestros campos y... ¿qué habeis visto?... ¿Qué vereis bajo la capa del cielo?... El nombre de Dios desconocido é insultado; la oración olvidada; el domingo profanado; libros perversos y periódicos impíos, propagando un espíritu de rebelión é incredulidad hasta en el fondo de las más humildes chozas... ¿Será exageración, hermanos míos muy amados?... ¿No es éste el desolador espectáculo que abrumba á todos los corazones honrados, á todas las almas generosas que quieren conservarse fieles á las promesas de su Bautismo?... Sodoma y Gomorra, ciudades un día destruidas por el fuego del cielo, eran sin duda alguna menos culpables que muchas de nuestras ciudades modernas.

Y me digo yo sí, cuando Dios destruyó el mundo por medio del diluvio, estaba más manchada la tierra, era más comun la blasfemia, estaba la iniquidad más extendida... ¿Porqué pues, Dios mío, en otros tiempos tan severo, suspendeis ahora los golpes de vuestra justicia?... Y el Altísimo, con su omnipotente dedo, me muestra el tabernáculo. — Ahí tienes, me dice, lo que explica mi dulzura y mi misericordia... Todos los días, á todas horas y en todos los extremos del mundo, se inmola sobre los altares una víctima pura y de un mérito infinito... Todos los días un pontífice, cuya intercesión es todo poderosa, se coloca entre mí y los culpables: él detiene mi brazo, él lo desarma... — ¡Ah! sin este dulce Salvador, sin este adorable Sacrificio en el cual se ofrece en holocausto por nosotros, mucho tiempo haría

hermanos míos carísimos, que nuestras pobres sociedades, que todo el género humano estaría castigado como merece!

Otra comparación todavía. El ingenio del hombre inventó un medio, más ó menos eficaz, para preservarse del rayo y desarmarlo. Una larga barra de hierro, rematada por una aguja de platino, se hunde por un cabo en el suelo y con el otro domina la cima más elevada de los edificios. Bajo la protección de estos instrumentos, sea cual fuere el furor de la tormenta, dicen que se puede dormir con la mayor seguridad... Jesucristo, hermanos míos, está en contacto con nosotros por esta santa humanidad que tomó en el seno de su casta Madre. Por su naturaleza divina, está en contacto con la adorable Trinidad, una de cuyas personas es. En el santo Sacrificio de la Misa aplaca la cólera de Dios y desarma, por decirlo así, su justicia... Nosotros, pobres pecadores, hasta cuando retumba la tormenta, nos dormimos con confianza bajo su poderosa protección; es el pararrayos que detiene las exhalaciones que Dios se disponía á lanzar sobre nuestras cabezas...

¿Os he hecho comprender bien, amigos míos, no solamente la utilidad, sinó hasta la necesidad del santo Sacrificio de la Misa?... Para hacer más evidente esta verdad, ¿he de echar mano aún de una historia ó de una parábola?... Pues bien, escuchad... Leí, ya no sé donde, que un poderoso monarca quería destruir una ciudad que se había rebelado contra él. La sitiaba con un numeroso ejército, y estaba ya á punto de apoderarse de ella, cuando, en la brecha entreabierta, presentaron los sitiados al hijo de aquel rey, que había caído en poder de ellos. — « Antes de llegar hasta nosotros, le dijeron, atravesaréis el corazón de vuestro hijo. » A la vista de aquel jóven colocado sobre la muralla y aguardando sus golpes, los soldados sintieron caérseles las armas de las manos; ni el mismo rey se atrevió á mandar atravesar á su propio hijo, y, por él, hizo gracia á la ciudad rebelde de los horrores del asalto... Pero, á no haber estado de por medio el hijo del monarca, ¡ah! aquella pobre ciudad habría sido indefectiblemente destruída... Pues bien, cristianos, ésta es asimismo nuestra historia y es igualmente la historia del adorable Sacrificio de nuestros altares... Porque vosotros é yo, ¿qué somos?... Después de tantas gracias recibidas, después de tantos favores de que hemos abusado, ¿no somos unos pecadores ingratos y rebeldes, dignos de los cas-

tigos más terribles?... ¡ Angeles del Señor, sea cual fuere el celo que os guíe, no avanceis para herirnos; ved que os presentamos á Jesús adorable con nosotros, y aun cuando estuviereis encargados de exterminarnos, Él os manda, Él, que envaineis de nuevo los aceros... Y al ver presentarse á él su divino Hijo, víctima inocente, pura é inmolada cada día, el corazón del eterno Padre se extremece de amor: no solamente nos perdona, sino que nos bendice... ¿ A dónde quereis pues que lance su rayo, si toda la tierra, enteramente toda, está cubierta con la sangre de su Hijo?...

PERORACIÓN. — Sí, sí, carísimos hermanos, no lo echemos en olvido, la Misa es el sacrificio indispensable que nos salva, que, lo repito, amortigua y con harta frecuencia detiene los golpes de la justicia divina... Si entre nosotros se dejase de ofrecer este augusto Sacrificio, muy pronto volveríamos á caer en el estado salvaje, y sería tanto más temible nuestra barbarie cuanto que sería meditada y voluntaria... ¡ Ah! os lo repetiré todavía más de una vez, estimad y sabed apreciar el adorable Sacrificio de nuestros altares... Ved, allí, bajo aquellas ténues especies que dentro de poco, en el momento de la Consagración, se convertirán en el cuerpo y la sangre de Jesús... allí estará la verdadera víctima que por nosotros se entregó sobre el Calvario.. Allí, el Dios tres veces santo, recibirá homenajes, respetos y adoraciones dignos de él.. Allí, nuestro augusto Redentor pedirá perdón por nosotros á su Padre... Allí reclamará para vosotros, para vuestras familias, para la parroquia entera, las gracias que necesitais... Carísimos hermanos míos, adorémosle cuando esté presente en el altar; unámonos piadosamente á él, y merezcamos así alcanzar los favores que para nosotros le pedirá al Altísimo... Así sea.

INSTRUCCION VIGESIMOCUARTA

SACRAMENTO DE LA SAGRADA EUCARISTIA.

INSTRUCCION UNDECIMA

FINES PARA LOS CUALES SE OFRECE EL SANTO SACRIFICIO DE LA MISA

TEXTO. — *In omni loco sacrificatur et offertur nomini meo oblatio munda.* En todo lugar, dice el Señor, se ofrece en honor mio una víctima pura y agradable.

(MALAQUIAS, CAP. I, VERS. 11.)

EXORDIO. — Hermanos míos, un gran misionero que vivió casi en nuestros días, y cuyas piadosas enseñanzas más de una vez os he citado, san Leonardo de Port-Maurice, escribió un libro sobre la santa Misa, este augusto Sacrificio cuya excelencia y necesidad os exponía en mi última instrucción... ¿ Sabéis que título dio á su trabajo?... Os lo quisiera hacer adivinar... Pero nó, discurririais inútilmente... Pues bien, el santo dió por título al tratado que compuso, — no sobre la sagrada Comunión, ni sobre el adorable Jesús residiendo día y noche en nuestro tabernáculo, — nó, su obra se ocupa exclusivamente de este solemne holocausto, por el cual Jesucristo desciende sobre el altar y renueva el sacrificio del Calvario... A este libro pues, compuesto únicamente sobre el santo Sacrificio, le dió por título, escuchad bien, le dió por título: ¡ el Tesoro oculto (1) !...

¡ El Tesoro oculto!... ; Cómo!... ; En nuestros países cristianos, no se dice públicamente la Misa; no anuncian á lo léjos las campanas, con sus alegres tañidos, la hora del sacrificio; y hasta durante la semana, nó os advierte con sus toques más modestos la hora en que el sacerdote va á subir al altar?... Es verdad, hermanos míos; pero observad que san Leonardo no tituló su obra: la ceremonia ó la solemnidad oculta; nó,

(1) *Le Trésor caché.* Véase este opúsculo entre las obras del santo, tomo VIII.

tigos más terribles?... ¡ Angeles del Señor, sea cual fuere el celo que os guíe, no avanceis para herirnos; ved que os presentamos á Jesús adorable con nosotros, y aun cuando estuviereis encargados de exterminarnos, Él os manda, Él, que envaineis de nuevo los aceros... Y al ver presentarse á él su divino Hijo, víctima inocente, pura é inmolada cada día, el corazón del eterno Padre se extremece de amor: no solamente nos perdona, sino que nos bendice... ¿ A dónde quereis pues que lance su rayo, si toda la tierra, enteramente toda, está cubierta con la sangre de su Hijo?...

PERORACIÓN. — Sí, sí, carísimos hermanos, no lo echemos en olvido, la Misa es el sacrificio indispensable que nos salva, que, lo repito, amortigua y con harta frecuencia detiene los golpes de la justicia divina... Si entre nosotros se dejase de ofrecer este augusto Sacrificio, muy pronto volveríamos á caer en el estado salvaje, y sería tanto más temible nuestra barbarie cuanto que sería meditada y voluntaria... ¡ Ah! os lo repetiré todavía más de una vez, estimad y sabed apreciar el adorable Sacrificio de nuestros altares... Ved, allí, bajo aquellas ténues especies que dentro de poco, en el momento de la Consagración, se convertirán en el cuerpo y la sangre de Jesús... allí estará la verdadera víctima que por nosotros se entregó sobre el Calvario.. Allí, el Dios tres veces santo, recibirá homenajes, respetos y adoraciones dignos de él.. Allí, nuestro augusto Redentor pedirá perdón por nosotros á su Padre... Allí reclamará para vosotros, para vuestras familias, para la parroquia entera, las gracias que necesitáis... Carísimos hermanos míos, adorémosle cuando esté presente en el altar; unámonos piadosamente á él, y merezcamos así alcanzar los favores que para nosotros le pedirá al Altísimo... Así sea.

INSTRUCCION VIGESIMOCUARTA

SACRAMENTO DE LA SAGRADA EUCARISTIA.

INSTRUCCION UNDECIMA

FINES PARA LOS CUALES SE OFRECE EL SANTO SACRIFICIO DE LA MISA

TEXTO. — *In omni loco sacrificatur et offertur nomini meo oblatio munda.* En todo lugar, dice el Señor, se ofrece en honor mio una víctima pura y agradable.

(MALAQUIAS, CAP. I, VERS. 11.)

EXORDIO. — Hermanos míos, un gran misionero que vivió casi en nuestros días, y cuyas piadosas enseñanzas más de una vez os he citado, san Leonardo de Port-Maurice, escribió un libro sobre la santa Misa, este augusto Sacrificio cuya excelencia y necesidad os exponía en mi última instrucción... ¿ Sabeis que título dio á su trabajo?... Os lo quisiera hacer adivinar... Pero nó, discurririais inútilmente... Pues bien, el santo dió por título al tratado que compuso, — no sobre la sagrada Comunión, ni sobre el adorable Jesús residiendo día y noche en nuestro tabernáculo, — nó, su obra se ocupa exclusivamente de este solemne holocausto, por el cual Jesucristo desciende sobre el altar y renueva el sacrificio del Calvario... A este libro pues, compuesto únicamente sobre el santo Sacrificio, le dió por título, escuchad bien, le dió por título: ¡ el Tesoro oculto (1) !...

¡ El Tesoro oculto!... ; Cómo!... ; En nuestros países cristianos, no se dice públicamente la Misa; no anuncian á lo léjos las campanas, con sus alegres tañidos, la hora del sacrificio; y hasta durante la semana, nó os advierte con sus toques más modestos la hora en que el sacerdote va á subir al altar?... Es verdad, hermanos míos; pero observad que san Leonardo no tituló su obra: la ceremonia ó la solemnidad oculta; nó,

(1) *Le Trésor caché.* Véase este opúsculo entre las obras del santo, tomo VIII.

su título es más exacto, y da lugar á una comparación más precisa... ¿Veis á ese pobre que vive en una choza medio arruinada?... Debajo de las baldosas desiguales y mil veces rotas de su humilde vivienda hay enterrado oro ó dinero suficiente para hacerle rico á él, á su mujer y á sus hijos... Unos buenos amigos le dijeron : Haz un pequeño esfuerzo, cava en tal sitio y serás dueño de una fortuna... Pero no les quiere creer; se obstina en permanecer en su miseria y el tesoro de que se le hablaba sigue inútil y oculto para él...

Nosotros, hermanos míos muy amados, somos pobres también : ¡ cuánta necesidad tiene nuestra alma de auxilios y de gracias !. Ved ahí que señalándonos el altar y hablándonos del santo Sacrificio de la Misa, la Iglesia, nuestra madre, nos dice : Allí hay un tesoro capaz, no solamente de enriquecer vuestra alma, sino hasta de redimir el mundo entero; haced un pequeño esfuerzo, asistid á este augusto Sacrificio lo más amenudo que podais; asistid á él con fé, con piedad, y sereis poseedores de numerosos bienes. Y con sobrada frecuencia, hermanos míos muy amados, como aquel pobre insensato de que os hablaba, no queremos tomarnos el trabajo de hacer un esfuerzo, no cuidamos de asistir á la santa Misa ó bien asistimos mal á ella, y este augusto Sacrificio, apesar de su valor, sigue siendo para nosotros un tesoro inútil y oculto...

PROPOSICIÓN. — Y sin embargo, carísimos hermanos míos, por débil que sea nuestra fé, el augusto Sacrificio no sería para nosotros un tesoro oculto, si nos acordásemos de con qué objeto y para qué adorables fines lo instituyó Jesucristo...

DIVISIÓN. — Oíd lo que dice el catecismo : El sacrificio de la Misa fué instituido, *en primer lugar*, para adorar á Dios ; *en segundo lugar*, para pedirle perdón de nuestras faltas ; *en tercer lugar*, para darle gracias por sus beneficios ; y *en cuarto lugar*, para pedirle sus gracias.

Primera parte. — Es inútil recordaros, hermanos míos muy amados, que Dios es nuestro soberano Señor y Dueño y que, como á tal, tiene derecho á nuestra adoración y á nuestros homenajes... Dejemos á los impíos y á los insensatos decir que, si existe un Dios, éste es demasiado grande para ocuparse de nosotros... La Providencia divina tiene puesta su mirada sobre todo, hasta sobre la humil-

de flor que en este momento se abre ó se marchita. Pero el hombre ya hemos dicho que es la obra predilecta del Altísimo. Y al considerar los dones con que nos ha adornado, las gracias que nos ha otorgado y la gloria á que nos tiene destinados, podemos decir con verdad que somos sus criaturas muy amadas y que en nosotros ha puesto sus complacencias. De ahí para nosotros, hermanos míos, la obligación de adorarle, es decir de ponernos humildemente bajo su dependencia, de exaltar su grandeza, de proclamar y honrar sus infinitas perfecciones... Pero ¿ cómo podemos nosotros, ruines criaturas, tributar á este Dueño supremo los honores, homenajes y gloria que merece ?.. ¡ Piadoso san Agustín, docto santo Tomás, nobles génios, vuestros ojos deslumbrados, mientras vivisteis en este suelo, no podían, deciais, tributar al Dios supremo la adoración que se le debe !.. Ahora que estais en el cielo, que le contemplais cara á cara, decidnos, vuestros homenajes reunidos á los de todos los justos que en este suelo florecieron, ¿ pueden celebrar dignamente su grandeza ? — Nó, dicen ellos ; es demasiado grande, está demasiado elevado. — Angeles del Paraiso, arcángeles y serafines ; y vos, dulce María, la perla, la joya más preciosa y más brillante de esa sagrada mansión ; habitantes del cielo, todos cuantos sois, unid juntos vuestras voces, cantad en coro el *Hosanna* eterno... ¡ Cuán venerable asamblea, cuán sublimes adoraciones !.. ¡ Ah, esta vez, Dios tres veces santo, los homenajes igualan á vuestra grandeza !... ¿ Qué he dicho, hermanos míos muy amados ? ; Gran Dios, perdonadme estas imprudentes palabras !... Nó, vos sois infinito, y por nobles que sean las adoraciones que os tributen las más santas criaturas, son muy inferiores á vuestra grandeza...

¡ Y nosotros, pobres pecadores, pretenderíamos poder ofrecerle por nosotros mismos estas adoraciones que reclama !... Jamás... lo repito, jamás... Pero, volveos conmigo hácia el altar ; dentro de algunos instantes Jesucristo renovará en él el sacrificio del Calvario... « Padre, dirá, cuando después de la Consagración le sostendré en mis temblorosas manos, los hombres son impotentes para adorar á tu divina majestad cual ella merece serlo ; pues bien, héme ahí... » Y oculto bajo los velos eucarísticos, será destruido y anonadado como en la cima del Calvario... Y nosotros, sacerdotes y fieles, al ofrecerle á Dios, unimos nuestros

homenajes á los suyos, nos ofrecemos enteramente todos; el acto de adoración por nuestra parte es completo; él inmola en cierto modo nuestros cuerpos y nuestras almas...; Dios omnipotente! vos me habeis dado este cuerpo, cuya vida sostienen el pan y el vino; pues bien, yo os ofrezco estas dos sustancias; mi cuerpo es, en cierto modo, el que os inmolo al ofrecéros las. Vos me habeis dado á Jesucristo, vuestro Hijo; Él es la esperanza, el sostén, la vida de mi alma. Dentro de un instante va á ser inmolado sobre este altar; mi alma es la que os ofrezco é inmolo con Él (1)... Ved ahí, hermanos míos, como, en el santo Sacrificio de la Misa, Jesucristo tributa á la augusta Trinidad los homenajes que ella merece, y como podemos nosotros unirnos piadosamente á sus adoraciones...

Segunda parte. — El segundo fin, hermanos míos, la segunda intención de nuestro divino Salvador al instituir el santo Sacrificio de la Misa, era el de alcanzarnos la remisión de nuestros pecados. Nosotros no sabemos, hermanos míos muy amados, cuán grave mal es el pecado y cuán inmensa es la deuda que nos hace contraer con la justicia divina... Cuando lo hemos confesado creemos que está acabado todo... ¡Error, ilusión frecuentemente fatal!.. Casi diré que para los buenos cristianos, para los verdaderos penitentes, entonces es cuando empieza todo por una satisfacción que debe durar toda la vida (2)... Y para justificar mi pensamiento, podría mostraros á san Pedro, en cuyas mejillas habían formado surcos las lágrimas; podría conducirnos á la gruta donde santa María Magdalena hizo una tan larga y ruda penitencia; y sin embargo á Pedro y á María Magdalena el mismo Jesucristo les había dado la seguridad de su perdón... ¿Y qué somos pues nosotros, infelices pecadores, para descuidar las obras y los ejercicios que deben suplir á nuestro arrepentimiento con harta frecuencia tan débil é insuficiente?

Os digo pues en verdad, que una de las obras más útiles y eficaces para alcanzarnos el perdón de nuestras faltas es la asistencia al santo Sacrificio de la Misa... Jesucristo está allí, en el altar, cual un día estuvo

(1) Sto Tomás, en el lugar citado.

(2) V. más adelante la instrucción sobre la Satisfacción.

en la cruz, con el corazón lleno de misericordia y de amor... «Ven, pobre pecador, parece que nos dice, une tus preces á esta sangre que de nuevo voy á derramar para tí en el altar; poco á poco disminuirá tu deuda, y las manchas que aún quedan en tu alma se irán borrando insensiblemente...» Sí, carísimos hermanos, Jesucristo acaba sobre nuestros altares la obra principiada sobre el Calvario: la purificación, la redención de nuestras almas. Y si, como el buen ladrón, le decimos humildemente: *Acuérdate de mí*, nó, su corazón no nos olvidará.

¡vosotros, mis pobres hermanos, que permanecéis aún encenagados, y tal vez desde largo tiempo, en el estado de pecado mortal, ¿qué os diré?... Evocando la memoria de los antiguos profetas, ¿repetiré las frases de maldición que pronunciaban sobre aquellos que asistían de un modo indigno á los sacrificios de la ley antigua, que no eran, sin embargo, más que una muy débil sombra del augusto Sacrificio de que hablamos? (1). Nó, nó, hermanos muy amados; en este sagrado recinto, Jesús sólo tiene bendiciones para nosotros, á todos nosotros, nos ama su corazón; y dentro de poco, mientras se encontrará sobre este altar, le dirá á su Padre, cual desde la cruz se lo decía: «Padre mio, perdona á estas pobres almas; no comprenden aún ellas el triste estado en que se encuentran; ilumínalas y convertidas...» Y tal vez un día, aquí mismo, durante la santa Misa, vuestros pecados empezarán á seros perdonados, porque vosotros mismos empezareis á sentirlos y experimentaréis la necesidad de confesaros de ellos... «¡Sí, exclamaba un santo, el Sacrificio de la Misa está instituido para la remisión de nuestros pecados; nadie podría decir cuántas almas han sido retiradas del lodazal del vicio por el extraordinario auxilio que les ha proporcionado este augusto Sacrificio (2)...»

Tercera parte. — Carísimos hermanos, leemos en el Antiguo Testamento que, de los sacrificios que se ofrecían al verdadero Dios, había algunos llamados sacrificios de acción de gracias. Noé, al salir del Arca, levantaba un altar y daba solemnemente gracias, en su nombre y en

(1) Ezequiel, c. VIII, *passim*.

(2). Véase Saint-Jure, *Connaissance et amour de N. S. J. C.*; y Rodriguez, *Práctica de la perfección*.

el de su familia, al Altísimo que le había preservado del diluvio... En otra circunstancia, distingo á dos piadosos personajes que se aproximan al Arca del Señor: traen víctimas que presentan al gran sacerdote Heli. Eran los padres del jóven Samuel, destinado á ser profeta y juez de Israel. — «¿ Para qué son estas víctimas? les pregunta el gran sacerdote. Y ellos contestan: «Para ofrecer al Señor un sacrificio de acción de gracias por el nacimiento de este hijo que se ha dignado concedernos y que nosotros le consagramos...»

¿Cuántos otros ejemplos podría citar!... Dios no tiene necesidad ni de nuestros homenajes ni de nuestras acciones de gracias, y sin embargo reclama los unos y las otras... Pues bien, el Sacrificio de la Misa es especialmente un sacrificio de agradecimiento, porque se llama *Eucaristía*, palabra que significa acción de gracias... David, colmado de favores por el Señor, exclamaba: «¿ Qué le daré yo en cambio de todos los bienes de que me ha colmado?...» Comprendo, profeta, tu perplejidad; te es imposible ofrecer á aquel Señor supremo muestras de gratitud que sean dignas de él. Haced correr la sangre de las víctimas, multiplicad vuestros sacrificios, ofreced vuestros tesoros y todo vuestro reino; jamás, jamás podreis nivelar el reconocimiento con los beneficios!... Y nosotros también, cristianos, estamos colmados de los beneficios del Señor; vuestro Bautismo, el perdón que de vuestras faltas habeis recibido en la Penitencia, vuestra primera Comuni6n, y tantas otras gracias que no acertaría yo á enumeraros, beneficios, sí, beneficios del Señor... ¿Hemos pensado en ellos alguna vez?... Y no tendríamos razón en repetir con el Profeta: ¿ Qué le daré al Señor en cambio de los beneficios de que me ha colmado?... Pues bien, ofrecedle á Nuestro Señor Jesucristo en el Sacrificio de la Misa, y le habeis tributado magníficas acciones de gracias... Escuchad, á este propósito, una historia que tomo de la vida de los santos...

La venerable santa Francisca Farnesio, viéndose colmada de los divinos beneficios, turbábase un día, porque se decía: Es imposible que tenga manera de mostrar á Dios mi reconocimiento cual se lo merece (1)... La Virgen Santísima, siempre buena y compasiva, se digna apa-

(1) Véase la vida de esta Bienaventurada.

recérsele y la consuela: pone en los brazos de aquella casta enamorada del Salvador, al mismo Jesucristo bajo la figura de un niño. — «Hija mia, le dice, es tuyo; con él puedes ofrecer dignas acciones de gracias al Altísimo.» — Paréceme, cristianos, ver á la augusta Trinidad entregarnos á todos, durante el santo Sacrificio, al Dios de la Eucaristía, y decirnos: Tomadle, con Él nos ofrecereis dignas acciones de gracias..

PERORACIÓN. — Olvidaba, carísimos hermanos, que el santo Sacrificio de la Misa fué asimismo instituido para obtener de la bondad divina los auxilios y gracias que necesitamos. Una palabra no más sobre este punto, del cual nos volveremos á ocupar, y concluyo... No ignorais que todos nosotros tenemos necesidad de que Dios venga en nuestro auxilio; ni para nuestro cuerpo, ni para nuestra alma, podemos nada sin su ayuda... ¿ Deseais conservar la salud? Es menester que su Providencia tome, cada segundo, la sangre que ha formado junto á vuestro corazón, para conducirla de unos á otros canales hasta á la extremidad de vuestros miembros; sin esto, se cuajaría en vuestras venas y se produciría la muerte... Necesitais que os preserve de mil accidentes, que os proporcione vuestro pan de cada día, que aleje de vuestros hogares la desgracia, la miseria y la muerte... Luego, vienen los bienes del alma... Veamos, vosotros no sois ni paganos ni incrédulos; deseais, esperais ir un día al cielo; y para esto; cuántas gracias os son necesarias! ¿ Y cómo las obtendreis?... ¿ Somos bastante grandes, bastante justos, bastante santos para dirigirnos nosotros mismos al Altísimo?... Y bien, no desesperemos, carísimos hermanos míos, miremos al altar; ese Jesús que se ofrece en holocausto, es bastante bueno para acoger todas nuestras peticiones y bastante poderoso para alcanzar un resultado favorable para las solicitudes que le presentemos.. Él rogará por nosotros, y su ruego no será desatendido.... Pero, ante todo, estimadísimos hermanos míos, pidámosle, como Él mismo nos lo ha recomendado, que nos alcance el reino de los cielos: lo demás se nos dará por añadidura.... Así sea.

INSTRUCCION VIGESIMOQUINTA.

SACRAMENTO DE LA SAGRADA EUCHARISTIA

INSTRUCCION DUODECIMA.

A QUIEN Y PARA QUIEN SE OFRECE EL SANTO SACRIFICIO DE LA MISA.

TEXTO. — *In omni loco sacrificatur, et offertur nomini meo oblatio munda.* En todo lugar, dice el Señor, se ofrece en honor mio una víctima pura y agradable.

(MALAQUIAS, CAP. I, VERS. 11)

EXORDIO. — Hermanos míos, al terminar nuestra última instrucción, en la cual os hablaba de los fines, es decir de las intenciones por las que nuestro divino Salvador había establecido el santo Sacrificio de la Misa, no queriendo ser demasiado extenso, no pude deciros más que unas cuantas palabras sobre la última... Estas pocas palabras, ¿ las habeis retenido bien en la memoria?... Sí, este augusto Sacrificio fué instituido para que pudiésemos, apoyándonos en Jesucristo, pedir y alcanzar con mayor seguridad las gracias que necesitamos; es la llave de oro que nos abre todos los tesoros de Dios, que aleja de nosotros la desgracia y hasta el rayo dispuesto á caer sobre nosotros...

¿ Me atreveré, con este motivo, á referiros una historia?... ¿ Y por qué no?... San Antonino, arzobispo de Florencia (1), en cuya época había tenido lugar este hecho, no vacilaba en citarlo delante del más distinguido auditorio... Escuchad pues. Dos jóvenes bastante libertinos, habían salido para una partida de caza... ¿ Era un domingo? No lo sé: tal vez sí... porque uno de ellos había oído Misa antes. Apenas habían llegado al campo, cuando de repente estalló una terrible tempestad... De las nubes que surcaban el espacio parecía salir una voz, y esta

(1) San Antonino, p. II, Teología, libro IX, cap. 10.

voz decía: « Hiere... hiere... » Explota el rayo y mata á uno de los dos jóvenes, al que no había asistido á Misa... Su compañero aguardaba aterrado la misma suerte; porque en medio de la tormenta, resonaba todavía el mismo grito: « Hiere... hiere... » Pero otra voz confesaba: « Nó, que éste ha oído Misa esta mañana. » De manera, prosigue san Antonino, que debió á la virtud del santo Sacrificio de la Misa la gracia de haber quedado con vida (1).

Esto justifica la frase de san Agustín, que nos anuncia que el que haya oído piadosamente la santa Misa, se verá preservado de muerte repentina (2)... Nos enseña asimismo san Gregorio que el cristiano que asiste devotamente á la santa Misa, alcanza de la augusta víctima de este sacrificio el favor de ser confirmado en gracia (3).

Esforcémosnos pues, cristianos, en acudir lo más amenudo que podamos á la santa Misa, á fin de alcanzar de Dios el auxilio y las gracias que necesitamos...

PROPOSICIÓN Y DIVISIÓN. — Esta mañana vamos á contestar á dos preguntas del catecismo: *en primer lugar* ¿ á quién se ofrece el Sacrificio? *y en segundo lugar*, ¿ para quién se ofrece?

Primera parte. — Vosotros, amados hermanos míos, estais demasiado instruidos, para que sea necesario repetiros que el sacrificio, siendo el acto de adoración por excelencia, sólo se puede ofrecer legítimamente al Dios Todopoderoso que es nuestro único soberano Señor y Dueño... Si el santo Sacrificio de la Misa se ofreciese al santo más grande del paraíso, al arcángel más sublime, á la misma Santísima Virgen María, se cometería un acto de idolatría, porque se tributarían á simples criaturas homenajes que sólo á Dios le son debidos... Esto se comprende perfectamente. Mil veces os lo hemos repetido, y vuestros mismos hijos, cuando les interrogamos, nos contestan: que el Sacrificio de la Misa se ofrece á Dios y no más que á Dios... Una, sin embargo, de las

(1) V. san Leonardo, *Trésor caché*.(2) *Qui missam devoto audierit subitanea morte non peribit.* (S. Agust. supra can. *Quia passus*, de Consecr., d., s. 2.)(3) V. *Trésor caché*; *Grand Catéchisme*, por M. d'Hauterive, etc.

calumnias más inveteradas entre los protestantes, uno de los reproches que más obstinadamente nos dirigen á los que somos miembros de la santa Iglesia católica, es, dicen, que nosotros adoramos á los ángeles y á los santos, que de la Santísima Virgen hacemos una diosa... Y no obstante, deberían saber lo contrario... Pero nó, el error y la ignorancia les ciegan... Y hasta tal vez algunos de ellos nos acusan con cierta buena fé de que ofrecemos el santo Sacrificio de la Misa á la Santísima Virgen y á los santos...

Cierto día, un sacerdote que no nombraré, se encontraba en una casa particular con un ministro protestante... Empezóse á discutir sobre religión. Importante debía ser el resultado de aquella discusión: lo comprendereis fácilmente cuando os haya dicho que se trataba de la vocación de un jóven que después se hizo religioso (1), y de la conversión de toda una familia... El sacerdote católico, aun cuando profesor de teología, era entonces bastante jóven. El ministro protestante, un buen padre de familia, tenía sobre él la ventaja de la edad, de la experiencia y de la simpatía de los correligionarios que le escuchaban... La discusión acabó por versar sobre el punto que nos ocupa... Los católicos eran unos idólatras, negaban los méritos de Cristo, adoraban á María, á Pedro, á Martín y á muchas otras criaturas... Poco trabajo le costó al sacerdote de que hablamos destruir esta calumnia y demostrar que el santo Sacrificio se ofrecía en honor de los santos y no á su persona; que en la santa Misa, todo se refiere á Dios, y que las gracias pedidas lo eran siempre en nombre y por los méritos de Nuestro Señor Jesucristo... Para justificar la fé de su santa madre la Iglesia, nó tuvo que hacer más que abrir su breviario y leer á aquel buen ministro protestante las oraciones que recitamos cuando celebramos la Misa en honor de la Santísima Virgen ó de los santos... Todos vosotros, hermanos míos, por poco instruídos que seais, podríais dar una contestación semejante.

Cuando nosotros celebramos la Misa en honor de los santos, les felicitamos por los favores que Dios les ha otorgado, y suplicamos al Dios del cielo, que es quien los recompensó, que por la intercesión de estos

(1) El P. Helmstetter, jesuita.

mismos santos se digne concedernos á nosotros los favores que necesitamos... Citaré algunos ejemplos que os haran comprender mejor lo que os digo... Todos sabeis los privilegios de que nuestro divino Salvador colmó á san Pedro. Le dió el poder de atar y desatar las almas en la tierra: depositó en sus manos las llaves del reino de los cielos. Escuchad ahora la plegaria que la Iglesia le dedica, en el día de sus festividades y la oración que en el altar le recitamos... « Oh Dios, que disteis á san Pedro, vuestro Apóstol, al conferirle las llaves del reino de los cielos, el poder de atar y desatar, concedednos, por su auxilio é intercesión, la gracia de que nos veamos libres de los lazos de nuestros propios pecados, vos que vivís y reináis por los siglos de los siglos. »

Ahí teneis también á una santa, cuya fiesta celebra asimismo la Iglesia, santa Juliana de Falconieri... ¡Cuán santa fué tu vida, casta enamorada del Salvador! Humildad, dulzura, modestia, caridad, castidad, ¡cuántas virtudes brillan, cual otras tantas nítidas perlas, en tu corona!... Por un privilegio que tal vez á nadie más que á tí se concedió, á la hora de tu muerte, la sagrada Eucaristía, el Dios de tu juventud y de tus amores, apesar de tu cruel enfermedad, no quiso que te vieses privada de su presencia; y la hostia atravesó tu pecho y fué á posarse junto á tu corazón, habiendose notado después allí sus inflamadas huellas (1)... Leed, hermanos míos, en la Misa de esta santa, la oración que la está dedicada, ó más bien escuchad; os la voy á decir: « Oh Dios, que os dignasteis consolar de un modo maravilloso, por el precioso cuerpo de vuestro Hijo, á la bienaventurada virgen Juliana en su última enfermedad, haced, os la rogamos, que por los méritos é intercesión de esta santa, seamos consolados y fortalecidos en la hora de la muerte, á fin de poder llegar á la patria celestial; os lo rogamos por Jesucristo Nuestro Señor... » Vuelvo apenas la hoja del Misal, y me encuentro con la fiesta de san Luís de Gonzaga: hé ahí lo que leo: « Oh Dios, dispensador de los dones celestiales, que en este angélico jóven unisteis la penitencia con una inocencia admirable, concedednos, por sus méritos y súplicas, que podamos á lo menos imitar,

(1) Vida de esta santa, apud Rivadeneira y *Histoire de l'Eglise*, por Rorhbacher.

como penitente, á aquel cuya inocencia por desgracia no hemos imitado...»

Ya veis pues, hermanos míos, como en las misas que en honor de los santos celebramos, lo referimos todo á Dios, celebrando los favores de que les ha colmado y encomendándonos á sus oraciones... Creo que me habreis comprendido, y por lo tanto es inútil repetir que el Santo Sacrificio de la Misa se ofrece únicamente á Dios, porque Él es el único soberano Señor y Dueño...

Segunda parte. — ¿ Para quién se ofrece el santo Sacrificio de la Misa? El santo Sacrificio de la Misa se ofrece, dice el catecismo, primeramente, para todos los vivientes y especialmente para los fieles, y en segundo lugar, para las almas del purgatorio.

¿ Para todos los vivientes?... ¿ Qué idea tan admirable, hermanos míos muy amados, y cuán bien nos da ella á conocer la extensión y profundidad del corazón de Jesús!... Adorable Salvador, en la cruz, extendíanse vuestros brazos como para abrazar al mundo entero... Vos habríais querido estrechar contra vuestro divino corazón todo lo que entonces poseía, todo lo que, en los siguientes siglos, debía poseer un alma humana... ¿ Jesús, cuán bueno sois! mi corazón se estremece y os da gracias... Carísimos hermanos, cada vez que se ofrece el santo Sacrificio de la Misa, se reproduce sobre el altar el mismo amor, la misma dilatación del corazón de Jesús... Él quisiera, como en el Calvario, atraer á todos los hombres y salvarlos por los méritos de su sangre... Protestantes, paganos, judíos, mahometanos, idólatras, quien quiera que seais, Él piensa en vosotros, Él os ama; Él desea arrancaros del error que os reduce, sacaros del lodazal donde os encontráis hundidos... ¿ Cuán inefable amor, cuán vasta caridad!... En la santa Misa, como en el Calvario, inmólase Jesús para los hombres todos...

Y sin embargo este Rey del cielo, como los reyes de la tierra, tiene favoritos, tiene almas á quienes prefiere; ved ahí porque dice el catecismo: « sobre todo para los fieles. » Nosotros somos de este número; porque aquí no se trata únicamente de los justos, sino de todos los que tienen la dicha de ser miembros de la Santa Iglesia católica, apostólica, romana; y á nosotros nos ha valido este beneficio el Bautismo que tenemos recibido... Sí, en el santo Sacrificio de la Misa Jesucristo se ofre-

ce, en cierto modo, más especialmente para todos; ¡ tal vez hizo otro tanto desde la cruz!... ¿ Cuánto nos habeis amado, adorable Redentor!... ¡ Oh! concedednos la gracia de que correspondamos bien á vuestro amor...

Pero aquí, hermanos míos muy amados, concreto la cuestión, y me pregunto, ¿ en esta parroquia, para quién se ofrece el santo Sacrificio de la Misa?... Y no vacilo en decir que, en este altar, Jesucristo se inmola de un modo muy especial para vosotros que me escuchais, para vuestras familias, para vuestros hijos... Sí, no solamente los domingos, cuando ofrecemos por vosotros el santo Sacrificio, sino también cada día, hasta en las misas privadas, teneis una parte especial, tanto en las oraciones del sacerdote, como en la inmólación del Salvador... Por eso decía el santo cura de Ars, que la mayor desgracia de una parroquia consistía en estar privada de pastor, por razón de las bendiciones que sobre ella atrae la ofrenda cotidiana del Sacrificio adorable; y añadía: « Quitad al cura de una aldea y, al cabo de veinte años, se dará culto á las bestias (1). » La consecuencia de esta observación, hermanos míos muy amados, es el consejo que con tanta frecuencia os doy, de que se debe dar suma importancia al santo Sacrificio de la Misa, y hacer todos los esfuerzos posibles para asistir á ella á lo menos los domingos y días festivos.

Ofrécese también el santo Sacrificio de la Misa para las almas del purgatorio... ¿ Atrás esos herejes sin entrañas que pretenden que, cuando estamos separados de nuestros parientes, todo se acabó, y que es menester ahogar en el olvido las separaciones más punzantes y los recuerdos más afectuosos!... ¿ Iglesia santa, madre nuestra, cuánto más vasto es vuestro corazón y cuánto mejor inspirado está vuestro amor!... Cada día, quereis que el sacerdote en el altar, en el santo Sacrificio, encomiende á Dios todas las almas que sufren en el purgatorio; ¿ dónde pues habeis bebido este amor tan tierno, esta abnegación tan afectuosa?... ¿ Dónde, amados hermanos míos?... En el corazón de Jesús... Pendiente de la cruz, el divino Salvador pensaba en los justos que estaban detenidos en el limbo; después de su inmólación, cuando

(1) Véase su vida, vol. II.

su alma se hubo separado de su cuerpo, dignóse ir por sí misma á consolarles, á animarles, á decirles que estaba próximo, para ellos, el momento de la libertad... Igual ternura tiene en el altar para con las almas que padecen en el purgatorio; piensa en ellas, por ellas ruega, y adelanta además, tanto como se lo permite la justicia de Dios, la hora de su libertad...

Pero el santo Sacrificio de la Misa no se ofrece solamente para todos los difuntos en general; sus principales méritos, sus más preciosos frutos pueden aplicarse de un modo especial á un alma que se consume en el purgatorio... A esto se debe, hermanos míos muy amados, esta piadosa costumbre, generalizada en la Iglesia, de hacer ofrecer el santo Sacrificio para nuestros parientes difuntos; costumbre antigua que se remonta á los Apóstoles y que jamás ha caído en desuso... San Agustín hacía ofrecer el santo Sacrificio para Mónica su madre; san Pedro Damian, habiendo encontrado una moneda, hacía celebrar una misa para su difunto padre; y otros mil ejemplos que os podría citar.... Pero me acude una reflexión, y por ella voy á concluir.

PERORACIÓN. — No se sabe, ni se comprende bastante lo mucho que el santo Sacrificio de la Misa alivia á las almas del purgatorio..... Recorred los cementerios de nuestras ciudades y de nuestros pueblos: á veces vereis en ellos suntuosos monumentos, los más ricos mármoles sobre parientes difuntos; emblemas, coronas, inscripciones más ó menos fastuosas os contarán la pena que han dejado el padre, la madre ó el hijo que bajo aquel mármol yacen (1)...; Oh, sí! esta hija que deposita una corona de siemprevivas sobre la tumba de su madre, estos padres que cuelgan no sé qué emblema en la tumba de un hijo vivamente sentido.. estos y aquella, estoy seguro de que amaban á sus estimados difuntos... Pues bien; les detengo á la salida del cementerio y les pregunto si rezan por las almas de aquellos á quienes la muerte les ha arrebatado, si hacen ofrecer para ellos el santo Sacrificio de la Misa... Y no se atreven á contestarme...; Ay, queridos hermanos míos!; para ellos, con harta frecuencia el cuerpo que se pudre lo es todo, y las almas que sufren y les

(1) En las Obras de Mons. Graveran hay una alocución muy interesante y muy sentidas reflexiones á propósito de las *Inscripciones sobre la tumba de los muertos*. *Oeuvres*, t. II, pág. 163.

llaman con suplicante voz no son nada!... Pasad pues, infelices desolados; os compadezco...; no teneis fé!

Y vosotros que, más cristianos, habeis ofrecer el santo Sacrificio de la Misa para vuestros difuntos ¿os creéis libres de censura?; Ah! si les amaseis de verdad, deberíais, entendedlo bien, debeis asistir personalmente al santo Sacrificio que se ofrece para descanso de sus almas... Con sobrada frecuencia acontece, hermanos míos muy amados, que no se da importancia suficiente á la asistencia personal al santo Sacrificio de la Misa que se hace ofrecer para los parientes difuntos... Si, con sobrada frecuencia se deja al cura, al sacerdote que rece solo en este sagrado recinto...; Y sin embargo, os sería tan fácil venir á unir vuestras lágrimas y oraciones á nuestras propias oraciones y sobre todo á la sangre de Jesucristo que va á correr para aquellas queridas almas!..; Oh! haced que no siga sucediendo así; os lo ruego... Venid á uniros al sacerdote, á cuyo sacrificio habeis encomendado vuestros amados difuntos.. Sus almas experimentarán mayor alivio, y vosotros mismos encontraréis en este acto de caridad, ya la gracia de vuestra conversión, ya la de vuestra perseverancia... Así sea...

INSTRUCCION VIGESIMOSEXTA.

SACRAMENTO DE LA SAGRADA EUCARISTIA.

INSTRUCCION DECIMOTERCIA.

ASISTENCIA FRECUENTE A LA SANTA MISA; CÓMO SE DEBE ASISTIR A ELLA. ®

TEXTO. *In omni loco sacrificatur et offertur nomini meo oblatio pura.* En todo lugar se sacrifica y ofrece en honor mio una hostia pura.

(MALAQUIAS, CAP. I, VERS. 11.)

EXORDIO. — Hermanos míos, leemos en el Antiguo Testamento una historia que os voy á referir.... Os interesará, sin duda, y nos podrá

su alma se hubo separado de su cuerpo, dignóse ir por sí misma á consolarles, á animarles, á decirles que estaba próximo, para ellos, el momento de la libertad... Igual ternura tiene en el altar para con las almas que padecen en el purgatorio; piensa en ellas, por ellas ruega, y adelanta además, tanto como se lo permite la justicia de Dios, la hora de su libertad...

Pero el santo Sacrificio de la Misa no se ofrece solamente para todos los difuntos en general; sus principales méritos, sus más preciosos frutos pueden aplicarse de un modo especial á un alma que se consume en el purgatorio... A esto se debe, hermanos míos muy amados, esta piadosa costumbre, generalizada en la Iglesia, de hacer ofrecer el santo Sacrificio para nuestros parientes difuntos; costumbre antigua que se remonta á los Apóstoles y que jamás ha caído en desuso... San Agustín hacía ofrecer el santo Sacrificio para Mónica su madre; san Pedro Damian, habiendo encontrado una moneda, hacía celebrar una misa para su difunto padre; y otros mil ejemplos que os podría citar.... Pero me acude una reflexión, y por ella voy á concluir.

PERORACIÓN. — No se sabe, ni se comprende bastante lo mucho que el santo Sacrificio de la Misa alivia á las almas del purgatorio..... Recorred los cementerios de nuestras ciudades y de nuestros pueblos: á veces vereis en ellos suntuosos monumentos, los más ricos mármoles sobre parientes difuntos; emblemas, coronas, inscripciones más ó menos fastuosas os contarán la pena que han dejado el padre, la madre ó el hijo que bajo aquel mármol yacen (1)...; Oh, sí! esta hija que deposita una corona de siemprevivas sobre la tumba de su madre, estos padres que cuelgan no sé qué emblema en la tumba de un hijo vivamente sentido... estos y aquella, estoy seguro de que amaban á sus estimados difuntos... Pues bien; les detengo á la salida del cementerio y les pregunto si rezan por las almas de aquellos á quienes la muerte les ha arrebatado, si hacen ofrecer para ellos el santo Sacrificio de la Misa... Y no se atreven á contestarme...; Ay, queridos hermanos míos!; para ellos, con harta frecuencia el cuerpo que se pudre lo es todo, y las almas que sufren y les

(1) En las Obras de Mons. Graveran hay una alocución muy interesante y muy sentidas reflexiones á propósito de las *Inscripciones sobre la tumba de los muertos*. *Oeuvres*, t. II, pág. 163.

llaman con suplicante voz no son nada!... Pasad pues, infelices desolados; os compadezco...; no teneis fé!

Y vosotros que, más cristianos, habeis ofrecer el santo Sacrificio de la Misa para vuestros difuntos ¿os creéis libres de censura?; Ah! si les amaseis de verdad, deberíais, entendedlo bien, debeis asistir personalmente al santo Sacrificio que se ofrece para descanso de sus almas... Con sobrada frecuencia acontece, hermanos míos muy amados, que no se da importancia suficiente á la asistencia personal al santo Sacrificio de la Misa que se hace ofrecer para los parientes difuntos... Si, con sobrada frecuencia se deja al cura, al sacerdote que rece solo en este sagrado recinto...; Y sin embargo, os sería tan fácil venir á unir vuestras lágrimas y oraciones á nuestras propias oraciones y sobre todo á la sangre de Jesucristo que va á correr para aquellas queridas almas!...; Oh! haced que no siga sucediendo así; os lo ruego... Venid á uniros al sacerdote, á cuyo sacrificio habeis encomendado vuestros amados difuntos... Sus almas experimentarán mayor alivio, y vosotros mismos encontraréis en este acto de caridad, ya la gracia de vuestra conversión, ya la de vuestra perseverancia... Así sea...

INSTRUCCION VIGESIMOSEXTA.

SACRAMENTO DE LA SAGRADA EUCHARISTIA.

INSTRUCCION DECIMOTERCIA.

ASISTENCIA FRECUENTE A LA SANTA MISA; CÓMO SE DEBE ASISTIR A ELLA. ®

TEXTO. *In omni loco sacrificatur et offertur nomini meo oblatio pura.* En todo lugar se sacrifica y ofrece en honor mio una hostia pura.

(MALAQUIAS, CAP. I, VERS. 11.)

EXORDIO. — Hermanos míos, leemos en el Antiguo Testamento una historia que os voy á referir.... Os interesará, sin duda, y nos podrá

proporcionar algunas reflexiones aplicables al santo Sacrificio de la Misa. Si se ofrecían sacrificios al Dios verdadero, también los demonios se mostraban ávidos de semejante honor... Un día, el profeta Elías, afligido de ver á sus compatriotas entregados á la idolatría, propuso, en presencia de todo el pueblo de Israel, un duelo, un desafío á los sacerdotes de los ídolos... « Pueblo, dijo, no hay más que un solo Dios verdadero, que es el que os sacó de Egipto y el que adoraron vuestros padres: ¿quereis la prueba?. Levántense aquí dos altares y colóquese encima de cada uno de ellos una víctima; yo rogaré al verdadero Dios, los otros invocarán á sus ídolos; y aquel de nosotros que haga descender el fuego del cielo sobre la víctima, será considerado como representante del Altísimo... » Así habló el Profeta; aplaudió el pueblo todo, y los sacerdotes de los ídolos tuvieron que aceptar este desafío... Pero en vano fatigaron á los demonios con sus súplicas; el fuego del cielo no pertenece á Satanás, y no descende sobre su altar... En cambio, apenas Elías se había dirigido al verdadero Dios, cuando bajó del cielo una brillante llama, y consumió la víctima y hasta el altar... Entonces el pueblo entero reconoció al Dios que Elías adoraba como verdadero Dios... « ¿Cómo! exclama á este propósito un santo Doctor (1), si un Profeta, con una sencilla oración, pudo hacer que descendiera sobre el altar el fuego del cielo, ¿con cuánta mayor razón el mismo Jesús, Jesús que es Dios omnipotente, puede cumplir la promesa que hizo de descender él mismo sobre nuestros altares cristianos!.. Solo él podía concebir este prodigio de amor, que renueva cada día el sacrificio del Calvario; solo él lo podía obrar también... »

PROPOSICIÓN. — Poder de Jesucristo y su amor para nosotros... Esto es, en efecto, hermanos míos muy amados, lo que se revela en el adorable Sacrificio de la Misa. Al terminar estas instrucciones sobre la sagrada Eucaristía, quiero deciros que no basta creer en este misterio y admirar este poder de Jesús, ofreciéndose cada día en holocausto bajo las especies del pan y del vino, sinó que, para corresponder á su ternura, debemos devolverle amor por amor... Os he hablado ya de la Sagrada

(1) S. Juan Crisóstomo, *Apud Lohner*.

Comunión; hoy llamaré vuestra atención sobre la asistencia á la santa Misa...

DIVISIÓN. — Debemos, *en primer lugar*, asistir á la santa Misa con la mayor frecuencia que podamos, y diremos, *en segundo lugar*, algunas palabras sobre la manera como debemos asistir á ella.

Primera parte. — Y ante todo, cuando digo que debemos asistir á la santa Misa lo más amenudo que podamos, no quiero hablar de esta asistencia obligatoria, para todo cristiano, de los domingos y días festivos... Nó, nó; para estos días consagrados la orden es terminante; hay que asistir siempre, siempre... Ni viajes, ni trabajos, por apremiantes que nos parezcan, pueden dispensarnos de esta obligación rigurosa y sagrada; sólo una imposibilidad, — fijáos bien, una imposibilidad moral, un obstáculo verdaderamente sério, juzgado tal por los pastores de nuestras almas, — podría hacernos perdonar una falta, al fin de la cual hay el pecado mortal por sanción, y por castigo el infierno... Lo repito, la orden es terminante: « *Oírás Misa todos domingos y fiestas de guardar...* »

Deseo llamar principalmente vuestra atención sobre una indiferencia, sobre una cobardía que tal vez será difícil excusar delante de Dios; la poca importancia que ciertas personas, aún piadosas, atribuyen á este augusto Sacrificio, los pocos esfuerzos que hacen para asistir á ella entre semana, cuando podrían fácilmente hacerlo... Bien es verdad que la Iglesia no nos obliga á ello bajo pena de pecado; mas, para la fe verdadera, para la verdadera piedad, decidme; ¿no hay en esto un deber de corazón?... Jesucristo, para salvarnos, tampoco necesitaba sufrir tanto; pero quiso mostrarnos la grandeza de su amor... Su pesebre y su cruz nos dicen: ¿Ha tenido miedo de hacer demasiado por vosotros?...; Y nosotros regatearemos con él, cuando se trata de demostrarle un poco de cariño!...; Ingratos!... Aquí mismo, en este recinto, se renueva cada día el misterio del Calvario: corre sobre este altar la sangre de Jesucristo...; Y nadie ó casi nadie está aquí para recogerla!...; ¿Qué hacen pues muchos de los que me escuchan, en la media hora que dura este augusto misterio?...; Decís que teneis vuestras ocupaciones?... Vuelvo á decir, porque no quiero exagerar, que sé, hermanos míos, que á muchos de vosotros no siempre les es posible

asistir cada día al santo Sacrificio de la Misa; hasta los hay á quienes esta privación les aflige y que procuran suplirla con los piadosos deseos y santos pensamientos que les ocupan. Pero, ¿no hay quienes, levantándose un poco más temprano, gastando un poco menos de tiempo en su tocado, acortando algo sus conversaciones con la vecindad, podrían, á lo menos en ciertas estaciones, asistir alguna vez á la Misa de cada día, y dar así á nuestro divino Salvador una media hora que podeis tener la seguridad de que no sería perdida (1) ?...

Quiero citaros algunos ejemplos, que os enseñarán la importancia que los santos y las almas piadosas han dado siempre á la asistencia al santo Sacrificio de la Misa...

San Luis, rey de Francia, era á la verdad uno de los hombres que más ocupados estaban en su reino... Leemos, sin embargo, en su *Vida* que no pasaba un solo día sin oír una ó varias misas.... Cada mañana al salir de la iglesia era cuando este venerado monarca, después de haber pedido al Dios de la Eucaristía las luces que necesitaba, iba á sentarse bajo la famosa encina de Vincennes para administrar justicia á su pueblo... Un célebre magistrado, Tomás Morus, que después confesó hasta el martirio la fé católica, oía fielmente todos los días la santa Misa... « Doy á Dios, decía, la primera hora de mi día; lo restante pertenece al rey ó á los que reclamen mis consejos... » — Había un piadoso anciano que, apesar de sus numerosos achaques, jamás dejaba de asistir á Misa, en cualquier estación del año que fuese... « Tened cuidado, decíanle un día, la estación es cruda, el tiempo es muy malo. » Y él contestaba sonriendo: « El tiempo es malo, no lo dudo: pero Dios es bueno... Él me sostendrá. » Y seguía encaminándose cada mañana á la Iglesia (2).

¿ Os citaré aquí el ejemplo de santa Zita, humilde sirvienta, que se levantaba antes de que amaneciese, para oír la santa Misa, ó bien el de san Isidro, labrador, que, entrando al servicio de un amo avaro, se había reservado la facultad de asistir cada día al santo Sacrificio?... Los criados que con él servían lo denunciaron á su amo; este último lleno de

(1) V. la preciosa obra de Mons. Martin, obispo de Paderborn, intitulada: *La vie chrétienne*, pág. 339.

(2) V. Lohner, t. IV, pág. 208. Como se trata del piadoso cardenal Estanislao Hosius, el texto trae: *Missam dicebat quotidie aut audiebat*.

cólera se dirigió al llano... Pero; cuál fué sus sorpresa y la de los demás espectadores, cuando divisaron á un Angel que estaba gñando la carreta del piadoso labrador, mientras éste oía la santa Misa !. — « Nó, el tiempo que se destina á asistir al santo Sacrificio jamás empobrece », le decía un artesano á un vecino suyo, que con él se lamentaba, diciéndole: « Todo os sale bien: educais vuestros hijos, y vuestra casa prospera, mientras yo, que no tengo familia, que trabajo mucho, estoy en la miseria y en la desnudez. » — « Amigo mio, proseguía el otro, para que nuestro trabajo sea provechoso, es menester que Dios lo bendiga; haced como yo; asistid cada día á la santa Misa y vereis como huye de vuestra casa la miseria. » — Fué seguido este consejo, dice san Juan el Limosnero, y Dios bendijo al segundo de estos obreros, como al primero le había bendecido (1)...

A la verdad, hermanos míos, es rigurosamente justo, y tiempo ha que el profeta David lo tiene dicho: Si Dios, con su gracia, no ayuda á la edificación de una casa y á la prosperidad de una familia, en vano es que trabajen los que, fuera de él, esperan obtener resultados duraderos (2).

Insisto, carísimos hermanos, extensamente sobre este punto, y no os sorprenda... Existe una bendición especial, para toda una parroquia y para cada uno de sus miembros, á la asistencia de algunos de ellos á la Misa cotidiana. Pero; qué provecho especialmente para los que siguen fielmente esta piadosa práctica!.. « El que haya oído la santa Misa, dice un autor (3), verá bendecidos aquel día mismo su trabajo y sus empresas; si tiene que hacer un viaje, le seguirá la protección de Dios; el mismo Señor le fortalecerá en su cuerpo y en su alma... » Y añade este mismo autor: « Si os aconteciese morir el día mismo en que habeis oído la santa Misa, el mismo Jesucristo os asistiría en vuestra última hora; querría haceros compañía, cual se la habríais hecho vosotros en el santo Sacrificio... »

Segunda parte. — Sin embargo, hermanos míos muy amados, asistir piadosa y devotamente al santo Sacrificio de la Misa, es cosa aún

(1) Citado en el *Trésor caché*, en Mansi y *passim*.

(2) Salmo CXXVI.

(3) V. Lohner, t. IV, pág. 204. *Qui missam audit prosperabitur in illo die in laboribus, in artificio, in peregrinationibus, etc.*

más importante que asistir á él con frecuencia... No quiero hablar de los que, con su conducta, deshonran el lugar santo y los misterios sagrados que en él se celebran; éstos son un escándalo para los buenos católicos (1)... Tampoco hablaré de los que no saben lo que han de hacer durante el santo Sacrificio, y se fastidian, hasta en el momento mismo en que Jesucristo se inmola por ellos en el altar... Nó, al dirigirme á la porción más piadosa de este auditorio, — ¿ y porqué no á todos vosotros? — me contentaré con algunas observaciones prácticas y sencillas.

He visto á personas que no sabían leer, asistir de un modo excelente al santo Sacrificio rezando sencillamente su rosario en honor de su divino Salvador. A propósito de una de estas piadosas cristianas, á quien más de una vez había visto en su catedral, el ilustre Bossuet, obispo de Meaux, decía: « Se ensalza mi talento, se elogia mi ciencia; pues bien, os digo con toda verdad que daría con gusto todos estos dones á cambio de la piedad de esta humilde cristiana... »

Sin embargo, á las personas que saben leer, yo las aconsejaría que, para oír la santa Misa sin tanto peligro de distraerse, hiciesen habitualmente uso de un libro de piedad, en que se explicase lo más extensamente posible la santa Misa, aplicando las explicaciones á las diversas circunstancias de la Pasión del Salvador... Es preciso ser muy piadoso y estar muy acostumbrado á la meditación para oír la santa Misa sin distraerse, si á uno no le ayudan algunas consideraciones piadosas sugeridas por un buen libro...

Confesaré empero que puede encontrarse esta circunstancia y que se ha encontrado más de una vez... Cierta día, fué una persona á encontrar á san Alfonso de Ligorio. — Padre, le dijo, estoy consternada. — ¿ Porqué, hija mia? preguntó el santo obispo. — Habeis dicho en vuestra instrucción que para oír bien la santa Misa, era menester habitualmente servirse de un libro: lo he probado y no puedo. — Entonces ¿ en qué os distraeis durante el santo Sacrificio? — Padre, desde que el sacerdote llega al altar, se presenta á mi imaginación el recuerdo de mis pecados, que causaron la muerte de nuestro buen Sal-

(1) V. Mons. Martin, obra antes citada.

vador, y no puedo cesar de llorarlos en todo el tiempo que dura este augusto misterio. » Admirando la sencillez de aquella humilde cristiana, la animó el santo diciéndola: « ¡ Id, hija mia, seguid asistiendo á la santa Misa con estos sentimientos, y la oiréis muy bien!... »

Pero lo repito, esto es una excepción, y casi todos necesitamos tener un libro ante los ojos para sostener nuestra atención cuando asistimos al santo Sacrificio... En los domingos y días festivos, está en el espíritu de la Iglesia el que nos unamos al oficio público, y que unamos nuestras preces y nuestros cantos, á las preces y á los cantos de la liturgia sagrada... ¡ Cuán bello es todo un pueblo uniéndose para cantar, por decirlo así, con una sola voz y con un solo corazón el *Kyrie eleison*, el *Gloria in excelsis* y ese precioso símbolo de Nicea, magnífica y solemne expresión de la fé católica!

Por último, hay también otra práctica que puede ayudar á nuestra imaginación tan movediza, nuestra atención tan rápida en distraerse, y preservarlas de estas distracciones... Consistiría en proponernos un fin, un objeto, una gracia á obtener cuando asistiésemos á la santa Misa... ¡ Ah! si tuviésemos una fé viva y el sentimiento profundo de nuestras miserias; si comprendiésemos bien la excelencia y valor de este augusto Sacrificio, no nos veríamos apurados... Y aún cuando asistiésemos diariamente al santo Sacrificio de la Misa, diariamente también encontraríamos nuevas gracias que pedir... ¿ No tenemos pecados que expiar? ¿ No tenemos parientes ó amigos cuya conversión nos deba preocupar?... ¿ Debemos ser indiferentes á las persecuciones que sufre la Iglesia, nuestra madre, y no participar de las tristezas del Soberano Pontífice, nuestro padre espiritual?... ¿ Y las pobres almas del purgatorio?... Cada vez que entramos en este sagrado recinto, me parece ver que acude á nuestro encuentro, con lágrimas en los ojos y tendiéndonos sus brazos, ese padre, esa madre, esos parientes, esos amigos que hemos perdido; oigo sus voces suplicantes que nos dicen: Piensa ¡ oh! piensa en mí... — ¡ Ya veis, pues, cristianos, cuántas cosas tenemos por pedir en el santo Sacrificio de la Misa, y cuántos motivos hay para nosotros de asistir piadosamente á él!..

PERORACIÓN. — Al terminar, carísimos hermanos, quiero contestar á esta pregunta... ¿ A qué Misa hay que asistir?... Si se trata de asis-

tencia diaria, lo mejor sería asistir á la Misa rezada en su propia iglesia; si es cuestión de los domingos y dias festivos, contestaré con la Iglesia que, si os es posible, teneis que asistir á la Misa parroquial... Ésta se dice más especialmente para vosotros, y Dios, os lo aseguro, os prepara en ella gracias especiales; oireis la palabra de Dios y animareis á vuestros pastores... Es triste ver á tantos fieles que se contentan de una misa corta y matutina (1), que muchas veces van á oír fuera de su parroquia, dejando la iglesia de esta última, vacía y como si su rebaño hubiese sido devastado...; Nuestra iglesia; nuestra parroquia!.. si es nuestra familia... el hogar paternal de nuestras almas... Podrá ser que en tal ó cual capilla vuestro cuerpo esté más caliente...; pero estad seguros de que vuestras almas en ninguna parte estan mejor que aquí!

Hermanos míos muy amados, así como hay enfermedades que, para curarse, requieren el aire natal; asimismo hay necesidades, enfermedades espirituales que difícilmente se curan fuera del lugar donde nos bautizaron, donde hicimos nuestra primera comunión...; Oh! amad vuestra parroquia, haced todos los esfuerzos que podais, asistiendo con regularidad á los santos Sacrificios que en ella se celebran, para protestar contra esta funesta decadencia del culto público... Sé que se cumple con la obligación asistiendo á una Misa cualquiera; pero también sé que, con harta frecuencia, se deja de venir á la Misa parroquial por pereza... Hermanos míos, hagamos de manera que Dios no tenga que echarnos en cara un dia semejante cobardía en su tribunal... Así sea.

INSTRUCCION VIGESIMOSEPTIMA.

SACRAMENTO DE LA PENITENCIA.

INSTRUCCION PRIMERA.

QUÉ ES LA VIRTUD DE LA PENITENCIA. NECESIDAD ABSOLUTA DE ESTA VIRTUD

TEXTO. — *Nisi Penitentiam habueritis, omnes simul peribitis.* Si no teneis la virtud de la Penitencia, todos perecereis.

(S. LUCAS, CAP. XIII, VERS. 3.)

EXORDIO. — Al principiar esta instrucción, hermanos míos, deseo dirigiros una pregunta... Entre los metales ¿cuál es el más precioso y el más estimado?... El oro, me direis, y tendreis razón... El oro, no solamente es más brillante, sinó que tiene más valor que la plata, que el cobre y que todos los demás metales... Si, interrogándoos de nuevo, os preguntase cuál es el metal más necesario, más indispensable al hombre, aquellos de entre vosotros que saben apreciar las cosas, no vacilarían en contestarme: el metal más útil es el hierro; con él el hombre se forja utensilios, que le sirven para cultivar la tierra y para atender á sus diferentes necesidades... Por esto fué descubierto y forjado desde los primeros dias del mundo: el oro no vino hasta después.

Tales, hermanos míos, la historia de la sagrada Eucaristía y del sacramento de la Penitencia. ¡La sagrada Eucaristía!... ¡Dios mío! os he hablado extensamente de ella y, á la verdad, disto mucho de haberlo dicho todo: ¡es el oro, es la perla de nuestra santa religión...! Como sacramento y como sacrificio, ninguna verdad hay más noble, ningún misterio hay más augusto... Y sin embargo la Penitencia, para nosotros, pobres pecadores, es más útil, más necesaria que la sagrada Eucaristía... ¡Oh Jesús del tabernáculo! para acercarse dignamente á vos, es menester que sean nuestros corazones puros, y sólo la Penitencia puede dar á nuestras almas pecadoras esta justicia que reclamais de los que os han

tencia diaria, lo mejor sería asistir á la Misa rezada en su propia iglesia; si es cuestión de los domingos y dias festivos, contestaré con la Iglesia que, si os es posible, teneis que asistir á la Misa parroquial... Ésta se dice más especialmente para vosotros, y Dios, os lo aseguro, os prepara en ella gracias especiales; oireis la palabra de Dios y animareis á vuestros pastores... Es triste ver á tantos fieles que se contentan de una misa corta y matutina (1), que muchas veces van á oír fuera de su parroquia, dejando la iglesia de esta última, vacía y como si su rebaño hubiese sido devastado...; Nuestra iglesia; nuestra parroquia!.. si es nuestra familia... el hogar paternal de nuestras almas... Podrá ser que en tal ó cual capilla vuestro cuerpo esté más caliente...; pero estad seguros de que vuestras almas en ninguna parte estan mejor que aquí!

Hermanos míos muy amados, así como hay enfermedades que, para curarse, requieren el aire natal; asimismo hay necesidades, enfermedades espirituales que difícilmente se curan fuera del lugar donde nos bautizaron, donde hicimos nuestra primera comunión...; Oh! amad vuestra parroquia, haced todos los esfuerzos que podais, asistiendo con regularidad á los santos Sacrificios que en ella se celebran, para protestar contra esta funesta decadencia del culto público... Sé que se cumple con la obligación asistiendo á una Misa cualquiera; pero también sé que, con harta frecuencia, se deja de venir á la Misa parroquial por pereza... Hermanos míos, hagamos de manera que Dios no tenga que echarnos en cara un dia semejante cobardía en su tribunal... Así sea.

INSTRUCCION VIGESIMOSEPTIMA.

SACRAMENTO DE LA PENITENCIA.

INSTRUCCION PRIMERA.

QUÉ ES LA VIRTUD DE LA PENITENCIA. NECESIDAD ABSOLUTA DE ESTA VIRTUD

TEXTO. — *Nisi Penitentiam habueritis, omnes simul peribitis.* Si no teneis la virtud de la Penitencia, todos perecereis.

(S. LUCAS, CAP. XIII, VERS. 3.)

EXORDIO. — Al principiar esta instrucción, hermanos míos, deseo dirigiros una pregunta... Entre los metales ¿cuál es el más precioso y el más estimado?... El oro, me direis, y tendreis razón... El oro, no solamente es más brillante, sinó que tiene más valor que la plata, que el cobre y que todos los demás metales... Si, interrogándoos de nuevo, os preguntase cuál es el metal más necesario, más indispensable al hombre, aquellos de entre vosotros que saben apreciar las cosas, no vacilarían en contestarme: el metal más útil es el hierro; con él el hombre se forja utensilios, que le sirven para cultivar la tierra y para atender á sus diferentes necesidades... Por esto fué descubierto y forjado desde los primeros dias del mundo: el oro no vino hasta después.

Tales, hermanos míos, la historia de la sagrada Eucaristía y del sacramento de la Penitencia. ¡La sagrada Eucaristía!... ¡Dios mío! os he hablado extensamente de ella y, á la verdad, disto mucho de haberlo dicho todo: ¡es el oro, es la perla de nuestra santa religión...! Como sacramento y como sacrificio, ninguna verdad hay más noble, ningún misterio hay más augusto... Y sin embargo la Penitencia, para nosotros, pobres pecadores, es más útil, más necesaria que la sagrada Eucaristía... ¡Oh Jesús del tabernáculo! para acercarse dignamente á vos, es menester que sean nuestros corazones puros, y sólo la Penitencia puede dar á nuestras almas pecadoras esta justicia que reclamais de los que os han

de recibir... Hay más : cuando hemos tenido la desgracia de ofender á Dios, podemos salvarnos sin la Eucaristía, pero sin la Penitencia es imposible. Así como el hierro, con ser menos precioso que el oro, es sin embargo más necesario ; de igual manera, el sacramento de la Penitencia, con ser menos augusto que el de la sagrada Eucaristía, nos es, sin embargo, más necesario, más indispensable... Ningún pecador, ni uno solo, tenedlo bien entendido, se ha salvado sin la penitencia, y en cambio se han salvado muchos sin la sagrada Eucaristía...

PROPOSICIÓN. — Este lenguaje os puede parecer extraño ; pero vais á comprenderme fácilmente cuando os haya dicho que se distingue la Penitencia como virtud y la Penitencia como sacramento... En las instrucciones siguientes hablaré del sacramento de la Penitencia ; esta mañana, con la gracia de Dios, probaré de explicaros la virtud de la Penitencia.

DIVISIÓN. — *En primer lugar*, ¿qué es la virtud de la Penitencia?... *En segundo lugar*, necesidad absoluta que nosotros, pobres pecadores, tenemos de la virtud de la Penitencia. Tales son los dos pensamientos que nos van á ocupar...

Primera parte. — Como este asunto, hermanos míos muy amados, es muy importante, me apoyaré en la autoridad de los santos doctores y sobre todo en los ejemplos que nos proporciona la sagrada Escritura, para hacéroslo comprender mejor... Direis tal vez en vuestro interior : Esta verdad no tiene más ni menos importancia que muchas otras que nos enseña nuestra santa religión... ¡Podrá ser!... pero escuchad : Para todos los que hemos ofendido mortalmente á Dios hay ó la Penitencia ó el infierno... ¿Quereis que la misericordia de Dios os perdone vuestras faltas? ¿Quereis, como David, como san Agustín, que apesar de vuestros pecados, se os abra el cielo?... Una sola virtud puede haceros merecer la misericordia y el perdón : la Penitencia... y aquí hablo de la Penitencia como virtud y os repito : Para nosotros, infelices pecadores, ó la Penitencia ó el infierno.

¿Qué es pues la Penitencia? Es una virtud que, á mi entender, se aproxima mucho á la Contrición perfecta. Santo Tomás la llama una virtud sobrenatural que tiene por objeto destruir en nosotros el pecado,

y ofrecer á la justicia de Dios una satisfacción legítima por la ofensa que le hemos inferido (1).

Pero un ejemplo nos hará comprender mejor aún en qué consiste esta virtud. Tomo el del santo rey David, el modelo de los penitentes... Confiesa sus faltas, las siente y se castiga á sí mismo por ellas.

Viene el profeta Nathan á advertir, de parte de Dios, á este monarca, cuando este se encontraba en el colmo de su poder. Le dirige severas reprensiones : « Tú eres, le dice, el pecador de quien hablo, tú que has dado un escándalo público á tu pueblo : ; monarca infeliz, cuán mal has correspondido á los beneficios de que el Señor te ha colmado!... » ¿Qué habríais hecho vosotros, hermanos míos, en su lugar?... ; Ay ! Nosotros, como san Juan, os predicamos amenudo la Penitencia ; como el profeta Nathan, os decimos con frecuencia : « Vosotros abusais de los beneficios del Señor para ofenderle ; Él os concede cosechas abundantes, os dá ricas vendimias, y vosotros profanais el día de fiesta para recogerlas. ; Cuán desgraciados somos ! Parece que cuanto más generoso se muestra Dios para con nosotros, más abusamos de su bondad para ofenderle... Muy amenudo se nos recuerda esta verdad, pero nosotros estamos muy distantes de tener la docilidad del santo rey David... « Pequé, dice éste al oír al Profeta... Sí, lo confieso, Señor, desde el fondo de mi alma, soy muy culpable ; he violado tus mandamientos, he cometido el mal en tu presencia » Ved ahí, hermanos míos muy amados, el primer acto de la virtud de la Penitencia : confesar francamente nuestras faltas y humillarnos por ellas en la presencia de Dios.

Pero David no se contenta con una confesión estéril ; siente pesar profundo por los pecados que ha cometido ; nos refiere en sus Salmos que, más de una vez, regaba el lecho con sus lágrimas. Leed el salmo *Miserere*, y en él vereis un cuadro conmovedor del dolor y de los sentimientos que al santo rey inspiraba el recuerdo de sus faltas. « Apia- dáos de mí, Señor, exclama, según vuestra gran misericordia ; digná- os purificarme más y más de todas mis faltas. » En otro lugar se representa como hundido en el fondo de un abismo y, humedecidos en llanto

(1) *Suma Teológica*, parte III, cuestión LXXXV, art. 1 y siguientes.

los ojos, suplica al Dios á quien ofendió que escuche su oración. *De profundis clamavi ad te, Domine; Domine, exaudi vocem meam...* Súplica conmovedora que la Iglesia santa pone en boca de las almas del Purgatorio... Sentimientos de pesar que nosotros, hermanos míos, infelices pecadores como somos, deberíamos tener, no solamente en los labios, sino en lo más íntimo de nuestro corazón...

¿Es esto todo, hermanos míos? Para tener la virtud de la Penitencia ¿basta confesar nuestras faltas y tener pesar de ellas? Nó, es indispensable una tercera condición. David es culpable, Dios le castigará ya en este mundo; pero como es un verdadero penitente, un penitente sincero, aceptará sumiso y resignado los castigos de la justicia divina... Verá morir á un hijo muy amado, otro se rebelará contra él; sus vasallos parecerá que le abandonan; seguido apenas de algunos amigos fieles, se verá precisado á marcharse de Jerusalem y á subir, casi sin séquito, la escarpada montaña inmediata... Para colmo de humillación, sus enemigos irán á insultarle en su desgracia, á abrumarle á ultrajes y le perseguirán á pedradas... Entonces, este piadoso penitente, acordándose de sus pecados, soportará todas estas pruebas como otros tantos castigos que tiene merecidos... En el fervor de su penitencia, se impondrá él mismo otras mortificaciones. Se revestirá de un cilicio, dormirá en el duro suelo, y dejará muchas veces por la noche su lecho real para humillarse ante Dios y dar á la justicia divina la satisfacción que reclama (1)...

Ved ahí, hermanos míos, la verdadera virtud de la Penitencia: tener pesar de nuestros pecados, aceptar con sumisión las pruebas que Dios envía, imponerse uno mismo ciertas mortificaciones para satisfacer á la justicia de Dios que reclama la expiación de nuestras faltas. No os admireis pues de que, habiendo practicado la virtud de la penitencia de tan excelente modo, David haya llegado á ser un santo, cuyos admirables Salmos cantamos, y que la Iglesia lo proponga á los pecadores como modelo de penitencia...

Segunda parte. — He dicho, hermanos míos muy amados, que la Penitencia era una virtud absolutamente necesaria para salvarse; casi

(1) Salmo VI, v. 7 y *passim*.

diré que es más indispensable que el sacramento que lleva su nombre... Vais á comprenderme. Antes de Jesucristo, el sacramento de la Penitencia no existía, y sin embargo, antes de él muchos pecadores obtuvieron el perdón de sus faltas... ¿Cómo lo obtuvieron?... Únicamente por la virtud de la Penitencia.

No hablemos ya del santo rey David: remontémosnos juntos hasta á nuestros primeros padres. ¿Les veis arrojados del paraíso terrestre, tristes, con las lágrimas en los ojos?... ¿Pobre Adán, pobre Eva, en vano volveis vuestras miradas hacia aquella mansión de delicias donde fuisteis tan felices!.. El paraíso terrestre está cerrado para vosotros, no pretendais volver á entrar en él; un Angel puesto por el Criador está allí para prohibiros la entrada: decididamente no volveis.. Sin embargo, tened valor; otro paraíso podrá abrirse para vuestras almas, y en éste, no tendrá acceso, ni se atrevera á veniros á tentar la infernal serpiente.. ¿Oh severo Dios, que así les arrojaís de vuestra presencia! ¿qué deben pues hacer esos desventurados para aplacar vuestra justicia y recobrar vuestro amor?... Hacer penitencia... Y les veo, hermanos míos, practicar admirablemente esta virtud. Al dejar el paraíso de delicias, confiesan su falta; no murmuran, aceptan la expiación que el Criador les impone... Imaginadles en esta tierra ingrata y desprovista de habitantes durante largos años, porque Dios les concederá dilatada vida; cultivarán pensadamente esta tierra tal vez con sus manos, pero indudablemente con utensilios menos perfeccionados que los que empleais vosotros. Tendrán que sufrir las intemperies de las estaciones; una choza de follaje será lo único que les protegerá, lo único que les pondrá al abrigo de los calores del estío y de las escarchas del invierno. Humildemente se someten á esta expiación: Adán se doblega para cultivar la tierra; Eva pone en el mundo sus hijos entre dolores... Pero no es esto todo... otras penas os esperan, pobres expulsados del paraíso terrenal... Una noche, su querido hijo Abel no vuelve á su morada.. Su ganado divaga solitario por el campo. Llenos de angustia corren en su busca... y ante sus ojos aparece un cadáver, herido por la mano de un hermano, bañado en una sangre negra y corrompida ya... ¿Realmente es Abel, su hijo muy amado!... Y, sin murmurar contra la justicia de Dios, dan sepultura á aquel hijo querido, aceptando esta prueba como un castigo, que su falta

había merecido... Así vivieron largos siglos entre penas y dolores, hasta que la muerte, otro castigo, vino á poner fin á su vida y término á su penitencia. Sí, hermanos míos muy amados, practicando esta virtud, que encierra á la vez la confesión, el pesar y la expiación de la falta cometida, fué como nuestros primeros padres alcanzaron su perdón...

Otro ejemplo todavía, que tomo asimismo del Antiguo Testamento... Dios encarga al profeta Jonás que anuncie á la ciudad de Nínive que los crímenes de sus habitantes han colmado la medida, y que esta ciudad culpable será en breve castigada... Jonás recorre la ciudad gritando en alta voz: « Cuarenta días más y Nínive será destruída. » A esta voz del profeta, los habitantes vuelven en sí, confiesan sus faltas, se arrepienten de ellas, esperan en la misericordia de Dios.... No hay bastante aún; la virtud de la Penitencia les hace comprender que todo pecado merece una expiación: ordénase un ayuno público, todos tienen que someterse á él, lo mismo el niño que descansa en la cuna que el anciano que está al borde del sepulcro. El mismo rey deja sus vestiduras y sus vasallos le imitan; las mujeres y las jóvenes se despojan de sus galas; todosse cubren con ropajes que anuncian la penitencia y el luto.. Habriais visto aquella gran ciudad, entregada hasta entonces á los placeres y á las locas alegrías del mundo, repentinamente transformada por la Penitencia, el ayuno y la abstinencia sustituir á los festines suntuosos. « Hemos ofendido al Señor, decían: llóremos nuestras faltas, oremos, ayunemos y hagamos penitencia. Puede ser que Dios, conmovido por nuestras lágrimas y nuestro arrepentimiento, modifique el decreto que nos condena á morir. » Y en efecto Dios, viendo sus obras y su arrepentimiento, les perdonó en su misericordia; pero, á falta del sacramento que no estaba aún instituído, habían tenido esta virtud, que llamamos la virtud de la Penitencia, que es, lo repito, absolutamente necesaria para alcanzar el perdón de las faltas cometidas.

PERORACIÓN. — Mas ¿ para qué invocar los testimonios de la ley antigua? Las primeras páginas del Evangelio nos enseñan aún con más fuerza y energía la necesidad de la virtud de la Penitencia... Jesús acaba de cumplir los treinta años de edad: va á principiar su misión pública... Pero ¿ alguien le ha precedido en el desierto... Y en las áridas riberas del Jordan se oye resonar una voz... ¿ De quién

era aquella voz? Era la de san Juan Bautista, el precursor de nuestro divino Salvador... Y ¿ qué decía aquella voz? ¿ Cuáles eran las enseñanzas, las recomendaciones del santo Precursor? ¿ cuál la virtud que recomendaba de un modo especial?... Era la Penitencia... A todos los que iban á encontrarle, ricos ó pobres, soldados, labradores ó artesanos, á todos les decía: Haced penitencia (1)...

¡ Y bien! Reasumid todas las enseñanzas que os damos desde este púlpito y vereis que son iguales. Sea cual sea la forma bajo la cual se os presenten, jamás tienen otro fin... Cristianos que queréis llegar un día al cielo, cumplid fielmente vuestros deberes para con Dios y para con el prójimo; rezad con más fidelidad vuestras oraciones de la mañana y de la noche; asistid con regularidad á los divinos oficios; educad bien á vuestros hijos; sed justos para con vuestro prójimo; arrojad de vuestro corazón los pensamientos de avaricia, de orgullo y de lujuria, y haced penitencia por las faltas que hubieseis cometido contra los mandamientos de la ley de Dios y los de la Iglesia santa. *Pœnitentiam agite*... Sí, tened la virtud de la Penitencia y podremos decir á cada uno de vosotros estas palabras del Salvador: *Hoc fac et vives* (2)... Sí, obrad de esta manera, y participaréis un día de la vida eterna... Así sea.

(1) *S. Mateo*, c. III, v. 2 y sigu. — *S. Marcos*, c. I, v. 14. — *S. Lucas*, c. III, v. 3 y sigu. *et passim*.

(2) *S. Lucas*, c. X, 82.

INSTRUCCION VIGESIMO OCTAVA.

SACRAMENTO DE LA PENITENCIA.

INSTRUCCION SEGUNDA.

CONVENIENCIA DEL SACRAMENTO DE LA PENITENCIA; HEREJES QUE HAN ATACADO LA EFICACIA DE ESTE SACRAMENTO.

TEXTO. — *Quorum remisistis peccata, remittuntur eis.* Les serán perdonados sus pecados á aquellos á quienes vosotros los hubieris perdonado...

(S. JUAN, CAP. XX, VERS. 23.)

EXORDIO. — Hermanos míos, en mi última instrucción os hablaba de la Penitencia como virtud..... Os dije que esta virtud es indispensable para obtener el perdón de nuestras faltas... Citando el ejemplo del santo rey David, os mostré que esta virtud, aún bajo la ley antigua, comprendía tres cosas: confesión de nuestras faltas, el pesar de haberlas cometido y la voluntad eficaz de repararlas, aceptando con sumisión las pruebas que Dios nos envía é imponiéndonos á nosotros mismos ciertas obras para satisfacer á la justicia de Dios.

Representaos estas tres cosas: la Confesión, el Arrepentimiento y la Satisfacción, santificadas por los méritos de Jesucristo, fecundizadas por su divina sangre, hechas más fáciles y eficaces por las numerosas gracias que Él nos mereció... Y entonces tendreis la virtud de la Penitencia elevada á la dignidad, á la nobleza de un sacramento... Bajo la ley antigua, el pesar tenía que ir hasta á la contrición perfecta para alcanzar su perdón al pecador...; Pero esta gracia, Señor, es una gracia privilegiada y nadie está seguro de poseerla!.. Y el mismo David nos dice que, apesar de sus lágrimas y de sus austeridades, temblaba por temor de que no le fueran perdonados sus pecados

(1)...; Vosotros, oh gran san Agustín, oh piadosa Margarita de Cortona, estabais más seguros, más tranquilos sobre vuestra suerte!..... Me lo explico: para justificar vuestra confianza, teníais el sacramento de la Penitencia... Un sacerdote, derramando sobre vosotros los tesoros de misericordia que este sacramento encierra, había dicho: « Id en paz, yo os absuelvo... » Y Jesucristo, desde lo alto del cielo, había ratificado la sentencia...

Sí, hermanos míos, sí es constantemente cierto que la virtud de la Penitencia es necesaria, es igualmente verdadero que el sacramento que lleva este mismo nombre, hace más fácil y eficaz esta virtud.

PROPOSICIÓN Y DIVISIÓN. — Esta mañana me propongo mostraros, en primer lugar, la conveniencia del sacramento de la Penitencia; en segundo lugar, os hablaré de los herejes que han atacado este sacramento...; Asunto admirable, que deberá llevarnos á dar gracias y bendecir á la divina misericordia!...

Primera parte. — Conveniencia de la Penitencia... Ante todo, hermanos míos, antes de exponeros esta conveniencia, quiero citaros una historia que refieren nuestros Libros sagrados (2)... Un monarca cruel y perseguidor, llamado Antíoco, marchaba con su ejército contra el pueblo judío, con la intención de destruir el templo de Jerusalem. De repente, Dios le hiere con una enfermedad terrible; los gusanos le devoraban vivo; sus carnes caían en tiras. Poniéndose sobre sí, reconoció la mano que le hería y pareció humillarse ante Dios; pero su arrepentimiento, producido por los dolores y hasta tal vez por temor al infierno y á los juicios de Dios, no era más que una contrición imperfecta; por esto nos afirma la sagrada Escritura que no obtuvo su perdón. Quizás, si el sacramento de la Penitencia hubiese existido, esa contrición imperfecta, hecha más eficaz, le habría obtenido la misericordia, y hoy no sería un réprobo... Encuentro, en efecto, entre los reyes de Francia, un ejemplo casi parecido... Luis XI, cuyo reinado había sido una serie no interrumpida de perfidias y hasta de crueldades, viéndose próximo á morir, se arrepintió, como Antíoco, más bien por el temor de los juicios de Dios y por miedo del infierno, que por

(1) *Et peccatum meum contra me est semper.* Salmo L, vers. 5.

(2) Libro de los Macabeos, c. IX, v. 13 y sigu.

motivos de caridad perfecta... Sin embargo, gracias al sacramento de la Penitencia, hizo una muerte cristiana, y sus servidores pudieron rogar con confianza para la salvación de su alma (1)... ¿Comprendeis bien, ahora, la diferencia que existe entre la virtud de la Penitencia y el sacramento de la Penitencia?...

Pero hablemos de la conveniencia de este sacramento. Yo me pregunto si el mismo Dios, para aliar los derechos de la Justicia con la ternura de la Misericordia, podía encontrar un medio más seguro, más eficaz para tranquilizar nuestras almas... Podedis buscar otros vosotros: yo, por mi parte, no veo más que uno... Sí, no más que uno... Y este medio consiste en que se hubiese dignado bajar hasta cada uno de nosotros, cada vez que hubiéremos implorado su misericordia, y nos hubiese dicho con voz clara y distinta: — Tranquilízate, amigo mío, estan perdonados tus pecados. — ; Insensatos! ¿osaríamos ensoñar un medio semejante? ¿Osaríamos querer someter á tales exigencias la majestad de Dios?... ; Vaya!.. que únicamente los impíos podrían alimentar una idea semejante (2).

Hay más; no solamente este medio sería menos conforme, menos digno de Dios que el sacramento de la Penitencia; hasta añadiré que las más de las veces sería funesto, pues nos inspiraría orgullo... Los obreros que trabajan en las minas ó en las canteras, encuentran á veces pedazos de roca que ni las más poderosas herramientas podrían extraer... En tales casos se ven precisados á recurrir á la pólvora... Sí, pero hay pólvora de dos clases... La una, enérgica é indomable, obra con la rapidez del rayo, lo cual le ha valido el calificativo de *fulminante*; la otra, de un efecto tan seguro, pero no tan rápido... Si los obreros empleasen la primera, indudablemente quedarían destrozados; la segunda, por lo contrario, es mucho menos peligrosa y les deja tiempo para librarse del peligro... Apliquemos esta comparación... Si Dios se dignase comunicarse con nosotros y afirmarnos personalmente nuestro perdón, el orgullo, la presunción invadirían

(1) V. Rohrbacher, *Histoire de l'Eglise*, tom. XXII, pág. 173 y sign.

(2) No obstante, este deseo imbécil y absurdo lo expresan J. J. Rousseau, y el autor del *Système de la nature*.

nuestra alma; seguirían pesadas y numerosas recaídas... Esto se ha visto más de una vez... Citemos únicamente el ejemplo de Salomón... Dios se había dignado aparecérselo, le había colmado de riquezas, le había adornado con el don de la sabiduría... Enorgullecido sin duda por estos favores y por la aparición del Altísimo, Salomón llegó á ser un monarca voluptuoso é idólatra: y él, el hijo del santo rey David, murió dejando á la posteridad insegura sobre su suerte eterna...

¡Cuánto más compasiva se ha mostrado con nuestra delibidad la divina Providencia, que todo lo dispone con fuerza y con dulzura, al instituir el sacramento de la Penitencia!... Ahí teneis, nos dice, un medio seguro, infalible de obtener el perdón de las faltas que habeis cometido después del Bautismo: es el sacramento de la Penitencia recibido con las convenientes disposiciones... Mas, para conservarnos en la humildad y en un temor saludable, no nos dice: Tranquilizaos, están perdonados vuestros pecados... Al mismo tiempo que nos inspira una dulce confianza en la misericordia divina, la recepción de este sacramento deja cernerse sobre nuestras almas una especie de incertidumbre que nos excita á amar más y más á Dios, y á hacer, como la sagrada Escritura lo enseña, *dignos frutos de Penitencia*.

Quando recorro la *Vida de los Santos*, encuentro á muchos de ellos que, en ciertas épocas de su vida, fueron grandes pecadores... Admiro á la vez la confianza con que se dirigen al Señor, y las mortificaciones que se imponen para aplacar su justicia... ; Éstos, éstos son los frutos del sacramento de la Penitencia!... San Jerónimo, después de haberse confesado, se retirará, joven aún, á los desiertos de Palestina; cantará las misericordias del Señor, al mismo tiempo que se entregará á la penitencia más austera; trabajará para su salvación con miedo y extremecimiento; pero, cuando llegará para él la última hora, sus miradas llenas de esperanza se fijarán en el cielo, y su moribunda voz cantará el cántico de la libertad (1)... Podría también citaros á santa María Egipcíaca, á santa Taís y á otras muchas que glorificaron á Dios con su penitencia, y que sólo debieron su salvación á esta es-

(1) V. las *Cartas y la Vida* de este ilustre doctor.

pecie de incertidumbre en que, apesar de sus buenas disposiciones, les había dejado la absolución que recibieran... Mas ¿para qué?... Lo que he dicho debe bastar para demostraros que el sacramento de la Penitencia fué sábiamente instituído por la divina misericordia, para borrar nuestros pecados é inducirnos á trabajar para nuestra santificación.

Segunda parte. — Después de haberos manifestado la conveniencia del sacramento de la Penitencia, quiero, hermanos míos, referiros su historia, es decir cuanto se han esforzado los herejes en negarlo ó en desnaturalizarlo... ¡ Ay ! es la historia de casi todos nuestros dogmas católicos... La impiedad y la herejía han pretendido sucesivamente corromperlos, los unos exagerándolos, los otros disminuyéndolos; pero la santa Iglesia católica, apostólica y romana estaba allí... Fuerte con la asistencia del Espíritu Santo, fuerte con las promesas de Jesucristo, su divino fundador, era como aquellos guerreros de que habla la Escritura, hábil de ambas manos, y daba á derecha y á izquierda golpes siempre victoriosos... Me complazco en representármela como una majestuosa Reina, sobreviviendo á todas las revoluciones: ella atraviesa los siglos conservando en sus benditas manos el depósito sagrado de la verdad, que Jesucristo le confió... Ninguna partecilla se escapará de este tesoro, y ella lo conservará intacto é inmaculado hasta el fin de los tiempos...

Estamos en la primera edad del cristianismo; ved ahí á un hereje llamado Montan: este hereje enseña que el sacramento de la Penitencia no tiene la virtud de borrar todos los pecados, que ciertos crímenes no pueden ser perdonados por la absolución que se da á los penitentes... Este error es defendido por un brillante génio, llamado Tertuliano. ¡ Infeliz ! extraviado por el orgullo, blasfema de la divina misericordia y no quiere someterse... Montan y Tertuliano son condenados... Los Novacianos, que enseñaban un error parecido, son igualmente privados de la comunión de la Iglesia, y es solemnemente proclamada la eficacia del sacramento de la Penitencia, remitiendo todos los pecados, hasta los más enormes, á los que lo reciben con buenas disposiciones... Los Soberanos Pontífices, doctores infalibles de la verdad, enseñan esta eficacia, esta virtud del sacramento en las cartas que dirigen á los preladados...

Reúnense éstos en concilio, y aceptan dócilmente las enseñanzas de los sucesores de san Pedro (1)...

Un día uno de estos herejes, Acezo, exponía su error ante el emperador Teodosio el Joven. — Nó, decía, el sacramento de la Penitencia no tiene la virtud que se le atribuye; en vano es que los pecadores recurran á él, porque no puede borrar los pecados mortales de que son culpables (2). — Extremecióse el emperador al oír estas palabras, no pudo sufrir una doctrina que cerraba el cielo á los pecadores, y despidió á aquel miserable, diciéndole: — Id, Acezo, haced una escalera para vos y subid solo al cielo; nosotros tenemos necesidad de la misericordia de Dios. — Ya veis, hermanos míos, que, en la Iglesia primitiva, se creía lo que enseñamos nosotros respecto al sacramento de la Penitencia, esto es que este sacramento, recibido con las convenientes disposiciones, borra todos los pecados cometidos después del Bautismo.

Mil quinientos años más tarde, hermanos míos muy amados, vinieron los protestantes... ¡ Ah ! el mismo Lutero y Calvino se habían confesado ! Ambos habían sido monacillos; habían hecho, creo, una buena primera comunión... ¡ Desgraciados ! el orgullo les cegó... Abandonados de Dios y de la Santísima Virgen, rodaron, como Satanás, hasta el fondo del abismo... Entre los numerosos errores que enseñaron, ambos negaron la eficacia y la necesidad del sacramento de la Penitencia... Esto se comprende fácilmente; eran dos miserables, bastante parecidos á muchos impíos de nuestros días... Como tenían enormes pecados que confesar, decían lo que con frecuencia oímos repetir: que no era necesario confesar sus faltas para alcanzar el perdón de ellas.

Por esto, notadlo bien, carísimos hermanos míos, si alguna vez os encontráis con un protestante, la primera cosa que atacará será el sacramento de la Penitencia... Como que la confesión de nuestras faltas á todos nos cuesta, y como que, para alcanzar el perdón de ellas, es ne-

(1) Historia de la Iglesia, Obras de san Agustín *passim*.

(2) Chardon, *Hist. des Sacraments*.. Sócrates y Sozomeno: *Historia eclesiástica*. He leído algunas variantes sobre este relato... Podrán encontrarse en Mansi y en los que le han copiado.

cesariamente indispensable, según enseña la Iglesia santa, declararlas en el confesionario, Satanás, que inspira á los herejes y á los malos cristianos, les proporciona toda clase de razones para combatir este sacramento... ¡Confesarme!... explicar á un cura las faltas que he cometido para que me dé la absolución, me imponga una penitencia y me aconseje que no los cometa jamás, jamás... ¡Vaya! Yo me confieso con Dios; éste no me da penitencia, é yo estoy tranquilo... — Indudablemente más de una vez habreis oído á impíos ó ignorantes, que os han dicho: ¿Veis? los protestantes no se confiesan jamás.. Hermanos míos, yo añadiría de buena gana: ¿Veis? los salvajes, los paganos y los turcos tampoco se confiesan jamás... Seguid pues una de estas religiones, no creais en nada, entregáos á todos los caprichos, á todas las fantasías de vuestras pasiones... Más tarde, cuando estareis en el tribunal de Dios, ya vereis;.. entonces juzgaréis... O mejor, entonces sereis juzgados.

Dicen que una noche, noche hermosa, con un cielo lleno de brillantes estrellas, y en que la luna casi llena derramaba su suave luz sobre el vasto horizonte, Lutero, viejo ya y próximo á morir, estaba sentado, en una azotea, al lado de Catalina Bora, su mujer, desdichada religiosa á quien había seducido. — « Señor, le dijo esta última, ¿cómo podremos alcanzar el perdón de nuestros pecados sin el sacramento de la Penitencia? » Lutero balbucó algunas palabras sobre la justificación por Cristo, y convino en que, en la religión católica, la confesión daba más paz, más tranquilidad, más sosiego al alma (1).

Carísimos hermanos, esta obstinación de los herejes en negar, ya la existencia, ya la eficacia del sacramento de la Penitencia, se comprende fácilmente... No hay perdón, efectivamente, para esos espíritus orgullosos que se niegan á confesar sus faltas y á reparar los escándalos que han dado... Hagamos una suposición... Figuráos que estoy sentado en ese confesionario.. yo ú otro sacerdote cualquiera, con tal que sea ministro de la santa Iglesia católica; porque todos tenemos igual poder. — Ved á un penitente que se aproxima... Es Lutero. — Me acuso, dice de haberme rebelado contra mi madre la Iglesia y de haber en errores contra su doctrina. — « Hermano, le dirá su confesor, es nece-

(1) *Vie de Luther*, por Audin, y las *Memorias del santo Reformador*...

sario que os sometais y os retracteis de estos errores; sin esto no hay perdón para vos. » — Padre, añade el penitente, me acuso de haber violado mis votos, de haber arrancado de su convento á una religiosa, de haberla seducido... — « Infeliz Lutero, le diría yo, reparad este escándalo, separáos de vuestra compañera y de hoy en adelante observad fielmente los votos que contrajisteis; sin esto no hay absolución, no hay perdón para vos. » El penitente abandona furioso el confesionario... ¡Oh! Comprendo que en su rabia ataque la confesión y el sacramento de la Penitencia, y estoy seguro, hermanos míos, de que vosotros opináis como yo... Los ladrones se quejan de los gendarmes, de los guardias civiles, porque tienen motivos para tenerles miedo; los impíos, los libertinos, los herejes, con Lutero y Calvino á su cabeza, han negado el sacramento de la Penitencia... ¡Estad seguros de que, para esto, tenían y tienen razones personales (1)!...

PERORACIÓN. — ¡Cuán ignorantes é insensatos son, carísimos hermanos, los que, como los primeros herejes, quisieran poner límites á la misericordia divina disminuyendo la eficacia del sacramento de la Penitencia! Pero al propio tiempo, ¡cuán dignos de vituperio y de lástima son esos infelices protestantes ó esos impíos que no creen en este precioso sacramento!... ¡Desventurados! ¡Cuál será pues vuestro consuelo en la hora de la muerte?... Melancton, el discípulo favorito de Lutero, llamado para asistir á su madre en sus últimos momentos, la exhortaba él mismo á que se confesase, á que recibiese los últimos sacramentos, diciéndola estas palabras, que más de una vez os he repetido: — « Madre mía, la doctrina protestante que yo enseño es más cómoda para vivir, pero la vieja religión católica es más segura y más tranquilizadora para morir... » Sí, sí, amados hermanos míos, confesarse bien, recibir dignamente el sacramento de la Penitencia, es consolador, es dulce, es tranquilizador en el momento de la muerte... ¡Ojalá la misericordia del bondadoso Dios nos conceda á todos semejante favor!... Así sea...

(1) A este propósito se encuentra una anécdota bastante curiosa en la *Vida de san Francisco de Sales*. Léase su entrevista con Beze.

INSTRUCCION VIGESIMONOVENA.

SACRAMENTO DE LA PENITENCIA.

INSTRUCCION TERCERA.

EN QUÉ CONSISTE EL SACRAMENTO DE LA PENITENCIA; LA CONTRICIÓN,
CUALIDADES QUE HA DE TENER.

TEXTO. — *Quorum remisit peccata, remittuntur eis; et quorum retinueritis, retenta sunt.* Se perdonarán los pecados á aquellos á quienes vosotros los perdonaréis, y les serán retenidos á aquellos á quienes vosotros los retendréis.

(S. JUAN, CAP. XX, VERS. 23.)

EXORDIO. — Empecemos esta mañana, hermanos míos, por una de estas hermosas historias del Evangelio, que tanto os gusta oír y que yo me complazco en referiros... Un día, un fariseo, llamado Simón, había invitado á nuestro divino Salvador á sentarse á su mesa. Jesús accedió á esta invitación; pero una mujer, que después fué María Magdalena, habiendo sabido que Jesús comía en casa de aquel fariseo, fué á aquella casa con un jarro lleno de perfumes... ¡La pobre pecadora, — así la nombra el Evangelio, — iluminada por la gracia, conocía de seguro la bondad, la misericordia de nuestro adorable Salvador! Apenas entrada en aquella casa, póstrase á los piés de Jesús; los riega con sus lágrimas, los seca con sus cabellos, los besa con respeto y humildad y vierte sobre aquellos piés benditos el precioso perfume que había traído.

¿Porqué pues, oh María Magdalena, esos testimonios de amor y veneración hácia aquel Maestro tan santo y tan severo?... Acuérdate, pobre pecadora, de que él decía, hace apenas algunos días... «¡Bienaventurados los corazones puros!» Y el tuyo no lo es... No querrá él devolvete la dicha ni la paz. — Sí, es verdad, pero, ¿no es él también quien ha

dicho: « He venido, no para los justos, sino para los pecadores »?... ¿No ha dicho también: « Bienaventurados los que lloran, porque serán consolados?... » Yo lloro mis pecados y espero alcanzar de él mi perdón.— Y desafiando el respeto humano, sin miedo á las burlas ni á las murmuraciones de los fariseos, la animosa pecadora, llena de confianza, se arrojaba á los piés del Salvador... ¡Y el mismo Jesús tomaba su defensa!— « Fué una pecadora, le decía á Simón, pero ya ves su amor y su arrepentimiento... ¡Ah! muchos pecados le estan perdonados, porque los ha rescatado con mucho amor. » Y posando sobre María Magdalena allí postrada una mirada llena de misericordia, la decía: « Hija mía, perdonados estan tus pecados, tu fé te ha salvado: anda en paz... » Y María Magdalena, así perdonada, se transformaba en un alma querida de Jesús, querida de la Virgen María, y modelo de los corazones verdaderamente penitentes...

¡Cuán bella y conmovedora es, hermanos míos muy amados, esta historia de la pecadora del Evangelio, convertida hoy en una gran santa!... En esta instrucción y en las que la seguirán, más de una vez la recordaremos; porque esta historia reasume, en cierto modo, lo que concierne al sacramento de la Penitencia y á las diferentes partes que lo componen.

PROPOSICIÓN Y DIVISIÓN. — Veremos, *en primer lugar*, en qué consiste el sacramento de la Penitencia; y *en segundo lugar*, necesidad de la Contrición, que es la primera parte de él.

Primera parte. — Ya sabeis, hermanos míos muy amados, y os lo he dicho yo más de una vez, que un sacramento es un signo sensible, instituido por Nuestro Señor Jesucristo para la santificación de nuestras almas. Añadí que en cada sacramento se encontraban siempre cuatro cosas: un ministro encargado de administrarlo, un sujeto destinado á recibirlo, luego la materia necesaria para el sacramento, y por último la forma, que no es otra cosa que las palabras ó los actos exteriores que confieren la gracia del sacramento.

Me pregunto ahora si el sacramento de la Penitencia reúne realmente estas cuatro condiciones... Los protestantes, los herejes, que datan de ayer ó de anteayer, dicen que nó... Pero la santa Iglesia católica, de conformidad con una constante tradición, que se remonta hasta á su

divino fundador, dice: «Sí, la Penitencia es un sacramento instituido por Jesucristo, y si alguien niega esta verdad, anatematizado sea; es decir, le arrojo, le rechazo de mi seno, dejo de considerarle como uno de mis hijos (1).»

Amados hermanos míos, á la Penitencia se la titula un segundo Bautismo, porque nos devuelve la vida de la gracia cuando hemos tenido la desgracia de haberla perdido... Comparemos pues juntos estos dos sacramentos: el ministro habitual del Bautismo es el sacerdote; el ministro de la Penitencia es igualmente el sacerdote: el sujeto del Bautismo es el alma cubierta con la mancha original, el sujeto de la Penitencia es también nuestra pobre alma manchada por los pecados mortales ó marchitada por faltas veniales. Materia del Bautismo es el agua natural, sin la cual es imposible administrar este sacramento. La contrición y la confesión, el pesar de nuestras faltas, la manifestación que en lo posible hacemos de ellas es la materia próxima (2) del sacramento de la Penitencia... En el Bautismo se pronunciaron sobre nosotros estas palabras: *yo te bautizo, en nombre del Padre, del Hijo y del Espíritu Santo*; en el tribunal de la Penitencia, el ministro de Jesucristo pronuncia sobre nosotros estas otras palabras: *yo te absuelvo, en nombre del Padre, del Hijo y del Espíritu Santo*. Es la forma del sacramento... Pero va más allá todavía el parecido... En nuestro Bautismo se exigieron de nosotros promesas, que son á la vez una reparación del pecado original y un acto de agradecimiento por la gracia que aquel sacramento nos confiere... En el tribunal sagrado, se exigen asimismo de nosotros ciertas buenas obras, á que se da el nombre de *Penitencia*, que son á la vez una satisfacción por nuestros pecados y un testimonio de gratitud por el beneficio que acabamos de recibir... ¡Oh, sí, la Penitencia es un verdadero sacramento! Y cuando nuestro adorable Salvador, después de su Resurrección, decía á sus Apóstoles: *Toda potestad me ha sido dada: cual mi Padre me ha enviado, yo os envío á*

(1) V. Concilio de Trento.

(2) Sé que el pecado es la materia remota de este sacramento... Pero sobre todas estas cuestiones de *materia* y de *forma* me ha parecido que no se debía decir más que lo que puede interesar á los fieles, y sobre todo lo que ellos pueden comprender.

vosotros: perdonados serán los pecados á aquellos á quienes vosotros se los retuviereis, instituí de hecho este augusto sacramento... Es inútil insistir más sobre este punto..

Volvamos á la conversión de santa María Magdalena... En su historia encontramos admirablemente representadas las cuatro partes que constituyen el sacramento de la Penitencia y que le dan su verdadera eficacia. Estas cuatro partes son: la contrición, la confesión, la absolución y la satisfacción... La contrición es un dolor sincero, un verdadero pesar de haber ofendido á Dios... ¡Oh santa penitente! ¿Tuviste verdaderamente tú este pesar?... Sí, hermanos míos... Manteniéndose, dice el Evangelio, detrás de Jesús, no osando, por razón de sus pecados, ponerse en su presencia, regaba con sus lágrimas sus piés y los secaba con sus cabellos... La confesión... Pero si tus faltas, desdichada pecadora, se sabían en toda la ciudad, todos los que eran testigos de tu arrepentimiento las conocían, y la divina mirada de Jesús penetraba hasta el fondo de tu conciencia y veía la sinceridad de tu pesar... No había necesidad de una confesión pública, confesión que tú tal vez hiciste, — porque el Evangelio no lo dice todo; — nó, tu confesión era sincera y completa...

Por esto veis, hermanos míos muy amados, de cuán augusta boca recibe la absolución, y cuán consoladoras palabras la fueron dirigidas. «Pobre Magdalena, la dice Jesús, perdonados quedan tus pecados; tu fè, la confianza que en mi misericordia has tenido te han salvado: anda, hija mía, anda en paz.» ¡Oh corazón de esta santa penitente, cual te estremeciste á estas dulces palabras!... Más adelante, hablando de tu fidelidad hasta la cruz, diremos las mortificaciones á que te entregaste hasta en tu última hora, y cuán admirablemente cumpliste esta cuarta parte del sacramento de la Penitencia que se llama Satisfacción...

Segunda parte. — Hablemos ahora de la Contrición, que es la primera parte del sacramento de la Penitencia. En otra ocasión (1), hermanos míos muy amados, os hablé de su necesidad para alcanzar el

(1) Instrucciones populares para la Cuaresma, pág. 77.

perdón de nuestras faltas. Os dije que, siendo la materia próxima para el sacramento de la Penitencia, era indispensable para el valor de este sacramento, como lo es el agua para la administración del Bautismo... Ajustemos más de cerca la comparación... El agua bien clara y sobre todo el agua bendita es, evidentemente, la que se debe emplear con preferencia... Sin embargo la que estuviese un poco turbia, como á veces lo está la que se saca de ciertas fuentes, podría ser también materia suficiente para administrar el Bautismo... ¿Pasaría lo mismo con un agua averiada, cuya naturaleza estuviese destruida, ó con ciertos líquidos que tuviesen las apariencias del agua, como el alcohol, el vino blanco, algunos aceites ú otras sustancias que es inútil nombrar?... Positivamente que nó. ¿Porqué?... Porque únicamente tienen la apariencia del agua, pero no su naturaleza. Asimismo, hermanos míos muy amados, un pesar... de nuestros pecados que no fuese sincero, una Contrición fingida, no puede ser la materia de sacramento, ni alcanzarnos el perdón de nuestras faltas... Pero, así como hay agua más ó menos pura, así se puede tener un pesar más ó menos vivo, más ó menos profundo, pero siempre verdadero de los pecados... De ahí que, según nos lo enseña el catecismo, haya dos clases de Contrición: la que se llama *perfecta*, y otra que se conoce con el nombre de *Atrición*...

La Contrición perfecta está basada en el amor de Dios... El alma que la posee, sin ocuparse ni de la fealdad del pecado, ni de la vergüenza que le sigue; sin ni siquiera fijarse en las penas del infierno, que son el castigo que merecen, eleva más arriba sus pensamientos... Piensa en Dios su padre y bienhechor; en Dios cuyo corazón ha contrastado, cuya bondad ha desconocido, cuyas infinitas perfecciones ha ultrajado... El amor, el respeto que siente por su suprema Majestad es lo que le mueve á sentir sus faltas... Es María Magdalena bañando con lágrimas de amor los piés del Salvador; es san Pedro, llorando amargamente la pena que su triple negativa causará á su Maestro; será, si quereis, el buen ladrón adorando á Jesús é invocándole, cuando está clavado en la cruz y cuando todos le insultan y le ultrajan.

La Atrición viene á ser como un agua menos pura, menos clara... Es el pecador que tiembla ante los castigos de Dios, ante las humilla-

ciones y la satisfacción que se requieren para una penitencia verdadera. Pero á este temor se une la fé, la esperanza de alcanzar su perdón, la firme resolución de evitar el pecado. Hay en todo esto un principio de amor de Dios; por eso, al igual que el agua un poco turbia, puede servir para administrar válidamente el Bautismo, de igual manera la Atrición es una materia suficiente para la validez del sacramento de la Penitencia.

Pero ¿qué condiciones ha de tener la Contrición, perfecta ó imperfecta, para ser verdadera y aceptable á Dios?... Ved lo que contesta el catecismo... La Contrición ha de ser, primeramente interior, luego sobrenatural, después soberana y por último universal.

1º. Interior. El corazón es el que ha hecho el mal, de corazón es también de donde ha de venir el arrepentimiento... Saúl y David, ambos habían ofendido al Señor: el uno conservando la vida al rey de los Amalecitas, raza que la justicia de Dios había condenado; el otro haciéndose culpable de los crímenes de adulterio, de homicidio y de escándalo... Advertidos ambos por profetas, se humillan y dicen: «Pequé contra el Señor...» David, cuyos crímenes me parecen más graves, obtiene su perdón, porque su arrepentimiento es verdadero y parte del fondo del corazón; Saúl, en apariencia menos culpable, es rechazado por Dios, porque no tiene la contrición interior.

2º. Cuando decimos que la contrición ha de ser sobrenatural, entendemos que debe estar basada en consideraciones, en motivos sacados de las verdades que la fé nos propone... Figuráos á un borracho, á quien le pesa su embriaguez porque le ha dado dolor de cabeza... A un ladrón, sorprendido en flagrante delito, que se lamenta por temor del castigo á que su latrocinio le ha hecho acreedor... A tal ó cual joven muchacha, que se dejó seducir y que deplora su debilidad, no por el temor de los juicios de Dios, sino —y esto es lo que hace correr sus lágrimas — por la vergüenza y deshonor que son la consecuencia de su debilidad. Todos estos dolores son estériles delante de Dios; ni siquiera tienen valor alguno ante los hombres... Lo repito, el dolor, para ser sobrenatural, ha de tener por motivo ó el amor de Dios, ó el temor de sus juicios, ó nuestra ingratitud para con su bondad; y aún otros motivos que nos sugiere la fé.

3º. Para que la contrición sea soberana, es preciso que comprendamos la grandeza y enormidad del pecado, que sepamos bien que es el mayor de todos los males, y que estemos convencidos de esta verdad. Pero no es necesario que este dolor sea soberano en sensibilidad, porque mientras permanecemos en este mundo, nos mostramos casi siempre más sensibles, más afligidos por una pérdida temporal que por la ofensa inferida á Dios... Por ejemplo, figuráos á una madre cristiana que tiene dos hijos á quienes ama tiernamente. Si uno de los dos llega á morir, la producirá mayor desolación esta muerte que la muerte espiritual de su otro hijo, que ha caído en pecado. Y sin embargo, tal vez había dicho, como la madre de san Luís: «Hijos míos, más quisiera veros muertos á mis piés, que saber que os hallais en estado de pecado mortal.» Pero en esta ocasión el alma de esa madre está mas afectada por cosas sensibles, que por las consideraciones que no estan bajo el dominio de los sentidos (1).

PERORACIÓN.— 4º. Por último la contrición ha de ser universal, es decir, ha de extenderse, cuando menos, á todos los pecados mortales que se han cometido... Más de una vez lo habeis visto, hermanos míos muy amados, una sola hendidura considerable que raje una muralla basta para quitarla su fuerza y solidez; de igual manera un solo pecado mortal que no se sienta basta para echar abajo toda entera la Contrición, dejarla sin mérito y sin valor; ; y sin embargo, no es raro que á la Contrición le falte esta cualidad!..Dícese que en las familias numerosas hay casi siempre un niño mimado; asimismo entre nuestros malos hábitos los hay que nos son más agradables, y con frecuencia acontece que de entre los pecados de que nos acusamos, los hay que nos causan poco ó ningún dolor. Habrá quien se arrepienta de haber blasfemado del santo nombre de Dios, de haber sido duro con sus ancianos padres, de haber causado algunos perjuicios al prójimo... pero esta profanación del domingo, esta negligencia en asistir á los divinos oficios, faltas siempre graves y tan comunes en nuestros días, ¿se tiene de ellas un pesar verdadero?... Esta pregunta me la he hecho más de una vez.

(1) V. Boucarut, *Instructions Historiques et Théologiques sur les Sacraments*, t. III.

A vosotros dejo el cuidado de contestarla... y de aseguraros de si vuestra contrición es verdaderamente universal... ¡Jesús, Señor nuestro, hacednos la gracia de que comprendamos bien que la Contrición es la base sobre la cual reposa la eficacia del sacramento de la Penitencia. Dignáos darnos á todos nosotros, infelices pecadores, uno de esos corazones verdaderamente contritos y humillados, que vos aceptais con bondad y recibís con misericordia! *Cor contritum et humiliatum, Deus, non despicias...* Así sea.

INSTRUCCION TRIGESIMA.

SACRAMENTO DE LA PENITENCIA.

INSTRUCCION CUARTA.

INSTITUCIÓN DIVINA DE LA CONFESIÓN; SU NECESIDAD.

TEXO. — *Quorum remiseritis peccata, remittuntur eis; quorum retinueritis, retenta sunt.* Se perdonarán los pecados á aquellos á quienes vosotros los perdonaréis; y les serán retenidos á aquellos á quienes vosotros los retendreis.

(S. JUAN, CAP. XX, VERS. 23.)

EXORDIO. — Hermanos míos, allá por los años mil ochocientos cuarenta y tantos... no recuerdo la fecha exacta del hecho que os voy á referir; pero los periódicos de aquella época se ocuparon largamente de él... Tratábase de un crimen cometido en circunstancias casi incomprensibles.. Ejecutábase una pieza en un teatro de Lyon... La vasta sala, llena de un numeroso público, estaba radiante de luz; los artistas dejaban oír los mejores acentos de sus voces; los músicos los más armoniosos sonidos de sus instrumentos. Todos los espectadores parecían embriagados por

3º. Para que la contrición sea soberana, es preciso que comprendamos la grandeza y enormidad del pecado, que sepamos bien que es el mayor de todos los males, y que estemos convencidos de esta verdad. Pero no es necesario que este dolor sea soberano en sensibilidad, porque mientras permanecemos en este mundo, nos mostramos casi siempre más sensibles, más afligidos por una pérdida temporal que por la ofensa inferida á Dios... Por ejemplo, figuráos á una madre cristiana que tiene dos hijos á quienes ama tiernamente. Si uno de los dos llega á morir, la producirá mayor desolación esta muerte que la muerte espiritual de su otro hijo, que ha caído en pecado. Y sin embargo, tal vez había dicho, como la madre de san Luís: «Hijos míos, más quisiera veros muertos á mis piés, que saber que os hallais en estado de pecado mortal.» Pero en esta ocasión el alma de esa madre está mas afectada por cosas sensibles, que por las consideraciones que no estan bajo el dominio de los sentidos (1).

PERORACIÓN.— 4º. Por último la contrición ha de ser universal, es decir, ha de extenderse, cuando menos, á todos los pecados mortales que se han cometido... Más de una vez lo habeis visto, hermanos míos muy amados, una sola hendidura considerable que raje una muralla basta para quitarla su fuerza y solidez; de igual manera un solo pecado mortal que no se sienta basta para echar abajo toda entera la Contrición, dejarla sin mérito y sin valor; ; y sin embargo, no es raro que á la Contrición le falte esta cualidad!..Dícese que en las familias numerosas hay casi siempre un niño mimado; asimismo entre nuestros malos hábitos los hay que nos son más agradables, y con frecuencia acontece que de entre los pecados de que nos acusamos, los hay que nos causan poco ó ningún dolor. Habrá quien se arrepienta de haber blasfemado del santo nombre de Dios, de haber sido duro con sus ancianos padres, de haber causado algunos perjuicios al prójimo... pero esta profanación del domingo, esta negligencia en asistir á los divinos oficios, faltas siempre graves y tan comunes en nuestros días, ¿se tiene de ellas un pesar verdadero?... Esta pregunta me la he hecho más de una vez.

(1) V. Boucarut, *Instructions Historiques et Théologiques sur les Sacraments*, t. III.

A vosotros dejo el cuidado de contestarla... y de aseguraros de si vuestra contrición es verdaderamente universal... ¡Jesús, Señor nuestro, hacednos la gracia de que comprendamos bien que la Contrición es la base sobre la cual reposa la eficacia del sacramento de la Penitencia. Dignáos darnos á todos nosotros, infelices pecadores, uno de esos corazones verdaderamente contritos y humillados, que vos aceptais con bondad y recibís con misericordia! *Cor contritum et humiliatum, Deus, non despicias...* Así sea.

INSTRUCCION TRIGESIMA.

SACRAMENTO DE LA PENITENCIA.

INSTRUCCION CUARTA.

INSTITUCIÓN DIVINA DE LA CONFESIÓN; SU NECESIDAD.

TENTO. — *Quorum remiseritis peccata, remittuntur eis; quorum retinueritis, retenta sunt.* Se perdonarán los pecados á aquellos á quienes vosotros los perdonaréis; y les serán retenidos á aquellos á quienes vosotros los retendreis.

(S. JUAN, CAP. XX, VERS. 23.)

Exordio. — Hermanos míos, allá por los años mil ochocientos cuarenta y tantos... no recuerdo la fecha exacta del hecho que os voy á referir; pero los periódicos de aquella época se ocuparon largamente de él... Tratábase de un crimen cometido en circunstancias casi incomprensibles.. Ejecutábase una pieza en un teatro de Lyon... La vasta sala, llena de un numeroso público, estaba radiante de luz; los artistas dejaban oír los mejores acentos de sus voces; los músicos los más armoniosos sonidos de sus instrumentos. Todos los espectadores parecían embriagados por

la belleza del espectáculo... De repente se deja oír un grito, seguido de estas frases: « ¡ A mí!.. ¡ á mí!.. ¡ me asesinan!... ¡ me muero!... » Y la víctima, joven todavía, señalaba con el dedo á un desconocido, especie de maniático, que, sin conocerla, la había asestado varias puñaladas (1)... A los cantos sucede inmediatamente la confusión... Mas á la vista de aquel sér humano que cae bañado en su propia sangre, un grito sale de mil pechos á la vez, dominando á los demás gritos: « ¡ Un cura! ¡ de prisal.. ¡ Deprisa! ¡ que vayan á buscar á un cura!... » Hermanos míos; ¿ por qué esta multitud, que hace un instante se recreaba y gozaba á sus anchas, hace semejante petición?... ¡ Ah! es que en aquel instante supremo, se comprendía que la víctima tenía necesidad de reconciliarse con Dios; se pedía un cura para que oyese su confesión... Aquel grito lanzado en semejante momento me ha impresionado siempre; aquellos hombres, tal vez indiferentes ó impíos, pero que, de seguro, no eran verdaderos católicos, comprendían entonces la utilidad, la necesidad de la Confesión.

¿ Qué es pues, hermanos míos muy amados, esta Confesión tan desconocida, tan olvidada por tantos cristianos, y sin la cual, no obstante, los que no son ó impíos ó descreídos no quisieran morir?... La Confesión es la acusación de nuestros pecados hecha á un sacerdote autorizado, para que nos dé la absolución, es decir para que nos los perdone en nombre de Dios cuyo ministro es..

Proposición. — Siendo la Confesión, es decir la humilde y sincera declaración de nuestras culpas, una consecuencia de la Contrición, es la segunda parte del Sacramento de la Penitencia; sobre este importante asunto voy á llamar vuestra atención.

División. — Os hablaré, *en primer lugar*, de la institución divina de la Confesión, y *en segundo lugar*, de su necesidad: dos pensamientos en los cuales nos vamos á ocupar por algunos instantes...

Primera parte. — Institución divina de la Confesión. Cuando se trata de nuestra santa religión, pareceme, hermanos míos, que todo

(1). Aquel miserable, llamado, si mal no recuerdo, Jobard, declaró, en el interrogatorio que se le hizo sufrir: « que disgustado de la vida, y no teniendo suficiente valor para quitársela el mismo, había querido, por medio de este crimen, obligar á los jueces á que le enviasen á la guillotina. »

hombre de buena fé, ya se tratase de los misterios que ella enseña, ya de las prácticas que impone, debería decir: « Aquí hay el dedo de Dios (1)... » Si, solamente diez años antes de la muerte de nuestro augusto Salvador, se les hubiese dicho á los sábios del siglo, mostrándoles la cruz: « ¿ Veis este patíbulo donde haceis morir á los esclavos? pues dentro de pocos siglos será saludado con respeto y venerado en los cuatro ángulos del mundo »; habrían contestado ellos: « ¡ Imposible!.. ¡ jamás!... » Si un ángel hubiese ido á decir á los más famosos profesores de la época: « Un Dios hecho hombre se ocultará, por amor á las almas, bajo las especies del pan y del vino; los más grandes génios creerán en su presencia, confirmada además por innumerables milagros, » habrían igualmente contestado: « ¡ Es imposible!... » Si, dirigiéndose á todos aquellos orgullosos sofistas, á aquellos hipócritas pretenciosos que vivían en el seno del paganismo, se les hubiese revelado que antes de poco tiempo se habría establecido un sacramento para perdonar las culpas; pero que para obtener este perdón sería preciso exponer con sinceridad todos sus crímenes, todos sus pecados, hasta los más secretos, hasta aquellos que únicamente el pensamiento hubiese cometido..., habrían contestado: « ¡ Esto es un sueño irrealizable, es una locura!... » Y sin embargo ¿ qué es lo que vemos? ¿ Qué vieron nuestros padres y las generaciones que les precedieron? La cruz venerada por do quier y dominando nuestros edificios sagrados; nuestros altares rematados por un tabernáculo, ante el cual arde una luz perpétua, afirmando la presencia del Dios hecho hombre, velada bajo las sagradas especies... Me vuelvo, miro y en todas las iglesias diviso este tribunal de la Penitencia donde, desde el origen del Cristianismo, vienen las almas atormentadas á confesar sus más vergonzosas faltas, sus más secretas miserias... ¡ Ah! verdaderamente está ahí el dedo de Dios: el culto de la cruz, la Eucaristía, la Confesión: ved ahí tres prodigios que atestiguan el origen divino del Cristianismo...

No os cause extrañeza, hermanos míos muy amados, verme comparar la Confesión con el culto de la cruz y con la fé que tenemos en la sagrada Eucaristía. La fé en la Confesión, el empleo obligado de este

(1) Exodo, c. VIII, v. 19.

medio para alcanzar el perdón, era algo que tal vez reclamaba más la intervención divina... De estas verdades, las primeras sólo tenían que combatir las preocupaciones de nuestro espíritu; la institución de la Confesión tenía que luchar además contra las repugnancias de nuestro corazón, contra las resistencias de nuestra voluntad... Solo Dios podía vencer estos obstáculos... El los venció... Luego la Confesión es una institución divina...

Mas, para confirmar nuestra fé é iluminarnos mejor sobre esta verdad, abramos el Evangelio... Jesucristo mismo confiesa y absuelve..... Ved, sino, á santa María Magdalena á los piés del Salvador: ¡ qué confesión más pública, completa y ostensible de sus faltas!... Al verla entrar en la casa de Simón, los fariseos se estremecen. « ¡ Mirad, piensan ellos, á esta desvergonzada pecadora, que durante diez años ha estado escandalizando á toda la ciudad!... Cómo se atreve, cubierta de tantas infamias, á desafiar nuestras miradas?.. » Tu corazón, humilde penitente, contestaba: « Lo que decís es verdad, mis iniquidades son más numerosas que los cabellos que cubren mi cabeza; sin embargo, espero en la misericordia, porque tengo sincero pesar de ellas.... » Y llorando se arrojaba á los piés de Jesucristo y los bañaba con sus lágrimas.... Acojiendo esta confesión del corazón, su misericordioso confesor la decía: « Anda, hija mía, estan perdonados tus pecados. »

Y en la cruz, ¿ no acojió las manifestaciones del buen ladrón, que le decía: « He pecado mucho, he merecido el suplicio que sufro; pero tú, Señor, tú mueres inocente; dignate acordarte de mí y perdonarme. » Y confesor siempre indulgente, en aquel instante mismo en que tan cruelmente expiaba nuestros pecados, Jesús decía al ladrón: « ¡ Yo te perdono!.... »

¿ Debo volver á citaros las palabras enérgicas, y tan amenudo repetidas, con que, al constituir el sacramento de la Penitencia, daba á sus sucesores el poder que él mismo había ejercitado en el decurso de su vida mortal? « Cual á mí me envió mi Padre, les decía, os envió yo á vosotros »: es decir, tenéis el mismo poder que me fué dado á mí; les serán perdonados sus pecados á aquellos á quienes vosotros los perdonareis; y á aquellos á quienes vosotros los retuviereis, les serán retenidos. Os instituyo jueces; yo no perdoné al orgulloso fariseo que, de pié

en el templo, hacía su elogio en vez de confesar sus faltas. Sus pecados le fueron retenidos; y en cambio perdoné los del pobre publicano que confesaba humildemente sus miserias y decía: « ¡ Señor, apiádate de mí, pobre pecador! ».. Ved ahí, hermanos míos, la institución divina de la Confesión... En nombre de Jesucristo se nos ha instituido jueces; pues bien, para pronunciar una sentencia, es absolutamente necesario conocer la materia sobre qué se debe pronunciar....

Si yo tuviese que hablar delante de incrédulos ó de herejes, les citaría los testimonios de los santos doctores, todos los cuales, desde los Apóstoles, afirman el uso y por consiguiente la institución divina de la Confesión.. Los mártires mismos me proporcionarían un testimonio que tendría su autoridad y su elocuencia (1)... Visitaría, con aquellos herejes, los vastos subterráneos, llamados *Catacumbas*, donde se ocultaban los primeros cristianos, amenazados á cada momento con ser detenidos, encarcelados y atormentados por su fé... En vastas salas, que existen todavía, les indicaría, cerca del altar y no lejos de las fuentes bautismales, un asiento cortado en la roca, donde se ponía el confesor para juzgar las conciencias, y á su lado el reclinatorio donde el penitente se humillaba, exponía sus faltas y recibía la absolución... Y les diría lo que á todos os repito... Es preciso ser un ignorante ó un impío para decir que la Confesión no fué establecida por Nuestro mismo Señor Jesucristo y que no es de institución divina...

Segunda parte. — Necesidad de la Confesión... Carísimos hermanos, en una de mis últimas instrucciones, para demostraros la necesidad de la virtud de la Penitencia, os decía que, para nosotros, infelices pecadores, que hemos ofendido mortalmente á Dios desde el Bautismo, esta virtud era tan indispensable que se podía con verdad decir: — ó la Penitencia ó el infierno. — Estas mismas palabras se aplican, hasta cierto punto, á la Confesión... A los que desde su Bautismo han ofendido gravemente á Dios... ¡ por desgracia somos todos de este número!.... les podríamos decir también: — ó la Confesión ó el infierno. — ¡ Dios mío! nada quiero exagerar... Sé que la Contrición perfecta justifica al pecador, aún antes de que haya manifestado sus faltas.

(1) V. Mons. Besson, *Conferencias sobre los Sacramentos.*

Pero también sé dos cosas—no las olvideis :—que la Contrición perfecta es un don que raras veces se nos concede, y que la Contrición no es perfecta sinó en cuanto comprende la voluntad sincera de confesarse si se puede, y de buscar de todas veras las ocasiones de hacerlo... ¿ Habéis comprendido bien ?...

Dos rasgos, sacados de la historia de Francia, al mismo tiempo que reharán vuestra atención, os harán más clara esta verdad... Ahí teneis al modelo de los caballeros cristianos, al esforzado Bayardo... Habiendo recibido en un combate una herida mortal, se le sienta al pié de un árbol: llama á un sacerdote, repite entre gemidos su acto de contrición; á falta de crucifijo, besa la empuñadura de su espada que le recuerda la cruz, diciendo: « ; Dulce Jesús, apiadáos de mi alma!... » Es imposible encontrar un sacerdote, la vida de este héroe se desliza con su sangre... Valeroso defensor de tu patria, no dudo que Dios, de quien fuiste en la tierra animoso campeón, debió acojerte allá arriba en los esplendores eternos; tenías la Contrición perfecta....

El segundo rasgo lo refiere Joinville, el compañero de san Luis... « Estábamos, dice, á punto de ser asesinados por los Sarracenos; todos nosotros, arrepintiéndonos de nuestros pecados, nos preparábamos para la muerte: como no se encontraba sacerdote para confesarnos, el condestable de Chipre se arrodilló delante de mí y me hizo su confesión... Yo le dije: Yo os absuelvo en cuanto Dios me haya dado poder para ello (1)... » También aquí, hermanos míos, era indudable que había Contrición perfecta y voluntad de confesarse... Puedo decir pues: O la Confesión, sea deseada, sea hecha en realidad, ó el infierno.— No hay término medio...

Pero demos todavía otras pruebas de la necesidad de la Confesión... Reflexionad un instante sobre las palabras de nuestro divino Salvador: *Serán perdonados los pecados á aquellos á quienes vosotros los perdonareis; serán retenidos á aquellos á quienes los retuviereis.* Se trata aquí de pronunciar un juicio justo y motivado... Es imposible pronunciarlo si el juez no sabe de qué se trata... Representáos un tribunal de justicia ú otro tribunal humano cualquiera en

(1) Historia de S. Luis, c. LXX.

los cuales los jueces pronunciasen sentencias á diestro y á siniestro, sin conocer los crímenes ó sin oír la defensa de un acusado... ; Esto sería un absurdo!... La justicia humana, hermanos míos muy amados, no es más que un pálido reflejo de la justicia divina, y, si Jesucristo, en su bondad, ha recomendado á los confesores, á quienes ha instituído jueces, que perdonen hasta setenta y siete veces, ha querido que lo hiciesen con conocimiento de causa... ; Qué podrá pues perdonar el poder de un sacerdote, si no conoce las faltas que debe perdonar?... Figuráos que teneis un mal interior, que os hace padecer; está atacado un órgano esencial, y llamais al médico; si le ocultais vuestro mal, ¿ puede curaros?... Imposible... Así, hermanos míos, la razón como la fé nos demuestran que son necesarias la exposición de nuestras miserias, la confesión de las heridas interiores de nuestra alma, para que el confesor pueda absolvernos como juez, y curarnos como médico...

Necesaria por la institución del mismo Jesucristo, la Confesión se ha hecho igualmente indispensable por un precepto de la Iglesia... ; Hay que recordaros aquel mandamiento, tan frecuentemente repetido desde este púlpito, y que tan gran número de cristianos desconoce: *Confesarás todos tus pecados á lo menos una vez al año?... ; A lo menos una vez al año!...*; Cuán indulgente sois, Iglesia santa de nuestro Redentor Jesús! Y vuestra ternura y vuestras condescendencias; cómo nos recuerdan la ternura y las condescencias de nuestras madres!... Confesarse una vez al año; esto basta, hermanos míos, para satisfacer al precepto de la Iglesia... Pero, séame permitido deciros que para muchos de nosotros la confesión puede ser necesaria más de una vez al año. En cuanto nos hallamos en estado de pecado mortal, si tenemos empeño en nuestra salvación, necesitamos de la confesión; si no recurrimos á ella, arráigase la pasión y fórmase un abismo bajo nuestros piés... En el decurso de vuestra existencia habreis visto, indudablemente, á alguna de esas personas atacadas de esa terrible y horrorosa enfermedad que se llama un cáncer. En un principio, era un granito pequeño, apenas perceptible y que fácilmente se podía hacer desaparecer. Pero aquel granito de que no se hizo caso, se ha ido ensanchando poco á poco, y ha devorado las carnes que le rodeaban...

El enfermo se había dicho: Esperaré á tal época... ¡Imprudente! La operación fué más dolorosa, dejó ciertas fibras demasiado arraigadas, que han producido estas devoradoras úlceras, de las cuales habeis apartado tal vez la vista, y que han ocasionado la muerte... ¿Para qué esta comparación?... Para deciros que la Confesión es necesaria desde el momento en que se está en pecado mortal, y que se expone el alma á terribles peligros, si no se procura acudir lo más pronto posible á ella...

PERORACIÓN. — Sí, hermanos míos muy amados, la Confesión fué establecida por Nuestro Señor Jesucristo... Sí, cuando nos la podemos proporcionar, — y lo podemos casi siempre, — nos es indispensable para alcanzar el perdón de nuestras faltas... A este propósito, encuentro un interesante ejemplo en la vida de santa Coleta (1)... Una religiosa de Poligny había fallecido, durante una ausencia de esta santa abadesa, á quien asuntos apremiantes habían llamado á la ciudad de Besançon... En el momento en que esta última hacía su oración, se le apareció la difunta reclamando su mediación cerca del divino juez: « He muerto en mal estado, decía; no he tenido valor para declarar ciertas faltas graves de que me hice culpable; mas por consideración á vos y gracias á la intercesión de la Santísima Virgen, está suspendida la sentencia de reprobación: dignaos pues interceder por mí. » Santa Coleta volviéndose á toda prisa á Poligny... Todo estaba dispuesto para los funerales, la religiosa muerta yacía totalmente vestida en su ataúd que estaba entreabierto... La santa coje su helada mano y en nombre de Jesucristo la ordena que se levante... La difunta resucita á la vista de una inmensa multitud que llenaba el templo y que gritaba: « ¡Milagro!... » La resucitada se dirige al confesionario... No necesito deciros con qué sinceridad, con qué pesar, con qué sentimientos de compunción manifestó sus faltas... Terminada la Confesión, se encamina al pié del altar, hace su penitencia y dirige á los circunstantes enternecedoras frases sobre la necesidad de la Confesión... Después, habiendo recibido de santa Coleta una última bendición, va á ocupar de nuevo su sitio en el ataúd, donde nuevamente espira.

(1) *Grande Vie des Saints*, por Collin de Plancy, t. V, pág. 193.

Aquella religiosa había dicho que era terrible cosa morir sin haber hecho una buena Confesión... ¿ Lo habeis comprendido bien?... ¿ Habrá necesidad de repetirlo para algunos que parece que no quieren oír esta verdad?... Pero nó... Es cierto, demasiado cierto, hermanos míos muy amados... ¡ Ah!... ¡ Ojalá que la misericordia de Dios nos preserve de semejante desventura!... Así sea.

INSTRUCCION TRIGESIMOPRIMERA.

SACRAMENTO DE LA PENITENCIA.

INSTRUCCION QUINTA.

CUALIDADES DE UNA BUENA CONFESIÓN; SUS VENTAJAS.

TEXTO. — *Quorum remiseritis peccata, remittuntur eis; quorum retinueritis retenta sunt.* Se perdonarán los pecados á aquellos á quienes vosotros los perdonaréis, y les serán retenidos á aquellos á quienes vosotros los retendreis.

(S. JUAN, CAP. XX, VERS. 23.)

EXORDIO. — Hermanos míos, uno de los escritores sagrados, cuya pluma guiaba el Espíritu Santo y que se llama el Sábio, hablando de la oración, decía: « Antes de orar, reflexionad, recojéos, preparad vuestra alma; no seáis como un hombre que quisiera burlarse de Dios, hablándole sin haber reflexionado, sin saber lo que dice (1)... » Consejo admirable, si lo siguiésemos fielmente; si pusiésemos cuidado en recojer nos, nuestras oraciones serían más fervorosas, menos distraídas y más agradables á Dios.

(1) *Eclesiástico*, cap. XVIII, vers. 23.

El enfermo se había dicho: Esperaré á tal época... ¡Imprudente! La operación fué más dolorosa, dejó ciertas fibras demasiado arraigadas, que han producido estas devoradoras úlceras, de las cuales habeis apartado tal vez la vista, y que han ocasionado la muerte... ¿Para qué esta comparación?... Para deciros que la Confesión es necesaria desde el momento en que se está en pecado mortal, y que se expone el alma á terribles peligros, si no se procura acudir lo más pronto posible á ella...

PERORACIÓN. — Sí, hermanos míos muy amados, la Confesión fué establecida por Nuestro Señor Jesucristo... Sí, cuando nos la podemos proporcionar, — y lo podemos casi siempre, — nos es indispensable para alcanzar el perdón de nuestras faltas... A este propósito, encuentro un interesante ejemplo en la vida de santa Coleta (1)... Una religiosa de Poligny había fallecido, durante una ausencia de esta santa abadesa, á quien asuntos apremiantes habían llamado á la ciudad de Besançon... En el momento en que esta última hacía su oración, se le apareció la difunta reclamando su mediación cerca del divino juez: « He muerto en mal estado, decía; no he tenido valor para declarar ciertas faltas graves de que me hice culpable; mas por consideración á vos y gracias á la intercesión de la Santísima Virgen, está suspendida la sentencia de reprobación: dignaos pues interceder por mí. » Santa Coleta volviéndose á toda prisa á Poligny... Todo estaba dispuesto para los funerales, la religiosa muerta yacía totalmente vestida en su ataúd que estaba entreabierto... La santa coje su helada mano y en nombre de Jesucristo la ordena que se levante... La difunta resucita á la vista de una inmensa multitud que llenaba el templo y que gritaba: « ¡Milagro!... » La resucitada se dirige al confesionario... No necesito deciros con qué sinceridad, con qué pesar, con qué sentimientos de compunción manifestó sus faltas... Terminada la Confesión, se encamina al pié del altar, hace su penitencia y dirige á los circunstantes enternecedoras frases sobre la necesidad de la Confesión... Después, habiendo recibido de santa Coleta una última bendición, va á ocupar de nuevo su sitio en el ataúd, donde nuevamente espira.

(1) *Grande Vie des Saints*, por Collin de Plancy, t. V, pág. 193.

Aquella religiosa había dicho que era terrible cosa morir sin haber hecho una buena Confesión... ¿ Lo habeis comprendido bien?... ¿ Habrá necesidad de repetirlo para algunos que parece que no quieren oír esta verdad?... Pero nó... Es cierto, demasiado cierto, hermanos míos muy amados... ¡ Ah!... ¡ Ojalá que la misericordia de Dios nos preserve de semejante desventura!... Así sea.

INSTRUCCION TRIGESIMOPRIMERA.

SACRAMENTO DE LA PENITENCIA.

INSTRUCCION QUINTA.

CUALIDADES DE UNA BUENA CONFESIÓN; SUS VENTAJAS.

TEXTO. — *Quorum remiseritis peccata, remittuntur eis; quorum retinueritis retenta sunt.* Se perdonarán los pecados á aquellos á quienes vosotros los perdonaréis, y les serán retenidos á aquellos á quienes vosotros los retendreis.

(S. JUAN, CAP. XX, VERS. 23.)

EXORDIO. — Hermanos míos, uno de los escritores sagrados, cuya pluma guiaba el Espíritu Santo y que se llama el Sábio, hablando de la oración, decía: « Antes de orar, reflexionad, recojéos, preparad vuestra alma; no seáis como un hombre que quisiera burlarse de Dios, hablándole sin haber reflexionado, sin saber lo que dice (1)... » Consejo admirable, si lo siguiésemos fielmente; si pusiésemos cuidado en recojer nos, nuestras oraciones serían más fervorosas, menos distraídas y más agradables á Dios.

(1) *Eclesiástico*, cap. XVIII, vers. 23.

Lo que decimos y es cierto de la oración, hermanos míos muy amados, es más importante todavía cuando se trata de la Confesión; y todos los santos doctores de la Iglesia nos dicen: « Antes de acercaros al tribunal de la Penitencia, preparad vuestra alma, disponedla para recibir verdaderamente la absolución; no seáis como ciertos pecadores que no saben qué decir y ni siquiera se acusan de la cuarta parte de sus faltas... ¡Cómo, carísimos hermanos y hermanas! ¿ Después de pasado todo un año, no encontráis cosa que decir en el confesionario?... ¡ Vaya!... sois unos santos... Pero nó, cuando nos confesamos así, ó somos unos ignorantes, ó no hemos examinado formalmente nuestra conciencia... Y á la verdad, cristianos, el exámen de conciencia es una preparación necesaria é indispensable para hacer una buena Confesión, para alcanzar de Dios la gracia de una verdadera y sincera Contrición y para recibir dignamente el sacramento de la Penitencia...

Para ser bien hecho este exámen reclama dos cosas : primeramente una oración ó súplica al Espíritu Santo para pedirle sus luces; las necesitamos para conocer mejor la malicia y enormidad del pecado... Descuidamos nuestras oraciones; blasfemamos el santo nombre de Dios; profanamos el día festivo ; violamos, sin experimentar el menor remordimiento, las leyes que nos imponen la justicia, el pudor, la abstinencia... ; Desgraciados! ; Cuánta necesidad tenemos de las luces del Espíritu Santo para conocer cuán culpables somos!... En segundo lugar, este exámen de la conciencia reclama un recojimiento formal en presencia de Dios, un estudio de cada una de nuestras acciones, á fin de conocer las deudas que tenemos contraídas con la justicia divina... El comerciante que no hiciese su inventario, no podría dar cuenta de su situación financiera; el cristiano que no examinase su conciencia antes de confesarse, no podría saber la situación de su alma, ni las deudas que con la justicia de Dios tiene contraídas... Por lo tanto, si queremos hacer una buena Confesión, es indispensable que preceda á ella un exámen formal de nuestra conciencia (1)... Me parece que me habéis comprendido : ya no volveré á ocuparme en este punto...

(1) Trátase este asunto en las *Instrucciones populares para la Cuaresma*, pág. 56.

PROPOSICIÓN. — Es tan importante este asunto de la Confesión, que va á ser todavía objeto de la instrucción de hoy... Después de haberos hablado de su institución divina y de su necesidad, réstanme aún cosas importantes que decir sobre este misterio de misericordia y de amor...

DIVISIÓN. — *En primer lugar*, cualidades de una buena Confesión; *en segundo lugar*, ventajas que una buena Confesión nos proporciona. Ved ahí los dos pensamientos en que me voy á detener.

Primera parte. — Cualidades de una buena Confesión. Carísimos hermanos míos, al abordar este asunto experimento cierta perplejidad... ¿ Habéis recorrido estos jardines que rodean nuestras principales ciudades? Tortuosas alamedas se mezclan y confunden, de tal suerte que muchas veces podría decirse que han sido recorridas ya... Pues esto mismo pasa cuando se quiere hablar de la Confesión... Ésta, para ser bien hecha, requiere el exámen de conciencia, la contrición y el buen propósito... De tal modo están unidas todas estas cosas en el sacramento de la Penitencia, que difícilmente se las puede separar... Yo compararía gustoso la Confesión con estos remedios eficaces y soberanos, compuestos por hábiles médicos, pero que encierran diversas sustancias íntimamente unidas entre sí. De ahí el temor que tengo de repetirme al tratar este importante asunto ; porque, la confesión buena y verdadera, la que nos dispone para recibir por medio de la absolución el perdón de nuestras faltas, no solamente llama al exámen de conciencia de que al principio os hablaba, sino que reclama además la contrición perfecta ó imperfecta, es decir el pesar de nuestras faltas y el firme propósito de no volver á caer en ellas. Sin estas condiciones, nuestra confesión sería, como dice san Leonardo de Port-Maurice, una confesión de paja, más capaz de irritar que de aplacar la misericordia divina.

Quiero, sin embargo, sin repetirme demasiado, probar de volver á decir os cuáles han de ser las condiciones de una buena Confesión... Ésta debe ser hecha, primeramente con humildad ; segundamente, con sinceridad y terceramente, con pesar.

Con humildad ; porque decidme ¿ qué somos cuando nos venimos á confesar ? ; Unos culpables que vienen á reclamar su perdón !... Aun cuando fuésemos presidentes, príncipes, reyes ó emperadores, lo mismo

da; venimos como pobres pecadores, y el sacerdote con quien nos confesamos, aun cuando fuera el pastor de la aldea más humilde, cumple con respecto á nosotros las funciones de juez...; De rodillas pues, criminal, reza tu *Confesión* y golpea tu pecho! ... Un dia, no recuerdo qué santo fué llamado para confesor á una emperatriz de Constantinopla (1). Era en la misma iglesia: la penitente imperial se sentó en un sillón de honor; para el confesor se había dispuesto otro asiento más humilde. — «¿Para qué me habeis llamado? pregunto el santo. — Padre, contestó la emperatriz, para que oigais mi confesión. — ¡Para que oiga vuestra confesión! repitió el sacerdote; ¿y es aquí, sentada en este trono, como os vais á acusar?... Nó nó; más bajo... Más bajo aún... de rodillas en el último escalón de este sòlio, pobre pecadora, es donde debeis acusaros de vuestras faltas... Por indigno que yo sea, aquí ocupo el lugar de Jesucristo y vos el de Magdalena la pecadora...» Comprendió la emperatriz aquel lenguaje, dejó su trono y fué á arrodillarse á los piés del santo religioso, cual nos arrodillamos nosotros en el confesionario... Sí, la Confesión, para ser buena, ha de ser hecha con humildad... y estoy persuadido de que Luis, rey de Francia, cuando se confesaba, tenía los mismos sentimientos, la misma humilde posición, que el mendigo san Benito José Labre, que fué canonizado hace algunos años... En el tribunal de la Penitencia no hay ni damas ni caballeros; hay pobres pecadores, que tienen toda necesidad de la misericordia de Dios... Es la igualdad del cementerio, donde los huesos del rico, como los del pobre, son devorados por los mismos gusanos, y lo mismo los unos que los otros exhalan un hedor insoportable.

Pasemos á la segunda condición de la confesión... He hablado de sinceridad... Sí, carísimos hermanos míos, nuestra confesión ha de ser sincera... ¿Debo añadir que no lo es siempre?... En un monasterio de

(1) Este santo era san Juan, abad de Flora, cuya vida está referida por su amigo Lucas, obispo de Comtrenta (*V. los Bollandos, 2 mayo.*) El santo no le dice á la emperatriz Constanza: *Arrodilláos*; sino: «*Bajad, sentáos en el suelo y confesáos; de otro modo, no os escucharé...*» Procede esto de que, en los primeros siglos, unos se confesaban *sentados*, otros *de pié* y, otros *arrodillados*... Es inútil dar más extensión á esta nota. Sobre esto se puede leer al Padre Morin, *de Penitencia* ó á Chardon, *Histoire des Sacraments, Penitence*, sección II, cap. 6.

fundación muy antigua, se descubrió un cuadro grabado en la piedra... Por sencillo que este cuadro sea, quiero deciros lo que representa... Un sacerdote está sentado en un compartimento que representa un confesionario; á su lado se presenta un pecador, llevando á cuestas una banasta, donde hay representados el orgullo, la avaricia, la lujuria y los demás pecados...

En este mismo cuadro y al lado del penitente, distínguese al diablo, que trata de apoderarse de algunos de dichos pecados á fin de que el penitente no se acuse de ellos (1)... Este cuadro, enérgico en medio de su sencillez, recuerda lo que sobradamente amenudo ocurre en el tribunal de la Penitencia... Se acude á confesar los pecados; pero una falsa vergüenza impedirá á esta muchacha explicar las debilidades que su conciencia le censura; esta mujer no se acusará de ciertas infidelidades más ó menos graves... Habrá quien no se atreva á confesar ciertas injusticias, porque el confesor le diría: «¡Restítuyete!...» Qué me sé yo!... la-trocinios, debilidades impuras, profanaciones en el matrimonio... todo esto son faltas graves, y sin embargo habrá quienes no se acusarán de ellas... Satanás está allí; y extrae, por decirlo así, de la banasta del penitente las faltas de que no quiere verle descargado... Y, cuando nos confesamos sin haber hecho un detenido exámen, sin tener intención de evitar todas nuestras faltas; cuando, confesándonos, tenemos intención de trabajar el domingo, de violar esas santas leyes por las cuales Dios nos manda multiplicar la familia, ¿creeremos hacer una confesión buena y sincera?... ¡Nó, hermanos míos muy amados!... Con toda verdad y en presencia de Dios os digo que nó...

No es menester añadir que la Confesión, para ser eficaz, debe ser hecha con pesar... He hablado de la Contrición y he expuesto su necesidad... Una Confesión hecha sin pesar, sería una burla, un insulto, más aún, un sacrilegio... ¿Y qué vendríaís á hacer en el confesionario, vosotros que no sentís pesar por vuestras faltas, vosotros que no teneis el firme propósito de evitarlas?... Todos vendríaís á decir: He hecho esto, pero

(1) V. Mons. Bresson, *Conférences sur les Sacraments*, tomo I, pág. 177. Sobre este asunto se podrian citar también varias miniaturas y vidrieras de la edad media.

volveré á empezar mañana; yo, jovencita, he tenido tratos peligrosos, —esto, si se tenía la sinceridad de hacer semejante declaración, —quiero cumplir con el precepto pascual; pero dentro de ocho días se reanudarán esos mismos tratos... He dejado de asistir á la santa Misa, dirá otra; pero es que urgía tanto el trabajo... ¡ El trabajo, el trabajo!... ¡ Avaros! Tomad criados, tomad jornaleros, y acordáos bien de que el primer trabajo y el más importante que el domingo teneis que hacer es el de asistir al santo Sacrificio de la Misa... Pero nada de esto: hácese tal vez la confesión de todas las faltas; pero se tiene de ellas tal pesar, que á la primera ocasión que se presenta se vuelve á caer en ellas.. ¡ Infelices, cien veces infelices esas pobres almas! Olvidan que, aún en medio de la misericordia de Dios, su justicia reclamará sus derechos...

Segunda parte. — Digamos ahora algunas palabras sobre las ventajas de la Confesión bien hecha.. Voy á citaros, hermanos míos muy amados, un hecho que tal vez todos vosotros ignorais... En mil ochocientos cuarenta y ocho, á consecuencia de ciertos sueños, irrealizables como los que forman ciertos ébrios y ciertos chuscos, que hasta en nuestras poblaciones rurales se encuentran, habíase fundado una colonia en las más fértiles llanuras de América: era la Icaria... Allí no mandaba nadie; cada cual trabajaba para sí; ni robos, ni disputas, nada debía alterar la paz de los colonos... Por desgracia en aquella sociedad no había religión, y apenas habían transcurrido tres meses, cuando los últimos de aquellos infelices emigrantes abandonaban la colonia, con el rostro descompuesto y el cuerpo ensangrentado...(1)

Imagináos por el contrario una sociedad fundada en la observación de los mandamientos de la ley de Dios y de la Iglesia, y en la cual todo el mundo se confiese; pero que se confiese sinceramente. ¡ Vaya! Tomemos por ejemplo esta parroquia; pero os suplico que no hagais aplicación alguna personal. Es una suposición que tiene por objeto hacer os comprender las ventajas de la Confesión.. ¡ Ojalá que esta suposición fuese verdad! Entonces comprenderiais mejor todavía las ventajas de esta institución de Nuestro Salvador Jesús.

(1) Todos los periódicos de la época hablaron de aquel Eldorado, fundado por el ciudadano Cabet... ¡ Es mucha Estima que ciertos Ciudadanos de nuestro días no hayan intentado renovar aquel ensayo!... ¡ Qué barrido!

Empecemos por mí mismo; ¿ no estoy obligado á amaros á todos, á instruiros, á catequizar á los niños, á visitar á los pobres, á perdonar de todo corazón á los que me quisieran insultar? — Y gracias al buen espíritu que reina en esta parroquia, este papel es fácil y suave — y añadiré que uno de mis deberes más importantes es el de rogar por vosotros... He faltado á uno de estos deberes, mi confesor me le recuerda é yo hago todos los esfuerzos posibles para no olvidarlo, al objeto de ser un verdadero pastor de vuestras almas... Suponed por un instante á un alcalde que también se confesase.. Al uno se le recordaría que debe no sólo la instrucción, sino además la edificación, el buen ejemplo á los niños que los padres le confían; se le dirá al otro que se halla al frente de un municipio, que ha de ser justo, que debe evitar todo rencor de partido, que ha de mostrarse no solamente magistrado, sino verdadero padre de sus administrados...

Todos los funcionarios, guarda-bosques, camineros y demás, si se confiesan, tened la seguridad de que estarán enterados de sus deberes... Y á vosotros, hermanos míos, si todos os confesaseis, ¿ qué se os diría? A los casados se les diría: « Amáos los unos á los otros, acordáos de la fidelidad mútua que os jurasteis aquí junto al altar; soportáos mútuamente en vuestros defectos; educad cristianamente á vuestros hijos, haced todos los esfuerzos para que en vuestras familias reinen la paz y una alegría cristiana. » A los niños y á los jóvenes se les diría: « Sed sumisos y respetuosos. » Las jóvenes recibirían de su confesor este consejo: « Hijas mías, sed modestas y reservadas, rogad á la Virgen Santísima para que aparte de vosotras los peligros á que pudierais estar expuestas. » A todo les daría el confesor los consejos más útiles para el bien de la parroquia entera... Labrador, respeta el campo de tu vecino, no mires con ojo ávido lo que no te pertenece; paga fielmente el salario á tus criados. Obreros, sed concienzudos, sumisos, fieles y adictos. A las mujeres, el confesor las diría: Haced agradable la vida á vuestros maridos, evitad la maledicencia, ocupaos de vuestra casa y de vuestros hijos... Después, como el Apóstol san Pablo, dirigiéndose á todos, les diría: « ¡ Queridos hijos míos, amaos los unos á los otros!... »

Veamos, hermanos míos muy amados, supongamos una parroquia tal como la acabo de ensoñar, donde se amase á Dios de todo corazón

y al prójimo como á sí mismo; donde se santificasen las fiestas, y en la cual, pobres y ricos, jóvenes y viejos, no formasen más que un corazón y un alma... ¡Oh! esto sería el paraíso sobre la tierra!.. Pues bien: la Confesión ha obrado más de una vez este prodigio en ciertas regiones cristianas (1)... Y lo podría producir entre nosotros, si todos nosotros fuésemos verdaderos cristianos...

Para mostraros las ventajas de la Confesión, hermanos míos muy amados, os habría podido transportar á otro escenario; enseñárosla, animando en su desesperación, á una pobre madre abandonada por su marido, deteniendo en el borde mismo del abismo al hombre desesperado que quiere poner fin á sus días... Habría podido deciros, además, que ella sola devuelve la calma y la paz al alma abatida por el pecado... Pero ese cuadro que os he pintado de una parroquia entera, postrándose ante el tribunal de la Penitencia, basta, me parece, para haceros comprender las ventajas de la Confesión.

PERORACIÓN. — Cierta dia, un célebre médico, el doctor Tissot, muerto algunos años ha, visitaba á una enferma profundamente cristiana... La enfermedad era grave y creyó que debía advertir á la familia... «Nada de emociones, les dijo, la más insignificante sería mortal...» Enterada de lo que el doctor pensaba de su estado, la enferma se quiso confesar... Al dia siguiente, fué grande la sorpresa del doctor Tissot, al encontrar alegre y gozosa á aquella persona á quien creía encontrar en la agonía. — «Doctor, le dijo ella, no temais decirme la verdad; me he confesado, estoy en paz con Dios y me abandono tranquilamente á su santa voluntad. — Pero, señora, respondió el doctor, ¡Si estais fuera de peligro!» Y con todo y ser protestante, convenia y declaraba que la Confesión, dando al alma paz y sosiego, había producido una crisis favorable hasta en la salud del cuerpo... Desde entonces repetía con frecuencia estas palabras, estrañas en la boca de un protestante: «¡Qué remedio tan eficaz tienen los católicos en la Confesión! (2)...»

Si, carísimos hermanos míos, para nosotros este remedio debe ser

(1) Reducciones del Paraguay. *Histoires des Jésuites*, por Cretineau-Jolly.

(2) La enferma en cuestión había recibido además el santo Viático y la Extremaunción. Este hecho, auténtico y citado con frecuencia, se encuentra en el *Grand Catéchisme* de M. d'Hauterive y en otras obras.

eficaz: no solamente debe devolver á nuestras almas las fuerzas y la salud, sino que debe inspirarnos una dulce alegría, una santa confianza... Cuando hemos tomado este divino remedio con las disposiciones necesarias, podemos dormirnos con seguridad, repitiendo estas palabras: nada temo, Dios mio, confiadamente descanso en los brazos de vuestra misericordia... *In pace in idipsum dormiam et requiescam* (1)...

Así sea.

INSTRUCCION TRIGESIMOSEGUNDA.

SACRAMENTO DE LA PENITENCIA.

INSTRUCCION SEXTA.

MINISTRO DEL SACRAMENTO DE LA PENITENCIA; FORMA DE ESTE SACRAMENTO.

TEXTO. — *Quorum remiseritis peccata, remittuntur eis; quorum retinueritis, retenta sunt.* Perdonaránse sus pecados á aquellos á quienes vosotros los hubiereis perdonado, y á aquellos á quienes los hubiereis retenido, se les retendrán.

(S. JUAN, CAP. XX, VERS. 23.)

EXORDIO. — Hermanos míos, en las instrucciones anteriores hemos hablado suficientemente de la contrición y de la Confesión, que son la materia próxima é indispensable del Sacramento de la Penitencia... No obstante, debo deciros que el pecado mortal ó venial es la materia remota de dicho sacramento... Si álguien estuviese absolutamente exento de pecado, no se le podría administrar el sacramento de la Penitencia.

(1) Salmo IV, vers. 9.

y al prójimo como á sí mismo; donde se santificasen las fiestas, y en la cual, pobres y ricos, jóvenes y viejos, no formasen más que un corazón y un alma... ¡Oh! esto sería el paraíso sobre la tierra!.. Pues bien: la Confesión ha obrado más de una vez este prodigio en ciertas regiones cristianas (1)... Y lo podría producir entre nosotros, si todos nosotros fuésemos verdaderos cristianos...

Para mostraros las ventajas de la Confesión, hermanos míos muy amados, os habría podido transportar á otro escenario; enseñárosla, animando en su desesperación, á una pobre madre abandonada por su marido, deteniendo en el borde mismo del abismo al hombre desesperado que quiere poner fin á sus días... Habría podido deciros, además, que ella sola devuelve la calma y la paz al alma abatida por el pecado... Pero ese cuadro que os he pintado de una parroquia entera, postrándose ante el tribunal de la Penitencia, basta, me parece, para haceros comprender las ventajas de la Confesión.

PERORACIÓN. — Cierta dia, un célebre médico, el doctor Tissot, muerto algunos años ha, visitaba á una enferma profundamente cristiana... La enfermedad era grave y creyó que debía advertir á la familia... «Nada de emociones, les dijo, la más insignificante sería mortal...» Enterada de lo que el doctor pensaba de su estado, la enferma se quiso confesar... Al dia siguiente, fué grande la sorpresa del doctor Tissot, al encontrar alegre y gozosa á aquella persona á quien creía encontrar en la agonía. — «Doctor, le dijo ella, no temais decirme la verdad; me he confesado, estoy en paz con Dios y me abandono tranquilamente á su santa voluntad. — Pero, señora, respondió el doctor, ¡Si estais fuera de peligro!» Y con todo y ser protestante, convenia y declaraba que la Confesión, dando al alma paz y sosiego, había producido una crisis favorable hasta en la salud del cuerpo... Desde entonces repetía con frecuencia estas palabras, extrañas en la boca de un protestante: «¡Qué remedio tan eficaz tienen los católicos en la Confesión! (2)...»

Si, carísimos hermanos míos, para nosotros este remedio debe ser

(1) Reducciones del Paraguay. *Histoires des Jésuites*, por Cretineau-Jolly.

(2) La enferma en cuestión había recibido además el santo Viático y la Extremaunción. Este hecho, auténtico y citado con frecuencia, se encuentra en el *Grand Catéchisme* de M. d'Hauterive y en otras obras.

eficaz: no solamente debe devolver á nuestras almas las fuerzas y la salud, sino que debe inspirarnos una dulce alegría, una santa confianza... Cuando hemos tomado este divino remedio con las disposiciones necesarias, podemos dormirnos con seguridad, repitiendo estas palabras: nada temo, Dios mio, confiadamente descanso en los brazos de vuestra misericordia... *In pace in idipsum dormiam et requiescam* (1)...

Así sea.

INSTRUCCION TRIGESIMOSEGUNDA.

SACRAMENTO DE LA PENITENCIA.

INSTRUCCION SEXTA.

MINISTRO DEL SACRAMENTO DE LA PENITENCIA; FORMA DE ESTE SACRAMENTO.

TEXTO. — *Quorum remiseritis peccata, remittuntur eis; quorum retinueritis, retenta sunt.* Perdonaránse sus pecados á aquellos á quienes vosotros los hubiereis perdonado, y á aquellos á quienes los hubiereis retenido, se les retendrán.

(S. JUAN, CAP. XX, VERS. 23.)

EXORDIO. — Hermanos míos, en las instrucciones anteriores hemos hablado suficientemente de la contrición y de la Confesión, que son la materia próxima é indispensable del Sacramento de la Penitencia... No obstante, debo deciros que el pecado mortal ó venial es la materia remota de dicho sacramento... Si álguien estuviese absolutamente exento de pecado, no se le podría administrar el sacramento de la Penitencia.

(1) Salmo IV, vers. 9.

Figuráos á un niño que muere antes de haber manchado ese blanco vestido de inocencia de que le revistió el Bautismo... Vuela hácia el cielo, pobrecito; para nada necesitas tú de mi ministerio... Si, lo que es imposible, se presentase un Angel de Dios en el confesionario, no le podríamos absolver, porque ningún pecado ha cometido, nada tiene de qué arrepentirse...

¿Qué diré pues, Virgen inmaculada, cristal el más puro, fuente la más límpida, lirio deslumbrador en cuya corola cayó, como perla de rocío, la santa humanidad de vuestro augusto Hijo?... Nó, no se instituyó para vos, Virgen sin mancilla, el sacramento de la Penitencia. *Non pro te, sed pro omnibus hæc lex constituta est* (1). Pero, à excepción de vos, Virgen santa, obra maestra la más perfecta de las manos del Altísimo, nadie se ha encontrado bastante santo, bastante justo, para decir: ¡yo no necesito de la Penitencia!...

¿Y el sujeto de la Penitencia?... Hermanos míos, sois vosotros, soy yo, lo son todos los hombres bautizados que viven en este suelo de miserias... Todos, hasta los más santos, pecamos, dice el Apóstol Santiago, hasta siete veces al día... Todos, por consiguiente, tenemos necesidad de este sacramento de misericordia. Es preciso que se nos apliquen por medio de este sacramento los méritos de nuestro adorable Salvador, à fin de que podamos tener una esperanza fundada de ir al cielo... Repito pues, y es cosa cierta, que el sujeto de la Penitencia lo sois vosotros, lo soy yo, lo es cualquier cristiano que haya violado las promesas de su Bautismo...

PROPOSICIÓN Y DIVISIÓN.—Llamaré vuestra atención, hermanos míos, sobre otras dos partes del sacramento de la Penitencia. *En primer lugar*, ¿quién tiene el derecho de administrar este sacramento? *En segundo lugar*, ¿cuál es la fórmula de perdón que ha de pronunciar el sacerdote y cuáles son sus efectos? Ved ahí las dos consideraciones en que vamos à fijar nuestra atención...

Primera parte. — Antes de deciros que el ministro del sacramento de la Penitencia, el único que tiene el derecho de administrarlo es el sacerdote, cuando posee en una diócesis un poder de órden y de juris-

(1) *Esther*, cap. XV, vers. 13.

dicción, términos que luego os explicaré, quisiera referiros una pequeña anécdota, de que vosotros mismos habeis podido ser testigos: porque se reproduce con mucha frecuencia... En una conversación, que versaba sobre la religión, decía un sacerdote à uno de sus feligreses, hombre por otra parte honrado y bastante inteligente: — «¿Porqué, usted que de cuando en cuando viene à Misa, no tiene el valor de practicar hasta el fin todos los deberes que la religión nos impone? — Comprendo lo que V. quiere decir, contestó sonriendo el feligrés; V. quiere hablar de la confesión. — Precisamente, amigo mio. — Es que yo me confieso, señor cura. — ¿Con quién? preguntó sorprendido el sacerdote. — Con Dios, prosiguió el parroquiano, y le aseguro que me confieso bien. — ¡Ya lo creo, amigo! Dificilmente podrá V. encontrar un confesor que tanto valga; pero me gustaría saber qué penitencia le impone, si la entiende V. y sobre todo si la cumple fielmente... Vamos à ver, hablemos formalmente: V. ha faltado, este año, más de una vez à la santa Misa, y si realmente se ha confesado con Dios, éste le debe haber impuesto por penitencia la observancia de este mandamiento que dice: *Guardarás el domingo sirviendo fielmente à Dios*. No hablo de los demás preceptos sobre los cuales tal vez tendría más de una falta que reprocharse... ¡Vaya, querido! cuando no ha cumplido V. su penitencia, convenga en que no se ha confesado ni con Dios, ni con nadie...»

Carísimos hermanos, así como Jesucristo no baja en persona sobre el altar para pronunciar por sí mismo las palabras sagradas que transforman el pan en su cuerpo y el vino en su sangre, sinó que deja al sacerdote, su representante, el poder de obrar este prodigio; asimismo cuando se tratá de la remisión de nuestras faltas, cuando es cuestión del sacramento de la Penitencia, deja à los ministros que en la santa Iglesia le representan la facultad de *atar y desatar, de perdonar ó retener los pecados*... Y estad completamente seguros de una cosa y es, que los que no se confiesan con el sacerdote, no se confiesan con nadie... Y esto es positivo y desafío à cualquiera de vosotros à que se atreva à decir lo contrario.

Así pues, el ministro del sacramento de la Penitencia es el sacerdote... En el día de su ordenación recibió esta facultad, este poder,

se convirtió en un hombre especial... Vamos á ver : en el gobierno de los Estados, sobre todo cuando el poder se apoya en una base sólida y regular ¿ se nombra, por ejemplo, para juez á un cualquiera?... ¿ No se exigen estudios, ciencia y otras condiciones cuando se trata de confiar á un hombre esta misión á la vez respetable y delicada?... Sí, hasta en el Orden temporal, para que un hombre tenga el derecho de pronunciar su fallo sobre nuestro honor, de decir : « Usted es inocente, yo le absuelvo : usted es culpable... » necesita conocimientos, derechos y una misión... Y ¿ cuando se trata de los intereses de nuestra alma, de nuestra salvación, no pasaría lo mismo?... ¿ No faltaría más... Jesucristo y la Iglesia, más sabios que todos los hombres de la tierra, exigen ciertas condiciones indispensables... Nuestro augusto Salvador instituyó un sacramento, de que más tarde hablaremos y que se llama sacramento del *Orden* : la Iglesia santa exige conocimientos especiales, una larga preparación y garantías morales antes de admitirnos en el sacerdocio y de decirnos : « ¡ Sed los jueces de vuestros hermanos en el tribunal de la Penitencia !... »

Yo recibí el sacramento del Orden, soy sacerdote; sean cuales fueren mi edad y mis talentos, yo soy el ministro de la Penitencia en esta parroquia... Vosotros, sin embargo, hermanos míos muy amados, sois libres de dirigirlos, en esta diócesis — iré aún más lejos, en cualquier provincia, — á cualquier sacerdote católico que ejerza legítimamente el sagrado ministerio... El tiene el poder y el derecho de absolveros... Pero, dirá un penitente escrupuloso, si me he dirigido á un confesor desconocido, á un sacerdote lejano, era para no ser conocido... — Me venía tan bien, añadirá otro, dirigirme á ese buen cura, muy viejo, á quien no volveré á ver jamás... — Hijos míos, les diré yo, ¿ este sacerdote tiene el derecho de ejercer el sagrado ministerio ? ¿ Está autorizado por su obispo ? — Sí, me contestaréis. — Pues entonces, la absolución que os dió es buena y válida delante de Dios, si vosotros tuvisteis las disposiciones requeridas, es decir, si vuestra Contrición fué verdadera y vuestra Confesión sincera... — Sí, os lo repito, estad seguros y tranquilos, aún cuando o hubieseis dirigido á aquel confesor porque no os conocerá jamás... Ya veis, hermanos míos muy amados, como la Iglesia nos abre de par en par, en

este sacramento, las puertas del perdón; como condesciende Jesucristo con nuestras debilidades y con nuestras preocupaciones.

¿ Qué niños somos !... Si cuando se trata de la Confesión, ni nuestro propio párroco nos conoce... Si nos conoce, es para ayudarnos con más eficacia que un extraño á hacer una buena confesión, porque nos tiene más cariño... Pero, una vez fuera del confesionario, ya no sabe ni debe saber lo que se le confió... ¿ No está obligado á conservar en su corazón, cual en un santuario cerrado para siempre, las faltas y las dolorosas explicaciones que en él vertemos?... Os refería yo, en otra circunstancia (1), la historia de san Juan Nepomuceno, el mártir del secreto de la Confesión. Pues de entre los sacerdotes, más de uno ha muerto por semejante motivo.

Precisamente no hace muchos años ocurría un hecho conmovedor é instructivo en el seno de la bárbara Rusia, la más poderosa y al propio tiempo la más pérfida enemiga de nuestra sacrosanta religión... Un miserable acababa de cometer un asesinato... Acosado por los remordimientos, ó tal vez queriendo dejar de hacerse sospechoso, — se fué á confesar; pero al salir de la sacristía, donde el buen párroco había oído su confesión, dejó caer, por descuido ó adrede, una prenda ensangrentada de su víctima... Deteniéndose al cura, que únicamente por la Confesión conoce el nombre del criminal... Como no se puede disculpar, se le condena, se le degrada y se le envía á Siberia... Afortunadamente, muchos años después, el asesino próximo á morir declaraba que él habíase sido quien cometiera el asesinato que el pobre sacerdote, mártir del secreto de la Confesión, expiaba en las heladas planicies de Siberia...

Pero de todos modos, apesar de este deber del secreto, la Iglesia, condescendiendo con nuestras flaquezas, nos permite que nos dirijamos hasta á sacerdotes que no nos conozcan, con tal que tengan una posición regulada y esten autorizados por su obispo... Yo me proponía hablaros de la autorización episcopal de que necesita todo sacerdote para ejercer legítimamente el sagrado ministerio, y en especial las funciones de confesor; pero observo que, hablando de la necesidad del sacramento del

(1) Véase, en este *Curso de Instrucciones*, la *Homilia para el cuarto domingo de Cuaresma*, t. 1, pág.

Orden, os he dicho lo que os conviene saber tocante á la necesidad de la jurisdicción... Paso pues á la segunda parte.

Segunda parte. — Forma del sacramento de la Penitencia. ¿ Os he de repetir, amados hermanos míos, que la forma de un sacramento está en las palabras que le dan su eficacia?... Jamás me paro á reflexionar sobre las sagradas fórmulas : *Yo te bautizo, yo te confirmo* y las demás palabras solemnes que constituyen la forma de nuestros sacramentos, sin pensar en la creación y sin dar gracias al Dios omnipotente que tal potestad dió á los que son sus sacerdotes y ministros... Recordad esta hermosísima historia de la creación, y al Eterno separando, con una sola palabra, la tierra del caos...(1) Acaso Satanás, después de su rebelión, se había esforzado en enmarañar los primeros elementos del mundo... Es una suposición.. No me atreveré á afirmar que sea cierta... Pero, lo que yo sé, lo que aseguro es, que el sacerdote que bautiza, al pronunciar la forma del sacramento, desembaraza del pecado original al alma del niño... Lo que también sé es que cuando nosotros á un penitente bien dispuesto le decimos estas palabras sacramentales : *Yo te absuelvo en nombre del Padre, del Hijo y del Espíritu Santo*, desciende sobre aquella alma una gracia, prodúcese una separación entre ella y el mal que la tenía como envuelta en tinieblas; aquella alma vuelve á ser justa, vuelve á ser santa... Y puedo decir sin blasfemar, que son unas palabras casi tan poderosas como las del Criador, cuando separaba la luz de las tinieblas y decía : ; Hágase la luz! *fiat lux...* Sí, sí, ven, pobrecita alma del cristiano, turbada por las pasiones, sumida tal vez entre tinieblas por tantas faltas sobre las cuales te formas ilusiones : ven, hija mía; ven, querida hermana mía en Jesucristo!.. Trae únicamente al sagrado tribunal una buena voluntad : yo pronunciaré sobre tí la fórmula sagrada del perdón, y saldrás del tribunal de la Penitencia conociendo perfectamente tu estado; en tí la luz quedará separada de las tinieblas... ¡ Oh ! ; cuán hermosa estarás, resplandeciente con las luces de la justicia y de la santidad!...

Ved ahí la forma, hermanos míos, del sacramento de la Penitencia. Sobre la cabeza del pecador que acaba de confesarse, y que supone

(1) *Grand catéchisme*, de d'Hautville. Cuántos otros hechos por el estilo se podrían citar !

arrepentido y bien dispuesto, el confesor pronuncia estas palabras : *Yo te absuelvo en nombre del Padre, del Hijo y del Espíritu Santo...* Lo que antecede y lo que sigue á esta fórmula es respetable y no se debe omitir, al igual que en el Bautismo no se podrían omitir sin pecar las ceremonias que preceden ó siguen á estas palabras : *Yo te Bautizo...* Otro parecido con el Bautismo : ya sabeis que aun cuando el niño al nacer parezca que no respira, se le ha de administrar este sacramento, pronunciando esta fórmula condicional : *Si todavía vives, yo te bautizo*, etc.. Lo mismo pasa con la absolución. Un cristiano tiene un ataque de apoplejía, sufre una caída, es atacado de un mal repentino... Es imposible hablarle; tal vez hasta ni conocimiento tiene. Pues bien, aún en tales circunstancias, no descuideis llamarnos... ¿ Quién es capaz de conocer los misterios de la muerte?... El médico, que sostiene el brazo del enfermo, no puede decir el instante exacto en que tiene lugar la última palpitación, el último latido del corazón... Hermanos míos, en este suelo nadie, á excepción del Angel custodio del moribundo, nadie más que él puede decirnos el minuto, el segundo en que el alma abandona esta vivienda de barro, que se llama el cuerpo... Misteriosos movimientos de la gracia pueden trabajar esta alma en el instante supremo; y la Iglesia nos obliga á darle la absolución, algunas veces absoluta, las más de las veces condicional... Sí, lo repito, hasta en estas circunstancias, no descuideis llamar al sacerdote... Según vosotros, no hay nada que hacer... para nosotros, por el contrario, está todo por hacer... Y tenemos un deber sagrado que cumplir hasta con respecto á este cristiano, que muere sin poderarnos contestar, ni poder dirigir hácia nosotros una mirada inteligente... En nombre de la Iglesia santa, siempre madre, y que no quiere desasparar de la suerte de sus hijos, nosotros pronunciamos estas palabras sagradas : *Yo te absuelvo en nombre del Padre, del Hijo y del Espíritu Santo*; y puede ser que Dios, que es el único que conoce los últimos pensamientos, las aspiraciones supremas de aquella alma que se va á su eternidad, haya ratificado más de una vez la sentencia absolutoria que nosotros hemos pronunciado en tales circunstancias.

Otra consideración aún sobre la absolución, es ^d sobre las pa-

labras que son para nosotros una sentencia de perdón... ; Cuán dichosos habríamos sido, hermanos míos muy amados, si hubiésemos vivido en los días en que nuestro divino Salvador sembraba sus divinas enseñanzas ; si hubiésemos sido testigos de los prodigios y milagros que señalaban su paso !... ; Oh Jesús, oh Rey de nuestros corazones ! ; cuán consolados y tranquilizados á la vez habríamos estado, si hubiésemos oído de vuestros divinos lábios estas palabras : *Id en paz ; estan perdonados vuestros pecados* ! Y el paralítico, y la mujer adúltera, y otros muchos que no nombra el Evangelio, tuvieron la dicha de recoger de los lábios del divino Jesús esta sentencia de misericordia. Tú especialmente, santa María Magdalena, pobre pecadora, que tenías necesidad de una indulgencia inmensa y que la mereciste por lo mucho que amaste, dínos cual fué la dulzura, la alegría, el contento que experimentaste después de tu confesión tan humilde y tan sincera...

Jesús decía : « Simón ¿ves á esta pobre muchacha ? Muchos pecados le son perdonados, porque los ha rescatado con mucho amor ». Y no bastando aún estas palabras, inclinándose hácia la penitente que estaba postrada á sus piés, el divino confesor añadía : « Hija mia, estan perdonados tus pecados, anda en paz... » ; Oh poder de la absolución !... ; Oh palabras divinas, cuántos pecadores habeis transformado en santos !... ; A cuántas almas atormentadas, laceradas y abatidas habeis devuelto el sosiego, la paz y la esperanza ! Y desde el día siguiente, según se desprende del Evangelio, María Magdalena, reconciliada con Dios, estaba entre aquellas piadosas mujeres que seguían á Jesús, proveyendo á sus necesidades y á las de sus Apóstoles (1). Más tarde adoraba á Jesús que hacía resucitar á su hermano Lázaro... Más tarde aún volvía á recibir los piés del Salvador con un perfume precioso... La vuelvo á encontrar en el Calvario, junto á la cruz, al lado de la Virgen Santísima...

¡ Admirable Virgen María, ya mientras vivíais en la tierra erais el refugio de los pobres pecadores !... Vos consolasteis á san Pedro después de su triste negativa... Y ahora, al pié de la cruz, está á vuestro lado

(1) V. en *Cornelio a Lapide* y principalmente en las *Hist. ecclés.* de Darras, esta circunstancia.

María Magdalena, cual una amiga fiel y desinteresada, que no quiere abandonar á los seres á quienes ama cuando les ve apenados y con dolidos... Vos, oh dulce Madre mia, la amais á esta pobre pecadora... cuando permitís que os ayude á sepultar á vuestro Jesús, cuyos ensangrentados piés besa por la vez postrera... ; Oh modelo de penitentes, valerosa María Magdalena ! no añaliré que tú fuiste de las primeras en acudir al Calvario en la mañana del día de la Resurrección... En la instrucción siguiente te volveremos á encontrar y expresaremos la satisfacción que, apesar de lo segura que de tu perdón estabas, quisiste ofrecer á la justicia divina...

PERORACIÓN. — Concluyo, queridos hermanos míos ; pero al concluir dejad que os diga que estas palabras : *Yo os absuelvo en nombre del Padre, del Hijo y del Espíritu Santo*, pronunciadas por el más humilde de nosotros, tienen el mismo valor, la misma eficacia que las de Nuestro Salvador Jesús, cuando decía á María Magdalena : *Perdonados estan tus pecados*... Sean cuales fueren nuestras faltas, el sacramento de la Penitencia puede obtenernos el perdón de ellas ; es un baño saludable que, no solamente ha purificado, sino que ha hecho santas á las almas más manchadas y más marchitadas ; es un remedio que ha devuelto la salud á los enfermos más desesperados... Sepamos pues apreciar el valor de este remedio divino y misericordioso... ; Ojalá que él pueda dar á nuestras almas la fuerza, la energía, la salud que les faltan, y hacer de nosotros, como hizo de santa María Magdalena, verdaderos cristianos y penitentes sinceros !... ; Así sea !.

INSTRUCCION TRIGESIMOTERCERA.

SACRAMENTO DE LA PENITENCIA.

INSTRUCCION SEPTIMA.

¿QUÉ ES LA SATISFACCIÓN ? NOSOTROS DEBEMOS A DIOS UNA SATISFACCIÓN
POR NUESTROS PECADOS.

TEXTO. — *Quorum remisieritis peccata, remittuntur eis ; quorum retinueritis, retenta sunt.* Perdonados les serán sus pecados á aquellos á quienes los perdonareis ; les serán retenidos á aquellos á quienes los retuviereis.

(S. JUAN, CAP. XX, VERS 23.)

EXORDIO. — Hermanos míos, habeis observado, los que os confesais, que las últimas palabras que el confesor nos dirige, después de habernos dado la absolución, son las mismas palabras que Jesucristo dirigió á santa María Magdalena?... *Vade in pace : anda en paz*, nos dice nuestro confesor... *Anda en paz*, dijo Jesucristo á aquella tan famosa pecadora... ; *Anda en paz* !... Cuán profundo sentido estaba oculto, oh dulce Redentor nuestro, en estas palabras, cuando las dirigíais á santa María Magdalena !... Algunos meses os separaban apenas de aquella dolorosa Pasión que debíais sufrir... *Anda en paz*, hija mia, pensabais ; en cuanto á mí, mis enemigos me han declarado una guerra cruel... *Anda en paz*, desprendida desde hoy de los lazos del pecado ; yo, por mi parte, voy á soportar los tormentos más crueles que la rabia de los hombres podrá inventar... *Anda en paz*, la gloria celestial será tu patrimonio ; yo seré colgado desnudo de una cruz, los soldados echarán suertes para saber á quién habrá de tocarle mi túnica... *Anda en paz*, tú gozarás de las delicias del cielo ; yo, dentro de algunos dias, sufriré los más amargos tormentos... *Anda en paz*,

tú serás un dia coronada de estrellas ; á mí me está reservada una diadema de espinas... Sí, sí, pobre pecadora arrepentida, *anda en paz*, un dia vendrán los ángeles á visitarte ; suaves armonías resonarán en la gruta donde harás penitencia ; yo, pendiente de la cruz, sólo recibiré insultos y blasfemias... *Anda en paz*, hija mia, tú participarás un dia de la gloria de los serafines ; yo, para expiar tus faltas, seré clavado en la cruz entre dos ladrones... Consuelos inefables se verterán sobre tí ; yo beberé hasta las heces el cáliz de los sufrimientos y experimentaré los más crueles dolores de abandono... *Anda* pues *en paz*, ovejita que he escogido, cumple tu misión ; enseña á los pecadores cuanto les amo, y sé para todos el modelo de una penitencia animosa y sincera.

En efecto, hermanos míos muy amados, si se puede citar á santa María Magdalena como un ejemplo cuando se trata de la Contrición y de la Confesión de nuestras faltas, se la puede igualmente proponer como verdadero modelo de la Satisfacción, de la reparación que á Dios debemos por nuestros pecados.

PROPOSICIÓN. — Hemos hablado de la Contrición, de la Confesión y de la Absolución... Quedan pues por decir algunas palabras de la Satisfacción, que es la cuarta parte del sacramento de la Penitencia.

DIVISIÓN. — *En primer lugar*, ¿ qué es la Satisfacción ? *En segundo lugar*, nosotros debe mos á Dios una satisfacción por nuestros pecados. Ved ahí, hermanos míos, los dos pensamientos sobre los cuales voy á llamar vuestra atención.

Primera parte. — ¿ Qué es la Satisfacción ?.. Según nos dice el catecismo, es una reparación que el pecador debe á Dios por el ultraje, por la injuria que con el pecado le ha hecho... ¿ Podré hacerlos comprender claramente esta verdad ?... Tal vez... probémoslo... En la justicia humana, ó para hablar con mayor exactitud, en las sentencias que ella pronuncia, hay ordinariamente dos especies de penas : la que se llama multa, y la más temida que se llama prisión... Figuraos á un pobre hombre culpable de un delito, hasta de un crimen, si quereis : comparece ante los jueces ; está arrepentido... Pero no importa... Tal vez se admita en su favor lo que se llama circunstancias atenuantes ; se le aplicará la ley... ¡ la ley ! ese texto inexorable y bru-

tal que se llama la ley humana... ; Señor! Nada quiero decir de ella; pero, sobre todo en nuestros días, ; pobre justicia humana, cuán impotente y coja estás!... No digo más.

Decía pues que la justicia humana impone dos especies de penas: la multa y la prisión... Vosotros acudís al jefe del Estado: si lleváis buenas recomendaciones, se os perdonará la pena de prisión; pero la multa, esta pena pecuniaria, menos grave y menos deshonrosa, ésta la tendréis que pagar...

Venid, pobres pecadores, á que os aplique esta comparación... Escuchadme y comprendereis, así lo espero, lo que es la satisfacción. Todo pecado mortal es un crimen capital que merece esta condena á perpetuidad, que se llama el infierno; otras penas lleva también consigo, en este pobre mundo, el pecado mortal, como son los dolores, las penas, las pruebas de esta vida... Por medio del sacramento de la Penitencia, que no es otra cosa una petición de indulto, Dios parece decirnos: Pobre pecador, te perdono la prisión, esta pena eterna del infierno que habías merecido; pero, las penas temporales, consecuencias del pecado, eso que se llama la multa... ;oh nó! la tendrás que pagar, sea en este mundo, sea en el otro... ¿Me he hecho comprender bien, hermanos míos?... Dios en el tribunal de la Penitencia, nos perdona la prisión, nos exime del infierno; pero no nos perdona la multa, exige una satisfacción, que se debe pagar en este mundo ó en el otro...

Esto tal vez os sorprenda; pero acordáos, hermanos míos muy amados, que si Dios, que nos perdona, es misericordioso, es también soberanamente justo, y que, merced á sus infinitas perfecciones, la justicia conserva siempre sus derechos, sean cuales fueren la longitud, la profundidad y la extensión de la misericordia... Nó, nosotros no sabemos lo que es un pecado mortal, ni cuál es su malicia... ¿Qué somos pues nosotros ante Dios?... Menos que gusanos de tierra, menos que esas hormigas que aplastamos bajo nuestros piés... ;Sí, menos!... El insecto que aplastais, nada os debe; ni le habeis dado la existencia, ni sois vosotros quien hace crecer la brizna de yerba de que se nutre.. Y á nosotros, hermanos míos muy amados, miserables criaturas, ;ah!... ¿es menester repetiros quién nos creó, quién nos sostiene y nos conserva?... Vosotros aplastais el insecto que se yergue para picaros; ;oh!... si Dios

nos aplastase cuando nos erguimos, cuando nos levantamos contra él para desobedecer su ley; profanadores descarados del domingo, ; cuánto tiempo haría que vosotros y vuestros caballos estaríais reducido á la nada!.. Y vosotros, los que blasfemais su santo nombre, y nosotros todos, pobres pecadores, que de mil maneras le ofendemos, tiempo ha que estaría fijada nuestra suerte á su izquierda y por toda la eternidad...

; Un pecado mortal!... Sí, hermanos míos muy amados, nosotros no comprendemos ni su malicia ni su inmensidad... Desobedecer á Dios, quebrantar sus leyes nos parece una cosa vulgar, permitida y muy natural... Oíd, voy á citaros uno de esos pecados mortales de que uno jamás se avergüenza... He dejado de asistir á Misa el domingo, he profanado este santo día trabajando, apesar de que la ley de Dios dice: Guardarás el domingo, sirviendo devotamente á Dios... Ved ahí un pecado que las personas decentes cometen sin ruborizarse, y á la faz del sol... ;Pues bien!.. imagináos á todos los solitarios que han vivido, reuniendo sus austeridades y sus mortificaciones; á los mártires agregando á ellas los suplicios, los inauditos tormentos que soportaron... ;Oh! iré más lejos; suponed á la dulcísima Virgen María rociando con su fidelidad, con su inefable amor, todo ese conjunto de méritos... ;Habrà con que reparar una simple falta de asistencia al santo Sacrificio?... Nó, se necesita á Jesús, se necesitan su cruz, sus sufrimientos, su sangre... No os sorprenda pues, ya que es el pecado un mal tan grande, no os sorprenda digo que, apesar de que en el tribunal de la Penitencia se nos remita la pena eterna, la justicia de Dios exija de nosotros, principalmente por razón de nuestras disposiciones imperfectas, penas temporales, oraciones y otras obras buenas, á que se da el nombre de Satisfacción...

Segunda parte. — Al daros á conocer, hermanos míos muy amados, la malicia del pecado mortal, al decirnos — lo cual es cierto — que ni la Santísima Virgen, ni todos los santos, apesar de sus méritos reunidos, podrían expiar uno solo de ellos, os he manifestado ya cuán necesaria era la Satisfacción...

Calumniase el sacramento de la Penitencia; se pretende que basta una confesión, valga lo que valga, de nuestras faltas, para que obtenga-

mos que nos sean perdonados... Mala fé y calumnia de parte de los que nos dirigen semejante reproche... ¡Que vengan ellos a confesarse!.. Si lo hacen de buena fé y con sinceridad, verán que el confesor les dirá: « Hermano mio, tú has manchado la reputación de tu prójimo, y es preciso reparar este escándalo; tú has defraudado, con mayor ó menor astucia, los bienes ajenos y hay que restituírseles... sinó no hay absolución, para tí... Ésta es, hermano mio, una primera satisfacción, de la cual ningún confesor puede dispensar á un penitente. »

Son por lo tanto bien ignorantes y bien nécios los que pretenden que la Confesión autoriza el vicio, y no exige del pecador reparación alguna... ¿Debo deciros, carísimos hermanos, que la penitencia impuesta por el confesor es una primera satisfacción?.. Satisfacción, ¡ah! harto llevadera, si la comparamos con las penitencias que tenían que aceptar los pecadores en los primeros siglos de la Iglesia, en aquellos tiempos en que era más viva la fé y más dóciles los pecadores... Ved á esos pobres pecadores, menos culpables que la mayoría de nosotros, ayunando á pan y agua, durmiendo en el desnudo suelo, permaneciendo durante largas semanas á la puerta de la iglesia, reconciliados únicamente el día de Jueves Santo, para que pudieran tomar parte en los dolores de la Pasión y en las alegrías de la Pascua... Nosotros, cristianos de poca fé y desprovistos de energía, ¿qué diríamos si se nos impusieran tales penitencias?..

Para nosotros, la Satisfacción consiste en el cumplimiento de la penitencia que nos impone el confesor... Nosotros, empero, podemos y debemos añadir otras obras buenas... Los santos, hermanos míos, nos ofrecen en este punto ejemplos admirables. — ¿Para qué dormir en el duro suelo, practicar tantas austeridades y maltratar así tu cuerpo con azotes y cilicios, oh piadoso Juan de la Cruz?... Y él me contesta: — Pequé, quiero alcanzar un perdón completo de mis faltas y satisfacer á la justicia de Dios (1). — Y vosotras, Teresa, Co'eta, Angela, Clara y tantas y tantas otras, piadosa falanje que allá en el cielo formais el acompañamiento de la Reina del cielo, vosotras, sus amigas y sus damas de

(1) Véase la *Vida* de este santo penitente.

honor. ¿porqué en la tierra practicasteis tantas austeridades y mortificaciones?... ¡Ay! algunos pecados veniales habían apenas desflorado la pureza de aquellas almas virginales; pero ellas quisieron satisfacer á la justicia de Dios...

A la verdad, hermanos míos muy amados, si alma hubo que segura estuviese de su perdón, fué esta santa María Magdalena, aquella admirable penitente de quien os hablaba al principiar esta instrucción... No solamente Jesucristo, su divino confesor, la había dicho: *Anda en paz*, sinó que antes, bajo su divina palabra, había afirmado que la estaban perdonados sus pecados... Puedes, de consiguiente, estar tranquila para lo sucesivo, María Magdalena... Sí, sigue al divino Maestro; asiste alo Calvario al lado de la Virgen Santísima, ayúdala á sepultar á su dulce Jesús... Lloro con ella la muerte de su muy amado; vé, en la mañana de su Resurrección, á recojer sus primeras palabras... Me lo explico... Pero, hermanos míos muy amados, que esta santa, segura de su perdón por la palabra del mismo Jesucristo, se entregue por largos años á la penitencia más austera, ésto nos demuestra la necesidad de la Satisfacción, aún después de haber recibido el sacramento de la Penitencia con las mejores disposiciones...

En efecto, la historia nos refiere que santa María Magdalena y su hermano Lázaro, arrojados de su país, echados en una barca podrida que, sin un milagro, no podía atravesar el mar, abordaron sin embargo sanos y salvos en Marsella. Lázaro, el resucitado, evangelizó aquella ciudad, siendo su primer obispo. María Magdalena se retiró á una gruta que todavía hoy se enseña... Aun cuando estaba segura de su perdón, ayunaba, oraba, lloraba y se entregaba, en una palabra, á las mayores austeridades... ¿Para qué pues esas mortificaciones y esas austeridades, piadosa María Magdalena?... El mismo Jesucristo te perdona; aún ayer, hubo testigos que oyeron á los ángeles que te visitaban cantar contigo himnos que solamente se cantan en el cielo (1)... Al que semejante pregunta la hubiese hecho, lo santa le habría contestado: « Mientras vivimos en este suelo, tenemos necesidad de expia

(1) *Hist. de l'Eglise*, por el abate Darras y la vida de Santa María Magdalena... *Monuments inédits*, por Faillon.

nuestras faltas. Si la misericordia de Dios es grande, no debemos olvidar que la malicia del pecado es infinita: conviene pues ofrecer al Señor una satisfacción por las faltas que hemos cometido... »

Este ejemplo, carísimos hermanos, el de san Pedro, igualmente absuelto por nuestro mismo divino Redentor, y otros muchos que podría tomar de la *Vida de los Santos*, nos muestran que verdaderamente Dios, aún después de habernos perdonado, exige una satisfacción, una reparación por los pecados que hemos cometido.

Hállase, en la contestación del catecismo, una palabra que os quiero explicar... Nosotros les preguntamos á vuestros hijos: ¿Porqué, después de la absolución, Dios exige del pecador una satisfacción?... Y ellos nos contestan: Dios, por medio del sacramento de la Penitencia perdona al pecador la pena eterna; pero quedan penas temporales para el pecado, penas que hemos de sufrir, ya en esta vida, ya en la otra... Las penas temporales, que hemos de sufrir en esta vida, son por de pronto y ante todo la penitencia que nos impone el confesor... Esta penitencia, aun cuando sea ligera, recibe del sacramento una virtud especial, y tenemos el deber de cumplirla fielmente bajo pena de pecado... Sería bueno que nosotros mismos, para hacerla más eficaz, añádiésemos á ella limosnas y otras obras buenas que con harta frecuencia descuidamos.

PERORACIÓN. — Pero he olvidado esta pequeña frase del catecismo, sobre la cual quería llamar vuestra atención... Por ella es por la que voy á terminar... En esta vida ó en la otra... ¿Entonces, hermanos míos muy amados, hay otra vida en la cual, sin estar en el infierno, será preciso satisfacer á la justicia de Dios antes de llegar al cielo?... Sí, hay el Purgatorio... ¡Pobrecita alma! Una limosna, un rosario, una visita al Santísimo Sacramento habrían sido para tí muy méritorias mientras vivías en este suelo; ahora lo comprendes, ahora que gimes en esta prisión... Una comunión bien hecha, algunas austeridades voluntarias, algunas pequeñas mortificaciones que te hubieses impuesto, te habrían abreviado la duración del Purgatorio... ¡Ay! si, penetrando en aquellos sombríos calabozos, interrogase una tras otra á todas aquellas pobres almas, todas me contestarían: Tienes razón... ¡Ah! si nos fuese dado volver á la tierra, ¡con qué fervor cumpliríamos nues-

tra penitencia y practicaríamos todas esas buenas obras de que los cristianos no hacen caso!...

Conviene pues, hermanos míos muy amados, aún después de haber recibido la absolución, satisfacer á la justicia de Dios, sea en esta vida, sea en las mazmorras del Purgatorio... Hagamos por lo tanto; y á ello os conjuro, mientras vivimos en este mundo, todas las buenas obras que estan á nuestro alcance... Demos para el dinero de san Pedro; demos para la Propagación de la Fé; demos, según nuestros alcances, para las obras inspiradas por la caridad católica... Estos ligeros sacrificios repararán la insuficiencia de nuestra penitencia, y nos alcanzarán la gracia de que languidezcamos por menos tiempo en aquellos sombríos calabozos del Purgatorio... Así sea.

INSTRUCCION TRIGESIMOCUARTA.

SACRAMENTO DE LA PENITENCIA.

INSTRUCCION OCTAVA.

¿QUÉ SE ENTIENDE POR INDULGENCIAS? ¿TIENE PODER LA IGLESIA PARA CONCEDER INDULGENCIAS? CONDICIONES PARA GANAR INDULGENCIAS

TEXTO. — *Quorum remiseritis peccata, remittuntur eis; quorum retinueritis, retenta sunt.* Perdonados serán sus pecados á aquellos á quienes los hubiereis perdonado, y les serán retenidos á aquellos á quienes los retuviereis.

(S. JUAN, CAP. XX, VERS. 23.)

EXORDIO. — Hermanos míos, érase en mil ochocientos cincuenta, año durante el cual se concedió al universo entero esa solemne indulgencia que se llama indulgencia del Jubileo...

Pero nó, me equivoco, era en el día de Natividad que precedió á aquel mismo año... Después de las primeras vísperas presididas por Pío IX,

nuestras faltas. Si la misericordia de Dios es grande, no debemos olvidar que la malicia del pecado es infinita: conviene pues ofrecer al Señor una satisfacción por las faltas que hemos cometido... »

Este ejemplo, carísimos hermanos, el de san Pedro, igualmente absuelto por nuestro mismo divino Redentor, y otros muchos que podría tomar de la *Vida de los Santos*, nos muestran que verdaderamente Dios, aún después de habernos perdonado, exige una satisfacción, una reparación por los pecados que hemos cometido.

Hállase, en la contestación del catecismo, una palabra que os quiero explicar... Nosotros les preguntamos á vuestros hijos: ¿Porqué, después de la absolución, Dios exige del pecador una satisfacción?... Y ellos nos contestan: Dios, por medio del sacramento de la Penitencia perdona al pecador la pena eterna; pero quedan penas temporales para el pecado, penas que hemos de sufrir, ya en esta vida, ya en la otra... Las penas temporales, que hemos de sufrir en esta vida, son por de pronto y ante todo la penitencia que nos impone el confesor... Esta penitencia, aun cuando sea ligera, recibe del sacramento una virtud especial, y tenemos el deber de cumplirla fielmente bajo pena de pecado... Sería bueno que nosotros mismos, para hacerla más eficaz, añádiésemos á ella limosnas y otras obras buenas que con harta frecuencia descuidamos.

PERORACIÓN. — Pero he olvidado esta pequeña frase del catecismo, sobre la cual quería llamar vuestra atención... Por ella es por la que voy á terminar... En esta vida ó en la otra... ¿Entonces, hermanos míos muy amados, hay otra vida en la cual, sin estar en el infierno, será preciso satisfacer á la justicia de Dios antes de llegar al cielo?... Sí, hay el Purgatorio... ¡Pobrecita alma! Una limosna, un rosario, una visita al Santísimo Sacramento habrían sido para tí muy méritorias mientras vivías en este suelo; ahora lo comprendes, ahora que gimes en esta prisión... Una comunión bien hecha, algunas austeridades voluntarias, algunas pequeñas mortificaciones que te hubieses impuesto, te habrían abreviado la duración del Purgatorio... ¡Ay! si, penetrando en aquellos sombríos calabozos, interrogase una tras otra á todas aquellas pobres almas, todas me contestarían: Tienes razón... ¡Ah! si nos fuese dado volver á la tierra, ¿con qué fervor cumpliríamos nues-

tra penitencia y practicaríamos todas esas buenas obras de que los cristianos no hacen caso!...

Conviene pues, hermanos míos muy amados, aún después de haber recibido la absolución, satisfacer á la justicia de Dios, sea en esta vida, sea en las mazmorras del Purgatorio... Hagamos por lo tanto; y á ello os conjuro, mientras vivimos en este mundo, todas las buenas obras que estan á nuestro alcance... Demos para el dinero de san Pedro; demos para la Propagación de la Fé; demos, según nuestros alcances, para las obras inspiradas por la caridad católica... Estos ligeros sacrificios repararán la insuficiencia de nuestra penitencia, y nos alcanzarán la gracia de que languidezcamos por menos tiempo en aquellos sombríos calabozos del Purgatorio... Así sea.

INSTRUCCION TRIGESIMOCUARTA.

SACRAMENTO DE LA PENITENCIA.

INSTRUCCION OCTAVA.

¿QUÉ SE ENTIENDE POR INDULGENCIAS? ¿TIENE PODER LA IGLESIA PARA CONCEDER INDULGENCIAS? CONDICIONES PARA GANAR INDULGENCIAS

TEXTO. — *Quorum remiseritis peccata, remittuntur eis; quorum retinueritis, retenta sunt.* Perdonados serán sus pecados á aquellos á quienes los hubiereis perdonado, y les serán retenidos á aquellos á quienes los retuviereis.

(S. JUAN, CAP. XX, VERS. 23.)

EXORDIO. — Hermanos míos, érase en mil ochocientos cincuenta, año durante el cual se concedió al universo entero esa solemne indulgencia que se llama indulgencia del Jubileo...

Pero nó, me equivoco, era en el día de Natividad que precedió á aquel mismo año... Después de las primeras vísperas presididas por Pío IX,

pontífice de dulce y santa memoria, una inmensa multitud de fieles asistía á una procesión que se verificaba alrededor de aquella vasta iglesia de san Pedro, que es la catedral del mundo cristiano... Aproximóse el Papa á una puerta tapiada, que se llama la puerta santa y que permanece habitualmente cerrada, y la golpeó con un martillo de plata dorada. Aquella puerta se abrió... Le estoy viendo todavía con su elevada estatura y su piadoso ademán; ardía un cirio en su mano izquierda y su diestra sostenía un crucifijo... Pasó el primero por la puerta santa; siguióle la multitud... Había empezado el Jubileo... Un año, durante el cual los cristianos del universo entero podían hacer más ampliamente uso de los tesoros de la misericordia divina, se acababa de inaugurar...

Sería preciso, hermanos míos muy amados, presenciar aquellas ceremonias, para saber con qué piadosa majestad comienzan aquellos santos ejercicios, que nos invitan á ganar esta indulgencia plenaria que se llama la indulgencia del Jubileo...

Proposición. — Sobre las Indulgencias, asunto muy importante y muy poco conocido, será sobre lo que, esta mañana, llamaré vuestra atención. Las Indulgencias son gracias especiales que Nuestro Señor Jesucristo y la Iglesia santa se dignan concedernos para suplir á nuestra penitencia, para hacer menos imperfecta nuestra Satisfacción que casi siempre es insuficiente... ; Dios mio, concededme la gracia de que haga comprender bien á estos fieles que me escuchan, vuestra bondad, vuestra misericordia, cuando autorizais á la santa Iglesia para que vierta sobre nuestras almas este beneficio que se conoce con el nombre de Indulgencia !... Probémoslo...

División. — Veamos *en primer lugar*, qué son las Indulgencias; *en segundo lugar*, si la Iglesia tiene poder para concederlas, y *en tercer lugar*, qué condiciones se necesitan para ganarlas...

Primera parte. — ¿Qué se debe entender por Indulgencias?... Abró el catecismo de nuestra diócesis y los de otras varias, y leo éstas ó parecidas palabras : « Llámense Indulgencias, la remisión que la Iglesia concede á los pecadores penitentes, de las penas temporales que merecen sus pecados. perdonados ya... »

Hablemos con alguna mayor claridad; y con el auxilio de una com-

paración, tratemos de hacer comprender esta verdad hasta á los niños... Figuráos á un hombre que ha hecho una muerte, un asesinato; los jueces, aplicándole la ley, le han condenado á muerte... Éste es exactamente el caso del pecador culpable de faltas graves... Angeles, decidnos á qué suplicio condenaríais vosotros á este infortunado? — Le aplicaríamos la ley divina, le juzgaríamos según los mandamientos de la ley de Dios y los de la Iglesia, y diríamos : *Merece el infierno...*

¡ El infierno !... Es más que el patíbulo, es la muerte eterna... Aquel pobre asesino, condenado á muerte por la justicia humana, dirige una petición de indulto al jefe del Estado... El presidente, el rey, el emperador, sea cual fuere el nombre del que nos gobierne, concede á aquel desventurado la gracia de la vida ; la pena de muerte es conmutada por la de reclusión perpétua... Es Jesucristo en el tribunal de la Penitencia, perdonando al pecador el castigo eterno del infierno, pero obligándole á satisfacer á su justicia, durante toda su vida, por medio de penitencias y obras buenas... Una persona influyente, un amigo, la esposa del rey, ó cualquier otra persona se interesa en favor del asesino de quien os he hablado ; intercede en favor suyo, y gracias á esta intercesión, apoyada además por la conducta irreprochable del prisionero, este último ve su cautiverio, que debía durar toda su vida, reducido á veinte, á diez años. Hasta tal vez, porque de esto hay casos, alcanza su gracia completa y una libertad con la cual no debía contar ya... Esto pasa con el pecador verdaderamente arrepentido : la Iglesia, madre de este cristiano, intercede por él y, haciendo uso del tesoro de los méritos de Nuestro Salvador Jesús, derrama sobre nuestras pobres almas aquellas riquezas superabundantes, y si nosotros estamos verdaderamente arrepentidos, suavizanse las penas que en esta tierra nos esperaban y acórtase el tiempo que nuestra alma debería penar en las prisiones del Purgatorio... Cuando hemos ganado las indulgencias, ¿ nos quedan veinte años que sufrir, nos quedan diez ?.. Lo ignoro... Pero lo que afirmo es que hasta podemos obtener, como ciertas almas fervientes, una libertad y un perdón completos...

Pero, oigo hablar de *Indulgencias plenarias y de Indulgencias parciales*... ¿ Comprendemos bien el sentido de estas palabras?... No lo sé... La Indulgencia plenaria es la que, ganada con perfectas disposicio-

nes, hace libre, justa y santa nuestra alma en presencia de Dios; la Indulgencia parcial nos perdona únicamente una parte de la multa que debemos pagar á la justicia de Dios... ¡Pobre prisionero que gimes en tu calabozo; sal, abiertas están las puertas, eres libre desde ese momento como el pájaro que revolotea sobre esos árboles!.. Ved ahí la *Indulgencia plenaria*.. Amigo mio, le diré á ese otro prisionero, tu cautiverio tenía que durar cinco años; se te perdonan tres; dentro de dos años estarás libre... Ved ahí la *Indulgencia parcial*, la que nos perdona no más que una parte de la satisfacción, que debemos á Dios por los pecados cometidos.

Creo que está comprendido... Pero se ofrece otra dificultad á mi imaginación y la quisiera aclarar también... A continuación de ciertas oraciones, leo estas palabras: *Indulgencia de cuarenta días*; *Indulgencia de cien días*... Hay una *Indulgencia de dos años* aplicada al rezo de tal ó cual oración... ¿Qué significa esto?... ¿Estos días, estos años se deben considerar como á tiempo que deberíamos pasar en el purgatorio?... Nó: el sentido de estas palabras es el siguiente... En otro tiempo, hermanos míos, como os decía en mi última Instrucción, en los siglos en que más fervor había, se imponía una penitencia pública y severa para los pecados que habían escandalizado á la comunidad cristiana... A tí, labrador, si en aquel tiempo de verdadera fé se te hubiese visto segar, rastrillar ó labrar en día de fiesta, se te habría considerado casi como un apóstata... Para expiar el escándalo que hoy das impunemente, se te habría obligado á hacer meses y tal vez años enteros de penitencia. — Y esto no te extrañe: el infierno, que durará eternamente, será una penitencia más larga y, lo sabeis perfectamente, todo pecado mortal merece el infierno. — Héte ahí pues, merced á tu avaricia, condenado, supongamos, á seis meses de penitencia pública... Pues bien, una indulgencia de un mes, ó de cuarenta días, es una especie de dispensa y representa la expiación que habrías podido hacer durante quince días de aquella penitencia pública... Y ahora á la segunda parte.

Segunda parte.— ¿Tiene la Iglesia la facultad de conceder Indulgencias?... A propósito de este dogma, en apariencia poco importante, fué porque Lutero se rebeló contra la Iglesia... Edificábase entonces la vasta

basílica de san Pedro en Roma, y para animar á los fieles á que concurriesen á dicha obra, se concedían indulgencias á los fieles que hacían limosnas con aquella intención... No os sorprenda esta conducta de la Iglesia; es justa, es sábia y es misericordiosa... Vosotros dais... Está bien: Dios os lo tendrá en cuenta, porque él ha dicho: Bienaventurados los corazones misericordiosos; pero á esta obra, buena por sí misma, la Iglesia tiene el poder de aplicarle un valor, un mérito sobrenatural, que la hace más excelente todavía... Los que estais asociados á la Obra de la Propagación de la Fé, á más de tener el mérito de vuestra limosna hecha para ayudar á pobres misioneros, tenéis la ventaja de participar de las Indulgencias aplicadas á esta bendita obra... Daremos para el dinero de san Pedro, á fin de socorrer al Soberano Pontífice, que es el padre espiritual de todos nosotros; daremos para construir tal ó cual templo, y de seguro que no tardarán estas obras á ser enriquecidas con indulgencias, á fin de animarnos y hacer estas limosnas más provechosas para nuestros amigos, y más meritorias todavía ante Dios...

Tratábase pues de construir la basílica de san Pedro... Lutero, furioso de ver que no había sido escogida su orden para predicar y distribuir las Indulgencias, atacó, en unas tesis escandalosas, la verdad que os estoy predicando; se atrevió á negar á la Iglesia la potestad de conceder Indulgencias... ¡Insensato! Los huesos de san Pablo que había concedido una Indulgencia al incestuoso de Corinto; las reliquias de los santos mártires que tantas veces habían concedido este mismo favor de la Indulgencia á los cristianos demasiado débiles, debieron extremecerse en sus tumbas, ó mejor en los relicarios donde guardamos aquellos preciosos restos... El Espíritu Santo, cerniéndose sobre todos los obispos de la cristiandad, reunidos en el concilio de Trento, les dictaba estas palabras: « Si alguno sostiene que la Iglesia no recibió de su divino autor la potestad de conceder indulgencias, sea anatematizado (1)... »

Mas ¿para qué insistir sobre este punto?... Nuestro divino Salvador, cual os lo decía no hace muchos días, dejó á su Iglesia el tesoro inmenso de sus méritos, y al partir para el cielo, dijo á esta amadísima esposa:

(1) V. Concilio de Trento y especialmente la *Historia* de este Concilio, por Pallavicini.

« No dejo huérfanos á mis hijos ; son débiles, tendrán necesidad de gracias ; tú velarás sobre ellos, tú les administrarás mis Sacramentos como otros tantos remedios saludables... Esto no es bastante todavía... Cojerás á manos llenas los tesoros de mis méritos, los ofrecerás á todos ellos, los colmarás de mis beneficios, les inundarás de mis dones y de mis favores... »

Ved ahí, carísimos hermanos míos, el origen de las Indulgencias.. Jesucristo se vuelve al cielo, dejando á su Iglesia una fortuna inmensa, un tesoro de méritos incomprensible ; la Iglesia, cual viuda generosa y buena, hace uso de aquellos tesoros para enriquecer á sus hijos... No hay necesidad de repetir lo que todos sabemos, que la Iglesia es la sociedad fundada por Jesucristo, encargada, bajo la autoridad de san Pedro y de sus sucesores, de conducir á las almas por los senderos de la salvación... Ella es la guardiana de los Sacramentos, la dispensadora de las Indulgencias...

Tercera parte. — Veamos ahora, carísimos hermanos míos, qué condiciones son necesarias para ganar las Indulgencias... Prosigamos nuestra comparación... La Iglesia es una madre... ; Oh, sí ! Una madre tierna, apasionada, pero justa y sin ninguna de esas debilidades, que con harta frecuencia ciegan á las madres en tratándose de sus hijos... Nuestro divino Salvador, lo repito, dejó entre sus manos un tesoro inagotable ; mas ella lo dispensa sabiamente, reclamando de nosotros ciertas condiciones antes de franquearnos este manantial de riquezas... Vaya otra comparación ; será muy sencilla y hasta los niños la comprenderán... Un jóven, para pagar cierta deuda que imprudentemente había contraído, dijo un día á su madre. — « Sea V. bastante buena para acudir en mi auxilio. — Con mucho gusto, hijo mio ; pero tú por tu parte haz lo que debes... » Dócil, el jóven trabajó durante dos largas semanas, al cabo de las cuales trajo á su madre una bonita moneda de oro, que representaba el salario que había ganado... — « Está bien, hijo mio, le dijo aquella. — Si... estará bien... replicó el jóven; pero, madre, para saldar mi deuda necesitaría otra todavía... ; Sea V. bastante buena para dármela !... » Y echando mano de los tesoros que se habían dejado á su disposición, aquella madre, para recompensar la buena voluntad de

su hijo, añadía la cantidad necesaria : estaba pagada la deuda y su hijo libre de pena...

También nosotros, carísimos hermanos, por medio del pecado mortal, hemos contraído imprudentes deudas con la justicia de Dios... Nosotros ni las podemos pagar, ni podemos dar una satisfacción suficiente ; pero la Iglesia santa nos dice á todos : « Hijos míos, haced lo que podais, orad, sujetáos á algunas mortificaciones fáciles, ejecutad las obras de piedad que yo os prescribo y, si estais verdaderamente contritos y arrepentidos, tomaré de los tesoros de los méritos de Jesucristo las monedas de oro necesarias para completar vuestra satisfacción... » Y así es, hermanos míos, como, cuando nos hallamos en las disposiciones convenientes, es decir cuando tenemos sentimientos de fé y pesar de nuestras faltas, unidos á un firme deseo de evitarlas, podemos tener la esperanza de que hemos ganado las Indulgencias y de que la Iglesia santa ha acudido á nuestro auxilio...

No es esto todo... Este admirable asunto de las Indulgencias se me presenta aún bajo otro aspecto... Aspecto lleno de ternura, pero henchido de esperanza y de consuelos... Nosotros podemos ganar las Indulgencias para nuestros parientes difuntos, para aquellas almas queridas que padecen, gimen y lloran allá en las prisiones del Purgatorio... Sí, lo repito, lo aseguro, tengo empeño en que estéis bien convencidos de ello ; la mayor parte de nuestras obras buenas, si lo pensásemos bien, serían provechosas para nosotros mismos y sumamente útiles para nuestros parientes difuntos... Vosotros no os atreveis á decir el *Angelus* de rodillas, teméis rezar una decena del rosario, no sabeis encontrar tiempo oportuno para hacer el *Via Crucis*, para disponeros para tomar la sagrada comunión, en una palabra, para cumplir con otras mil prácticas piadosas, sumamente fáciles y de que más de una vez os he hablado. Y sin embargo hay Indulgencias concedidas y estas Indulgencias se pueden aplicar fácilmente á nuestros parientes difuntos... Y nosotros no pensamos en eso... ; Cuán desgraciados somos !... Pronto nos cubrirá también á nosotros la tierra, y entonces tampoco habrá quien piense en nosotros, ni quien de nosotros se ocupe... ; Nadie ! ; lo entendeis bien ?... Nosotros, habremos sido duros con los demás, y Dios permitirá que los demás lo sean también con nosotros... Si sois hombres, otros se pondrán vuestros trajes ; si scis mujeres, otras se compondrán

con vuestras ropas y aderezos ; y, en verdad os lo digo, antes que el trapero haya comprado los deshechos de vuestra ropa y vuestros últimos trajes, se os habrá olvidado ya...

PERORACIÓN. —Esto, hermanos míos, es lo que pasa... Reflexional, invito á aquel ó aquella de vosotros que me encuentre demasiado severo, á que me aguarde al salir de Misa y me dé sus razones... Nó, con el alma traspasada de dolor lo digo, no comprendemos las Indulgencias no amamos á las almas del Purgatorio, nosotros á quienes la Iglesia ofrece un medio tan fácil de acudir á su auxilio y de aliviarlas.. Si vuestro padre ó vuestra madre, esos abuelos á quienes tanto amabais, ese esposo que tan querido os fué, ese hijo que todavía llorais viniesen á reemplazarme por un instante en este púlpito... ¿ qué os dirían? ... «Hijo mio, hija mia, madre mia, quien quiera que sea, haced por ganar tanto como podais las Indulgencias que son aplicables á las almas del Purgatorio... Es un rocío que nos alivia ; es una esperanza, un consuelo que nos llega á esa mansión de dolores.. Un *Miserere*, un rosario, un *Via Crucis*, una comunión, son para vosotros cosa tan fácil... Y las Indulgencias aplicadas á estas obras serían tan provechosas para nosotros... »

¡ Vaya, carísimos hermanos ! comprendamos de una vez lo que valen las Indulgencias... Hagamos todo cuanto podamos para ganarlas, apliquémoslas en la mayor cantidad posible á las almas del Purgatorio ; y si hemos sido buenos y misericordiosos para con esas almas queridas, Dios nos tratará también con bondad y con misericordia... Es la suerte para mí deseo, y que os deseo á todos.... Así sea.

INSTRUCCION TRIGESIMOQUINTA

SACRAMENTO DE LA EXTREMAUNCION.

INSTRUCCION PRIMERA

LA EXTREMAUNCION ¿ES UN SACRAMENTO?... ¿ CUAL ES EL SUJETO DEL SACRAMENTO DE LA EXTREMAUNCION?

TEXTO—*Infirmatur quis in vobis? Inducat presbyteros Ecclesie, et orent super eum, ungentes eum cum oleo in nomine Domini.*
¿Está enfermo alguno de vosotros ? Llame á los sacerdotes de la Iglesia, para que oren sobre él, ungiéndole con óleo en nombre de Señor.

(S. JAIME, CAP. V., VERS. 10.)

EXORDIO.—Hermanos míos, quiero principiar también nuestras Instrucciones sobre la Extremaunción por una historia sacada del Evangelio... «Un hombre, dice Nuestro Señor Jesucristo, descendía de Jerusalén á Jericó, ; al atravesar un paso peligroso, cayó en poder de unos ladrones (1)... Estos le despojaron, le cubrieron de heridas, y luego alejándose le dejaron medio muerto en aquel sitio... Habiéndole visto un sacerdote que seguía el mismo camino, apresuró el paso sin ocuparse de aquel desgraciado... Tampoco quiso detenerse para aliviar al pobre herido, que estaba bañado en su sangre, un levita que hacía el mismo trayecto... Acertó á pasar, por último, un Samaritano, y este último, movido á compasión á la vista de aquel hombre moribundo, bajó de caballo, se acercó al herido, aplicó aceite y vino sobre sus heridas; y después que le hubo dado ánimo, le colocó encima de su caballo y le condujo á una posada, donde le esperaban otros auxilios... »

Me parece, hermanos míos muy amados, que esta historia se pue-

(1) V. en los *Comentarios de Cornelio a Lapide*, un texto de S. Jerónimo relativo á este pasaje.

con vuestras ropas y aderezos ; y, en verdad os lo digo, antes que el trapero haya comprado los deshechos de vuestra ropa y vuestros últimos trajes, se os habrá olvidado ya...

PERORACIÓN. —Esto, hermanos míos, es lo que pasa... Reflexional, invito á aquel ó aquella de vosotros que me encuentre demasiado severo, á que me aguarde al salir de Misa y me dé sus razones... Nó, con el alma traspasada de dolor lo digo, no comprendemos las Indulgencias no amamos á las almas del Purgatorio, nosotros á quienes la Iglesia ofrece un medio tan fácil de acudir á su auxilio y de aliviarlas.. Si vuestro padre ó vuestra madre, esos abuelos á quienes tanto amabais, ese esposo que tan querido os fué, ese hijo que todavía llorais viniesen á reemplazarme por un instante en este púlpito... ¿ qué os dirían? ... «Hijo mio, hija mia, madre mia, quien quiera que sea, haced por ganar tanto como podais las Indulgencias que son aplicables á las almas del Purgatorio... Es un rocío que nos alivia ; es una esperanza, un consuelo que nos llega á esa mansión de dolores.. Un *Miserere*, un rosario, un *Via Crucis*, una comunión, son para vosotros cosa tan fácil... Y las Indulgencias aplicadas á estas obras serían tan provechosas para nosotros... »

¡ Vaya, carísimos hermanos ! comprendamos de una vez lo que valen las Indulgencias... Hagamos todo cuanto podamos para ganarlas, apliquémoslas en la mayor cantidad posible á las almas del Purgatorio ; y si hemos sido buenos y misericordiosos para con esas almas queridas, Dios nos tratará también con bondad y con misericordia... Es la suerte para mí deseo, y que os deseo á todos.... Así sea.

INSTRUCCION TRIGESIMOQUINTA

SACRAMENTO DE LA EXTREMAUNCION.

INSTRUCCION PRIMERA

LA EXTREMAUNCION ¿ES UN SACRAMENTO?... ¿ CUAL ES EL SUJETO DEL SACRAMENTO DE LA EXTREMAUNCION?

TEXTO—*Infirmatur quis in vobis? Inducat presbyteros Ecclesie, et orent super eum, ungentes eum cum oleo in nomine Domini.*
¿Está enfermo alguno de vosotros ? Llame á los sacerdotes de la Iglesia, para que oren sobre él, ungiéndole con óleo en nombre de Señor.

(S. JAIME, CAP. V., VERS. 10.)

EXORDIO.—Hermanos míos, quiero principiar también nuestras Instrucciones sobre la Extremaunción por una historia sacada del Evangelio... «Un hombre, dice Nuestro Señor Jesucristo, descendía de Jerusalén á Jericó, ; al atravesar un paso peligroso, cayó en poder de unos ladrones (1)... Estos le despojaron, le cubrieron de heridas, y luego alejándose le dejaron medio muerto en aquel sitio... Habiéndole visto un sacerdote que seguía el mismo camino, apresuró el paso sin ocuparse de aquel desgraciado... Tampoco quiso detenerse para aliviar al pobre herido, que estaba bañado en su sangre, un levita que hacía el mismo trayecto... Acertó á pasar, por último, un Samaritano, y este último, movido á compasión á la vista de aquel hombre moribundo, bajó de caballo, se acercó al herido, aplicó aceite y vino sobre sus heridas; y después que le hubo dado ánimo, le colocó encima de su caballo y le condujo á una posada, donde le esperaban otros auxilios... »

Me parece, hermanos míos muy amados, que esta historia se pue-

(1) V. en los *Comentarios de Cornelio a Lapide*, un texto de S. Jerónimo relativo á este pasaje.

de fácilmente aplicar al sacramento de la Extremaunción... Todos nosotros tenemos un viaje que hacer en este suelo; este viaje que para cada uno de nosotros se llama la *Vida*... Salimos de Jerusalén para ir á Jericó, ó en otros términos, dejamos nuestra cuna para descender hácia un sitio que se llamó la *Tumba*... En el decurso de este trayecto, más ó menos largo, según el número de años que la Providencia nos ha señalado, tenemos que atravesar más de un desfiladero peligroso... Pero el más peligroso de todos, es el paso que se llama la *Muerte*; allí es donde nos aguardan los ladrones para despojarnos de todo... Redoblan los demonios sus asaltos, ora para inspirarnos presunción, ora para alejar de nosotros una saludable confianza... El demonio de la avaricia ahoga en nosotros el remordimiento; nos quita la caridad y con frecuencia hasta la fé; nos despoja de nuestros buenos sentimientos, y hace inútiles y vanas nuestras resoluciones... He de añadir que, en dicha circunstancia, Satanás nos priva casi siempre de ver claramente nuestro estado, y le sustrae á nuestra alma las luces y gracias de que tanto necesita en aquel momento supremo... Después sobrevienen las enfermedades y los males que nos quitan las fuerzas, nos despojan de la salud y nos echan medio muertos sobre un lecho de sufrimientos... El sacerdote y el levita que pasan indiferentes al lado del pobre herido, son nuestros parientes, nuestros amigos; los unos codiciando ya tal vez nuestra herencia; los otros complaciéndose en contemplar el triste espectáculo que les ofrecemos y diciéndose: « Nada hay que hacer; antes bien hay peligro, porque, este enfermo huele mal ya, y su enfermedad es contagiosa. » Ved ahí, hermanos míos muy amados, lo que sucede, de diez veces las nueve, con los infelices moribundos.

¡ Oh Jesús, caritativo Samaritano, venid á consolar las tristezas, á curar las heridas de este desventurado !... Viene, no bajo las apariencias de un levita ó de un sacerdote judío, sino bajo las de un sacerdote, de un párroco católico... ¡ Ah, esto es muy distinto !... El moribundo recibe consuelos, oye palabras llenas de dulzura, de esperanza y de perdón, y luego en nombre de la Iglesia santa se le administra un sacramento divino, la Extremaunción... El óleo santo, cayendo sobre cada uno de sus miembros, cura las heridas que aquel

pobre moribundo ha hecho á su alma, ofendiendo con todos sus sentidos al bondadoso Dios... Terminado esto, la Iglesia no se olvida aún de nosotros; cuál el buen Samaritano, acudirá todavía en nuestra ayuda, cuando habremos llegado á la posada del Purgatorio...

PROPOSICIÓN Y DIVISIÓN. — Esta mañana tengo intención de contestar á las dos preguntas siguientes: *primera*; ¿ la Extremaunción es un sacramento instituido por Nuestro Señor Jesucristo?... *segunda*; ¿ cuál es el sujeto del sacramento de la Extremaunción? es decir, en otros términos, ¿ cuáles son los fieles que lo pueden recibir?

Primera parte. — Carísimos hermanos, desde el origen de la Iglesia, cuando los cristianos eran detenidos, cubiertos de peligrosas heridas y medio muertos en esta senda que separa Jerusalén de Jericó... ó para hablar con mayor claridad, cuando se encontraban atacados por una grave enfermedad en este camino de la vida, que separa nuestra tumba de nuestra cuna, jamás dejaban de reclamar esta saludable Unción, á que aplicó Jesucristo las gracias de un Sacramento... Oíd las palabras mismas del Apóstol Santiago (1): « Si alguno de vosotros está enfermo, dice, que llame á los sacerdotes de la Iglesia; que estos sacerdotes oren sobre él ungiéndole con óleo en nombre del Señor. La oración de la Fé salvará al enfermo, el Señor le aliviará y, si ha cometido pecados, sus pecados le serán perdonados. »

En este texto veis todos los elementos de un sacramento de la nueva ley. Nómbrase su ministro: es el sacerdote. La materia indicada, es el óleo santo; la forma agregada á la materia, es la oración hecha sobre el enfermo; y por último la gracia, que es una gracia de perdón y de paciencia para el alma... No es esto todo; á veces hasta será devuelta la salud al cuerpo, según lo expresa la fuerza y extensión de esta frase: « El Señor les aliviará. »

Más de mil testimonios, hermanos míos muy amados, vendrían á confirmarnos esta verdad... Ahí está san Juan Crisóstomo atestiguando que los sacerdotes recibieron de Jesucristo un poder mayor que el que tienen nuestros padres, según la naturaleza... « Nosotros, dice, sólo recibimos de nuestros padres una vida temporal, y, por el sacramento

(1) Epístola de Santiago, cap. v, vers 14 y siguientes.

del Bautismo, los sacerdotes nos dan una vida espiritual...» Luego, prosiguiendo este pensamiento, cita las palabras del Apóstol Santiago y demuestra que los sacerdotes, con sus oraciones y con la unción del óleo santo, administrando estas unciones en nombre del Señor, alivian nuestra alma y nuestro cuerpo (1)... Más tarde, un santo cuyo nombre es popular, san Eloy, queriendo disuadir á los fieles, que estaban á su cuidado, de recurrir á los hechiceros y á los remedios supersticiosos, decía, en una de sus instrucciones pastorales: « Que el que está enfermo pida á la Iglesia el óleo solemnemente bendecido, y según las palabras del Apóstol, la oración de la fé salvará al enfermo, quien recibirá la salud del alma y tal vez la del cuerpo... » Mas á qué, hermanos míos, multiplicar estas citas de los santos doctores, afirmando la fé universal de la Iglesia en el sacramento de la Extremaunción? La vida, ó para hablar con más exactitud, la muerte de todos los santos se presenta como solemne testimonio contra los miserables herejes que, al negar la existencia de este sacramento, quisieron rehusar al alma del cristiano este consuelo supremo, que la misericordia de nuestro divino Salvador nos preparó á todos en el sacramento de la Extremaunción.

Veo á la emperatriz santa Cunegunda que, antes de morir, llama á los sacerdotes... ¿ Para qué? ; Oh piadosa reina, ya no piensas en la tierra.. no pides ya la salud del cuerpo.. Tu alma no tiene necesidad alguna de perdón; eres santa, porque más de una vez ha mostrado Dios por medio de milagros, cuánto poder tenías sobre su corazón... No importa, esta piadosa princesa quiere, antes de morir, que se pronuncien sobre ella palabras de misericordia y que todos sus sentidos sean santificados por la sagrada Unción (2).

¿ Necesito mostraros á san Nepociano, obispo de Clermont, administrando la Extremaunción, en el siglo cuarto de la Iglesia, á un jóven oficial del emperador, llamado Artemio, y deciros que este sacramento recibido con fé y con piedad alcanzó á aquel jóven oficial, no sólo la salud del cuerpo, sino también la del alma?... En efecto, después de haber visto la muerte tan de cerca, aquel jóven oficial, ilu-

(1) V. Marchant, *Candélabre mystique*, y Boucherat, *Instruct. historiques et dogmatiques sur les sacrements*.

(2) V. la vida de esta santa, en Surius.

minado sin duda por las luces y gracias que este sacramento da, renunció á todas las ventajas que una vida mundanal ofrece, y puso bajo la dirección del santo obispo que la ciudad de Clermont venera (2)...

Estos ejemplos, hermanos míos muy amados, y muchos otros que hablando de este sacramento citaremos, muestran de la manera más evidente que la Extremaunción es verdaderamente un sacramento de nuestra santa religión...

Segunda parte. — Sujeto del sacramento de la Extremaunción... Para comprender bien el sujeto del sacramento que nos ocupa, recordemos, hermanos míos, la definición que de este sacramento nos da el catecismo... En este pequeño libro que todos deberíamos sabernos de memoria, se nos dice que: la Extremaunción es un sacramento instituido por Nuestro Señor Jesucristo para alivio del alma y del cuerpo de los enfermos que están en peligro de muerte... Daré algunas explicaciones... para haceros comprender bien cuales son los cristianos que pueden, como decía al principio, ser sujeto de este sacramento, es decir recibirlo.

Los niños bautizados, que están peligrosamente enfermos, pero que no tienen uso de razón, no pueden recibir este sacramento... Es la práctica de la Iglesia... Estando principalmente instituida la Extremaunción para fortalecer el alma del pecador en las luchas supremas que tienen lugar en el momento de la muerte, claro está que esa alma tiende á dejar esta vida sin haber perdido la inocencia bautismal, sin haber podido cometer pecado alguno, no está expuesta á estos combates, no la tiene que expiar y no necesita las gracias de este sacramento... Otro tanto se puede decir de aquellos que, apesar de su edad, no habiendo tenido jamás uso de razón, han vivido en un estado de idiotismo perpétuo... Aquellos impíos rematados que en nada creen, que niegan á Dios, su Providencia y la eficacia de los auxilios de nuestra santa religión hasta en su última hora, tampoco tienen derecho alguno á la Extremaunción, si están públicamente reconocidos como tales... Acontece, empero, más de una

(1) Collin de Plancy, *Grande vie des Saints*, t. II, pág. 474.

vez, que en la última hora de estos desgraciados, cuando han perdido ya el conocimiento, cuando su alma agobiada bajo el peso de sus crímenes está pendiente sobre el abismo del infierno, se nos llama para salvar el honor de la familia... La Iglesia siempre indulgente y que, como una madre, espera todavía que el pecador puede, por una gracia especial, alcanzar su perdón hasta en el instante de exhalar el último aliento de su vida; la Iglesia, digo, nos permite en esta circunstancia, si no hemos sido públicamente rechazados, dar una absolución; ¡ay! harto dudosa y *aventurada*—digo esta palabra con intención, para mostrarnos cuán poco segura es la eficacia del sacramento recibido en tales condiciones,— la Iglesia pues nos permite *aventurar* en favor de aquellos infelices impíos el sacramento de la Extremaunción...

Cuando se tuviese la seguridad de que un cristiano que muere después de haber llegado al uso de razón no había ofendido jamás á Dios en el decurso de su vida, es opinión muy admitida que no se le tendría que administrar la Extremaunción... Mas ¡ay!... ¿Quién puede decirse exento de pecado en este suelo donde, según la expresión del Apóstol, hasta el justo peca siete veces cada día?... Unicamente vos, Virgen Santísima... Por un privilegio igual al de vuestra Concepción inmaculada, vos sois la única que no cometisteis ni siquiera el menor pecado venial... Unicamente vos, cuya santidad y pureza sobrepujan á las del Arcángel más sublime, á las del Ángel más puro, no tuvisteis necesidad de este sacramento que purifica á los moribundos... Sonríome yo, cuando, ya en los ventanales de colores de nuestras antiguas catedrales, ya en algunas piadosas miniaturas de la Edad Media, veo el cuadro que de vuestra muerte hicieron ciertos artistas, más piadosos que instruidos... Representaron á san Pedro, rodeado de los demás Apóstoles, administrándoos los últimos sacramentos...

Nó, Madre mía, ¡en esto hay una ignorancia del artista, un error de su pincel!... En vuestra última hora, oh inmaculada Madre de Jesús, bendijisteis y consolasteis á los Apóstoles; pero jamás, jamás tuvisteis necesidad de este sacramento instituido para los pecadores... No es para vos, Virgen sin mancha, para quien se estableció este sacra-

mento de misericordia, sino para todos los demás... *Non pro te, sed pro omnibus hæc lex constituta est* (1).

Es sujeto de la Extremaunción todo fiel que haya tenido uso de razón, amenazado por una enfermedad, ó simplemente por vejez, de una muerte próxima (2)... Fijaos bien, hermanos míos muy amados, en estas palabras: *amenazado de próxima muerte, ó por enfermedad ó por vejez*. Un marino, rebosando de salud, se embarca para una larga y peligrosa travesía; ¿puedo administrarle la Extremaunción?.. No, señor.. Un soldado, en la víspera de una batalla, que debe ser calurosa y mortífera, puede y hasta debe, si es buen cristiano, confesarse y comulgar. Pero si el marino ó el soldado, aun cuando expuestos á morir en breve, pidiesen el sacramento de la Extremaunción, el sacerdote les diría: « Vosotros, amigos míos, estais buenos, y á este sacramento la Iglesia lo llama sacramento de enfermos. Cuando esteis peligrosamente heridos, cuando vuestra sangre, escapando por vuestras heridas, me diga que Dios se digna aceptar vuestra vida que de antemano sacrificais por la patria... ¡oh! entonces no vacilaré en marcar vuestros miembros con esta santa Unción... »

Al citar, hermanos míos muy amados, á los que, de entre los cristianos, no pueden ser sujetos de la Extremaunción, os he hecho comprender suficientemente cuáles son los que pueden recibir este sacramento.. Todo fiel atacado de una enfermedad grave, y asimismo los ancianos, para quienes la decrepitud viene á ser una enfermedad constantemente amenazadora, pueden recibir el sacramento de que hablamos... No hay necesidad de que el peligro sea cierto; basta que la enfermedad inspire inquietudes y temores fundados; en las instrucciones siguientes diremos el porqué no se ha de esperar á que el mal haya producido profundos estragos y reducido al enfermo al último extremo...

PERORACIÓN.—Puede igualmente aplicarse la Extremaunción á los enfermos cuya vida haya sido santa y que mejor dispuestos esten á morir cristianamente... Durante estas últimas guerras, ¡cuántas madres — quizás las hay entre vosotros — cuántas madres, digo, al ver á sus hijos alejarse, tal vez para algunos meses, apesar de estar seguras de que

(1) Esther, cap. XV, vers. 13.

(2) V. Chardon, *Histoire des Sacrements*; Billuart, y el *Grand Catéchisme*, de M. d'Hauterive.

aquellos pedazos de su corazón, tenían con qué satisfacer abundamento sus gastos, dásizaban todavía en sus bolsillos algunas monedas. ! Es la historia de nuestra santa madre la Iglesia; son las delicadezas de su corazón, de su amor hácia sus hijos, aún los más santos... Humilde párroco de Ars, el taumaturgo, el hacedor de milagros de nuestros días, ¡cuán perfecta y mortificada fué tu vida!...; Cómo se van á abrir de par en par las puertas del cielo para recibir tu alma, que sólo dos pasiones tuvo en este suelo!... Va á sonar tu última hora... Acuéstate en este pobre lecho, que tantas veces regaste con lágrimas de Penitencia... Veo al sacerdote que se adelanta; lleva en sus manos el óleo santo; va á hacerte, como á un pecador vulgar, las Unciones santas, y á pronunciar sobre cada uno de tus sentidos las fórmulas mandadas por la Iglesia santa...; Oh sacerdote, que vienes á administrarle este augusto sacramento! ¿qué vas á decir?... Los ojos de este santo párroco sólo se levantaron para contemplar el cielo, y para fijar sobre los pobres pecadores una mirada que les convertía (1)... Sus oídos, abiertos para la misericordia, ¡cuántas confesiones escucharon!... Esta boca ha pronunciado cada día palabras de perdón sobre los penitentes arrodillados á sus pies; no se abría más que para proclamar la gloria de Dios, para iluminar, consolar y bendecir á numerosas almas extraviadas... ¿Necesitan indulgencia estas manos, que tantas veces trazaron sobre la frente de los pecadores arrepentidos la señal augusta de la cruz?...

Y sin embargo, carísimos hermanos, este santo de nuestros días quiso, — cual en otro tiempo san Martín y muchos otros justos que podría nombrar — quiso, digo, recibir la Extremaunción, y los sacerdotes que le rodeaban accedieron á sus deseos y vertieron sobre su última hora este consuelo supremo... Supliquemos al Señor que nos conceda esta gracia; que no nos rehuse su misericordia este favor... Así sea.

(1) Véase la *Vida* de este santo Párroco.

INSTRUCCION TRIGESIMOSEXTA.

SACRAMENTO DE LA EXTREMAUNCIÓN.

INSTRUCCION SEGUNDA.

MINISTRO, MATERIA Y FORMA DEL SACRAMENTO DE LA EXTREMAUNCIÓN

TEXTO. — *Infirmatur quis in vobis? Induca! presbyteros Ecclesie, et orent super eum in nomine Domini...* ¿Está enfermo alguno de vosotros? Llame á los sacerdotes de la Iglesia, para que oren sobre él ungiéndole en nombre del Señor.

(S. JAIME, CAP. V. VERS. 14.)

EXORDIO. — Sin duda os acordareis, hermanos míos muy amados, de que terminé mi última instrucción con el relato de la hermosa y edificante muerte del santo párroco de Ars. Pero, se trataba de un sacerdote, que brillaba cual perla preciosa entre todos sus cofrades sin exceptuar á los más piadosos... La tumba que encierra los restos de M. Viannet, — tal era el nombre de aquel venerado sacerdote — es muy frecuentada y más de una gracia mara villosa ha coronado ya la confianza de aquellos que á su intercesión se han encomendado... Tal vez en una época no distante, pero que solo Dios conoce, los huesos del humilde párroco serán colocados en preciosa urna, y la Iglesia, autorizada por la autoridad infalible del Soberano Pontífice, le invocará y Francia le verá colocado entre sus gloriosos patronos... .

Trátabase pues de la muerte de un santo... Quisiera referiros la de un hombre menos privilegiado, que fuese simplemente un buen cristiano, y para quien el recibir la Extremaunción hubiese sido una fuerza, un sostén, un consuelo... Vosotros habreis conocido... y Dios me ha concedido á mí mismo la gracia de así estar más de una vez á moribundos por este estilo... Pero deseo citar un nombre conocido en la historia

aquellos pedazos de su corazón, tenían con qué satisfacer abundamento sus gastos, dásizaban todavía en sus bolsillos algunas monedas. ! Es la historia de nuestra santa madre la Iglesia; son las delicadezas de su corazón, de su amor hácia sus hijos, aún los más santos... Humilde párroco de Ars, el taumaturgo, el hacedor de milagros de nuestros días, ¡cuán perfecta y mortificada fué tu vida!...; Cómo se van á abrir de par en par las puertas del cielo para recibir tu alma, que sólo dos pasiones tuvo en este suelo!... Va á sonar tu última hora... Acuéstate en este pobre lecho, que tantas veces regaste con lágrimas de Penitencia... Veo al sacerdote que se adelanta; lleva en sus manos el óleo santo; va á hacerte, como á un pecador vulgar, las Unciones santas, y á pronunciar sobre cada uno de tus sentidos las fórmulas mandadas por la Iglesia santa...; Oh sacerdote, que vienes á administrarle este augusto sacramento! ¿qué vas á decir?... Los ojos de este santo párroco sólo se levantaron para contemplar el cielo, y para fijar sobre los pobres pecadores una mirada que les convertía (1)... Sus oídos, abiertos para la misericordia, ¡cuántas confesiones escucharon!... Esta boca ha pronunciado cada día palabras de perdón sobre los penitentes arrodillados á sus pies; no se abría más que para proclamar la gloria de Dios, para iluminar, consolar y bendecir á numerosas almas extraviadas... ¿Necesitan indulgencia estas manos, que tantas veces trazaron sobre la frente de los pecadores arrepentidos la señal augusta de la cruz?...

Y sin embargo, carísimos hermanos, este santo de nuestros días quiso, — cual en otro tiempo san Martín y muchos otros justos que podría nombrar — quiso, digo, recibir la Extremaunción, y los sacerdotes que le rodeaban accedieron á sus deseos y vertieron sobre su última hora este consuelo supremo... Supliquemos al Señor que nos conceda esta gracia; que no nos rehuse su misericordia este favor... Así sea.

(1) Véase la *Vida* de este santo Párroco.

INSTRUCCION TRIGESIMOSEXTA.

SACRAMENTO DE LA EXTREMAUNCIÓN.

INSTRUCCION SEGUNDA.

MINISTRO, MATERIA Y FORMA DEL SACRAMENTO DE LA EXTREMAUNCIÓN

TEXTO. — *Infirmatur quis in vobis? Induca! presbyteros Ecclesie, et orent super eum in nomine Domini...* ¿Está enfermo alguno de vosotros? Llame á los sacerdotes de la Iglesia, para que oren sobre él ungiéndole en nombre del Señor.

(S. JAIME, CAP. V, VERS. 14.)

EXORDIO. — Sin duda os acordareis, hermanos míos muy amados, de que terminé mi última instrucción con el relato de la hermosa y edificante muerte del santo párroco de Ars. Pero, se trataba de un sacerdote, que brillaba cual perla preciosa entre todos sus cofrades sin exceptuar á los más piadosos... La tumba que encierra los restos de M. Viannet, — tal era el nombre de aquel venerado sacerdote — es muy frecuentada y más de una gracia mara villosa ha coronado ya la confianza de aquellos que á su intercesión se han encomendado... Tal vez en una época no distante, pero que solo Dios conoce, los huesos del humilde párroco serán colocados en preciosa urna, y la Iglesia, autorizada por la autoridad infalible del Soberano Pontífice, le invocará y Francia le verá colocado entre sus gloriosos patronos... .

Trátabase pues de la muerte de un santo... Quisiera referiros la de un hombre menos privilegiado, que fuese simplemente un buen cristiano, y para quien el recibir la Extremaunción hubiese sido una fuerza, un sostén, un consuelo... Vosotros habreis conocido... y Dios me ha concedido á mí mismo la gracia de así estar más de una vez á moribundos por este estilo... Pero deseo citar un nombre conocido en la historia

el de Luis VI, rey de Francia (1)... Atacado de una enfermedad grave, y que los médicos juzgaron mortal, este monarca invita por sí mismo á los sacerdotes que le rodean á que le administren los últimos sacramentos... Lo que ante todo pide es la Extremaunción, el augusto Viático, la Eucaristía, dulce provisión de viaje, única que le sostendrá á él, al rey de Francia, durante el gran viaje de la eternidad... Reza el símbolo de nuestra fé; hace una confesión pública y recibe las santas Unciones en todos sus miembros con la fé más viva, después Jesús desciende á su corazón... Recobra la salud, pero, como decía él, solo por algunas semanas. En efecto, sobreviene una recaída... Se vuelve á confesar, recibe la Extremaunción y el santo Viático acostado sobre la ceniza y con toda la plenitud de su inteligencia, y espira pocos días después como espiran los predestinados...

Era un rey de Francia, estaba en el vigor de la edad; contaba apenas sesenta años... Sin embargo, ya le veis, no tiene miedo á la Extremaunción...; Y á nosotros, hermanos míos, á los que nos rodean, el solo nombre de este sacramento nos espanta, les hace temblar...

Proposición. — Estos pensamientos son muy graves; tendré de recordároslos más de una vez: esta mañana me propongo continuar las explicaciones comenzadas sobre el sacramento de la Extremaunción.

División. — Veamos pues, *en primer lugar*, quién es el ministro de la Extremaunción; *en segundo lugar*, cuál es la materia de este sacramento, y *en tercer lugar*, cuál es su forma... Tres preguntas á las cuales, con la gracia de Dios, probaré de dar una respuesta breve, y que todos vosotros podáis comprender...

Primera parte. — Quién es el ministro del sacramento de la Extremaunción?.. Es el sacerdote, hermanos míos, ó por mejor decir aún, si se trata de una parroquia, no siendo un caso de necesidad, el párroco ó los vicarios autorizados por el obispo, son los únicos que tienen la facultad de administrar legítimamente este sacramento á los feligreses enfermos... Sois demasiado inteligentes para que tenga necesidad de añadir que, en caso de ausencia ó de impedimento, el sacerdote inmediato encargado de sustituir á un colega ausente, le puede

(1) *Histoire de l'Eglise*, por Rohrbacher.

reemplazar para la administración de los sacramentos del Bautismo, de la Penitencia y de la Extremaunción y hasta para el sacramento del Matrimonio... En caso de necesidad, un sacerdote desconocido ó sin jurisdicción podría también reemplazar al párroco, quien, como llevo dicho, es con respecto á sus feligreses el ministro ordinario del sacramento de la Extremaunción.

Insisto sobre este punto, hermanos míos... y fácilmente vais á comprender el porqué... Es que el párroco, teniendo la cura de almas, no solamente es responsable ante Dios de todos sus parroquianos, sino que además, como vive entre ellos, les conoce á todos por su nombre y tiene gracias especiales para adivinar sus necesidades, sabe mejor que nadie los consejos que necesitan, los ánimos que les son necesarios en aquellos momentos supremos... Después, ¿cuenta que él mismo tendrá que dar á Dios, hace que comprenda mejor que otro sacerdote ageno, la importancia que para los fieles que le estan encomendados tiene el recibir este sacramento....

He dicho *importancia*; debía haber dicho *necesidad*... Oíd una historia que refiere san Bernardo (1); ella os dará á conocer los deberes de un buen párroco, *de un verdadero pastor*, ante sus feligreses enfermos; las angustias y pesares que puede experimentar cuando no han recibido la sagrada Extremaunción... « Un día, dice este santo doctor, fué llamado Malaquías para dar las santas Unciones á una persona que se hallaba en peligro de muerte... Trasladóse apresuradamente al lado del enfermo... Pero se había declarado una mejoría; los padres, la familia, la enferma misma no juzgaron bastante grave su estado para que hubiese necesidad de administrarle la Extremaunción... ¡Ilusión funesta producida por un cariño ciego!... ¡Ilusión casi siempre fatal, que padres poco instruidos se forman con harta frecuencia, de que participan los mismos pobres enfermos y de que son amenudo víctimas! — Así, pues, Malaquías se volvió á su monasterio, sin haber administrado la Extremaunción á aquella enferma... Apenas habían transcurrido dos horas, cuando llamaná la puerta de su celda. — « Señor abad, la

(1) *Vie de Saint Malachie*, por el ilustrado abate de Clervaux, cap. XXIV. Este hecho lo refiere san Bernardo con aquella piadosa poesía que forma su *chât...*; ¡Qué bella es la vida de un santo, cuando es otro santo quien la refiere!

enferma acaba de morir. — ; Muerta, exclamó el santo, sin haber recibido la santa Unción !.. » Y abundantes lágrimas brotaban de sus ojos... En vano, para consolarle, se añadía: — « No teneis la culpa vos, señor abate. » Nada pudo contener á san Malaquías; volvió á la habitación de la difunta, pasó la noche en lágrimas y oraciones... Con el fervor de sus oraciones, prosigue san Bernardo, obtuvo que la enferma volviese á la vida; la hizo las santas Unciones, y aquella resucitada vivió durante muchos años, como templo vivo de la santidad del siervo de Dios y de los saludables efectos que produce el sacramento de la Extremaunción...

Este hecho, hermanos míos muy amados, nos enseña á nosotros los sacerdotes, ministros de este sacramento, la importancia que á su administración debemos dar: pero al propio tiempo os muestra á vosotros, parientes ó amigos del pobre enfermo, que no debeis, so pretexto de una mejoría pasajera en el mal, oponeros á que nosotros demos la Extremaunción á vuestros padres, á vuestros parientes ó á vuestros amigos enfermos...

Segunda parte. — ¿Cuál es la materia del sacramento de la Extremaunción? El mismo Apóstol Santiago nos lo enseña cuando, dirigiéndose á los fieles, dice (1): *Si alguno de vosotros está enfermo, llame á los sacerdotes; éstos le harán unciones con el óleo santo; su cuerpo y su alma se sentirán aliviados...* El aceite de oliva es pues la materia, la señal sensible que Nuestro Señor Jesucristo escogió para transmitir á nuestras almas las gracias adheridas á este sacramento... El aceite fué siempre el símbolo de la suavidad y de la fuerza... Entre los pueblos antiguos, se frotaba con aceite el cuerpo de los atletas. — No sé si todos vosotros comprendéis esta palabra. — Llamábase atletas á ciertos hombres que debían luchar y disputar el premio de la fuerza en los juegos públicos... ; Cuán oportunamente aplicada está esta materia simbólica á los cristianos moribundos!... Cristiano, atleta de Cristo, antes de ir á recibir la corona, que tu Soberano te destina allá en el Paraíso, te queda por emprender una lucha suprema contra tres enemigos temibles: el demonio, el sufrimiento y la muerte...

(1) S. Jaime, loco citato.

; Pero valor!... Tus miembros serán rociados con un óleo santo, y fortalecida tu alma saldrá victoriosa del combate.

Sin embargo, hermanos míos muy amados, para que el aceite de oliva sea realmente materia del sacramento, es menester que haya recibido del obispo una bendición especial, y esta bendición tiene lugar en un oficio solemne, el Jueves Santo... Deseo, para instrucción vuestra, deciros algo de esta bendición... Mi relato os mostrará el respeto y veneración con que la Iglesia ha tratado siempre los elementos, las sustancias escogidas por nuestro divino Salvador para comunicarnos las gracias adheridas á los sacramentos... El obispo, revestido con sus ornamentos más preciosos, ha empezado el augusto Sacrificio; Jesucristo está presente sobre el altar; han sido pronunciadas ya las palabras de la Consagración... Ved ahí que antes de terminar esta parte de la santa Misa que se llama el *Cánon*, el Pontífice interrumpe de repente el Sacrificio... ¿Qué va á hacer?.. Parece que deja á Jesús que está presente en el altar... No, hermanos míos, no le deja; antes por el contrario, aprovecha su presencia para atraer bendiciones más ardientes y eficaces sobre la materia del sacramento de la Extremaunción... Antes del rezo del *Pater noster* se presentan unos ministros sagrados trayendo, cubierto con un velo de seda, un gran jarro de plata ó del estaño más puro; este jarro contiene el aceite de oliva que se ha de consagrar como materia del sacramento de que hablamos... El Prelado empieza por los exorcismos, y luego, en una admirable oración, « conjura al Señor á que penetre esta sustancia de la virtud del Espíritu Santo, á fin de que se convierta, para los que con ella sean ungidos, en una fuerza para el espíritu y un alivio para el cuerpo (1)... » Después de esta solemne bendición, el óleo ó aceite, que queda desde aquel instante santificado, es llevado de nuevo á la sacristía, y el Obispo prosigue el Sacrificio interrumpido... Esta materia del sacramento de la Extremaunción se distribuye luego entre las varias parroquias de la diócesis;

(1) V. en el *Pontifical Romano* los ritos y ceremonias que acompañan á esta bendición... La mayor parte son muy antiguos... — V. Mabillon, Morin y Chardon, que no ha sabido preservarse lo bastante de sus preocupaciones jansenistas... En suma, apesar de su reconocida ciencia (y hablo de sus mejores representantes) la escuela litúrgica francesa del siglo XVII no debe inspirar absoluta confianza.

y á nosotros los sacerdotes se nos recomienda que la conservemos respetuosamente y en vasos de plata...

Tercera parte — Oíd ahora algunas palabras sobre la forma del sacramento de la Extremaunción... Ya sabéis, que se llama *forma*, cuando se trata de un Sacramento, á las palabras que acompañan á la aplicación de la materia á la persona que es el sujeto de este sacramento, es decir que lo recibe... La forma pues de la Extremaunción consiste en las palabras que pronuncia el sacerdote cuando hace las unciones sobre cada uno de nuestros sentidos (1)... Así, para la unción de los ojos, dice al enfermo: « Que por la virtud de esta Unción y su piadosa misericordia, Dios te perdone todos los pecados que has cometido por medio de la vista... » Para los oídos repite estas mismas palabras: « Por esta Unción santa y por su piadosa misericordia, te perdone Dios los pecados que has cometido por este sentido del oído... » Y así con los demás sentidos.

Quisiera, hermanos míos muy amados, haceros comprender bien el significado profundo que encierra la aplicación de este divino remedio á cada uno de nuestros sentidos. — En el Paraíso terrestre, los sentidos del hombre, puros é inocentes, eran en cierto modo otras tantas aberturas que descubrían á nuestras almas horizontes hácia el cielo. Adán y Eva contemplaban con admiración las obras del Criador. Su vista excitaba en ellos sentimientos de gratitud y de amor; oían los cantos de las aves, tal vez también los himnos de los Angeles, que iban á visitarles en su estado de inocencia; el perfume de las flores, la dulzura de los frutos, en una palabra cada goce de los sentidos les incitaba á bendecir y á dar gracias al Dios que les había creado...

Pero después ¿ qué han venido á ser nuestros sentidos?... Los ojos lanzan sobre los bienes del prójimo miradas de envidia y codiciosas; ¿ añadiré que más de una vez ha habido miradas culpables que han destruido en un alma el candor y la inocencia?... Nuestros oídos han escuchado con complacencia palabras y canciones más que ligeras; ¿ cuántas veces se han abierto para recoger con avidez calumnias ó murmuraciones!...

(1) Permitaseme que tampoco aquí entre en los detalles controvertidos por los teólogos... Me propongo ser exacto, pero nada más.

Nuestro olfato mismo ha encontrado cierto deleite sensual en aspirar las flores y sus perfumes... ¿ Hablaré de la lengua, del gusto, de esa purificación tan necesaria, que debe producir la Unción santa sobre nuestros lábios moribundos?... Blasfemias, imprecaciones, mentiras, palabras de odio contra el prójimo; gula, intemperancia; tales son las principales faltas que se ruega al Señor que nos perdone, cuando se hace la última unción sobre nuestra boca... ¿ He de agregar, respecto á nuestras manos, que no siempre están completamente limpias de los bienes ajenos?... ¿ Diré que nuestros piés quizás más de una vez nos han conducido á reuniones peligrosas, y nos han sostenido en ciertos pasos indiscretos?.

No prosigo. — Pero ya veis, carísimos hermanos míos, cuán sábiamente la Iglesia católica hace una unción sagrada sobre cada uno de nuestros sentidos... Ah, sí! un cristiano piadoso é instruido debe dar una grandísima importancia á la recepción del sacramento de la Extremaunción... Desafío al más santo, al más justo de entre nosotros á que diga que, en el decurso de su vida, no ha tenido horas que le pesan. No hay uno solo entre nosotros que no haya ofendido á Dios por medio de todos sus sentidos... y por consiguiente, ni uno solo que no tenga necesidad de que se apliquen á cada uno de sus sentidos la santa Unción y las palabras de perdón que la acompañan...

PERORACIÓN. — Y sin embargo, carísimos hermanos, este sacramento tan útil, digamos la palabra, tan necesario, no lo apreciamos suficientemente; no le damos bastante importancia... Y por de pronto, ¿ cuántos hay entre nosotros que pidan á Dios la gracia de no morir sin haberlo recibido?... Contestáos á vosotros mismos y decid si habeis pensado jamás en dirigir al Dios que os ha de juzgar, una oración semejante... Otra consideración... ¿ Qué significan esas emociones tontas, —empleo esta palabra, para no decir impías, —esos miramientos crueles ante vuestros parientes enfermos?... ¿ Qué! les diré á ciertas personas, hasta piadosas, ¿ teneis miedo de que un sacramento, instituido por Jesucristo para el alivio del cuerpo y del alma de los enfermos, produzca un efecto funesto sobre los últimos momentos de este padre, de esta madre, de este esposo, de este hijo á quien amais?... ¿ Vaya!... sois unos ignorantes!...; No teneis bastante fé!...

Oíd pues lo que pasa entre los salvajes, y humilláos ante Dios: « Un pequeño reuma, una ligera calentura, escribía un misionero, basta para que nuestros cristianos pidan que se les administren los sacramentos; con mucha mayor razón si la enfermedad es grave (1)... Dios se complace en recompensar la fé de estas almas sencillas, y con mucha frecuencia el sacramento de la Extremaunción se convierte para ellos en eficaz remedio que les devuelve la salud... » El mismo misionero añadía: « Estos fervientes católicos se hacen transportar, á veces en un trayecto de ocho ó diez leguas, para encontrar un sacerdote que les administre los últimos sacramentos... Muchos de ellos mueren al regresar á sus casas; pero ¿ qué les importa? Han tenido la dicha de preparar su alma y de recibir las Unciones supremas... »

¿ Cuán dichosos seríamos, hermanos míos muy amados, si, cual esos cristianos tan fervientes y sencillos, diésemos suma importancia á la recepción de la Extremaunción!... Sería para nosotros, no solamente una prenda de perdón, sino también un poderoso motivo de esperar que Dios nos acojería con misericordia cuando la muerte nos llamase á comparecer ante el temible tribunal donde se decidirá nuestra suerte para toda la eternidad... Pensémoslo, hermanos míos.. pero pensémoslo seriamente... Así sea.

INSTRUCCION TRIGESIMOSEPTIMA.

SACRAMENTO DE LA EXTREMAUNCIÓN.

INSTRUCCION TERCERA.

CEREMONIAS QUE ACOMPAÑAN A LA EXTREMAUNCIÓN; EFECTOS DE ESTE SACRAMENTO.

TEXTO. — *Infirmatur quis in vobis? Inducat presbyteros Ecclesie, ut orent super eum, ungentes eum in nomine Domini...*

(1) V. *Grand Catéchisme*, de d'Hauterive, y *Anales de la Propagación de la Fé, passim*.

¿ Está enfermo alguno de vosotros? Llame á los sacerdotes de la Iglesia, para que oren sobre él, ungiéndole en nombre del Señor.

(S. JAIME, CAP. V, VERS. 14.)

EXORDIO. — Al principiar esta instrucción, hermanos míos muy amados, acude á mi pensamiento una consideración; os la quiero comunicar... En realidad, ya sabéis que no faltan pruebas estableciendo, para todo hombre de buena fé, la verdad de nuestra religión y el origen divino de la santa Iglesia católica á que tenemos la dicha de pertenecer... Pues bien, si queremos reflexionar, encontraremos en el establecimiento del sacramento de la Extremaunción — (lo que os hice notar ya al hablaros de la sagrada Eucaristía y de la Penitencia) — una de esas pruebas que se imponen, en cierto modo, á los corazones puros, á las almas rectas é inteligentes...

Decidme; los infieles, los paganos, ¿ han soñado jamás en proporcionar un auxilio religioso á sus parientes moribundos?.. ¿ Han propuesto jamás á los creyentes de su falsa religión, un medio sobrenatural y eficaz de consuelo en la hora de la muerte?... ¡ Ah! Entre ellos la muerte tenía algo de siniestro y raras veces la mano de un amigo acudía á estrechar la mano de otro amigo moribundo (1). Pero dejemos á los paganos... Comparemos solamente la conducta del sacerdote católico con la del ministro protestante en estas fúnebres circunstancias... Este último visitará tal vez á su correligionario que va á morir, pero con dos condiciones: la primera, que su señora esposa se lo permita; la segunda, que la enfermedad no sea contagiosa... Para el sacerdote católico, para nosotros vuestros párrocos, que la enfermedad sea contagiosa ó no, iremos, sí, iremos á consolar, á visitar al pobre moribundo: un deber sagrado nos llama á la cabecera de su cama... ¿ Qué quereis!... Un ministro protestante nada tiene que decir al enfermo, lo más que hará, para pasar el tiempo, será leerle un capítulo de la Biblia... Nosotros tenemos que fortalecerle por medio de este sacramento de la Extremaunción, tan vivamente recomendado por el Apóstol Santiago...

(1) Conozco el famoso *Testamento de Eudamidas*, á que alude Bossuet en su sermón sobre la fiesta del Rosario... Pero aun cuando este hecho fuese verdad, sólo representaría una excepción...

Oíd pues lo que pasa entre los salvajes, y humilláos ante Dios: « Un pequeño reuma, una ligera calentura, escribía un misionero, basta para que nuestros cristianos pidan que se les administren los sacramentos; con mucha mayor razón si la enfermedad es grave (1)... Dios se complace en recompensar la fé de estas almas sencillas, y con mucha frecuencia el sacramento de la Extremaunción se convierte para ellos en eficaz remedio que les devuelve la salud... » El mismo misionero añadía: « Estos fervientes católicos se hacen transportar, á veces en un trayecto de ocho ó diez leguas, para encontrar un sacerdote que les administre los últimos sacramentos... Muchos de ellos mueren al regresar á sus casas; pero ¿ qué les importa? Han tenido la dicha de preparar su alma y de recibir las Unciones supremas... »

¿ Cuán dichosos seríamos, hermanos míos muy amados, si, cual esos cristianos tan fervientes y sencillos, diésemos suma importancia á la recepción de la Extremaunción!... Sería para nosotros, no solamente una prenda de perdón, sino también un poderoso motivo de esperar que Dios nos acojería con misericordia cuando la muerte nos llamase á comparecer ante el temible tribunal donde se decidirá nuestra suerte para toda la eternidad... Pensémoslo, hermanos míos.. pero pensémoslo seriamente... Así sea.

INSTRUCCION TRIGESIMOSEPTIMA.

SACRAMENTO DE LA EXTREMAUNCIÓN.

INSTRUCCION TERCERA.

CEREMONIAS QUE ACOMPAÑAN A LA EXTREMAUNCIÓN; EFECTOS DE ESTE SACRAMENTO.

TEXTO. — *Infirmatur quis in vobis? Inducat presbyteros Ecclesie, ut orent super eum, ungentes eum in nomine Domini...*

(1) V. *Grand Catéchisme*, de d'Hauterive, y *Anales de la Propagación de la Fé, passim*.

¿ Está enfermo alguno de vosotros? Llame á los sacerdotes de la Iglesia, para que oren sobre él, ungiéndole en nombre del Señor.

(S. JAIME, CAP. V, VERS. 14.)

EXORDIO. — Al principiar esta instrucción, hermanos míos muy amados, acude á mi pensamiento una consideración; os la quiero comunicar... En realidad, ya sabéis que no faltan pruebas estableciendo, para todo hombre de buena fé, la verdad de nuestra religión y el origen divino de la santa Iglesia católica á que tenemos la dicha de pertenecer... Pues bien, si queremos reflexionar, encontraremos en el establecimiento del sacramento de la Extremaunción — (lo que os hice notar ya al hablaros de la sagrada Eucaristía y de la Penitencia) — una de esas pruebas que se imponen, en cierto modo, á los corazones puros, á las almas rectas é inteligentes...

Decidme; los infieles, los paganos, ¿ han soñado jamás en proporcionar un auxilio religioso á sus parientes moribundos?.. ¿ Han propuesto jamás á los creyentes de su falsa religión, un medio sobrenatural y eficaz de consuelo en la hora de la muerte?... ¡ Ah! Entre ellos la muerte tenía algo de siniestro y raras veces la mano de un amigo acudía á estrechar la mano de otro amigo moribundo (1). Pero dejemos á los paganos... Comparemos solamente la conducta del sacerdote católico con la del ministro protestante en estas fúnebres circunstancias... Este último visitará tal vez á su correligionario que va á morir, pero con dos condiciones: la primera, que su señora esposa se lo permita; la segunda, que la enfermedad no sea contagiosa... Para el sacerdote católico, para nosotros vuestros párrocos, que la enfermedad sea contagiosa ó no, iremos, sí, iremos á consolar, á visitar al pobre moribundo: un deber sagrado nos llama á la cabecera de su cama... ¿ Qué quereis!... Un ministro protestante nada tiene que decir al enfermo, lo más que hará, para pasar el tiempo, será leerle un capítulo de la Biblia... Nosotros tenemos que fortalecerle por medio de este sacramento de la Extremaunción, tan vivamente recomendado por el Apóstol Santiago...

(1) Conozco el famoso *Testamento de Eudamidas*, á que alude Bossuet en su sermón sobre la fiesta del Rosario... Pero aun cuando este hecho fuese verdad, sólo representaría una excepción...

Que la enfermedad sea contagioso ó que no lo sea... Abí estan la historia de ayer y la historia de hoy para decir que el sacerdote católico no teme la muerte, cuando se trata de llevar, aun cuando sea á un apestado, el sacramento de la Extremaunción... Millares de sacerdotes han encontrado la muerte administrando á los enfermos en tiempos de epidemia y de cólera... Os hablaba de la historia de ayer; ¿puedo olvidar la de hoy?... Una enfermedad terrible, la fiebre amarilla, más temida que el cólera, hace actualmente estragos (1) en una parte de América, en los Estados Unidos. A centenares de mil se cuentan las víctimas de este aterrador azote... Los sacerdotes no han cesado de visitar á los enfermos y administrarles los últimos sacramentos; cada día nos llega la noticia de la muerte de algunos de estos héroes de la caridad sacerdotal y católica... ¿Dónde estan y que hacen durante este tiempo los ministros protestantes?... Estos señores viajan por lejanas tierras, y se retiran con su familia á regiones, que no son visitadas por aquella aterradora enfermedad... Sí, sí, hermanos míos muy amados, la institución de un sacramento para alivio y consuelo de los moribundos, la obligación para el sacerdote de dar, aún á riesgo de su vida, estas gracias supremas al cristiano que parte para la eternidad, todo esto es divino... todo esto sólo ha podido salir del corazón de este adorable Jesús, que nos amó hasta á morir por nosotros...

PROPOSICIÓN Y DIVISIÓN. — Esta mañana, carísimos hermanos míos, continuaré todavía la explicación del sacramento de la Extremaunción, hablándoos, *en primer lugar*, de las ceremonias que lo acompañan, de la preparación que pide, no solamente de parte del enfermo, sino también de las personas que lo rodean, á fin de que todo se haga con el respeto debido... *En segundo lugar*, expondré los efectos principales producidos por este sacramento...

Primera parte. — Ceremonias del sacramento de la Extremaunción (2)... Cuando un enfermo, en peligro de muerte, ha expresado el deseo de recibir este sacramento, el sacerdote va á la iglesia y toca la campana, quedando así avisados los habitantes de la parroquia de que un amigo suyo, un pariente tal vez, está gravemente enfermo... Si no

(1) Septiembre de 1878... Véanse las *Misiones Católicas*.

(2) V. *Ritual Romano*.

pueden trasladarse al lado de aquel enfermo, á lo menos aquel aviso del sagrado bronce les advierte de que han de rezar por aquel pobre moribundo... A fin de que la Extremaunción se distinga del santo Viático, para que los honores tributados al óleo sagrado no sean iguales á los que se deben tributar al sagrado cuerpo de Jesucristo, cuando se le lleva en Viático, el ceremonial es diferente... No hay luces, no suena la campanilla, y el sacerdote, al llevar respetuosamente el vaso que encierra el óleo consagrado, no se reviste ni de sobrepelliz ni de estola... Estos sencillos ornamentos únicamente se los pone en casa del enfermo...

Mas penetremos en pos del sacerdote que lleva la santa Unción en la habitación donde yace aquel cristiano que va á morir... Si la familia es cristiana ó instruída, la habitación será una especie de santuario, adornado con decencia y preparado para esta solemne circunstancia... Encima de una mesa cubierta con un mantel blanco distingo dos cirios y un crucifijo... Este crucifijo es tal vez una herencia de familia; el padre y la madre de este moribundo lo besaron tal vez al exhalar su último suspiro, dejando en él impresa, en cierto modo, la huella de su fé!... Veo en un vaso esta agua bendecida, consagrada el Sábado Santo ó en la víspera de la Pascua de Pentecostés. — agua que toda familia cristiana viene cada año á buscar en la iglesia para conservarla piadosamente. — En este vaso está sumerjida la rama de boj ó de laurel bendecida el día de Ramos... El sacerdote, al entrar, pronuncia estas palabras: « La paz sea en esta casa, y sea también el patrimonio de los que la habitan. » Luego, revestido esta vez con el sobrepelliz y la estola, presenta al enfermo la imagen del Salvador crucificado... Colgando después el ramo bendito, esparce el agua santa sobre la cama del enfermo y por toda la habitación... Sería cosa demasiado larga de contaros y citaros las bellas oraciones por las cuales llama las bendiciones de Dios sobre aquella casa... (1)

¡Pobre enfermo, si tienes fé debes estremecerte de gozo y de esperanza!... Es un último favor que va á caer sobre tí: es un nuevo perdón que el Cielo te envía: recita aún esa hermosa fórmula de confesión,

(1) V. Mons. Besson, *Des Sacrements*, y el *Ritual romano*.

que llamamos el *Confiteor*... Y el sacerdote, alzando la mano, traza sobre aquel amado enfermo la señal de la cruz, pronunciando estas palabras: « El Señor omnipotente y misericordioso te conceda el perdón, la absolución, la remisión de todos tus pecados... » Parientes y amigos, dice, rogad por este enfermo, mientras yo voy á hacerle las santas Unciones. — Todos los circunstantes se arrodillan para rezar. Y como os decía, el sacerdote señala con el óleo santo cada uno de los sentidos del enfermo, suplicando al Señor que le perdone nuevamente los pecados, que con cada uno de aquellos sentidos cometió... Siguen otras oraciones en las cuales suplicamos al Señor que fortifique el alma de aquel enfermo, y le devuelva la salud, si su Providencia lo juzga conveniente...

¿Es por consiguiente tan triste, hermanos míos, cuando se tiene la fé, cuando recordamos que hemos venido á este mundo sólo para morir, es tan triste aceptar la muerte con resignación, cuando tantas gracias, tantas bendiciones y tantos motivos de esperanza la acompañan?... ¡Ah!.. Lejos de temer, sea para nosotros, sea para los que nos son queridos, la recepción de este precioso sacramento, deberíamos pedirlo con instancia nosotros mismos desde el momento en que se nos declara una enfermedad grave. Hay más, y lo he dicho ya, deberíamos pedir con frecuencia á Dios la gracia de no morir sin el refuerzo y la ayuda de este sacramento...

De intento os he hablado detalladamente, carísimos hermanos, de estas hermosas ceremonias, é indicándoos lo que debería encontrarse siempre en familias cristianas... La más importante de todas estas observaciones es indudablemente la de llamarnos pronto, cuando os sentís gravemente enfermos, vosotros ó los vuestros... Pero las otras consideraciones tienen también su importancia. Es triste cosa encontrar á veces familias que, sea por ignorancia, sea por indiferencia religiosa, — no diré por impiedad, porque en esta parroquia no tenemos impíos, — ¡es triste, repito, encontrar casas donde se ven precisados á correr á la casa del vecino para proporcionarse un ramo de laurel, agua bendita y hasta un crucifijo!.. ¡Vamos!.. que estas tres objetos poco dinero cuestan... Y todas tres, y sobre todo el agua bendita y el crucifijo, deben tenerlos todas las familias... Esta es una observación completamente paternal...

aprovecho esta ocasión para hacerla... hermanos míos muy amados, deseo vivamente que saqueis provecho de ella.

Segunda parte. — Veamos ahora cuáles son los efectos del sacramento de la Extremaunción... Abro el catecismo y en él leo estas palabras: La Extremaunción acaba de purificar de sus pecados el alma del enfermo; le fortalece contra las tentaciones y contra el temor de la muerte... Esto por lo que atañe al alma... Respecto al cuerpo, la Extremaunción endulza, suaviza los sufrimientos del enfermo dándole paciencia para soportarlos cristianamente, y hasta le devuelve la salud, si Dios lo juzga más ventajoso para su salvación... Digamos algunas palabras solamente sobre cada uno de estos efectos.

La Extremaunción acaba de purificar el alma del enfermo... ¿Hay necesidad de deciros, hermanos míos, que raras veces recibimos el sacramento de la Penitencia, con disposiciones absolutamente perfectas... y que jamás ó casi jamás ganamos las Indulgencias de un modo completo?... Alguien ha dicho: El verdadero hombre de bien se compone de tantas piezas, que es muy raro que no falte alguna cosa, aun cuando no sea más que una clavija... Yo os diré que la Contrición perfecta reclama tantas perfecciones, que es difícil reunir las todas... Luego pues, aún después de haber hecho una buena Confesión, aún después de haber recibido el santo Viático, necesitas, pobre moribundo tendido en este lecho de dolores, que Dios te perdone, aún eres deudor de la justicia de Dios... ¡Oh amigo mío, recibe la Extremaunción en las mejores disposiciones posibles, y quedarán para tí considerablemente aliviadas las penas del Purgatorio y su duración no será tanta; las sagradas Unciones que recibirás sobre cada uno de tus sentidos acabarán de purificarte...

La Extremaunción fortalece el alma contra las tentaciones y el temor de la muerte... ¡Cuán cierto es, hermanos míos muy amados!.. ¡Y cuantos ejemplos os podría citar!.. En este último instante que debe decidir de la eternidad, el demonio renueva sus esfuerzos para librar al alma del moribundo un último asalto, y empeña con ella una lucha terrible y suprema... No hablemos de San Martín, ni de muchos santos anacoretas, á quienes se atrevió á atacar hasta sobre aquel lecho de

cenizas, donde iban á exhalar su último suspiro... Vel ahí un santo cuya vida es menos conocida, san Elzear. Su existencia fué un acto perpétuo de caridad, sus días se consumieron entre buenas obras... Reliérense también muchos milagros que obró en el decurso de su vida mortal (1)... Una dolorosa enfermedad le retuvo durante largos meses en un lecho de dolores... No murmuraba... pues en el instante mismo en que le atormentaban las crisis más terribles, se hacía leer la Pasión del Señor... Parece estarle oyendo... Canta ¿qué es lo que canta?... Estas palabras del Salmista: « El Señor me ha socorrido sobre mi lecho de dolor; tú has removido mi cama durante mi enfermedad (2)... » Recibe el santo Viático... Mientras se le administra la Unción de los enfermos, repite las palabras más edificantes... ¿ Te atreverías, miserable Satanás, á atacar á un alma tan santa y tan bien dispuesta?... ¡Oh, sí, hermanos míos!.. Este maldito sabe tal vez la derrota que le espera, pero no retrocederá ante semejante tarea... Caído en la agonía, san Elzear deja retratarse el terror en su rostro; ¡hubiérase dicho, y habría sido verdad, que luchaba contra terribles adversarios!.. « Los demonios, gritaba, tienen gran poder, pero los méritos y la Pasión del Salvador han aniquilado sus fuerzas. » Poco después se le oía de nuevo exclamar: « ¡Al fin lo he vencido, ya huye! » Y luego añadía: « Me pongo enteramente en manos de Dios! » Estas fueron sus últimas palabras...

Este ejemplo y muchos otros, hermanos míos muy amados, nos prueban las misteriosas luchas que sostiene el alma durante las últimas horas que en este suelo pasa, y nos demuestran cuán sabiamente instituyó Jesucristo el sacramento de la Extremaunción, para ayudarnos y fortalecernos en aquel supremo instante...

Para el cuerpo, la Extremaunción suaviza los sufrimientos del enfermo, dándole paciencia para sobrellevarlos cristianamente... Una palabra no más; porque no quiero ser demasiado largo... Un bulto, cuando es pesado, se hace difícil de llevar para el que está solo; pero si acude á ayudarle un hombre robusto y de fuerza, la tarea es más fácil y la carga más ligera. Es el efecto que produce la Extremaunción en las almas

(1) V. *Grande Vie des Saints*, por Collin de Plancy, t. XVIII, pág. 468.

(2) Salmo XL, vers 4 y *alibi passim*.

bien dispuestas; es la frase de la sagrada Escritura que san Elzear, de quien acabo de hablaros, repetía en su lecho de muerte: « Dios me ha aliviado en mi lecho de dolor; él ha removido mi cama durante mi enfermedad... Y es verdad... » Como consecuencia de gracias que recibimos en el sacramento de la Extremaunción, Jesucristo, al igual de una buena madre, se inclina, en cierto modo, sobre nosotros y remueve nuestra cama para endulzar y calmar nuestros dolores...

Por último, la Extremaunción, sacramento instituido para el alivio del alma y del cuerpo, ha devuelto más de una vez de inesperado modo la salud á los enfermos... Un piadoso obispo, á quien la Iglesia colocará tal vez un día en el número de los santos (1), había caído enfermo al llegar á América... La fiebre amarilla, esta especie de cólera, de que os hablaba en mi última instrucción, le atacó é hizo tan rápidos progresos, que en pocos días se encontró á las puertas de la muerte... Comprendiendo la gravedad del mal, pide y obtiene los últimos Sacramentos... Declárase una crisis feliz, y no tarda en encontrarse fuera de peligro... Habiendo acudido á felicitarle sus amigos, les respondió: « Contaba morir; pero, puesto que Dios no me ha juzgado digno de este favor, preciso es que me resigne á vivir... La Extremaunción es la que me ha hecho recobrar la existencia. Me sentí tan vivamente emocionado, que atribuyo á esta impresión la crisis que se quiere titular feliz (2)... »

Carísimos hermanos, si este sacramento no obra más amenudo efectos saludables sobre la salud de los enfermos, es que con sobrada frecuencia se aguarda al último extremo... Entonces sería menester un milagro para volver á la vida á aquel pobre moribundo, que parece no ser ya más que un cadáver... La Extremaunción no se instituyó para obrar tales milagros; pero uno de sus efectos, cuando este sacramento se recibe con las debidas disposiciones, consiste en dar á los remedios, á las causas segundas, una eficacia que únicamente la gracia les puede dar...

(1) Monseñor Flaget.

(2) V. la vida de este santo obispo. Un día, refiere su historia, le decían: « Pero, Monseñor, se dice que haceis milagros. — ¡ Qué quereis! contestó con encantadora sencillez, *lo pruebo y me salo bien.* »

PERORACIÓN. — Una palabra más y concluyo... Para recibir bien este sacramento, es menester confesarse, si se puede. ¡Ah!... ; cuán útil sería también recibir el santo Viático!... ; Cuán maravillosa virtud daría á las santas Unciones, Jesucristo presente aún en el alma y en el cuerpo del enfermo! Actos de contrición, de confianza en Dios, de resignación á su santa voluntad ; tales son, hermanos míos, los sentimientos de que deberíamos estar animados, cuando se nos trae este Sacramento de los enfermos... ; Ojalá podamos todos un día tener la dicha de recibirlo con santas disposiciones!... Será para nosotros la prenda, la garantía de una sentencia favorable, cuando compareceremos ante aquel juez supremo que allá arriba nos aguarda... Así sea.

INSTRUCCION TRIGESIMO OCTAVA.

SACRAMENTO DE LA EXTREMA UNCIÓN.

INSTRUCCION CUARTA.

CIRCUNSTANCIAS QUE HAN DE ACOMPAÑAR LOS ÚLTIMOS MOMENTOS DEL CRISTIANO ; SUS FUNERALES, SU ENTIERRO.

TEXTO. — *Fili, in mortuum produc lacrymas... Secundum iudicium contege corpus illius, et non despicias sepulturam illius.* Hijo mío, llora á tu amigo muerto... Entiérrale con decencia, y dale una sepultura conveniente.

(ECCLESIASTICO, CAP. XXXVIII, VERS. 16.)

EXORDIO. — Hermanos míos, al recorrer la historia de algunos impíos famosos del siglo pasado, se ve que muchos de ellos, al estar próximos á morir, pidieron en alta voz el ministerio del sacerdote y los sacramentos de la Iglesia... Pero una especie de Satanás, compañero suyo de impiedad, permaneció á la puerta para alejar de aquellos im-

píos moribundos al ministro de Jesucristo... Luego, en sus correspondencias, aquellos malva los se gloriaban del éxito que habían alcanzado... — « Sin mí, escribía uno de ellos, hablando de un impío célebre, hacía la *plancha*, es decir, se confesaba y se retractaba de sus errores (1)... » En algunas de nuestras ciudades principales hay establecida desde hace bastantes años una infernal sociedad de impíos. Se les llama los *solidarios*, y se comprometen por escrito á no recibir al sacerdote en sus últimos momentos y, dispensadme la dureza de la frase, á morir como unos perros.

Más de una vez se ha visto á imprudentes que, en un instante de extravío ó al resplandor de una orgía, habían firmado este contrato maldito, tratar de retractarse en la hora de la muerte, pedir llorando que dejasen que se aproximase á ellos un sacerdote, proclamar en alta voz que querían morir como cristianos... ; Nó!... Satanás estaba junto á ellos, bajo la figura de un amigo... ; De un amigo?... ; Qué he dicho!... ; Acaso esos brutos conocen la amistad?... Bajo la figura de un malvado sin corazón, ó de un conocido corrompido... Y le mostraban á aquel pobre moribundo el compromiso que había firmado... « Tú lo has querido, le decían ; no hay ni sacerdote, ni oraciones, ni sacramentos junto á tu lecho de muerte... » Y el desgraciado espiraba entre la rabia y la desesperación...

; En vano se había despertado en aquella alma, en otro tiempo cristiana, un resto de fé ; en vano, á la luz de las terribles claridades que proyecta la proximidad de la muerte sobre el alma de aquel desventurado, claridades que le muestran el escándalo de su vida y el juicio que le espera!... ; En vano, repito, habría querido lanzar un grito de arrepentimiento, y probar de hacer un llamamiento supremo á la inefable misericordia divina!... Nó ; aquellos infames proveedores del infierno no lo permitirán ; endurecido y maldito de antemano, caerá en poder de la justicia divina (2)...

(1) Correspondencias de Dalember, Condorcet, Voltaire... Y aquel incomprendible Lamennais ; no tuvo que pasar, apesar de las instancias de una piadosa sobrina suya, por esta prueba de reprobación?

(2) A propósito de estas muertes infames, y de las ocultaciones que las han seguido, véanse los *Diarios belgas* y ciertos *Diarios franceses*.

PERORACIÓN. — Una palabra más y concluyo... Para recibir bien este sacramento, es menester confesarse, si se puede. ¡Ah!... ; cuán útil sería también recibir el santo Viático!... ; Cuán maravillosa virtud daría á las santas Unciones, Jesucristo presente aún en el alma y en el cuerpo del enfermo ! Actos de contrición, de confianza en Dios, de resignación á su santa voluntad ; tales son, hermanos míos, los sentimientos de que deberíamos estar animados, cuando se nos trae este Sacramento de los enfermos... ; Ojalá podamos todos un día tener la dicha de recibirlo con santas disposiciones!... Será para nosotros la prenda, la garantía de una sentencia favorable, cuando compareceremos ante aquel juez supremo que allá arriba nos aguarda... Así sea.

INSTRUCCION TRIGESIMO OCTAVA.

SACRAMENTO DE LA EXTREMA UNCIÓN.

INSTRUCCION CUARTA.

CIRCUNSTANCIAS QUE HAN DE ACOMPAÑAR LOS ÚLTIMOS MOMENTOS DEL CRISTIANO ; SUS FUNERALES, SU ENTIERRO.

TEXTO. — *Fili, in mortuum produc lacrymas... Secundum iudicium contege corpus illius, et non despicias sepulturam illius.* Hijo mío, llora á tu amigo muerto... Entiérrale con decencia, y dale una sepultura conveniente.

(ECCLESIASTICO, CAP. XXXVIII, VERS. 16.)

EXORDIO. — Hermanos míos, al recorrer la historia de algunos impíos famosos del siglo pasado, se ve que muchos de ellos, al estar próximos á morir, pidieron en alta voz el ministerio del sacerdote y los sacramentos de la Iglesia... Pero una especie de Satanás, compañero suyo de impiedad, permaneció á la puerta para alejar de aquellos im-

píos moribundos al ministro de Jesucristo... Luego, en sus correspondencias, aquellos malva los se gloriaban del éxito que habían alcanzado... — « Sin mí, escribía uno de ellos, hablando de un impío célebre, hacía la *plancha*, es decir, se confesaba y se retractaba de sus errores (1)... » En algunas de nuestras ciudades principales hay establecida desde hace bastantes años una infernal sociedad de impíos. Se les llama los *solidarios*, y se comprometen por escrito á no recibir al sacerdote en sus últimos momentos y, dispensadme la dureza de la frase, á morir como unos perros.

Más de una vez se ha visto á imprudentes que, en un instante de extravío ó al resplandor de una orgía, habían firmado este contrato maldito, tratar de retractarse en la hora de la muerte, pedir llorando que dejasen que se aproximase á ellos un sacerdote, proclamar en alta voz que querían morir como cristianos... ; Nó!... Satanás estaba junto á ellos, bajo la figura de un amigo... ; De un amigo?... ; Qué he dicho!... ; Acaso esos brutos conocen la amistad?... Bajo la figura de un malvado sin corazón, ó de un conocido corrompido... Y le mostraban á aquel pobre moribundo el compromiso que había firmado... « Tú lo has querido, le decían ; no hay ni sacerdote, ni oraciones, ni sacramentos junto á tu lecho de muerte... » Y el desgraciado espiraba entre la rabia y la desesperación...

; En vano se había despertado en aquella alma, en otro tiempo cristiana, un resto de fé ; en vano, á la luz de las terribles claridades que proyecta la proximidad de la muerte sobre el alma de aquel desventurado, claridades que le muestran el escándalo de su vida y el juicio que le espera!... ; En vano, repito, habría querido lanzar un grito de arrepentimiento, y probar de hacer un llamamiento supremo á la inefable misericordia divina!... Nó ; aquellos infames proveedores del infierno no lo permitirán ; endurecido y maldito de antemano, caerá en poder de la justicia divina (2)...

(1) Correspondencias de Dalember, Condorcet, Voltaire... Y aquel incomprendible Lamennais ; no tuvo que pasar, apesar de las instancias de una piadosa sobrina suya, por esta prueba de reprobación?

(2) A propósito de estas muertes infames, y de las ocultaciones que las han seguido, véanse los *Diarios belgas* y ciertos *Diarios franceses*.

Decidme, hermanos míos muy amados, ¿no son verdaderos demonios esos infames, esos frenéticos impíos que persiguen al enfermo hasta en su última hora, que le niegan todo consuelo y que se retiran *contentos* cuando le han visto morir como un réprobo?... ¡Bárbaros! ¡mónstruos! ¡verdaderos demonios!... Porque ¿qué otro nombre se les puede dar?...

Os estremete, hermanos míos, el saber estos hechos... Esta impiedad cruel, fría y calculada, en presencia de un moribundo que lucha contra los remordimientos de su conciencia y que quisiera poner un término á esta lucha... ¡sí, os parece increíble!... Y sin embargo en nuestros días estos hechos no son raros en nuestras grandes ciudades, y hasta en ciertos pueblos corrompidos...

Permitidme ahora deciros que hay ciertos parientes que, sin ser tan impíos, son casi tan culpables; su ciega y estúpida ternura quisiera que aquellos á quienes aman, ya no fuesen otra cosa que cadáveres cuando nosotros les administramos la Extremaunción... ¡Cuántas veces hemos oído recomendaciones como la siguiente: ¡Oh, no le diga V. nada, no le hable sobre todo de Confesión, ni de Extremaunción!... Este pobre enfermo aún tiene demasiado conocimiento... Si urge algo, ya se le avisará... » Y á veces ni si quiera se viene á avisar... Cobardes, insensatos, cristianos de poca fé, les diré á los que hacen semejantes observaciones; ¿creeis que los sacramentos recibidos con buenas disposiciones no producen más fruto?... ¡Cómo! ¿Vuestro padre ó vuestra madre van á morir y no quereis que se preparen lo mejor posible para este viaje tan largo, para este gran viaje de la eternidad?... Vosotros sereis la causa de que mueran como mueren los impíos... Poca diferencia hay entre vosotros y esos infames *solidarios* de que hablaba; porque también vosotros sois proveedores del infierno...

Largamente he insistido, amados hermanos míos, sobre este pensamiento... Es tan importante... porque desgraciadamente cuando estamos enfermos, depende generalmente de las personas que nos rodean la manera como nos disponemos para comparecer ante el tribunal de Dios...

PROPOSICIÓN. — Esta mañana deseo haceros todavía algunas obser-

vaciones, que en cierto modo se relacionan con el sacramento de la Extremaunción...

División. — *En primer lugar*, circunstancias que deben acompañar á los últimos momentos de un Cristiano; *en segundo lugar*, sus funerales y su entierro...

Primera parte. — Cuando hemos tenido la dicha de recibir dignamente el sacramento de la Extremaunción, no vayais á creer, hermanos míos, que está todo listo... Nó; los que estamos enfermos debemos, cual os lo decía al terminar mi instrucción anterior, debemos expresar á Dios nuestro reconocimiento por la gracia que se nos acaba de otorgar, hacer actos de fé, de esperanza, de caridad, de contrición, resignarnos plenamente á la santa voluntad de Dios... En estas solenes circunstancias, un verdadero cristiano besa frecuentemente el crucifijo, pronunciando el dulce nombre de Jesús; se encomienda vivamente á su Angel custodio, al santo Patrono cuyo nombre lleva... ¿Os podría olvidar á vos, misericordiosa Madre de Jesús, bondadosa Virgen Maria, sostén y consuelo de los enfermos?... ¿Y á vos glorioso san José, patrón de la buena muerte?... ¡Ah! ¡cuán grande es vuestro poder en esta hora suprema!... La muerte no tuvo angustias para vos; Jesucristo, vuestro hijo adoptivo, sostenía vuestra cabeza espirante y os daba una de sus más tiernas bendiciones; la Augusta Maria, teniendo vuestras manos entre sus manos virginales, las regaba con sus lágrimas, y con su mirada os señalaba el cielo... Ved ahí, hermanos míos muy amados, los santos á quienes, al morir después de haber recibido la Extremaunción, ha de encomendarse un Cristiano en sus últimos instantes...

Veamos ahora los deberes que en esta circunstancia tienen que cumplir, si son verdaderos cristianos, los parientes y los amigos que rodean el lecho de aquel moribundo... De cuando en cuando deben acercar la imagen de Jesús á los labios de este último; echar algunas veces agua bendita sobre su lecho y repetir á sus oídos algunos pensamientos piadosos, para inspirarle sentimientos de resignación, coa-

fianza y abandono en la misericordia divina (1)... No olvideis, carísimos hermanos, que entonces los minutos son preciosos, y que cuanto mejor dispuesta esté el alma de aquel pobre enfermo á comparecer en la presencia de Dios, menos tiempo penará en las prisiones del Purgatorio...

Tampoco esperéis á que el moribundo haya perdido enteramente el conocimiento para rezarle las preciosas oraciones de los agonizantes... Si es buen cristiano, estará contento de oírlas; hacedle saborear, por medio de una recitación lenta, los bellos sentimientos que encierran... Oíd algunos... « Te recomiendo, hermano mio, al Dios omnipotente, de quien eres obra; para que, cuando hayas pagado este tributo de la muerte, puedas volver hácia este Dios que te formó del limo de la tierra... que la brillante asamblea de los Angeles salga al encuentro de tu alma, cuando ésta haya dejado tu cuerpo; que los Apóstoles y el ejército triunfante de los Mártires acudan á su encuentro, y se vea rodeada por la multitud de los santos Confesores y el gozoso coro de las Vírgenes; que goce del reposo de los escojidos en el seno de las Patriarcas... Que Jesús se te aparezca lleno de dulzura y te admita entre los que deben formar su comitiva... » Y por este estilo es el resto de esas bellas oraciones, que podeis leer en uno de esos libros piadosos, que todas las familias tendrían que poseer...

Una reflexión triste, hermanos míos, y sin embargo profundamente cierta, es la de que, en muchas familias, no se consuela bastante á los moribundos, y que con frecuencia no se tiene cuidado en decirles ó hacerles decir las oraciones de los agonizantes.. Parientes crueles y apáticos, no teneis fé, nó; no amais, nó, á vuestros parientes... Sollozais, lanzais gritos...; Vana apariencia!.. Lo que es yo no creo ni en vuestros gemidos, ni en vuestras lágrimas. Sois unos miserables, puesto que en la hora de la agonía no habeis dado á aquellos queridos seres moribundos el único auxilio que necesitaban, el de la oración... ¿ No es verdad, hermanos míos muy amados?... »

(1) *Ritual romano*. Conviene insistir en estas tan sábias recomendaciones, con tanta frecuencia ignoradas, y con mayor frecuencia todavía descuidadas.

Un hombre, célebre por sus escritos y por su impiedad, se había convertido al ver los excesos de la primera revolución... Era el famoso La Harpe... Vivió todavía muchos años..Sintiéndose enfermo y próximo á la muerte, se hacía leer cada dia las oraciones de los agonizantes. Fué á verle uno de sus amigos, y le encontró completamente absorbido en esta piadosa ocupación; pareció sorprenderse y el moribundo, presentándole una mano descarnada, le dijo: « Amigo mio, le doy gracias al cielo, que me ha conservado bastante despejada la inteligencia para poder comprender cuán bello y consolador es esto (1)... » Dijiste la verdad, ilustre convertido... Sí, es bello y consolador.. Sí, son dulces los últimos momentos del cristiano, que muere provisto de la Extremaunción y de los demás sacramentos que le ofrece la Iglesia en aquel solemne instante... Si está rodeado de una familia piadosa que, como él, crea en el cielo, en la inmortalidad del alma y en la inmensa misericordia de Dios, tenedlo por seguro, aquellas últimas horas de su vida no son ni las menos dulces, ni las menos consoladas.... Puede decir, como el santo anciano Simeón: « Ahora, Señor, deja partir en paz á tu siervo... » Parte pues, alma cristiana, y vé á concluir allá en el cielo el cántico de la libertad! (2)...

Segunda parte. — Funerales del Cristiano, respeto con que la Iglesia trata sus restos mortales... No todo ha concluido aún... El enfermo ha exhalado el último aliento, su alma ha comparecido ya á la presencia de Dios... Veo á toda una familia cubrir, llorando, de piadosos besos aquella frente que humedecieron y enfriaron los sudores de la agonía... Son lágrimas, gritos y gemidos capaces de partir el corazón... Quiero creer, parientes de este amado difunto, que es sincero vuestro dolor... Pero basta de sollozos y lamentos; hacedle á este cuerpo el último tocado y procurad que en estos postreros preparativos todo recuerde que fué cristiano... Envolvedle en un blanco sudario; cruzadle los brazos sobre el pecho; rociad con agua dedita su lecho mortuario; rogad para el descanso de su alma.. Pero, como vuestra oración será de vez en cuan-

(1) V. d'Hauterive, *Grand Catéchisme*.

(2) V. Oración de los agonizantes.

do interrumpida, haced que arda una lámpara ó un cirio cerca de sus helados restos...

Hermanos míos, la lámpara que arde, día y noche, delante de este altar, es no solamente un testimonio de nuestra fé en la presencia de Jesucristo, sino además una plegaria muda, que toda la parroquia dirige al Dios del santuario... Asimismo, esta luz que encendemos junto al cuerpo de nuestros parientes difuntos, es á la vez un testimonio de nuestra fé en la inmortalidad del alma, y una especie de oración, que sube hácia Dios para el descanso de sus almas.. Restos preciosos de nuestros parientes, día y noche mientras permanecáis en esta casa, uno de nosotros á lo menos estará á vuestro lado, y más de una vez vendrán amigos piadosos á echar sobre vosotros el agua consagrada por la Iglesia; se arrojarán junto al lecho donde yaceis, para encomendar á Dios vuestra alma con fervorosas plegarias...

Carísimos hermanos, estos sencillos detalles que os acabo de dar, que vosotros conocéis y que no son más que el cuadro compendiado de lo que pasa, ó debería pasar en toda familia cristiana, ¿no os manifiestan ya la dignidad de nuestros restos mortales y el respeto de que la Iglesia quiere que se les rodee? Porque, ya veis, la Iglesia cree y todos nosotros también creemos en la resurrección de este cuerpo...

Pero prosigamos... Han transcurrido uno, dos ó tres días, y el cuerpo está encerrado en el ataúd... Ved la cruz que se adelanta seguida del sacerdote ó del clero... ¿Qué vienen á hacer? Vienen á buscar el cuerpo de este difunto, para conducirlo á su última morada... Un canto piadoso, lúgubre y lleno, sin embargo, de esperanza preside á esta ceremonia: las puertas de la Iglesia se han abierto para este cristiano, cual se habían abierto en el día de su Bautismo, en el día de su primera Comunión!.. Se le deposita en este sagrado recinto; ocupa en él un sitio de honor... « Santos de Dios, venid en su auxilio; Angeles del Señor, acudid á su encuentro, recibid su alma y vuestras augustas manos lo presenten al Altísimo... » Tales son las primeras palabras que acojen los restos mortales del difunto... Después empieza el oficio... « Fieles aquí presentes, dicen los sagrados cánticos; venid, adoremos juntos al rey, ante quien toda alma está viva. » Concluido el oficio, el sacerdote revestido con ornamentos negros, sube al altar...

Demasiado largo sería explicaros detalladamente las bellas oraciones del Oficio y de la Misa de Difuntos... Todos vosotros las podeis leer piadosa y atentamente, y comprendereis perfectamente su sentido... Pero permitidme no más un pensamiento, hermanos míos... Representad bien á Jesucristo sobre este altar, y los restos mortales del cristiano colocados aquí, en este mismo recinto... Jesús, Salvador nuestro, Dios de la Eucaristía, hemos traído á este santo lugar estos restos mortales, con el fin de recomendar más vivamente á vuestra bondad, á vuestra clemencia el alma de este caro difunto... ; Oh, Salvador todo misericordioso, os conjuramos á que os dignéis concederle el descanso eterno... *Pie Jesu Domine, dona ei requiem*... De modo que se aplican á esta alma los méritos del santo Sacrificio... Por esto cuando se traslada el cadáver desde este sagrado recinto á la fosa que lo ha de recibir, los cantos de la Iglesia estan llenos de esperanza... Escuchad : *In Paradiso deducant te angeli*. Los Angeles te introduzcan en el Paraiso, te reciban los Mártires á tu llegada y te conduzcan á la santa Jerusalén... Por último, se bajan á la fosa los restos del Cristiano, para que aguarden allí la venidera resurrección... Entonces oigo á Jesucristo, dirigiendo á los afligidos parientes, á aquella consternada familia las palabras de consuelo que en otra ocasión dirigía á las hermanas de Lázaro... « Yo soy la resurrección y la vida; el que en mí cree, aun cuando esté muerto vivirá; todo aquel que vive y en mí cree, no morirá eternamente. » Después de haber rociado por última vez con agua bendita y perfumado con los vapores del incienso los restos de aquel Cristiano, é invocado, antes de retirarse, el descanso eterno para el alma que ocupaba aquel cuerpo, el sacerdote se aleja de la tumba, rezando todavía una postrera oración.

Más de una vez os he dicho (1), hermanos míos muy amados, que este cementerio donde colocamos los restos de nuestros hermanos es una tierra santa y bendecida... Sí; la Iglesia ha querido que ese campo donde reposan nuestros muertos católicos, fuese una tierra consagrada, un lugar que no se debiera visitar sino con respeto y veneración... Poco importa que el cuerpo que acabamos de depositar en él sea el del más

(1) Mons. Besson, *sur les Sacrements*.

rico ó del más pobre; que duerma bajo un monumento suntuoso ó bajo una simple capa de yerba, que la primavera hará crecer de nuevo... ¡Sí, poco importa!... Con tal que una familia piadosa piense en el delante de Dios, que una esposa, que unos hijos cristianos vengan de vez en cuando á arrodillarse sobre aquel césped, y á suplicar al Señor que conceda á aquella alma, que sufre tal vez en el Purgatorio, un lugar de refrigerio, de luz y de paz...; Y bien! en este último caso la fosa del pobre es mil veces preferible al panteón del rico...; Ah!... en verdad os lo digo, los pobres que mueren provistos de los sacramentos, rodeados de las piadosas afecciones de que os he hablado, nada tienen que envidiar ni al más gran potentado de la tierra.

PERORACIÓN. — ¡Qué diferencia, hermanos míos muy amados, entre estos honores tributados por la Iglesia á los restos del más humilde cristiano, y esos entierros civiles, de que oímos hablar algunas veces (1)!... En éstos nada de cruz, ni de sacerdote, ni de oraciones... El ataúd no entrará en el lugar sagrado, ni una gota de agua bendita caerá sobre él; ni una cabeza se descubrirá para mirar al cielo... Los acompañantes penetran altivamente en el cementerio, para enterrar en él aquella carne privada de la sagrada Unción y de las futuras esperanzas...; Tened cuidado, malvados!... Id más lejos.. teneis reservado un sitio que está sin bendición.. Este cementerio la cruz lo cubre con sus protectores brazos; ese cadáver impío que venis á enterrar en él, encontraría aquí los esqueletos de cristianos que se estremecerían de terror al contacto de este despojo animal y enteramente pagano...; Desgraciados! nuestras iglesias os causan horror; pues bien, que á lo menos vuestros inmundos restos no profanen nuestros cementerios... Pero dejemos á esos impíos; nosotros, carísimos hermanos míos, pidamos á Dios la gracia de que no nos deje morir sin haber recibido los sacramentos, de que podamos descansar, como nuestros abuelos, en este cementerio consagrado por las oraciones de la Iglesia, en medio de todos esos fieles que murieron con los sentimientos de la fé más viva y de la esperanza más confiada en la misericordia de Dios... Así sea.

(1) Mons. Besson, *Sur les Sacrements*.

INSTRUCCION TRIGESIMONOVENA.

SACRAMENTO DEL ORDEN.

INSTRUCCION PRIMERA.

¿QUÉ ES EL SACRAMENTO DEL ORDEN? MATERIA Y FORMA DE ESTE SACRAMENTO.

TEXTO. — *Posui vos ut eatis et fructum offeratis...* Os instituí para llenar una misión santa y fecunda en gracias...

(S. JUAN, CAP. XV, VERS. 17.)

EXORDIO. — Hermanos míos, en esta instrucción y en la siguiente os hablaré del sacramento del orden y del sacerdote, tal como la Iglesia católica lo elije y lo consagra; pero antes permítaseme referiros una historia...

Allá por el año mil ochocientos treinta y siete, dos profesores ingleses, aprovechando sus vacaciones, visitaban la ciudad de París.... Una mañana habían entrado en la preciosa iglesia de San Sulpicio... Mientras admiraban las estatuas y los diversos cuadros que la adornan..... ved ahí que de repente se dejan oír cantos piadosos... Los dos visitantes se vuelven sorprendidos... Una larga procesión de jóvenes levitas se adelantaba por el centro de la nave; sus voces suaves y potentes, como armonías celestiales, cantaban aquellas frases de la Escritura santa: «*Lætatus sum in his quæ dicta sunt mihi* (1)... Me he regocijado con las palabras que se me han dicho. Sí.. formaremos parte del ejército del Señor...» Los dos profesores, que buscaban sinceramente la verdad, permanecieron en la iglesia todo el tiempo que duró la ceremonia.... Se trataba de una Ordenación...

(1) Salmo CXXI.

rico ó del más pobre; que duerma bajo un monumento suntuoso ó bajo una simple capa de yerba, que la primavera hará crecer de nuevo... ¡Sí, poco importa!... Con tal que una familia piadosa piense en el delante de Dios, que una esposa, que unos hijos cristianos vengan de vez en cuando á arrodillarse sobre aquel césped, y á suplicar al Señor que conceda á aquella alma, que sufre tal vez en el Purgatorio, un lugar de refrigerio, de luz y de paz... ; Y bien! en este último caso la fosa del pobre es mil veces preferible al panteón del rico... ; Ah!... en verdad os lo digo, los pobres que mueren provistos de los sacramentos, rodeados de las piadosas afecciones de que os he hablado, nada tienen que envidiar ni al más gran potentado de la tierra.

PERORACIÓN. — ; Qué diferencia, hermanos míos muy amados, entre estos honores tributados por la Iglesia á los restos del más humilde cristiano, y esos entierros civiles, de que oímos hablar algunas veces (1)!... En éstos nada de cruz, ni de sacerdote, ni de oraciones... El ataúd no entrará en el lugar sagrado, ni una gota de agua bendita caerá sobre él; ni una cabeza se descubrirá para mirar al cielo... Los acompañantes penetran altivamente en el cementerio, para enterrar en él aquella carne privada de la sagrada Unción y de las futuras esperanzas... ; Tened cuidado, malvados!... Id más lejos.. teneis reservado un sitio que está sin bendición.. Este cementerio la cruz lo cubre con sus protectores brazos; ese cadáver impío que venis á enterrar en él, encontraría aquí los esqueletos de cristianos que se estremecerían de terror al contacto de este despojo animal y enteramente pagano... ; Desgraciados! nuestras iglesias os causan horror; pues bien, que á lo menos vuestros inmundos restos no profanen nuestros cementerios... Pero dejemos á esos impíos; nosotros, carísimos hermanos míos, pidamos á Dios la gracia de que no nos deje morir sin haber recibido los sacramentos, de que podamos descansar, como nuestros abuelos, en este cementerio consagrado por las oraciones de la Iglesia, en medio de todos esos fieles que murieron con los sentimientos de la fé más viva y de la esperanza más confiada en la misericordia de Dios... Así sea.

(1) Mons. Besson, *Sur les Sacrements*.

INSTRUCCION TRIGESIMONOVENA.

SACRAMENTO DEL ORDEN.

INSTRUCCION PRIMERA.

¿QUÉ ES EL SACRAMENTO DEL ORDEN? MATERIA Y FORMA DE ESTE SACRAMENTO.

TEXTO. — *Posui vos ut eatis et fructum offeratis...* Os instituí para llenar una misión santa y fecunda en gracias...

(S. JUAN, CAP. XV, VERS. 17.)

EXORDIO. — Hermanos míos, en esta instrucción y en la siguiente os hablaré del sacramento del orden y del sacerdote, tal como la Iglesia católica lo elije y lo consagra; pero antes permítaseme referiros una historia...

Allá por el año mil ochocientos treinta y siete, dos profesores ingleses, aprovechando sus vacaciones, visitaban la ciudad de Paris.... Una mañana habían entrado en la preciosa iglesia de San Sulpicio... Mientras admiraban las estatuas y los diversos cuadros que la adornan..... ved ahí que de repente se dejan oír cantos piadosos... Los dos visitantes se vuelven sorprendidos... Una larga procesión de jóvenes levitas se adelantaba por el centro de la nave; sus voces suaves y potentes, como armonías celestiales, cantaban aquellas frases de la Escritura santa: «*Lætatus sum in his quæ dicta sunt mihi* (1)... Me he regocijado con las palabras que se me han dicho. Sí.. formaremos parte del ejército del Señor... » Los dos profesores, que buscaban sinceramente la verdad, permanecieron en la iglesia todo el tiempo que duró la ceremonia.... Se trataba de una Ordenación...

(1) Salmo CXXI.

Primeramente se presentaron varios jóvenes, á quienes el Arzobispo cortó los cabellos, separándoles así del resto de los fieles y proclamándoles los escogidos de Dios; eran los clérigos tonsurados... Otros recibieron, con misteriosas ceremonias, los poderes de Lectores, Porteros, Exorcistas y Acólitos... Porque, en la santa Iglesia católica, hermanos míos, todo se hace con reflexión y medida... Y donde principalmente se evidencia este modo de obrar es en el sacramento del Orden... Tú, joven levita, aspiras al sacerdocio; sientes en tí un corazón bastante grande para sacrificar, si es menester, tu vida por tus hermanos... Dios te llama, dices, á consagrar tu fortuna y tus talentos á la mayor gloria del Señor... Detente, joven amigo mio, no se abusará de un momento de entusiasmo; se te dará tiempo para meditar, para pesar, para reflexionar... Y aun cuando seas el hijo de un monarca, ó lo que es más todavía, aun cuando seas un santo, como Carlos Borromeo, sólo irás paso á paso hácia el altar del sacrificio... La Iglesia santa quiere que todos sus pasos sean meditados y deseados...

Nuestros dos ingleses seguían con curiosidad aquella hermosa ceremonia de una Ordenación católica... Observando su piadosa atención y su recojimiento, se les hizo entrar en el coro; se les entregó un pequeño libro de oraciones, que se titula *Manual de los ordenandos*, que contiene todas las oraciones y todos los exorcismos que acompañan á la administración del sacramento del Orden...

PROPOSICIÓN.—Interrumpo aquí mi historia, amados hermanos míos; la continuaré en el decurso de esta instrucción: pero quisiera, en cierto modo, haceros asistir á vosotros mismos á una Ordenación, y sobre todo desearía que esta ceremonia produjese en vuestras almas la saludable impresión que produjo sobre Newman, sobre su amigo y que sobre muchos otros ha producido.

DIVISIÓN.—Esta mañana nos dirigiremos únicamente tres preguntas: *Primera*, ¿qué es el sacramento del Orden?... *Segunda*, ¿cuál es la materia del sacramento del Orden?... Y *tercera*, ¿cuál es su forma?...

Primera parte.—¿Qué es el sacramento del Orden?... A esta pregunta responde el catecismo que « el Orden es un sacramento

que da el poder de ejercer santamente y con frutos las funciones sagradas... »

Amados hermanos míos, los herejes se han rebelado siempre contra la existencia de este sacramento... Así debía ser... Si yo os dijese que á los ladrones jamás les han agradado ni los guardias civiles, ni los jueces, no lo encontraríais extraño... Pues bien.. es absolutamente lo mismo... El sacramento del Orden establece en esta sociedad espiritual que llamamos la Iglesia, unos funcionarios, — nó, no es ésta la palabra, — unos hombres encargados, obligados en conciencia á oponerse á toda violación de la ley divina... Que esta violación sea pública ó privada, poco importa... Tú, avaro, no prestarás con usura tu dinero; tú, no rechazarás á los pobres; tú, no trabajarás en domingo... Si lo haces, yo, sacerdote, estaré ahí... y en virtud de la ordenación divina que recibí en el día de mi Ordenación, te diré: — ¡Obras mal! — Jóvenes ligeras, mujeres poco fieles, hombres libertinos: el sacerdote, en nombre de la ley divina, protestará, con la autoridad que de Dios tiene recibida, contra vuestros desórdenes... Y vosotros que sois indiferentes respecto á Dios vuestro Criador, vosotros que no rezais, vosotros que no queréis comprender que vuestra vocación de cristianos exige de vosotros el cumplimiento de ciertos deberes sagrados, tales como la oración de la mañana y de la noche, la asistencia á la santa Misa todos los días festivos, la confesión, la comunión pascual... sí, á vosotros, gentes de bien, tan poco cuidadosos de la salvación de vuestras almas, la voz del sacerdote, aun cuando sólo resuene en el desierto, os dirá, como la del santo Precursor, verdades demasiado echadas en olvido; censurará vuestra cobardía como cristianos, y os recordará los deberes que teneis que cumplir...

¡Ah!... Ya comprendéis, hermanos míos muy amados, que un sacramento que da esta autoridad divina á los que lo han recibido, que les impone esta misión de predicar la virtud y de combatir el vicio, ha sido siempre, ora negada por los herejes, ora criticada por los libertinos...

Pero en vano han atacado unos y otros este sacramento... Fijo el dedo sobre el Evangelio, la Iglesia santa les mostraba aquel pasaje en que Jesucristo, imponiendo sus divinas manos sobre la cabeza de sus Apóstoles puestos de rodillas, les decía estas palabras: — ¡Recibid

el Espíritu Santo!... Y volviendo algunas páginas del sagrado Libro les mostraba los Aposteles ordenando á los obispos y sacerdotes que les debían suceder... ¡Vamos!... La Iglesia es una sociedad, la más perfectamente reglamentada...

¡Claro está...! Como que es una sociedad divina!... El Soberano Pontífice, vicario de Jesucristo, representa en ella la autoridad suprema; los obispos le representan en sus diversas diócesis, y nosotros los párrocos somos en nuestras parroquias los lugartenientes, los vicarios de nuestros Obispos... Pero como se trata de una sociedad espiritual, ha sido menester un sacramento, instituido por Nuestro Señor Jesucristo, para darnos el poder de cumplir esta misión; y este sacramento es el de que os hablo, es el sacramento del Orden... Volveremos sobre este pensamiento, cuando hablemos de los efectos de este sacramento...

Es inútil, hermanos míos muy amados, insistir sobre este punto... Cuando os diga que san Juan Crisóstomo, que san Gregorio el Grande han escrito libros admirables sobre el Sacerdocio; cuando añada que san Dionisio, el discípulo de san Pablo, nos muestra, desde los primeros siglos de la Iglesia, la Jerarquía del sacerdocio establecida tal como existe en nuestros días, es decir el vicario sometido á su párroco, el párroco sometido á su obispo... todas estas citas nada os enseñarán, porque sabéis muy bien que el Orden es verdaderamente un sacramento, es decir un signo sensible instituido por Nuestro Señor Jesucristo para dar á los que lo reciben ciertas *gracias especiales*... Y aquí entiendo por gracias especiales, las de ejercer santamente y con fruto las funciones sacerdotales...

Segunda parte. — Pero, ¿cuál es la materia del Orden?... No debéis haber olvidado á los dos ingleses que hemos dejado en la iglesia de San Sulpicio, asistiendo á una Ordenación; siguieron con religiosa atención la ceremonia... A los jóvenes levitas á quienes se ordena de *Ostiaños*, se le entregaron las llaves de la iglesia, los *Acólitas* tocaron las vinajeras; los *Lectores* recibieron el libro de las Epístolas de san Pablo... Pero hasta aquí no había Sacramento...

De pronto, el lenguaje del Arzobispo consagrante tomó un tono más grave... Las sagradas preces contenían enseñanzas más serias y solemnes. — Señor, decíase dirigiéndose al prelado, la Iglesia necesita ministros; ¿quereis dar la orden del *Subdiaconado* á estos jóvenes que desean dedicarse á la salvación de las almas? (1) — ¿Son dignos de este favor? pregunta el Pontífice. Y el superior que conoce á aquellos jóvenes, que los ha educado, que durante años enteros ha probado su vocación, contesta: — En cuanto la flaqueza me permite dar una respuesta afirmativa, declaro que son dignos de este honor.

Y lo mismo se hace con los que se han de ordenar de *Diáconos*. Para los que se va á consagrar de *Presbíteros*, se harán las mismas preguntas, hasta se consultará á la reunión de los fieles, preguntándoseles: «¿Juzgáis que estos jóvenes son dignos del diaconado, dignos del sacerdocio?...» Y los asistentes contestan asimismo por boca del superior: — «Sí, merecen este honor...»

Venid pues, jóvenes que vais á dar un postrer adiós al mundo, venid á contraer solemnes y santos compromisos, al recibir la orden del subdiaconado... Avanzad también vosotros á quienes se va á dar, con las funciones de diáconos, la facultad de asistir más de cerca á los misterios santos... Acercaos sobre todo vosotros, los que vais á recibir la orden del Presbiterado y, con esta orden, el poder, no solamente de predicar, de bendecir, de perdonar en el tribunal de la penitencia, sino además el de hacer descender sobre el altar al Dios de la Eucaristía... Ya vienen, se adelantan ya hasta el centro del santuario... — «Postraos,» les dice el prelado...; Y ellos se postran y se tienden, cual si estuviesen muertos, sobre las sagradas losas!

«¿Qué va á pasar aquí!» se decían los dos ingleses de quienes os he hablado... Y al ver á más de ochenta jóvenes en la flor de su edad, así postrados; al oír rezar lentamente para ellos aquellas grandes Letanias que se parecen á las lúgubres preces que para los muertos se

(1) V. el *Pontifical Romano*... Sabida es la influencia que las bellas ceremonias de la Iglesia católica tuvieron sobre Newman, Dalgairus, Planton, Bowles y otros muchos...

recitan... « Pasaba en mí algo de inaudito », decía más tarde el doctor Newman, que era uno de aquellos dos ingleses.

Continuó la ceremonia; el obispo hizo sobre cada uno de los ordenandos lo que Jesucristo había hecho sobre cada uno de sus Apóstoles; impuso las manos pronunciando las palabras sacramentales... La imposición de las manos, signo del poder, de la autoridad que la Iglesia concede á los ordenados de Presbítero; ésta es, hermanos míos muy amados, la materia esencial del sacramento del Orden... Varias ceremonias acompañan, como en el Bautismo, este augusto sacramento; nuestras manos que han de ofrecer el santo Sacrificio, que han de tocar la adorable hostia, son consagradas con una unción especial; además, vamos á colocar nuestra mano sobre la mano de nuestro obispo y á prometer respeto y obediencia á él y á sus sucesores... Pero estas ceremonias, si bien dan su integridad al sacramento del Orden, no son esenciales, y, lo repito, la materia del sacramento del Orden es la imposición de las manos, hecha por el prelado que consagra á los ordenandos.

Tercera parte. — Veamos ahora cuál es la forma del sacramento del Orden... Recordaréis sin duda, hermanos míos muy amados, que más de una vez os he dicho que la forma de un sacramento eran las palabras que acompañaban á la aplicación de la materia... No me refiero á la fórmula que sobre nosotros se recita al imponernos las manos cuando se nos ordena de diáconos á de subdiáconos... Nó, me limito á las palabras que se nos dirigen cuando se nos consagra de presbíteros... Colócase en nuestras manos ese cáliz, ese cupón sagrado que debe contener y tocar el cuerpo y la sangre de nuestro Salvador Jesús, y el obispo nos dice: « Recibid el poder de ofrecer el santo Sacrificio para los vivos y para los difuntos... » Presbíteros nuevamente ordenados, celebramos con él la santa Misa... Es el águila que enseña á volar á sus aguiluchos; es la madre que enseña á sus hijuelos á pronunciar las primeras palabras... Nó... nó... todas las comparaciones son imperfectas... Es el Obispo... es el primer pastor de la diócesis que nos enseña á leer atentamente las fórmulas santas, las bellas oraciones que tendremos que recitar en el santo Sacrificio de la Misa.

¿Habeis asistido alguna vez á esta conmovedora ceremonia de una Ordenación?.. Si, como aquellos dos anglicanos de que os he hablado, ha-

beis sido testigos de la administración de este sacramento, nos habreis visto de rodillas, celebrando nuestra primera Misa con el pontífice que nos consagraba... Él decía las palabras sagradas, nosotros las repetíamos después de él... Después recibíamos de su mano la comunión tras de una conmovedora exhortación, en la cual nos llamaba *sus amigos*, y nos imponía las manos repitiendo magestuosamente aquellas palabras de Jesús cuando ordenaba á sus Apóstoles: « Recibid el Espíritu Santo; les serán perdonados los pecados á aquellos á quienes vosotros los perdonáreis, y á aquellos á quienes los retuviereis les serán retenidos. » Entonces el Obispo nos abrazaba, y quedábamos hechos sus sacerdotes, sus ayudantes, encargados de trabajar bajo sus órdenes para la salvación de las almas...

Decir cuáles son las palabras esenciales, sería tal vez cosa bastante difícil; pero la invocación del Espíritu Santo es indispensable, y la forma del sacramento del Orden para los presbíteros puede reasumirse en estas palabras: Recibid el poder de decir la santa Misa; recibid el Espíritu Santo y el poder de perdonar los pecados...

No olvideis, carísimos hermanos, que estas palabras sagradas, empleadas en la administración de los Sacramentos, tienen la misma eficacia que si fuesen pronunciadas por el mismo Jesucristo... Cuando decimos sobre vuestros hijos: *Yo te bautizo*, es el mismo Jesucristo quien borra en aquella alma jóven la mancha original... Cuando dentro de algunos minutos diré, en el altar, sobre las especies santas: *Éste es mi cuerpo; ésta es mi sangre*, será el mismo Jesucristo quien pronunciará estas palabras sagradas... Este adorable Salvador es igualmente quien nos absuelve cuando recibimos el sacramento de la Penitencia... Es él también, carísimos hermanos, quien da su eficacia á las palabras de la Ordenación; y cuando el Obispo que nos ordena ha pronunciado sobre nosotros aquellas santas fórmulas, tenemos, cual los Apóstoles el poder de consagrar en el altar, y de perdonar en el tribunal de la Penitencia.

PERORACIÓN. — Pero hemos dejado á nuestros dos profesores ingleses en la iglesia de San Sulpicio, asistiendo piadosamente á esa bella ceremonia que se llama una Ordenación... La majestad de aquel espectáculo les había afectado; salieron de la iglesia preocupados y pensati-

vos... Releyeron más de una vez las hermosas oraciones que el Obispo pronuncia en esa augusta circunstancia, y algunos años más tarde uno y otro se hacían sacerdotes católicos y se convertían en apóstoles de Inglaterra... Eran el célebre Eurique Newman y un íntimo amigo suyo llamado Dalgairus.

Comprendieron, al estudiar esa institución del sacerdocio católico, lo que más tarde debían comprender Faber, Manning y otros muchos ilustres convertidos, que la Iglesia anglicana, en la cual habían sido educados, no era más que un protestantismo disfrazado; que la sombra de sacerdocio conservada entre ellos, solamente se remontaba á Enrique VIII, príncipe libertino y verdadero fundador del anglicanismo... El sacramento del Orden les descubría horizontes nuevos... Aquellos levitas que acababan de ver consagrar presbíteros, recibían un poder que, por una tradición no interrumpida, se remontaba hasta á los Apóstoles. Decíanse que esta perpetuidad del sacerdocio debía ser necesariamente una señal de la Iglesia verdadera... Estudiaron de buena fé esta cuestión y, como llevo dicho, pocos años después se arrodillaban ambos ante un Pontífice católico y recibían el sacramento del Orden...

¿No es realmente, carísimos hermanos, un espectáculo admirable esta bella jerarquía de la santa Iglesia católica, remontándose hasta á Jesucristo?... Jerarquía conservada y consagrada por el sacramento de que os hablo... En ella el sacerdote está sometido á su obispo: este último reconoce la autoridad del Soberano Pontífice, vicario de Jesucristo... Todo se liga, todo se encadena con un orden admirable... Cuando nosotros instruimos á vuestros hijos, es como si el Obispo, como si el Soberano Pontífice, más aún, como si el mismo Jesucristo les instruyese... ¡Ah!... Demos frecuentemente gracias al Señor por habernos hecho nacer en el seno de esta augusta sociedad, custodia fiel de sus enseñanzas, verdadera heredera de todo el amor que él profesa á nuestras almas... Seámosle adictos desde el fondo de nuestro corazón, y sobre todo mostrémosnos dóciles en seguir sus enseñanzas, á fin de que merezcamos la dicha de ser un día admitidos en esa porción de la Iglesia que triunfa allá en el cielo... Así sea.

INSTRUCCION CUADRAGESIMA.

SACRAMENTO DEL ORDEN.

INSTRUCCION SEGUNDA.

EFFECTOS DEL SACRAMENTO DEL ORDEN.

TEXTO. — *Posui vos ut eatis et fructum afferatis.* Os establecí para llenar una misión santa y fecunda en gracias...

(S. JUAN, CAP. XV, VERS. 17.)

EXORDIO. — Hermanos míos, en la instrucción anterior os hablé del Orden, de la forma y de la materia que lo constituyen. Voy á probar de daros una idea más completa de las piadosas ceremonias que acompañan á la administración de este sacramento... Pero, ¿cuál es el ministro y cuál el sujeto legítimos del sacramento del Orden?

El ministro del sacramento que nos ocupa es el Obispo propio del óven levita que va á ser ordenado; — otro no podría conferir las sagradas órdenes sinó mediante el consentimiento del Obispo del ordenando... Que los Obispos, que han recibido la plenitud del sacerdocio, sean los únicos ministros de este sacramento, esto cae de su peso. En la augusta jerarquía de la santa Iglesia católica, son ellos nuestros jefes; nosotros dependemos de su autoridad y trabajamos bajo sus órdenes... Ahora bien, en un ejército perfectamente disciplinado, el jefe es quien elige á los soldados á quienes quiere encomendar una misión más especial, ó asociar á su mando. De igual manera el Obispo, al imponernos las manos, al consagrarnos de presbíteros, nos elige como á ayudantes dóciles, que deberán secundarle y trabajar bajo sus órdenes en la salvación de las almas...

El sujeto del sacramento del Orden puede serlo todo hombre bautizado, que goce de inteligencia y esté libre de todo compromiso secular, tales como el matrimonio, el servicio militar y otros (1)... Pero yo he

(1) He creído inútil enumerar los demás casos de irregularidad, como la herejía, la mutilación, etc., etc...

vos... Releyeron más de una vez las hermosas oraciones que el Obispo pronuncia en esa augusta circunstancia, y algunos años más tarde uno y otro se hacían sacerdotes católicos y se convertían en apóstoles de Inglaterra... Eran el célebre Eurique Newman y un íntimo amigo suyo llamado Dalgairus.

Comprendieron, al estudiar esa institución del sacerdocio católico, lo que más tarde debían comprender Faber, Manning y otros muchos ilustres convertidos, que la Iglesia anglicana, en la cual habían sido educados, no era más que un protestantismo disfrazado; que la sombra de sacerdocio conservada entre ellos, solamente se remontaba á Enrique VIII, príncipe libertino y verdadero fundador del anglicanismo... El sacramento del Orden les descubría horizontes nuevos... Aquellos levitas que acababan de ver consagrar presbíteros, recibían un poder que, por una tradición no interrumpida, se remontaba hasta á los Apóstoles. Decíanse que esta perpetuidad del sacerdocio debía ser necesariamente una señal de la Iglesia verdadera... Estudiaron de buena fé esta cuestión y, como llevo dicho, pocos años después se arrodillaban ambos ante un Pontífice católico y recibían el sacramento del Orden...

¿No es realmente, carísimos hermanos, un espectáculo admirable esta bella jerarquía de la santa Iglesia católica, remontándose hasta á Jesucristo?... Jerarquía conservada y consagrada por el sacramento de que os hablo... En ella el sacerdote está sometido á su obispo: este último reconoce la autoridad del Soberano Pontífice, vicario de Jesucristo... Todo se liga, todo se encadena con un orden admirable... Cuando nosotros instruimos á vuestros hijos, es como si el Obispo, como si el Soberano Pontífice, más aún, como si el mismo Jesucristo les instruyese... ¡Ah!... Demos frecuentemente gracias al Señor por habernos hecho nacer en el seno de esta augusta sociedad, custodia fiel de sus enseñanzas, verdadera heredera de todo el amor que él profesa á nuestras almas... Seámosle adictos desde el fondo de nuestro corazón, y sobre todo mostrémosnos dóciles en seguir sus enseñanzas, á fin de que merezcamos la dicha de ser un día admitidos en esa porción de la Iglesia que triunfa allá en el cielo... Así sea.

INSTRUCCION CUADRAGESIMA.

SACRAMENTO DEL ORDEN.

INSTRUCCION SEGUNDA.

EFFECTOS DEL SACRAMENTO DEL ORDEN.

TEXTO. — *Posui vos ut eatis et fructum afferatis.* Os establecí para llenar una misión santa y fecunda en gracias...

(S. JUAN, CAP. XV, VERS. 17.)

EXORDIO. — Hermanos míos, en la instrucción anterior os hablé del Orden, de la forma y de la materia que lo constituyen. Voy á probar de daros una idea más completa de las piadosas ceremonias que acompañan á la administración de este sacramento... Pero, ¿cuál es el ministro y cuál el sujeto legítimos del sacramento del Orden?

El ministro del sacramento que nos ocupa es el Obispo propio del óven levita que va á ser ordenado; — otro no podría conferir las sagradas órdenes sinó mediante el consentimiento del Obispo del ordenando... Que los Obispos, que han recibido la plenitud del sacerdocio, sean los únicos ministros de este sacramento, esto cae de su peso. En la augusta jerarquía de la santa Iglesia católica, son ellos nuestros jefes; nosotros dependemos de su autoridad y trabajamos bajo sus órdenes... Ahora bien, en un ejército perfectamente disciplinado, el jefe es quien elige á los soldados á quienes quiere encomendar una misión más especial, ó asociar á su mando. De igual manera el Obispo, al imponernos las manos, al consagrarnos de presbíteros, nos elige como á ayudantes dóciles, que deberán secundarle y trabajar bajo sus órdenes en la salvación de las almas...

El sujeto del sacramento del Orden puede serlo todo hombre bautizado, que goce de inteligencia y esté libre de todo compromiso secular, tales como el matrimonio, el servicio militar y otros (1)... Pero yo he

(1) He creído inútil enumerar los demás casos de irregularidad, como la herejía, la mutilación, etc., etc...

preguntado cuál era el sujeto *legítimo*, y con esta palabra entiendo aquellos que pueden recibir este sacramento con más fruto... Tres condiciones sobre todo se requieren: la vocación, la instrucción necesaria y una conducta edificante.

La vocación... Es decir ciertos signos que muestran de un modo probable, que Dios llama á tal ó cual jóven á las sublimes funciones del sacerdocio. El amor de la Iglesia, una piedad precoz y continua, la afición á las ceremonias religiosas y otros signos todavía, que sería demasiado largo enumerar, pueden considerarse como señales de una vocación formal.

Como el sacerdote tiene que explicar la ley de Dios, solventar á veces las dudas de sus parroquianos, contestar á las dificultades de los impíos, ya comprendéis cuán indispensable es que posea una instrucción más que regular y sobre todo la inteligencia de las cosas santas... Por eso no ignoráis que se nos hace pasar largos años en esas escuelas de ciencia y de *piedad*, que se llaman seminarios.

He añadido de *piedad*, para significaros que no bastaba la ciencia, sino que además se probaba el carácter del jóven levita, se examinaban cuidadosamente las tendencias de su corazón y se estudiaban severamente sus costumbres... Después de haber reconocido en un jóven esas señales de vocación es cuando sus superiores, llevándole por decirlo así de la mano, le presentan al Obispo, como un sujeto capaz para recibir el sacramento del Orden... Adelántase este último, las más de las veces temblando, tranquilo empero por los avisos, consejos y á veces órdenes de sus directores... volveremos luego á hablar de esto.

Proposición y División. — Esta mañana deseo hablaros, *en primer lugar*, de los efectos del sacramento del Orden, y *en segundo lugar*, añadir algunas palabras sobre la necesidad del Sacerdocio...

Primera parte. — Un primer efecto del sacramento del Orden es, como ya sabéis, el de imprimir, como el Bautismo y la Confirmación, un carácter indeleble... Os he dicho ya que este carácter impreso por los sacramentos era un sello, una marca permanente, una especie de firma indeleble, que Jesucristo trazaba sobre el alma de aquellos que los reciben... Tú, jóven levita, te has postrado á los piés del Obispo; él ha santificado tus manos por medio de una unción santa, y ha llamado

sobre ti las gracias de lo Alto... ¡Levántate ahora, ya eres sacerdote de Cristo!.. *Tu es sacerdos in æternum*. Ya está hecho: ya eres sacerdote, sacerdote por toda la eternidad. En el cielo, á donde Dios te llama, un carácter augusto hará que se te reconozca y venere hasta entre los ángeles... No hablemos del infierno, donde este carácter sagrado señala al sacerdote infiel á las mofas de los demonios ..

Pero ¿cuáles son los otros efectos del sacramento del Orden?... El catecismo nos lo va á decir: «Da á los que lo reciben, el poder de cumplir sus sagradas funciones y las gracias para ejercerlas santamente y con fruto.»

En las instrucciones precedentes, hermanos míos muy amados, os he presentado ya al sacerdote acogiendo á vuestros hijitos en la iglesia, vertiendo sobre ellos el agua santa del Bautismo... No hace muchos días que, hablándoos de la Extremaunción, os lo presentaba visitando á los enfermos más abandonados, exponiendo, con una abnegación que sólo Dios puede dar, abandonando su vida á los miasmas del cólera, al soplo de las más terribles epidemias... Os dije que murieron ayer y que mueren todavía hoy á centenares estos sacerdotes tan desconocidos, sin que ninguna peste, ni ningún azote haya podido dominar su valor, ni impedirles el llevar á los pobres moribundos los consuelos de la fé...

Oid un hecho tomado de entre mil otros... Lo saco de la vida de san Carlos Borromeo... Una terrible peste se cebaba en la ciudad de Milan... Habían huido las familias; los parientes habían abandonado, hasta sin darles sepultura, al padre, á la madre, á los hijos; pero ahí estaba el santo arzobispo, Carlos Borromeo... Acude en medio de aquella ciudad consternada, acompañado por adictos sacerdotes, y los enfermos son consolados, asistidos los moribundos y los muertos sepultados... Su valor hace renacer poco á poco la confianza, é inspira numerosos actos de abnegación...; Hablaré de tí, héroe Belzunce?... Este ilustre obispo de Marsella mostró igual abnegación en una circunstancia parecida... La gratitud de la ciudad le erigió una estatua... y hoy los impíos, los revolucionarios hablan de echarla al suelo...; Gran Dios!; cuán tristes son los tiempos en que vivimos !...

Citemos otra función del sacerdote: ha de instruir... En el catecismo hablará con dulzura á vuestros hijos. balbuceará con ellos por decirlo así, para hacerse entender mejor, los primeros elementos de la fé..... Vosotros habeis visto la paloma; sabeis cuánta es su amorosa industria para con sus pequeñuelos; temerosa de que los granos que recoge no puedan ser digeridos por el estómago demasiado débil aún de sus pichoncitos, los tritura en su pico, y forma con ellos una especie de lechada con que los alimenta... Así lo hace con vuestros hijos el sacerdote; se adiestra en hablar su lenguaje, en poner al alcance de su jóven inteligencia los misterios de nuestra santa religión... Su lenguaje, en este púlpito, sin dejar de ser paternal, estará á veces animado por una santa osadía cuando se tratará de abatir el vicio, ó de estigmatizar ciertos desórdenes demasiado comunes en nuestros días... Por poderosos que sean los culpables, por numerosos y ricos que sean aquellos á quienes debe reprender, fuerte con la misión que recibió, hablará, no se callará. Dirá á los profanadores del domingo: Esto no os está permitido. Dirá á los que se enriquecen por medio de fraudes é injusticias: Esto no os está permitido... A los libertinos, á los licenciosos, aun cuando sean príncipes y debiera, como san Juan Bautista, ser aborrecido y perseguido hasta la muerte, les dirá lo que decía el santo Precursor al rey Herodes: « No te está permitido vivir en la lujuria y en el libertinaje... Cien veces se ha recomendado á los sacerdotes lo que los impíos de otros tiempos recomendaban á los profetas: « ¿ Decidnos cosas que nos agraden!... ¿ Para qué hablarnos tan amenuado de la confesión y del trabajo del domingo? ¿ para qué hablarnos, especialmente, de los juicios de Dios y del infierno? Rasgad una parte de vuestro Evangelio, suprimid la mayor parte de vuestros mandamientos... En una palabra, decidnos cosas que nos agraden (1)... » Y han venido las persecuciones: hubo una época en que los sacerdotes fueron encarcelados y guillotina- dos. Y aún en nuestros días, mientras se aguarda la hora en que se tenga la libertad de fusilarles, á cuántos municipios se ha visto en Francia, quitando á los sacerdotes ese pedazo de pan, ese recurso destinado á los pobres y que llaman un *Suplemento!*... ¡núttil tentativa!... El sacer-

(1) *Loquimini nobis placentia* (Isaias, c. xxx, v. 10.)

dote, apesar de todas las amenazas, ha conservado la libertad de su palabra, ó por mejor decir, la libertad de la palabra de Dios.

¿ Qué es pues, hermanos míos muy amados, lo que puede dar esta fuerza, este valor, esta energía á un jóven tan tímido todavía ayer?..... El sacramento del Orden... Sí, este sacramento es el que da la gracia de ejercer santamente las sagradas funciones sacerdotales.

Pero dejemos el púlpito; penetremos juntos en este santo tribunal, que se llama el tribunal de la Penitencia... El sacerdote, instituido juez en lugar de Dios, tendrá palabras llenas de conmiseración, de una ternura enteramente maternal para los pecadores verdaderamente arrepentidos; les fortalecerá, les dará los más sábios consejos, y ellos no le dejarán hasta estar bendecidos y perdonados... Pero, si vienen esos pecadores rencorosos, ú otros que se entregan sin escrúpulo á los hábitos más vergonzosos, á estos les dirá en nombre de Dios: « No hay perdón para vosotros, si no perdonais de todo corazón á vuestros enemigos. No hay perdón para tí si no devuelves, si no restituyes estos bienes mal adquiridos... No hay perdón para tí, si continúas sosteniendo esta unión criminal... » Cierta día, un rey de Francia llamado Luís XIV, como continuase, apesar de los consejos que se le habían dado, viviendo en el adulterio, fué, con todo y ser todo un rey, echado del confesionario y despedido sin absolución... Se sometió y alejó de su palacio á aquella mujer, objeto de una pasión culpable (1)... Otra cortesana real, á la sazón omnipotente, se vió en el caso de que un sacerdote fiel le negó la absolución... Dícese que ella lo hizo desterrar (2)... Pero ¿ qué le importaba á aquel humilde confesor este castigo?... ¿ No era víctima del deber?... ¿ Qué le da pues aún, hermanos míos muy amados, al sacerdote católico esta fuerza y esta energía? Es, no os quepa duda, el sacramento del Orden.

Aun cuando os he hablado largamente del santo Sacrificio de la Misa, quiero sin embargo presentaros en pocas palabras al sacerdote en el altar y haceros admirar la magnitud del poder que le ha conferido el sacramento del Orden... Es inútil repetiros que el santo Sacrificio de la Misa es lo mismo que el de la cruz, que el sacerdote, en este augusto misterio, es el lugarteniente de Jesucristo... ¡ Qué dicha! Pero

(1) Madame de Montespan.

(2) La Marquesa de Pompadour.

al propio tiempo ; cuán incomparable poder!.. ; Ah!.. aquí se puede aplicar aquella frase del Evangelio : ¡Bendito seas, oh Dios todo poderoso, que tal poder diste á los hombres!.. Ayer, ese jóven levita se arrodillaba aún casi como los demás fieles junto á la santa mesa... Pero luego su obispo, después de haberle impuesto las manos, le ha entregado un vaso sagrado, que se llama un cáliz... « Recibe, jóven amigo mio, le dice, recibe el poder de ofrecer el santo Sacrificio de la Misa ; á tu voz, Jesucristo descenderá sobre el altar ; el pan se convertirá en su cuerpo y el vino se transformará en su sangre en el sagrado cáliz. » Y este poder incomparable que no poseen, ni los Angeles, ni la misma Virgen Santísima, nos ha sido dado á nosotros, nosotros lo poseemos... ; Ah!.. ; qué emociones se apoderan de nuestros corazones, cuando por vez primera ejercemos este augusto poder!.. ; Con qué respeto pronunciamos las palabras santas!.. Nuestras manos tiemblan cuando presentamos por primera vez la sagrada hostia á la adoración de los fieles : todo nuestro sér se extremece de admiración, de reconocimiento y de amor!.. ; Sí, bendito y ensalzado seas, Dios mio, por haber dado á los hombres tal poder!..

Segunda parte. — Para terminar lo que debo deciros sobre el sacramento del Orden, os citaré algunos piadosos pensamientos del santo párroco de Ars, que reasumen admirablemente los efectos producidos por este sacramento y demuestran la necesidad del Sacerdocio (1).

« Parece, decía á los fieles que le escuchaban, que este sacramento del Orden no interesa á nadie de entre vosotros, y sin embargo interesa á todo el mundo ; porque él es el que hace al sacerdote... Y ¿qué es un sacerdote?.. Un hombre que ocupa el lugar de Dios, que está revestido de todos los poderes de Dios : Anda, dice el Señor al sacerdote, cual mi Padre me ha enviado, te envío yo. Cuando el sacerdote remite los pecados, no dice : « Dios te perdona » ; sinó que dice : « Yo te absuelvo »... En la consagración, no dice : « Éste es el cuerpo de Nuestro Señor Jesucristo » ; sinó : « Éste es mi cuerpo. »

« San Bernardo nos dice que todo nos ha venido por Maria ; se puede decir asimismo que todo nos ha venido por el sacerdote : sí, to-

(1) Véase el tomo II de su *Vida*.

das las dichas, todas las gracias, todos los dones celestiales... Si no tuviésemos el sacramento del Orden, no tendríamos á Nuestro Señor Jesucristo... ¿Quién le ha puesto aquí, en el tabernáculo? Es el sacerdote... ¿Quién ha recibido vuestra alma á su entrada en la vida? El sacerdote... ¿Quién la preparará para comparecer ante Dios, lavando por última vez esta alma en la sangre de Jesucristo? El sacerdote, siempre el sacerdote... Y si esta alma llega á morir por el pecado, ¿quién la resucitará, quién la devolverá la paz y el sosiego? También el sacerdote... No podéis recordar ni un solo beneficio de Dios, sin encontrar, al lado de este recuerdo, la imágen del sacerdote. »

Y el santo párroco proseguía diciendo : « Id á confesaros con la Virgen Santísima ó con un Angel, ¿os absolverán? ; os darán el cuerpo y la sangre de Nuestro Señor Jesucristo? Nó ; la Virgen Santísima no puede hacer descender á la hostia á su divino Hijo. Aun cuando tuvieseis aquí doscientos ángeles, no podrían absolveros. Un sacerdote, por simple sacerdote que sea, lo puede... Sin el sacerdote, la muerte y la pasión de Nuestro Señor Jesucristo de nada servirían. Ved los pueblos salvajes : ¿de qué les sirvió que Jesucristo hubiese muerto? ; Ay! no podrán participar de los beneficios de la Redención, mientras no tengan sacerdotes que puedan aplicarles su sangre... Dejad una parroquia veinte años sin sacerdote, y en ella se adorará á las bestias... Cuando se quiere destruir la religión, se empieza por atacar al sacerdote, porque allí donde no hay sacerdote, ya no hay sacrificio, ya no hay religión... »

PERORACIÓN. — El santo párroco decía verdad, hermanos míos ; en todos tiempos, los impíos y los herejes que querían destruir el reinado del Evangelio sobre la tierra han tratado de suprimir el sacerdote... ; Y ved con qué furor los incrédulos y los nuevos salvajes de nuestros días se levantan contra el sacerdote!.. Comprenden que hay allí un dique que se opone á sus brutales pasiones, un baluarte que sostiene los restos del orden social... Esperemos que Dios confundirá sus siniestros proyectos, y conservará hasta el fin de los tiempos en su Iglesia un sacerdocio digno de ella y de su divino fundador... Así sea.

INSTRUCCION CUADRAGESIMOPRIMERA.

SACRAMENTO DEL MATRIMONIO.

INSTRUCCION PRIMERA.

EL MATRIMONIO ¿ ES UN SACRAMENTO? DOS CUALIDADES QUE HONRAN AL MATRIMONIO CRISTIANO.

TEXTO. — *Filii Sanctorum sumus et non possumus ita conjugii sicut gentes quæ ignorant Deum.* Somos hijos de Santos y no debemos casarnos como los paganos que no conocen á Dios.

(TOBIAS, CAP. VIII, 5.)

EXORDIO. — Hermanos míos muy amados, empezaré también estas instrucciones sobre el Matrimonio con una historia sacada, como las otras, de nuestros Libros sagrados... Voy á contaros el matrimonio del jóven Tobías (1)... Este jóven, siguiendo el consejo del Arcángel Rafael que le guiaba, había pedido por esposa á Sara, hija de Raguel, amigo de su padre... Varios novios de esta jóven habían muerto estrangulados por el demonio, y el jóven Tobías había vacilado en seguir los consejos de su augusto guía... « Nada temas, le había dicho el Angel, el demonio no más tiene poder sobre aquellos que, olvidando al Señor y su ley santa, sólo buscan en el matrimonio satisfacciones groseras, como los irracionales; ellos mismos se entregan al espíritu del mal. »

Tranquilizado pues con estas palabras, el jóven Tobías había pedido á Sara por esposa... Vacilaba en concedérsela el padre, temiendo para el hijo de su amigo la suerte de los novios precedentes. « No vaciles, le dijo el Angel, en consentir en este matrimonio; tu hija es buena y Dios le reservaba un esposo según su corazón ». Raguel consintió entonces en la unción pedida... Cojiendo la mano derecha de Sara, la

(1) V. el Libro de Tobias, c. VI, VII y VIII, y Darras, *Hist. génér. de l'Eglise*, t. III, pág. 76 y siguientes.

colocó en la mano derecha de Tobías, pronunciando estas palabras: « El Dios de Abraham, de Isaac y de Jacob esté con vosotros, y él mismo forme los nudos de vuestra alianza y derrame sobre vosotros la abundancia de sus bendiciones... » Celebróse un festin... En cuanto los jóvenes esposos hubieron penetrado en la cámara nupcial, Tobías se acordó de las recomendaciones del Angel: « Hermana mia, dijo á Sara, recemos juntos; porque nosotros somos hijos de santos, y nuestra unión no debe parecerse á la de los paganos que no conocen á Dios. » Y en su oración, decía Tobías: « ¡ Oh Dios que formaste de tierra el cuerpo de Adán y le diste á Eva por compañera... Tú sabes con qué pureza de intención he tomado á mi hermana por esposa; yo recibiré de tu mano los hijos que me concedas para educarlos en el temor y en el amor de tu nombre. » Sara, por su parte, suspiraba en su oración estas palabras: « ¡ Señor, ten piedad de nosotros!... Concedémos la gracia de que pasemos juntos largos días en la fidelidad á tu servicio. » ¿ Necesito añadir que aquella unión fué una de las más dichosas de que la historia haya conservado el recuerdo?

PROPOSICIÓN. — Ejemplo conmovedor, hermanos míos muy amados, y que forma el exordio más piadoso é instructivo para las enseñanzas que sobre el sacramento del Matrimonio os debo dar.

DIVISIÓN. — Para esta mañana, dos preguntas no más. *Primera*: ¿ El matrimonio es un sacramento?.. *Segunda*: ¿ qué cualidades distinguen y honran el matrimonio cristiano?

Primera parte. — Antes de Jesucristo, hermanos míos, no había sacramento, pues que todos los sacramentos fueron instituidos por él, para darnos la gracia y aplicarnos sus méritos... Por consiguiente, antes de la venida de nuestro divino Redentor, así como la Penitencia no podía ser más que una virtud, asimismo la unión del hombre y de la mujer no eran, por decirlo así, más que una especie de contrato.. Pero aquí elevad vuestros corazones... ¡ Qué nobleza, qué dignidad, qué santidad en este contrato!... Desde luego se podía tener el presentimiento de que llegaría á ser un sacramento... Remontáos conmigo al primer día del mundo, á la hora en que Adán dormía solo bajo la sombra del árbol de la vida... Durante aquel misterioso sueño, el Dios que le creó le toca con su omnipotente mano, y de una de sus

costillas forma una criatura perfecta, de belleza maravillosa, como todo lo que sale directamente de las divinas manos... Despiértate, Adán, ya no estás solo... El padre del género humano se despierta; y como si en un sueño misterioso hubiese visto ya á aquella compañera, la reconoce y exclama. «¡Ah!...; héla ahí, hueso de mis huesos, carne de mi carne... Se la llamará mujer (1)... El hombre dejará á su padre y á su madre, para unirse á su mujer, y serán dos en una sola carne...» Ya el Creador mismo, poniendo tal vez la mano de la una en la del otro, derramaba sobre ellos una bendición augusta, diciéndoles: «Creced y multiplicaos...» Era la institución del Matrimonio, era, como lo dice la Iglesia santa, esta bendición la única cuyas huellas no debían hacer desaparecer ni el diluvio ni los demás castigos (2).

Pero lo repito, esta bendición no tenía aún la dignidad de sacramento; por esto vemos esta unión del hombre y de la mujer, tan santa en su origen, profanada en las naciones paganas y hasta desconocida en el pueblo judío... A parte del ejemplo de Tobías que he citado, hay el de Joaquín y Ana, los venturosos padres de la Virgen María, y el de algunos otros santos personajes que pudiera aún nombrar... Sí, hasta entre los judíos, el matrimonio había visto aminoradas su dignidad y su santidad...

¡Comparece pues, adorable Salvador, venid á devolver á este divino contrato la nobleza de su origen!.. Viene, repara esta brecha abierta en la dignidad del hombre, como tantas otras reparará... Cierta día, en que una turba inmensa le había seguido hasta la otra parte del Jordán (3), los fariseos vinieron á hacerle algunas preguntas para tentarle, como dice el Evangelio, pero tal vez también para autorizar ciertas debilidades de su corazón. — «Maestro, le dijeron, ¿le es permitido á un hombre despedir á su mujer sea por la causa que fuere?...» Y Jesús les contestó: «¿No habeis leído en la Escritura, que el que creó al hombre desde el principio, no creó más que un solo hombre y un

(1) He traducido así la palabra *vira*, *virago*; las palabras *varona* y *heribraz* me han parecido menos comprensibles para el auditorio á que me dirijo.

(2) Oraciones del matrimonio en el *Ritual romano*.

(3) *S. Mateo*, c. XIX, v. 3 y siguientes.

sola mujer?... Y que por esta razón se dijo, el hombre dejará á su padre y á madre, para unirse con su mujer; y serán dos en una sola carne... Por esto después del matrimonio, no son ya dos, sino que no forman más que uno. No tenga pues el hombre la temeridad de separar lo que Dios unió.»

¿Fue en esta ocasión cuando nuestro divino Redentor afirmó tan categóricamente la santidad del matrimonio?... ¿Fue cuando, asistiendo á las bodas de Caná, obraba su primer milagro y bendecía tal vez á los jóvenes esposos?... ¿Fue en otras circunstancias cuando elevó esta unión legítima del hombre y de la mujer á la altura de un sacramento?... No lo puedo decir... Pero lo que afirmo es que los mismos Apóstoles enseñaban que el Matrimonio era un sacramento, y que san Pablo, en una de sus Epístolas (1) hasta le llama un gran sacramento.

Sujeto de este sacramento lo es todo fiel bautizado que tenga la edad, inteligencia y otras condiciones todavía... La *materia* de este sacramento es el consentimiento de los dos esposos; la *forma* es la expresión de este consentimiento dado sea de palabra, sea por señas, pero siempre de un modo cierto y evidente (2)... Puede además decirse, con verdad, que los *ministros* del sacramento son los esposos mismos, puesto que son ellos quienes cojiéndose de la mano dicen: «Sí, tomo por esposo á fulano; quiero á fulana por esposa», y así aplican las palabras al consentimiento... Pero esto me parece demasiado sutil... Prefiero decirlo que la Iglesia santa no reconoce como válido más matrimonio que el contraído ante el sacerdote, y exige para la integridad del sacramento que se pronuncie esta fórmula: «Yo os uno con los lazos del Matrimonio, en nombre del Padre, del Hijo y del Espíritu Santo...» Y mientras nosotros pronunciamos estas palabras los jóvenes esposos están cojidos de la mano, prueba enérgica de que consienten en esta unión, sobre la cual llamamos los auxilios del cielo...

Sí, el testimonio de los santos Doctores, la tradición de la Iglesia, la Sagrada Escritura, todo se reúne para afirmar que el Matrimonio es

(1) *Epístola á los Efesios*, c. V, vers. 32.

(2) V. Santo Tomás, *Suma Teológica*; *Suplemento*, cuest. XLII y siguientes.

uno de los siete sacramentos cuya administración Jesucristo dejó encomendada á la santa Iglesia católica, apóstolica y romana (1).

Segunda parte. — Quisiera, hermanos míos, con el auxilio de Dios haceros comprender bien dos cualidades que distinguen, que honran el matrimonio cristiano, y que únicamente existen en la Iglesia católica, porque sólo ella reconoce el Matrimonio como un sacramento, y sólo ella recibió de su divino Autor el poder de imponer este eficaz freno á las pasiones humanas... A vosotros, cristianos que me escucháis, hombres laboriosos, mujeres fieles, esposos cristianos educados en la religión católica, voy á sorprenderos indicándoos estas dos cualidades... Vedlas ahí: son la *unidad* y la *indisolubilidad*... Esta última palabra es un poco larga; pero os la explicaré en un instante.

La *unidad*, fruto del Matrimonio como sacramento... ; Ah ! ¿sabeis bien lo que quiere decir esta palabra? Expresa esa unión augusta del hombre y la mujer, restablecida en aquella dignidad santa, que Dios la había dado en el Paraíso terrenal... ! Un solo Adán, una sola Eva!.. Un solo hombre y una sola mujer unidos juntos, viviendo de la misma vida, educando santamente á sus hijos, soportándose mutuamente sus defectos. Ved ahí lo que llamo la unidad del matrimonio, uno de los signos más augustos que distinguen el Matrimonio cristiano... ¿ No sabeis acaso lo que pasaba antes de Jesucristo... especialmente en los pueblos paganos?... Las mujeres entregadas como vil ganado á los caprichos del hombre, y esto en todos los pueblos, excepción hecha, como he dicho ya, del pueblo judío, donde se encontraban alguna que otra unión santa... ¿ Y después de Jesucristo?... Sin hablar de los salvajes, ved lo que pasa entre los turcos, entre los mulsumanes... En un vasto recinto, que ellos llaman su serrallo, están encerradas, á manera de rebaños más ó menos numerosos según que sus propietarios son más ó menos ricos, centenares de mujeres... Lo mismo pasa en China y en todos los parajes donde no ha penetrado el Cristianismo... ¿ Acaso los mismos herejes, los protestantes por ejemplo, han respetado la unidad del matrimonio?.. Nó, hermanos míos. Verdad es que en nuestros países donde las leyes

(1) V. Boucarut, *Instructions Historiques et Théologiques sur les Sacraments*, t. V, pag. 30 y sigu. — Esta estimable obra que citamos por última vez, sería una obra maestra, si fuese menos difusa, y en ella no hiciese el autor tanta ostentación de una erudición que por do quier se encuentra...

civiles, impregnadas de cierto espíritu católico, no reconocen á un hombre el derecho de tener varias esposas legítimas, se someten á las leyes.. El código civil les obliga á no tener más que una esposa legítima... Por lo demás, me complazco en reconocer que tal vez hay protestantes honrados y de buena fe, que respetan la santidad del matrimonio... Pero lo que es igualmente cierto es que su religión, autorizando el divorcio, les permite hacer trizas esta santa unidad que nuestro Sacramento estrecha...

Oid á propósito de esto una historia... Un monarca, famoso por sus excesos, pero protector de la herejía luteriana en su nacimiento, escribía un día á Lutero : « Doctor, es preciso que me permitais tener dos mujeres legítimas á la vez, ó abandono vuestro causa... » Después de haberse puesto de acuerdo con las mejores cabezas del protestantismo, Lutero respondió : « Señor, se os permite... » Habría podido añadir : « Sultán oma tres, cuatro, diez si quieres (1).. » Y en efecto, hermanos míos muy tamados, una vez roto el principio de la unidad, ¿ qué freno se puede imponer á las pasiones desencadenadas?... ¿ Dónde se detendrán?... Fijad los límites !... ; Esto sería la destrucción de la santa institución del matrimonio, sería el serrallo reemplazando al hogar, á este dulce hogar de la familia católica, santuario augusto en cuyo seno hemos visto á nuestro padre y á nuestra madre amándose exclusivamente uno á otra hasta su última hora!...

; La unidad!... Un solo hombre unido con una sola mujer, como lo estuvo Adán con Eva; ved ahí, carísimos hermanos, una de las noblezas que el sacramento del Matrimonio da á la unión de los dos esposos...

Otra dignidad que el Matrimonio, como sacramento, proporciona á esta unión, es la *indisolubilidad*... Es decir que la sociedad formada por el sacramento del Matrimonio solamente puede ser disuelta por la muerte... Jesucristo mismo lo ha dicho : « El hombre no debe separar

(1) V. *Histoire des Variations*. Bossuet cita este hecho con todas las pruebas fehacientes.

lo que Dios unió (1). » Y añadía : « El que despide á su mujer y se une con otra es un adúltero. »

Ahora bien, hermanos míos muy amados, quiero hacer caso omiso de los paganos y de los musulmanes... Me concretaré aquí aún únicamente á los herejes de nuestros días... En todos los puntos donde reina el protestantismo, en todos, os lo repito, en Inglaterra, en Suecia, en Alemania, está permitido el divorcio... y esto por los motivos más frívolos... ; El Matrimonio con el divorcio!... Esto es una especie de arrendamiento revocable cuando se quiera... « Padres, vuestra mercancía no me conviene : volvéos á quedar con ella! (2)... »

¡ Pobre niña! ; cuán bellas promesas se te habían hecho! Eras casi feliz al dejar el hogar paterno, para seguir á este marido á tu gusto... ; Cuán dulces sueños de ventura se había formado tu imaginación!... Pero desilústrate, hija mía : apenas ha pasado un año, y ves como una á una se van desvaneciendo tus ilusiones... Otra ha ocupado en el corazón de tu marido el lugar que tú creías ocupar para siempre en él... Después de los breves meses que durará el escandaloso proceso que el divorcio exige, tu rival vendrá á sentarse en el mismo sitio donde tú meces ahora á tu tierno hijo... Y tú volverás al seno de tu antigua familia, marchita y desconsolada, sobradamente feliz aún si se te permite llevar en tus brazos á ese querido hijo que descansa en tu regazo... ; Qué cuadro tan triste! Y sin embargo, ; cuán común es en los países protestantes, cuya religión permite el divorcio!

PERORACIÓN. — El sacramento del Matrimonio, carísimos hermanos míos, es el único que se opone á esta degradación, que se llama el divorcio ó la poligamia... Por él estan aseguradas esta unidad, esta indisolubilidad de un compromiso solemne, contraído al pie de los altares y consagrado por las bendiciones de la Iglesia santa... Esposos cristianos que me escucháis, ; habéis reflexionado sobre esto alguna vez?.. Y sin embargo ésta es una de las gracias insignes, uno de los numerosos beneficios que de-

(1) *S. Mateo*, cap. citado y los *Comentarios* de Cornelio a Lapide sobre este capítulo...

(2) *S. Mateo*, cap. citado y los *Comentarios* de Cornelio a Lapide sobre este capítulo.

hemos á Jesucristo, y que su santa Iglesia nos comunica... ; Cuán bello es el cuadro que ofrece una familia cristiana, dos corazones formando uno solo, dos corazones unidos juntos para educar en el temor de Dios á los hijos que el Señor les dió ; dos corazones unidos para siempre jamás ante Dios, amándose en su vejez como en la primavera de su vida!... ; Oh noble sacramento del Matrimonio!... tú eres quien estrechó estos nudos en la tierra... ; Ojalá que estos benditos lazos puedan unir aún á estos dos esposos en la eterna bienaventuranza!... Así sea.

INSTRUCCION CUADRAGESIMOSEGUNDA.

SACRAMENTO DEL MATRIMONIO.

INSTRUCCION SEGUNDA.

FINES DEL MATRIMONIO : DEBERES QUE ESTE SACRAMENTO IMPONE.

TEMA.— *Filii Sanctorum sumus et non possumus ita conjungi sicut gentes quæ ignorant Deum.* Somos hijos de santos y no debemos unirnos como los paganos que no conocen á Dios.

(TOBIAS, CAP. VIII, VERS. 5.)

EXORDIO. — Hermanos míos muy amados, pocas instrucciones os daré sobre el Matrimonio. Los deberes de los esposos, los deberes de las esposas y sobre todo los deberes de los padres son asuntos que he tratado muchas veces, en nuestras pláticas de la noche... Pero hay un punto relativo al sacramento del Matrimonio, del cual quiero deciros algunas palabras al empezar esta instrucción ; se trata de los *impedimentos* del matrimonio. Se llama *impedimento* lo que se opone á la validez de un convenio, de un contrato... Suponed que un niño tiene en sus manos el reloj de oro de su madre ; no conociendo el valor de este obje-

lo que Dios unió (1). » Y añadía : « El que despide á su mujer y se une con otra es un adúltero. »

Ahora bien, hermanos míos muy amados, quiero hacer caso omiso de los paganos y de los musulmanes... Me concretaré aquí aún únicamente á los herejes de nuestros días... En todos los puntos donde reina el protestantismo, en todos, os lo repito, en Inglaterra, en Suecia, en Alemania, está permitido el divorcio... y esto por los motivos más frívolos... ; El Matrimonio con el divorcio!... Esto es una especie de arrendamiento revocable cuando se quiera... « Padres, vuestra mercancía no me conviene : volvéos á quedar con ella! (2)... »

¡ Pobre niña! ; cuán bellas promesas se te habían hecho! Eras casi feliz al dejar el hogar paterno, para seguir á este marido á tu gusto... ; Cuán dulces sueños de ventura se había formado tu imaginación!... Pero desilústrate, hija mía : apenas ha pasado un año, y ves como una á una se van desvaneciendo tus ilusiones... Otra ha ocupado en el corazón de tu marido el lugar que tú creías ocupar para siempre en él... Después de los breves meses que durará el escandaloso proceso que el divorcio exige, tu rival vendrá á sentarse en el mismo sitio donde tú meces ahora á tu tierno hijo... Y tú volverás al seno de tu antigua familia, marchita y desconsolada, sobradamente feliz aún si se te permite llevar en tus brazos á ese querido hijo que descansa en tu regazo... ; Qué cuadro tan triste! Y sin embargo, ; cuán común es en los países protestantes, cuya religión permite el divorcio!

PERORACIÓN. — El sacramento del Matrimonio, carísimos hermanos míos, es el único que se opone á esta degradación, que se llama el divorcio ó la poligamia... Por él estan aseguradas esta unidad, esta indisolubilidad de un compromiso solemne, contraído al pie de los altares y consagrado por las bendiciones de la Iglesia santa... Esposos cristianos que me escucháis, ; habéis reflexionado sobre esto alguna vez?.. Y sin embargo ésta es una de las gracias insígnis, uno de los numerosos beneficios que de-

(1) *S. Mateo*, cap. citado y los *Comentarios* de Cornelio a Lapide sobre este capítulo...

(2) *S. Mateo*, cap. citado y los *Comentarios* de Cornelio a Lapide sobre este capítulo.

hemos á Jesucristo, y que su santa Iglesia nos comunica... ; Cuán bello es el cuadro que ofrece una familia cristiana, dos corazones formando uno solo, dos corazones unidos juntos para educar en el temor de Dios á los hijos que el Señor les dió ; dos corazones unidos para siempre jamás ante Dios, amándose en su vejez como en la primavera de su vida!... ; Oh noble sacramento del Matrimonio!... tú eres quien estrechó estos nudos en la tierra... ; Ojalá que estos benditos lazos puedan unir aún á estos dos esposos en la eterna bienaventuranza!... Así sea.

INSTRUCCION CUADRAGESIMOSEGUNDA.

SACRAMENTO DEL MATRIMONIO.

INSTRUCCION SEGUNDA.

FINES DEL MATRIMONIO : DEBERES QUE ESTE SACRAMENTO IMPONE.

TEMA. — *Filii Sanctorum sumus et non possumus ita conjungi sicut gentes quæ ignorant Deum.* Somos hijos de santos y no debemos unirnos como los paganos que no conocen á Dios.

(TOBIAS, CAP. VIII, VERS. 5.)

EXORDIO. — Hermanos míos muy amados, pocas instrucciones os daré sobre el Matrimonio. Los deberes de los esposos, los deberes de las esposas y sobre todo los deberes de los padres son asuntos que he tratado muchas veces, en nuestras pláticas de la noche... Pero hay un punto relativo al sacramento del Matrimonio, del cual quiero deciros algunas palabras al empezar esta instrucción ; se trata de los *impedimentos* del matrimonio. Se llama *impedimento* lo que se opone á la validez de un convenio, de un contrato... Suponed que un niño tiene en sus manos el reloj de oro de su madre ; no conociendo el valor de este obje-

to, lo cede á un mercador á cambio de algunas chucherías... ¿ Creereis en conciencia que este negocio es válido y bueno?... Evidentemente que nó... Así en muchas otras circunstancias la misma ley civil prohíbe, es decir pone impedimentos á los contratos que no están conformes con la equidad...

Pero, oh cristianos, el Matrimonio no solamente es un sacramento; es por añadidura el más solemne, el más indisoluble de los compromisos que podáis contraer en este suelo, pues tiene que durar hasta la muerte... La Iglesia, nuestra madre, la guardiana más vigilante de la libertad de nuestras almas, exige también ciertas condiciones antes de sancionar la unión del esposo y de la esposa y de elevar su compromiso mútuo á la dignidad de sacramento. Y la falta de estas condiciones es lo que conocemos por *impedimentos* del Matrimonio... Es inútil enumerarlos...

El más común, el más ordinario es el impedimento de parentesco... En esto hay, hermanos míos muy amados, una señal de la sabiduría de la Iglesia protectora de las buenas costumbres... Hace apenas cien años, y esto existe aún hoy en ciertos países (1), había familias que vivían siglos enteros reunidas bajo un mismo techo; y sin que se distribuyese la herencia que habían dejado sus abuelos... Hijos de hermanos, hijos de primo-hermanos, todos estaban reunidos en el mismo hogar, en la misma mesa y debían considerarse como hermanos y hermanas... Para precaver los desórdenes que habría podido engendrar esta mezcla de próximos parientes viviendo juntos, la Iglesia intervino... « Hijos míos, les dije, sed prudentes; no está permitido el matrimonio, entre vosotros... » Y esta amenaza, ó mejor este *impedimento* entre próximos parientes que vivían bajo un mismo techo, evitaba el desorden y hacía que unos á otros se respetasen como respetan á sus hermanas los hermanos...

Ved ahí, hermanos míos, la razón de esta ley de la Iglesia que prohíbe el matrimonio entre parientes. Esta necesidad de asegurar la moralidad entre parientes es tan evidente, que hasta la misma ley civil pro-

(1) Esta costumbre subsiste aún en ciertos cantones de Bretaña y de Saboya, y tal vez en otros puntos.

hibe estas uniones hasta un grado determinado, é impone una importante multa al hombre que se quiere casar con su cuñada, al tío que quiere unirse en matrimonio con su sobrina, etc...

Pero dejemos aparte estas consideraciones... Es cosa cierta que la Iglesia tiene el derecho de establecer impedimentos al matrimonio, y de prescribir las condiciones bajo las cuales concederá la gracia de un sacramento que le pertenece y del cual solamente ella puede disponer...

PROPOSICIÓN. — Tengo intención de hablaros de los deberes que contraen las personas que se casan, y haceros ver que el sacramento del Matrimonio, bien recibido, les da las gracias necesarias para cumplir estas obligaciones.

DIVISIÓN. — Veremos pues, *en primer lugar*, paraqué estableció Dios el Matrimonio, y *en segundo lugar*, los deberes que contraen las personas que se casan.

Primera parte. — Me parece, hermanos míos muy amados, que al establecer esta unión santa que llamamos el Matrimonio, y de que Dios Nuestro Señor hizo un sacramento, la divina Providencia tenía dos intenciones igualmente santas y dignas de respeto... La primera era la propagación del género humano; la segunda, la santificación de las personas que se casan...

La propagación del género humano, es decir la multiplicación de los seres racionales, formados como Adán á imágen de Dios, capaces para adorar á aquel Sér soberano, debiendo servirle en este suelo y destinados á alabarle por toda una eternidad... Éste es el primer fin de la institución del Matrimonio... ; Oh !... vais á comprenderlo... Asistamos juntos al primer casamiento que tuvo lugar en este mundo... Era en el Paraíso terrenal... Ved á Adán y á Eva, uno y otro arrodillados á los piés de su Criador... El Omnipotente extiende sus manos sobre ellos... Oíd la bendición que va á dar á aquellos primeros esposos... ¡ Me paro y escucho ! « *Creded y multiplicáos.* » *Crescite et multiplicamini*... Ved ahí, hermanos míos, el primer objeto, el primer fin de esta santa unión que se llama el Matrimonio... Es una bendición de fecundidad echada sobre nuestros primeros padres... ; *Creded y multiplicáos* !... Que vuestra unión no sea fuente de goces egoístas y culpables... ; *Creded y multiplicáos* !... Que vuestro amor sea fecundo

como el mío, que de él sé á hijos á quienes amaréis, á quienes educaréis en mi temor y en mi amor... Y, como os decía el domingo pasado, apesar de la caída original, no fué retirada esta bendición... Nuestros primeros padres salieron del Paraíso terrenal; multiplicaron su descendencia... Y si entre sus hijos se halla Caín el fratricida, hubo también Abel el mártir, Seth el justo y muchos otros servidores de Dios, que la Sagrada Escritura no menciona...

Crescite et multiplicamini. Creced y multiplicaos...; Ah, si!... Este es el fin, el objeto, la razón principal de esta unión santa que Jesucristo hizo más santa todavía cuando la elevó á la altura, á la dignidad de un sacramento.

Jamás, carísimos hermanos míos, jamás ha sido desconocida la observancia de esta ley santa, sin atraer, no solamente sobre las familias, sino hasta sobre las naciones enteras, las desgracias más terribles... El matrimonio es una unión santa establecida por Dios; no es, sabedlo bien, una escuela de libertinaje, donde, los esposos, menos obedientes, menos sumisos que los irracionales á las leyes de la Providencia, tratan de eludir estas angustas leyes... Escuchad la historia de una sociedad en decadencia y de los castigos que tuvo que sufrir... El imperio romano se había corrompido bajo el imperio de los Césares; la santidad del matrimonio era desconocida; no solamente estaba permitido el divorcio, sino que hasta las uniones legítimas, merced á un cálculo criminal y egoísta, quedaban estériles ó no tenían más que un solo vástago (1)... Unos decían: «Eso de educar hijos es una incomodidad, nosotros no la queremos tener...» Otros igualmente culpables, decían: «Tenemos bastante con uno; queremos que nuestro hijo sea rico, que nuestra hija tenga una dote considerable...» Y se veía la herencia de tres ó cuatro familias acumulada sobre la cabeza de un niño enfermizo, que dormía en una cuna... A veces el Ángel de la Muerte pasaba y extinguía las esperanzas que se habían fundado en aquel hijo único... Y la historia nos enseña que estos castigos de la Providencia, frecuentes y multiplicados, nunca aleccionaban á aquellos padres egoístas y corrompi-

(1) V. *Los Césars*, por Champagny, donde se señala enérgicamente esta llaga de una sociedad esprante.

dos que eran víctimas de ellos... Entretanto, faltaban brazos para cultivar la tierra; había disminuído el precio de los arriendos; en llanuras antes fecundas crecían únicamente cardos y espinos... En vano, para remediar las miserias de aquella sociedad que se moría, se estableció un impuesto sobre los matrimonios estériles; en vano se ofrecieron recompensas á las familias que tuviesen tres hijos...; El egoísmo fué más fuerte, y aquella sociedad decrepita se hundió como un edificio de madera comido por la carcoma!... Para barrer todas aquellas corrupciones, aquel egoísmo, aquella insolente negación de la Providencia, la justicia de Dios pasó por aquel pueblo, los bárbaros del Norte con sus familias numerosas fueron los ejecutores de sus decretos... El imperio romano fué destruído... ¿Sería imposible, hermanos míos muy amados, aplicar ciertos rasgos de este siniestro cuadro á nuestra amada patria?...; Oh!... mirad por todas partes disminuída la familia, la población de nuestros pueblos más reducida cada día, nuestros campos, antes tan estimados, venderse hoy á cualquier precio; la tierra misma perdiendo la mitad de su valor... Y no digo más... Ahí teneis ya las consecuencias palpables del olvido de este precepto: *Creced y multiplicados*; es decir, usad santamente del matrimonio, aceptad tantos hijos como la providencia de Dios se digne concederos...

Y aquí no hay excusas; ésta es para nuestros pueblos y para la nación entera una cuestión de vida ó muerte... Diréis que el educar á los hijos cuesta mucho... Puede ser; pero esto los debíais saber antes de recibir el sacramento del Matrimonio... Además ¿no se os educó á vosotros?... Pues entonces, si no sois unos egoístas ó unos avaros, comprenderéis que la alegría de ver sonreír á esos queridos hijos, compensa ampliamente para un padre y para una madre las molestias que les hayan podido causar los cuidados que exige su primera educación. Me detengo, sí... pero repitiéndoos que esta bendición del Criador: *Creced y multiplicaos*, es el fin más noble, el objeto más principal de la institución del Matrimonio...

Segunda parte.—El segundo objeto que deben proponerse las personas que se casan, es su propia santificación... El mismo Apóstol san Pablo nos enseña que el Matrimonio, que él titula un gran sacramento, fué instituído como remedio contra las codicias y contra las pasiones de la

carne. « Más vale, dice, casarse que abrasarse en un fuego impuro. » Y en otra parte añade: « Antes que caer en la fornicación aquellos, á quienes su vocación llama al matrimonio, hacen bien en contraer este santo compromiso (1). » Sin embargo, carísimos hermanos, no lo olvidemos; el sacramento del Matrimonio es un sacramento de vivos, y para ser recibido con las debidas disposiciones exige no solamente el estado de gracia sino además una preparación formal. Se debe consultar á Dios por medio de la oración y no dejarse llevar por motivos indignos de un cristiano...

Aquí, hermanos míos muy amados, estoy segurísimo de que se presenta á vuestra imaginación, como á la mía, una reflexión... Viendo lo que pasa á vuestro alrededor, y lo que ha pasado tal vez en vuestro mismo matrimonio, os decís: « ¿ Acaso se piensa en rezar ni en consultar la voluntad de Dios en esta circunstancia? Uno se casa porque cree haber encontrado lo que le conviene; pero se preocupa muy poco de saber si es ésta su vocación ó si Dios le llama realmente al matrimonio... » ; Por desgracia, esto es demasiado cierto!... Por eso es que yo no digo aquí lo que se hace; explico lo que deben hacer los cristianos... Mirad pues á vuestro alrededor las consecuencias de este olvido de Dios; pesares, reproches, discordias, mala educación de los hijos... Y este sacramento que debería santificar á los esposos, es para muchos una fuente de condenación... Dios es el último á quien en tan grave asunto se consulta; se precipitan de cabeza en este estado. No necesito añadir que-y eso por desgracia no es raro-que ciertas ligerezas criminales y ciertas relaciones culpables son con frecuencia una preparación, que por algunos substituye á la oración... ¿ Y quisierais que el sacramento del Matrimonio, recibido en tales condiciones, diese á los esposos las gracias necesarias para santificarse y librarse de los deberes que les son impuestos?... No, no lo esperéis.

Ahí teneis á una joven pareja conducida, por una familia que está de fiesta, al pié de este altar... ¿ Saben bien las obligaciones que van á contraer?... Si son cristianos, sí.. Pero si el aturdimiento, si el desarreglo han precedido al paso que van á dar, ni siquiera las sospecha-

(1) Espístola á los Corintios, cap. VII, vers. 2 y siguientes.

rán... Hay la tolerancia mútua, una fidelidad inviolable, el compromiso de educar cristianamente á los hijos... Todos estos deberes y aún otros están contenidos, oh jóvenes esposos, en aquel *Sí* solemne que vais á pronunciar ante Dios y ante sus Angeles... Tú, joven novio, ¿ serás bueno, dulce y complaciente con aquella que pone su mano en la tuya? .. ¿ Soportarás con indulgen cia sus defectos y sus genialidades?... Porque ya sabeis, hermanos míos, que, así como sería difícil cosa encontrar dos caras perfectamente parecidas, igualmente es difícil encontrar dos caracteres enteramente conformes... Y sin embargo tendreis que vivir largos años juntos, y conservar la paz y la unión... Estoy viendo á santa Mónica, el modelo de las esposas y de las madres... Patriocio, su marido, se abandona á la embriaguez; es brutal, es penden ciero. A sus accesos de cólera, Mónica opone solamente la dulzura; ar dientemente ruega por la conversión de Patricio (1)... Sus vecinas estan admiradas de que pueda conservar la paz en su casa; pero la piadosa mu jer había recibido en el sacramento del Matrimonio y encuentra en su fé la paciencia que necesita.

La fidelidad: ved ahí otro de los importantes deberes contraídos con el Matrimonio. Este deber encadena, rompe y domina esa caprichosa inconstancia tan natural en el pobre corazón humano... Tú, hombre, úni camente deberás amar á esta mujer que has elegido, en cuyo dedo has colocado el anillo de esponsales... Esposa, tu corazón latirá tan sólo para el amigo con quien el sacramento del Matrimonio te ha unido... Si por desgracia él olvidase sus juramentos, tú á lo menos no olvides jamás los que has pronunciado. Imita á la piadosa Isabel, reina de Portugal... Unida á un esposo disoluto y libertino, esta reina, resistiendo á todas las seducciones, había vuelto hácia Dios su corazón, y con sus oraciones alcan zó á lo menos para su libertino marido la gracia de hacer una santa muerte (2) ...

Por último, la educación cristiana de los hijos es otro deber que se imponen las personas que se casan. No me extenderé sobre este punto, por que de él he hablado largamente en otra ocasión (3)... De modo que

(1) V. las *Confesiones*, de S. Agustín.

(2) V. *Leyenda* de esta santa.

(3) Instituciones sobre los *Mandamientos de la ley de Dios*.

del exacto cumplimiento de todos estos deberes es de lo que depende la santificación de los esposos... Por su importancia, amados hermanos míos, comprenderéis cuán necesario es prepararse santa y piadosamente para recibir el sacramento del Matrimonio...

PERORACIÓN. — Quiero terminar esta intrucción con un hecho que siempre me ha impresionado (1)... Un joven médico, que vivía en la capital, estaba próximo á casarse con una joven tan prudente como piadosa. Estaba señalado ya el día de la ceremonia: el joven doctor se presenta solo á la madre de su futura esposa, y la pide permiso para hablar á solas con la señorita Emilia (así se llamaba su prometida). — No puede ser, contestó la madre. — Y sin embargo tendría que comunicarla algo muy importante. — La llamaré, si V. quiere, y podrá hablarla delante mio: mi hija nunca ha estado á solas con un hombre. — Pero como yo he de ser en breve su marido... — Entonces, prosiguió la madre, mi hija ya no me pertenecerá: hasta que llegue este día debo cumplir todos los deberes de una madre cristiana y prudente. — ¡Ah, señora! exclamó el médico; entonces tendré que confiarle á V. mis intenciones. Si he insistido tanto en tener una entrevista privada con la señorita Emilia, es porque la quisiera suplicar que se dispusiese, por medio de una confesión general y de la Sagrada Comunión, para recibir, con la bendición nupcial, todas las gracias que á ella van unidas. » Al oír estas palabras, la madre no puede contener las lágrimas; se arroja en los brazos del piadoso doctor, y estrechándole contra su corazón, le dice: « ¡Pues bien, hijo mio, comulgaremos juntos; vaya V. á ver á su esposa y dígala que yo le he llamado hijo mio. Vaya V., piadoso joven; sus sentimientos me responden de su felicidad y de la de mi hija. »

¡Qué hermoso ejemplo, hermanos míos!... ¡Ah! permita Dios que lo sigan á lo menos algunos de los jóvenes que me escuchan: una preparación como esta atraerá sobre su unión todas las gracias y bendiciones que están adheridas á este gran sacramento que se llama el Matrimonio... Así sea.

(1) *Grand Catéchisme*, de d'Hauterive, t. XI, *ad calcem*.

FIN DEL TOMO CUARTO.

INDICE

INSTRUCCIONES POPULARES SOBRE LOS SACRAMENTOS.

INSTRUCCIÓN PRIMERA PRELIMINAR	
¿Qué es la gracia? su necesidad.	1
INSTRUCCIÓN SEGUNDA PRELIMINAR	
De donde nos viene la gracia: sus efectos.	8
INSTRUCCIÓN TERCERA PRELIMINAR	
¿Qué es la oración? obligación que tenemos de orar.	15
INSTRUCCIÓN CUARTA PRELIMINAR	
¿Qué es un sacramento? ¿Cuántos sacramentos hay?	22
INSTRUCCIÓN QUINTA PRELIMINAR	
Naturaleza de los sacramentos: materia, forma, ministro.	29
INSTRUCCIÓN SEXTA PRELIMINAR	
Sujeto de los sacramentos: efectos que producen.	36

SACRAMENTO DEL BAUTISMO.

INSTRUCCIÓN PRIMERA	
Lo que constituye el Bautismo; necesidad de este sacramento.	43

del exacto cumplimiento de todos estos deberes es de lo que depende la santificación de los esposos... Por su importancia, amados hermanos míos, comprenderéis cuán necesario es prepararse santa y piadosamente para recibir el sacramento del Matrimonio...

PERORACIÓN. — Quiero terminar esta intrucción con un hecho que siempre me ha impresionado (1)... Un jóven médico, que vivía en la capital, estaba próximo á casarse con una jóven tan prudente como piadosa. Estaba señalado ya el día de la ceremonia: el jóven doctor se presenta solo á la madre de su futura esposa, y la pide permiso para hablar á solas con la señorita Emilia (así se llamaba su prometida). — No puede ser, contestó la madre. — Y sin embargo tendría que comunicarla algo muy importante. — La llamaré, si V. quiere, y podrá hablarla delante mio: mi hija nunca ha estado á solas con un hombre. — Pero como yo he de ser en breve su marido... — Entonces, prosiguió la madre, mi hija ya no me pertenecerá: hasta que llegue este día debo cumplir todos los deberes de una madre cristiana y prudente. — ¡Ah, señora! exclamó el médico; entonces tendré que confiarle á V. mis intenciones. Sí he insistido tanto en tener una entrevista privada con la señorita Emilia, es porque la quisiera suplicar que se dispusiese, por medio de una confesión general y de la Sagrada Comunión, para recibir, con la bendición nupcial, todas las gracias que á ella van unidas. » Al oír estas palabras, la madre no puede contener las lágrimas; se arroja en los brazos del piadoso doctor, y estrechándole contra su corazón, le dice: «;Pues bien, hijo mio, comulgaremos juntos; vaya V. á ver á su esposa y díjala que yo le he llamado hijo mio. Vaya V., piadoso jóven; sus sentimientos me responden de su felicidad y de la de mi hija. »

¡Qué hermoso ejemplo, hermanos míos!... ¡Ah! permita Dios que lo sigan á lo menos algunos de los jóvenes que me escuchan: una preparación como esta atraerá sobre su unión todas las gracias y bendiciones que están adheridas á este gran sacramento que se llama el Matrimonio... Así sea.

(1) *Grand Catéchisme*, de d'Hauterive, t. XI, *ad calcem*.

FIN DEL TOMO CUARTO.

INDICE

INSTRUCCIONES POPULARES SOBRE LOS SACRAMENTOS.

INSTRUCCIÓN PRIMERA PRELIMINAR	
Qué es la gracia? su necesidad.	1
INSTRUCCIÓN SEGUNDA PRELIMINAR	
De donde nos viene la gracia: sus efectos.	8
INSTRUCCIÓN TERCERA PRELIMINAR	
¿Qué es la oración? obligación que tenemos de orar.	15
INSTRUCCIÓN CUARTA PRELIMINAR	
¿Qué es un sacramento? ¿Cuántos sacramentos hay?	22
INSTRUCCIÓN QUINTA PRELIMINAR	
Naturaleza de los sacramentos: materia, forma, ministro.	29
INSTRUCCIÓN SEXTA PRELIMINAR	
Sujeto de los sacramentos: efectos que producen.	36

SACRAMENTO DEL BAUTISMO.

INSTRUCCIÓN PRIMERA	
Lo que constituye el Bautismo; necesidad de este sacramento.	43

INSTRUCCIÓN SEGUNDA

Efectos del Bautismo: él da á nuestra alma la gracia santificante; él la imprime un carácter indeleble. 50

INSTRUCCIÓN TERCERA

Promesas del Bautismo: tenemos el deber de mostrarnos fieles á ellas. 57

INSTRUCCIÓN CUARTA

Ceremonias principales del Bautismo: padrinos y madrinas, obligaciones que contraen. 64

SACRAMENTO DE LA CONFIRMACION

INSTRUCCIÓN PRIMERA

La Confirmación; cuales son la materia y la forma de este sacramento; importancia que se debe dar á su recepción. 71

INSTRUCCIÓN SEGUNDA

Ministro del sacramento de la Confirmación; disposiciones para recibir bien este sacramento; ceremonias principales que acompañan á su administración. 80

INSTRUCCIÓN TERCERA

Efectos de la Confirmación; dones del Espíritu Santo. 88

SACRAMENTO DE LA SAGRADA EUCARISTIA

INSTRUCCIÓN PRIMERA

La sagrada Eucaristia figurada en el antiguo testamento: el maná, el Cordero pascual, etc. 96

INSTRUCCIÓN SEGUNDA

Promesa de la sagrada Eucaristia; institución de este sacramento. 104

INSTRUCCIÓN TERCERA

Ataques de los herejes contra este augusto sacramento; su justificación por los cristianos que permanecen fieles. . . . 111

INSTRUCCIÓN CUARTA

Materia de la Eucaristia: porqué nuestro Salvador escogió el pan y el vino como materia de este sacramento. 117

INSTRUCCIÓN QUINTA

Forma del sacramento de la Eucaristia; milagros que prueban la presencia real de Nuestro Señor Jesucristo en las santas especies 124

INSTRUCCIÓN SEXTA

Poder de consagrar transmitido á los sacerdotes; cuales son el ministro y el sujeto de la Eucaristia. 131

INSTRUCCIÓN SÉPTIMA

La sagrada comunión es la invocación más amorosa del Corazón de Jesús; también la más desconocida. 139

INSTRUCCIÓN OCTAVA

Disposiciones necesarias para comulgar bien; terribles consecuencias de una mala comunión. 146

INSTRUCCIÓN NONA

La procesión del Santísimo Sacramento; la comunión en Viatico. 154

INSTRUCCIÓN DÉCIMA

Excelencia y necesidad del Santo Sacrificio de la Misa. . . . 161

INSTRUCCIÓN UNDÉCIMA

Fines para los cuales se ofrece el Santo Sacrificio de la Misa. 169

INSTRUCCIÓN DUODÉCIMA

A quien y para quien se ofrece el Santo Sacrificio de la Misa. 176

INSTRUCCIÓN DÉCIMOTERCIA

Asistencia frecuente á la santa Misa; cómo se debe asistir á ella. 183

SACRAMENTO DE LA PENITENCIA

INSTRUCCIÓN PRIMERA

Qué es la virtud de la penitencia. Necesidad absoluta de esta virtud. 191

INSTRUCCIÓN SEGUNDA

Conveniencia del sacramento de la Penitencia; herejes que han atacado la eficacia de este sacramento. 198

INSTRUCCIÓN TERCERA

En qué consiste el sacramento de la Penitencia; la contrición, cualidades que ha de tener. 209

INSTRUCCIÓN CUARTA

Institución divina de la confesión; su necesidad. 213

INSTRUCCIÓN QUINTA

Cualidades de una buena confesión; sus ventajas. 221

INSTRUCCIÓN SEXTA

Ministro del sacramento de la Penitencia; forma de este sacramento. 229

INSTRUCCIÓN SÉPTIMA

¿Que es la Satisfacción? Nosotros debemos á Dios una satisfacción por nuestros pecados. 238

INSTRUCCIÓN OCTAVA

¿Que se entiende por Indulgencia? Tiene poder la Iglesia para conceder indulgencias? Condiciones para ganar indulgencias. 245

SACRAMENTO DE LA EXTREMAUNCIÓN

INSTRUCCIÓN PRIMERA

La Extremaunción ¿es un sacramento?... ¿cuál es el sujeto del sacramento de la Extremaunción? 253

INSTRUCCIÓN SEGUNDA

Ministro, materia y forma del sacramento de la Extremaunción. 261

INSTRUCCIÓN TERCERA

Ceremonias que acompañan á la Extremaunción: efectos de este sacramento. 268

INSTRUCCIÓN CUARTA

Circunstancias que han de acompañar los últimos momentos del cristiano; sus funerales, su entierro. 273

SACRAMENTO DEL ORDEN

INSTRUCCIÓN PRIMERA

¿Qué es el sacramento del Orden? materia y forma de este sacramento. 285

INSTRUCCIÓN SEGUNDA

Efectos del sacramento del Orden. 293

SACRAMENTO DEL MATRIMONIO

INSTRUCCIÓN PRIMERA

El Matrimonio ¿es un sacramento? dos cualidades que honran al matrimonio cristiano. 300

INSTRUCCIÓN SEGUNDA

Fines del Matrimonio. Deberes que este sacramento impone. 307



UNANL

UNIVERSIDAD AUTÓNOMA DE NUEVO LEÓN

DIRECCIÓN GENERAL DE BIBLIOTECAS



